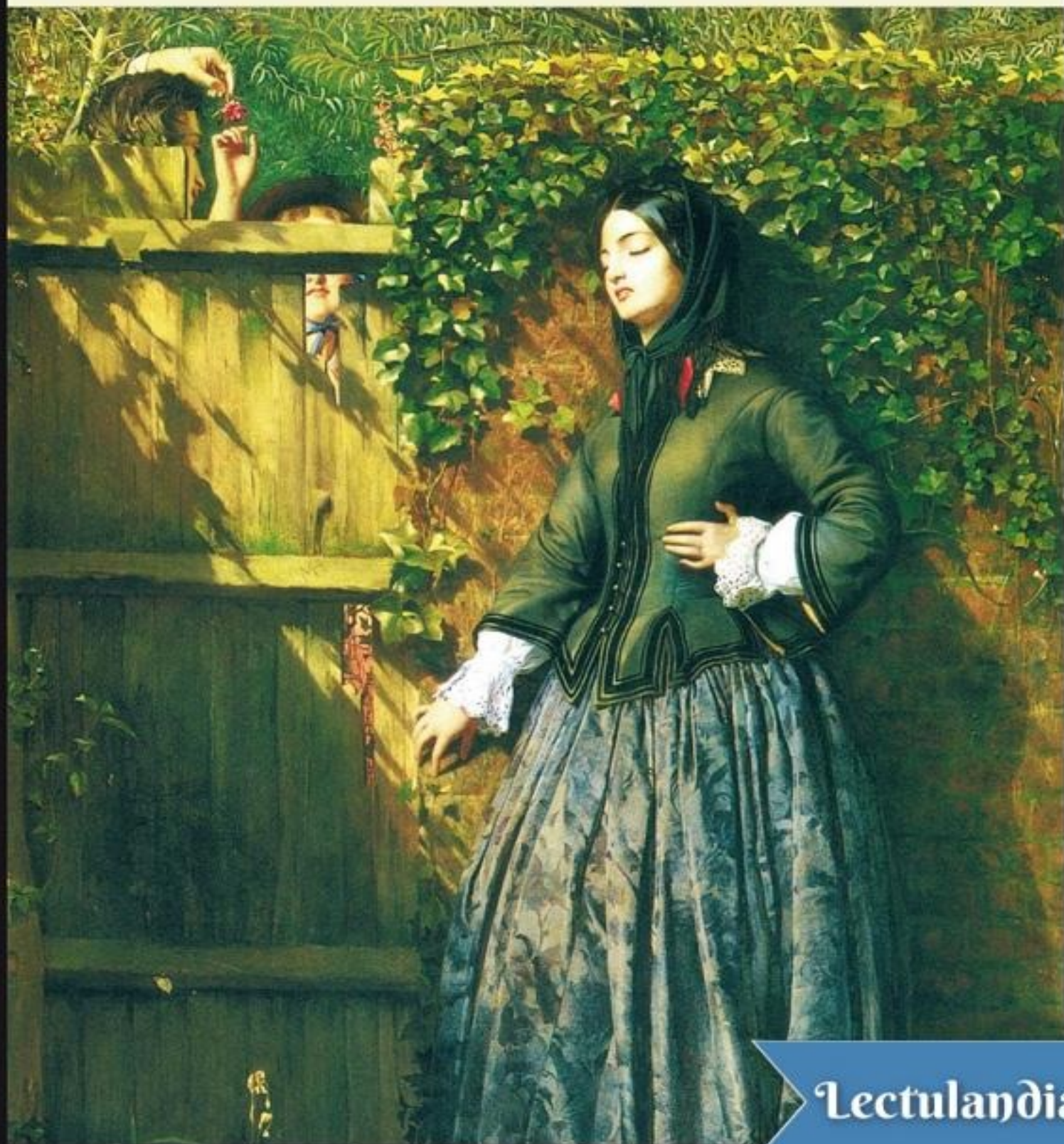


WILKIE COLLINS

La reina de corazones



Lectulandia

La llegada a The Glen Tower de Jessie, joven ahijada de Griffith, un anciano caballero inglés que comparte esta casa de campo con sus dos hermanos, también viejos y solos en el mundo, hace que la vida de estos caballeros se ponga súbitamente patas arriba. Lo que en principio no parecía más que un estorbo acaba convirtiéndose en una auténtica aventura, ya que los tres ancianos tendrán que ingeniárselas para que su invitada, una joven vivaracha y algo superficial, prolongue su estancia en su hogar. Con este fin, urden un plan magistral: entretener a la muchacha contándole una historia diferente cada noche, como si de un moderno «Decamerón Victoriano» se tratase. Y así, la trama principal, con la hermosa campiña inglesa como telón de fondo magníficamente descrita, sirve para desgranar diez narraciones distintas en las que el autor despliega su gran maestría literaria al tocar todo tipo de géneros, desde la novela de misterio al folletín, pasando por el cuento moral o la narración humorística.

La reina de corazones es una novela de novelas, un fascinante juego literario de muñecas rusas, que divierte, intriga, sorprende y, sobre todo, fascina.

Lectulandia

Wilkie Collins

La reina de corazones

ePub r1.0

Oxobuco 23.05.13

Título original: *The Queen of Hearts*

Wilkie Collins, 1859

Traducción: Gabriela Díaz

Editor digital: Oxobuco (r1.0)

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Carta dedicatoria

A Émile Forgues

En un tiempo en el que los lectores franceses desconocían por completo mi obra, apareció con su firma un análisis crítico de mis novelas en la *Revue des Deux Mondes*. Leí ese artículo, en el momento de su publicación, con sincero placer y gratitud hacia su autor, y desde entonces he hecho honestamente todo lo posible por beneficiarme de él.

Posteriormente, cuando se llegó a un acuerdo para publicar mis novelas en París, usted emprendió amablemente la tarea, no exenta de sacrificios para su comodidad, de brindar a la primera de la serie —«The Dead Secret»— la gran ventaja de ser vertida por su pluma al francés. Su maravillosa traducción de «The Lighthouse» ya me había mostrado la valía de su asistencia; y cuando «The Dead Secret» fue publicada en su versión francesa, aunque sensiblemente satisfecho, de ningún modo me sorprendió descubrir que mi afortunada obra de ficción no había sido traducida en el sentido mecánico de la palabra, sino transformada de una novela que yo había escrito en mi idioma a una novela que usted podría haber escrito en el suyo.

Me dispongo a pedirle que me conceda un nuevo favor literario aceptando la dedicatoria de este libro; se trata del agradecimiento más diligente que ha estado en mi mano ofrecerle a modo de compensación por lo que le debo como crítico, traductor y amigo.

Las historias que constituyen el contenido principal de las siguientes páginas son, en cierta forma, ejercicios de ese arte que llevo estudiando con pasión desde hace años y que espero seguir cultivando, cada vez con mejores resultados, durante muchos más. Permítame, enviándole esta recopilación, garantizarle a la misma, al comienzo de su andadura por el mundo de las letras, un lector cuya perspicacia para detectar los defectos de un escritor es compartida por muchos otros críticos, pero cuya inhabitual habilidad para detectar todos sus méritos poseen muy pocos.

Nosotros

Nosotros éramos tres hombres viejos, tranquilos y solitarios, y ella era una mujer joven, hermosa y llena de vida; y estábamos desesperados porque se nos habían acabado las ideas ingeniosas para entretenerla.

Pero antes que nada, unas palabras sobre nosotros, unas palabras que serán necesarias para explicar la situación singular de nuestra joven y bella invitada.

Somos tres hermanos y vivimos en una casa antigua, enorme y tenebrosa llamada The Glen Tower. Nuestra morada se encuentra en una comarca montañosa y aislada del sur de Gales. No hay siquiera una línea de ferrocarril que recorra los alrededores; no hay mansión noble a tiro de piedra. Nos encontramos a una distancia terriblemente incómoda de la ciudad más cercana, y el pueblo desde el que enviamos las cartas está a unas tres millas de aquí.

Mi hermano mayor, Owen, fue educado para la Iglesia. Pasó los mejores años de su vida en una populosa parroquia londinense. Durante más años de los que ahora me gusta recordar, trabajó sin descanso, arriesgando su salud y su fortuna, entre la enorme miseria de los pobres de Londres; y sin duda hubiera sacrificado su vida cumpliendo con su deber hace mucho tiempo si The Glen Tower no hubiera acabado en sus manos tras dos muertes inesperadas en la rama más rica y de mayor edad de nuestra familia. Ésta oportunidad en forma de lugar de descanso y refugio le salvó la vida. No ha existido hombre alguno que se mereciese más los favores de la diosa fortuna, ya que, lo digo sinceramente, no ha habido hombre sobre la tierra más cariñoso con su prójimo, más modesto, más amable, más generoso y más limpio de corazón que Owen.

Mi segundo hermano, Morgan, empezó en la vida como médico, y aprendió todo lo que su profesión podía enseñarle en nuestro país y lejos de él. Consiguió una independencia respetable mediante su trabajo: empezó en una de nuestras grandes ciudades del norte y terminó como médico en Londres; pero, aunque era bien conocido y apreciado en su círculo, no consiguió hacerse con el tipo de reputación que eleva a un hombre a la posición de médico famoso. A las damas nunca les gustó. En primer lugar, por ser feo (Morgan me perdonará por mencionar este detalle); en segundo lugar por ser un fumador empedernido y dejar todo apestando a tabaco cuando tomaba el pulso en elegantes dormitorios; y en tercer lugar, era la persona más sorprendentemente franca y sincera en lo que se refiere a sí mismo, su profesión y sus pacientes que jamás haya existido, lo que ponía en peligro el edificio social de la ciencia médica. Por estas razones, y por otras que no es necesario mencionar, nunca se labró una carrera de éxito como galeno, pero nunca le importó. Aproximadamente un año después de que Owen tomara posesión de The Glen Tower, Morgan descubrió que había ahorrado tanto dinero para su vejez como cualquier

hombre razonable podría desear; que estaba cansado del ejercicio activo, o, como él decía, de la dignificada charlatanería de su profesión; y que no constituía más que simple caridad proporcionarle a su hermano enfermo un compañero que lo cuidase sin pedir nada a cambio, y de este modo impedir que dilapidase su fortuna de la peor forma posible: desperdiaciéndolo en honorarios de médicos. Una semana después de que Morgan hubiera llegado a esta conclusión, estaba instalado en The Glen Tower; y desde ese momento, aunque sus caracteres eran opuestos, mis dos hermanos mayores vivieron juntos en su retiro solitario; se comprendían perfectamente y, a su muy diverso modo, se querían sinceramente el uno al otro.

Muchos años tuvieron que pasar antes de que yo, el menor de los tres, bautizado con el poco melodioso nombre de Griffith, acabase dando con mis huesos, como ellos, en la triste y vetusta casona, al abrigo tranquilo de las colinas galesas. Mi trayectoria vital me había apartado de mis hermanos e incluso ahora, en que estamos los tres juntos, mantengo lazos y conservo intereses que me conectan con el mundo exterior, que es algo de lo que tanto Owen como Morgan carecen.

Me educaron para la abogacía. Tras un primer año estudiando leyes, me cansé, y me aparté de los estudios vanamente, para emprender el sendero de la literatura, que yo consideraba más alegre y atractivo. Mis trabajos ocasionales con la pluma se veían amenizados bajo la forma de excursiones y largos viajes al Continente; año tras año, mi círculo de alegres amigos y conocidos aumentaba, y a punto estuve de acabar convertido en un hombre sin ataduras y un diletante sin objetivo alguno en la vida, cuando fui salvado del modo en que muchos otros en mi situación han sido salvados: mediante una relación con una mujer buena y sensata. Al alcanzar los treinta y cinco años había hecho lo que ninguno de mis hermanos hizo nunca: me había casado.

Como soltero, mi pequeña fortuna personal, junto con los escasos ingresos que me reportaban mis trabajos literarios, habían ido cubriendo mis necesidades; pero con el matrimonio y sus responsabilidades se impuso el deber de realizar un serio esfuerzo. Retomé mis estudios abandonados y me apliqué, con resolución esta vez, a las complejas dificultades del Derecho. Me convertí en abogado. El padre de mi mujer me brindó su ayuda y muy pronto empecé a ejercer sin problemas.

Durante los siguientes veinte años, mi vida de casado podría resumirse en una estampa de felicidad y prosperidad. Una época que ahora recuerdo con una ternura tal, que no soy capaz de expresarla con palabras. Cuando pienso en esos tiempos pasados es el recuerdo de mi mujer lo más vivo que albergo en mi corazón. Lágrimas largo tiempo olvidadas inundan mis ojos de nuevo e interrumpen el curso de mi pluma mientras escribo estas sencillas líneas.

Permítanme que pase de puntillas sobre el acontecimiento que puede, no en vano, considerarse la única tragedia de mi vida; sólo recordaré ahora, como intenté recordar entonces, que ella, mi esposa, vivió lo justo para ver crecer a nuestro único hijo —un

muchacho que fue tan buen hijo para ella como lo sigue siendo ahora para mí— hasta alcanzar la edad adulta; que su cabeza descansaba sobre mi pecho cuando murió; y que el último y frágil movimiento de su mano en este mundo fue el movimiento que la acercó a los labios de su hijo.

Acusé este duro golpe, eso es cierto; con la ayuda de Dios lo acusé, y aún lo sigo acusando. Pero nunca recuperé mi afición por la vida social, por los objetivos y los logros, la compañía y los placeres que durante veinte años su presencia había iluminado y había convertido en algo maravilloso para mí. Si mi hijo George hubiera deseado seguir mis pasos profesionales, aún hubiera podido yo luchar contra mi naturaleza y haber mantenido mi lugar en el mundo hasta haberlo visto situado y próspero. Pero prefirió el ejército, y antes de la muerte de su madre ya tenía el grado de oficial y había iniciado su camino en la vida. No existía ninguna otra responsabilidad que exigiera mi sacrificio personal; mis hermanos tenían un lugar junto a su chimenea preparado para mí; mi corazón anhelaba, en su desolación, la amistad y la compañía de los viejos años mozos; mi maravilloso y valiente hijo me prometió que no pasaría un año, siempre que estuviese en Inglaterra, sin que viniese a visitarme; y fue así como yo también me aparté del mundo, que antaño había sido para mí un mundo alegre y feliz, y me retiré para terminar mis días tranquilamente, satisfecho y agradecido, del mismo modo que lo estaban haciendo mis hermanos, en la soledad de The Glen Tower.

No es necesario dar cuenta aquí de los años que han transcurrido desde que estamos los tres reunidos. Será más oportuno dejar constancia brevemente de que no nos hemos separado desde el día en que nos reunimos los tres de nuevo en este nuestro retiro en la ladera; también señalaré que todavía no nos hemos cansado del tiempo que hemos compartido, del lugar, o de nuestra mutua compañía; y que la influencia de la soledad en nuestras mentes y nuestros corazones no los ha alterado para peor, ya que no nos ha convertido en seres amargados para con nuestro prójimo ni ha secado la fuente de donde fluyen las inofensivas ocupaciones y los inocentes placeres que recubren los yermos parajes de la vida humana hasta el final de la existencia. Hasta aquí nuestra propia historia y las circunstancias que nos han apartado del mundo para el resto de nuestros días.

Y ahora imaginen a tres hombres viejos y solitarios, altos y enjutos, con el pelo blanco; vestidos, debido a hábitos pasados más que a las circunstancias actuales, con trajes de diario de riguroso negro: el hermano Owen con aspecto, voz y maneras complacientes y afectuosas; el hermano Morgan, de trato peculiar, superficialmente ácido, y con un tono seco y sarcástico al hablar, que le diferencia en todo momento dentro de nuestro pequeño grupo como una gran personalidad; y el hermano Griffith, que hace de puente entre sus dos hermanos mayores; capaz, por un lado, de sumarse al tono calmado y reflexivo de la conversación de Owen, y presto, por el otro, a

intercambiar enérgicas y ácidas afirmaciones sobre la vida y los modales de la gente con Morgan; en definitiva, un viejo abogado flexible de dos caras que se sitúa entre el hermano párroco y el hermano médico con un oído atento a cada uno de ellos y con un corazón abierto para ambos a partes iguales.

Imaginen el extraño y viejo edificio en el que vivimos como lo que su nombre indica: una torre erguida sobre una cañada. En el pasado, fortaleza de un gran guerrero galés, y en la actualidad un tenebroso faro terrestre, una torre de muchos pisos, cada uno de ellos dividido en dos habitaciones, con una casita colgadiza de aspecto moderno anejada curiosamente a uno de sus lados. Imaginen la gran colina en cuya pendiente menos abrupta se encuentra la torre,alzada vertiginosamente detrás de ésta; un arroyo oscuro, rápido, en el valle a sus pies; colinas y más colinas a nuestro alrededor, y ninguna otra forma de llegar más que a través de una de las carreteras más solitarias e inhóspitas de todo el sur de Gales.

Imaginen una morada como ésta y unos habitantes como nosotros; y ahora imaginen el descenso hasta aquí, como si de una Diosa caída del cielo se tratase, de una muchacha vivaracha, bella y elegante; una criatura luminosa, alegre y bulliciosa, acostumbrada a revolotear en la existencia bajo el sol de la eterna felicidad; una hija de la nueva generación, con todas las ideas modernas agitándose en su hermosa cabeza, y todos los logros modernos al alcance de su delicada mano. Imaginen una hija de Eva tan alegre como ésta, la niña mimada de la sociedad, el encantador derroche del selecto tesoro de belleza y juventud de la naturaleza, que repentinamente ilumina la vida sombría de tres hombres viejos y cansados, de pronto abandonada en el lugar menos indicado para ella, de pronto apartada del mundo en la solitaria calma del hogar más solitario de Inglaterra. Dense cuenta, si es posible, del extremo capricho y la suprema anomalía de una situación como ésta, y entonces la asombrosa confesión que albergaba la primera frase de estas páginas ya no suscitará la menor sorpresa. ¡Quién puede ahora maravillarse, una vez nuestra Diosa joven y brillante llegó ante nosotros, de que mis hermanos y yo estuviésemos desesperados por nuestra falta de ideas ingeniosas para entretenerla!

Nuestro dilema

¿Quién es la muchacha en cuestión? ¿Y cómo llegó hasta The Glen Tower?

Su nombre (a este respecto diré algo más un poco más adelante) es Jessie Yelverton. Es huérfana e hija única. Su madre murió cuando era niña; su padre era mi querido y apreciado amigo, el mayor Yelverton. Vivió lo suficiente para celebrar el séptimo cumpleaños de su querida hija. Cuando murió nos confió su autoridad y responsabilidad sobre ella a su hermano y a mí.

Cuando me convocaron para la lectura del testamento del Mayor, supe con certeza que me iba a nombrar tutor y albacea junto con su hermano; además conocía los deseos de mi difunto amigo acerca de la educación de su hija, y sus intenciones de legarle a ella todas sus propiedades. Pensaba por lo tanto que la lectura del testamento no me iba a informar de nada que no hubiera sabido ya en vida del testador. Cuando llegó el día de su lectura, no obstante, descubrí que me había precipitado en mis conclusiones. Hacia el final del documento había una cláusula que me cogió completamente por sorpresa.

Tras las disposiciones relativas a la educación de la señorita Yelverton, que se estableció sería responsabilidad de sus tutores, y en lo que tocaba a su lugar de residencia —quedando claro, inicialmente, que la muchacha quedaría, de ordinario, a cargo de la hermana del mayor, Lady Westwick—, la cláusula concluía imponiendo una curiosa condición para que el disfrute de la futura herencia de la niña pudiera ser efectivo. Y era ésta: que desde el momento en que la joven que abandonase el colegio y hasta que alcanzase los veintiún años, la señorita Yelverton habría de pasar al menos seis semanas consecutivas cada año bajo el techo de uno de sus dos tutores. Mientras ambos vivieran, ella misma podría elegir con cuál de los dos prefería pasar ese período establecido. En todos los aspectos restantes, tal condición era imperativa. Si decidía no cumplirla —exceptuado el caso, por supuesto, de que se produjese la muerte de ambos tutores—, sólo dispondría de las propiedades hereditarias como usufructuaria, de por vida; si, por el contrario, satisfacía esta disposición paterna, el dinero pasaría a ser propiedad suya el mismo día en que cumpliera los veintiún años.

Ésta cláusula del testamento, como acabo de decir, me cogió en un principio totalmente por sorpresa. Recordé cuán devotamente Lady Westwick había aliviado los sufrimientos de su cuñada en el lecho de muerte, y con cuánto cariño se había preocupado por el bienestar de la niña, huérfana de madre; recordé los innumerables méritos que había cosechado a este respecto, que le habían granjeado la confianza de su hermano en lo que se refería a su amor por su hija. Por esta razón me sorprendió, como es natural, la aparición en el testamento de una condición que parecía provenir de una desconfianza en que la influencia de Lady Westwick sobre el carácter y la conducta de su sobrina se convirtiera en demasiado exclusiva. Pero unas pocas

palabras inspiradas de mi compañero de tutoría, el señor Richard Yelverton, junto con una reflexión más sosegada de las peculiaridades de disposición y sentimiento de mi difunto amigo, a las que hasta el momento no había concedido suficiente importancia, fueron suficientes para hacerme comprender los motivos que le habrían influido a la hora de decidir el futuro de su hija.

El mayor Yelverton había alcanzado una posición de fortuna e influencia partiendo de un origen muy humilde. Era el hijo de un pequeño granjero y se sentía orgulloso de no olvidar nunca esta circunstancia, de no haberse avergonzado nunca de ella, de no haber dejado que los prejuicios de la sociedad afectaran sus propias opiniones muy tajantes sobre las cuestiones sociales en general.

Dado que el Mayor actuaba, en todo lo referente a su relación con el mundo, basándose en tales principios, huelga decir que tenía opiniones curiosamente heterodoxas sobre la educación moderna de las muchachas y sobre la diabólica influencia de la sociedad en el carácter de las mujeres en general. De la solidez de estas opiniones y de la certeza de que su hermana no las compartía, había surgido la condición en su testamento que apartaba a su hija de la influencia de la tía durante seis semanas al año. Lady Westwick era la mujer más cariñosa, más generosa y más impulsiva que imaginarse pueda; capaz, si una ocasión grave lo requería, de la mayor de las devociones y del mayor de los sacrificios; pero, el resto del tiempo tendía a actuar de modo inestable, frívolo, y su comportamiento ordinario parecía predisponerla a la eterna alegría. El mayor Yelverton, que desconfiaba del tipo de vida que sabía que su hija llevaría bajo el techo de la tía, y que al mismo tiempo recordaba con gratitud la afectuosa devoción de su hermana hacia su esposa moribunda y su desamparada niña, intentó así alcanzar un compromiso que permitía a Lady Westwick mantener la relación cotidiana y estrecha con su sobrina, que se había ganado por sus incontables buenos oficios, y al mismo tiempo enviar a la muchacha durante un período fijo cada año de su minoría de edad bajo el cuidado corrector de dos tutores tan reservados y anticuados como su hermano y yo. Hasta aquí, la historia de la cláusula testamentaria. Poco sospechaba mi amigo, cuando la dictó, el extraordinario resultado que llegaría a tener en su día.

Sin embargo, durante algunos años los acontecimientos se desarrollaron bastante bien. La pequeña Jessie fue enviada a un colegio excelente, donde la directora recibió instrucciones estrictas de convertirla en una buena chica en vez de en una muchacha moderna. Aunque no era conocida precisamente como una estudiante modelo en lo tocante a su atención durante las clases, fue desde el principio la favorita de todos cuantos la conocían. Incluso las faltas que cometía contra la disciplina del colegio eran de las que provocan una sonrisa hasta en el austero semblante de la mismísima autoridad. Una de estas curiosas travesuras merece narrarse aquí, dado que con ella se ganó el bonito apodo con el que aparecerá ocasionalmente a lo largo de estas páginas.

Una noche de otoño, poco tiempo después de las vacaciones de verano, la directora del colegio creyó ver una luz bajo la puerta de la habitación que ocupaba Jessie junto con otras tres chicas. Era cerca de la medianoche, y temiendo que les hubiera sorprendido algún tipo de enfermedad repentina, entró precipitadamente en la habitación. Al abrir la puerta, descubrió, para su horror y estupefacción, que las cuatro niñas estaban fuera del cama vestidas con trajes fantásticos y brillantes que parecían representar a las cuatro grotescas «Reinas» de la baraja: la Reina de Corazones, de Diamantes, de Picas y de Tréboles. Bailaban las cuatro formando un corro, en el que Jessie representaba el papel de la Reina de Corazones.

Tras la investigación que se abrió la mañana siguiente, se descubrió que la señorita Yelverton había introducido los trajes en el colegio secretamente y se había divertido ofreciendo un baile de gala improvisado a sus compañeras, imitando un entretenimiento del mismo tipo en el que había participado como parte de un espectáculo que tuvo lugar en la casa de campo de su tía.

Los vestidos fueron confiscados al instante y se impuso el castigo correspondiente sin demora; pero el recuerdo del extraordinario ultraje de Jessie de la disciplina de los dormitorios duró lo suficiente para convertirse en una de las tradiciones de la escuela, y tanto ella como sus tres hermanas en la travesura fueron desde entonces aclamadas como las «reinas» de los cuatro «palos» por sus compañeras de clase cada vez que la profesora se daba la vuelta. Desconozco lo que fue de los apodosos destinados a las otras tres chicas, pero lo que sí sé es que el apelativo burlón de la Reina de Corazones le era tan apropiado y descriptivo al encanto natural del carácter de Jessie, así como al cariz de la aventura que había liderado, que surgía espontáneamente en los labios de todo aquel que la conocía. El apodo siguió a Jessie allá donde fue, viajó con ella hasta el hogar de su tía, y llegó a convertirse en algo tan habitual y amistosamente asociado a su persona, entre sus amigos de todas las edades, como si hubiera sido inscrito formalmente junto a su nombre de pila en su fe de bautismo; y se ha hecho un hueco en estas páginas porque brota de mi pluma de forma natural e inevitable, exactamente igual que brota de mis labios en la vida real.

Y hete aquí que, cuando Jessie acabó el colegio, apareció en el horizonte la primera dificultad: en otras palabras, surgió la necesidad de cumplir con las condiciones que el testamento de su padre marcaba para que la joven pudiese heredar. En ese momento yo ya me había mudado y residía en The Glen Tower. A Jessie, la sola idea de una estancia de seis semanas en nuestra solitaria compañía, cargada de monotonía —como me escribió ella misma haciendo gala de una sinceridad que la honraba—, ni se le pasaba por la cabeza. Afortunadamente siempre se había llevado bien con su tío y con el resto de su familia; así que ejerció su libertad de elección y, para su alivio, y para el mío propio, pasó las seis semanas estipuladas, año tras año, bajo el techo del señor Richard Yelverton.

Durante todo este tiempo supe de ella con regularidad; a veces a través de mi compañero tutor, otras a través de mi hijo George, que, siempre que sus deberes militares se lo permitían, se las ingeniaba para visitarla, bien en casa de su tía, bien en casa del señor Yelverton. Las peculiaridades de su carácter y comportamiento, que pude saber gracias a esa fuente, sirvieron para acabar de convencerme de que el plan del pobre mayor sobre la cuidadosa formación del temperamento de su hija, aunque bastante razonable en teoría, constituía un completo fracaso en la práctica. La señorita Jessie, utilizando esa expresión tan consabida, había salido a su tía. Era tan generosa, tan impulsiva, tan cariñosa, tan amante del cambio y la alegría y las ropas elegantes, en resumen, era una mujer tan femenina y completa como la propia lady Westwick. Era imposible reformar a la «Reina de Corazones», como también era imposible no adorarla. Éste, en pocas palabras, fue el informe que mi compañero de tutoría me hizo sobre su experiencia con nuestra joven y bella pupila.

Y así pasó el tiempo, y llegó el año en el que los acontecimientos que voy a relatar tuvieron lugar: el año que siempre será recordado por Inglaterra como el de la Guerra con Rusia. Durante este período, y de hecho también durante los meses anteriores, tuve menos noticias de Jessie y de sus andanzas de lo que era habitual. Mi hijo había sido enviado con su regimiento a Crimea en 1854, y tenía en ese momento un trabajo más importante que el de informarme sobre las andanzas de una jovencita de la buena sociedad. El señor Richard Yelverton, que hasta el momento solía escribirme con razonable regularidad, parecía ahora, por alguna razón que no podía imaginarme, haberse olvidado de mí. Finalmente, fue en una de las cartas del mismo George lo que me recordó a mi pupila, pues me preguntaba por ella, por lo que al instante escribí al señor Yelverton. Recibí, poco después, una respuesta escrita de puño y letra por lady Yelverton: su marido yacía en cama, gravemente enfermo. La siguiente carta que llegó me informaba de su muerte. Esto aconteció a principios de la primavera del año 1855.

Me avergüenza confesarlo, pero lo primero que cruzó mi mente cuando leí la noticia de la muerte del señor Yelverton fue el cambio que esto supondría para mi propia situación. Ahora yo era el único tutor que le quedaba a Jessie, y a la joven le restaba aún un año para alcanzar la mayoría de edad.

En el correo del día siguiente le hice enviar una carta en la que aludía, veladamente, a que la muerte del señor Yelverton había cambiado, en cierto modo, la naturaleza de nuestra relación. Jessie, por entonces, se encontraba de viaje por el Continente, junto a su tía, desde principios de ese mismo año. Por lo tanto, en lo que respectaba al año de 1855, la condición impuesta por el testamento estaba aún por cumplimentar. Tenía que pasar todavía seis semanas, sus últimas seis semanas, dado que había cumplido los veinte años de edad, bajo el techo de uno de sus tutores, y yo era ahora el único tutor que quedaba.

A su debido tiempo recibí la respuesta, escrita en papel color rosa y expuesta en un tono ligero, fácil, de chanza femenina, que me divirtió a pesar de todo. La señorita Jessie, según ella misma decía, dudaba tras recibir mi carta entre dos alternativas: la primera, dejarse enterrar durante seis semanas en The Glen Tower; la segunda, incumplir la condición, rechazar el dinero, y quedar magnánimamente satisfecha únicamente con el usufructo de las propiedades de su padre. De momento se inclinaba decididamente por renunciar al dinero y escapar de este modo a las garras de «los tres horribles ancianos», pero me volvería a contactar si cambiaba de idea. Y así, con sus mejores deseos, me pedía que la considerara afectuosamente mía, siempre que estuviese bien lejos.

Pasó el verano, llegó el otoño y no volví a tener noticias tuyas. En circunstancias normales este largo silencio me hubiera hecho sentir cierta preocupación; pero por esa época recibí desde Crimea la noticia de que mi hijo estaba herido: fuera de peligro gracias a Dios, pero lo suficientemente grave como para estar en cama; y desde entonces mis desvelos tuvieron ese único objeto. No obstante, a principios de septiembre, recibí mejores informes sobre él, y mi mente quedó lo suficientemente liberada como para volver a pensar en Jessie. Justo cuando estaba planteándome la necesidad de escribir una vez más a mi obstinada pupila, recibí una segunda carta tuya. Por fin había regresado del extranjero, y repentinamente había cambiado de opinión, repentinamente se había hartado de la sociedad, repentinamente se sentía fascinada por los placeres del aislamiento, y repentinamente había descubierto que los tres horribles ancianos eran tres encantadores ancianos, y que seis semanas de soledad en The Glen Tower era el lujo, de entre todos los lujos, que más ansiaba disfrutar. Como resultado de este nuevo estado de cosas, proponía disfrutar de las seis semanas que le correspondían con su tutor. Llegaría sin falta el veinte de septiembre y emplearía un gran cuidado en prepararse para encajar en nuestra sociedad: vendría henchida de pesimismo y con su propio hábito de penitente.

El primer suplicio que esta carta alarmante me obligó a padecer fue comunicar la noticia a mis dos hermanos. La revelación les afectó de forma muy distinta. El pobre Owen simplemente palideció, levantó sus manos delgadas y débiles como si tuviese un ataque de pánico, y después se sentó observándome fijamente con un estupor que le arrebató la capacidad de habla y movimiento. Morgan se quedó de pie muy erguido ante mí, se metió las dos manos bruscamente en los bolsillos, rompió a reír del modo más seco que jamás le había escuchado, y me dijo, con aire triunfal, que era exactamente lo que esperaba.

—¿Lo que esperabas? —repetí, atónito.

—Sí —respondió Morgan, con su tono más ácido—. No me sorprende lo más mínimo. Así es como funciona el mundo, no es más que el habitual pulso entre el bien y el mal, la eterna historia con el final de siempre. Reinaba la felicidad en el

jardín del Edén, hasta que llegó la serpiente y lo puso todo patas arriba. Salomón era el hombre más sabio, hasta que vino la Reina de Saba y le hizo quedar como un tonto. Nosotros estamos sumamente tranquilos en The Glen Tower, hasta que viene una mujer y siembra la discordia. Lo único que me pregunto es cómo no nos ha pasado antes.

Tras estas palabras Morgan cogió su pipa con resignación, se puso su viejo sombrero de fieltro y se dirigió hacia la puerta.

—¿No te irás antes de que llegue? —exclamó Owen lastimosamente—. ¡No nos dejes solos, por favor no nos abandones!

—¡Irme! —exclamó Morgan con gran condescendencia—. ¿Qué ganaría con eso? Cuando el destino pone sus ojos en un hombre, y le prepara una parrilla, que yo sepa no hay escapatoria, lo único que puede hacer éste es acercarse y sentarse sobre ella.

Me dispuse a protestar contra la implícita comparación entre una muchacha y una parrilla al rojo, pero antes de que pudiese hablar, Morgan se había marchado.

—Bueno —le dije a Owen—, debemos sacar el mayor provecho de esta situación. Tenemos que desempolvar nuestros modales, ordenar la casa, y entretenerla tanto como podamos. El problema es dónde la alojamos; y cuando esto esté decidido, el siguiente asunto será qué necesitaremos comprar para que se sienta cómoda. Es un tema peliagudo, hermano, averiguar lo que agrada y lo que no agrada a los gustos de una señorita.

Owen me miró de forma ausente, más desconcertado que nunca, abrió los ojos en un gesto de reflexión no exento de perplejidad, se repitió a sí mismo lentamente la palabra «gustos» y después me ayudó con la siguiente sugerencia:

—¿No sería mejor empezar comprándole un *plumcake*?

—Mi querido Owen —objeté—: es una mujer hecha y derecha quien viene a vernos, no una niña que va a la escuela.

—Oh —dijo Owen, más confuso que antes—. Sí, ya veo; no sería mala idea, supongo... ¿o lo sería?... comprarle un perrito y un montón de trajes nuevos.

Evidentemente, podía esperar la misma ayuda de los consejos de Owen que del mismo Morgan. En el momento en que llegaba a esta conclusión, vi a través de la ventana a nuestra vieja ama de llaves de camino, con su cesta, al huerto de la cocina, y salí de la habitación para averiguar si podía ayudarnos.

Para mi desesperación, el ama de llaves tenía una opinión aún más pesimista que Morgan sobre los acontecimientos venideros. Tras explicarle todas las circunstancias, con cuidado dejó su cesta en el suelo, se cruzó de brazos, y me dijo con un tono lento, prudente y misterioso:

—¿Quiere usted mi consejo sobre lo que se debe hacer con esta muchacha? Bien señor, éste es mi consejo: no le dé demasiadas vueltas a la cabeza, no servirá de nada. Vaya y que no servirá de nada, se lo digo yo.

—¿Qué quiere decir?

—Mire este lugar señor, es más una cárcel que una casa, ¿no es cierto? Mírenos a nosotros, sus habitantes, tenemos todos (exceptuándole a usted) un pie en la tumba, ¿verdad? Cuando usted era joven, señor, ¿qué hubiera hecho si le hubiesen encerrado durante seis semanas en un lugar como éste, entre sus abuelos y abuelas a punto de morir de viejos?

—No sé qué decir.

—Yo sí señor. Se hubiera escapado. Ella se escapará. Así que no le dé más vueltas a la cabeza, ella le ahorrará la preocupación. Se lo digo otra vez: se escapará.

Con esas palabras de mal agüero el ama de llaves recogió su cesta, suspiró profundamente, y me dejó.

Me senté bajo un árbol sintiéndome impotente. El peso de toda la responsabilidad había recaído sobre mis pobres hombros. Ni una dama en el vecindario a quien pudiese pedir ayuda, y la tienda más cercana a ocho millas de distancia. El caso más difícil al que me tuve que enfrentar como abogado no era más que un juego de niños comparado con la dificultad de acoger a nuestra bella invitada.

Sin embargo, era absolutamente necesario decidir al instante dónde iba a dormir. Todas las habitaciones de la torre eran de piedra: oscuras, lúgubres y frías hasta en verano. No podía instalarse en ninguna de ellas. La única alternativa era alojarla en la casita moderna adosada, como ya he descrito, a uno de los lados del viejo edificio. Contaba con tres habitaciones que podían llegar a ser dignas para ser habitadas por una señorita. Pero Morgan ocupaba dichas habitaciones. Sus libros estaban en una de ellas, su cama en otra, y sus pipas y trastos diversos en la tercera. ¿Podía esperarse de él que, después de las amargas comparaciones que había utilizado para referirse a nuestra visitante, vaciase de buen grado sus aposentos y cambiase todas sus costumbres en pos de la comodidad de la recién llegada? La mera idea de proponerle algo así me parecía sencillamente ridícula; pero la imperiosa necesidad no me dejó otro remedio que poner en práctica el insensato experimento. Volví a la torre apresurado y desesperado para enfrentarme a lo peor que pudiera pasar, antes de que se hubiese agotado mi valor.

Al cruzar el umbral de la puerta del vestíbulo, para mi estupefacción, me detuvo una procesión de tres de los sirvientes de la granja seguidos por Morgan; andaban uno detrás de otro, en fila india hacia la escalera de caracol que llevaba al piso más alto de la torre. El primero de los sirvientes llevaba lo necesario para encender el fuego; el segundo, una butaca del revés sobre su cabeza; el tercero se tambaleaba bajo un pesado montón de libros, y Morgan iba el último, con su tabaquera en la mano, su bata sobre los hombros y su colección entera de pipas empaquetada bajo el brazo.

—Pero ¿qué diantre está pasando aquí? —pregunté inquisidor.

—Pues pasa que me estoy adelantando a los acontecimientos —respondió

Morgan, mirándome con una sonrisa de amarga satisfacción—. Tengo una ventaja sobre tu muchachita, Griffith, y estoy sacándole todo el provecho posible.

—Pero por Dios, ¿a dónde vas? —pregunté mientras la cabeza de la procesión desaparecía con su leña por las escaleras.

—¿Qué altura tiene esta torre? —replicó Morgan.

—Siete plantas, por lo menos —respondí.

—Muy bien —dijo mi excéntrico hermano, poniendo un pie sobre el primer peldaño—; me voy a la séptima.

—No puedes —grité.

—Querrás decir que ella no puede —dijo Morgan—, y ésa es precisamente la razón por la que me voy allí.

—Pero la habitación no está amueblada.

—Allí no podrá ir...

—Una de las ventanas se ha caído a pedazos.

—No podrá ir...

—Hay un nido de cuervos en la esquina.

—No podrá ir...

Tras plantear este argumento incontestable por tercera vez, Morgan también desapareció por las sinuosas escaleras. Le conocía demasiado bien para intentar cualquier otra protesta.

Así que de ese modo tan inesperado se solucionó el primero de mis problemas: las habitaciones de la casita habían sido liberadas de facto por el mismo propietario, y estaban a mi disposición. Escribí al instante al tapicero de la lejana capital del condado para que acudiese inmediatamente a supervisar las instalaciones, y envié a un mensajero a caballo con la carta. Hecho esto, y enviadas también las órdenes necesarias al carpintero y al vidriero para que empezasen a trabajar en las dependencias aéreas de Morgan en la séptima planta, empecé a sentir, por primera vez, que estaba recuperando mi maltrecho juicio. Al caer la noche ya se me habían ocurrido al menos tres ideas excelentes destinadas a la futura comodidad y entretenimiento de nuestra bella invitada. La primera idea era conseguirle un pony galés; la segunda, alquilar un piano en la ciudad; la tercera, mandar traer de Londres una caja llena de novelas. Debo confesar que estos proyectos para hacerla feliz me parecieron muy ocurrentes y oportunos, y Owen estuvo de acuerdo conmigo. Morgan, como siempre, adoptó el punto de vista contrario. Dijo que las novelas la harían bostezar, que despreciaría el piano, y que se rompería la crisma con el pony. En cuanto al ama de llaves, siguió erre que erre por la tarde igual que por la mañana. «Con piano o sin piano, con cuentos o sin cuentos, con pony o sin pony, no olvide mis palabras señor: esa muchacha huirá». Ésas fueron las palabras de despedida del ama de llaves cuando me deseó las buenas noches.

Cuando llegó la mañana siguiente y con ella la terrible hora del despertar que enfrenta a un hombre con sus esperanzas y proyectos, tanto los grandes como los pequeños, libres de toda ilusión, no ocultaré que me sentí menos apasionado sobre nuestro éxito en entretener a nuestra futura visitante. En lo que se refería a los preparativos materiales, parecía desde luego que poco quedaba por mejorar, pero aparte de éstos, ¿qué podíamos ofrecerle nosotros y nuestra compañía que le resultase atractivo? Ahí estaba el punto espinoso de la cuestión, y ésta era la gran dificultad a la que debía encontrar solución.

Mientras me visto, mi mente se pierde en sesudas reflexiones sobre los pasatiempos y ocupaciones con los que los tres hermanos solemos, desde hace años, engañar al tiempo. ¿Hay alguna posibilidad de que le interese o entretenga alguno de ellos?

Mi ocupación principal —empezaré por mí, por ser el más joven de los tres— consiste en actuar como administrador de las propiedades de Owen. La naturaleza rutinaria de mis ocupaciones nunca ha perdido para mí su sobrio atractivo, ya que siempre me he empleado en velar por los intereses de mi hermano, y también de mi hijo, que un día será su heredero. Pero ¿puedo esperar que nuestra bella invitada aprecie tales preocupaciones familiares? Desde luego que no.

La ocupación de Morgan, la siguiente por su orden, es una ocupación de naturaleza bastante más ambiciosa que la mía. Un rasgo clásico del carácter caprichoso y contradictorio de mi segundo hermano consistió siempre en considerar la profesión que aprendió y con la que se ganó la vida con el desprecio más profundo; y ahora consagra las largas horas de ocio propias de su proveya edad a redactar un voluminoso tratado con el que pretende, algún día, expulsar a todo el cuerpo médico que ha usurpado injustamente en la estima de sus conmlitones. Éste ambicioso trabajo se viene titulando *Un análisis de las pretensiones de la Medicina a la gratitud de la Humanidad. Opinión negativa de un médico retirado*. Según tengo entendido, el libro podría alcanzar las dimensiones de una enciclopedia, ya que el plan de Morgan es tratar este extenso tema principalmente desde un punto de vista histórico, y vilipendiar a todos los médicos de la antigüedad uno por uno, en riguroso orden, empezando por el primero de la tribu. La última vez que me informé de su progreso, seguía de cerca a Hipócrates, pero no tenía ningún plan inmediato de enzarzarse con su sucesor. ¿Es ésta una ocupación (me pregunto) en la que una muchacha moderna pueda tener el más mínimo interés? De nuevo, desde luego que no.

La ocupación favorita de Owen, por su parte, es casi tan característica como la de Morgan y tiene la gran ventaja adicional de resultar atractiva para un mayor espectro de gustos. Mi hermano mayor —excelente dibujante y pintor cuando era joven y siempre interesado en los artistas y su obra en la posteridad— ha retomado, en sus años de ocaso, la ocupación veraniega de sus días de colegio. Como pintor de

paisajes aficionado, trabaja con mayor placer, utiliza más color, gasta más pinceles, y consigue más olor de pintura en su estudio que ningún artista profesional, nativo o extranjero, que haya yo conocido jamás. Owen, el hombre de aspecto, modales y temperamento más amables del mundo, gracias a una peculiar anomalía de su carácter que parece haber tomado de Morgan, oscila plácidamente entre la gama de temas más tormentosos y aterradores que su arte es capaz de representar. Ruinas inconmensurables en clamorosos desiertos bajo relucientes atardeceres rojo sangre; nubes de tormenta rasgadas por los rayos, suspendidas sobre árboles partidos al borde de terribles precipicios; huracanes, naufragios, olas y torbellinos se suceden en sus lienzos, sin que aparezca un atisbo de su naturaleza calmada habitual para aliviar la serie de horrores pictóricos. Cuando le veo ante su caballete, tan pulcro y calmado, tan humilde y modesto, con una expresión tan sosegada en su rostro atento, con una mano tan blanca y tan frágil que guía esos pinceles enormes y atrevidos, y cuando después veo todos los lienzos llenos de horrores que serenamente empeora en fiereza e intensidad con cada pincelada, me resulta difícil establecer el vínculo entre mi hermano y su obra, aunque estén ante mí, a seis pulgadas de distancia. ¿Será este espectáculo peculiar cómicamente atractivo para la señorita Jessie? Quizá sí. Hay una pequeña esperanza de que la ocupación de Owen tenga la fortuna de interesarle.

Y así avanzan mis meditaciones matutinas, con paso incierto, pero todas ellas fracasan si me alejo del estrecho círculo de The Glen Tower. Intento, con todas mis fuerzas, por el bien de nuestra visitante, examinar los recursos del pequeño mundo que nos rodea, pero mis esfuerzos son recompensados por el vacío más absoluto.

¿Hay acaso algún alma viviente en los alrededores, alguien medianamente presentable a quien pudiéramos invitar para que la conozca? Ni una. Como ya he dicho, no hay casas de campo cercanas; y la buena sociedad de la ciudad del condado desde hace tiempo ha aprendido a considerarnos como tres misántropos, extremadamente sospechosos, por nuestra forma de vida monástica y nuestros trajes negros y sombríos, de ser curas católicos disfrazados. En otras partes de Inglaterra el párroco del lugar podría ayudarnos con nuestro problema; pero aquí, en el sur de Gales, y en esta segunda mitad del siglo diecinueve, contamos con el viejo tipo de pastor de los días de Fielding en perfecto estado de conservación. Nuestro párroco local recibe un estipendio que es tan insignificante que no soporta comparación con el salario de un mecánico cualquiera. Su vestimenta, sus modales y sus gustos apenas alcanzan el nivel de los de un labriego de clase alta. En las ocasiones en que personas de buena familia y bienintencionadas han realizado esfuerzos por tratarle con el reconocimiento que su profesión se merece, invitándole a sus casas, se ha sabido que, más de una vez, dejó su par de zapatos de labrador en el vestíbulo y entró respetuosamente en el salón en calcetines. Cuando predica, en un lugar a millas y millas de nosotros y de la humilde casa en la que vive, si ve a alguno de los presentes

en el banco de los hacendados bostezar o agitarse en el asiento, se lo toma como una insinuación de que están cansados de escuchar y acaba el sermón inmediatamente en cuanto termina la frase. ¿Podemos pedirle a este hombre tan irreverente y anticlerical que conozca a una joven dama? Dudo que, aunque hiciésemos el intento, lográsemos, de forma honrosa, hacerle traspasar el umbral del vestíbulo de los sirvientes.

Tras descartar, por lo tanto, la idea de invitar a los vecinos a fin de que nuestra huésped estuviera entretenida, y convencido al mismo tiempo de que resulta más que dudoso que ésta descubra algún atractivo en la austera compañía de los habitantes de la casa, termino de vestirme y bajo a tomar el desayuno, y en el fondo empiezo a creer que tiene razón el ama de llaves, y que la señorita Jessie acabará por salir huyendo. Me encuentro con Morgan, tan amargamente resignado a su destino como siempre, y a Owen, tan desesperadamente ansioso por ser de alguna utilidad, y tan lamentablemente ignorante de cómo empezar, que no me queda más remedio que deshacerme de él desde el principio mediante una estratagema.

Le sugiero que seguramente nuestra visitante esté interesada en los cuadros, y que sería muy amable por su parte pintarle un paisaje para colgar en su habitación. A Owen se le ilumina la cara al instante, me informa en su tono más dulce que en este momento está trabajando en un cuadro sobre el terremoto de Lisboa, y me pregunta si creo que le gustará el tema. Consigo mantener mi semblante lo suficientemente serio para responder afirmativamente, y mi hermano se retira dócilmente a su estudio, para reflejar el hundimiento de una ciudad y la destrucción de un pueblo. Morgan, por su parte, se retira a lo alto de la torre, tras amenazar con subir todas sus comidas hasta su nueva residencia mediante una cesta y una cuerda cuando llegue nuestra visitante. Me quedo solo durante una hora, hasta que el tapicero llega de la ciudad.

Éste hombre respetable, tras ser informado de nuestra emergencia, aparentemente ha visto la forma de hacer un buen negocio, y se gana mi eterna gratitud, pues toma, al contrario que todos los demás, un punto de vista optimista y esperanzado sobre las actuales circunstancias.

—Me perdonará usted, señor —me dice, en tono de confianza, cuando le enseño las habitaciones de la casita adosada—, pero esto es una cuestión de experiencia. Yo mismo soy un hombre de familia, con las hijas ya mayores, y la naturaleza femenina no tiene secretos para mí. Haga de sus habitaciones un lugar cómodo, y las hará felices. Rodee sus vidas, señor, del mobiliario adecuado, y no oírás queja alguna salir de sus labios. Veamos, en lo que se refiere a estas habitaciones, por ejemplo, señor, pone usted un buen armazón de cama francés en esa esquina, con cortinas a juego, digamos una cretona llamativa; sobre ese armazón pone usted una cantidad diríamos suficiente de ropa de cama; y lo decora con un pequeño y delicado edredón de pluma de pato, tan ligero como las rosas, y similar a éstas en color. Si hace eso, ¿qué ocurrirá? Le regalaré los ojos cuando se acueste por las noches, y le

regalará los ojos cuando se levante por la mañana, y usted estará contento, y ella también. No insistiré, señor, sobre la mesa del baño, ni tampoco le voy a entretener hablándole del espejo de cuerpo entero y del otro espejo de cara, porque tengo esos artículos en el almacén y yo mismo respondo de su efecto sobre el carácter y los sentimientos de una dama.

Mientras hablaba, me dirigió a la otra habitación y decidió los accesorios y decoraciones futuros, al igual que lo había hecho en el dormitorio, basándose en la estricta conexión —como su experiencia le había demostrado— entre un mobiliario cómodo y la felicidad femenina.

Hasta ese momento, y dado mi pobre estado de ánimo, la confianza del tapicero me había impresionado muy a mi pesar, y le había escuchado en supersticioso silencio. Pero mientras alcanzaba gradualmente cada vez más altas cotas en su exaltación tapicera, unas visiones alarmantes de su factura empezaron a manifestarse como telón de fondo del escenario de lujo y magnificencia que mi amigo evocaba. Los astutos instintos profesionales de tiempos pasados volvieron a aflorar en mí y empecé a plantear dudas y hacer preguntas, cuya natural consecuencia fue que nuestra entrevista adquirió rápidamente un tono más práctico.

Una vez que quedó fijado el gasto al que probablemente ascendería el mobiliario, y tras reparar en que el proceso de transformación de la casita —era preciso cierto plazo para obtener unos artículos selectos de Bristol— nos llevaría prácticamente una quincena, me despedí del tapicero pidiéndole que me dejara un par de días para reflexionar y hacerle saber mi decisión. Estábamos a cinco de septiembre y nuestra Reina de Corazones llegaría el veinte. Por lo tanto, si la obra empezaba el siete o el ocho, se terminaría a tiempo.

Al hacer mis cálculos tomando como referencia el día veinte de septiembre, se observará que, implícitamente, confiaba en la seriedad de la que habría de hacer gala cualquier joven dama que se preciase, aseguraría el cumplimiento del término de la cita que ella misma había fijado. Sólo puedo justificar tal ingenuidad por mi parte aduciendo la posibilidad de que mi inteligencia estuviera lastimosamente oxidada tras mi largo aislamiento de la sociedad. Fuese debido o no a ello, mi inocente candor estaba destinado irremisiblemente a sufrir una buena paliza del modo más sorprendente que imaginarse pueda. Apenas podía yo sospechar, cuando me despedí del tapicero el día cinco, la sorpresa que la fortuna me depararía el día diez.

El día siete tomé la decisión de acondicionar el dormitorio sin más demora y aplazar el asunto del cuarto de estar unos días más. Tras cursar el pedido necesario, escribí cartas destinadas al alquiler del piano y al encargo de la caja de novelas. Hecho todo esto, me congratulé del estado avanzado de los preparativos, y me senté para reposar acompañado de mis propios y felices engaños.

El día nueve llegó la carreta con el mobiliario, y los hombres empezaron a

trabajar en el dormitorio. Fue ese el día en que Morgan se retiró definitivamente a lo alto de la torre, mientras que Owen se confesó demasiado nervioso para poder aplicar la cantidad conveniente de pintura al terremoto de Lisboa.

El día diez el trabajo estaba avanzando a pasos agigantados. Hacia el mediodía, Owen y yo nos acercamos con calma hasta la puerta para disfrutar de la hermosa luz otoñal. Estábamos sentados perezosamente en nuestro banco favorito, frente a la torre, cuando un grito proveniente de algún lugar sobre nuestras cabezas nos sobresaltó. Miramos hacia arriba al instante y vimos a Morgan, con medio cuerpo fuera del estrecho ventanuco, allá en la séptima planta, gesticulando con vehemencia y señalando con el cañón de su larga pipa de espuma de mar hacia la carretera que estaba ante nosotros.

Miramos fijamente con expectación hacia la dirección indicada, pero nuestra posición era demasiado baja para poder distinguir nada. Hasta que pasó un rato no pudimos adivinar lo que se nos avecinaba. Finalmente ambos vislumbramos una silla de posta amarilla que, indudable y claramente, se aproximaba a la casa.

Owen y yo nos miramos el uno al otro presas de un silencioso pánico. El vehículo venía en dirección nuestra, pero ¿qué o a quién transportaba? ¿Viajan acaso los pianos en silla de posta? ¿Acompaña un postillón a las cajas de novelas hasta su destino? Esperábamos el piano y esperábamos las novelas, pero nada más; no había duda de que no esperábamos nada más.

El vehículo tomó la curva del camino, pasó a través del hueco sin puertas de nuestro desigual muro del cercado formado por piedras sueltas, y prestamente se detuvo junto a nosotros. Un sombrero apareció en la ventana y una mano agitó un pañuelo blanco alegremente.

¡Por Dios Santo Todopoderoso! ¡Era la mismísima Jessie Yelverton, que llegaba, sin previo aviso, exactamente con diez días de adelanto!

Nuestra Reina de Corazones

La silla de posta se plantó ante nosotros y antes de que nos hubiéramos recuperado de nuestro asombro, el jardinero había abierto la puerta y bajado la escalerilla.

Un rostro luminoso y sonriente, bellamente enmarcado por un velo negro que rodeaba su cabeza y se ataba bajo la barbilla; un vestido de viaje de color amarillo, tachonado con botones azules y adornado con galones blancos, cubierto por una capa marrón claro; unas manos pequeñas pulcramente enguantadas, que alcanzaron al instante una de las mías y una de las de Owen; dos ojos azul oscuro, que parecían mirarnos a los dos atravesándonos a cada momento; una voz clara, plena y alegremente confiada; un aspecto y unos modales jovial y elegantemente únicos: ésas fueron las características de nuestra bella invitada que me asombraron desde el principio, en el momento en que se bajó de la silla de posta y se apropió de mi mano.

—Por favor no me regañe —me dijo, antes de que pudiera balbucear unas palabras de bienvenida—. Habrá mucho tiempo para eso a lo largo de las próximas seis semanas. Le pido perdón con toda humildad por la ofensa de llegar diez días antes de lo previsto. No me pida explicaciones, por favor; si lo hace me veré obligada a confesar la verdad. Mi querido señor, el hecho es que se trata de un acto impulsivo.

Se detuvo y nos miró a ambos fijamente a los ojos, haciendo gala de una jovial confianza en su propio torrente de incoherencias, que era completamente irresistible.

—Debo contarles todo lo que ha pasado —continuó sin resuello, mientras nos dirigía hacia el banco, y nos invitaba, con un gracioso gesto de súplica, a sentarnos cada uno a un lado—. Me sentiré muy culpable hasta que se lo cuente. ¡Madre mía! ¡Esto es precioso! Ya me siento casi como en casa, ¿no es curioso? Bueno, ¿y qué creen que pasó? Anteayer por la mañana Matilda —ahí está Matilda, recogiendo mi sombrero de ese carruaje extraordinariamente mohoso—, Matilda vino y me despertó como de costumbre y les aseguro que no se me pasaba ninguna idea por la cabeza hasta que empezó a cepillarme el pelo. ¿Pueden entenderlo? Yo no puedo, pero fue como si, de alguna forma, el cepillo me metiera en la cabeza un antojo repentino de venir hasta aquí. Cuando bajé a desayunar le dije a mi tía: «Querida, siento un impulso irresistible de viajar a Gales inmediatamente, en vez de esperar hasta el día veinte». Ella planteó las objeciones esperadas, la pobre, pero mi ímpetu crecía y crecía con cada una de ellas. «Estoy bastante segura», dije, «de que no iré nunca si no voy ahora». «En ese caso», dijo mi tía, «toca la campanilla y que te hagan el equipaje. Todo tu futuro depende de que vayas; y me das un miedo tan indescriptible que estoy deseando deshacerme de ti». Puede que no lo parezca, pero Matilda es un tesoro; y tres horas después estaba en la estación de tren de Great Western. No tengo la más remota idea de cómo he llegado aquí, sólo sé que muchos caballeros me han

ayudado en todas partes. ¡Son unas criaturas tan encantadoras! Mis baúles, mi doncella y yo misma hemos estado a su cargo en todo momento del viaje, y sus educadas atenciones van más allá de lo imaginable. Dormí en esa horrible ciudad provinciana ayer por la noche; y la noche anterior perdí un vapor o un tren, no sé ya qué, y dormí en Bristol; y así es como he llegado hasta aquí. Y ahora que por fin estoy con mi tutor, tendré que darle un beso, ¿no es cierto? ¿Le puedo llamar papá? Creo que lo haré. ¿Y puedo llamarle a usted tío, señor, y darle un beso también? Lo haremos tarde o temprano, y supongo que deberíamos empezar lo antes posible.

Sus jóvenes y frescos labios tocaron mi vieja mejilla marchita en primer lugar, y después la de Owen; una suave y momentánea sombra de ternura, dulce y fugitiva, recorrió la luminosa alegría de su cara mientras nos besaba. Al momento estaba de nuevo de pie, y preguntaba: «¿Quién fue el hombre maravilloso que construyó Glen Tower?», y expresaba sus deseos de recorrerlo inmediatamente de arriba a abajo.

Tras llevarla a la casa, le expresé las disculpas necesarias por el aspecto miserable de sus aposentos, y le asegure que diez días después lo habría encontrado completamente preparado para recibirla. Entró rápidamente en todas las habitaciones, miró por todas partes, salió de nuevo rápidamente, declaró que había venido para vivir en la vieja Torre y no en un añadido moderno cualquiera, y rechazó de plano habitar en la casita bajo ninguna condición. Abrí la boca para plantear alguna objeción, pero se escabulló al instante y se dirigió sin dudarle a las escaleras de la Torre.

—¿Quién vive aquí? —preguntó, llamándonos con impaciencia desde el descansillo de la primera planta.

—Yo —dijo Owen—; pero si quiere que me traslade...

Ya había alcanzado la segunda planta antes de que pudiéramos pronunciar una sola palabra más. El siguiente sonido que escuchamos, mientras la seguíamos lentamente, fue un tamborileo imperioso en la puerta de la habitación de la segunda planta.

—¿Hay alguien ahí? —la oímos preguntar a través de la puerta.

Le dije desde abajo que, en circunstancias normales, era yo quien estaba allí; pero que, como Owen, no me importaría trasladarme. Mi educado ofrecimiento fue ignorado al igual que lo había sido el de mi hermano. Oímos más golpes en la puerta del tercer piso. También había en éste dos habitaciones, una de ellas totalmente vacía, y la otra repleta de mobiliario viejo y pasado de moda que ya no tenía utilidad, y adornada siniestramente por una figura de mimbre de tamaño natural que llevaba encima una armadura completa en lamentables condiciones de oxidación. Cuando Owen y yo llegamos al tercer piso, la puerta estaba abierta, y la señorita Jessie había tomado posesión de las habitaciones, y la encontramos subida a una silla, quitándole el polvo al hombre de la armadura con su pañuelo de batista.

—Viviré aquí —dijo, mirándonos rápidamente desde su posición por encima del hombro.

Los dos protestamos, pero fue en vano. Nos dijo que sentía el impulso de vivir con el hombre de la armadura y que, o se salía con la suya, o se iba de vuelta inmediatamente en la silla de posta; que estaba en nuestra mano. Dado que era imposible moverla de allí, negociamos que al menos permitiera que trasladásemos la cama nueva y el resto del mobiliario de la casita a la habitación vacía, que acondicionaríamos como dormitorio. Aceptó esta condición, aunque protestó sin cesar por verse obligada a dormir en una cama, dado que era una convención moderna que en absoluto correspondía a su nueva residencia y su amigo de la armadura.

Por fortuna, para la tranquilidad de Morgan, que en otras circunstancias habría descubierto desde el primer día que su retiro celeste no estaba en ningún modo lo suficientemente elevado como para mantenerle fuera del alcance de Jessie, la idea de instalarse al instante en sus nuevos aposentos apartó cualquier otra idea de la mente de nuestra bella invitada. Recogió con alfileres allí mismo los bajos de su traje de viaje creando una forma de guirnalda a su alrededor; nos informó de que estábamos a punto de conocer a una nueva Jessie, a una mujer de negocios, y se precipitó escaleras abajo llamando a Matilda a gritos y pidiendo sus baúles con la alegría de una niña ante un montón de juguetes nuevos. La enérgica protesta de la Naturaleza contra las restricciones artificiales de la vida moderna tomaba forma en todo lo que Jessie decía y en todo lo que hacía. Nunca había sabido lo que era ser feliz hasta este momento, porque nunca hasta entonces se le había permitido hacer algo por sí misma. Tan pronto estaba de rodillas encendiendo el fuego y nos decía que se sentía una Cenicienta, como al instante siguiente se subía a una silla para sacudir las telarañas con un palo de escoba y deseaba haber nacido para ser criada. En cuanto a mi desafortunado amigo, el tapicero, no pudo por menos de replegarse en su primer intento de asumir el mando de las fuerzas domésticas del destacamento de mobiliario. Jessie se burló de él, lo mareó, discutió todas sus conclusiones, cambió todos sus planes y terminó por ordenar que se llevaran de vuelta la mitad de los muebles de su dormitorio por la única e imperiosa razón de que pensaba apañárselas sin ellos.

Al acercarse el atardecer, el aspecto que ofrecían las dos habitaciones era tan excéntrico que rayaba en un absurdo difícil de describir. De las viejas y horrorosas paredes del dormitorio colgaban las batas y mañanitas más alegres y modernas. El hombre de la armadura tenía una colección de elegantes escaupines y botitas colgadas de cintas y encajes entre sus piernas de hierro. Un cofrecito rescatado de una esquina, mordisqueada por los ratones y con un cierre de acero, desentonaba encima de la flamante mesa del tapicero y contenía una colección de peines, horquillas y cepillos. A un lado se erigía una antigua y lúgubre butaca, patriarca de su tribu, cuyos brazos

de roble ennegrecido abrazaban un par de coquetas cajas de sombreros último modelo de apenas dos semanas. En el otro, arrojados con ligereza encima de un mantel tosco de tapicería, laborioso trabajo de siglos pasados, descansaba la breve y delicada obra creada la semana anterior en forma de vestidos de seda y muselina vueltos del revés. En medio de toda esta contradictoria confusión, la señorita Jessie se movía por aquí y por allá como centro activo del caótico escenario; a ratos se ponía a cantar lo más alto que podía, a ratos nos decía, con sus encantadores modales, que uno de nosotros debía casarse con ella al instante, puesto que estaba decidida a instalarse para siempre en The Glen Tower.

Tras este anuncio, a la hora de la cena nos preguntó si entendíamos por completo que a estas alturas había dejado sus «modales de sociedad» en Londres, y que pensaba dirigirnos según su voluntad y placer durante toda su estancia. Así, una vez quedo dispuesto desde el principio el debido reconocimiento de su autoridad por parte de todos los miembros de la casa en general y de cada uno de nosotros en particular; una vez fueron planeados rápidamente sus futuros entretenimientos y ocupaciones a la hora del vino y la fruta del postre, y una vez quedó decidido claramente, entre su primera y su segunda taza de té, qué papel se nos reservaba en los mismos; una vez, en resumen, que ocurrió todo esto, llegada ya la hora de retirarse durante la noche, Jessie había conseguido que nos sintiésemos sumamente cómodos, y se había convertido en una parte tan necesaria de nuestro hogar como si hubiese vivido con nosotros durante años y años.

En esto consistió nuestra experiencia durante el primer día en compañía de nuestra maravillosa invitada, cuya prematura visita nos había desconcertado a todos de una forma tan doliente y tan absurda. No me podía creer que hubiese perdido horas de mi precioso tiempo devanándome los sesos y preocupando a todos los demás habitantes de la casa sobre la mejor y más elaborada manera de entretener a una muchacha alegre y animosa que era perfectamente capaz, sin que ella o nosotros tuviésemos que realizar ningún esfuerzo, de entretenerse sola.

Tras haberle dado un vuelco a cada uno de nuestros planes el primer día de su llegada, a continuación echó por tierra todas nuestras predicciones antes de que hubiera pasado una semana con nosotros. En vez de romperse el cráneo con el pony, como había profetizado Morgan, montó a esa pequeña bestia traviesa, robusta, como si fuese una extensión de sí misma. Con un viejo impermeable mío sobre los hombros, tocada con un sombrero español de ala ancha de Owen, un diablillo salvaje galés siguiéndola como mozo y guía montado a pelo sobre otro pony, y uno de los chuchos más grandes y feos de Inglaterra (que había recogido hambriento y perdido en una cuneta) pegado a sus talones, recorría la comarca en todas direcciones, y volvía para cenar, como ella misma decía «con los modales de una amazona, la tez de una campesina y un hambre de lobo».

En los días en que se tenía que quedar en casa a causa de la lluvia incesante, se entretenía con algún nuevo capricho. Hizo amigos en todos sitios, por algo era la Reina de Corazones, incluso se congració con la vieja y amargada ama de llaves, que había predicho con tanta obstinación su inevitable huida. Para asombro de todos los habitantes de la casa, pasaba horas en la cocina aprendiendo a hacer *pudings* y tartas y probando todo tipo de recetas, con los más diversos resultados, provenientes de un antiguo libro de cocina que había descubierto en el fondo de una de mis estanterías. En otras ocasiones, cuando esperaba encontrármela en el piso de arriba, contemplando lánguidamente sus abalorios o puliendo ociosamente sus baratijas, la oía en la cuadra, donde daba de comer a los conejos o hablaba al cuervo; o me la encontraba en el invernadero, entretenida en fumigar las plantas asfixiando prácticamente al jardinero, que intentaba moderar su entusiasmo por la fabricación de humo.

En vez de divertirse, como habíamos esperado, en el estudio de Owen, su preciosa cara se arrugó en una mueca de asco ante el olor a pintura de la habitación, y declaró que los horrores del terremoto de Lisboa la volvían histérica. En vez de mostrar una ausencia total de interés por mis ocupaciones diarias en los negocios de la finca, aniquiló mi dignidad como administrador al unirse a mis recorridos montada en su pony, con su séquito vagabundo pegado a los talones. En vez de devorar las novelas que encargué para ella, las dejó en la caja, que utilizaba para que descansaran los pies cuando se sentía fatigada tras un duro día de equitación. En vez de practicar a diario durante horas el piano, que había alquilado con la firme convicción de que lo utilizaría, nos mostró trucos de cartas, nos enseñó juegos nuevos, nos inició en los secretos del dominó, nos desafió con acertijos, e incluso intentó animarnos para que actuásemos en una representación; en definitiva, intentó todo tipo de divertimentos nocturnos excepto el musical. Cada nuevo aspecto de su carácter era para mí una sorpresa, y cada nueva ocupación que escogía una nueva frustración a nuestras expectativas. El valor de la experiencia como guía es indudable en muchos de los asuntos cruciales de la vida, pero, personalmente, entendí su suma futilidad en lo tocante a las mujeres cuando me encontré inmerso en el trato diario con nuestra encantadora invitada.

En su relación cotidiana con cada uno de nosotros, Jessie demostró la exquisita precisión de la perspicacia a la hora de estudiar caracteres, costumbres y gustos que poseen instintivamente las mujeres y que incluso tras años de práctica los hombres nunca alcanzan en el mismo grado de perfección. De un vistazo supo ver toda la ternura y generosidad que se ocultaba tras la timidez, falta de resolución y reserva ocasional de Owen; y desde el principio hasta el final, incluso en sus momentos más alegres, siempre mostraba cierta consideración ligeramente implícita —una deferencia tranquila, elegante y delicada— en su trato con mi hermano mayor, que

hacía que se ganara mi corazón y el de éste en cada momento del día.

Conmigo hablaba con mayor libertad, actuaba con mayor resolución, y era más rápida y atrevida en lo que concernía a las miles de pequeñas intimidades que compartíamos a diario. Cuando nos veíamos cada mañana, siempre tomaba la mano de Owen y esperaba hasta que él la besaba en la frente. En mi caso, colocaba sus dos manos sobre mis hombros, se ponía de puntillas, y me besaba rápidamente en ambas mejillas a la moda extranjera. Nunca expresaba un desacuerdo con Owen sin obsequiarle antes con un astuto y discreto elogio, a modo de excusa. Debatía conmigo atrevidamente sobre todos los temas del mundo, incluyendo lo concerniente a la Justicia y la Política; y, cuando me iba imponiendo, ella no dudaba en interrumpirme poniendo un dedo sobre mis labios, o arrastrándome al jardín en medio de una frase.

En cuanto a Morgan, Jessie averiguó todas las peculiaridades de su caso desde el segundo día que estuvo entre nosotros. Preguntó por él en cuanto se instaló en sus dos habitaciones de la tercera planta; insistió en saber por qué vivía en lo alto de la torre, y por qué no había acudido a la puerta a darle la bienvenida; nos atrapó en todo tipo de confesiones embarazosas, y de ese modo descubrió el intríngulis de la cuestión en menos de cinco minutos.

Desde ese momento, mi desafortunado hermano se convirtió en víctima de la parte más traviesa y temeraria del carácter de la muchacha. Le obligó a bajar mediante una serie de maniobras que convirtieron su refugio en inhabitable, y después fingió que se había enamorado locamente de él. Deslizaba pequeñas notas rosas con tres esquinas dobladas por debajo de su puerta, en las que le suplicaba que se encontraran, o le preguntaba coquetamente cómo le gustaría que se peinase para la cena de ese día. Le seguía en el jardín, a veces para pedirle el privilegio de oler el humo de su tabaco, o para suplicarle un mechón de pelo o un fragmento de su roída bata, que colocaría entre sus recuerdos. Suspiraba ante él cuando se encolerizaba, y se llevaba un pañuelo a los ojos cuando estaba de mal humor. En definitiva, torturaba a Morgan siempre que podía, con una malicia tan ingeniosa e inexorable que éste llegó a amenazar con volverse a Londres para vivir de nuevo a costa de la credulidad de la humanidad como médico sin escrúpulos.

Así establecida su relación con nosotros, y entretenida de este modo con las diversiones campestres de su propia elección, para satisfacción de su tutor, la señorita Jessie pasaba una temporada, todo debe decirse, no exenta de placeres en The Glen Tower, exceptuando alguna hora aburrida de vez en cuando durante las largas veladas. Los días se sucedían los unos a los otros en medio del sosiego y la calma, y habían pasado cinco tranquilas semanas de las seis que debía durar su estancia sin que ocurriese ningún acontecimiento destacable, cuando sucedió un hecho que me afectó personalmente de forma grave y que repentinamente convirtió a la bella Reina de Corazones en el objeto de la más profunda de mis preocupaciones en ese

momento, y de la más maravillosa de mis esperanzas para el futuro.

Nuestro gran proyecto

Cuando la quinta semana de la estancia de nuestra invitada iba llegando a su término, entre las cartas del correo de la mañana dirigidas a The Glen Tower había una para mí de mi hijo George enviada desde Crimea.

El efecto que produjo esta carta en nuestro pequeño círculo hace necesario que la transcriba a continuación con el fin de que hable por sí misma.

Esto es lo que leí en la soledad de mi habitación:

«Mi queridísimo padre,

Después de las maravillosas noticias sobre la caída de Sebastopol, ¿tendrá usted ahora la disposición de escuchar pequeños asuntos de suma e íntima importancia para un insignificante oficial subalterno? Prepárese, si es el caso, para un anuncio repentino y sorprendente. ¿Cómo explicarme? ¿Cómo decirle que realmente vuelvo a casa?

Sólo se me ha ofrecido una oportunidad de escribirle esta carta, y muy poco tiempo para redactarla; así que debo resumir las cosas, si es posible, en pocas palabras. El médico ha informado de que estoy preparado para viajar finalmente, y podré irme, gracias a los privilegios de que disfruta un hombre herido, en el próximo barco. El nombre del barco y la hora de salida están anotados en la lista junto a la carta. He hecho todos los cálculos y, teniendo en cuenta cualquier retraso eventual, creo que podré estar con vosotros como muy tarde el uno de noviembre, quizás unos días antes.

Estoy demasiado ocupado con los preparativos de mi regreso, y con algo más que luego le confiaré, algo relacionado con este regreso, y que es igualmente importante para mí, como para poder comentar los asuntos de estado, especialmente cuando sé que los periódicos le habrán suministrado a estas alturas gran cantidad de información. Déjeme consagrar el resto de esta carta a un asunto que atesoro en lo más profundo de mi corazón; un asunto, y casi me avergüenza decirlo, que me importa más que el gran triunfo de mis compatriotas, en el que mi condición de herido me ha impedido tomar parte.

Según me dijo en su última carta, la señorita Yelverton iba a hacerle una visita este otoño, en su calidad de tutor. Si ella se encuentra efectivamente a su lado, le ruego que remueva cielo y tierra para que permanezca en The Glen Tower hasta mi regreso. ¿Se imagina ya mi confesión tras este ruego? Mi querido, querido padre, todas mis esperanzas están puestas en ese maravilloso tesoro del que es usted tutor, que quizás en este momento esté bajo el mismo techo; toda mi felicidad depende de que Jessie Yelverton se convierta en mi esposa.

Si no creyese sinceramente que usted aprobará plenamente mi elección, no me

habría aventurado con esta abrupta confesión.

Ahora que está hecha, permítame continuar y contarle por qué he mantenido hasta ahora mis sentimientos en secreto para todos, incluso para la misma Jessie (verá que ya la llamo por su nombre de pila).

Lo hubiera arriesgado todo padre, y le hubiera entregado mi corazón sin dudarlo hace más de un año, si no hubiera sido por la orden que envió a nuestro regimiento fuera del país a participar en la gran batalla de la guerra con Rusia. Ningún cambio ordinario de mi vida me hubiera hecho callar el asunto del que más ansiosamente deseaba hablar; pero este cambio me hizo pensar seriamente en el futuro, y de estas reflexiones surgió la resolución que he mantenido hasta la fecha. Por su bien y sólo por su bien, me obligué a no pronunciar las palabras que la hubieran convertido en mi prometida. Decidí ahorrarle la terrible inquietud de esperar que los peligros de la guerra permitiesen o no el regreso hasta ella de un marido por desposar. Decidí ahorrarle el amargo pesar de mi muerte si me abatía una bala. Decidí evitarle el desdichado sacrificio de su existencia en el caso de que regresara de la guerra, como otros muchos hombres valientes, inválido de por vida. Al dejarla libre de todo compromiso, sin que sospechara siquiera sobre la naturaleza de mis sentimientos hacia ella, podría morir, en silencio, sabiendo que le había ahorrado un gran sufrimiento al corazón que más amaba. Éste fue el razonamiento que impidió que las palabras saliesen de mis labios cuando dejé Inglaterra, sin saber si algún día volvería. Si no la hubiera querido tanto, si su felicidad hubiese sido menos preciosa para mí, quizá no habría cumplido la dura restricción que me había impuesto a mí mismo, y habría hablado con egoísmo en el último momento.

Pero ahora han pasado las horas de aflicción, la guerra ha terminado y aunque aún cojeo ligeramente, gozo, gracias a Dios, de excelente salud y aún mejor ánimo que cuando me fui de casa. ¡Oh, padre, si la perdiera ahora, si no obtuviera ninguna recompensa por intentar salvarla de la más amarga de las decepciones! A veces soy lo suficientemente vanidoso para pensar que, de algún modo, dejé mi huella en ella; otras veces dudo de que tenga sospecha siquiera de mis sentimientos. Vive en un mundo feliz, es el centro de continua admiración, hombres dotados de todas las cualidades que conquistan a las mujeres la rodean en todo momento, ¿así que puedo yo atreverme, puedo tener esperanza? ¡Sí, debo hacerlo! Lo único que le ruego es que la retenga en The Glen Tower. En ese mundo tranquilo, libre de frivolidad y tentación, me escuchará mejor que en ningún otro lado. Reténgala, queridísimo padre, y por encima de todo, no le cuente ni una palabra de esta carta. Me he ganado sin duda el privilegio de ser el primero en abrirle los ojos a la verdad. No debe saber nada, ahora que regreso a casa, hasta que lo escuche todo de mis propios labios...».

En este punto la escritura terminaba precipitadamente. Creo que no hago más que

reconocer un sentimiento normal al confesar que lo que leí me afectó profundamente. Pienso que nunca he sentido tanto amor por mi hijo, y que nunca he estado tan orgulloso de él como en el momento en el que terminé de leer su misiva. En cuanto pude controlar mi estado de ánimo, empecé a calcular la cuestión del tiempo con una temblorosa impaciencia que me trajo recuerdos de mis propios años de juventud, llenos de amor y esperanza. Mi hijo iba a llegar, como muy tarde, el uno de noviembre, y las seis semanas de Jessie terminaban el veintidós de octubre, ¡diez días antes de lo debido! Si no fuese por el capricho que la trajo hasta nosotros exactamente esa cifra de días antes de la fecha prevista, hubiera estado en casa necesariamente cuando George regresase.

Intenté recordar una conversación que había mantenido con ella hacía una semana sobre sus planes futuros. Hacia mediados de noviembre, su tía, lady Westwick, tenía previsto viajar a su casa de París y Jessie, por supuesto, iba a acompañarla, y me refiero a acompañarla al mismísimo corazón de la mejor sociedad inglesa y lo más selecto de sociedad francesa, un ámbito que contenía los elementos más adversos para las esperanzas de George. Hasta ese viaje no tenía ningún otro compromiso concreto, y sólo había acordado escribir y advertir a su tía sobre su regreso a Londres uno o dos días antes de dejar The Glen Tower.

Bajo estas circunstancias, el primer paso, el más importante, consistiría en convencerla para que prolongase su estancia más allá de las seis semanas comprometidas, al menos durante diez días más. Puesto que no iba a olvidar la advertencia expresa de guardar el secreto de la carta de George (lo que es natural, mi pobre hijo), pensé que sólo podría persuadirla mediante el manido argumento de la hospitalidad. ¿Sería suficiente para lograr el objetivo?

Estaba seguro de que hasta el momento las horas de la mañana y la tarde habían estado plena y felizmente ocupadas gracias a sus diversos entretenimientos dentro y fuera de casa. No se había cansado todavía de sus días desde que llegó hasta nosotros; pero no estaba tan seguro de que no estuviera harta de sus noches. Últimamente había notado síntomas de hastío después de que se encendieran las lámparas, y una regularidad sospechosa en el momento de retirarse a la cama en cuanto el reloj daba las diez. Si pudiera proporcionarle un nuevo entretenimiento para las largas noches, quizás dejaría que los días se ocuparan solos, y entonces me aseguraría (dado que no tenía ningún compromiso concreto en Londres hasta mediados de noviembre) de que, sinceramente agradecida, estuviese dispuesta a prolongar su estancia.

¿Cómo podía lograr algo así? El piano y las novelas no habían conseguido atraerla, ¿qué otro entretenimiento podía ofrecerle? No tenía sentido en ese momento plantearme cuestiones como éstas. Estaba demasiado agitado para pensar sosegadamente hasta en los asuntos más insignificantes. Estaba incluso demasiado intranquilo para quedarme en mi propia habitación. La carta de mi hijo me había

transmitido un nuevo interés en Jessie, de modo que ahora estaba tan impaciente por verla como si fuese la primera vez. Quería mirarla con nuevos ojos, escucharla con nuevos oídos, estudiarla secretamente con mis nuevas esperanzas y miedos. Para mi desesperación (porque deseaba que el tiempo mismo favoreciera los intereses de George), llovía con fuerza aquella mañana. Sabía por lo tanto que, probablemente, la encontraría en su propio cuarto de estar. Cuando llamé a la puerta, con la carta de George arrugada en mi mano, con la esperanza de George formando ya parte de mi corazón, no exagero si digo que mis nervios estaban casi tan agitados, y mis ideas casi tan confusas como lo habían estado en cierto día memorable del lejano pasado, cuando me levanté, tocado con una flamante peluca y cubierto por mi nueva toga, para exponer mis futuros proyectos como abogado en mi arriesgado primer discurso.

Al entrar en la habitación, me encontré con Jessie recostada lánguidamente en su sillón más amplio mientras contemplaba las gotas de lluvia resbalando por el cristal de la ventana. La desafortunada caja de novelas estaba abierta a su lado y la mayoría de los libros repartidos por el suelo a sus pies. Un volumen estaba abierto, boca abajo, sobre su regazo, y sus manos estaban cruzadas encima de él perezosamente. Para mi desesperación, estaba bostezando, bostezaba clara y manifiestamente cuando la vi.

En cuanto me encontré ante ella se apoderó de mí una irresistible ansiedad por realizar algún descubrimiento secreto sobre el verdadero estado de sus sentimientos hacia George. Tras las oportunas lamentaciones sobre el enclaustramiento al que se veía sometida a causa del tiempo, dije, de la forma más casual posible:

—He tenido noticias de mi hijo esta mañana. Habla de que le van a enviar a casa y me dice que podré verle antes de final de año.

Fui lo suficientemente precavido para no mencionar la fecha exacta de su regreso, ya que en ese caso ella podría haber supuesto el motivo de que le pidiera que prolongase su estancia.

—Oh, ¿de veras? —dijo—. Qué maravilla. Debe estar usted contentísimo.

La observé con atención. Sus claros ojos azules se encontraron con los míos, con la misma franqueza de siempre. Sus mejillas suaves, redondeadas, guardaron su buen color sin parecer alterarse. Sus labios plenos, joviales y sonrientes no temblaron ni cambiaron su expresión ni un ápice. Su ligero vestido de seda estampada de cuadros, con una preciosa cinta color cereza a modo de adorno, se mantuvo inmóvil sobre su pecho. Habría obtenido la misma información de su mirada y gestos si hubiera estado a miles de millas de distancia. ¿No es la mejor mujer del mundo apenas algo más clara que un abismo insondable de ambigüedad en ciertas ocasiones, en lo que a sus propios sentimientos se refiere? No me gusta ser de esta opinión; y sin embargo no sé cómo explicar de otro modo la forma magistral con la que la señorita Jessie logró confundirme.

Tenía miedo —literalmente miedo— de abordar el tema de la prolongación de su estancia con nosotros en un día lluvioso, así que, presa de la desesperación, cambié de tema y mencioné las novelas esparcidas a su alrededor.

—¿No encuentra usted nada por aquí que le divierta en esta mañana lluviosa?

—Hay dos o tres buenas novelas —dijo, de forma casual—, pero ya las leí antes de dejar Londres.

—¿Y las otras no valen siquiera para un día aburrido de campo? —continué.

—Quizás a algunas personas les valgan —respondió—, pero a mí no. A lo mejor es que soy algo peculiar en mis gustos. Me ponen enferma las novelas con un propósito elevado. Me ponen enferma los arranques de elocuencia, la filantropía con amplitud de miras, las descripciones gráficas, la pródiga anatomía del corazón humano y todo ese tipo de cosas. Por Dios Santo, ¿no es la intención o el objetivo original, como sea que se diga, de una obra de ficción el distinguirse claramente de todo lo demás porque está contando una historia? ¿Y cuántos de estos libros, me gustaría saber, lo hacen? Porque, en lo que se refiere a contar una historia, la mayor parte de ellos podrían ser lo mismo sermones que novelas. ¡Madre mía! Lo que yo quiero es algo que logre captar mi interés, que me haga olvidar que ya es la hora de vestirse para la cena; algo que me haga leer, leer y leer, sin respiración, hasta llegar a descubrir el final. Ya sabe lo que quiero decir, o al menos debería. Porque, ¿recuerda esa pequeña historia sin importancia que me contó ayer en el jardín...? Trataba sobre un extraño cliente que nunca volvió a ver: le digo que era mucho más interesante que la mitad de estas novelas, porque era una historia. Cuénteme otra sobre sus días de juventud, cuando se dedicaba a ver mundo y a conocer a todo tipo de personas singulares. Mejor no, no la cuente ahora, guárdese la hasta la noche, cuando todos necesitamos algo que nos anime. Ustedes nuestros mayores podrían entretenernos a los jóvenes con sus propios recursos con más frecuencia de la que lo hacen. Fue muy amable por su parte proporcionarme estos libros; pero, con todo el respeto hacia ellos, prefiero hurgar en su memoria antes que en esa caja. ¿Qué ocurre? ¿Teme usted que ya haya encontrado la puerta a su corazón?

Al oír sus últimas palabras me empecé a levantar de la silla, y sentí cómo me sonrojaba en ese mismo instante. Jessie me había inspirado una idea, la misma idea que andaba buscando cuando sopesaba la mejor forma de entretenerla en las largas tardes de otoño. Esquivé sus preguntas con las mejores excusas que pude concebir en aquel momento; cambié de conversación durante los siguientes cinco minutos; y finalmente me disculpé por tenerla que abandonar, aduciendo un repentino deber profesional que acababa de recordar. Entonces me retiré precipitadamente para meditar la nueva idea en la soledad de mi habitación.

Tras unos minutos de calmada reflexión me convencí de que había descubierto no sólo el medio de ocupar su tiempo ocioso, sino también la forma de distraerla para

que se quedara con nosotros, noche tras noche, hasta el regreso de mi hijo. El nuevo proyecto, que ella misma había sugerido inconscientemente, únicamente requería seguir sin dilaciones su propia y casual indicación para captar su interés y curiosidad mediante un recital de incidentes y aventuras inspirados en mi propia experiencia personal y, si lograba su ayuda, también en la de mis hermanos. El pasado de Owen como párroco, el pasado de Morgan como médico y mi propio pasado de abogado, habían estado relacionados con todo tipo de personas extrañas y acontecimientos asombrosos repletos de elementos de interés poderosos y llamativos al alcance de nuestra mano. Si escribíamos estas narraciones de un modo directo y sin pretensiones, si leíamos una de ellas cada noche, de forma que despertase la curiosidad e impresionase la imaginación de nuestra joven invitada, habríamos encontrado la mejor ocupación para sus horas muertas, una ocupación que satisfaría su gusto; atraeríamos su interés natural por las vidas pasadas de mis hermanos y de mí mismo, y la persuadiríamos fácilmente de prolongar su visita diez días, sin que ella sospechara el verdadero motivo de su retención.

Me senté en mi mesa; me cubrí la cara con las manos para mantener apartadas las sensaciones del mundo exterior y presente; escudriñé el misterioso laberinto del pasado a través del apagado y profundo crepúsculo de los años olvidados.

Lentamente, de las terribles sombras surgieron a mi alrededor los Fantasmas de la Memoria. Los habitantes muertos de un mundo desaparecido volvieron a la vida junto a mí. Hombres y mujeres cuyo peregrinaje en la Tierra había terminado mucho tiempo atrás, regresaron hasta mí desde la esfera de lo desconocido, y voces amadas y familiares se abrieron paso de nuevo hasta mis oídos a través del pesado silencio de las tumbas. La procesión sin vida de escenas y seres inmateriales se movía ante mí bajo una luz nefanda e interior, que sólo veían mis ojos, desplegando su silenciosa longitud. Contemplé de nuevo el rostro suplicante de un amigo de juventud, y la visión obsesiva que le había torturado en vida, con la desesperación, hace años olvidada, en esos ojos que una vez me llegaron hasta el corazón y me unieron a él hasta que le hube acompañado en su tortuoso camino final. Vislumbré la imagen de una mujer inocente que recorría una y otra vez una antigua casa de campo, con la sombra de una extraña sospecha deslizándose junto a ella, allá donde fuera que se dirigiese. Adiviné la figura de un hombre abatido por la desgracia y la vejez, tendido sobre la paja de un establo, dormido y susurrando en sueños el terrible secreto de su vida.

Otras escenas y personas siguieron a éstas, menos vívidas en el recuerdo, pero siempre reconocibles y singulares: una muchacha sola por la noche, su vida corriendo peligro, en una casa sobre un páramo tenebroso; la habitación superior de una posada, con dos camas: las cortinas de una de las camas echadas, y un hombre de pie junto a ellas, esperando, aunque temeroso de abrirlas; un marido secretamente en pos de las

primeras huellas de un misterio que el angustiado amor de su mujer le había ocultado fatalmente desde el día en que se conocieron; éstas y otras visiones equivalentes, reflejos sombríos de seres vivos que una vez fueron, y acontecimientos reales que una vez acontecieron, poblaban la soledad y el vacío que me rodeaba. Continuaron junto a mí cuando intenté romper la cadena de pensamientos que mi propio esfuerzo había despertado con dolor en la mente; me seguían por toda la habitación; y me acompañaron cuando la abandoné. Había levantado el velo del pasado ante mí, y ahora no descansaría hasta que lo hubiera levantado ante los demás.

Corrí inmediatamente junto a mi hermano mayor, le mostré la carta de mi hijo y le conté lo que aquí acabo de referir. Su generoso corazón se estremeció tanto como el mío. Lamentó mi inquietud; compartió mi preocupación; dejó de lado al instante lo que estaba haciendo hasta ese momento.

—Dime únicamente —exclamó— cómo puedo ayudar, y emplearé cada hora del día en ti y en George.

Había acudido a él con mi cabeza casi tan repleta de su pasado como del mío; le traje a la memoria acontecimientos de su experiencia como párroco en Londres; le hice ojear papeles que había conservado durante la mitad de su vida, y cuya propia existencia había olvidado desde hacía tiempo; le recordé nombres de personas a las que había socorrido en el curso de su sagrado oficio, y cuyas historias había escuchado de sus propios labios o recibido de su propio puño y letra. Cuando nos despedimos sabía perfectamente lo que deseaba que hiciera y estaba determinado a empezar a trabajar ese mismo día.

A continuación visité a Morgan y le supliqué como le había suplicado a Owen. No fue una sorpresa que, dado su peculiar carácter, empezase a replicar con todo tipo de objeciones excéntricas, adoptando una actitud indiferente y cínica que estaba lejos de sentir sinceramente, y diese rienda suelta a su peculiar sarcasmo respecto a Jessie y su sobrino George. Esperé hasta que estos exabruptos superficiales se hubiesen agotado, y entonces volví a exponer la cuestión, con la impaciencia y la preocupación que realmente sentía.

Claramente afectado por mi forma de suplicarle, más incluso que por el lenguaje con el que me expresé, Morgan se refugió en su habitual brusquedad, extendió un papel violentamente sobre la mesa, cogió pluma y tinta, y me dijo ferozmente que le dejase acometer su tarea al instante.

Empecé a recordarle algunas de sus experiencias memorables de sus días profesionales, pero me detuvo casi antes de empezar.

—Lo que intentaré —dijo, mientras introducía bruscamente la pluma en el tintero— es ponerle la carne de gallina y darle un susto mortal. ¡Será mi venganza!

Decidí reservarme en secreto un derecho de supervisión editorial sobre la contribución de Morgan, y con ese propósito regresé a mi habitación para comenzar

con la parte de la tarea a la que nos enfrentábamos que me correspondía: claramente la de más envergadura. El estímulo que la carta de mi hijo había supuesto para mi inspiración había sido desde luego poderoso, ya que apenas había transcurrido una hora desde que me senté a la mesa cuando la antigua fluidez literaria de mis tiempos de juventud, cuando escribía para revistas, había regresado a mí como por arte de magia. Trabajé sin descanso hasta la hora de la cena, y después volví a coger la pluma cuando nos retiramos para la noche. A las dos de la mañana me encontraba —¡con ayuda de Dios!— en cierta forma disfrazado de mi propio personaje, olvidado ya el joven y esforzado escritor, con la vieja taza de té bien cargado junto a mí, y la vieja toalla mojada rodeando mi cabeza.

El análisis de los progresos realizados al volver a ojear las páginas de mi manuscrito me infundió todo el ánimo que necesitaba para continuar. Pero es justo añadir al relato de este primer día de escritura que la labor literaria emprendida no era ni mucho menos de las más difíciles. Ahorraba el mayor esfuerzo para el intelecto: el esfuerzo de la invención; ya que al alcance de mi mano tenía acontecimientos y personajes reales. Si hubiera tenido que crear de la nada, habría sufrido gravemente, sin duda, la comparación con el peor de los desafortunados novelistas que Jessie había condenado tan precipitada e irreflexivamente. No es sorprendente que el público rara vez sepa apreciar el inmenso servicio que se les ofrece al crear un buen libro, dado que, la mayoría de las veces, ignoran completamente la inmensa dificultad que supone hasta escribir uno que sea malo.

Al día siguiente hizo buen tiempo, para mi alivio; y nuestra visitante, mientras nosotros trabajábamos, disfrutó de su habitual paseo en pony y posteriormente de sus habituales caminatas por los alrededores de la casa. Aunque tuve que interrumpir mi trabajo para atender a Owen y Morgan, ya que ninguno de los dos tenía mi experiencia, como yo, en lo que los entendidos dan en llamar «literatura ligera», y necesitaban por tanto mi ayuda, avancé de modo considerable y me gané un merecido descanso la noche del segundo día.

Ésa misma tarde jugué todas mis cartas y entablé negociaciones sobre el futuro con la Reina de Corazones. Aproximadamente una hora después de haber retirado el té, y cuando finalmente me quedé solo con ella en la habitación, vi cómo se levantaba súbitamente y se acercaba al escritorio. Mis sospechas se despertaron de inmediato y abordé el peligroso tema preguntando si se disponía a escribir a su tía.

—Sí —me dijo—. Prometí escribirle cuando llegara la última semana. Si me hubiese usted hecho el honor de pedirme que me quedara un poco más, se lo hubiera agradecido respondiéndole que lamentaba tener que irme. Pero así las cosas, muestro mi disgusto con un mohín y no digo nada más.

Con estas palabras cogió la pluma para empezar a escribir.

—Espere un momento —objeté—. Estaba a punto de suplicarle que se quedara en

este instante.

—¿De veras? —contestó—. Nunca he creído en ese tipo de casualidades, ¡pero desde luego ahora las pongo aún más en duda!

—¿Creerá usted en pruebas tangibles? —pregunté, adoptando su sentido del humor—. ¿A qué cree usted que nos hemos dedicado mis hermanos y yo todo el día de hoy y el día de ayer? Adivine qué es lo que nos traemos entre manos.

—Se alegran en secreto de mi próxima partida —respondió, mientras se daba golpecitos descarados en la barbilla con la parte inferior de la pluma.

Aproveché la oportunidad para sorprenderla, y sin dilación le dije la verdad. Se incorporó rápidamente y se acercó a mí con la impaciencia de una niña, los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas.

—¿Lo dice de veras? —dijo.

Le aseguré que hablaba en serio. Expresó entonces no sólo un sincero interés en nuestra tarea, sino también, con su característica impaciencia, su deseo de empezar la lectura de la primera tarde esa misma noche. La decepcioné tristemente al explicarle que necesitábamos tiempo para prepararnos, y al asegurarle que no estaríamos listos hasta cinco días después. La sexta jornada, añadí, podríamos empezar y seguir sin falta ni una sola noche probablemente durante diez días más.

—¿Los próximos cinco días? —contestó—. Vaya, eso nos lleva al final de mi estancia de seis semanas. ¿Supongo que no estará tendiéndome una trampa? ¿No será esto una treta de tres astutos caballeros viejos para retenerme, verdad?

Desfallecí interiormente cuando sus labios pronunciaron esa suposición tan cercana a la verdad.

—Olvida usted —dije— que la idea me vino a la cabeza al oír sus palabras ayer. Si se me hubiera ocurrido antes ya estaríamos preparados; por lo tanto, sus sospechas no tienen fundamento.

—Lamento haberlas expresado —dijo, en su habitual modo franco y cordial—. Retiro la palabra «trampa», y le pido perdón por haberles llamado «tres astutos caballeros viejos». ¿Pero qué le digo a mi tía?

Regresó al escritorio mientras hablaba.

—No le diga nada —respondí—, hasta que no haya oído la primera historia. Cierre el cajón del papel hasta ese momento, y decida entonces si lo quiere abrir de nuevo para escribir a su tía.

Ella vacilaba y sonreía. Ésa terrible suposición suya tan certera rondaba aún en su cabeza.

—Lo que creo —dijo, con timidez— es que esa historia resultará ser la mejor de todas.

—Se equivoca de nuevo —objeté—. Tengo un plan para dejar que la suerte decida cuál de las historias será la primera. Las numeraremos según su orden de

creación; escribiremos los números correspondientes en trozos de tarjeta que doblaremos y barajaremos; usted elegirá la carta que desee; leerá el número inscrito en ella; y, buena o mala, la historia correspondiente a tal número será la historia que leamos. ¿Le parece justo?

—¡Justo! —exclamó—; es más que justo, ya que me concede a mí cierta importancia y no sería una mujer como es debido si no apreciase este gesto.

—¿Entonces acepta esperar pacientemente durante los próximos cinco días?

—Tan pacientemente como pueda.

—¿Y se compromete a no tomar ninguna decisión sobre lo de escribir a su tía hasta que haya oído la primera historia?

—Sí —dijo, mientras volvía junto al escritorio—. ¡He aquí la prueba de ello! —Levantó el brazo con una solemnidad teatral y cerró el cajón del papel con un sonoro golpe.

Me recosté en la silla con mi mente en paz por primera vez desde que recibiera la carta de mi hijo.

«Dios mío, permite que George regrese el uno de noviembre», pensé para mí, «y no habrá alma humana sobre la tierra que impida que Jessie Yelverton esté aquí para verle».

La primera jornada

Un día lluvioso y desapacible. A pesar del clima, Jessie consiguió un impermeable y cabalgó a través de las colinas hasta una de las remotas granjas de Owen. Estaba demasiado impaciente como para esperar tranquilamente dentro de la casa hasta la lectura de la tarde, o para disfrutar de cualquier entretenimiento menos estimulante que no fuese una galopada al aire libre.

Por mi parte, estaba tan preocupado e inquieto como nuestra invitada. Ahora que ya habían pasado las seis semanas que en principio duraría su estancia, ahora que había llegado por fin el día en que comenzaríamos con nuestro divertimento nocturno leyendo la primera historia, no pude por menos que calibrar cuáles eran las posibilidades de fracaso y cuáles las de éxito de nuestro empeño. ¿Qué ocurriría si mi propia estimación del interés de las historias resultaba estar equivocada? ¿Qué pasaría si algún acontecimiento imprevisto retrasaba el regreso de mi hijo más allá de los diez días?

La llegada del periódico se había convertido a estas alturas en un evento de suma importancia para mí. Aunque era absurdo esperar noticias de George tan pronto, empecé no obstante, en este primer día de inquietud, a buscar el nombre de su barco en las columnas de las noticias telegráficas. El mero acto mecánico de buscar ya suponía un cierto alivio para mis angustiados sentimientos, aunque podía haber sabido —y de hecho sabía— que esta búsqueda no traería por el momento ningún resultado satisfactorio.

Hacia el mediodía me encerré con mi colección de manuscritos para revisarlos por última vez. Fruto de nuestros esfuerzos, solamente habían salido de nuestra pluma seis de las diez historias que necesitábamos. Sin embargo, como sólo se leerían, una por una, en seis tardes sucesivas, y por lo tanto podíamos disponer de gran cantidad de tiempo de ocio durante el día, no dudaba de que lograríamos completar nuestra pequeña serie.

De las seis historias, yo había escrito ya dos y había encontrado una tercera entre mis papeles en forma de colección de cartas. Morgan no había escrito más que una, y esa única contribución suya me había ocasionado más trabajo que las dos mías juntas, a causa de la continua intrusión de las excentricidades de mi hermano en cada fragmento de su producción narrativa. El hecho de que tuviera que eliminar de sus manuscritos todo rastro de los peculiares giros y juegos propios del humor de Morgan —que, por muy divertidos que hubiesen resultado en un ensayo, parecían totalmente fuera de lugar en una historia llamada a crear un efecto de interés y suspense— contribuyó sin duda a agotar mi paciencia y mi habilidad crítica, como tales, de un modo más intenso que cualquier otra tarea literaria de las que me hubieran correspondido hasta ese momento.

La búsqueda de Owen entre sus papeles nos había proporcionado las dos narraciones que le restaban. Una procedía de una carta, y la otra, de un diario, dándose la circunstancia de que ambas las había recibido directamente de sus protagonistas. Además de estas aportaciones, nos había ayudado con un trabajo de creación personal, y durante los últimos cuatro días se había empleado en dar forma a ciertos acontecimientos, que conocía de primera mano, hasta lograr convertirlos en una historia. Sin embargo, su extrema meticulosidad como escritor interfería tan gravemente en su tarea todavía por desgracia muy retrasada, y era probable, aunque su carga de trabajo fuese menor que la de Morgan o la mía, que fuese el último en completar la labor que se le había asignado.

Ésta era, pues, nuestra situación y estos eran los recursos de los que disponíamos cuando llegó la primera de las diez jornadas. Poco después de las cuatro de la tarde de aquel primer día, finalizó mi trabajo de revisión, numeré los manuscritos del uno al seis, según el orden exacto en que éstos llegaron a mis manos y lo guardé todo en una cartera cubierta de tafilete púrpura que, desde ese momento, fue conocida con el imponente título de «El Tomo Púrpura».

La señorita Jessie regresó de su excursión justo mientras ataba las cuerdas de la cartera, y femeninamente, me pidió al instante permiso para echar un vistazo; un favor que yo, masculinamente, me negué a conceder con firmeza.

En cuanto terminó la cena, nuestra invitada se retiró para engalanarse con un magnífico traje de noche. Habíamos acordado que las lecturas tendrían lugar en su propia sala de estar; y declaró estar tan entusiasmada y deseosa de hacer honor a la ocasión, que lamentó no haber traído desde Londres el vestido con el que había sido presentada en sociedad el año anterior, y no haber tomado prestados ciertos complementos que realzaran su esplendor, a los que describió brevemente como «los diamantes de la tía».

Hacia las ocho de la tarde nos reunimos en la sala de estar; desde luego, formábamos un grupo peculiarmente desigual. En la cabecera de la mesa, radiante, cubierta de seda, joyas, flores y volantes, estaba la Reina de Corazones, tan bella y tan feliz que secretamente felicité a mi hijo ausente por el excelente gusto que había demostrado al enamorarse de ella. Alrededor de la joven y luminosa criatura (Owen, al cabo de la mesa, y Morgan y yo a cada lado) estaban sus tres anfitriones arrugados, de pelo gris y atavíos deslucidos, y justo detrás, una compañía aún más inapropiada: la figura espectral erguida del hombre de la armadura, que inexplicablemente tanto le había atraído a su llegada. Velas colocadas en altos y pesados candelabros de latón iluminaban la extraña escena. Ante Jessie, se encontraba una enorme ponchera de porcelana antigua que contenía las tarjetas dobladas que habíamos numerado, a fin de que Jessie eligiera la narración con la que comenzaríamos. Ante Owen descansaba «El Tomo Púrpura» parte de cuyo contenido uno de nosotros debería leer esa misma

noche. Las paredes de la habitación estaban decoradas por completo por tapicería desteñida; el tosco mobiliario estaba negro por el paso del tiempo; y a pesar de la luz de los candelabros, el techo elevado estaba prácticamente oculto en la penumbra. Si Rembrandt se hubiera dedicado a representar en un cuadro el extraño escenario, Reynolds se hubiera consagrado a nuestra invitada y Hogarth a sus anfitriones, la pintura resultante habría reflejado la escena presente de forma admirable.

Cuando el viejo reloj del pórtico de la torre dio ocho campanadas, me levanté para comenzar la representación, y le pedí a Jessie que eligiese uno de los trozos de tarjeta de la ponchera y nos leyese el número.

Se echó a reír; después súbitamente se asustó y adoptó un semblante grave; me miró y dijo: «Esto se parece terriblemente a un negocio serio»; y entonces suplicó a Morgan que no la mirase tan fijamente o, en su estado actual de nervios, llegaría a volcar la ponchera. Finalmente reunió el valor necesario para sacar uno de los trozos de tarjeta y lo abrió.

—Lea el número en voz alta, querida —dijo Owen.

—El número cuatro —respondió Jessie, con magnífica cortesía y volviendo a su ser.

Owen abrió El Tomo Púrpura, buscó entre los manuscritos, y repentinamente palideció. La causa de su desconcierto tuvo pronto una explicación. El maligno destino había asignado a la persona más tímida de nuestro grupo la dura responsabilidad de iniciar la marcha. El número cuatro correspondía a una de las dos narraciones que Owen había encontrado entre sus propios papeles.

—Lamento mucho —empezó a decir mi hermano mayor confusamente— que me haya correspondido leer el primero. La verdad es que no sé si desconfío más de mí mismo o de mi historia.

—Intenta imaginarte que estás de nuevo en el púlpito —dijo Morgan, sarcásticamente—. Los hombres de iglesia, Owen, jamás parecen desconfiar de sí mismos o de sus manuscritos desde esa posición.

—El hecho es —continuó Owen, ignorando la cínica observación de su hermano— que esta pequeña narración que voy a emprender y leer apenas es una historia. Me temo que no es más que una anécdota. Éstas son las circunstancias bajo las que la carta que contiene la narración acabó en mi poder: cuando era párroco en Londres, una dama, la esposa de un importante granjero del país, acudió a mi iglesia durante unos meses. Se había visto obligada a trasladarse a la ciudad por el bien uno de sus hijos, un niño pequeño que necesitaba las mejores atenciones médicas.

Al oír las palabras «atenciones médicas», Morgan movió la cabeza y rezongó para sí desdeñosamente. Owen continuó:

—Mientras atendía de ese modo a su hijo, inesperadamente tuvo que compartir su amor con otro que llegó al mundo bastante antes de tiempo. Bauticé al bebé y fui

invitado a la íntima recepción que tuvo lugar después. Ésta fue la primera vez que conocí a la dama, y me impresionó muy favorablemente; no tanto por su apariencia, ya que no era más que una mujer discreta y sin pretensiones de belleza, como por cierta sencillez, una franca, y generosa amabilidad en sus formas, así como una sinceridad y sentido común notables en su conversación. Uno de los invitados presentes, que observó la forma en que mi anfitriona me había impresionado, y que me habló de ella en términos excelentes, me sorprendió al preguntarme si podía llegar a imaginar que esa mujercita tranquila y alegre había sido capaz de llevar a cabo un acto de valentía que habría puesto a prueba los nervios del hombre más atrevido de Inglaterra. Como es natural le pedí una explicación, pero mi vecino de mesa se limitó a sonreír, y dijo: «Si encuentra la oportunidad, pregúntele lo que ocurrió en La Casa Negra y escuchará una historia que le asombrará». Seguí su consejo en cuanto tuve ocasión de hablar con ella en la intimidad. La dama respondió que era una historia demasiado larga para ser narrada en ese momento, y me explicó, tras mi sugerencia de que la relatara otro día, que saldría hacia su casa de campo a la mañana siguiente. «Pero», añadió con amabilidad, «como estoy en obligación con usted desde hace muchos domingos, y dado que parece usted interesado en este asunto, emplearé el primer rato de ocio tras mi regreso en contarle por escrito, en vez de en persona, lo que realmente me ocurrió una memorable noche de mi vida en aquella casa terrible».

Cumplió su promesa lealmente. Quince días después, recibí la narración que me dispongo a leer.

EL SITIO DE LA CASA NEGRA

La historia del hermano Owen

Para empezar por el principio, debo viajar hasta el tiempo posterior a la muerte de mi madre, cuando mi único hermano se había hecho a la mar, mi hermana había entrado a servir, y yo vivía con mi padre en medio de un páramo en el oeste de Inglaterra.

El páramo estaba cubierto por enormes piedras de caliza y miles de riachuelos lo recorrían. La casa más cercana a la nuestra estaba aproximadamente a una milla y media, en una zona donde una franja de tierra fértil se extendía por la tierra baldía como una lengua. Allí era donde comenzaban las dependencias de la enorme Granja del Páramo, entonces en posesión del padre de mi marido. Los terrenos de la granja se esparcían generosamente por un valle rico y precioso, que descansaba pacíficamente cobijado por la alta plataforma del páramo. A muchas millas de allí, donde la tierra comenzaba a elevarse de nuevo, se hallaba una casa de campo llamada Holme Manor, que pertenecía a un caballero llamado Knifton. El tal señor Knifton se había casado hacía poco tiempo con una joven dama a la que mi madre había amamantado y cuya amabilidad y amistad hacia mí, su hermana de leche, recordaré con gratitud hasta el último día de mi vida. Éstos y otros detalles son necesarios para la narración y debo contárselos, y también es necesario que sea usted cuidadoso y los mantenga frescos en su memoria.

Mi padre era cantero de oficio. Nuestra morada se encontraba a milla y media de la casa más próxima. En el resto de las direcciones estábamos cuatro o cinco veces más lejos de nuestros vecinos. Éramos muy pobres y estas soledades en la que nos encontrábamos suponían una gran ventaja para nosotros: no teníamos que pagar arriendo. Además de contar con semejante beneficio, mi padre se ganaba la vida trabajando con piedras que encontraba ante su misma puerta, así que él consideraba su situación, por muy solitaria que fuera, bastante envidiable. No puedo decir que yo estuviese de acuerdo con él, aunque nunca me quejé. Apreciaba mucho a mi padre y conseguía consolarme todo lo posible de mi soledad con el pensamiento de que le era útil. La señora Knifton quiso contratarme como parte del servicio cuando se casó, pero rechacé su oferta, a mi pesar, por el bien de mi padre. Si me hubiera ido, él se habría quedado solo; y mi madre me hizo prometerle en el lecho de muerte que nunca permitiríamos que languideciese en medio de la soledad del páramo desierto.

Nuestra casa, aunque era pequeña, había sido construida de un modo sólido, con piedras del páramo, aunque eso no significara que no fuera cómoda. Las paredes estaban recubiertas por dentro y reforzadas por fuera con madera, regalo del padre del señor Knifton a mi padre. Ésta doble protección de grietas y hendiduras, que habría sido excesiva en una casa más resguardada de los elementos, devenía totalmente necesaria en nuestro caso, pues nos protegía de los vientos helados que, excepto en los meses de verano, nos azotaban de continuo durante todo el año. Mi padre protegía de la humedad los tablones exteriores, que cubrían nuestros toscos muros de piedra,

con brea y alquitrán. Esto daba a nuestra pequeña morada una apariencia paradójicamente oscura y sombría, especialmente cuando se divisaba a cierta distancia; y por esa razón nuestra casa era conocida entre los habitantes de la región, desde antes incluso de que yo hubiera nacido, como La Casa Negra.

Hasta aquí, los detalles preliminares que es oportuno que se conozcan si se quiere comprender el resto de mi historia. Procederé, una vez hecha esta presentación, a la más agradable tarea de relatarla.

Un nublado día de otoño, cuando apenas contaba dieciocho años, un pastor llegó desde la Granja de Moor con una carta que habían dejado allí para mi padre. Un constructor que vivía en la capital del condado, a medio día de viaje, requería a mi padre para que le visitase y le diese su opinión sobre un cálculo relativo a cierta cantería a gran escala. El constructor, naturalmente, se haría cargo de los gastos de mi padre, le pagaría por el tiempo que tuviera que invertir en tal empresa, y le daría parte del trabajo posterior consistente en preparar la piedra. Mi padre estuvo, como es natural, encantado de la proposición que se le hacía, y se preparó al instante para emprender el largo camino a la capital.

Dado la hora tan tardía en que había recibido la misiva, y que, por la lejanía de la ciudad, se haría necesario que descansase antes de iniciar el regreso, le resultaba imposible evitar dormir fuera de casa al menos una noche. Previendo el hecho de que no quisiera quedarme sola esa noche en cuestión, me propuso que, en su ausencia, me trasladara a la más cercana Granja de Moor, donde compartiría cama con una de las lecheras. Pero a mí no me agradaba en absoluto la idea de dormir con una muchacha desconocida. Además, no vi razón alguna para tener miedo de quedarme sola una única noche; así que rechacé la propuesta. Jamás un ladrón se habían acercado a nosotros; nuestra pobreza era protección suficiente contra ellos; y en cuanto a los otros peligros, ninguno de ellos podría asustar ni a la persona más cobarde. Por lo tanto, le preparé la cena a mi padre, riéndome de la idea de buscar refugio al abrigo de una lechera en la Granja de Moor. Él emprendió el camino en cuanto le fue posible, y se despidió de mí diciéndome que intentaría volver a casa al día siguiente a la hora de la cena. Yo me quedé, pues, al cuidado de la casa, acompañada solamente por mi fiel gata *Polly*.

Había acabado de limpiar la mesa y encendido la chimenea, y me había sentado a coser con la gata dormitando a mis pies, cuando oí pisadas de caballos fuera; me precipité a la puerta, y cuál no fue mi sorpresa cuando vi al señor y la señora Knifton con su mozo tras ellos, que se acercaban cabalgando. La joven dama mostraba su amabilidad al no perder nunca una oportunidad de venir a hacerme una visita amistosa, y su marido normalmente estaba normalmente dispuesto a acompañarla. Me dispuse por lo tanto a recibirles haciendo gala de toda la jovialidad y cortesía de la que era capaz, aunque evitando mostrar excesiva sorpresa por su visita. Se bajaron

de los caballos y entraron en la casa, entre risas y charlas, de muy buen humor. Enseguida descubrí que viajaban hasta la misma ciudad donde se esperaba a mi padre, y que su idea era quedarse allí durante unos días con unos amigos y regresar a casa a caballo, tal y como habían partido.

Esto fue lo que escuché, y también descubrí que habían conversado en broma sobre temas de dinero mientras cabalgaban hasta nuestra casa. La señora Knifton había estado acusando a su marido de ser un despilfarrador empedernido, completamente incapaz de salir de casa con dinero en el bolsillo y no gastarlo todo si se le daba la oportunidad de hacerlo. El señor Knifton se había defendido entre risas declarando que el dinero de su bolsillo se iba en regalos para su mujer, y que si lo gastaba profusamente era bajo su sola influencia y supervisión.

—Ahora vamos a Cliverton —dijo el señor Knifton a su esposa, mientras se calentaba con nuestro pobre fuego dando muestras del mismo placer que si estuviera sentado frente a su propia y magnífica chimenea—. Te detendrás delante de cada escaparate de Cliverton para admirar cada fruslería que se te ponga delante. Te daré la cartera y tú entrarás y comprarás. Cuando hayamos vuelto a casa, y hayas tenido tiempo de cansarte de tus adquisiciones, te llevarás las manos a la cabeza y declararás con asombro que te sorprenden mis costumbres de despilfarrador empedernido. Yo sólo soy el banquero que guarda el dinero; tú, amor mío, ¡eres la manirrota que lo gasta todo!

—¿Ah sí, señor? —dijo la señora Knifton con una mirada de cómica indignación—. Veremos si puedo ser descalificada de este modo impunemente. Bessie, querida —dijo volviéndose hacia mí—, debes opinar si me merezco el apelativo que este hombre sin escrúpulos acaba de adjudicarme. ¿Soy yo la manirrota? ¿Lo soy? —y volviéndose a su marido—: ¿Y tú no eres más que el banquero? Muy bien, pues, señor banquero: ¡Déme mi dinero al instante, por favor!

El señor Knifton se rio y sacó algunas monedas del bolsillo de su abrigo.

—No, no —dijo la señora Knifton—, quizás necesites todo eso para hacer frente a los gastos indispensables. ¿Es ése todo el dinero que llevas? ¿Pero qué veo aquí? —Y golpeó suavemente el pecho de su marido, justo por encima del bolsillo de la pechera de su abrigo.

El señor Knifton rio de nuevo, y sacó su cartera. Su mujer se la arrebató de las manos y extrajo unos cuantos billetes, los volvió a introducir inmediatamente, y, tras cerrar la cartera, cruzó la habitación hasta la pequeña estantería de madera de nogal de mi pobre madre, la única pieza valiosa de mobiliario que teníamos en la casa.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó el señor Knifton mientras seguía a su mujer.

La señora Knifton abrió la puerta de cristal de la estantería, puso la cartera en un hueco que había en uno de los estantes más bajos, cerró la puerta con llave de nuevo,

y me la entregó.

—¡Me acabas de llamar manirrota! —dijo—. Ésta es mi respuesta. Ni un cuarto de penique de ese dinero gastarás en mí en Cliverton. Guarda la llave en tu bolsillo, Bessie, y diga lo que diga Knifton, en ningún caso se lo des hasta que pasemos por aquí en el camino de vuelta. No señor, no confío en ti con ese dinero en el bolsillo en las calles de Cliverton. Me aseguraré de que lo lledes de vuelta a casa de nuevo, dejándolo aquí en manos más merecedoras de confianza que las tuyas hasta nuestro regreso. Bessie, querida, ¿qué me dices de esto como lección de economía a un marido prudente por parte de su mujer manirrota?

Cogió el brazo del señor Knifton mientras hablaba y le apartó hasta la puerta. Él protestó y se resistió un poco, pero ella se salió fácilmente con la suya, porque la quería demasiado para lograr imponer su voluntad en cualquier pelea nimia entre ellos. Independientemente de lo que digan los caballeros, el señor Knifton era un marido modelo según todas las mujeres que le conocían.

—Ya nos verás cuando volvamos, Bessie. Hasta entonces tu serás nuestro banquero y la cartera es tuya —exclamó la señora Knifton, alegremente, desde la puerta.

Su marido la ayudó a montar en la silla, se montó él en el caballo, y allá que se fueron los dos galopando por el páramo tan salvajes y felices como dos niños.

Aunque no era ninguna novedad que la señora Knifton confiase en mí para asuntos de dinero (en sus días de soltera siempre me encargaba que pagase las facturas de su sastre), no me sentía muy cómoda con una cartera llena de billetes suyos a mi cuidado. No tenía recelos concretos sobre la seguridad del depósito que estaba en mis manos, pero era uno de los rasgos singulares de mi carácter entonces (y creo que aún lo es) tener grandes y poco razonables objeciones con respecto a cargar con responsabilidades monetarias de cualquier tipo, aunque fuese en aras de la comodidad de mis más queridos amigos. En cuanto me quedé sola, la visión de la cartera detrás de la puerta de cristal de la estantería empezó a inquietarme, y en vez de volver a mi labor, me devané los sesos pensando en un lugar donde pudiera guardarla bajo llave; un lugar donde no estuviese expuesta a la vista de cualquier visitante casual que pudiese aparecer por la Casa Negra.

No era ésta una cuestión fácil de resolver en una casa pobre como la nuestra, donde no había nada valioso que encerrar bajo llave. Pero después de repasar mentalmente varios posibles escondrijos, pensé en mi bote del té, un regalo de la señora Knifton que siempre había guardado con extremo mimo en mi propia habitación. Por desgracia, sin saber que mi decisión a la postre resultaría equivocada, en lugar de transportar la cartera hasta el bote de té, decidí ir a mi habitación primero para llevar el bote de té hasta la cartera. Actúe, estoy segura, de este modo tan ilógico llevada por una completa inconsciencia, y sería castigada por ello con severidad,

como usted mismo descubrirá cuando haya penetrado un poco más en mi historia.

Estaba sacando el malhadado bote de té de mi armario, cuando de repente oí pasos en la galería. Salí de corriendo de la habitación inmediatamente, y entonces vi a dos hombres entrando en la cocina. El lugar donde, sólo hacía un rato, había recibido al señor y la señora Knifton. Les pregunté de forma un poco cortante por las razones de su visita, y al punto uno de ellos me respondió que deseaban hablar con mi padre. El individuo en cuestión se giró hacia mí mientras hablaba, y le reconocí como un cantero que entre sus compañeros era conocido por el nombre de «Dick el Tramposo». Tenía muy mala reputación para todo menos para la lucha, un deporte por el cual los hombres del lugar eran famosos en todo el condado. Dick el Tramposo era un campeón, y se había ganado el apodo por sus estratagemas en la pelea, que le habían hecho célebre. Era un hombre alto y pesado, de rostro amenazador y marcado con cicatrices, y manos enormes y peludas: el último visitante del mundo que deseaba ver bajo cualquier circunstancia. Su compañero era un extraño al que se dirigía con el nombre de Jerry, un hombre nervioso, pulcro, con aspecto malvado, que se quitó la gorra ante mí con burlona educación y mostró, al hacerlo, una cabeza calva, marcada con unos bultos repugnantes. Me inspiró aún menos confianza que Dick el Tramposo, así que logré colocarme entre su mirada maliciosa y la estantería, mientras les decía a ambos que mi padre precisamente había salido y que no se le esperaba hasta el día siguiente.

Apenas habían salido estas palabras de mis labios cuando me arrepentí de haber sido tan inconsciente —presa de la ansiedad por librarme mis visitantes no deseados—, de contarles que mi padre estaría fuera de casa toda la noche.

Dick el Tramposo y su compañero se miraron un momento, pero no hicieron ningún comentario. Me pidieron entonces que les hiciera el favor de servirles un poco de sidra. Bruscamente, les respondí que no tenía sidra en la casa, sin temer las consecuencias de negarles la bebida: sabía que muchos hombres estaban trabajando muy cerca de allí, en una cantera vecina. Los dos volvieron a mirarse; y Jerry —me veo obligado a referirme a él con ese apelativo, puesto que no conozco otra manera de hacerlo— se quitó la gorra ante mí de nuevo, y revestido de una especie de gentileza canalla, dijo que tendrían el gusto de volver al día siguiente cuando mi padre estuviese en casa. Les di las buenas tardes lo más descortésmente que pude, y, para mi alivio, un instante después, ambos abandonaron la casa.

Una vez pude calcular que estarían bien lejos, me atreví a observarlos desde la puerta. Caminaban penosamente en dirección a la Granja del Páramo; y, como empezaba a anochecer, pronto les perdí de vista.

Media hora después volví a mirar afuera.

El viento se había calmado con la puesta de sol, pero la niebla aumentaba y empezaba a llover con fuerza. Nunca la visión del páramo resultó tan lúgubre a mis

ojos como aquella noche. Nunca lamenté más sinceramente un asunto tan nimio como lamenté entonces que la señora Knifton hubiese dejado esa cartera a mi cargo. No puedo decir que sufriera temores reales, ya que estaba casi segura de que ni Dick el Tramposo ni Jerry habían tenido la oportunidad de posar sus ojos sobre una cosa tan pequeña como la cartera mientras estaban en la cocina; pero una especie de vago recelo me inquietaba, una sospecha de la noche, una aversión a quedarme sola, que no recuerdo haber experimentado nunca antes. Éste sentimiento aumentó de tal modo después de cerrar la puerta y volver a la cocina, que cuando oí las voces de los hombres de la cantera que pasaban al lado de nuestra casa, de vuelta a sus hogares, en el pueblo del valle bajo la Granja del Páramo, salí a la galería con la idea repentina de contarles mi situación y pedirles consejo y protección.

No obstante, apenas esa idea había nacido en mi cabeza cuando la descarté. No podía considerar a ninguno de los hombres de la cantera como un amigo cercano. Se trataba de simples conocidos y, por lo que sabía, parecían hombres honestos. Pero mi propio sentido común me dijo que el conocimiento superficial que tenía de sus caracteres no era ni mucho menos suficiente para asegurarme que pudiese prestarles confianza en el asunto de la cartera. Había sido testigo de mucha miseria y había conocido muchos hombres pobres, y conocía muy bien la terrible tentación que supone una gran suma de dinero para aquellos que pasan toda su vida ganando cada penique por medio un trabajo duro y agotador. Una cosa es expresar en los libros elevados sentimientos sobre la incorruptible honestidad, y otra es poner esos sentimientos en práctica cuando un día de trabajo es todo lo que un hombre puede poner a modo de obstáculo entre la privación y su propia chimenea.

El único recurso que me quedaba era llevar la cartera hasta la Granja del Páramo y pedir permiso para pasar la noche allí. Pero no veía razón alguna para tomar una medida tan drástica; y, a decir verdad, mi orgullo se rebelaba ante la idea de presentarme como una cobarde ante los habitantes de la granja. La timidez se considera un atractivo elegante en las damas, pero en una mujer pobre resulta ridícula. En mi situación, una mujer con menos amor propio del que yo poseo, y siempre poseeré, habría sopesado seriamente la posibilidad de enfrentarse con las bromas de los labradores y las chanzas de las lecheras. Sin embargo, yo apenas había considerado la idea de acudir a la granja cuando me desprecié a mí misma por concebir tal posibilidad. «No, no», pensé, «no soy la clase de mujer que caminaría una milla y media bajo la lluvia, la niebla y la oscuridad para decirle a toda una cocina llena de gente que tengo miedo. Que sea lo que Dios quiera: aquí me quedo hasta que regrese mi padre».

Tras llegar a esta denodada resolución, lo primero que hice fue cerrar con llave y correr el cerrojo de las puertas de entrada y la trasera, además de comprobar la firmeza de cada contraventana de la casa.

Una vez realizada esta labor, preparé un buen fuego, encendí mi vela, y me senté a tomar el té, lo más cómoda y confortablemente posible. Apenas podía creer en ese momento, con la habitación llena de luz y la sensación de seguridad que me inspiraban las puertas y contraventanas cerradas, que había sentido ni el más mínimo recelo sólo unas horas antes. Canté mientras lavaba los platos del té; y hasta la gata pareció contagiarse de mi buen humor. Nunca había visto a mi preciosa mascota tan juguetona como aquella noche.

Cuando hube recogido los platos, saqué mi labor de punto y me dediqué a ella durante tanto tiempo que finalmente me empezó a vencer el sueño. El fuego era tan intenso y agradable que no conseguía reunir las fuerzas necesarias para abandonarlo e irme a la cama. Permanecí sentada observando perezosamente las llamas, con mi labor en el regazo; me quedé sentada hasta que el ruido de la lluvia y los intermitentes, sordos sollozos del viento se volvieron más y más imperceptibles para mis oídos. Los últimos sonidos que escuché antes de quedarme totalmente dormida fueron el alegre crepitar de la chimenea y el regular ronroneo de la gata, que remoloneaba felizmente a la cálida luz de la hoguera. Ésos fueron los últimos sonidos que escuché antes de dormirme. El sonido que me despertó fue un fuerte golpe en la puerta de la entrada.

Me levanté de un salto. Tenía, como suele decirse, el corazón en un puño; un escalofrío momentáneo de terror me puso la carne de gallina: me quedé de pie, sin respiración, fría e inmóvil, aguardando en silencio sin saber muy bien qué, dudando en un principio si ese golpe de la puerta o si el golpe habría formado parte simplemente de mi sueño, o si realmente se había producido.

En cuestión de un minuto o incluso de menos, oí un segundo golpe, más fuerte que el primero. Corrí a la galería.

—¿Quién anda ahí?

—Déjanos entrar —respondió una voz, que reconocí inmediatamente como la voz de Dick el Tramposo.

—Espera un momento, querida, y déjame explicarte —dijo una segunda voz, en el tono chabacano, zalamero y burlón del compañero de Dick, el hombrecillo astuto y malicioso al que llamaban Jerry—. Estás sola en la casa, preciosa. Puedes dejarte esa dulce voz a gritos que nadie te oirá. Sé razonable, cariño, y déjanos entrar. No queremos sidra esta vez, sólo queremos una elegante cartera que tienes ahí, y las cuatro cucharitas de plata de tu difunta y maravillosa madre que guardas tan primorosamente en la repisa de la chimenea. Si nos dejas entrar no te tocaremos ni un pelo, guapa, y prometemos irnos en cuanto tengamos lo que queremos, a no ser que desees invitarnos a tomar el té. Pero si nos dejas fuera, tendremos que entrar por la fuerza y...

—... y —interrumpió brutalmente Dick el Tramposo— ¡te machacaremos!

—Sí —dijo Jerry—, te machacaremos, preciosa. ¿Pero no nos obligarás a hacer algo así, verdad? ¿Nos dejas entrar?

Ésta larga parrafada me dio tiempo para recuperarme del efecto que había producido en mis nervios el primer golpe en la puerta. Las amenazas de los dos villanos habrían aterrorizado a algunas mujeres hasta hacerles perder el juicio, pero el único resultado que produjeron en mí fue la más violenta de las indignaciones. Poseía, gracias a Dios, un carácter muy fuerte, y la insolencia fría y condescendiente de ese tal Jerry no hizo más que avivarlo.

—¡Villanos cobardes! —grité a través de la puerta—. Creéis que podéis asustarme sólo porque soy una pobre muchacha que se ha quedado sola en la casa. ¡Ladrones, granujas, os desafío a los dos! Nuestros cerrojos son fuertes y nuestras contraventanas sólidas. ¡Estoy aquí para garantizar la seguridad de la casa de mi padre, y estad seguros de que lo haré aunque me tenga que enfrentar a todo un ejército de truhanes como vosotros!

Puede imaginarse la furia que me poseyó para fanfarronear y alardear de ese modo. Oí cómo Jerry se reía, mientras Dick el Tramposo emitía una retahíla de blasfemias. Después, durante un minuto o dos, se produjo un silencio sepulcral, y luego los dos rufianes embistieron contra la puerta.

Corrí a la cocina y agarré el atizador, después apilé leña en el fuego y encendí todas las velas que pude encontrar, ya que sentía que podría conservar mejor mi valentía si había mucha luz. Aunque resulte extraño y absurdo, lo siguiente que captó mi atención fue mi pobre gatita, echa un ovillo, muerta de miedo en una esquina. Quería tanto a la criaturita, que la cogí en brazos, la llevé hasta mi dormitorio y la metí en la cama. ¿No es una cosa ridícula en una situación de peligro mortal? Sin embargo, en ese momento, lo que hice me pareció lo más natural y apropiado.

Todo esto acontecía mientras los golpes en la puerta se sucedían cada vez más rápido. Los intrusos utilizaban, conjeturé, piedras pesadas que cogían del suelo, afuera. Jerry cantaba durante su malvada tarea y Dick el Tramposo maldecía. Al salir del dormitorio, después de alejar a la gata del peligro, oí cómo comenzaba a quebrarse la plancha inferior de la puerta.

Corrí a la cocina y me metí todas las cucharas de plata que encontré en el bolsillo; después cogí la desafortunada cartera con los billetes y la coloqué entre mi pecho y el vestido. Estaba decidida a defender la propiedad que había sido confiada a mi cuidado con mi vida. Justo después de esconder la cartera, oí cómo la puerta se hacía astillas, y corrí de nuevo al callejón, agarrando el pesado atizador de cocina con ambas manos.

Tuve tiempo de ver la calva cabeza de Jerry, con sus repugnantes bultos, penetrando en la galería a través de una enorme hendidura en una de las planchas inferiores de la puerta.

—¡Sal de ahí, bribón, o te romperé la crisma ahora mismo! —grité, amenazándole con el atizador.

El tal Jerry sacó su cabeza mucho más deprisa de lo que la había metido.

La siguiente cosa que apareció por la hendidura fue un largo bieldo que movían desde fuera para apartarme de la puerta. Lo golpeé con todas mis fuerzas, y el estacazo debió alcanzar el brazo de Dick el Tramposo hasta el codo, porque le oí bramar de rabia y dolor. Antes de que pudiese agarrar el bieldo con la otra mano, yo ya lo había arrastrado hacia dentro. En ese momento hasta Jerry perdió los nervios y maldijo con más saña que el propio Dick.

Después transcurrió otro minuto de tregua. Sospeché que habían ido a buscar piedras más grandes y temí que la puerta entera cediera.

Corrí a mi dormitorio en cuanto me acometió este temor, agarré la cómoda, la arrastré a la galería y la lancé hacia abajo contra la puerta. Encima de la cómoda amontoné el armario de las herramientas de mi padre, tres sillas y un cubo lleno de carbón; y finalmente, saqué la mesa de la cocina y la arrojé con todas mis fuerzas contra toda la barricada. Me oyeron mientras volvían junto a puerta con más piedras. Jerry dijo: «¡Espera un momento!» y después los dos hablaron entre susurros. Escuché atentamente y sólo pude entender estas palabras:

—Vamos a intentarlo del otro modo.

Nadie dijo nada más, pero oí cómo sus pasos se apartaban de la puerta.

¿Se disponían a asaltar la puerta trasera?

Apenas me había hecho esta pregunta cuando oí sus voces al otro lado de la casa. La puerta trasera era más pequeña que la principal, pero su ventaja radicaba en la solidez: estaba formada por dos robustas planchas de roble unidas a lo largo y reforzadas desde dentro con pesadas piezas en forma de cruz. No tenía cerrojos como la puerta principal, pero estaba fijada con una barra de hierro que la atravesaba de forma oblicua, encajando en la pared por ambos lados.

«Es más fácil tirar la casa entera abajo que forzar esa puerta», pensé para mí. Y muy pronto ellos mismos lo descubrieron. Después de cinco minutos golpeando la puerta trasera, renunciaron a cualquier ataque por ese lado y tiraron las pesadas piedras cuesta abajo, emitiendo maldiciones de furia horribles para mis oídos.

Entré en la cocina y me dejé caer sobre la silla junto a la ventana para descansar durante un instante. La tensión y los nervios comenzaban a pasarme factura. Mi frente se cubrió de sudor y empecé a sentir las magulladuras que yo misma me había provocado en las manos al construir la barricada contra la puerta principal. No había perdido ni un ápice de mi resolución, pero empezaba a perder fuerzas. Había un frasco de ron en el armario que mi hermano el marinero nos había dejado la última vez que estuvo en tierra. Bebí un poco. ¡Nada que hubiese bebido antes me había hecho sentir ni me ha hecho sentir desde entonces, ni la mitad de bien que ese

maravilloso trago de ron!

Todavía estaba sentada junto a la ventana, secándome la cara, cuando súbitamente escuché sus voces muy cerca detrás de mí. Tocaban la parte exterior de la ventana junto a la que estaba sentada. Estaba protegida, como todas las otras ventanas de la casa, con barras de hierro. Intenté discernir, dominada por la tensión, si se oía el ruido de una lima, pero no percibí nada de ese tipo. Era evidente que habían confiado en que me asustarían fácilmente y les dejaría entrar, y habían venido desprovistos de cualquier tipo de herramientas para forzar una casa. Una nueva retahíla de maldiciones me informó de que habían topado con el obstáculo de las barras de hierro. Escuché, casi sin aliento, a fin de intentar averiguar lo que tramaban a continuación, pero sus voces parecían diluirse en la distancia. Se retiraban de la ventana. ¿Se retirarían también de la casa totalmente? ¿Habían abandonado la idea de entrar a cualquier precio?

A continuación se produjo un largo silencio, un silencio que puso a prueba mi valentía incluso con más severidad que la confusión del primer ataque a la casa.

Empecé a albergar la terrible sospecha de que pudiesen conseguir con perfidias lo que no habían logrado por la fuerza. Aunque conocía muy bien la casa, empecé a dudar de que no hubiese alguna forma de entrar de forma silenciosa y astuta para la que yo no estaba preparada. El tic-tac del reloj me puso nerviosa; el crepitar del fuego me sobresaltó. Miré veinte veces seguidas en todas las esquinas ocultas de la galería, guiñando los ojos, aguantando la respiración, anticipando los acontecimientos más improbables, los peligros más imposibles. ¿Se habían ido realmente, o estaban todavía merodeando por los alrededores de la casa? ¡Ay, la cantidad de dinero que habría pagado sólo por saber qué estaban tramando durante esos momentos de silencio!

La tensión llegó a su fin sorprendentemente y de la peor forma posible. Súbitamente, un grito de uno de ellos alcanzó mis oídos; provenía de la chimenea de la cocina. Fue tan inesperado y horroroso en medio del silencio que, por primera vez desde que comenzó el ataque de la casa, grité. Ni en mis peores presagios me había imaginado que los dos malvados podrían subirse al tejado.

—¡Déjanos entrar, mujer endiablada! —bramó una voz a través de la chimenea.

Hubo otra pausa. El humo de la hoguera, aunque fino y liviano porque apenas quedaban ascuas, evidentemente había obligado al hombre a retirar su cara de la boca de la chimenea. Conté los segundos durante los que supuse que cogía aliento de nuevo. En menos de medio minuto volví a oír un nuevo bramido.

—¡Déjanos entrar o quemaremos la casa por encima de tu cabeza!

¿Quemar? ¿Quemar qué? No había nada fácilmente combustible salvo la paja del tejado, y estaba empapada después de la fuerte lluvia que llevaba cayendo sin cesar desde hacía más de seis horas. ¿Quemar la casa por encima de mi cabeza? ¿Cómo?

Mientras seguía devanándome los sesos frenéticamente intentando discernir si existía un peligro real de que se produjese un incendio, una de las pesadas piedras colocadas sobre la paja para evitar que los fuertes vientos la arrancaran bajó tronando por la chimenea. Esparció las ascuas del fuego aún encendidas por toda la habitación. Una casa profusamente amueblada, llena de adornos y suave muselina, habría ardido inmediatamente. Incluso nuestro suelo desnudo y nuestros muebles toscos desprendieron olor a quemado tras la lluvia de ascuas que produjo la primera piedra.

Durante un instante me quedé paralizada, presa del horror ante esta nueva prueba de diabólica estupidez de aquellos rufianes. Pero el terrible peligro que me amenazaba me hizo serenarme inmediatamente. En mi dormitorio había un gran bidón de agua y corrí inmediatamente a cogerlo. Antes de que pudiera volver a la cocina ya habían tirado una segunda piedra chimenea abajo, y el suelo empezaba a arder por distintos puntos.

Tuve la suficiente sangre fría para dejar que el piso ardiera durante un minuto o dos, y verter todo el bidón de agua en el fuego, antes de que la tercera piedra cayese por la chimenea. A continuación, me deshice de las ascuas del suelo sin problemas. El hombre del tejado debió oír el silbido del fuego al apagarse, y sintió el cambio que se había producido en el aire desde la boca de la chimenea, ya que después de la tercera piedra no hubo ninguna más. En cuanto a que uno de los rufianes bajase de la misma forma que las piedras, no había nada que temer. La chimenea, como sabía bien, puesto que teníamos experiencia en limpiarla, era demasiado estrecha para permitir el paso a cualquiera que fuese más grande que un niño pequeño.

Miré hacia arriba mientras esa reflexión reconfortante se me pasaba por la cabeza; miré hacia arriba y vi tan claramente como ahora veo el papel en el que escribo, la punta de un cuchillo que atravesaba el tejado justo encima de mí. Nuestra casa no tenía segunda planta y nuestras habitaciones no tenían techo. Lenta y astutamente el cuchillo se abrió camino serpenteando a través de la paja seca interior del tejado. Se detuvo durante un instante y se oyó el sonido de la paja que se rasgaba. Al rato, también el sonido se interrumpió: un montón de paja seca cayó al suelo y pude ver la enorme y peluda mano de Dick el Tramposo armada del cuchillo que aparecía tras los fragmentos desprendidos. Golpeó las vigas con la parte de atrás del cuchillo, comprobando su solidez. ¡Gracias a Dios que eran firmes y estaban muy juntas! Sólo algo de la envergadura de un hacha podría lograr arrancar parte de la cubierta.

La mano asesina continuaba golpeando con el cuchillo cuando oí la voz de Jerry proveniente de la zona del cobertizo donde mi padre guardaba las piedras en el patio trasero. La mano y el cuchillo desaparecieron al instante. Fui hasta la puerta de atrás y escuché con la oreja pegada a ella.

Los dos hombres estaban en el cobertizo. Hice esfuerzos desesperados por intentar recordar qué herramientas u otras cosas había allí que pudieran utilizar contra

mí. Pero mis nervios no me dejaban pensar con claridad. Lo único que podía recordar era la enorme sierra para piedras de mi padre, que era demasiado pesada y engorrosa para poder usarse desde el tejado de la casa. Seguía devanándome los sesos y dándole vueltas a la cabeza sin resultado cuando escuché cómo los dos hombres arrastraban algo fuera del cobertizo. En el instante en que ese sonido llegó a mis oídos, la imagen de unas vigas de madera que llevaban años olvidadas en el cobertizo cruzó mi mente como un rayo. Apenas me había convencido de que estaban sacando una de esas vigas cuando escuché cómo Dick el Tramposo le decía a Jerry.

—¿Qué puerta?

—La principal —fue la respuesta—. Ya la hemos partido; la echaremos abajo enseguida.

Sentidos menos agudizados por el peligro que los míos habrían comprendido al instante al oír estas palabras que se disponían a usar la viga como ariete contra la puerta. Cuando fui consciente de tal cosa, perdí finalmente toda mi valentía. Supe que la puerta se vendría abajo. La barricada que había construido no podría soportar durante mucho tiempo las descargas que estaba a punto de recibir.

«No puedo hacer nada más para mantener la casa a salvo», me dije, con temblores en las piernas y las lágrimas por fin recorriendo mis mejillas. «Debo confiar en la noche y la densa oscuridad, y salvar mi vida huyendo ahora que estoy a tiempo».

Me puse el abrigo y la capucha y cuando mi mano ya estaba sobre la tranca de la puerta de atrás, un lastimero maullido proveniente del dormitorio me recordó la existencia de mi pobre gatita. Corrí hacia allí y apreté la criatura dentro de mi delantal. Antes de que pudiera llegar a la galería de nuevo, la primera descarga de la viga cayó sobre la puerta.

El gozne superior cedió. Las sillas y el cubo de carbón, que estaban en lo alto de mi barricada, cayeron con estruendo al suelo, pero el gozne inferior de la puerta, y la cómoda y el armario de las herramientas, se mantuvieron firmes.

—¡Uno más! —oí exclamar a los villanos—. ¡Un golpe más con la viga y la derribaremos!

Justo cuando acometían ese «golpe más», abrí la puerta de atrás y me adentré en la noche, con la cartera de billetes en mi pecho, las cucharas de plata en mi bolsillo y la gata en mis brazos. Me abrí paso con facilidad a través de los obstáculos conocidos del patio de atrás y ya estaba inmersa en la negra oscuridad del páramo antes de oír el segundo golpe y el estrépito que me indicó que la puerta entera había cedido.

A los pocos minutos debieron descubrir mi huida con la cartera, ya que oí gritos en la distancia como si corrieran para perseguirme. Continué huyendo lo más deprisa posible y el ruido se diluyó en la distancia rápidamente. La oscuridad era tan densa que hasta si se hubiera tratado de veinte ladrones en vez de dos, habría sido inútil seguirme.

Cuánto tiempo pasó hasta que llegué a la granja —el lugar más cercano en el que pude refugiarme—, no lo sé. Recuerdo que aún conservé el suficiente juicio como para correr con el viento de espaldas (había observado al caer la noche que soplaba hacia la Granja del Páramo) y para avanzar con resolución a través de la oscuridad. En todos los demás aspectos, a esas alturas ya estaba medio trastornada por todo lo que me había sucedido. Si el viento hubiese cambiado después de que observara su dirección al caer la noche, me habría perdido y probablemente habría muerto de cansancio, expuesta a la soledad del páramo. Gracias a Dios, seguía soplando regularmente como había soplado durante las horas anteriores y llegué a la granja con la ropa empapada y mi frente hirviendo de fiebre. En el momento en que di el grito de alarma junto a la puerta, todos se habían ido a la cama menos el hijo mayor del granjero, que estaba aún despierto con su pipa y su periódico. Logré reunir la fuerza necesaria para pronunciar sofocadamente unas palabras y contarle lo que había ocurrido, y después caí a sus pies víctima de un desmayo por primera vez en mi vida.

Una grave enfermedad siguió a ese desmayo. Cuando recuperé las fuerzas y pude de nuevo mirar a mi alrededor, vi que estaba en una de las camas de la granja. Mi padre, la señora Knifton y el médico se hallaban en la habitación, la gata dormía a mis pies, y la cartera que había salvado estaba sobre la mesa junto a mí.

Había muchas noticias que pude escuchar en cuanto estuve recuperada para oírlas. Habían atrapado a Dick el Tramposo y su cómplice, y estaban en la cárcel esperando su juicio inminente. El señor y la señora Knifton sufrieron tal conmoción al conocer el peligro que había corrido, del que se culpaban por su inconsciencia al dejar la cartera a mi cuidado, que insistieron en que mi padre se mudase de nuestro solitario hogar a una casita dentro de sus tierras en la que viviríamos sin pagar alquiler. Los billetes que había salvado me fueron entregados para que comprase muebles que sustituyeran los que los ladrones habían roto. Estas excelentes noticias ayudaron tanto a mi pronta recuperación que poco tiempo después pude narrar los detalles aquí descritos a mis amigos de la granja. Todos ellos se mostraron sorprendidos e interesados, pero ninguno, pensé, me escuchó con una atención tan expectante como el hijo mayor del granjero. La señora Knifton también se dio cuenta y empezó a bromear al respecto, en su manera alegre, en cuanto nos quedábamos solas. No le di mucha importancia a sus chanzas en ese momento, pero cuando me recuperé completamente y me mudé a nuestra nueva casa «el joven granjero», como le llamábamos los lugareños, venía continuamente a visitarnos y se las arreglaba para verme fuera de casa siempre que podía. Yo era un poco vanidosa, como muchas jóvenes, y empecé a pensar que las bromas de la señora Knifton no estaban faltas de justificación. Para resumir, el joven granjero consiguió un domingo —no sé muy bien cómo— perderse conmigo mientras volvíamos de misa, y antes de que encontrásemos de nuevo el camino a casa, me pidió que fuese su esposa.

Sus familiares hicieron todo lo posible para separarnos y acabar con nuestra unión, ya que pensaban que la pobre hija de un cantero no era un buen partido para un próspero labrador. Pero el granjero era demasiado obstinado para ellos. Y siempre respondía del mismo modo a todas sus objeciones: «Un hombre, si hace honor a su nombre, se casa de acuerdo con sus creencias y su propio gusto», decía. «Mi creencia es que cuando elijo una esposa, confío mi reputación y mi felicidad, las cosas más preciosas que poseo, al cuidado de una mujer. La mujer que deseo desposar no tenía más que una pequeña carga a su cuidado y demostró ser digna de ella arriesgando su vida. Ésa es para mí prueba suficiente de que es digna de la mayor carga que dejarse en sus manos pueda. La categoría y la riqueza son importantes, pero la certeza de tener una buena esposa lo es aún más. Tengo edad suficiente, me conozco bien y voy a casarme con la hija del cantero».

Y se casó conmigo. Si he demostrado ser digna o no de su buena opinión es una pregunta que debe responderle mi marido. Todo lo que tenía que relatar sobre mí y mis actos ya ha sido relatado. Todo el interés que mi peligrosa aventura puede despertar, termina, soy plenamente consciente, con mi escapada a la granja. Sólo me he atrevido a escribir estas frases de más porque mi matrimonio es la moraleja de esta historia. Me ha traído bendiciones de felicidad y prosperidad, y todo se lo debo a mi aventura nocturna en la Casa Negra.

La segunda jornada

Era una mañana de otoño clara, estimulante y despejada. Me levanté de buen humor, con la agradable convicción de que nuestro experimento había tenido por el momento más éxito incluso del que esperábamos.

A pesar de que la primera historia había sido breve y liviana, el efecto sobre el ánimo de Jessie había sido definitivo. Antes de que pudiera plantearle la cuestión, declaró espontáneamente y con su exageración habitual, que había abandonado definitivamente toda idea de escribir a su tía hasta que nuestra colección de narraciones se agotara.

—Estoy ardiendo de curiosidad sobre lo que vendrá después —dijo, cuando nos despedimos para ir a dormir—; y, aunque quisiera dejarles, ahora no podría de ningún modo irme sin oír el resto de las historias hasta el final.

Hasta aquí, perfecto. Todas mis preocupaciones a partir de este momento se centraron en el regreso de George. Ése día volví a escudriñar los periódicos, pero seguía sin haber noticias del barco.

La señorita Jessie dedicó el segundo día a viajar a la ciudad para realizar algunas compras. Owen, Morgan y yo nos empleamos duramente durante su ausencia en las historias que aún faltaban por completar. Owen dudaba con pesimismo poder terminar algún día; Morgan gruñía por lo que llamaba «la absurda dificultad de escribir tonterías»; yo trabajaba tranquilamente y con satisfacción, motivado por el éxito de la primera noche.

Nos reunimos, como la vez anterior, en la sala de estar de nuestra invitada. Cuando el reloj dio las ocho, Jessie sacó la segunda tarjeta. Correspondía al número dos. Eso significaba que me había tocado en suerte leer a continuación.

—Aunque narraré mi historia en primera persona —comencé, dirigiéndome a Jessie—, no debe suponer que los acontecimientos aquí relatados me sucedieron a mí. Le sucedieron a un amigo mío que naturalmente me los describió desde su propio punto de vista. Al reproducir la narración a partir del recuerdo de lo que me contó hace años, me he imaginado escuchándole de nuevo y he escrito por lo tanto poniéndome en su lugar y, siempre que mi memoria no me fallara, también utilizando su propia forma de hablar. De este modo espero haber conseguido imprimir una atmósfera de realidad a una historia que, de cualquier forma, está respaldada por su veracidad. Debo pedirle que me disculpe por no entrar en detalles con esta breve explicación. Aunque las personas afectadas por la narración ya no viven, debemos guardar el debido respeto a sus memorias. Quiénes son y cómo les conocí son cuestiones que no tienen ahora lugar. El interés de la historia, tal y como es, no necesita en este caso de ayuda alguna de explicaciones personales. Con estas palabras emprendí mi tarea y leí lo siguiente.

EL SECRETO DE FAMILIA

La historia del hermano Griffith

I

¿Fue un inglés o un francés quien observó por primera vez que todas las familias guardan un esqueleto en el armario? No soy lo suficientemente culto para saberlo, pero alabo la observación, quienquiera que la hiciese. Expresa una verdad sorprendente mediante una metáfora apropiadamente macabra, una verdad que he descubierto con mi propia experiencia. Nuestra familia tenía un esqueleto en el armario, y su nombre era tío George.

Llegué a saber que este esqueleto existía, y seguí su pista hasta el armario en el que estaba escondido, poco a poco. Era un niño cuando empecé a atisbar la realidad, y un hombre adulto cuando finalmente descubrí que mis sospechas eran ciertas.

Mi padre era un médico que contaba con una excelente notoriedad en una gran ciudad del país. He oído que se casó en contra de los deseos de su familia. No ponían objeciones a mi madre por motivos de nacimiento, cultura o reputación: simplemente ella les desagradaba profundamente. Mi abuelo, mi abuela, mis tíos y mis tías afirmaban que era una mujer cruel y mentirosa; todos ellos la tenían aversión por sus modales, sus opiniones y hasta por la expresión de su rostro; todos menos el hermano pequeño de mi padre, George.

George era el miembro desgraciado de nuestra familia. Todos eran listos; pero él era lento de capacidad. Todos eran notoriamente apuestos; pero él era el tipo de hombre al que las mujeres no miran dos veces. Todos triunfaban en la vida; él fracasaba. Tenía la misma profesión que mi padre, pero nunca progresó cuando empezó a trabajar por su cuenta. Los enfermos pobres, que no podían elegir, le contrataban y acababan invariablemente satisfechos. Los enfermos ricos, especialmente las damas, que podían permitírselo, llamaban a cualquiera antes que a él. Su profesión le hizo ganar mucho en experiencia, y sin embargo no ganó fama ni fortuna.

Casi todos nosotros, por muy simples y poco atractivos que seamos a los ojos de los demás, albergamos alguna poderosa pasión, un germen de lo que se llama romance, escondido más o menos profundamente en nuestra naturaleza. Toda la pasión y todo el romance de la naturaleza de mi tío George residían en su amor y admiración por mi padre.

Y es que mi tío adoraba a su hermano mayor del modo más sincero; para él era uno de los seres humanos más nobles sobre la Tierra. Cuando mi padre se comprometió en matrimonio, y cuando el resto de la familia, como ya he mencionado, expresó sin dudarle su opinión desfavorable sobre la naturaleza de la esposa que había elegido, el tío George, que nunca se había atrevido a discrepar

nunca con nadie, para general estupor, defendió a su futura cuñada de la forma más vehemente y más firme. A su juicio, la elección de su hermano era sagrada e indiscutible. La dama podía, como de hecho ocurría, tratarle con abierto desprecio, reírse de su torpeza, impacientarse con su tartamudeo: al tío George no le importaba. Se iba a convertir en la mujer de su hermano, y en virtud de esa importante premisa ella se convirtió, para el pobre cirujano, en una reina que, según las leyes de la constitución doméstica, no podía hacer nada mal.

Cuando mi padre llevaba casado un tiempo, invitó a su hermano pequeño a vivir con él como su asistente.

Si hubieran nombrado al tío George presidente del Colegio de Cirujanos no se habría sentido más orgulloso y feliz de lo que se sentía en su nuevo cargo. Me temo que mi padre nunca entendió lo profundo que era el afecto que su hermano sentía por él. A George le tocaba habitualmente la parte más dura del trabajo: los largos desplazamientos durante la noche; el agotador cuidado de los pobres, el trato con los borrachos, los casos más repugnantes, lo más penoso y sucio de la profesión, en resumen, lo acababa haciendo él; y día tras día, mes tras mes, luchaba con ello sin protestar ni una vez. Cuando su hermano y su cuñada salían a cenar con la pequeña aristocracia del condado, nunca se le ocurrió sentirse decepcionado porque le dejaran en casa, como si no existiera. Cuando a su vez ellos daban cenas, y le pedían que acudiese para tomar el café, y se sentaba solo en una esquina, nunca se le pasó por la cabeza que le estuvieran tratando sin consideración o respeto. Era parte del mobiliario de la casa, y era su función, así como su gozo, servir con utilidad a su hermano en lo que fuese necesario.

Hasta aquí lo que me han contado los demás sobre mi tío George. Mi propia experiencia personal con él se reduce a los recuerdos de infancia. Pero antes, déjenme decir algo a propósito de mis padres, mi hermana y yo mismo.

Mi hermana fue la primera en nacer y la más querida. No llegué al mundo hasta cuatro años después de su nacimiento, y ningún otro niño vino después. Caroline, desde sus primeros días, fue la encarnación de la belleza y la salud. Yo era pequeño, enfermizo y, la verdad debe ser dicha, con rasgos casi tan poco atractivos como el propio tío George. Sería descortés e irrespetuoso decidir si la aversión que la familia de mi padre sintió siempre por mi madre tenía alguna base o no. Lo único que me atreveré a decir es que sus hijos nunca tuvieron razones para quejarse de ella.

Recuerdo bien su apasionado amor por mi hermana, lo orgulloso que se sentía de la belleza de la niña, así como su constante benevolencia e indulgencia hacia mí. Mis defectos personales debían ser una dolorosa prueba para ella, en secreto, pero ni ella ni mi padre me demostraron nunca que percibieran una diferencia entre Caroline y yo. Cuando le hacían regalos a mi hermana, me hacían regalos a mí también. Cuando mi padre y mi madre cogían a mi hermana en brazos y la besaban, a continuación me

abrazaban a mí, escrupulosamente. Mi instinto infantil me decía que había una diferencia en sus sonrisas cuando me miraban a mí y la miraban a ella; que los besos que le daban a Caroline eran más cálidos que los que me daban a mí; que las manos que enjugaban sus lágrimas causadas por aflicciones inocentes la tocaban con más dulzura que las que secaban las mías. Pero estas señales de favoritismo, y otras incluso más insignificantes, eran de las que ningún padre puede pretender controlar. En ese momento las percibía con más asombro que dolor. Ahora las recuerdo sin sentir amargura hacia ninguno de los dos. Ambos me querían y ambos cumplieron su deber para conmigo. Si parece que hablo con ciertas reservas aquí, no lo hago conscientemente. Y esto lo digo honestamente, con el corazón en la mano.

Incluso el tío George, que me quería muchísimo, quería más a mi preciosa hermana.

Cuando yo, maliciosamente, le tiraba del pelo lacio y débil, lo apartaba de mis manos amablemente y entre risas, y sin embargo dejaba que Caroline continuara haciéndolo hasta que sus ojos grises, errantes y turbios se llenaban de lágrimas una y otra vez. Solía saltar peligrosamente por todo el jardín, imitando desmañadamente el galope de un caballo, mientras yo me sentaba sobre sus hombros; pero nunca se atrevía a hacer nada más que caminar lentamente y con seguridad cuando era el turno de Caroline. Cuando nos llevaba de paseo, Caroline siempre estaba en el lado más cercano al muro. Cuando le interrumpíamos en su trabajo sucio de galeno, me solía decir que me fuese a jugar hasta que estuviese preparado para atenderme; pero dejaba las botellas y se limpiaba sus dedos torpes en su basto delantal, y salía junto con Caroline, como si fuese la dama más importante del lugar. Ay, ¡cuánto la quería!, y, debo ser honesto y agradecido y añadir: ¡cuánto me quería a mí también!

Cuando cumplí ocho años, y Caroline tenía doce, estuve fuera de casa durante una temporada. Había estado enfermo durante muchos meses; mi salud había mejorado tras pasar un tiempo junto al mar, pero había mostrado síntomas de recaída al volver a la casa en la que vivíamos, situada en el interior del condado. Tras debatirlo mucho, se decidió finalmente que viviría con una hermana soltera de mi madre que tenía una casa en una ciudad de veraneo en la costa del Sur hasta que mi constitución se hiciese más fuerte.

Recuerdo que dejé nuestro hogar cargado de regalos, regocijándome con la perspectiva de volver a ver el mar, tan inconsciente del futuro, y feliz en el presente, como cualquier otro niño. El tío George pidió días libres para llevarme a la costa, pero no podía dejar su trabajo de cirujano. Se consoló, y me consoló prometiendo construir una magnífica maqueta de barco.

Tengo la maqueta ante mí ahora mientras escribo. Los años la han cubierto de polvo; la pintura está desconchada; las cuerdas, enredadas; las velas, agujereadas por las polillas y amarillentas. El casco no guarda proporción con el resto del barco, y

algún que otro amigo con conocimientos náuticos que ha tenido ocasión de verlo alguna vez, no ha podido evitar sonreír al ver el aparejo. Por muy destrozado que esté, por muy imperfecto que sea —peor que el barco en miniatura más barato que se puede encontrar hoy día en cualquier tienda de juguetes— no se me ocurre otro objeto en este mundo del que me separaría con más dolor que del barco del tío George.

Mi vida en la costa era una vida feliz. Permanecí con mi tía durante más de un año. Mi madre venía a menudo a ver cómo me iba, y al principio siempre traía a mi hermana con ella; pero durante aproximadamente los ocho últimos meses de mi estancia, Caroline no apareció ni una sola vez. Noté también, durante ese mismo periodo, un cambio en la actitud de mi madre. Estaba más pálida y más preocupada en cada visita sucesiva, y siempre mantenía largas conversaciones privadas con mi tía. Finalmente hubo un día en que dejó de venir a verme, y a partir de entonces se limitó a escribir para interesarse por mi salud. También mi padre, que durante el primer período de mi ausencia viajó hasta la costa para comprobar el progreso de mi recuperación tan a menudo como sus compromisos profesionales se lo permitían, ahora se mantenía alejado, como mi madre. Incluso el tío George, que nunca había tenido permiso para tomarse unos días de vacaciones y venir a verme, pero que hasta entonces me había escrito a menudo suplicándome que le respondiera, interrumpió nuestra correspondencia.

Como es natural, yo estaba asombrado y perplejo ante estos cambios, y perseguía a mi tía para que me contase cuál era la razón de todos ellos. Al principio intentó darme largas con cualquier excusa; después admitió que había ciertos problemas en casa; pero finalmente confesó que el problema no era otro que una súbita dolencia que aquejaba a mi hermana. Cuando pregunté de qué enfermedad se trataba, mi tía repuso que era inútil intentar explicármelo. Entonces recurrí a las criadas. Una de ellas fue menos prudente que mi tía y respondió a mi pregunta, pero lo hizo utilizando unas palabras que yo no podía comprender. Después de muchas explicaciones, llegué a entender que «algo crecía en el cuello de mi hermana que estropearía su belleza para siempre, y quizás la mataría, si no conseguían eliminarlo». Recuerdo perfectamente el escalofrío de horror que me recorrió ante la vaga idea de ese «algo» mortal. En lo más profundo de mi corazón creció una curiosidad pavorosa y temible por contemplar la naturaleza de la enfermedad de Caroline con mis propios ojos, y supliqué para que me dejaran ir a casa y ayudar a cuidar de ella. Huelga decir que la petición fue rechazada.

Pasaron las semanas y seguía sin saber nada, excepto que mi hermana continuaba enferma. Un día escribí en secreto una carta al tío George, pidiéndole, en mi tono infantil, que viniera y me informara sobre la enfermedad de Caroline.

Sabía dónde estaba la oficina de correos, así que me escapé por la mañana sin que

nadie se diese cuenta y eché la carta al buzón. Volví a entrar a hurtadillas por el jardín, y trepé por la ventana del salón trasero en la planta baja. Las habitaciones que estaban encima eran los aposentos de mi tía; una vez dentro, escuché gemidos y sonoros sollozos convulsivos provenientes de una de ellas. Mi tía era una mujer especialmente tranquila y serena. No podía imaginarme que esos sonoros quejidos y sollozos vinieran de ella, así que corrí aterrorizado hasta la cocina para preguntar a los criados quién lloraba tan violentamente en la habitación de mi tía.

Me encontré con el ama de llaves y la cocinera hablando entre susurros con semblante grave. Pararon en cuanto me vieron, como si yo fuese un señor adulto que les hubiera pillado descuidando su trabajo.

—Es muy pequeño para sentirlo demasiado —oí que le decía una a la otra—. En lo que a él respecta, es una suerte que no haya ocurrido más tarde.

Unos minutos después, me fue comunicada la peor de las noticias. Efectivamente, era mi tía quien lloraba en la habitación. Caroline había muerto.

La conmoción fue más fuerte de lo que los sirvientes o cualquier persona a mi alrededor pudieran imaginar. Pero yo aún era un niño y gozaba de esa bendita y flexible naturaleza infantil. Si hubiera sido mayor, habría estado demasiado absorto en el dolor para poder observar a mi tía tan detenidamente como lo hice cuando estuvo lo suficiente serena para verme unas horas después ese mismo día.

No me sorprendieron sus ojos hinchados o la palidez de sus mejillas, o las lágrimas que derramó cuando me cogió entre sus brazos nada más verme. Pero me asombró y confundió la mirada de terror que percibí en su rostro. Era natural que llorase la muerte de mi hermana, pero ¿por qué tenía esa mirada de terror como si hubiera ocurrido otra catástrofe?

Le pregunté si además de la muerte de Caroline, había llegado alguna otra terrible noticia desde casa.

Mi tía dijo que no en un tono extraño, ahogado, y súbitamente apartó su cara de mi vista. ¿Había muerto mi padre? No. ¿Mi madre? No. ¿El tío George? Mi tía tembló al decir que no a esta pregunta también, y me ordenó que dejase de hacer preguntas. No estaba preparada para poder soportarlas todavía, dijo, e hizo una seña a la criada para que me sacara de la habitación.

Al día siguiente me dijeron que iría a casa después del funeral y por la tarde el ama de llaves me llevó a la ciudad, en parte por dar un paseo, y en parte para que me tomasen las medidas para la ropa de luto. Cuando salimos del sastre, convencí a la chica para que siguiésemos paseando un rato a lo largo de la costa, mientras le contaba alguna pequeña anécdota relativa a mi difunta hermana que venía dulcemente a mi memoria en aquellos primeros días de dolor. Estaba tan interesada en escucharme, y yo en hablar, que dejamos que se pusiese el sol antes de emprender el regreso.

Era una tarde nublada y cuando aún nos estábamos aproximando a la ciudad ya había anochecido. El ama de llaves estaba muy nerviosa por encontrarse sola conmigo en la playa, y más de una vez miró hacia atrás con desconfianza mientras andábamos. Súbitamente me agarró la mano con fuerza y dijo:

—¡Subamos al acantilado lo más rápido que podamos!

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando oí pasos detrás de mí: un hombre se acercó rápidamente a mi lado, me arrancó de la mano de la chica, y levantándose en sus brazos sin decir una palabra, me cubrió la cara de besos. Supe que estaba llorando porque mis mejillas se humedecieron al instante con sus lágrimas; pero estaba demasiado oscuro para que pudiera ver quién era, o incluso cómo estaba vestido. Creo que no me retuvo más de medio minuto entre sus brazos. El ama de llaves gritó pidiendo auxilio. El extraño hombre me depositó suavemente sobre la arena y desapareció rápidamente en la oscuridad.

Cuando le contamos a mi tía tan extraordinaria aventura, al principio pareció simplemente desconcertada; pero un momento después, se produjo un cambio en su rostro, como si repentinamente hubiese recordado o pensado algo. Palideció completamente y dijo, de una forma precipitada, que no era habitual en ella:

—No importa; no hablemos más de ello. No ha sido más que un truco malicioso para asustarte, diría yo. Olvídalo, querido, olvídalo.

Era más fácil dar este consejo que conseguir que lo cumpliera. Durante muchas de las noches que siguieron, lo único en que pensé era en el hombre extraño que me había besado mientras lloraba.

¿Quién podía ser? Alguien que me quería mucho y que también lamentaba mucho algo. Era mi lógica infantil la que me llevaba hasta ese punto. Pero cuando intentaba buscar en mi memoria todos los caballeros adultos que pudieran quererme de ese modo, nunca se me ocurría nadie, por mucho que lo pensara, que no fuese mi padre o mi tío George.

II

Me llevaron a casa el día fijado y sufrí el trance —doloroso a pesar de mi corta edad— de asistir a la escenificación del colérico dolor de mi madre y de la silenciosa desesperación de mi padre. Recuerdo que la escena de nuestro primer encuentro después de la muerte de Caroline fue sabiamente abreviada por mi considerada tía, que me sacó de la habitación. Parecía albergar el confuso deseo de evitar que me apartase de ella una vez que la puerta se hubo cerrado tras nosotros; pero me escapé y corrí escaleras abajo a la sala de cirugía para buscar y llamar a mi compañero perdido, al compinche de todos nuestros juegos: el tío George.

Abrí la puerta de la sala de cirugía, pero no vi a nadie. Sequé mis lágrimas y miré a mi alrededor por toda la habitación: estaba vacía. Corrí escaleras arriba, al dormitorio abuhardillado que ocupaba el tío George, pero tampoco estaba allí; su cepillo barato y la vieja y roñosa caja donde guardaba su navaja de afeitar que había pertenecido a mi abuelo, no estaban en su tocador. ¿Se había trasladado a otra habitación? Salí al rellano y le llamé, suavemente, con el corazón lleno de aprensión, de un terror indescriptible:

—¡Tío George!

Nadie respondió; pero mi tía subió precipitadamente las escaleras del desván.

—¡Calla! —dijo—. ¡No debes pronunciar este nombre aquí nunca más!

Se detuvo súbitamente; parecía que sus propias palabras la habían asustado.

—¿Está muerto el tío George? —pregunté.

Mi tía enrojeció y palideció, y empezó a tartamudear. No esperé a escuchar lo que decía. Pasé a su lado a toda prisa al bajar las escaleras. Mi corazón estaba a punto de explotar, un escalofrío recorría mi piel. Entré precipitadamente y sin aliento en la habitación donde mi padre y mi madre me habían recibido. Estaban allí sentados todavía. Corrí hacia ellos, agitando las manos y gritando entre lágrimas:

—¿Está muerto el tío George?

Mi madre dio un grito que me petrificó y me callé al instante. Mi padre la miró durante un momento, tocó la campana llamando a la doncella, y después me agarró bruscamente por el brazo y me arrastró fuera de la habitación.

Me llevó al estudio, se sentó en su silla habitual, y me puso ante él, entre sus rodillas. Sus labios estaban terriblemente pálidos, y sentí cómo sus dos manos, que me agarraban con fuerza por los hombros, temblaban violentamente.

—No debes mencionar nunca más el nombre del tío George —dijo, en un susurro rápido, colérico y tembloroso—. ¡No volverás a mencionarlo delante de mí, ni de tu madre, ni de tu tía, ni de ninguna persona sobre la Tierra! ¡Nunca, nunca, nunca!

La repetición de la palabra me aterrorizó aún más que la vehemencia ahogada con la que habló. Se dio cuenta de que me estaba asustado, y suavizó un poco el tono antes de continuar.

—Nunca más volverás a ver al tío George —dijo—. Tu madre y yo te queremos muchísimo; pero si olvidas lo que te acabo de decir, te enviaré lejos de casa. Nunca vuelvas a pronunciar ese nombre, cuidado, ¡nunca! Y ahora bésame y vete.

¡Qué temblor el de sus labios, y qué frío sentí cuando tocaron los míos!

Me escapé de la habitación en cuanto me besó y fui a esconderme al jardín.

«El tío George ya no está. Nunca volveré a verlo; nunca volveré a hablar de él»: ésas eran las palabras que me repetía, con un terror y una confusión incomprensibles, cuando me quedé solo. Había algo indescriptiblemente horrible para mi mente infantil en este misterio que me habían ordenado respetar siempre, y que, por lo que sabía entonces, nunca podía esperar descubrir. Mi padre, mi madre, mi tía, todos ellos parecían estar separados de mí por un muro infranqueable. Nuestro hogar ya no parecía nuestro hogar con Caroline muerta, el tío George desaparecido y un asunto prohibido del que no se podía hablar, continua y misteriosamente interponiéndose entre mis padres y yo.

Aunque siempre respeté la orden que mi padre me había dado en su estudio (sus palabras y su aspecto, y el horrible grito de mi madre, que todavía resonaba en mis oídos, fueron más que suficientes para garantizar mi obediencia), también mantuve siempre el deseo secreto de penetrar en la oscuridad que se cernía alrededor del destino de mi tío.

Durante dos años seguí en casa y no descubrí nada. Cuando les preguntaba a los criados sobre mi tío, lo único que me decían es que una mañana desapareció de la casa. No podía interrogar a los miembros de la familia de mi padre; vivían lejos y no venían nunca a vernos; y la idea de escribirlos, a mi edad y en mi situación, era inviable. Mi tía se mantenía tan firme en su silencio como mi padre y mi madre; pero nunca olvidé cómo había cambiado su expresión al reflexionar durante un instante tras escuchar mi extraordinaria aventura nocturna, mientras volvía a casa con la criada por la playa. Cuánto más pensaba en este cambio de su semblante relacionado con lo que había ocurrido al volver a casa de mi padre, más seguro estaba de que el extraño que me había besado llorando no podía ser otro que el tío George.

Al final de mis dos años en casa, me embarqué en un buque mercante de acuerdo con mi voluntad más fervorosa. Siempre quise ser marinero, desde que fui por primera vez a casa de mi tía en la costa, y me mantuve firme en mi resolución hasta que mis padres no tuvieron más remedio que acceder a mis deseos.

Mi nueva vida me entusiasmaba, y durante más de cuatro años estuve fuera en puestos en el extranjero. Cuando finalmente volví a casa, fue para hacer frente a una nueva desgracia que se había abatido sobre nuestro hogar. Mi padre había muerto el

mismo día en que emprendía mi viaje de regreso a Inglaterra.

Ni la ausencia ni el cambio de escenario habían debilitado en modo alguno mi deseo de aclarar el misterio de la desaparición del tío George. La salud de mi madre era tan frágil que dudé durante un tiempo si abordar el tema prohibido en su presencia. Cuando finalmente me atreví a mencionarlo, sugiriendo que cualquier reserva prudente necesaria durante mi infancia ya no era precisa, ahora que me estaba convirtiendo en un adulto, una serie de violentos temblores la sacudieron, y me ordenó que no siguiese hablando. Había sido la voluntad de mi padre, dijo, que la reserva de la que hablaba siempre se mantuviese para conmigo; no le había autorizado, antes de morir, a hablar con mayor claridad; y ahora que él ya no estaba, ella no podía ni pensar en actuar de acuerdo con su propio juicio, sin el apoyo de su difunto esposo. Mi tía dijo lo mismo cuando acudí a ella. Decidido a no desanimarme todavía, emprendí un viaje, aparentemente para presentar mis respetos a la familia de mi padre, pero con la secreta intención de intentar averiguar todo lo posible por ese lado sobre el tema del tío George.

Mis investigaciones dieron algún resultado, aunque no fueron ni mucho menos satisfactorias. George siempre había sido contemplado con cierto desprecio por sus bellas hermanas y sus prósperos hermanos, y su consideración no había mejorado en la familia tras la ardiente defensa de la causa de su hermano cuando mi padre se casó. Descubrí que los familiares vivos de mi tío hablaban de él despectivamente y sin ningún cariño. Me aseguraron que nunca habían tenido noticias suyas, que no sabían nada de él, excepto que había ido a instalarse, suponían, en un país extranjero, después de haberse comportado de forma ruin y malvada con mi padre. Le habían seguido la pista hasta Londres, donde había acabado con todos los fondos que formaban la pequeña parte de herencia que le había dejado su padre, y sabían que se le había visto en el muelle de un barco que partía para Francia aquel mismo día, más tarde. Después de esto no habían sabido nada más de él. Ninguno de sus hermanos pudo decirme en qué había consistido la supuesta ruindad de su comportamiento. Mi padre no había querido causarles dolor con los detalles, no sólo cuando desapareció su hermano, sino también después, cada vez que se mencionaba el tema. George siempre había sido la oveja negra de la familia y debía ser consciente de su propia ruindad, ya que de no ser así habría escrito para dar explicaciones y justificarse.

Estos fueron los únicos datos que pude recopilar durante mi visita a la familia de mi padre. En mi opinión, lo único que hacían era ahondar en el misterio, en vez de desvelarlo. Que una criatura tan amable, dócil y afectuosa como el tío George hubiera herido al hermano que amaba de palabra o de facto en cualquier momento de su relación, me parecía poco menos que increíble; pero que fuese culpable de un acto ruin en el momento en que mi hermana se estaba muriendo, era simple y llanamente imposible. Y, sin embargo, el hecho incomprensible que saltaba a la vista es que la

muerte de Caroline y la desaparición del tío George... ¡habían sucedido la misma semana! Nunca me sentí más desalentado ni sorprendido por este secreto de familia que después de haber oído los detalles relacionados con él que me podían referir mis familiares.

Narraré los acontecimientos de los siguientes años de mi vida con brevedad.

Mis ocupaciones marineras ocuparon todo mi tiempo y me llevaron lejos de mi país y mis amigos. Pero, hiciera lo que hiciese, y fuera donde fuese, el recuerdo del tío George, y el deseo de penetrar en el misterio de su desaparición me perseguía como un viejo fantasma. A menudo, durante las solitarias vigías de noche en alta mar, rememoraba esa oscura noche en la playa, el abrazo apresurado de aquel extraño, la sensación asombrosa de sentir sus lágrimas sobre mis mejillas, su desaparición antes de que tuviera aliento o serenidad suficientes para decir una palabra. A menudo también, cavilé sobre los inexplicables acontecimientos que sucedieron después, cuando regresé, después del funeral de mi hermana, a casa de mi padre; y aún más a menudo me rompí la cabeza en vano, intentando elaborar un plan para convencer a mi madre o mi tía de que me revelaran el secreto que hasta el momento me habían ocultado con tanta perseverancia. Mi última oportunidad de saber lo que realmente le había ocurrido al tío George, mi última esperanza de volverle a ver, desapareció junto con esos dos familiares próximos y queridos. Renuncié, desesperado, a conseguir alguna vez que mi madre hablase del tema prohibido después de lo que había pasado entre nosotros, pero me sentía más optimista respecto a mis planes de convencer finalmente a mi tía para que se relajase en su discreción. No obstante, mis ilusiones a este respecto no estaban destinadas a hacerse realidad. En mi siguiente visita a Inglaterra me encontré a mi tía postrada, tras un ataque que le dejó paralítica y le privó del habla. Murió poco tiempo después en mis brazos, dejándome como único heredero. Busqué ansiosamente entre sus papeles alguna referencia al misterio familiar, pero no encontré ni una pista que me pudiese ayudar. Todas las cartas de mi madre a su hermana de la época de la enfermedad y la muerte de Caroline habían sido destruidas.

III

Pasaron algunos años; mi madre siguió a mi tía a la tumba y mi investigación sobre el tío George continuaba en el mismo punto muerto. Poco después de esta última desgracia, mi salud empeoró, así que siguiendo el consejo de mi médico emprendí la marcha hacia el sur de Francia para tomar unos baños.

Viajaba tranquilamente hacia mi destino, desviándome del camino a menudo, y parando donde me apetecía. Una noche, cuando estaba únicamente a dos o tres días de viaje del balneario hacia el que me dirigía, me sorprendió la posición pintoresca de un pueblecito situado en la cima de una colina a cierta distancia de la carretera principal y decidí echar un vistazo de cerca al lugar, con la idea de pasar allí la noche, si me gustaba. El hotel principal me pareció limpio y tranquilo, pedí una habitación, y después de cenar me di un paseo para visitar la iglesia. Cuando entré en el edificio no cruzaba por mi mente ningún pensamiento sobre el tío George; y sin embargo, en ese preciso instante, el azar me llevaba al descubrimiento que durante tantos años había luchado en vano por hacer, el descubrimiento que había dado por imposible desde el día de la muerte de mi madre.

No encontré nada digno de mención en la iglesia, y estaba a punto de abandonarla de nuevo, cuando vislumbré una bonita vista a través de una puerta lateral, y me detuve a admirarla.

El cementerio estaba en primer término y detrás, la ladera de la colina descendía suavemente hasta una llanura, sobre la que se ponía el sol en todo su esplendor. El cura de la iglesia leía su breviario mientras recorría una y otra vez el camino de grava que separaba las hileras de tumbas. Durante mis viajes había aprendido a hablar francés con la fluidez propia de la mayoría de los caballeros ingleses, y cuando el párroco se acercó a mí, me permití alabar las vistas y le felicité por la belleza y la pulcritud del cementerio. Me respondió con exquisita educación y entablamos conversación inmediatamente.

Cuando caminábamos lentamente por el camino de grava, una de las tumbas que se encontraba separada del resto atrajo mi atención. La cruz que la coronaba difería considerablemente, en algunos aspectos exteriores, de las cruces de las otras tumbas. Mientras que del resto colgaban guirnaldas, ésta era muy sencilla, y lo que era aún más extraordinario, no había nombre inscrito en su superficie.

El cura, al observar que me había detenido a mirar la tumba, movió la cabeza y suspiró.

—Un compatriota suyo está enterrado ahí —dijo—. Estuve presente cuando murió. Llevó el peso de una gran desgracia entre nosotros, en este pueblo, durante

muchos años fatigados, y su conducta nos enseñó a respetarle y compadecerle de todo corazón.

—¿Por qué no está inscrito su nombre en su tumba? —pregunté.

—Se suprimió de acuerdo con su voluntad —respondió el cura, en un tono dubitativo—. Me confesó en los últimos momentos de su vida que había vivido aquí bajo un nombre falso.

Le pregunté su nombre verdadero y me lo dijo, junto con los detalles de su triste historia. Tenía razones para desear su propio olvido después de su muerte. Prácticamente las últimas palabras que pronunció fueron «Deje que mi nombre muera conmigo». La última petición que hizo fue que guardase su nombre en secreto para todo el mundo excepto para una sola persona.

—Un familiar, supongo —dije.

—Sí... un sobrino —dijo el cura.

Cuando escuché esta palabra de sus labios, mi corazón dio un extraño salto a modo de respuesta. Supongo que también cambió el color de mi rostro, porque el cura me miró con repentina atención e interés.

—Un sobrino —continuó el cura— al que había querido como a su propio hijo. Me contó que si su sobrino algún día localizaba su tumba y preguntaba por él, podía en ese caso revelar todo lo que sabía. «Me gustaría que mi pequeño Charley supiese la verdad», dijo. «A pesar de la diferencia de edad, Charley y yo fuimos compañeros de juegos hace años».

Mi corazón latía cada vez más fuerte y tuve una sensación de ahogo en la garganta cuando oí cómo el cura mencionaba inconscientemente mi nombre de pila al citar las últimas palabras del moribundo.

En cuanto pude hablar serenamente y me sentí de nuevo con dominio de mismo, le dije al cura cuál era mi apellido, y le pregunté si no era ése parte del secreto que debía conservar.

Dio unos pasos hacia atrás y juntó las manos en un gesto de sorpresa.

—¿Puede ser cierto? —dijo, en voz baja, mirándome con gravedad y con algo parecido al terror reflejado en su cara.

Le entregué mi pasaporte y miré hacia la tumba. Las lágrimas llenaron mis ojos mientras los recuerdos del pasado me asaltaban de nuevo. Sin saber muy bien lo que hacía me arrodillé junto a la tumba y acaricié la hierba que la cubría con la mano. Ay, tío George, ¿por qué no le contaste el secreto a tu viejo compañero de juegos? ¿Por qué esperar a que te encontrara aquí?

El cura me ayudó a levantarme amablemente, y me suplicó que le acompañara a su propia casa. En nuestro paseo hasta allí, mencioné las personas y los lugares de los que pensé que mi tío habría hablado, para convencer a mi compañero de que realmente era la persona que decía ser. Cuando llegamos a su pequeño salón y nos

sentamos allí los dos solos, prácticamente era como si fuésemos viejos amigos.

Pensé que lo mejor sería que empezara contándole todo lo que he narrado hasta ahora sobre mi tío George y su desaparición de nuestro hogar. Mi anfitrión me escuchó con un rostro apesadumbrado y cuando terminé dijo:

—Entiendo su impaciencia por saber lo que ahora ya me siento autorizado a contarle, pero permíteme si antes le digo que hay circunstancias de la historia de su tío que pueden ser dolorosas de oír... —se interrumpió repentinamente.

—¿Qué pueden ser dolorosas de oír como sobrino? —pregunté.

—No —dijo el cura sin mirarme a los ojos—: como hijo.

Le expresé mi agradecimiento por el sentido de la delicadeza y la amabilidad que demostraba con su advertencia, pero le supliqué al mismo tiempo que no me mantuviese más tiempo bajo la incertidumbre y que me contase la cruda verdad, por muy dolorosa que me resultase como oyente.

—Cuando me ha referido usted lo que sabía sobre el secreto de la familia —dijo el cura—, ha mencionado como extraña coincidencia que la muerte de su hermana y la desaparición de su tío tuviesen lugar a la vez. ¿Sospechó alguna vez cuál fue la causa de la muerte de su hermana?

—Sólo sé lo que mi padre me contó, y lo que todos nuestros amigos creen: que desarrolló un tumor en el cuello, o como he oído que lo explicaban alguna vez, que murió del efecto en su constitución de ese tumor.

—Su hermana murió durante una operación para extirpar ese tumor —dijo el cura suavemente—; y el cirujano fue su tío George.

Toda la verdad me golpeó con estas pocas palabras.

—Consuélese pensando que el largo martirio de su vida ha terminado —continuó el cura—. Descansa; está en paz. Él y su querida niña se han comprendido el uno al otro, y ahora son felices. Éste pensamiento le ayudó a vivir hasta el último momento en su lecho de muerte. Siempre habló de su hermana como su «querida niña». Creía firmemente que ella le esperaba en el otro mundo para perdonarle y consolarle, ¿y quién se atreve a decir que estaba equivocado? ¡No seré yo! ¡No será nadie que haya amado y sufrido alguna vez, ciertamente! Fue de lo más profundo de este sacrificado amor por la niña de donde sacó la fatal valentía necesaria para realizar la operación —continuó el cura—. Su padre naturalmente no se atrevía a intentarlo. Los colegas médicos a quienes consultaba dudaron de la conveniencia de tomar medidas para la extracción del tumor, dada la posición y situación particular de éste cuando les pidió su experta opinión. Su tío fue el único que no estaba de acuerdo con ellos. Era un hombre demasiado modesto para decirlo, pero su madre lo descubrió. Ella estaba horrorizada ante la deformidad de su preciosa niña, estaba tan desesperada como para agarrarse a la más remota esperanza de curación que cualquiera le ofreciese; y convenció a su tío para poner su opinión a prueba. Parece que su horror ante la

deformidad de la pequeña y su desesperación ante la perspectiva de que durase toda la vida, le cerraron completamente los ojos al natural sentido del peligro ante la operación. Es difícil encontrar las palabras para decírselo a usted, su hijo, pero no obstante debe saber que un día, cuando su padre estaba fuera, su madre mintió a su tío y le dijo que su hermano consentía a la operación, y que había salido a propósito de la casa porque no tenía el valor suficiente para quedarse y presenciarla. Dicho esto su tío ya no dudó. No tenía miedo del resultado, ya que se sentía seguro de su propio valor. Lo único que temía era el efecto que sobre él tendría el amor por la niña al encontrarse cara a cara con la necesidad de tocar su piel con el cuchillo.

Intenté con todas mis fuerzas controlarme, pero no pude reprimir un escalofrío al oír estas palabras.

—No merece la pena disgustarle con detalles innecesarios —dijo el cura, muy considerado—. Será suficiente decirle que la fortaleza de su tío le falló en el momento que más la necesitaba. Su amor por la niña hizo temblar el pulso firme que nunca antes había temblado. En dos palabras, la operación fracasó. Su padre regresó y se encontró con su hija agonizando. Cuando le confesaron la verdad, llevado por el delirio de la desesperación, cometió excesos que me duele mencionar; excesos que comenzaron con la degradación de su hermano con una bofetada, y terminaron con el juramento de que George sufriría un castigo público impuesto por un tribunal por su fatal temeridad. Su tío estaba demasiado destrozado por lo que había ocurrido para sentir esos ultrajes como otros hombres los habrían sentido. Miró a su cuñada durante un instante (no quiero decir su madre, teniendo en cuenta lo que debo contarle a continuación) para comprobar si iba a reconocer que le había alentado a intentar la operación, y que le había engañado al decirle que tenía el permiso de su hermano para hacerlo. Ella guardó silencio, y cuando habló fue para unirse a su marido y acusarle de ser el asesino de su hija. No me atreveré a dilucidar en su presencia si fue el miedo de la ira de su padre, o la cólera vengadora contra su tío lo que le hizo actuar así. Yo sólo expongo los hechos.

El cura hizo una pausa y me miró con preocupación. No podía hablarle en ese momento, sólo pude animarle a continuar apretándole la mano.

Continuó en estos términos:

—En ese momento su tío se giró a su padre y pronunció las últimas palabras que jamás dirigiría a su hermano mayor sobre la Tierra. Dijo: «Me merezco lo peor que tu ira pueda infligirme, pero te ahorraré el escándalo de llevarme ante la justicia en un tribunal público. Si la ley me declarase culpable, lo peor que podría sucederme es que me desterrasen del país y me alejasen de mis amigos. Me iré voluntariamente. Dios es testigo de que creí honestamente que podía salvar a la niña de la deformidad y el sufrimiento. Lo he arriesgado todo y lo he perdido todo. Mi corazón y mi alma están rotos. Lo único que puedo hacer ahora es marcharme y esconderme, y ocultar mi

culpa y mi miseria a todos los ojos que me han mirado alguna vez. Nunca volveré, nunca esperaré tu compasión ni tu perdón. Si cuando me haya ido me juzgas con más benevolencia, guarda el secreto de lo que ha ocurrido; no dejes que otros labios digan de mí lo que tú y tu mujer habéis dicho. Consideraré esa indulgencia expiación suficiente, la mayor expiación que me merezco. Olvídame en este mundo. Espero que nos encontremos en el otro, donde todos los secretos de los corazones son desvelados, y donde la niña que se ha ido antes que yo logrará que nos reconciliemos». Dijo estas palabras y se fue. Su padre nunca le volvió a ver ni tuvo noticias suyas.

Ahora ya sabía la razón por la que mi padre nunca había confesado la verdad a nadie, incluida su propia familia. Mi madre evidentemente se lo había confesado todo a su hermana, bajo promesa de secreto, y así había impedido la terrible revelación.

—Su tío me dijo —continuó el cura— que antes de dejar Inglaterra se despidió de usted en secreto, en un lugar en el que usted vivía entonces en la costa. No tuvo coraje para dejar su país y sus amigos para siempre sin besarle por última vez. Le siguió en la oscuridad, y le cogió entre sus brazos, y le volvió a dejar antes de que usted pudiese reconocerle. Al día siguiente dejó Inglaterra.

—¿Y vino aquí?

—Sí. Había estado una semana aquí una vez, en el hospital, con un compañero cuando era estudiante, y aquí regresó para esconderse, sufrir y morir. Todos vimos que era un hombre probablemente marcado y maldito por una terrible desgracia y le respetamos a él y a su dolor. Vivió solo, y únicamente salía de casa al atardecer, momento en que acostumbraba a sentarse en la cima de la colina, allí a lo lejos, con la cabeza entre las manos, mientras miraba hacia Inglaterra. Ése lugar parecía ser uno de sus favoritos, y está enterrado cerca de él. No le contó la historia de su pasado a ningún alma viviente de por aquí, sólo a mí, y conmigo únicamente habló cuando se acercaba su última hora. Ningún hombre puede atreverse a decir lo que sufrió durante su largo exilio. Yo, que le vi más que nadie, nunca oí ni una palabra de queja de sus labios. Tuvo el valor de un mártir mientras vivía y la resignación de un santo cuando murió. Justo al final su mente divagó. Dijo que veía a su querida niña esperando junto a su cama para llevarle con ella, y murió con una sonrisa, la primera que jamás vi sobre su rostro.

El cura calló y entonces salimos juntos de la casa bajo el melancólico crepúsculo; nos quedamos durante un rato en la cima de la colina donde mi tío solía sentarse, con su rostro vuelto hacia Inglaterra. ¡Cómo se estremecía mi corazón de dolor al pensar lo que debió haber sufrido en el silencio y la soledad de su largo exilio! ¿Era positivo para mí haber descubierto el secreto de familia finalmente? A menudo he pensando que no. A menudo he deseado que nunca se hubiesen aclarado las tinieblas que una vez me ocultaron el destino de mi tío George.

La tercera jornada

De nuevo, un bonito día. Nuestra invitada salió a montar, acompañada de su harapiento pequeño mozo, como solía. Todavía no había noticias en el periódico; es decir, no había noticias de George ni de su barco.

Ése día Morgan dio término a su segunda historia, y en dos o tres días más yo esperaba concluir la última de mis contribuciones. Pero el trabajo Owen llevaba retraso, y mi hermano no podía evitar caer presa de cierto pesimismo.

La suerte esa noche recayó en el número cinco. Éste resultó ser el número de la primera de las historias de Morgan, que había completado antes de que comenzáramos las lecturas. Aún no podíamos añadir al conjunto su segunda historia, que había terminado ese día, porque yo no había tenido tiempo para corregirla.

Tras informarle de que era su turno de captar la atención del grupo, Morgan nos sorprendió al rechazar inmediatamente la tarea de leer su propia obra, mientras fríamente me tendía el pliego, con el argumento de que mis numerosas correcciones la habían convertido, de todo punto y a todos los efectos, en mi historia.

Owen y yo protestamos; y Jessie gastó maliciosamente su broma favorita a expensas de Morgan, y le suplicó que leyese, aunque fuese sólo por consideración hacia ella. Tras ver que estábamos todos empeñados y todos contra él, declaró que antes que oír nuestras voces durante un minuto más, se sometería a la molestia menor de oír la suya. Dicho esto, volvió a coger su manuscrito, y con un aire malhumorado de resignación, lo abrió de par en par ante él.

—No creo que le guste esta historia, señorita —empezó, dirigiéndose a Jessie—, pero la leeré de todas formas con el mayor de los placeres. Empieza en un establo, avanza a tientas a través de un sueño, le hace compañía a un mozo de cuadra, y se acaba sin un final. ¿Qué le parece?

Tras preparar a su público con este preámbulo prometedor, Morgan se permitió una risa sofocada de suprema satisfacción y empezó a leer, sin perder ni una palabra preliminar más en ninguno de nosotros.

LA MUJER DEL SUEÑO

La historia del hermano Morgan

I

Llevaba instalado desde hacía poco más de seis semanas en mi destino en el campo cuando me enviaron a una ciudad vecina para atender, junto con el médico residente de la ciudad, un caso de una enfermedad muy peligrosa. La noche anterior, mi caballo se había caído mientras lo montaba al final de un largo paseo y se había lastimado, afortunadamente, mucho más de lo que había lastimado a su dueño. Dado que no podía servirme del animal, me dirigí a mi destino en diligencia (no había ferrocarril en aquella época) y esperaba regresar a casa, hacia el mediodía, del mismo modo.

Una vez el examen del enfermo hubo concluido, regresé a la posada principal de la ciudad a esperar a la diligencia. Cuando llegó estaba llena de gente, por dentro y por fuera. No me quedaba otro recurso más que volver a casa de la forma más barata posible alquilando un calesín. El precio que me pedían por este servicio me resultó tan desproporcionado que decidí buscar en una posada con menos pretensiones, e intentar en la medida de lo posible un mejor trato en un establecimiento menos próspero.

Pronto encontré una casa de aspecto apropiado, deslucida y tranquila, con un anticuado cartel que saltaba a la vista que llevaba muchos años sin ser renovado. El posadero, en este caso, fue capaz de atisbar una oportunidad de negocio, y en cuanto llegamos a un acuerdo tocó la campana del patio para pedir el calesín.

—¿No ha regresado Robert aún del recado? —preguntó el posadero, dirigiéndose al camarero que acudió a la llamada de la campana.

—No, señor.

—Bueno, pues entonces despierte a Isaac.

—¡Despertar a Isaac! —repetí—. ¡Qué raro suena eso! ¿Es que los mozos de cuadra duermen durante el día?

—Éste sí —dijo el posadero, sonriendo para sí de una forma un tanto extraña.

—Y también sueña —añadió el camarero—; nunca olvidaré el susto que me llevé la primera vez que le oí.

—No se preocupe por eso —replicó el propietario—; ve y levanta a Isaac. El caballero está esperando su calesín.

Los gestos del posadero y del camarero expresaron bastante más de lo que sus palabras decían. Empecé a sospechar que podía estar en la pista de algo profesionalmente interesante para mí como médico, y pensé que me gustaría ver al mozo antes de que el camarero le despertara.

—Espere un momento —les interrumpí—; me gustaría ver a ese hombre antes de que le despierten. Soy médico; y si esa extraña forma de dormir y soñar está causada

por un problema en su cerebro, quizás pueda decirles lo que deben hacer para solucionarlo.

—Yo creo que más bien le parecerá que su dolencia está más allá de la medicina —dijo el posadero—; pero si desea verle, puede hacerlo, no hay problema.

Le seguí a través de un patio y bajamos por una galería hasta el establo. Abrió una de las puertas y, mientras él esperaba fuera, me dijo que mirara.

Me encontraba en un establo con dos casillas. En una de las casillas un caballo mascaba su cereal; en la otra un hombre viejo dormía tendido sobre la paja.

Me incliné y le observé con atención. Tenía un rostro marchito, angustiado. Las cejas estaban contraídas en un gesto de dolor; la boca estaba firmemente cerrada, con las comisuras hacia abajo.

Las mejillas hundidas y arrugadas, y el pelo escaso y canoso, hablaban por sí mismos de alguna desgracia o sufrimiento del pasado. Respiraba de forma convulsiva cuando le miré por primera vez y un instante después empezó a hablar en sueños.

—¡Despierta! —le oí decir, en un susurro rápido, a través de sus dientes apretados—. ¡Despierta! ¡Asesinato!

Movió uno de sus brazos enjutos lentamente hasta posarlo sobre su garganta, se estremeció un poco, y se dio la vuelta sobre la paja. Entonces el brazo dejó su garganta, extendió la mano y la cerró con fuerza en el lado hacia donde había girado, como si pensara que estaba agarrando la punta de algo. Vi cómo se movían sus labios, y me incliné más aún sobre él. Seguía hablando en sueños.

—Ojos gris claro —murmuró—, y el párpado izquierdo caído; pelo muy rubio, con un mechón color oro —bien, madre—, brazos blancos, con vello, manos pequeñas de damisela con un toque rojizo bajo las uñas. El cuchillo —siempre el maldito cuchillo— primero en un lado y luego en otro. ¡Aja!, ¡mujer diabólica! ¿Dónde está el cuchillo?

Al pronunciar la última palabra el tono de su voz subió, y repentinamente su desasosiego aumentó. Le vi temblar sobre la paja, su rostro marchito se deformó, y extendió hacia arriba sus dos manos con un grito breve e histérico. Golpearon la parte inferior del pesebre bajo el que estaba tumbado y el ruido le despertó. Apenas tuve tiempo de salir sigilosamente por la puerta y cerrarla antes de que sus ojos estuviesen abiertos y sus sentidos despiertos.

—¿Sabe usted algo sobre el pasado de ese hombre? —le pregunté al posadero.

—Sí, señor, conozco lo ocurrido bastante bien —fue la respuesta—, y ciertamente es una historia poco común, y diría yo que hasta peculiar. La mayoría de la gente no se la cree. Pero es verdad, a pesar de todo. Fíjese, simplemente mírelo —continuó el posadero, mientras abría la puerta del establo de nuevo—. ¡Pobre diablo! Está tan agotado después de sus noches angustiadas que ya se ha vuelto a quedar dormido.

—No le despierte —dije—, no tengo prisa para el calesín. Espere a que el otro

hombre vuelva de su recado; y mientras tanto ¿qué tal algo de comida y una botella de jerez? ¿Qué le parece si me acompaña mientras como?

El corazón de mi anfitrión, como había previsto, se abrió gracias a su propio vino. Pronto se volvió comunicativo con respecto al hombre dormido en el establo y poco a poco conseguí que me contase toda la historia. Por muy extravagantes e increíbles que le parezcan a todo el mundo, los acontecimientos se narran a continuación tal y como fueron relatados, y tal y como ocurrieron.

II

Hace algunos años, en las afueras de una gran ciudad portuaria en la costa oeste de Inglaterra vivía un hombre en circunstancias humildes, llamado Isaac Scatchard. Sus medios de subsistencia provenían de cualquier empleo que pudiera obtener como mozo de cuadra, y a veces, cuando la vida le sonreía, de contratos temporales para prestar servicios de ayudante de establo en casas privadas. Aunque era un hombre honesto, fiel y sensato, no se manejaba bien en su profesión. Su mala suerte era de sobra conocida entre sus vecinos. Perdía continuamente buenas oportunidades, sin tener culpa alguna, y siempre que conseguía puestos durante más tiempo, era prestando servicio a gente muy amable pero que no pagaba los salarios puntualmente. Su apodo en el barrio era «Isaac el Desafortunado», y nadie podía decir que no se lo mereciese.

Isaac, que sufría más desgracias que las que corresponden habitualmente a cualquier hombre a lo largo de toda una vida, sólo tenía un consuelo para aliviarle, un consuelo de lo más terrible y de lo menos recomendable: no tenía mujer ni hijos que aumentasen sus preocupaciones y que añadiesen amargura a sus diversos fracasos en la vida. Quizás fue causa de simple falta de sentimiento, o quizás fue por generosa renuncia a implicar a otra persona en su propio destino desgraciado, pero el hecho incontestable era que había llegado a la mitad de la vida sin casarse, y lo que es más curioso, sin que se le pudiese acusar, desde los dieciocho hasta los treinta y ocho años, del maravilloso cargo de haber disfrutado alguna vez de un amor.

Cuando no tenía que trabajar vivía solo con su madre viuda. La señora Scatchard era una mujer por encima de la media dentro de su humilde posición, tanto en inteligencia como en modales. Había conocido tiempos mejores, como suele decirse, pero nunca hablaba de ellos en presencia de visitantes curiosos; y aunque era muy educada con todos los que se le acercaban, nunca cultivó amistades íntimas con sus vecinos. Se las ingeniaba, con dificultad, para cubrir sus necesidades básicas mediante trabajos elementales para los sastres, y siempre se las ingeniaba para mantener un hogar decente al que su hijo pudiese volver cuando, de tanto en tanto, su mala suerte lo arrojaba desamparado al mundo.

Un desapacible otoño, cuando Isaac estaba a punto de cumplir los cuarenta, y sin trabajo, como era habitual sin que fuese culpa suya, emprendió, desde la casa de su madre, un largo camino por el interior hasta una mansión noble donde le habían dicho que buscaban un mozo de establo.

Faltaban entonces dos días para su cumpleaños; y la señora Scatchard, de natural cariñoso, le hizo prometer antes de que emprendiese el viaje que volvería a tiempo

para pasar ese día con ella de la forma más festiva que sus pobres circunstancias pudieran permitirles. Era fácil cumplir con esa promesa, aunque para ello tuviera que dormir en medio del camino cada una de las noches, una de ida y otra de vuelta, que durara su viaje.

Saldría de casa el lunes por la mañana y, consiguiese el puesto o no, volvería a casa para la comida de su cumpleaños el miércoles a las dos de la tarde.

Cuando llegó a su destino, el lunes por la noche, era demasiado tarde para solicitar el trabajo de ayudante de establo, así que durmió en la posada del pueblo, y el martes por la mañana de buena hora se presentó en la mansión para ocupar el puesto vacante. Pero de nuevo su mala suerte se cebó con él tan inexorablemente como siempre. Las excelentes recomendaciones por escrito que pudo presentar no le sirvieron de nada; su largo camino había sido en vano: el día anterior le habían dado a otro hombre el puesto de ayudante de establo.

Isaac aceptó esta nueva decepción resignado y como algo natural. Dotado de una inteligencia limitada, Isaac tenía una personalidad marcada por la franca sensibilidad y la paciencia flemática que caracterizan a menudo a los hombres con poderes mentales latentes. Con su habitual y calmada cortesía, le dio las gracias al administrador por haberle concedido una entrevista y emprendió la marcha sin mostrar en su rostro o en sus modales muestra alguna de una tristeza fuera de lo normal.

Antes de iniciar el camino hacia su hogar, sin embargo, hizo algunas averiguaciones en la posada y descubrió que se ahorraría algunas millas en su regreso si tomaba la nueva carretera. Provisto de las instrucciones completas, repetidas varias veces, sobre los diversos desvíos que debía tomar, emprendió viaje hacia su casa, y caminó todo el día haciendo una única parada para llenar el estómago con algo de pan y queso. Justo cuando anochecía comenzó a llover, y el viento empezó a soplar más y más fuerte; y se encontró, para empeorar las cosas, en una parte del campo que no conocía en absoluto, aunque sabía que estaba a unas quince millas de su hogar. La primera casa en la que pudo preguntar resultó ser una solitaria posada junto a la carretera, situada en la linde de un espeso bosque. Aunque el lugar tenía un aspecto solitario, para un hombre perdido y además hambriento, sediento, con dolores en los pies y mojado, resultaba acogedor. El posadero era educado y parecía respetable, y el precio de la cama era bastante razonable. Isaac decidió, por lo tanto, hacer un alto y descansar cómodamente en la posada esa noche.

Isaac era básicamente un hombre sencillo.

Su cena consistió en dos lonchas de tocino, una rebanada de pan casero y un vaso de cerveza. No se fue a la cama inmediatamente después de esta sencilla comida, sino que se sentó junto al posadero, y le habló de sus malogrados planes y de su eterna mala suerte y, desviándose de estos temas, de la carne de caballo y las carreras. Nada

dijo él, ni su anfitrión, ni ninguno de los pocos trabajadores que pasaron por el bodegón, que pudiese excitar en el menor grado la escasa y simple imaginación que poseía Isaac Scatchard.

Cerraron la casa poco después de las once. Isaac dio una vuelta con el posadero y sostuvo la vela mientras éste afianzaba las puertas y las ventanas inferiores. Observó con sorpresa la fuerza de los cerrojos y las trancas, y las contraventanas revestidas de hierro.

—Verá usted, esto es muy solitario —dijo el posadero—. Hasta ahora nunca hemos sufrido un intento de robo, pero siempre está bien curarse en salud. Cuando nadie duerme aquí, soy el único hombre de la casa. Mi mujer y mi hija son miedosas, y la criada cultiva malas costumbres. ¿Otro vaso de cerveza antes de irse a la cama? ¿No? Bueno, no me explico cómo es posible que un hombre tan templado como usted no tenga trabajo, es increíble. Aquí es donde dormiré. Es nuestro único huésped hoy y desde luego no dirá que mi mujercita no ha hecho todo lo posible para que esté usted cómodo. ¿Seguro que no quiere otro vaso de cerveza? Muy bien. Pues buenas noches.

Eran más de las once y media, según el reloj de la galería, cuando subieron al dormitorio, cuya ventana daba al bosque y a la parte trasera de la casa.

Isaac cerró la puerta con llave, colocó su vela sobre la cómoda y fatigadamente se preparó para la irse a la cama.

El viento del crudo otoño seguía soplando y su lamento solemne, monótono y agitado en el bosque era terrorífico y horrible para los oídos en medio de la noche silenciosa. Isaac se sintió extrañamente desvelado.

Decidió, mientras estaba tumbado en la cama, dejar la vela encendida hasta que empezase a sentirse con sueño, ya que había algo insufriblemente triste en la idea de estar tendido despierto en la oscuridad escuchando el incesante y tenebroso lamento del viento en el bosque.

El sueño le venció antes de que se diese cuenta. Sus ojos se cerraron y cayó rendido inconscientemente sin pensar siquiera en apagar la vela.

La primera sensación que pudo percibir tras dormirse profundamente fue un extraño escalofrío que le recorrió súbitamente de la cabeza a los pies, y un terrible y agudo dolor en el corazón, un dolor como nunca había sentido antes. El escalofrío sólo perturbó sus sueños; el dolor le despertó inmediatamente. En un instante pasó del sueño a la vigilia: sus ojos abiertos de par en par, sus percepciones mentales claras de repente, como si se tratase de un milagro.

La vela se había consumido prácticamente hasta el último trozo de sebo, pero la parte de arriba de la mecha sin quemar acababa de desprenderse y la pequeña habitación estaba por el momento plenamente iluminada.

Entre el pie de su cama y la puerta cerrada había una mujer con un cuchillo en la mano que le miraba.

Se quedó sin habla de terror, pero no perdió la natural claridad de sus facultades, y clavó los ojos en la mujer. Ella no dijo una palabra mientras se miraban fijamente a la cara, pero empezó a moverse lentamente hacia el lado izquierdo de la cama.

Sus ojos la siguieron. Era una mujer guapa, con el pelo muy rubio, casi amarillo, ojos gris claro, y con uno de los párpados, el izquierdo, caído. Observó estas cosas y las retuvo en su memoria antes de que hubiese ella alcanzado su lado de la cama. En silencio, sin expresión en la cara, sin hacer ruido mientras se movía, se acercó más y más, se detuvo, y entonces, lentamente, levantó el cuchillo. Isaac se cubrió la garganta con el brazo derecho para salvarse; pero al ver como descendía el cuchillo, alargó la mano a través de la cama hacia la derecha, y giró su cuerpo con una sacudida justo en el momento en que el cuchillo se clavaba sobre el colchón a una pulgada de su hombro.

Los ojos de Isaac se fijaron en el brazo y en la mano de la mujer mientras ésta sacaba lentamente el cuchillo de la cama: un brazo blanco y bien formado, con una ligera capa de vello que recubría la piel clara, una mano delicada de dama, coronada con la belleza de una piel rosada bajo las uñas y alrededor de éstas.

La mujer extrajo el cuchillo, calmosamente, y volvió lentamente a los pies de la cama; se detuvo allí un instante, mirándole; después continuó —aún sin habla, aún sin expresión en su rostro precioso y vacío, aún sin hacer ruido al dar sus pasos sigilosos— hacia el lado derecho de la cama, donde estaba él en ese momento. Mientras se acercaba, levantó de nuevo el cuchillo, y él se arrojó al lado izquierdo. Golpeó, como la vez anterior, de lleno el colchón, con un gesto deliberado del brazo perpendicularmente hacia abajo. Los ojos de Isaac en esta ocasión pasaron de la mujer al cuchillo. Se parecía a una de las grandes navajas que a menudo había visto a los obreros utilizar para cortar el pan y el tocino. Sus delicados y pequeños dedos no cubrían más que dos tercios del puño; observó que estaba hecho de cuerno de ciervo, que relucía y estaba tan limpio como la hoja y que parecía nuevo.

Por segunda vez sacó el cuchillo, lo ocultó en la ancha manga de su bata, después se detuvo al lado de la cama y lo contempló. Durante un instante Isaac la vio de pie en esa posición, pero entonces la mecha de la vela consumida cayó a la bandeja, la llama se convirtió en un puntito azul, y la habitación se quedó prácticamente a oscuras.

Un minuto, o menos incluso, transcurrió así, hasta que la mecha ardió, humeante, por última vez. Isaac miraba aún fijamente al lado derecho de la cama cuando la última explosión de luz se produjo, pero no vio nada. La mujer rubia del cuchillo había desaparecido.

El convencimiento de que estaba solo de nuevo debilitó el terror que hasta ahora se había apoderado de él dejándole sin habla. La agudeza preternatural que la misma intensidad de su pánico había transmitido misteriosamente a sus facultades le

abandonó súbitamente. Estaba confuso, su corazón latía con fuerza, y sus oídos volvieron a escuchar por primera vez desde que apareció la mujer el lamento incesante y afligido del viento entre los árboles. Con la terrible certeza de la realidad de lo que acababa de ver aún viva dentro de él, saltó de la cama gritando: «¡Asesinato! ¡Despiértense todos, despiértense!»; y se lanzó precipitadamente a través de la oscuridad hacia la puerta.

Estaba cerrada a cal y canto, exactamente como la había dejado al irse a la cama.

Sus gritos al incorporarse habían alarmado a toda la casa. Oyó las exclamaciones aterrorizadas y confusas de las mujeres; vio al dueño de la casa que se acercaba por la galería con su candil encendido en una mano y su pistola en la otra.

—¿Qué ocurre? —preguntó el posadero sin aliento.

Isaac sólo pudo responder entre susurros.

—Una mujer, con un cuchillo en la mano —dijo con voz entrecortada—. En mi habitación... una mujer rubia, con el pelo amarillo; me atacó con el cuchillo, dos veces.

Las pálidas mejillas del posadero palidecieron más si cabe. Miró a Isaac con impaciencia, a través de la luz parpadeante de la vela, y su rostro recuperó el color de nuevo; su voz también se alteró, además de su expresión.

—Parece que falló las dos veces —dijo.

—Esquivé el cuchillo en el momento en que caía sobre mí —continuó Isaac en el mismo tono asustado—. Se clavó en la cama las dos veces.

El posadero se dirigió prestamente al dormitorio con el candil. En menos de un minuto volvió a salir a la galería, encolerizado.

—¡Váyanse al diablo usted y su mujer con el cuchillo! No hay ninguna marca en las sábanas por ningún lado. ¿Qué pretende viniendo a la casa de un hombre honrado y dando un susto de muerte a toda su familia sólo por un sueño?

—Dejaré su hogar —dijo Isaac, débilmente—. Prefiero la carretera, la lluvia y la oscuridad del camino a casa, que volver a esa habitación después de lo que he visto. Déjeme una luz para recoger mis cosas y dígame lo que le debo.

—¡Deberme! —exclamó el posadero mientras le acompañaba de mala gana con la luz a su habitación—. Encontrará su cuenta escrita en la pizarra en el piso de abajo. No le hubiese dejado dormir aquí ni por todo el dinero que lleva encima si hubiese sabido sus costumbres nocturnas vociferantes. Mire esa cama, ¿dónde está la huella del cuchillo? Mire la ventana, ¿acaso está reventado el cierre? Mire la puerta (que le oí cerrar a usted mismo) ¿está rota quizá? ¡Una mujer asesina con un cuchillo en mi casa! ¡Debería darle vergüenza!

Isaac no respondió ni una palabra. Hizo un montón con sus cosas y, acompañado de todos los demás, se dirigió al piso de abajo.

—¡Cerca de las dos y veinte de la mañana! —dijo el posadero, cuando pasaron

por delante del reloj—. ¡Bonita hora para dar un susto de muerte a unas personas honestas!

Isaac pagó la cuenta y el posadero le dejó salir por la puerta principal, preguntándole, con una sonrisa sarcástica, mientras abría los pesados cierres, si «la mujer asesina entró por ahí».

Se despidieron si decirse una palabra. Había dejado de llover pero la noche estaba oscura y el viento era más violento que nunca. Pero poco le importaban a Isaac la oscuridad, el frío o la incertidumbre sobre el camino que debía de llevarlo a casa. Aunque le hubiesen lanzado al desierto en plena tormenta, hubiera sido un alivio después de lo que había sufrido en el dormitorio de la posada.

¿Quién era esa mujer rubia que había interrumpido su sueño armada con un cuchillo? ¿Era una criatura fruto de una pesadilla, o era esa criatura del otro mundo conocida entre los hombres por el apelativo de «fantasma»? No podía averiguar nada sobre el misterio, y seguía sin haberlo averiguado cuando llegó el mediodía del miércoles y al fin, tras perderse multitud de veces más por el camino, se encontró delante de la puerta de su casa.

III

Su madre acudió impaciente a recibirle. Supo en cuanto vio su cara que algo le había pasado.

—Perdí el trabajo, pero eso es culpa de mi mala suerte. Pero tuve un mal sueño anoche, madre, o quizás vi un fantasma. Sea como fuere, me llevé un susto de muerte y no he vuelto a ser el mismo desde entonces.

—Isaac, tu rostro me aterra. Ven junto al fuego, entra en casa y cuéntale a tu madre todo lo que ha pasado.

Estaba tan ansioso por contarle como ella por escucharlo; ya que, durante todo el camino, Isaac había deseado que su madre, con su rapidez mental y sus vastos conocimientos, pudiese aclarar un misterio tal, que él no era capaz de comprenderlo. Su recuerdo del sueño estaba aún mecánicamente vivo, aunque su mente estaba totalmente confusa al respecto.

El rostro de su madre palidecía más y más mientras le escuchaba. En ningún momento, durante la narración de su hijo, le interrumpió con más de una sola palabra; pero cuando terminó, acercó su silla a la de Isaac, puso el brazo alrededor de su cuello, y le dijo:

—Isaac, tuviste ese mal sueño este miércoles de madrugada. ¿Qué hora era cuando viste a la mujer rubia con el cuchillo en la mano?

Isaac recordó lo que el posadero había dicho al pasar al lado del reloj cuando abandonaba la posada; calculó lo más precisamente que pudo el tiempo que debió transcurrir entre la apertura de la puerta de su dormitorio y el pago de la cuenta justo cuando se marchaba, y respondió:

—Alrededor de las dos de la madrugada.

Su madre soltó súbitamente su cuello y apretó las dos manos en un gesto de desesperación.

—Éste miércoles es tu cumpleaños, Isaac, y las dos de la mañana es la hora en la que naciste.

La inteligencia de Isaac no era lo suficientemente rápida para captar el peligro así sugerido por el temor supersticioso de su madre. Pero se quedó sorprendido y también un poco perplejo cuando vio cómo su madre se levantaba súbitamente de la silla, abrió su viejo escritorio, cogió una pluma, tinta y papel, y le dijo:

—Tu memoria no es muy buena Isaac, y ahora que yo soy una mujer vieja, me temo que la mía no es mucho mejor. Quiero que los dos recordemos perfectamente los detalles de ese sueño tuyo en los años venideros como lo hacemos ahora. Cuéntame otra vez todo lo que me acabas de relatar, cuando hablaste del aspecto de la

mujer del cuchillo.

Isaac obedeció y se maravilló sobremanera al ver cómo su madre escribía cuidadosamente sobre el papel cada palabra que decía. «Ojos gris claro», escribió cuando llegaron a la parte descriptiva, «con el párpado izquierdo caído; pelo muy rubio con un mechón color oro; brazos blancos, con una capa de vello; manos pequeñas de dama, con un toque rojizo alrededor de las uñas; navaja con un mango de cuerno de ciervo, que parecía casi nueva». A estos detalles, la señora Scatchard añadió el año, el mes, el día de la semana y la hora de la mañana en la que la mujer del sueño se le apareció a su hijo. Después guardó el papel bajo llave cuidadosamente en su escritorio.

Ni ese día ni ninguno de los días que siguieron pudo su hijo convencerla para que hablasen de nuevo del asunto del sueño. Obstinadamente se guardó lo que pensaba para sí y se negó incluso a volver a mencionar el papel guardado en su escritorio. Muy pronto Isaac se cansó de intentar que rompiese tan obcecado silencio; y el tiempo, que tarde o temprano diluye todas las cosas, gradualmente diluyó la impresión que el sueño le había causado. Empezó por pensar en ello a la ligera, y terminó por no pensar en ello en absoluto.

A este resultado contribuyó considerablemente el advenimiento de ciertos cambios positivos importantes en su porvenir que empezaron a producirse poco tiempo después de su terrible experiencia nocturna en la posada. Al fin Isaac recogió los frutos de su largo y paciente sufrimiento ante la adversidad: obtuvo un excelente puesto, lo mantuvo durante siete años, y lo dejó, tras la muerte de su señor, no sólo con una excelente reputación, sino también con una cómoda renta vitalicia que le fue legada como recompensa por haber salvado la vida de la señora durante un accidente de carruaje. De modo que Isaac Scatchard volvió junto a su madre siete años después de la fecha del sueño en la posada con una renta anual de dinero a su disposición suficiente para que viviesen cómoda e independientemente el resto de sus días.

La madre, cuya salud había empeorado los últimos años transcurridos, sacó tanto provecho de los cuidados que se le otorgaron y de la desaparición de las preocupaciones económicas, que cuando llegó el cumpleaños de Isaac pudo sentarse cómodamente a la mesa y cenar con él.

Ése día, al caer la tarde, la señora Scatchard descubrió que la botella de jarabe, donde creía que aún quedaban una o dos dosis, estaba vacía. Isaac se ofreció inmediatamente para ir a la botica y rellenarla de nuevo. Era una noche de otoño lluviosa y desapacible, como la del memorable día en que se perdió por el camino y durmió en la posada de la carretera.

Cuando entraba en la botica, se cruzó con una mujer vestida con harapos que salía precipitadamente del establecimiento. Asombrado por su rostro, que pudo ver durante un instante, se dio la vuelta para mirarla mientras bajaba las escaleras.

—¿Se ha fijado en esa mujer? —dijo el aprendiz del farmacéutico detrás del mostrador—. En mi opinión le pasa algo raro. Ha pedido láudano para un dolor de muelas. El señor estará fuera media hora y le dije que no podía vender veneno a extraños en su ausencia. Se rio de forma muy extraña y dijo que volvería en media hora. Si espera que el señor se lo venda, creo que se llevará una decepción. Es un caso de suicidio, señor, que me parta un rayo si no lo es.

Estas palabras avivaron el repentino interés por la mujer que sintió Isaac cuando vio su rostro por primera vez. Después de rellenar el tarro de jarabe, miró a su alrededor ansiosamente buscándola en cuanto salió fuera. La mujer recorría lentamente una y otra vez el lado opuesto de la calle. Con el corazón latiendo con fuerza para su sorpresa, Isaac cruzó y se dirigió a ella.

Le preguntó entonces si estaba en apuros. La mujer señaló su chal rasgado, su vestido ligero, su sombrero sucio, aplastado; después se colocó debajo de una farola para que la luz iluminara su rostro pálido y grave, pero así y todo bellísimo.

—Parezco una mujer acomodada y feliz, ¿verdad? —dijo, con una risa amarga.

Hablaba con una entonación muy pura que Isaac nunca había escuchado antes de otros labios de mujer. Cada uno de sus gestos estaba tocado por la gracia negligente y ligera de una mujer de buena cuna. Su piel, a pesar de su palidez menesterosa, era tan delicada como si hubiese pasado su vida rodeada de todas las comodidades sociales que el dinero puede conseguir. Incluso sus pequeñas y perfectas manos, aunque sin guantes, no había perdido su blancura.

Poco a poco, como respuesta a sus preguntas, la triste historia de la mujer salió a la luz. No es necesario relatarla aquí; aparece una y otra vez en los informes policiales y en las secciones sobre intentos de suicidio.

—Mi nombre es Rebecca Murdoch —dijo la mujer como colofón—. Me quedan nueve peniques en el bolsillo y quiero gastarlos en la botica en un billete para el otro mundo. Sea como sea, no puede ser peor que éste, así que ¿por qué quedarme aquí?

Además de la compasión y la tristeza naturales que conmovieron su corazón tras oír la historia, Isaac sintió que cierta misteriosa influencia actuaba dentro de él mientras la mujer hablaba, una influencia que confundió sus ideas y prácticamente le privó de su capacidad de habla. Lo único que pudo aducir como respuesta a sus últimas y temerarias palabras es que intentaría impedir que acabase con su propia vida aunque para ello tuviese que seguirla durante toda la noche. Su seriedad tosca y temblorosa pareció impresionar a la dama.

—No le causaré esa molestia —respondió, cuando repitió su advertencia—. Me ha devuelto las ganas de vivir al hablarme tan amablemente. No hace falta montar un teatro de promesas y declaraciones; puede usted creerme. Venga mañana a la pradera de Fuller, a las doce, y me encontrará viva para responder de mí misma. ¡No!, nada de dinero. Los nueve peniques bastarán para conseguir el alojamiento para una noche.

Hizo una señal con la cabeza y se fue. Isaac no intentó seguirla, pues no tenía ninguna sospecha de que le estuviera engañando. «Es curioso, pero no puedo evitar creerla», se dijo para sí, y emprendió el camino hacia casa, perplejo.

Cuando entró en casa, su mente estaba aún tan absorta por su nuevo objeto de interés que no se dio cuenta de lo que su madre estaba haciendo mientras él compraba su bote de medicina. La anciana había abierto el viejo escritorio en su ausencia y estaba leyendo atentamente un papel guardado dentro. En cada cumpleaños de su hijo, desde que puso sobre el papel los detalles de su sueño salidos de sus propios labios, se había acostumbrado a leer ese mismo documento y meditarlo en privado.

Al día siguiente Isaac se dirigió a la pradera de Fuller.

Había hecho bien al creer incondicionalmente a la dama la noche anterior. Allí estaba ella, ni un minuto más tarde de lo acordado, para responder por sí misma. Las últimas y débiles defensas del corazón de Isaac contra la fascinación que le producía de modo inexorable una palabra o una mirada de la mujer se destruyeron y se volatilizaron ante ella para siempre en esa mañana memorable. Cuando un hombre, previamente insensible a la influencia femenina, establece un vínculo afectivo en la mitad de su vida, raros son los casos, por muy alarmantes que sean las circunstancias, en los que es capaz de sustraerse a la tiranía de esa nueva pasión dominante. El encanto de las palabras íntimas, cariñosas y agradecidas de una mujer, cuyo lenguaje y modales aún mantienen parte de su anterior refinamiento como indicativo de la alta posición social perdida, puede ser un lujo peligroso para un hombre de la clase de Isaac a la edad de veinte años. Pero ahora que su corazón se abría indignamente a una nueva influencia, en ese momento de la mitad de la vida en que los fuertes sentimientos de cualquier clase, una vez surgidos, echan raíces de la forma más tenaz en la naturaleza moral de un hombre, era mucho más que eso: se cernía sobre él la ruina segura. El hechizo se completó tras algunas citas furtivas más, después de esa primera mañana en la pradera de Fuller. Y cuando aún no había transcurrido un mes desde que se conocieron, Isaac Scatchard había ya tomado la decisión de darle un nuevo interés a la vida a Rebecca Murdoch, y una oportunidad de recuperar la reputación perdida, y la prometió que la convertiría en su esposa.

Rebecca se había apoderado no sólo de sus sentimientos sino también de sus facultades. Toda la inteligencia que Isaac poseía estaba a su disposición. Rebecca le dirigía en todos los aspectos; incluso le dio instrucciones sobre la forma de comunicarle la noticia de su próximo matrimonio a su madre de la mejor manera posible.

—Si le cuentas cómo me conociste y quién soy al principio —dijo la astuta mujer— moverá cielo y tierra para impedir nuestro matrimonio. Dile que soy la hermana de uno de tus compañeros de trabajo, pídele que me conozca antes de ahondar en detalles, y déjame que haga el resto. Voy a conseguir que me quiera casi tanto como a

ti, Isaac, antes de que sepa nada de mi verdadera identidad.

Para Isaac, el motivo del engaño era suficiente para justificarlo. La estratagema propuesta alivió su mayor preocupación y calmó su mala conciencia con respecto a su madre. Sin embargo, faltaba algo para que su felicidad fuera perfecta, algo que no lograba percibir, algo misteriosamente oculto y no obstante siempre presente; no cuando estaba lejos de Rebecca Murdoch, sino, curiosamente, ¡cuándo estaba en su presencia! Rebecca era la amabilidad en persona con él. Nunca le hizo sentir inferior en inteligencia o modales. Se mostraba dulcemente ansiosa por complacerle en las cosas más nimias; pero, a pesar de todas estas cualidades, nunca logró sentirse plenamente tranquilo junto a ella. En su primer encuentro, al contemplar su rostro, se mezcló con su admiración un débil e involuntario sentimiento de duda sobre si ese rostro era completamente desconocido para él. La intimidad que hubo después no tuvo ningún efecto sobre esta incertidumbre inexplicable y agotadora.

Ocultando la verdad tal y como se le había encomendado, Isaac anunció a su madre su compromiso matrimonial de forma precipitada y confusa el día en que se celebró. La pobre señora Scatchard hizo gala de su plena confianza en su hijo rodeándole con sus brazos y expresando su infinita alegría por haber encontrado al fin, en la hermana de uno de sus compañeros de servicio, una mujer que le confortase y cuidase cuando su madre ya no estuviera en este mundo para hacerlo. Estaba muerta de impaciencia por conocer a la mujer elegida por su hijo y acordaron el día siguiente para la presentación.

Era una mañana luminosa y soleada, y el saloncito de la casa estaba lleno de luz mientras la señora Scatchard, feliz y expectante, vestida para la ocasión con su traje de los domingos, esperaba sentada a su hijo y a su futura nuera.

Puntual a la cita, Isaac hizo pasar, con prisas y nervios, a su prometida a la habitación. Su madre se levantó para recibirla, avanzó unos pasos, sonriente, miró a Rebecca directamente a los ojos, y súbitamente se detuvo. Su rostro, que hasta el momento estaba sonrosado, palideció en un instante; sus ojos perdieron su expresión de dulzura y amabilidad, y lanzaron una vacía mirada de terror; sus brazos tendidos cayeron, y dio unos pasos tambaleantes hacia atrás mientras llamaba a su hijo en voz baja.

—Isaac —susurró, mientras le agarraba con fuerza por el brazo cuando él le preguntó alarmado si se sentía bien—; Isaac, ¿no te recuerda a algo la cara de esta mujer?

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera mirar hacia donde se encontraba Rebecca, quien, asombrada y furiosa ante la recepción, permanecía quieta en el lado inferior de la habitación, su madre señaló impaciente su escritorio, y le dio la llave a su hijo.

—Ábrelo —dijo, en un susurro rápido, sin aliento.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me trata cómo si yo no pintase nada aquí? ¿Es que tu madre quiere insultarme? —preguntó Rebecca, encolerizada.

—Ábrelo y dame el papel del cajón izquierdo, ¡rápido!, ¡rápido por Dios Santo! —exclamó la señora Scatchard, cada vez más aterrorizada.

Isaac le dio el papel. Su madre lo revisó rápidamente durante un instante, después siguió a Rebecca, que se daba la vuelta altiva para salir de la habitación, y la agarró por el hombro; bruscamente levantó la manga larga y suelta de su vestido, y observó su mano y su brazo. Una oleada de miedo empezó a recorrer la enfurecida expresión del rostro de Rebecca mientras se liberaba con una sacudida de las garras de la anciana. «¡Loca!», dijo para sí. «E Isaac nunca me lo dijo». Con estas breves palabras abandonó la estancia.

Isaac ya se precipitaba tras ella cuando su madre le hizo darse la vuelta y lo detuvo. Su corazón se estremeció cuando vio el dolor y el terror en el rostro de su madre mientras ésta le miraba.

—Ojos gris claro —dijo, en voz baja, sorprendida, dolorida, mientras señalaba la puerta abierta—; el párpado izquierdo caído; pelo rubio, con un mechón color oro; brazos blancos, cubiertos de vello; pequeñas manos de dama, con un toque rojizo bajo las uñas. ¡La mujer del sueño, Isaac, la mujer del sueño!

La duda confusa e hiriente de la que nunca había podido deshacerse en presencia de Rebecca Murdoch se había resuelto fatalmente para siempre. ¡Había visto su rostro entonces, antes, siete años antes, el día de su cumpleaños, en el dormitorio de aquella posada solitaria!

—¡Estás advertido! ¡Oh, hijo mío, estás advertido! Isaac, Isaac, deja que se vaya y quédate conmigo.

Algo oscureció la ventana del salón mientras pronunciaba estas palabras. Un repentino escalofrío le recorrió y miró de soslayo hacia allí. Rebecca Murdoch había regresado. Miraba al interior con curiosidad, observándoles por encima de la contraventana inferior.

—He prometido casarme, madre —dijo—. Y debo casarme.

Las lágrimas que anegaron sus ojos mientras decía esto le impedían ver, pero pudo vislumbrar claramente cómo el rostro de la fatalidad que estaba fuera se apartaba de nuevo de la ventana.

Su madre dejó caer la cabeza aún más.

—¿Te has desmayado? —susurró Isaac.

—No, me has roto el corazón, Isaac.

Se inclinó para besarla. En ese momento, la sombra se volvió a acercarse a la ventana y el rostro de la fatalidad miró con curiosidad una vez más.

IV

Tres semanas después Isaac y Rebecca eran marido y mujer. Todo lo que la naturaleza moral de este hombre tenía de irremediablemente obstinado y tenaz parecía haberse entregado a su pasión fatal fijándola inexpugnablemente en su corazón.

Tras ese primer encuentro en el salón de la casa, ningún argumento logró convencer a la señora Scatchard de volver a ver a su nuera, ni siquiera de hablar sobre ella, cuando Isaac intentaba interceder por su mujer por el bien de su matrimonio.

Ésta conducta no estaba de ningún modo provocada por el descubrimiento del envilecimiento en el que había vivido Rebecca. Ése tema no era el problema entre madre e hijo. No había ningún problema más que el aterrador y exacto parecido entre la mujer viva y la mujer espectral del sueño de Isaac.

Rebecca por su parte no sentía ni expresaba el menor de los pesares por el distanciamiento entre ella y su suegra. Isaac, por el bien de la armonía, nunca contradijo su primera impresión de que la edad y una larga enfermedad habían afectado el juicio de la señora Scatchard. Incluso permitió que su mujer le reprendiera por no habérselo confesado cuando se comprometieron, en vez de correr riesgos insinuando la verdad. El sacrificio de su integridad con este enorme engaño le parecía una nimiedad y su conciencia apenas se resentía tras los sacrificios que ya había hecho. El momento del fin de este engaño —un momento de crueldad y de arrepentimiento— no estaba lejos. Tras algunos meses tranquilos de vida marital, cuando el verano llegaba su fin, y los días se aproximaban al mes de su cumpleaños, Isaac notó que su mujer había cambiado. Actuaba cada vez de modo más hosco y despectivo; cultivaba amistades dudosas, desafiando sus objeciones, ruegos y órdenes; y, lo peor de todo, aprendió, al poco tiempo, a buscar el mortal consuelo de la bebida tras cualquier nueva pelea con su marido. Poco a poco, tras averiguar tristemente por primera vez que su mujer se rodeaba de borrachos, Isaac tuvo que aceptar la dura verdad de que ella también se había convertido en una borracha.

Antes de que ocurrieran estas calamidades, Isaac ya llevaba un tiempo triste y abatido. La salud de su madre, como no podía dejar de comprobar cada vez que la visitaba en su casa, empeoraba rápidamente, e Isaac se culpaba en secreto por ser la causa del sufrimiento mental y corporal que ella padecía. A su remordimiento por el dolor de su madre se añadía la vergüenza y la tristeza producidas por el descubrimiento del envilecimiento de su mujer, así que Isaac se derrumbaba bajo esta doble prueba y su rostro empezó a cambiar y a reflejar lo que en realidad era: un hombre con el alma rota.

Su madre, que seguía luchando con valor contra la enfermedad que la iba llevando a la tumba, fue la primera en darse cuenta de este triste cambio, y la primera en oír sus últimos problemas conyugales. El día en que le hizo esta humillante confesión, ella sólo pudo llorar amargamente, pero la siguiente vez que fue a visitarla, había tomado una resolución sobre su desgracia doméstica que sorprendió e incluso alarmó a Isaac. Se la encontró vestida para salir, y al preguntar la razón recibió esta respuesta:

—No me queda mucho tiempo en este mundo, Isaac —dijo—, y no me sentiré cómoda en mi lecho de muerte a no ser que haya hecho todo lo posible hasta mi último aliento para hacer feliz a mi hijo. Voy a dejar de lado mis propios miedos y sentimientos, voy a ir contigo a ver a tu mujer, y haré lo posible por rescatarla. Dame tu brazo, Isaac, y déjame hacer lo último que me sea dado en este mundo para ayudar a mi hijo antes de que sea tarde.

Isaac no pudo desobedecerla y así caminaron ambos juntos lentamente hacia su triste hogar.

Apenas sería la una de la tarde cuando Isaac y Rebecca llegaron a la casa donde vivían. Era la hora de la cena y Rebecca estaba en la cocina. Isaac podía por lo tanto llevar a su madre tranquilamente al salón y preparar a su mujer para el encuentro. Afortunadamente Rebecca no había bebido mucho aún a esas horas tan tempranas y estaba menos malhumorada y caprichosa de lo que era habitual.

Isaac regresó junto a su madre relativamente tranquilo. Su mujer pronto le siguió hasta el salón, y la reunión entre ella y la señora Scatchard transcurrió mejor de lo que él había previsto, aunque observó con secreta aprensión que su madre, determinada a controlarse en otros aspectos, no podía mirar a su mujer a la cara cuando le hablaba. Fue un alivio para él, por lo tanto, cuando Rebecca empezó a poner el mantel.

Puso el mantel, trajo la bandeja del pan y cortó una rebanada de la hogaza para su marido. Después regresó a la cocina. En ese momento, Isaac, que seguía observando a su madre con ansiedad, se sobresaltó al ver el mismo cambio terrorífico en su expresión, que había alterado su rostro de una forma tan horrible la mañana en que conoció a Rebecca. Antes de que pudiese decir una palabra, le susurró con una mirada de horror:

—Llévame de regreso a casa, a casa otra vez, Isaac. Ven conmigo y no vuelvas nunca.

Tenía miedo de pedirle una explicación; sólo pudo hacerle señas para que se callase, y ayudarla rápidamente a llegar a la puerta. Cuando pasaron por delante de la bandeja del pan sobre la mesa se detuvo y la señaló.

—¿Has visto lo que ha utilizado tu mujer para cortar el pan? —preguntó en un susurro.

—No, madre, no me he fijado. ¿Qué era?

—¡Mira!

Y él miró. Junto a la hogaza en la bandeja del pan yacía una navaja nueva con un mango de cuerno de ciervo. Alargó la mano entre escalofríos para cogerlo; pero al mismo tiempo se oyó un ruido en la cocina y su madre le agarró por el brazo.

—¡El cuchillo del sueño! Isaac, me voy a desmayar de miedo. Sácame de aquí antes de que ella vuelva.

Apenas podía sujetarla. La realidad visible, tangible, del cuchillo le había golpeado como una bofetada destruyendo completamente cualquier ligera duda que aún pudiera mantener hasta ese momento sobre el misterioso sueño de advertencia de casi ocho años atrás. Con un último y desesperado esfuerzo logró reunir la serenidad suficiente como para ayudar a su madre a salir de la casa tan silenciosamente que la «mujer del sueño» (ya pensaba en ella con ese nombre) no les oyó salir de la cocina.

—No vuelvas, Isaac, ¡no vuelvas! —le suplicó la señora Scatchard cuando él se daba la vuelta para regresar, tras dejarla sentada en la seguridad de su propio cuarto.

—Tengo que coger el cuchillo —respondió, sin aliento.

Su madre intentó detenerle de nuevo, pero salió corriendo sin decir ni una palabra más.

Cuando volvió, Isaac descubrió que su mujer se había dado cuenta de su salida secreta de la casa. Había bebido entre tanto, y estaba loca de rabia. Había arrojado la cena debajo del fuego de la cocina; el mantel ya no estaba sobre la mesa del salón. ¿Dónde estaba el cuchillo?

Isaac cometió el error de preguntar por él. Rebecca parecía encantada de la oportunidad de irritarle que esta pregunta le ofrecía. «Quería el cuchillo, ¿verdad? ¿Podía decirle para qué? ¡No! Pues entonces no lo tendría, ni aunque se pusiese de rodillas para pedirlo». Las recriminaciones posteriores sacaron a la luz el hecho de que además lo había comprado ella, y que lo consideraba especialmente de su propiedad. Isaac se dio cuenta de la inutilidad de intentar conseguir el cuchillo por las buenas, y decidió buscarlo más adelante ese mismo día, en secreto. La búsqueda no tuvo éxito. Cayó la noche y dejó la casa para deambular por las calles. Ahora tenía miedo de dormir en la misma habitación que ella.

Pasaron tres semanas. Rebecca seguía enfurecida con él y además no renunciaba al cuchillo; y él seguía poseído por el miedo a dormir en la misma habitación que ella. Deambulaba por las noches, o dormitaba en el salón, o se quedaba sentado junto al lecho de su madre, observándola. Antes de que finalizara la primera semana del mes siguiente, la anciana falleció. Faltaban entonces sólo diez días para el cumpleaños de su hijo. Su mayor anhelo había sido vivir hasta esa fecha. Isaac estuvo presente mientras moría, y sus últimas palabras en este mundo se las dirigió a él:

—¡No vuelvas allí, hijo mío, no vuelvas!

Pero Isaac tenía que volver, aunque sólo fuera para vigilar a su mujer. Indignada hasta un grado sumo por la desconfianza de su marido, había intentado añadir sufrimiento a su dolor vengativamente durante los últimos días de la enfermedad de su madre declarando que ejercería su derecho de asistir al funeral. A pesar de todo lo que él hizo y dijo, mantuvo su palabra con una malvada pertinacia, y el día fijado para su entierro se presentó, ebria de desvergüenza y alcohol, ante su marido y declaró que caminaría en la procesión funeraria hasta la tumba de su madre.

Éste último y horrible ultraje, que estuvo acompañado de los peores insultos y la peor de las miradas, le volvió loco durante un instante: Isaac golpeó a su mujer.

En cuanto le hubo abofeteado, inmediatamente se arrepintió. Ella se hizo un ovillo, silenciosa en una esquina de la habitación, y le miró fijamente; fue una mirada que le heló la sangre y le hizo temblar. Pero no había tiempo para pensar la forma de hacerse perdonar. Lo único que quedaba era arriesgarse a lo peor hasta que terminase el funeral. Sólo había una manera de asegurarse de que no causaría problemas: la encerró en su habitación.

Cuando volvió, unas horas después, se la encontró sentada, totalmente diferente de aspecto y comportamiento, junto a la cama, con un hatillo en el regazo. Se levantó y le miró a la cara tranquilamente, y le habló con una extraña quietud en su voz, un extraño reposo en sus ojos, una extraña compostura en sus modales.

—Ningún hombre me ha golpeado dos veces —dijo—, y mi marido no tendrá una segunda oportunidad. Abre la puerta y déjame salir. No nos volveremos a ver nunca a partir de este día.

Antes de que pudiera responder pasó por su lado y salió de la habitación. Vio como se alejaba caminando calle arriba.

¿Volvería?

Durante toda la noche vigiló y esperó, pero ni un alma se acercó a la casa. La noche siguiente, dominado por el cansancio, se tumbó en la cama con la ropa puesta, la puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la vela encendida. Nada perturbó sus sueños. Pasó la tercera noche, la cuarta, la quinta, la sexta, y no ocurrió nada. La séptima noche se acostó, aún con la ropa puesta, aún con la puerta cerrada, la llave sobre la mesa y la vela encendida, pero más tranquilo de espíritu.

Tranquilo de espíritu y en perfecta salud física estaba cuando cayó dormido. Pero su descanso fue interrumpido. Se despertó dos veces sin ninguna sensación de desasosiego. Sin embargo, la tercera vez lo que le despertó al instante fue una vez más ese escalofrío inolvidable de la noche en la posada solitaria, esa terrorífica punzada en el corazón.

Sus ojos se abrieron mirando al lado izquierdo de la cama, y allí estaba, ¿la mujer del sueño de nuevo? ¡No! Su mujer, la realidad viviente, con el rostro del espectro del sueño y la postura del espectro del sueño: el blanco brazo levantado, la delicada mano

agarrando el cuchillo.

Saltó hasta ella casi en el instante en que la vio, pero no obstante no lo suficientemente rápido para impedir que escondiese el cuchillo. Sin que él dijese una palabra, sin que ella dejase escapar un grito, la sujetó en una silla. Con una mano levantó la manga de su vestido, y allí, en el mismo lugar donde la mujer del sueño había escondido el cuchillo, lo había escondido su mujer: el cuchillo con el mango de cuerno de ciervo que parecía como nuevo.

En la desesperación de ese momento de terror, su mente permanecía serena y su corazón tranquilo. La miró fijamente con el cuchillo en la mano y pronunció estas últimas palabras:

—Me dijiste que no nos veríamos nunca más, pero has regresado. Ahora es mi turno de irme y me iré para siempre. Declaro que no nos volveremos a ver nunca más y no romperé mi palabra.

La dejó y se adentró en la noche. Un viento crudo soplaba fuera, y el olor de la lluvia aún se podía sentir en el aire. Las lejanas campanas de la iglesia tocaban los cuartos mientras caminaba rápidamente dejando atrás las últimas casas de las afueras. Le preguntó al primer policía con el que se encontró qué hora era ésa de la que pasaba el cuarto que acababa de tocar la campana.

El hombre miró soñoliento su reloj y respondió: «Las dos». ¡Las dos de la mañana! ¿Qué día del mes era ese día que acababa de comenzar? Lo calculó a partir de la fecha del funeral de su madre. El fatal paralelismo estaba completo: ¡era su cumpleaños!

¿Había escapado al peligro mortal que su sueño había predicho? ¿O simplemente había recibido una segunda advertencia? Cuando esa duda siniestra se abrió paso en su mente, se detuvo, reflexionó y se dio la vuelta de nuevo hacia la ciudad. Seguía determinado a mantener su palabra y a no permitir que su mujer le volviese a ver nunca más; pero su mente albergaba ahora la idea de hacerla vigilar y seguir. El cuchillo estaba en su poder, el mundo le estaba esperando, pero una nueva desconfianza hacia ella, un miedo difuso, indescriptible y supersticioso le dominaba.

«¡Debo saber dónde va, ahora que piensa que la he abandonado!», se dijo, mientras se acercaba con sigilo y fatiga a las inmediaciones de su casa.

Aún era de noche. Antes de irse, había dejado la vela encendida en el dormitorio, pero cuando miró hacia arriba, hacia la ventana de la habitación, comprobó que no se veía luz. Se deslizó cautelosamente hasta la puerta de entrada. Recordó haberla cerrado cuando se fue; ahora comprobó que estaba abierta.

Esperó fuera, sin perder de vista el edificio ni por un momento, hasta que amaneció. Después se aventuró dentro, y aguzó el oído, pero no oyó nada; miró en la cocina, en el desván, en el salón, pero allí tampoco había rastro de su mujer; finalmente fue al dormitorio en el piso superior: estaba vacío. En el suelo había una

ganzúa que revelaba cómo había logrado entrar su mujer durante la noche, y ésa era la única huella suya que quedaba.

¿Adónde había ido? Ningún alma sobre la tierra podría responder a esa pregunta. La oscuridad había encubierto su huida; y cuando salió el sol nadie pudo decir dónde había amanecido ella.

Antes de dejar la casa y la ciudad para siempre, Isaac dejó instrucciones a un amigo y vecino para que vendiera sus muebles por cuanto pudiera conseguir y que emplease las ganancias en contratar a la policía para que siguiesen la pista de su esposa. Se cumplieron sus órdenes puntual y honestamente, y el dinero se dedicó por completo a tal cometido; pero las investigaciones que se emprendieron no dieron ningún resultado. La ganzúa del suelo de dormitorio permaneció como la última e inútil huella de la mujer del sueño.

En ese punto de la narración el posadero se detuvo; se giró hacia la ventana de la habitación en la que nos encontrábamos y miró al patio del estable.

—Hasta aquí —dijo— le he contado lo que me contaron a mí. Lo poco que queda por añadir proviene de mi propia experiencia. Entre dos y tres meses después de los acontecimientos que acabo de relatar, Isaac Scatchard vino a mí, marchito y avejentado antes de tiempo, justo como le ha visto usted hoy. Trajo recomendaciones de su reputación consigo y me pidió trabajo. Como sabía que mi mujer y él eran familia lejana, le di una oportunidad como favor por ese vínculo, y me gustó a pesar de sus hábitos peculiares. Es el hombre más sobrio, honesto y voluntarioso de Inglaterra. En cuanto a su agitación nocturna, y su manera de pasar su tiempo de descanso durmiendo durante el día, ¿quién podría sorprenderse tras oír su historia? Además nunca pone ninguna objeción a que le levantemos cuando le necesitamos, así que tampoco nos podemos quejar demasiado de las molestias, después de todo.

—Supongo que tiene miedo de que vuelva ese terrible sueño y de despertarse súbitamente en la oscuridad —dije.

—No —respondió el posadero—. El sueño vuelve a su mente tan a menudo que ha aprendido a vivir con él a estas alturas con bastante resignación. Es su mujer la que le mantiene despierto cada noche como me ha contado a menudo.

—¿Qué! ¿Nunca se ha sabido nada de ella?

—Nunca. El mismo Isaac alberga pensamientos obsesivos sobre ella: que está viva y que le está buscando. Creo que no permitiría que el sueño le venciera a las dos de la mañana ni por todo el oro del mundo. Las dos de la mañana, dice, es la hora a la que le encontrará uno de estos días. Las dos de la mañana es el momento de entre todos los momentos del año cuando se asegura de que tiene esa navaja consigo bien guardada. No le importa estar solo mientras esté despierto, excepto la noche anterior a su cumpleaños, cuando cree firmemente que su vida corre peligro. Desde que llegó, solamente ha pasado un cumpleaños entre nosotros, y ese día estuvo toda la noche en

vela, sin separarse del vigilante nocturno. «Me está buscando», es todo lo que responde cuando cualquiera le pregunta sobre la gran inquietud que parece gobernar su vida. «Me está buscando». Puede que tenga razón, puede que esa mujer le esté buscando. ¿Quién sabe?

—Quién sabe —dije yo.

La cuarta jornada

El cielo amaneció de nuevo nublado y amenazante. Y sin noticias de George. Corregí la segunda historia que Morgan había escrito hasta la fecha; le asigné el número siete y la añadí a nuestro lote.

La señorita Jessie no se dejó amedrentar por el mal tiempo y salió por la mañana a dar el más largo paseo a caballo de los que había dado hasta entonces. Había tenido noticias, nada menos —gracias al comentario, creo recordar, de uno de los trabajadores de mi hermano— de la existencia real, en pleno siglo XIX que nos contempla, de un auténtico y genuino bardo galés, al que podía hallar en una granja lejana, allende los límites de las propiedades de Owen. Ante la perspectiva de descubrir esta singular reliquia de un tiempo pasado, Jessie marchó apresuradamente, guiada por su harapiento mozo y en un estado de notable excitación, con el objetivo de intentar ver y escuchar a ese hombre venerable. Estuvo fuera todo el día, y por primera vez desde que comenzó su visita, nos hizo esperar más de media hora para la cena. En el instante en que por fin nos sentamos a la mesa, nos informó, para el deleite de Morgan de que el bardo era un impostor de categoría.

—¿Por qué? ¿Qué esperaba ver? —pregunté.

—Un patriarca galés, claro está, con una larga barba blanca, túnicas amplias y un arpa haciendo juego —respondió la señorita Jessie.

—¿Y qué se ha encontrado?

—Un respetable aldeano de mediana edad; un hombre sonriente, bien afeitado, servicial, con una levita azul con botones de latón, y que enfundaba sus piernas de bardo en un par de pantalones de pana gorda muy cómodos.

—¿Pero al menos cantarías canciones galesas?

—¡Cantar! Le diré lo que hizo. Se sentó en una silla estilo Windsor, sin arpa, se metió la mano en los bolsillos, se aclaró la garganta, miró al techo, y súbitamente lanzó una serie de chillidos estridentes en falsete como nunca había oído en mi vida. Mi opinión personal es que sufría de hidrofobia. He dejado de creer, a partir de ahora y para siempre, en los bardos. De hecho, para resumir, he dejado de creer en todo, menos en sus maravillosas historias y en esta excelente cena.

Tras terminar con esa traca final de elogios a sus anfitriones, la Reina de Corazones nos brindó a los tres una sonrisa de aprobación y trasladó su atención a su tenedor y su cuchillo.

El número elegido esa noche fue el uno. Tras consultar el Tomo Púrpura, resultó que era mi turno de lectura de nuevo.

—Nuestra historia de esta noche —dije— contiene la narración de una singular aventura que me sucedió realmente cuando era joven. En el momento de mi vida en que ocurrieron estos acontecimientos estaba coqueteando con la literatura cuando

debería haber estado estudiando Derecho, y viajaba por el Continente cuando debería haber estado ocupándome de mis relaciones en el hotel Lincoln. Al comienzo de esta historia verá que cito el condado en el que viví en mi juventud, y una familia vecina que poseía una amplia propiedad dentro de éste. Ése condado está en una parte de Inglaterra muy alejada de The Glen Tower, y esa familia por lo tanto no debe relacionarse con ninguno de nuestros vecinos, actuales o anteriores, en esta parte del mundo.

Tras pronunciar estas necesarias palabras de explicación, abrí la primera página y empecé a leer la historia de mi propia aventura. Observé que mi audiencia se sorprendía un poco cuando leí el título, el cual, debo añadir en mi defensa, me había visto prácticamente obligado a emplear dada la peculiar naturaleza de la narración. Era «El loco Monkton».

EL LOCO MONKTON

La historia del hermano Griffith

I

Los Monkton de la Abadía de Wincot tenían fama en nuestro condado de ser gentes poco sociables. Nunca iban de visita a la casa de otras personas y, excepto en lo que se refiere a mi padre y a una dama y su hija, que vivían cerca, nunca recibían a nadie bajo su propio techo.

Aunque no cabía duda de que eran todos ellos de naturaleza orgullosa, no era el orgullo, sino el miedo, lo que les mantenía así apartados de sus vecinos. La familia había sufrido durante generaciones la horrible desgracia de una locura hereditaria, y sus miembros no se atrevían a exponer esta calamidad en público como inevitablemente lo habrían hecho si se hubieran mezclado con el pequeño pero agitado mundo que les rodeaba. Había una historia aterradora sobre un crimen cometido en el pasado por dos de los Monkton, familiares cercanos, y se cree que los primeros indicios de locura se remontan a ese preciso momento, aunque no hay necesidad de escandalizar a nadie narrándola aquí. Bastará con decir que, periódicamente, casi toda forma de demencia aparecía en la familia, aunque la monomanía era la manifestación más frecuente de la enfermedad entre ellos. He sabido estos detalles, y alguno más que relataré, gracias a mi padre.

Durante mi juventud sólo quedaban en la Abadía tres de los Monkton: el señor y la señora Monkton y su único hijo Alfred, heredero de la propiedad. El otro miembro de esta rama de la familia, la más antigua, que aún vivía entonces, era el hermano menor del señor Monkton, Stephen. Se trataba de un hombre soltero, dueño de una buena propiedad en Escocia, pero que vivía prácticamente todo el año en el Continente, habiendo alimentado, gracias a sus acciones, una bien ganada reputación de libertino desvergonzado. La familia de Wincot mantenía casi tan poca comunicación con él como con sus vecinos más cercanos.

Ya he mencionado que eran mi padre, además de una dama y su hija, las únicas personas privilegiadas que eran admitidas de buen grado en la Abadía de Wincot.

Mi padre era un viejo amigo del colegio y la universidad del señor Monkton, y la casualidad les había acercado tanto al final de sus vidas que la continuidad de su amistad íntima en Wincot era comprensible. No puedo estar tan seguro del tipo de relación amistosa que los Monkton mantenían con la vieja señora Elmslie (la dama que he mencionado). Su difunto marido era una especie de familiar lejano de la señora Monkton, y mi padre era el tutor de su hija. Pero incluso estas razones para la amistad y la estimación nunca me parecieron lo suficientemente fuertes para explicar la intimidad existente entre la señora Elmslie y los habitantes de la Abadía. Estaba claro, no obstante, que eran íntimos, y el constante intercambio de visitas entre las

dos familias produjo resultado a su debido tiempo: el hijo del señor Monkton y la hija de la señora Elmslie desarrollaron sentimientos el uno por el otro.

No tuve la oportunidad de conocer a la muchacha en profundidad; sólo la recuerdo en aquella época como una joven delicada, amable y encantadora: el polo opuesto en aspecto, y aparentemente también en carácter, de Alfred Monkton. Pero quizás ésa fue la razón por la que se enamoraron. Cuando, poco después, se descubrió este vínculo, los padres de ambos estuvieron lejos de desaprobalo. En todo lo verdaderamente importante, excepto en el aspecto económico, los Elmslie estaban prácticamente en igualdad con los Monkton, y la falta de dinero en una prometida no era ningún problema para el heredero de Wincot. Alfred, todo el mundo lo sabía, heredaría treinta mil libras al año tras la muerte de su padre.

Así, aunque los padres de ambos pensaron que los muchachos eran demasiado jóvenes para casarse de inmediato, no vieron ninguna razón por la que Ada —que así se llamaba la joven en cuestión— y Alfred no se pudieran comprometer con el acuerdo de que se casarían cuando el joven Monkton cumpliera la mayoría de edad, dos años después. La persona a la que se consultó sobre este asunto, tras hacerlo con los propios progenitores, fue mi padre, en calidad de tutor de Ada. Sabía que la desgracia familiar había aparecido hacía muchos años en la persona de la señora Monkton, prima de su marido. La «enfermedad», como la llamaban de modo bastante significativo, había sido mitigada por medio de un tratamiento meticuloso, y de acuerdo con los informes médicos, había remitido. Pero mi padre no estaba dispuesto a sufrir engaños. Sabía que la maldición hereditaria estaba al acecho; la simple posibilidad de que reapareciese cualquier día en los hijos de la única hija de su amigo le horrorizaba; y rechazó firmemente dar su consentimiento al compromiso matrimonial.

El resultado fue que a mi padre le cerraron las puertas de la Abadía y de la casa de la señora Elmslie. Poco tiempo después de esta interrupción de esta relación amistosa, la señora Monkton falleció. Su marido, que estaba profundamente unido a ella, cogió un mal catarro durante el funeral. El catarro fue descuidado, y se le extendió a los pulmones. En unos meses, el desdichado siguió a su mujer a la tumba. De este modo, Alfred se convirtió, de la noche a la mañana, en el dueño de la magnífica antigua Abadía y de las hermosas tierras que se extendían a su alrededor.

Fue por esta época cuando señora Elmslie incurrió en la poca delicadeza de intentar, por segunda vez, obtener el consentimiento de mi padre, para el compromiso matrimonial. Éste lo rechazó de nuevo, con más firmeza si cabe que antes. Pasó entretanto más de un año. Se acercaba el momento en el que Alfred cumpliría la mayoría de edad. Yo regresé de la Universidad para pasar las vacaciones de verano en casa y recuerdo haber hecho alguna insinuación al joven Monkton destinada a intentar conocerle mejor. Mis maniobras de acercamiento fueron esquivadas,

ciertamente con una impecable educación, pero de una forma lo suficientemente firme para evitar que volviese a ofrecerle mi amistad. Cualquier humillación que pudiera haber sentido por su mezquino rechazo bajo circunstancias normales desapareció de mi mente a causa del advenimiento de una verdadera desgracia en nuestro hogar. Pues durante los meses anteriores la salud de mi padre había empeorado y, justo en el momento sobre el que escribo ahora, sus hijos tuvieron que llorar la irreparable pérdida que nos produjo su muerte.

Éste suceso, a causa de cierta informalidad o error en el testamento del difunto señor Elmslie, dejaba el futuro de la vida Ada completamente a disposición de su madre. La consecuencia fue la confirmación inmediata del compromiso matrimonial para el que mi padre había negado su consentimiento con tanta firmeza. En cuanto se anunció públicamente el acontecimiento, algunos de los amigos más íntimos de la señora Elmslie, que conocían los informes sobre la familia Monkton, se aventuraron a intercalar con sus felicitaciones formales un par de menciones significativas sobre la difunta señora Monkton, además de algunas averiguaciones que habían hecho sobre el carácter de su hijo.

La señora Elmslie siempre respondía a estas educadas insinuaciones de un modo audaz. Comenzaba por admitir la existencia de estos informes sobre los Monkton que sus amigos no querían especificar de modo abierto, para después declarar que no eran más calumnias de lo más infames. La lacra hereditaria había desaparecido de la familia desde hacía generaciones. Alfred era el mejor ser humano, el más amable, el más sano que imaginarse pudiera. Le encantaba el estudio y el retiro; Ada compartía sus gustos y había hecho su elección de forma imparcial; si volvía a escuchar insinuaciones sobre su sacrificio mediante su matrimonio, consideraría tales insinuaciones como insultos a su madre, cuyo cariño por ella era monstruoso cuestionar. Ésta forma de hablar silenciaba a la gente, pero no les convencía. Empezaron a sospechar lo que de hecho era la pura verdad: que la señora Elmslie era una mujer egoísta, frívola y codiciosa que lo único que ambicionaba era un buen matrimonio para su hija, y a la que no le importaban las consecuencias, siempre que viese a Ada señora de la propiedad más magnífica de todo el condado.

Parecía, no obstante, que el destino se revelaba fatalmente en contra de que la señora Elmslie alcanzara el gran objetivo de su vida. Apenas había desaparecido el principal obstáculo al matrimonio maldito con la muerte de mi padre, cuando surgió otro en forma de preocupación y dificultades causadas por la salud delicada de Ada. Se consultó a médicos de todas partes y todos coincidieron en que el matrimonio debía posponerse y que la señorita Elmslie debía abandonar Inglaterra durante un tiempo para residir en un clima más cálido, en el sur de Francia, si no recuerdo mal. Y así ocurrió que, justo antes de que Alfred cumpliera la mayoría de edad, Ada y su madre marcharon hacia el Continente y se decidió que la unión entre los dos jóvenes

se aplazaría de modo indefinido.

Entre los vecinos se multiplicaban las preguntas sobre lo que haría Alfred Monkton en esas circunstancias. ¿Seguiría a su amor? ¿Saldría a navegar en balandro? ¿Abriría de par en par las puertas de la vieja Abadía por fin para intentar olvidar la ausencia de Ada y el aplazamiento de su matrimonio cayendo en una espiral de excesos? Pero Alfred, nada de todo esto hizo. Simplemente se quedó en Wincot viviendo una vida tan sospechosamente extraña y solitaria como la que había vivido su padre antes que él. Literalmente, no tenía a nadie que le hiciese compañía en la Abadía excepto el viejo cura —los Monkton, debería haberlo mencionado antes, eran católicos— que había cumplido las funciones de tutor de Alfred desde su temprana edad. El día en que alcanzó la mayoría de edad, no se organizó ni siquiera una cena íntima en Wincot para celebrar el evento. Las familias del vecindario decidieron olvidar la ofensa sufrida por el carácter reservado de su padre y le invitaron a sus casas. Las invitaciones fueron rechazadas educadamente. Visitantes corteses llamaron con resolución a las puertas de la Abadía y fueron despedidos con la misma resolución y cortesía de la casa en cuanto hubieron dejado sus tarjetas. Tras esta combinación de siniestras y graves circunstancias, la gente de los alrededores empezó a hacer un gesto misterioso con la cabeza cada vez que se mencionaba el nombre de Alfred Monkton, a insinuar la desgracia familiar y a preguntarse malhumorada o tristemente, según fueran sus temperamentos, qué era lo que hacía en verdad para ocupar su tiempo día tras día en su vieja casa solitaria.

La respuesta correcta a esta pregunta no era fácil de dilucidar. Resultaba bastante inútil, por ejemplo, preguntarle al cura. Se trataba de un caballero mayor, muy tranquilo y educado; sus respuestas eran siempre excesivamente corteses y rápidas, y en el momento parecía que reunían una inmensa cantidad de información; pero cuando se reflexionaba sobre ellas, todo el mundo observaba que no se podía extraer nada tangible. El ama de llaves, una mujer vieja y extraña, con unos modales hoscos y repelentes, era demasiado agresiva y taciturna como para invitar al acercamiento. Los pocos criados de la casa habían servido a la familia el tiempo suficiente para haber aprendido a cerrar la boca en público de modo habitual.

Sólo los sirvientes de la granja, que llevaban los suministros a la Abadía, podían aportar alguna información, aunque era muy vaga si es que llegaban a comunicarla.

Algunos de ellos habían visto al «joven señor» andando por la biblioteca con montones de papeles polvorientos entre las manos. Otros habían escuchado ruidos extraños en las zonas deshabitadas de la Abadía, y al mirar hacia arriba le habían visto forzar las vetustas ventanas para abrirlas, como para dejar entrar aire y luz en habitaciones que supuestamente llevaban años y años cerradas, o le habían descubierto erguido peligrosamente en lo alto de uno de los desmoronados torreones, al que nadie había subido nunca que pudieran recordar, y del que se decía

popularmente que estaba habitado por los fantasmas de los monjes que una vez habían poseído el edificio. La intención de referir a otros estas impresiones y descubrimientos era, por supuesto, impresionar y hacer creer a todo el mundo que «el pobre joven Monkton estaba siguiendo el camino que toda su familia había seguido antes que él», y esta opinión parecía estar en todo momento fuertemente reforzada por el convencimiento popular —que no estaba basado en ningún tipo de prueba— de que el cura estaba en el fondo de todos los males.

Hasta aquí he expuesto los testimonios de terceras personas. Lo que narraré a continuación es el resultado de mi propia experiencia personal.

II

Unos cinco meses después de cumplirse la mayoría de edad de Alfred Monkton, abandoné la vida universitaria y decidí divertirme e instruirme un poco viajando por el extranjero.

Cuando dejé Inglaterra, el joven Monkton seguía llevando una vida reclusa en la Abadía y según la opinión de todo el mundo, sobre él caía rápidamente, si es que no había caído ya, la maldición hereditaria de su familia. En cuanto a las Elmslie, al parecer la salud de Ada había mejorado gracias a su estancia en el extranjero, y madre e hija estaban ya de camino a Inglaterra, dispuestas a retomar sus antiguas relaciones con el heredero de Wincot. Antes de su regreso yo me encontraba de viaje y deambulaba por media Europa, prácticamente sin planear de antemano hacia dónde dirigiría mis pasos. La suerte, que guiaba mis pasos, me llevó finalmente a Nápoles. Allí coincidí con un viejo amigo del colegio, que era uno de los agregados de la embajada inglesa, y fue allí también donde dieron comienzo los extraordinarios eventos relacionados con Alfred Monkton que conforman el interés principal de la historia que estoy relatando.

Una mañana, mientras paseaba distraídamente con mi amigo el agregado por los jardines de Villa Reale, nos cruzamos con un hombre joven que andaba solo y que intercambió saludos con mi amigo.

Me pareció reconocer esos ojos oscuros e impacientes, esas pálidas mejillas, esa expresión ansiosa, curiosamente vigilante, que recordaba en el pasado como característica del rostro de Alfred Monkton, y estaba a punto de preguntarle a mi amigo sobre ello cuando me dio toda la información que me disponía a pedir sin que se lo solicitara.

—Ése es Alfred Monkton —dijo—; viene de la misma parte de Inglaterra que tú. Tienes que conocerle.

—Le conozco un poco, efectivamente —respondí—; estaba comprometido con la señorita Elmslie la última vez que estuve cerca de Wincot. ¿Se ha casado con ella ya?

—No, y nunca lo hará. Ha seguido el camino del resto de la familia o, por decirlo de un modo más directo, se ha vuelto loco.

—¡Loco! La verdad es que no me sorprende demasiado oírlo, después de lo que se contaba sobre él en Inglaterra.

—No me refiero a nada que se contara; me refiero a lo que él mismo ha dicho y hecho delante de mí y delante de cientos de personas. Seguramente habrás oído hablar de ello.

—Nunca; he estado apartado del mundo y de las noticias de Nápoles e Inglaterra

durante meses.

—Entonces tengo una historia extraordinaria que contarte. Sabrás por supuesto que Alfred tenía un tío, Stephen Monkton. Pues bien, hace algunos años este tío se batió en duelo en los Estados Pontificios con un francés, y murió de un disparo. Se cree que los padrinos y el caballero francés (que no resultó siquiera herido) huyeron en diferentes direcciones. Aquí no supimos nada de los detalles del duelo hasta un mes después de que ocurriera, cuando un periódico francés publicó una noticia sobre el suceso, extraída de los papeles que dejó el padrino de Monkton, que murió en París de tisis. Los papeles se limitaban a narrar la manera en que ambos contrincantes se batieron en duelo, y su resultado final, pero nada más. No se tienen noticias del padrino superviviente ni tampoco del francés. Todo lo que se sabe por lo tanto del duelo es que a Stephen Monkton le dispararon; un suceso que nadie puede lamentar ya que nunca existió mayor sinvergüenza en la Tierra. El lugar exacto en el que murió, y lo que se hizo con el cuerpo, siguen siendo misterios sin resolver.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con Alfred?

—Espera un momento y verás. Poco tiempo después, la noticia de la muerte de su tío llegó a Inglaterra, ¿y qué crees que hizo Alfred? En verdad aplazó su matrimonio con la señorita Elmslie, que estaba a punto de celebrarse, para venir aquí en busca de la sepultura de ese maldito bribón tío suyo; y desde entonces no hay, potencia humana que pueda convencerle de volver a Inglaterra a los brazos de la señorita Elmslie antes de que haya encontrado el cuerpo y pueda llevárselo de vuelta a Inglaterra para enterrarlo junto con el resto de los Monkton ya fallecidos en la cripta de la Capilla de la Abadía de Wincot. Durante los tres últimos meses ha despilfarrado todo su dinero, importunado a la policía, y se ha expuesto a la ridiculización de los hombres y la indignación de las mujeres intentando alcanzar este loco objetivo, y está tan lejos de su meta como al principio. No es capaz de justificar su conducta bajo el más mínimo motivo ante nadie. Ya puedes reírte de ello delante de sus narices, o intentar razonar con él para que ceje en su empeño. Ahora mismo, cuando le hemos visto, casualmente sé que estaba de camino a la oficina del jefe de policía para enviar más agentes a buscar e investigar en los Estados Pontificios sobre el lugar en que dispararon a su tío. Y, fíjate, durante todo este tiempo no deja de declarar que está locamente enamorado de la señorita Elmslie y que es muy desgraciado por estar lejos de ella. ¡Qué te parece! Y qué te parece este alejamiento autoimpuesto de su amada, motivado sólo por estar aquí, inmerso en esta loca búsqueda de los restos de un bribón que fue la desgracia de su familia y al que no vio más que una o dos veces en su vida. A fe que, de los «locos Monkton», como se les solía llamar en Inglaterra, Alfred es el más loco de todos. De hecho es nuestro principal entretenimiento en esta aburrida temporada de ópera; aunque, en lo que a mí respecta, cuando pienso en esa pobre chica en Inglaterra, me siento más inclinado a despreciarle que a reírme de él.

—¿Conoces a las Elmslie entonces?

—De un modo íntimo. El otro día mi madre me escribió desde Inglaterra después de haber visto a Ada. Ésta aventura de Monkton ha ofendido a todos sus amigos. Han intentado por todos los medios convencerla de que rompa su compromiso, lo que al parecer podría hacer si quisiera. Incluso su madre, a pesar de su egoísmo y su avaricia, se ha visto obligada finalmente, llevada por el sentido común de la decencia, a apoyar al resto de la familia; pero la muchacha, buena y leal, no quiere renunciar a Monkton. Es indulgente con su insensatez; declara que él le dio una buena razón en secreto para su partida; dice que ella siempre pudo hacerle feliz cuando estaban juntos en la vieja Abadía, y que aún puede hacerle todavía más feliz cuando estén casados; en resumen, le quiere con toda el alma y por lo tanto creerá en él hasta el final. Nada le hace dudar. Ha resuelto echar a perder su vida con él, y lo hará.

—Espero que no. Por muy insensato que nos parezca su comportamiento, a lo mejor tiene un motivo razonable para ello que no nos podemos imaginar. ¿Parece su mente perturbada de algún modo cuando habla de temas corrientes?

—De ningún modo. Cuando consigues que diga algo, lo que no ocurre a menudo, habla como un hombre sensato y culto. Guarda silencio sobre su preciosa misión aquí, y te parecerá el más amable y moderado de todos los hombres; pero, toca el tema de ese vagabundo tío suyo, y la locura Monkton surgirá al instante. El otro día, una dama le preguntó, en broma por supuesto, si había visto alguna vez el fantasma de su tío. La miró como un fanático, con el ceño fruncido, y dijo que él y su tío responderían algún día juntos a su pregunta, aunque tuvieran que subir desde el infierno para hacerlo. Nos reímos de sus palabras, pero la dama se desmayó al verle así, y lo único que obtuvimos en consecuencia fue una escena de histeria y sales. Cualquier otro hombre habría sido expulsado de la habitación por darle un susto de muerte de ese modo a una bella dama; pero el «loco Monkton», como le hemos bautizado es un lunático privilegiado en la sociedad napolitana, porque ese inglés, apuesto y tiene una renta de treinta mil libras al año. Va a todas partes convencido de que puede conocer a alguien al que se le haya revelado el secreto del lugar en que se batió el misterioso duelo. Si te lo presentan, no tengas ninguna duda de te preguntará si sabes algo del asunto; pero ten cuidado y no sigas hablando de ello una vez le hayas respondido, a no ser que quieras asegurarte de que ha perdido el juicio. En ese caso, háblale únicamente de su tío, y el resultado será más que satisfactorio.

Un día o dos después de esta conversación con mi amigo el agregado, coincidí precisamente con Monkton en una fiesta nocturna.

En el momento en que escuchó mencionar mi nombre, se ruborizó; me llevó hasta una esquina y en alusión a la fría recepción suya de mis intentos por conocerle años atrás, me pidió que le perdonase por lo que calificó como ingratitud inexcusable, presa de una impaciencia y una agitación que me asombraron sobremanera. A

continuación me preguntó, como mi amigo aseguró que haría, sobre el lugar del misterioso duelo.

Se produjo un extraordinario cambio en él mientras me interrogaba sobre este punto. En vez de mirarme a la cara como había hecho hasta el momento, sus ojos se extraviaban y se fijaban intensamente, casi ferozmente, bien en la pared completamente blanca que estaba a nuestro lado, bien en el espacio vacío entre la pared y nosotros mismos, era imposible saber en cuál de modo exacto. Había venido a Nápoles desde España en barco, y así se lo comenté en pocas palabras, con el fin de asegurarle que sería de poca ayuda en sus pesquisas. No continuó preguntando, y consciente de la advertencia de mi amigo, intenté llevar la conversación a un terreno más general. Me volvió a mirar directamente y mientras permanecimos en aquella esquina, sus ojos no volvieron a vagar por la pared blanca o el espacio vacío a nuestro lado.

Aunque más dispuesto a escuchar que a hablar, su conversación, cuando realmente se embarcaba en una, no dejaba entrever rastro alguno de nada remotamente parecido a la locura. Era evidente que había leído mucho, no sólo en general, sino también en profundidad, y podía aplicar su lectura con singular maestría a la ilustración de casi cualquier tema bajo discusión, sin imponer sus conocimientos absurdamente, ni ocultarlos con afectación. Sus modales eran en sí mismos una viva protesta contra un apodo como el de «el Loco Monkton». Y era tan tímido, tan tranquilo, tan moderado y amable en todos sus gestos, que en algunos momentos hasta me habría inclinado por tildarle de afeminado.

Mantuvimos una larga conversación esa primera tarde en que nos encontramos; a menudo nos volvimos a ver después, y nunca perdimos una sola oportunidad de mejorar nuestra relación. Sentía que me apreciaba y a pesar de lo que me habían contado sobre su conducta con la señorita Elmslie, a pesar de las sospechas que la historia de su familia y su propia conducta habían formado contra él, me empezó a gustar este «Loco Monkton» tanto como yo a él. En varias ocasiones dimos tranquilos paseos juntos por el campo, y a menudo salimos a navegar por ambas riberas de la bahía.

De no ser por dos excentricidades de su conducta que me era imposible comprender, pronto me habría sentido tan cómodo en su compañía como en la de mi propio hermano.

La primera de sus excentricidades consistía en la reaparición, en diversas ocasiones, de la misteriosa expresión en sus ojos que vi por primera vez cuando me preguntó si sabía algo sobre el duelo. No importaba de qué hablásemos, o dónde estuviésemos en ese momento, en ocasiones Alfred repentinamente apartaba su mirada de mi rostro y la dirigía a veces hacia un lado y a veces hacia otro, pero siempre hacia donde no había nada que ver, y siempre con la misma intensidad y

fiereza en los ojos. Éste comportamiento se asemejaba tanto a la locura, o como poco a la hipocondría, que tenía miedo de preguntarle por él, y en todo momento fingí que no me daba cuenta.

La segunda peculiaridad de su conducta consistía en que nunca mencionaba, en mi presencia, los avances de su misión en Nápoles, y que no habló ni una sola vez sobre la señorita Elmslie, o sobre su vida en la Abadía Wincot. Esto no sólo me sorprendía a mí, sino que también asombraba a aquellos que sabían de nuestra íntima amistad y que daban por seguro que yo era el depositario de todos sus secretos. Pero se acercaba el momento en el que este misterio, y algunos otros misterios de los que yo no albergaba sospecha en esa época, se desvelarían por completo.

Coincidí con él una noche en un gran baile que daba un aristócrata ruso cuyo nombre no habría podido pronunciar entonces, y no puedo recordar ahora. Me había alejado distraídamente del salón de recepciones, el salón de baile y el salón de juegos hasta llegar a una pequeña sala situada en uno de los extremos del palacio, que era mitad invernadero, mitad tocador, y que había sido bellamente iluminada para la ocasión con farolillos chinos. No había nadie en la habitación cuando entré. La vista del Mediterráneo, bañado en la luminosa suavidad de la luz de la luna italiana, era tan espectacular que estuve durante mucho rato junto a la ventana, mientras miraba hacia fuera y escuchaba la música de baile que llegaba débilmente desde el salón. Mis pensamientos estaban muy lejos de las amistades que había dejado en Inglaterra cuando fui interrumpido con gran sorpresa al oír mi nombre pronunciado con suavidad.

Me di la vuelta de inmediato y vi a Monkton de pie en la habitación. Una palidez lívida dominaba su cara, y sus ojos se apartaban de mí con la misma extraordinaria expresión a la que ya he aludido.

—¿Le importa dejar el baile pronto esta noche? —me preguntó, aún sin mirarme.

—No, en absoluto —le dije—. ¿Le puedo ayudar en algo? ¿Está enfermo?

—No, al menos de nada digno de mención. ¿Vendrá a mis aposentos?

—Ahora mismo, si lo desea.

—No, ahora mismo no. Debo ir a casa al instante, pero no venga a mi encuentro hasta dentro de media hora. No ha estado nunca en mis aposentos, lo sé, pero los encontrará sin problemas, están cerca. Aquí tiene una tarjeta con mi dirección. Debo hablar con usted hoy mismo, mi vida depende de ello. Le ruego que venga, ¡por el amor de Dios, pero venga cuando haya pasado media hora!

Prometí ser puntual, y él me dejó al momento.

La mayoría de las personas no tendrán dificultades en imaginar el estado de impaciencia nerviosa y vaga expectación en que pasé el periodo de espera establecido, tras escuchar las palabras que Monkton me había dirigido. Un poco antes de que hubiese pasado la media hora, emprendí la marcha y crucé el salón de baile.

En lo alto de la escalera me encontré con mi amigo, el agregado.

—¡Qué! ¿Ya te vas? —dijo.

—Sí, y de curiosa expedición. Voy a casa de Monkton, él mismo me ha invitado.

—¡No me digas! Doy mi palabra de que eres un tipo atrevido aventurándote solo con el «Loco Monkton» cuando hay luna llena.

—Está enfermo, pobre tipo. Además, no creo que esté la mitad de loco de lo que crees.

—No vamos a discutir sobre eso, pero recuerda mis palabras: no te ha pedido que vayas donde jamás ha puesto el pie ningún visitante sin una razón especial. Predigo que verás o escucharás algo esta noche que recordarás el resto de tu vida.

Nos despedimos. Cuando llamé a la puerta del patio de la casa donde vivía Monkton, recordé las últimas palabras de mi amigo en la escalera del palacio, y aunque me reí de él cuando las dijo, ya entonces empecé a sospechar que su predicción estaba a punto de cumplirse.

III

El portero que me abrió la puerta de la casa en la que vivía Monkton me llevó hasta el piso donde se encontraban sus aposentos. Al llegar arriba vi que la puerta que daba al rellano estaba entreabierta. Debió de oír mis pasos, supongo, ya que me dijo que entrara antes de que pudiese llamar.

Entré y lo encontré sentado a la mesa, con unas cartas sueltas en la mano que estaba atando en un paquete. Me di cuenta, cuando me pidió que me sentara, de que su expresión parecía más serena, aunque la palidez aún no había abandonado su rostro. Me dio las gracias por haber venido; me repitió que tenía algo muy importante que contarme; y después se detuvo bruscamente, aparentemente demasiado avergonzado para continuar. Intenté tranquilizarle asegurándole que si mi asistencia o consejo podían ser de utilidad, estaba deseoso de poner todo mi tiempo y toda mi voluntad sinceramente y sin reservas a su disposición.

Cuando dije esto, observé cómo sus ojos empezaban a apartarse de mi rostro, se apartaban lentamente, pulgada a pulgada prácticamente, hasta que se detuvieron en cierto punto, con la misma mirada fija en el vacío que tan a menudo me había espantado en anteriores ocasiones. Toda la expresión de su rostro cambió como nunca había visto que cambiara antes; estaba sentado ante mí con el aspecto de un hombre en trance de muerte.

—Eres muy amable —dijo lentamente y sin fuerzas, dirigiéndose no a mí, sino hacia el lugar donde sus ojos seguían fijos—. Sé que puedes ayudarme; pero...

Se detuvo; su rostro palideció horriblemente y se cubrió de gotas de sudor. Intentó continuar —dijo una palabra o dos—, y después se detuvo de nuevo. Seriamente alarmado por su estado, me levanté de la silla con la intención de darle agua de una jarra que vi sobre una mesilla.

Pero él, en ese mismo instante, se puso de pie de un salto. Todas las sospechas que me habían sido confiadas entre susurros sobre su locura cruzaron mi mente en un instante, e involuntariamente di uno o dos pasos hacia atrás.

—Detente —dijo, mientras se volvía a sentar—; no me hagas caso, y no dejes la silla. Quisiera, desearía, si es posible, introducir un pequeño cambio antes de continuar hablando. ¿Te importa sentarte bajo una luz más potente?

—No me importa lo más mínimo.

Hasta entonces había estado sentado en la zona de penumbra que dejaba su lámpara de lectura, la única luz de la habitación. Tras mi respuesta, se levantó de nuevo y fue a otra habitación de la que regresó con una lámpara más grande; después cogió dos velas de la mesilla y otras dos de la repisa de la chimenea; las colocó todas,

para mi sorpresa, juntas y de modo que estuvieran exactamente entre nosotros, e intentó encenderlas. Su mano tembló de tal modo que se vio obligado a renunciar a hacerlo, y permitió que acudiese en su ayuda. Siguiendo sus órdenes, me aparté de la sombra de la lámpara de lectura una vez hube encendido la otra lámpara y las cuatro velas. Cuando nos sentamos de nuevo, con esa concentración de luz entre nosotros, volvieron a aparecer sus buenos modales, y ahora, mientras se dirigía a mí, hablaba sin rastro de vacilación.

—No hace falta que te pregunte si has oído rumores sobre mí —dijo—. Sé que los has oído. Mi objetivo hoy es darte una explicación razonable sobre la conducta que ha motivado estos rumores. Mi secreto sólo ha sido hasta hoy confiado a una persona; ahora mismo me dispongo a confiártelo a ti, esperando que lo guardes, con el objetivo especial que descubrirás cuando siga hablando. Primero, no obstante, debo empezar explicándote exactamente cuál es la gran dificultad que me obliga a continuar ausente de Inglaterra. Quiero tu consejo y tu ayuda; y, para no ocultarte nada, también quiero probar tu paciencia y tu simpatía amistosa, antes de atreverme a confiarte mi miserable secreto. ¿Podrás perdonar esta aparente desconfianza sobre tu naturaleza franca y amable, esta aparente ingratitud por tu amabilidad hacia mí desde el día en que nos conocimos?

Le supliqué que dejase de hablar de esas cosas y continuase.

—Ya sabes —prosiguió— que estoy aquí para recuperar el cuerpo de mi tío Stephen y llevarlo de vuelta conmigo a nuestra sepultura familiar en Inglaterra, y también debes estar al corriente de que no he tenido éxito todavía en las pesquisas encaminadas a hallar sus restos. Intenta olvidar por un momento todo lo que pueda haber de sorprendente e incomprensible en un objetivo como el mío y lee este artículo de periódico, el que he resaltado con tinta. Es la única prueba que tengo hasta ahora sobre la verdad del duelo fatal en el que murió mi tío, y quiero saber, después de que lo leas, cuál crees que sería el mejor curso posible a emprender, según tu opinión.

Me entregó entonces un viejo periódico francés. El contenido de lo que leí está aún tan vivamente impreso en mi memoria que estoy seguro de que puedo repetir correctamente, a pesar de la distancia temporal, todos los hechos que necesito comunicar al lector. El artículo comenzaba, recuerdo, con unas observaciones del editor sobre la gran curiosidad que suscitaba entonces el fatal duelo entre el Conde St. Lo y el señor Stephen Monkton, un caballero inglés. El escritor procedía a recrearse considerablemente en el extraordinario secretismo que había rodeado a todo el asunto desde el principio hasta el final, y expresaba la esperanza de que la publicación de cierto manuscrito, mencionado en sus observaciones introductorias, pudiese conducir al descubrimiento de nuevas pruebas de otras fuentes mejor informadas. Se habla encontrado el escrito entre los papeles del señor Foulon, el padrino del señor

Monkton, que había muerto en París tras una rápida enfermedad poco tiempo después de regresar a su hogar en esa ciudad desde el escenario del duelo. El documento estaba incompleto, y se interrumpía en el lugar mismo en que el lector desearía más que en ningún otro que continuase. No se halló razón alguna para esto, y no se encontró un segundo manuscrito sobre este asunto de suma importancia tras la búsqueda exhaustiva entre los papeles que dejó el difunto.

A continuación se reproducía el documento en sí.

Resultó ser un acuerdo privado ente el padrino del señor Monkton, el señor Foulon, y el padrino del conde St. Lo, el señor Dalville, y contenía una declaración con todas las disposiciones sobre el desarrollo del duelo. El documento estaba datado en «Nápoles, 22 de febrero», y su contenido se distribuía en unas siete u ocho cláusulas. La primera de ellas describía el origen y naturaleza del enfrentamiento: un asunto muy deshonoroso para ambas partes que no merece recordarse ni repetirse. La segunda cláusula establecía que, dado que el hombre desafiado había escogido la pistola como arma, y que el hombre desafiador (un excelente espadachín) por su parte, había insistido sobre este punto en que el duelo debería celebrarse de tal modo que el primer disparo decidiese su resultado, los padrinos, considerando que el hostil encuentro daría lugar a fatales consecuencias de forma inevitable, determinaban, en primer lugar, que el duelo se mantendría en profundo secreto para todo el mundo, y que el emplazamiento donde iba a disputarse sería desconocido de antemano, incluso para los propios adversarios. Se añadía que este exceso de precaución resultaba en esas circunstancias de absoluta necesidad, como consecuencia de una comunicación reciente del Papa a los gobernantes italianos sobre la escandalosa frecuencia de la práctica del duelo en la que expresaba su imperioso deseo de que, en el futuro, se aplicasen las leyes contra los duelistas con el mayor rigor.

La tercera cláusula detallaba la manera en que se había decidido que se batiría el duelo.

Una vez los padrinos hubiesen cargado las pistolas sobre el terreno, los combatientes se situarían a treinta pasos el uno del otro y decidirían a cara o cruz quién haría el primer disparo. El ganador avanzaría entonces diez pasos, marcados de antemano, y entonces descargaría su revólver contra su oponente. Si fallaba, o no conseguía incapacitar a su adversario, este último era libre para avanzar, si lo deseaba, los veinte pasos restantes antes de disparar a su vez. Éste acuerdo aseguraba la terminación decisiva del duelo tras la primera descarga de los revólveres, y tanto los adversarios como los padrinos de ambos lados juraban respetar el resultado.

La cuarta cláusula consignaba que los padrinos habían acordado que el duelo se celebraría fuera de los Estados Napolitanos, pero dejaban que las circunstancias les guiaran a la hora de elegir el sitio exacto donde éste tendría lugar. Las cláusulas restantes, según lo que puedo recordar, estaban dedicadas a detallar las diferentes

precauciones necesarias para evitar que los participantes en la operación fuesen descubiertos. Los duelistas y sus padrinos abandonarían Nápoles en grupos separados; cambiarían de coche varias veces; se encontrarían en cierta ciudad, o, en su defecto, en cierta casa de postas de la carretera principal entre Nápoles y Roma; llevarían cuadernos de dibujo, cajas de pinturas y sillas plegables como si fuesen artistas que viajasen para dibujar; y llegarían al lugar del duelo a pie, sin guías, como precaución respecto a una posible traición. Acuerdos generales de este tipo, y otros que facilitarían la huida de los supervivientes una vez, hubiese terminado todo el asunto, componían la conclusión de este documento extraordinario firmado, únicamente con las iniciales, por ambos padrinos.

Justo debajo de las iniciales aparecía el principio de una narración datada en París y que, evidentemente, pretendía describir el duelo en sí con extrema minuciosidad. La escritura era del difunto padrino.

El señor Foulon, el caballero en cuestión, expresaba su convencimiento de que podían producirse hechos que convertirían la narración de un testigo presencial del encuentro hostil entre St. Lo y el señor Monkton en un documento de importancia. Proponía por lo tanto, en tanto uno de los padrinos, dar fe de que el duelo se había celebrado en estricto cumplimiento de los términos del acuerdo, y que tanto los adversarios como los padrinos se habían comportado como valerosos hombres de honor (!). Además anunciaba que, con el fin de no comprometer a nadie, guardaría tal documento con su testimonio a buen recaudo, con órdenes estricta, de que no debería abrirse excepto en caso de extrema urgencia.

Tras este preámbulo, el señor Foulon consignaba que el duelo se había celebrado dos días después de la redacción del acuerdo, en una localidad a la que los duelistas y sus acompañantes habían llegado de modo casual. (No se mencionaba el nombre del lugar, ni tan siquiera se hacía mención a la región en que se encontraba). Una vez los hombres estuvieron situados de acuerdo con las disposiciones anteriores, el Conde St. Lo había ganado el sorteo del primer disparo, había avanzado sus diez pasos y había disparado a su oponente en el cuerpo. El señor Monkton no cayó inmediatamente; dio unos seis o siete pasos tambaleándose hacia atrás, descargó su revólver contra el conde sin éxito, y se desplomó en el suelo ya muerto. El señor Foulon declaraba entonces que arrancó una página de su cuaderno de bolsillo, escribió en ella una breve descripción de la forma en que había muerto el señor Monkton, y prendió el papel a sus ropas. Éste procedimiento era necesario dada la peculiar naturaleza del plan ideado en ese instante para deshacerse del cuerpo de forma segura. En qué consistía este plan, o qué se hizo con el cuerpo, no se explicaba, ya que en este punto clave la narración se interrumpía bruscamente.

Una nota al pie en el periódico se limitaba a exponer la forma en que se había obtenido el documento para su publicación y repetía lo que se había mencionado en

las observaciones introductorias del editor: que las personas encargadas de los papeles del señor Foulon no habían encontrado continuación alguna al manuscrito. Acabo de reproducir todo el contenido de lo que leí y he expuesto lo que se sabía en ese momento acerca de la muerte del señor Stephen Monkton.

Cuando le devolví el periódico a Alfred, éste estaba demasiado agitado como para poder articular palabra, pero me recordó mediante un gesto que esperaba ansioso escuchar lo que yo tenía que decir. Mi situación era extremadamente difícil y dolorosa en esos momentos. Apenas podía saber qué consecuencias produciría cualquier falta de precaución por mi parte, y no se me ocurrió en principio mejor plan que investigar cuidadosamente antes de pronunciarme de uno u otro modo.

—¿Me permites que te haga una o dos preguntas antes de darte mi consejo? —pregunté.

Asintió con la cabeza impaciente.

—Sí, sí, todas las preguntas que quieras.

—¿Tuviste en algún momento la costumbre de ver a tu tío?

—No le he visto más de dos veces en mi vida —y añadió—: Ambas cuando sólo era un niño.

—Entonces no puedes tenerle en gran estima.

—¡Estima! Me avergonzaría de sentir cualquier tipo de estima por él. Nos deshonraba allá donde iba.

—¿Puedo preguntar entonces si hay algún motivo familiar en tu interés por recuperar sus restos?

—Los motivos familiares son parte del asunto, entre otros, pero ¿por qué me lo preguntas?

—Porque tras haber oído que empleas a la policía para ayudarte en tu búsqueda, me interesa saber si has convencido a sus superiores para que te presten los mejores servicios dando sólidas razones personales en el cuartel general para este proyecto tan poco usual que te ha traído hasta aquí.

—No doy ninguna razón. Pago por el trabajo que quiero hecho y a cambio de mi generosidad, se me trata con la más infame indiferencia en todas partes. El hecho de que no sea más que un, extraño en este país, unido a mi poco conocimiento del idioma no ayudan nada. Las autoridades, tanto en Roma como aquí, fingen asistirme, fingen buscar e investigar como he encargado que busquen e investiguen, pero no hacen nada más. Se me insulta, se ríen de mí, casi en mi cara.

—¿No crees que es posible (y por supuesto no es mi intención excusar la mala conducta de las autoridades y no comparto de ningún modo su opinión), pero, no crees que podría ser que la policía dude de que te tomes este asunto con seriedad?

—¡Con seriedad! —exclamó, mientras se levantaba y me miraba con ferocidad, los ojos desencajados y la respiración entrecortada—. ¡Con seriedad! Tú también

crees que no me lo tomo con seriedad. Sé que lo crees, aunque me dices que no. Espera; antes de que digamos una sola palabra más, te convencerás con tus propios ojos. Ven aquí, será solo un minuto, ¡sólo un minuto!

Le seguí hasta su dormitorio que se abría al salón. A un lado de su cama se erguía un cajón de embalar de madera corriente, de unos siete pies de largo.

—Abre la tapa y mira dentro —dijo— mientras sostengo la vela para que puedas ver.

Seguí sus instrucciones y descubrí, para mi asombro que el cajón contenía un lúgubre ataúd, magníficamente engalanado con los escudos de armas de la familia Monkton y con el nombre de «Stephen Monkton», su edad y la forma de su muerte escritos con letras antiguas por debajo.

—Guardo este ataúd preparado para él —susurró Alfred cerca de mi oído—. ¿Te parece que no me lo tomo con seriedad?

Parecía más bien cosa de pura locura, tanto que no me atreví a responderle.

—¡Sí, sí! Ya veo que estás convencido —continuó rápidamente—; vayamos, pues, de nuevo a la habitación de al lado y hablemos los dos ahora más libremente.

Tras volver a nuestros lugares, mecánicamente aparté mi silla de la mesa. Mi mente estaba en ese momento en tal estado de confusión e incertidumbre sobre lo que sería mejor hacer o decir a continuación, que olvidé por un momento la posición que Alfred me había asignado al encender las velas. Me lo recordó al instante.

—No te muevas —dijo, muy serio—; sigue sentado bajo la luz, te ruego que lo hagas. Pronto te desvelaré las razones de mi insistencia sobre este asunto. Pero antes, dame tu consejo. ¡Ayúdame en mi miseria y mi inquietud! Recuerda que prometiste hacerlo.

Hice un esfuerzo por poner en orden mis ideas y creo que lo conseguí. Era absurdo tratar el asunto de cualquier modo que no fuese grave en su presencia; habría sido cruel no aconsejarle del mejor modo posible.

—Sabes —dije— que dos días después de la redacción del acuerdo en Nápoles, el duelo se celebró fuera de los Estados Napolitanos. Éste hecho por supuesto te llevó a la conclusión de que todas las pesquisas sobre la localización del lugar debían limitarse al territorio de los Estados Pontificios, ¿no es así?

—Está claro; la búsqueda en sí se ha hecho allí, y solamente allí. Si creo lo que me dice la policía, ellos y sus ayudantes han buscado el lugar donde se celebró el duelo (ofreciendo una importante recompensa en mi nombre para la persona que lo encontrase) en algún lugar junto a la carretera que une Nápoles y Roma. También se han hecho circular, o al menos eso me aseguran, descripciones de los duelistas y de sus padrinos; han dejado a un agente en la casa de postas y otro en la ciudad mencionada como punto de encuentro, para supervisar las investigaciones; y han intentado, mediante correspondencia con las autoridades extranjeras, seguir el rastro

del Conde St. Lo y el señor Dalville hasta su lugar o lugares de refugio. Todos estos esfuerzos, suponiendo que se hayan llevado a cabo realmente, han resultado hasta hora completamente infructuosos.

—Tengo la impresión —dije, tras un momento de reflexión— de que lo más probable es que todas las pesquisas realizadas a lo largo de la carretera o en cualquier paraje cerca de Roma sean en vano. También creo que el hallazgo de los restos de tu tío coincidirá con el hallazgo del lugar donde fue disparado; ya que las personas participantes en el duelo no correrían ciertamente el riesgo de ser descubiertos llevando un cuerpo a una cierta distancia durante su huida. El lugar del duelo es por lo tanto lo único que queremos encontrar. Ahora vamos a estudiar el asunto detenidamente por un momento. El grupo de duelistas cambió coches; viajó por separado de dos en dos; sin duda tomaron carreteras secundarias; pararon en la casa de postas y la ciudad sólo como subterfugio; y anduvieron quizás una distancia considerable sin guías. Teniendo esto en cuenta, este tipo de precauciones (que sabemos que tuvieron que emplear) les dejaron muy poco tiempo aparte de esos dos días —aunque ciertamente pudieron partir al amanecer y no parar al caer la noche— para avanzar en su viaje de la forma más directa. Creo por lo tanto que el duelo se entabló en algún lugar cerca de la frontera napolitana; y si yo hubiera sido el agente policial encargado de la búsqueda sólo habría investigado en paralelo a la frontera, de oeste a este hasta llegar a los parajes más solitarios de las montañas. Eso es lo que pienso, ¿crees que tiene algún sentido?

Su rostro se ruborizó por completo en un instante.

—¡Creo que has tenido una inspiración! —exclamó—. No perderemos ni un día en llevar a cabo nuestro plan. No se lo confiaremos a la policía. Debo empezar yo mismo mañana por la mañana; y tú...

Se detuvo; su rostro se tornó repentinamente pálido; suspiró con fuerza; sus ojos vagaron una vez más y se fijaron en el vacío; y la expresión rígida, mortal, dominó de nuevo todos sus rasgos.

—Debo contarte mi secreto antes de hablar de mañana —continuó, débilmente—. Si vacilase más tiempo en confesártelo todo, no sería merecedor de tu pasada amabilidad, ni de la ayuda que me prestarás sin dudarle en cuanto lo hayas oído todo, y que es mi última esperanza.

Le supliqué que esperara hasta estar más sereno, hasta que fuese totalmente capaz de hablar; pero no prestó atención a mis palabras. Lentamente y en lo que parecía una lucha contra si mismo, me dio la espalda, inclinó su cabeza sobre la mesa y la apoyó sobre su mano. El paquete de cartas con el que parecía estar ocupado cuando llegué descansaba justo bajo sus ojos. Lo miró tenazmente cuando se dirigió a mí a continuación.

IV

—Según creo, tú naciste en nuestro condado —dijo—; por lo tanto quizás hayas oído hablar en alguna ocasión de una extraña vieja profecía sobre nuestra familia, que aún pervive entre las tradiciones de la Abadía de Wincot.

—Sí, he oído hablar de esa profecía —respondí—, pero nunca he sabido en qué términos estaba expuesta. Consistía... en la predicción de la extinción de vuestra familia, o algo parecido, ¿no es así?

—Ninguna investigación —continuó— ha podido seguir el rastro de la profecía hasta el momento en que se realizó por primera vez; ninguno de nuestros registros familiares nos aclaran nada de su origen. Viejos sirvientes y antiguos arrendatarios nuestros recuerdan haberla escuchado referir a sus padres y abuelos. Los monjes, a los que sucedimos en la Abadía en los tiempos de Enrique VIII, tuvieron conocimiento de ella de algún modo ya que yo mismo descubrí los versos donde sabemos que se conserva la profecía desde tiempos remotos, escritos en una hoja blanca de uno de los manuscritos de la Abadía. Éstos son los versos, si es que se merecen ese nombre:

*Quando en la cripta de Wincot una tumba espere,
a uno de los Monkton que ya muere.
Quando el abandonado en el suelo,
descanse sin ataúd bajo el cielo.
Desprovisto de sepultura aquél,
que dueño y señor de tierras fue.
Será la certera señal,
de que los Monkton llegan a su final.
Se extinguirán velozmente,
hasta que ni el último señor quede.
De la luz del día, de la humanidad,
la raza Monkton desaparecerá.*

—La predicción suena tan vaga como si la hubiese proferido un viejo oráculo —dije, al observar que tras pronunciar los versos esperaba que dijese algo.

—Vaga o no, se ha cumplido —replicó—. Ahora soy yo el «último señor»: el último de la línea más antigua de la familia de la que habla la profecía; y el cuerpo de Stephen Monkton no descansa en la cripta de la Abadía Wincot. Espera antes de rebatirme. Tengo más que decir sobre el tema. Mucho tiempo antes de que la abadía fuese nuestra, cuando vivíamos en la vieja casa señorial que estaba cerca (cuyas ruinas ya desaparecieron hace mucho tiempo), el lugar de sepultura de la familia ya

era la cripta bajo la capilla de la abadía. No sé si en esos tiempos remotos se conocía y se temía esta predicción contra nosotros, pero una cosa está clara: todos y cada uno de los Monkton (ya viviesen en la Abadía o en la pequeña propiedad de Escocia) eran enterrados en la cripta de Wincot, a cualquier precio, bajo cualquier riesgo. En los feroces períodos de guerra de aquella época, los cuerpos de mis ancestros que morían en el extranjero se recuperaban y devolvían a Wincot, aunque a menudo este empeño se pagaba no sólo con un enorme rescate, sino también con el derramamiento de sangre. Ésta superstición, si prefieres llamarla así, ha perdurado en la familia, desde entonces hasta el día de hoy; durante siglos todos los muertos han sido enterrados en la cripta de la Abadía, sin excepción, sin ninguna excepción, hasta ahora. La tumba mencionada en la profecía que espera a ser ocupada es la tumba de Stephen Monkton; la voz que pide en vano un refugio a la tierra es la voz fantasmagórica del muerto. Sé como si lo hubiera visto con mis propios ojos que le dejaron sin enterrar sobre el suelo donde murió.

Me detuvo antes de que pudiese pronunciar una palabra de protesta levantándose lentamente y señalando hacia la misma dirección donde sus ojos se habían clavado unos minutos antes.

—Puedo adivinar lo que quieres preguntarme —exclamó en voz alta y severa—: Quieres saber cómo puedo estar tan loco como para creer en una profecía escrita en los versos más ramplones y destinada a asustar a los oyentes más ignorantes en una época de superstición. Te respondo —con esas palabras su voz se convirtió de repente en un suspiro—, te respondo: porque Stephen Monkton está ahí de pie en este momento confirmando mi creencia.

No sé si fue el pavor y el horror que emanaban de su rostro pálido mientras me miraba, o si fue el hecho de que nunca hasta entonces me había creído del todo su locura, y que la certeza de su existencia ahora se presentaba ante mí repentinamente, pero sentí cómo se me helaba la sangre mientras hablaba, y supe, desde lo más profundo de mi ser, sentado allí sin habla, que no me atrevería a girarme y mirar hacia donde Monkton seguía señalando, justo a mi lado.

—Veo allí —continuó, con la misma voz susurrante— la figura de un hombre de tez oscura, de pie, con la cabeza descubierta. Una de sus manos, aún aferrada al revólver, cae a uno de sus lados; la otra aprieta un pañuelo ensangrentado contra su boca. Un espasmo de agonía mortal convulsiona sus rasgos; no obstante, reconozco los rasgos del hombre moreno que me asustó dos veces al cogerme en brazos siendo un niño en la Abadía de Wincot. Pregunté a mis niñeras de aquel entonces quién era ese hombre y me dijeron que era mi tío, Stephen Monkton. Claramente, como si estuviese ahí de pie respirando, lo veo ahora a tu lado, con esa mirada mortal en sus enormes ojos negros; y así le he visto siempre, desde que le dispararon; en casa y en el extranjero, despierto o dormido, día y noche, siempre estamos juntos, ¡vaya donde

vaya!

Su voz susurrante se convirtió casi en un murmullo inaudible al pronunciar estas últimas palabras. Por la dirección y expresión de sus ojos, sospeché que le estaba hablando a la aparición. Si la hubiese contemplado en ese momento, creo que su imagen habría sido menos horrible que la de Alfred, tal y como estaba ahora, murmurando inarticuladamente al vacío. Mis propios nervios estaban más alterados por todo lo que había pasado de lo que yo mismo hubiera esperado. Me invadió un vago temor de estar cerca de él en su estado actual y di un par de pasos hacia atrás.

Se dio cuenta de mi gesto al instante.

—¡No te vayas, te lo ruego, no te vayas! ¿Te he asustado? ¿Es que no me crees? ¿Te molesta la luz? Sólo te he pedido que te sientes a la luz de las velas porque no podía soportar la luz que desprende continuamente el fantasma durante el crepúsculo, brillando por encima de ti mientras estabas sentado ahí en la sombra. ¡No te vayas, no me dejes ahora!

Su rostro reflejaba el abandono más extremo y la tristeza más indescriptible cuando pronuncié estas palabras, y me conmovió hasta la piedad, lo que hizo que recuperase el dominio de mí mismo. Me senté de nuevo en la silla y le dije que me quedaría con él todo el tiempo que quisiera.

—Muchísimas gracias. Eres la encarnación de la paciencia y la amabilidad —dijo, volviendo a su asiento y recuperando su habitual semblante amable—. Ahora que me he recuperado de mi primera confesión sobre la miseria que me persigue en secreto allá donde voy, creo que puedo compartir contigo tranquilamente todo lo que queda por decir. Como te he dicho, mi tío Stephen —giró la cabeza rápidamente y miró hacia la mesa al pronunciar este nombre— mi tío Stephen vino dos veces a Wincot cuando yo era un niño y en ambas ocasiones me aterrorizó. Lo cierto es que lo único que hizo fue cogerme en brazos y hablarme —muy amablemente, según me dijeron, teniendo en cuenta su carácter— pero me aterrorizó de todos modos. Quizás tuve miedo de su estatura, su tez oscura, su cabello y su bigote, espesos y negros, como lo habría tenido cualquier niño; quizás su mera visión tuvo cierta extraña influencia en mí que entonces no pude comprender y que ahora no puedo explicar. Sea como fuere, solía soñar con él mucho tiempo después de que se hubiera ido, y siempre que me quedaba solo en la oscuridad creía que me vigilaba sigilosamente para cogerme en brazos. Los sirvientes que me cuidaban lo descubrieron y solían amenazarme con mi tío Stephen siempre que era malo o intratable. Cuando crecí, seguí conservando un vago temor y aborrecimiento a nuestro familiar ausente. Siempre escuchaba atentamente, aunque sin saber por qué, cuando mi padre o mi madre mencionaban su nombre: escuchaba con un presentimiento inexplicable de que algo horrible le había ocurrido a él, o estaba a punto de ocurrirme a mí. Ésta sensación sólo cambiaba cuando me dejaban solo en la Abadía; entonces parecía que

tal presentimiento se mezclaba con la curiosidad apremiante que había empezado a crecer dentro de mí, desde mucho antes, sobre el origen de la antigua profecía relativa a la extinción de nuestra raza. ¿Me sigues?

—Sigo cada palabra con la mayor atención.

—Debes saber entonces, que fue por aquella época cuando yo acababa de encontrar algunos de los fragmentos de los viejos versos en los que se relataba la profecía citados como curiosidad en un libro antiguo en la biblioteca. En la página opuesta a esta cita se había pegado una figura de madera basta que representaba a un hombre de pelo oscuro cuyo rostro era tan parecido al que recordaba de mi tío Stephen que el retrato me sobresaltó. Cuando le pregunté a mi padre sobre este asunto —era la época justo anterior a su muerte—, no sabía, o fingió no saber, nada del asunto. Y cuando después mencioné la predicción, cambió de tema con impaciencia. Lo mismo sucedió con nuestro capellán cuando hablé con él. Dijo que el retrato se había hecho siglos antes de que mi tío hubiera nacido, y tildó a la profecía de ramplona y absurda. Solía discutir con él sobre este último punto, y le preguntaba por qué a nosotros, católicos que creíamos que el don de hacer milagros nunca abandonaba a ciertas personas afortunadas, no se nos permitía creer del mismo modo que el don de la profecía existía también. Pero él no discutía conmigo, sólo decía que no debía perder el tiempo consagrando su mente a nimiedades; y que tenía más imaginación de lo que era deseable y debía controlarla en vez de estimularla. Éste tipo de consejos sólo servían para avivar mi curiosidad. Decidí en secreto buscar en la parte más antigua y deshabitada de la Abadía e intentar en la medida de lo posible hallar en los registros familiares olvidados a quién representaba el retrato y cuando se había escrito o pronunciado la profecía por primera vez. ¿Has tenido alguna vez la oportunidad de quedarte solo en las cámaras desiertas de una casa antigua?

—¡Nunca! Tanta soledad no es ni mucho menos de mi agrado.

—¡Ah! Qué maravillosos tiempos aquéllos en los que empezó mi búsqueda. Me gustaría volver a vivir todos aquellos momentos. Ésa tensión tentadora, esos extraños descubrimientos, esas locas suposiciones, esos miedos esclavizantes, todo ello pertenecía a esos tiempos. Imagina simplemente abrir la puerta de una habitación en la que no ha entrado alma humana antes que tú desde hace unos cien años; imagina el primer paso para adentrarte en una región de quietud horrible, sin aire, donde la luz entra débil y enfermiza a través de ventanas cerradas y cortinas podridas; imagina el fantasmal chirrido del viejo suelo que te grita cuando lo pisas, por muy suavemente que camines; imagina las armas, los sombreros, los extraños tapices de tiempos pasados que parece que van a salir de las paredes a tu paso cuando te acercas a ellos por primera vez bajo la luz sombría; imagina fisgonear en grandes armarios y en cofres con cierres de hierro, sin saber qué horrores pueden aparecer cuando los abras a golpes; imagina estudiar sus contenidos hasta que te sorprende el crepúsculo y la

oscuridad se hace dueña del lugar solitario; imagina querer dejarlo, y no poder irte, como si algo te retuviera; imagina el viento aullándote fuera; imagina las sombras oscureciéndose a tu alrededor y encerrándote en su negrura interior: simplemente imagina todo eso y podrás sentir en tu propia carne la fascinación de la incertidumbre y el terror en una vida como la que yo viví en esos tiempos remotos.

(No me atreví a imaginarme esa vida: era suficientemente terrorífico ver sus resultados, como los veía ahora ante mí).

—Bien, mi búsqueda duró meses y meses; después fue interrumpida brevemente; a continuación la retomé. No importaba la dirección que siguiera, siempre encontraba algo que me seducía. Confesiones terribles de crímenes pasados, pruebas sorprendentes de maldades secretas que habían estado escondidas a todos los ojos menos a los míos, salieron a la luz. A veces esos mismos hallazgos estaban asociados con determinadas partes de la Abadía que han tenido para mí un pavoroso interés propio desde entonces; a veces tenían relación con ciertos retratos antiguos de la galería de cuadros, que realmente temía contemplar después de lo que había descubierto. Hubo momentos en los que los resultados de esta búsqueda mía me horrorizaban de tal modo que decidía abandonarla; pero nunca conseguí mantener tal resolución mucho tiempo; la tentación de continuar llegaba a ser en ciertos momentos demasiado fuerte para mí, y entonces cedía a ella una y otra vez. Por fin encontré el libro mismo que perteneció a los monjes con toda la profecía escrita en la hoja en blanco. Éste primer éxito me alentó a continuar investigando esta vez en los archivos de la familia. No había descubierto hasta entonces nada sobre la identidad del retrato misterioso; sin embargo la misma clara intuición que me convencía de su extraordinario parecido con mi tío Stephen parecía indicarme también que la imagen estaba íntimamente relacionada con la profecía y que mi tío debía saber del tema más que ninguna otra persona. No tenía forma de entablar contacto con él, no tenía forma de corroborar si estaba o no en lo cierto acerca de esa extraña idea mía, hasta el día en que mis dudas se aclararon para siempre gracias a la terrible prueba que se hace presente ahora mismo ante mí en esta habitación.

Hizo aquí una breve pausa y me miro atenta y sospechosa mente; después me preguntó si creía todo lo que me había dicho hasta entonces. Mi respuesta afirmativa instantánea pareció satisfacer sus dudas y continuó:

—Una tranquila tarde de febrero estaba sentado solo en una de las habitaciones desiertas del torreón del lado oeste de la Abadía, mirando el anochecer. Justo antes de que se pusiera el sol sentí cómo me invadía una sensación que aún hoy me es imposible de explicar. Dejé de ver, dejé de oír, dejé de saber. Ésa total pérdida de conciencia apareció repentinamente; no se trataba de un desmayo, ya que no me caí al suelo, no me moví ni una pulgada de mi sitio. Si pudiera existir tal cosa, diría que fue un: separación temporal del cuerpo y el alma diferente a la muerte pero cualquier

descripción de mi situación en ese momento mi resulta imposible. Llama a mi estado como quieras, trance o catalepsia, sé que permanecí de pie junto a la ventana completamente inconsciente; muerto en cuerpo y mente, hasta que se puso el sol. Entonces volví a mi ser y después, cuando abrí los ojos, allí estaba la aparición de Stephen Monkton erguido frente a mí, débilmente luminoso, justo como está ahora frente a mí en este mismo momento, a tu lado.

—¿Esto ocurrió antes de que las noticias del duelo llegasen a Inglaterra? — pregunté.

—Dos semanas antes de que las noticias llegasen a Wincot. E incluso cuando supimos del duelo, no supimos el día en el que a celebró. Sólo averigüé ese dato cuando se publicó en el periódico francés el documento que acabas de leer. El documento, recordará tiene fecha de 22 de febrero y el periódico indica que el duelo se celebró dos días después. La tarde que vi al fantasma, escribí en mi cuaderno de bolsillo el día del mes en que se me apareció por primera vez. ¡Ése día era el 24 de febrero!

Hizo una nueva pausa, como si esperase que dijese algo. Después de las palabras que acababa de pronunciar, ¿qué podía decir?, ¿qué podía pensar?

—Ya preso del primer horror de esa primera aparición —continuó—, la profecía contra nuestra casa cruzó mi mente, y con ella la convicción de que estaba contemplando ante mí, en forma de esa presencia espectral, el augurio de mi propia maldición. En cuanto me hube recuperado un poco, decidí, no obstante, comprobar la realidad de lo que veía; descubrir si era la víctima de mi propia imaginación enfermiza o no. Salí del torreón; el fantasma salió conmigo. Me inventé una excusa para iluminar profusamente el salón de la Abadía; la figura continuaba frente a mí. Di un paseo por el jardín; allí estaba, bajo la luz de las estrellas. Me alejé de la casa y recorrí muchas millas hasta llegar a la costa; el hombre alto y oscuro dominado por su agonía mortal me acompañó en todo momento. Después de esto, decidí dejar de luchar contra la fatalidad. Regresé a la Abadía e intenté resignarme a mi desgracia. Pero no pudo ser. Tenía una esperanza a la que apreciaba más que a mi propia vida; tenía un tesoro que me pertenecía y me estremecía de escalofríos con sólo plantearme la posibilidad de perderlo; y cuando la presencia del fantasma se convirtió en un obstáculo de mal agüero entre mi tesoro, mi más querida esperanza, y yo, entonces mi desgracia aumentó hasta llegar a ser insoportable. Sabrá a que me refiero; ¿habrá oído a menudo que estaba prometido en matrimonio?

—Sí, a menudo. Yo mismo conozco a la señorita Elmslie.

—Nunca podrá usted saber todo lo que ella ha sacrificado por mí, nunca podrá imaginar lo que he sentido durante años y años. —Le tembló la voz, se le llenaron los ojos de lágrimas—, pero no confío en mi mismo lo suficiente como para atreverme a hablar de eso; pensar en los viejos tiempos felices de la Abadía me rompe el corazón

ahora. Déjeme volver al tema anterior. Debo contarle que mantuve en secreto para todo el mundo la aterradora visión que me perseguía en todo momento y en todo lugar, ya que conocía los malvados rumores sobre la locura que yo había heredado de mi familia, y porque temía que cualquier confesión que pudiese hacer me situaría en una injusta desventaja. Y aunque el fantasma siempre estaba frente a mí y por lo tanto siempre aparecía bien delante o bien al lado de cualquier persona con la que hablara, pronto aprendí a ocultar a los demás que lo estaba observando, excepto en raras ocasiones en las que quizás me he traicionado a mí mismo ante ti. Pero ese dominio de la situación era en vano cuando se trataba de Ada. Se acercaba el día de nuestro matrimonio.

Se detuvo y le recorrió un escalofrío. Esperé en silencio hasta que volvió a controlarse.

—Imagina —continuó—, ¡imagina lo que debo de haber sufrido teniendo delante de mí esa visión siempre que contemplaba a mi prometida! ¡Imagina tomar su mano y que parezca que la tomas a través de la figura de la aparición! ¡Imagina su rostro angelical y tranquilo, y el torturado rostro espectral siempre juntos, cada vea que mis ojos se encontraban con los suyos! Piensa en todo esto y no te sorprenderás de que le revelase mi propio secreto. Suplicó con ansia saber lo peor, diré más, insistió en saberlo. Cumpliendo sus órdenes le conté todo, y después la dejé libre para que rompiese nuestro compromiso. La idea de la muerte estaba en mi corazón cuando pronuncié las palabras de despedida: muerte por mi propia voluntad, si es que la vida seguía aferrada a mí tras nuestra separación. Ella tuvo sospechas de ese pensamiento; lo sabía y no me dejó hasta que su buena influencia lo hubo destruido para siempre. Si no fuese por ella no estaría vivo ahora; si no fuese por ella no hubiese emprendido el proyecto que me ha traído hasta aquí.

—¿Quieres decir que fue la señorita Elmslie quien sugirió que vinieras a Nápoles? —pregunté asombrado.

—Quiero decir que lo que ella dijo sugirió el plan que me ha traído hasta Nápoles —respondió—. Mientras creí que el fantasma se me había aparecido como el mensajero fatal de la muerte, no había consuelo, sino más bien tristeza al oírla decir que no habría fuerza humana que le hiciese abandonarme, y que viviría para mí, y sólo para mí, en cualquier adversidad. Pero todo cambió cuando más tarde reflexionamos juntos sobre el verdadero propósito que animaba a la aparición; todo cambió cuando ella me demostró que su misión quizás respondía a fines benévolos, y no malévolos, y que la advertencia que parecía querer hacerme, podría ser no para perjudicarme, sino para beneficio mío. Esas palabras hicieron que al instante se me ocurriese una idea nueva, que desde entonces me ha dado ánimos para vivir. Creí entonces lo que creo ahora: que mi misión aquí obedece a un motivo sobrenatural. Con esa creencia vivo; sin ella moriría. Ella nunca la ridiculizó, nunca la despreció

como locura. ¡Recuerda mis palabras! El espíritu que se me apareció en la Abadía, y que jamás me ha dejado desde entonces, que está de pie ahora mismo a tu lado, me advierte de que escape de la fatalidad que se cierne sobre nuestra raza, y me ordena, para salvarme, que entierre al muerto sin sepulcro. Los amores y los intereses mortales han de inclinarse ante este terrible mandato. ¡La presencia espectral nunca me dejará hasta que le haya dado cobijo al cuerpo que pide a gritos a la tierra que lo cubra! No volveré, no me casaré, hasta que haya llenado el hueco que permanece vacío en la cripta de Wincot.

Sus ojos brillaron y se dilataron, su voz se hizo más profunda, un éxtasis fanático iluminó su expresión mientras pronunciaba estas palabras. Aunque estaba asombrado y apenado, no hice ningún intento de protestar o de razonar con él. Habría sido inútil mencionar los habituales lugares comunes sobre ilusiones ópticas o imaginaciones exacerbadas, y peor que inútil haber intentado encontrar causas naturales para cualquiera de los extraordinarios acontecimientos y coincidencias que acababa de relatar. Aunque había hablado brevemente de la señorita Elmslie, había dicho lo suficiente para convencerme de que la única esperanza de la pobre muchacha que tanto le quería y que le conocía desde mucho antes que todos los demás, era fingir ante sus engaños hasta el final. ¡Con qué lealtad seguía aferrada a la certeza de que podía curarle! ¡Con que resolución se sacrificaba a sus malsanas quimeras en la esperanza de un futuro feliz que quizás no llegaría nunca! Aunque poco sabía de la señorita Elmslie, sólo pensar en su situación, tal y como la conocía ahora, me estremecía el corazón.

—¡Me llaman el Loco Monkton! —exclamó, rompiendo súbitamente el silencio de los últimos minutos—. Aquí y en Inglaterra todos creen que he perdido el juicio menos Ada y tú. Ella ha sido mi salvación, y tú también serás mi salvación. Lo supe cuando te vi por primera vez paseando en la Villa Reale. Luché contra el fuerte deseo que me dominaba de confiarte mi secreto, pero cuando te vi esta noche en el baile no pude resistirlo más; el fantasma parecía dirigirme hacia ti mientras estabas allí solo en la silenciosa habitación. Háblame más de esa idea tuya para encontrar el lugar donde se celebró el duelo. Si salgo mañana para buscarlo yo mismo, ¿dónde debo ir primero? ¿Dónde? —Se detuvo; era evidente que las fuerzas empezaban a fallarle y que su mente estaba confusa—. ¿Qué debo hacer? No lo consigo recordar. Tú lo sabes todo, por favor, ayúdame. Mi sufrimiento me impide hacerlo yo mismo.

Se detuvo y murmuró algo sobre un fracaso si iba a la frontera solo, y habló de forma confusa sobre retrasos que podían ser fatales, después intentó decir el nombre de «Ada»; pero al pronunciar la primera letra, su voz se quebró, me dio la espalda bruscamente y rompió en llanto.

En ese momento mi lástima por él pudo más que mi prudencia, y sin pensar en responsabilidades, prometí al instante hacer por su caso lo que me pidiera. Su salvaje

expresión triunfal al incorporarse bruscamente y estrecharme la mano me demostró que debería haber sido más precavido; pero ya era tarde para retractarme de mis palabras.

Lo mejor que podía hacer a continuación era intentar en la medida de lo posible serenarle un poco y después marcharme y pensar fríamente en soledad sobre todo el asunto.

—Sí, sí —replicó, como respuesta a las palabras que ahora le dirigía para intentar calmarle—, no temas por mí. Después de lo que has dicho te prometo serenidad y compostura en cualquier situación extrema. Llevo tanto tiempo acostumbrado a la aparición que apenas siento su presencia excepto en raras ocasiones. Además, aquí tengo este pequeño paquete de cartas, que son la medicina para cualquier enfermedad del corazón. Son las cartas de Ada; las leo para tranquilizarme siempre que mi infortunio parece vencer a mis fuerzas. Necesitaba esa media hora para poder leerlas esta noche antes de que vinieras y así estar listo para verte, y volveré a hacerlo cuando te vayas; así que te repito que no temas por mí. Sé que con tu ayuda lo conseguiré, y Ada te lo agradecerá tanto como te mereces cuando volvamos a Inglaterra. Si oyes algún rumor absurdo en Nápoles sobre mi locura, no te molestes en negarlo; el escándalo es tan despreciable que acabará por negarse a sí mismo.

Le dejé con la promesa de regresar temprano al día siguiente. Cuando volví a mi hotel, la sola idea de dormir después de todo lo que había visto y oído se me antojó imposible; así, encendí mi pipa y sentado junto a la ventana —¡cómo serenó mis pensamientos entonces la visión de la tranquila luz de la luna!— intenté pensar qué sería lo mejor que podía hacer. En primer lugar, parecía impensable acudir a un médico o a los amigos de Alfred en Inglaterra. No estaba del todo seguro de que su mente estuviese lo suficientemente perturbada como para justificar, bajo estas circunstancias, la revelación del secreto que me había confiado. En segundo lugar, todos los intentos por mi parte para convencerle de que abandonase la idea de buscar los restos de su tío serían totalmente inútiles después de lo que le había dicho imprudentemente. Una vez llegué a estas dos conclusiones, la única gran dificultad verdadera que seguía desconcertándome era si había alguna justificación para que yo le ayudase a llevar a cabo su extraordinaria misión.

En caso de que, con mi ayuda, Alfred encontrase el cuerpo del señor Monkton y se lo llevase consigo de vuelta a Inglaterra; ¿era correcto por mi parte que de este modo acabase yo contribuyendo al matrimonio que seguramente se celebraría tras estos acontecimientos, un matrimonio que cualquiera, sabiendo lo que yo sabía, debería intentar evitar a cualquier precio? Esto me llevó pensar sobre los límites de su locura, o para hablar más suavemente y con corrección, de su confusión. Para los asuntos corrientes; Alfred estaba sin duda sano; más aún, en la narración de los hechos que me había relatado esa misma noche se había expresado con claridad y

coherencia. En cuanto a la historia de la aparición muchos hombres con mentes tan sensatas como la que podría tener cualquiera, han creído que les perseguían fantasmas, y hasta han escrito sobre el tema en un gran esfuerzo de especulación filosófica. Estaba claro que la verdadera alucinación del caso que tenía ante mí estaba en la creencia de Monkton en la certeza de la vieja profecía, y en su convencimiento de que la supuesta aparición era una advertencia sobrenatural dirigida a él para escapar a su maldición; y también estaba claro que ambos engaños eran fruto principalmente de la vida solitaria que había llevado y de su influencia sobre un temperamento naturalmente excitable; en alguien que además era más propenso a una enfermedad del alma a causa del estigma de la locura hereditaria.

¿Tenía curación? La señorita Elmslie, que le conocía mucho mejor que yo, parecía pensar que sí, dado su comportamiento. ¿Tenía yo alguna razón o algún derecho para decidir a la ligera que ella estaba equivocada? En caso de que me negase a ir con Alfred a la frontera, con seguridad él iría de todas maneras, cometería todo tipo de errores y quizás se enfrentaría a calamidades de toda índole; mientras que yo, un hombre desocupado, con todo el tiempo a mi disposición, me quedaría en Nápoles y le dejaría solo ante su destino después de haber sugerido el plan de su expedición y haber insistido en que confiase en mí. Así, seguí dando vueltas en mi cabeza a todo el asunto una y otra vez, evitando, permítanme añadir, estudiarlo de cualquier forma que no fuese desde un punto de vista práctico. Creía firmemente, como escéptico que soy de todo tipo de historias de fantasmas, que Alfred se estaba engañando a sí mismo al pensar que la aparición de su tío se había producido antes de que las propias noticias de la muerte del señor Monkton llegasen a Inglaterra, y por lo tanto por este lado estaba totalmente libre de la influencia o del más mínimo contagio de los engaños de mi infeliz amigo cuando finalmente decidí acompañarle en su extraordinaria búsqueda. Posiblemente mi atolondrada tendencia a la emoción de aquella época me predispusieron un poco a la hora de tomar la decisión; pero debo añadir en mi defensa, que también actué movido por una profunda simpatía por Monkton y por el deseo sincero de aliviar, si podía, la preocupación de la pobre muchacha que seguía esperando y rezando lealmente por él tan lejos, en Inglaterra.

Ciertos preparativos de nuestro viaje, que me vi obligado a realizar tras mi segundo encuentro con Alfred, desvelaron el objeto de nuestra expedición a la mayoría de nuestros amigos napolitanos. El asombro de todos fue por supuesto infinito, y no se ocultaba ante mi presencia la sospecha prácticamente general de que yo debía estar tan loco a mi modo como lo estaba el mismo Monkton. Algunos llegaron a intentar disuadirme de mi decisión recordándome cuán libertino y desvergonzado había sido Stephen Monkton, ¡cómo si yo tuviese un poderoso interés personal en buscar sus restos! El miedo a hacer el ridículo me importaba tan poco como cualquier argumento de este tipo; había tomado una decisión, y era tan

obstinado entonces como lo soy ahora.

Dos días después lo tenía todo preparado y había pedido que el coche de viaje estuviera esperándome en la puerta varias horas antes de lo que habíamos acordado en principio. Nuestros conocidos ingleses nos habían amenazado jovialmente con brindarnos unos «víttores de despedida», y pensé que era necesario evitarlo por el bien de mi amigo, ya que, en verdad, había estado más excitado por la preparación del viaje de lo que me parecía deseable. Así, poco tiempo después del amanecer, sin un alma que nos observara en la calle, abandonamos Nápoles en secreto.

Nadie se sorprenderá, creo, si desvelo ahora que tuve ciertas dificultades en asumir mi propia posición, e instintivamente no me atrevía a pensar ni en lo que iba a pasar al día siguiente cuando súbitamente me vi a mí mismo, en compañía del «Loco Monkton», emprendiendo un viaje para buscar el cuerpo de un duelista muerto a lo largo de la frontera con los Estados Pontificios.

V

Decidí personalmente que lo mejor sería, para empezar, fijar nuestro cuartel general en la ciudad de Fondi, cerca de la frontera, y dispuse, asistido por la embajada, que el triste ataúd nos siguiese hasta allí, firmemente clavado dentro de su cajón de embalaje. Además de nuestros pasaportes, estábamos bien provistos de cartas de presentación destinadas a las autoridades locales en las ciudades fronterizas más importantes y, para completarlo todo, teníamos dinero suficiente a nuestra disposición (gracias a la vasta fortuna de Monkton) para garantizar los servicios de todo aquél que fuese necesario a lo largo de nuestro viaje. Estos recursos nos garantizarían todo tipo de facilidades, siempre que tuviésemos éxito y encontrásemos el cuerpo sin vida del duelista. Pero, en el caso probable de que fracasásemos, nuestros planes futuros —más aún después de la responsabilidad que me había impuesto— eran de una naturaleza nada agradable de imaginar. Confieso que me sentía inquieto, casi desesperado, cuando tomamos el camino hasta Fondi bajo el deslumbrante sol italiano.

Viajamos con calma durante dos días hasta que llegamos a la ciudad en cuestión, ya que había insistido, por el bien de Monkton, en hacer nuestra travesía lentamente.

El primer día de viaje, la agitación excesiva que aquejó a mi compañero me alarmó ligeramente; fui testigo de más síntomas de la enfermedad que perturbaba su mente de los que hasta entonces había observado en él. No obstante, el segundo día pareció más dado a reflexionar con calma sobre la nueva búsqueda que habíamos emprendido, y excepto en lo que se refería a un punto concreto, se mostraba considerablemente animado y sereno. Pues siempre que su tío muerto se convertía en el objeto de la conversación, seguía insistiendo —esgrimiendo la fuerza de la vieja profecía y bajo la influencia de la aparición que veía, o pensaba que veía, en todo momento— en afirmar que el cuerpo de Stephen Monkton, donde fuera que estuviese, estaba sin enterrar. En cualquier otro asunto aceptaba mi parecer, con rapidez y docilidad incluso; sobre este punto mantenía su curiosa opinión con una obstinación que desafiaba a la razón y la persuasión por igual.

El tercer día descansamos en Fondi. El cajón de embalaje con el ataúd en su interior nos alcanzó y se depositó en lugar seguro bajo llave. Alquilamos unas mulas y encontramos a un hombre que conocía la zona en profundidad dispuesto a actuar como guía. Se me ocurrió que, para empezar, lo mejor sería revelar el verdadero propósito de nuestro viaje sólo a las personas de más confianza que pudiésemos encontrar dentro de las clases más cultas. Por esta razón seguimos en un aspecto el ejemplo del fatal grupo de duelistas emprendimos la marcha temprano en la mañana

del cuarto día bien provistos de cuadernos de dibujo y cajas de pinturas, como si no fuésemos, más que artistas en busca de inspiración pintoresca.

Después de viajar durante varias horas en dirección al norte ya dentro de la frontera romana, decidimos parar, a fin de descansar, y dar también descanso a las mulas, en un agreste pueblecito alejado de los caminos turísticos más transitados.

La única persona con cierta importancia en el lugar era el cura, y a él dirigí mis primeras preguntas, dejando a Monkton a la espera de mi regreso junto al guía. Afortunadamente, yo hablaba italiano con la fluidez y la corrección suficientes, y fui extremadamente educado y precavido al introducir el asunto. Pero a pesar de todas las molestias que me tomé, lo único que conseguí fue asustar y desconcertar al pobre cura, que se atribulaba más y más con cada palabra nueva que yo pronunciaba. La idea de un grupo de duelistas y un hombre muerto parecía aterrorizarle. Se inclinó, se agitó, miró al cielo, se encogió de hombros lastimosamente, y finalmente me dijo, con un rápido circunloquio italiano, que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba hablando. Coseché, pues, mi primer fracaso. Y confieso que fui lo suficientemente débil para sentirme algo desanimado cuando me reuní con Monkton y el guía.

Cuando refrescó volvimos a emprender la marcha.

A unas tres millas del pueblo, la carretera, o más bien el camino, se abría en dos direcciones. Nuestro guía nos informó de que el camino de la derecha llevaba hasta un convento situado en las montañas que se encontraba a unas seis millas. Si dejábamos atrás el convento y continuábamos, pronto llegaríamos a la frontera napolitana. El camino de la izquierda se adentraba en el interior del territorio romano y nos conduciría hasta una ciudad pequeña donde podríamos hacer noche. Ciertamente, en ese momento el territorio romano nos ofrecía un campo más apto para nuestra búsqueda, y siempre podíamos ir al convento en caso de que regresásemos a Fondi habiendo fracasado. Además, el camino de la izquierda llevaba a la parte más extensa del país que por entonces sólo habíamos empezado a investigar, y yo siempre he sido partidario de abordar en primer lugar la dificultad mayor; así que decidimos resueltamente tomar el camino de la izquierda. La expedición que emprendimos nos llevó toda una semana, y no dio ningún resultado. No descubrimos absolutamente nada y regresamos a nuestro cuartel general en Fondi tan confusos que no sabíamos hacia donde dirigir nuestros pasos a continuación.

Más que el fracaso en sí, a mí me inquietaba mucho más el efecto que tal fracaso tendría en el ánimo de Monkton. Su determinación pareció desmoronarse completamente en cuanto comenzamos a desandar lo andado.

Primero se volvió displicente y caprichoso, y después silencioso y abatido. Finalmente cayó en un letargo de cuerpo y alma que me alarmó profundamente. A la mañana siguiente a nuestro regreso a Fondi mostró una extraña tendencia a dormir

incesantemente que me hizo sospechar la existencia de una enfermedad real en su cabeza. Durante todo el día apenas intercambió una palabra conmigo y parecía no estar nunca del todo despierto. A la mañana siguiente temprano fui a su habitación y le encontré tan silencioso y aletargado como los días anteriores. Su criado, que estaba con nosotros, nos informó de que Alfred ya había mostrado anteriormente, en una o dos ocasiones, esos síntomas físicos de fatiga, que ahora observábamos, cuando aún vivía su padre, en la Abadía de Wincot. Ésta información me tranquilizó y me permitió despejar la mente para poder centrarme en estudiar la misión que nos había llevado hasta Fondi.

Decidí emplear el tiempo hasta que mi compañero mejorase en continuar la búsqueda por mi cuenta. El camino de la derecha que llevaba al convento aún no había sido explorado. Si partía para rastrearlo no haría falta que estuviese lejos de Monkton más de una noche, y así, al regresar, podría al menos darle la satisfacción de saber que se había aclarado otro de los misterios sobre el lugar del duelo. Estas reflexiones me decidieron a actuar. Dejé un mensaje para mi amigo por si preguntaba donde había ido, y salí hacia el pueblo en el que habíamos hecho un alto al empezar nuestra primera expedición.

Con la idea de caminar en solitario hasta el convento, me separé de mi guía y de las mulas en el lugar donde se bifurcaba el camino, dejando que volviesen al pueblo y aguardasen mi regreso.

Durante las primeras cuatro millas el camino ascendía suavemente a través de un paisaje abierto; después éste se hacía abrupto y mucho más escarpado, y me fui adentrando más y más en bosques espesos y vastísimos en extensión. Poco después, aun cuando mi reloj indicaba que debía haber andado prácticamente toda la distancia estimada, la visión del bosque era infinita allá donde mirase, y una pantalla impenetrable de hojas y ramas me impedía ver siquiera el cielo sobre mi cabeza. Aún así seguí a mi único guía: el abrupto camino; y diez minutos después, emergiendo súbitamente en un terreno bastante claro y llano, vi el convento ante mí.

Se trataba de un lugar oscuro, humilde y con aspecto siniestro. No había ni rastro de vida o movimiento a su alrededor. Unas manchas verdes recorrían en toda su extensión la fachada de la capilla, antaño blanca. El musgo crecía profusamente en cada grieta del muro pesado y hosco que lo rodeaba. Largos hierbajos salían de las hendiduras del tejado y el parapeto, y caían hacia abajo, oscilando con desidia entre las barras de las ventanas de los dormitorios. La misma cruz situada frente a la puerta de entrada, con una imponente figura de madera tamaño natural clavada a ella, tenía la base tan dominada por criaturas reptantes, y mostraba un aspecto tan viscoso, verdoso y podrido toda ella, que la visión me repugnó.

Junto a la puerta colgaba una cuerda de campana con el tirador roto. Me acerqué a ella, dudé, sin saber bien por qué, miré de nuevo al convento, y después caminé

rodeándolo hasta llegar a la parte trasera del edificio. Me proponía ganar tiempo para pensar en lo que debía hacer a continuación, pero también me embargaba una sorprendente curiosidad que extrañamente me apremiaba a ver todo lo que pudiese del exterior del lugar antes de acudir a la puerta para intentar que me dejaran entrar.

En la parte trasera del convento me topé con un cobertizo, pegado a la pared. Se trataba de una construcción torpe, decadente, con la mayor parte del techo desplomada y un agujero mellado en uno de sus lados, donde con toda probabilidad una vez hubo una ventana. Detrás del cobertizo los árboles crecían más espesos que en ningún otro lugar. Al mirar en dirección a ellos no pude ver si el terreno que estaba ante mí ascendía o descendía, si era herboso, arenoso o pedregoso. No podía ver nada aparte de las omnipresentes hojas, zarzas, helechos y la larga hierba.

Ni un sonido quebraba la opresiva quietud. Ni una nota del canto de un pájaro salía de la frondosa tierra virgen que me rodeaba. Ni una voz se escuchaba en el jardín del convento detrás del hosco muro. Ni un reloj daba la hora en la torre de la capillas. Ni un perro ladraba en el ruinoso cobertizo. Ése silencio mortal magnificaba la soledad del lugar de forma indescriptible. Empecé a sentir cómo tal silencio pesaba sobre mi alma, más aún cuando los bosques nunca han sido mi lugar favorito de paseo. Ésa felicidad pastoril que los poetas representan a menudo cuando cantan a la vida en los bosques, en mi opinión, no tiene ni la mitad de encanto que la de la vida en la montaña, o en la campiña. Cuando estoy en un bosque echo de menos la maravilla que supone el cielo infinito y la deliciosa dulzura que la distancia le da al paisaje terrenal que está a sus pies. Siento opresivamente el cambio que experimenta el aire libre cuando se ve atrapado entre las hojas, y en vez complacerme, invariablemente me horroriza esa luz quieta y misteriosa que brilla con ese débil resplandor en los lugares profundos entre las frondas. Se me podrá achacar mal gusto o insensibilidad ante las maravillosas hermosuras de la vegetación, pero debo reconocer con franqueza que nunca me adentro en la profundidad de un bosque sin descubrir que la parte más agradable de mi paseo consiste en salir de él: escapar a la colina más desnuda, a la ladera más salvaje, a la cima de la montaña más hostil, pero escapar a cualquier lado con tal de poder contemplar el cielo encima de mi cabeza y el paisaje ante mis ojos hasta donde me alcance la vista.

Tras una confesión como la que acabo de hacer, a nadie sorprenderá que sintiese el imperioso deseo, mientras estaba junto al cobertizo ruinoso, de volver sobre mis pasos y salir lo mejor parado posible del bosque. De hecho, ya me había girado para emprender la marcha, cuando el recuerdo de la misión que me había traído hasta el convento repentinamente me paró los pies. Parecía dudoso que me dejaran entrar en el edificio si tocaba la campana, y más que dudoso, en caso de que me dejaran pasar, que los habitantes pudiesen proporcionarme cualquier pista sobre la información que estaba buscando. No obstante, era mi deber hacia Monkton agotar todas las

posibilidades para ayudarle en su desesperada misión que hasta entonces había resultado infructuosa; así que decidí volver mis pasos hacia la puerta del convento y llamar a la campana de entrada de todos modos.

Justo cuando volví a pasar junto al cobertizo, fue el destino el que me hizo alzar la vista hacia el lugar donde se hallaba el agujero mellado. Me di cuenta de que éste se hallaba situado en un lugar bastante elevado de la pared. Al pararme a observarlo, noté que la cercanía de la atmósfera parecía afectarme de un modo si cabe más desagradable que antes.

Esperé un minuto y deshice el nudo de mi corbata.

¿La cercanía? Tenía que ser algo más que eso. El aire resultaba más repugnante para mí nariz que para mis pulmones. Un olor tenue, indescriptible, lo inundaba; un olor que nunca había olido antes, un olor que me parecía (ahora que mi atención se centraba en él) que aumentaba gradualmente conforme me acercaba al cobertizo, lo que indicaba sin duda que allí estaba su origen.

Una vez hube realizado este experimento dos o tres veces, lo que me llevó a comprobar que parecía estar en lo cierto, se despertó en mí la curiosidad. Había multitud de fragmentos de piedra y ladrillo a mi alrededor. Reuní unos cuantos y los apile en una torre bajo el agujero, después me subí a ella, y con un cierto sentimiento de vergüenza ante mis actos, me asomé al cobertizo.

La visión horrorosa que contemplaron mis ojos en el momento en que miré a través del agujero está tan presente en mi memoria ahora como si hubiese sido ayer. Apenas soy capaz de escribir sobre ello todavía, después de todo el tiempo transcurrido, sin que me recorra un estremecimiento de aquel terror de la cabeza a los pies. Lo primero que me pareció ver, al mirar hacia dentro, fue un objeto largo, yacente, teñido enteramente de color azul más bien claro, extendido sobre unos caballetes y con cierto parecido horrible y a medio hacer con un rostro y cuerpo humanos. Volví a mirarlo y estuve seguro de mi percepción. Allí estaban las prominencias de frente, nariz y barbilla que indistintamente se percibían como cubiertas por un velo; más abajo, el perfil redondeado del pecho y el hueco bajo éste; después las rodillas y los pies rígidos; cadavéricos y vueltos hacia arriba. Volví a mirar, esta vez con más atención. Mis ojos se acostumbraron a la tenue luz que entraba por el techo roto, y me convencí de que, a juzgar por el gran tamaño del cuerpo de la cabeza hasta los pies, estaba contemplando el cadáver de un hombre; un cadáver que aparentemente había estado cubierto por una sábana, y que había yacido pudriéndose sobre los caballetes bajo el cielo abierto el tiempo suficiente para que el lino tomase el tono lívido, azul claro del moho y la descomposición.

Cuánto tiempo permanecí con la mirada fija en esa terrorífica visión de la muerte, en ese horrible despojo de la humanidad sin tumba que envenenaba el aire inmóvil y que parecía incluso manchar la débil luz que lo revelaba, no lo sé. Recuerdo un

sonido apagado, distante, entre los árboles, como si se levantara la brisa, el lento acercamiento del sonido hasta el lugar donde yo estaba, la caída silenciosa en remolino de una hoja muerta sobre el cadáver ante mí, a través del hueco del tejado del cobertizo, y el efecto de despertar de mis energías, de relajación de mi duro esfuerzo mental, que esa hoja caída produjo en mí inmediatamente al alterar de forma mínima el escenario que contemplaba. Bajé al suelo, y sentado sobre el montón de piedras me limpié el sudor espeso que cubría mi rostro y del que acababa de ser consciente por primera vez. No era tan sólo el horrible espectáculo que se me había brindado de forma tan inesperada lo que agitaba mis nervios de ese modo del que ahora era consciente. La predicción de Monkton, que decía que si teníamos éxito en la búsqueda del cuerpo de su tío, lo encontraríamos sin enterrar, me vino a la mente en el instante en que vi los caballetes y su cadavérica carga. Supe en ese momento que había encontrado al hombre muerto —recordé la vieja profecía—, y al pensar en el pobre chico que esperaba mi regreso en la lejana ciudad, me dominó un sentimiento extraño de anhelante dolor, una corazonada de mal agüero, un terror inexplicable, y me recorrió un escalofrío de supersticioso terror, que me robó el juicio y la resolución y que, cuando por fin me rehice, me dejó débil y mareado, como si acabara de sufrir algún tipo de punzada de dolor físico abrumador.

Corrí hacia el otro lado hasta la puerta del convento y llamé a la campana con impaciencia. Esperé durante un rato y volví a llamar. Después oí pasos.

En medio de la puerta, justo frente a mi rostro, se recortaba una ventanita corredera de no más de unas cuantas pulgadas de largo; en ese momento alguien la empujó hacia un lado desde dentro, y vi, a través de un enrejado de hierro, dos ojos gris claro y apagados, que me miraban fijamente como si miraran al vacío. Una voz débil y ronca dijo:

—¿Qué es lo que quiere?

—Soy un viajero —empecé.

—Vivimos en un lugar miserable. No hay nada aquí para enseñar a los viajantes.

—No he venido a ver nada. Tengo una pregunta importante que hacerle, que creo que alguien en este convento podrá responder. Si no quiere dejarme entrar, al menos salga y hable conmigo aquí fuera.

—¿Está solo?

—Totalmente solo.

—¿Hay mujeres con usted?

—Ninguna.

La puerta se abrió lentamente y un viejo capuchino, muy achacoso, muy receloso y muy sucio apareció ante mí. Estaba demasiado excitado e impaciente para perder el tiempo con frases introductorias; así pues, le conté al monje al instante que había mirado a través del agujero en el cobertizo y lo que había visto dentro, y le pregunté,

directamente, quién era el hombre cuyo cadáver había contemplado y por qué estaba el cuerpo sin enterrar.

El viejo capuchino me escuchó con ojos acuosos que brillaban sospechosamente. Tenía una maltrecha tabaquera de hojalata en la mano, y durante todo el tiempo que estuve hablando, con un dedo y el pulgar intentaba coger lentamente dentro de la caja unos pocos granos sueltos de rapé una y otra vez. Cuando terminé, sacudió la cabeza y dijo:

—Ciertamente es una imagen horrorosa la que se puede contemplar en ese cobertizo; una de las más horrorosas visiones —dijo— que jamás habrá tenido ocasión de presenciar.

—No quiero que hablemos de la imagen —repliqué, impaciente—. Quiero que me diga quién era ese hombre, cómo murió, y por qué no está enterrado decentemente. ¿Me lo puede decir?

En ese momento el monje había logrado por fin capturar, sirviéndose de su pulgar y su dedo corazón, tres o cuatro granos de rapé; lentamente se los llevó a la nariz, manteniendo la caja abierta justo debajo mientras tanto, para evitar que se perdiera alguno de los granos; aspiró una o dos veces con lujuria, cerró la caja, y me miró de nuevo con sus ojos acuosos brillando más sospechosamente que antes.

—Sí —dijo el monje—. Desde luego la visión del cobertizo es horrorosa, una visión espeluznante, ciertamente.

Nunca antes en mi vida me había resultado tan difícil mantener la calma. Conseguí, no obstante, reprimir unas palabras poco respetuosas que se me habían ocurrido sobre los monjes en general, y que tenía en la punta de la lengua, e hice un nuevo intento de vencer las exasperantes reservas del anciano. Afortunadamente, yo también solía tomar rapé y casualmente tenía una caja llena de uno excelente, inglés, en el bolsillo, que utilicé como soborno. Era mi último recurso.

—Me parece que su caja acaba de vaciarse —dije—. ¿Quiere probar un poco del mío?

La oferta fue aceptada con una presteza casi juvenil en sus ademanes. El capuchino cogió la mayor cantidad de polvo de rapé que jamás he visto entre dos dedos de un hombre; lo inhaló lentamente sin desperdiciar ni un grano; entrecerró los ojos, meneó dulcemente la cabeza y me dio unas palmaditas paternas en la espalda.

—¡Oh, hijo mío! —dijo el monje—, ¡qué tabaco tan delicioso! ¡Oh hijo mío y amable viajante, déle al padre espiritual que tanto le ama otra pequeña pizca de rapé!

—Déjeme rellenarle la caja. Aún me sobraré mucho.

Me tendió la maltrecha tabaquera antes de que pudiese terminar de hablar; la mano paternal me golpeó la espalda con más aprobación que nunca; la voz frágil y ronca se tornó súbitamente en un torrente de elocuencia que se deshacía en alabanzas. Era evidente que había encontrado el flanco más débil del viejo capuchino, y tras

devolverle la tabaquera, me aproveché al instante de este descubrimiento.

—Perdóneme por volverle a molestar con este asunto —dije—; pero tengo especiales razones para querer oír todo lo que me pueda decir como explicación de esa terrible visión del cobertizo.

—Pase —respondió el monje.

Me condujo al otro lado de la puerta y la cerró. Después cruzamos un patio mohoso que daba al jardín de la cocina, lleno de malas hierbas, y me indicó que entrase en una habitación muy larga con el techo bajo, en la que apenas cabían un aparador sucio, unas cuantas sillas de coro rudamente talladas y uno o dos cuadros macabros y viejos de adorno. Ésta era la sacristía.

—Aquí, no hay nadie, y es agradable y fresco —dijo el viejo capuchino. Era tal la humedad que reinaba en la estancia, que de hecho empecé a tiritar—. ¿Le gustaría ver la iglesia? —dijo el monje—; una joya de iglesia, si pudiésemos mantenerla en buen estado; pero no podemos. ¡Ah, qué maldición y qué desgracia somos demasiado pobres para mantener nuestra iglesia en condiciones aceptables!

En ese momento sacudió la cabeza y empezó a jugar con un gran manojito de llaves.

—Qué importa la iglesia ahora —dije—. ¿Me puede usted decir o no lo que quiero saber?

—Todo, desde el principio hasta el final; absolutamente todo. Por qué respondí a la campana de la puerta; siempre respondo a la campana aquí... —dijo el capuchino.

—¿Qué tiene que ver por Dios Santo la campana de la puerta con un cuerpo sin enterrar en su casa?

—Escuche, hijo mío, y lo sabrá. Hace algún tiempo, algunos meses, ¡ay, dios mío, qué viejo estoy!; he perdido mi memoria; no sé cuántos meses, ¡ay, pobre de mí! no soy más que un monje viejo y viejo —y se consoló con otro polvo de rapé.

—Qué más da el momento exacto —dije—. Eso no me interesa.

—Bien —dijo el capuchino—. Entonces puedo continuar. Bien, digamos hace unos meses, estamos todos en el convento desayunando —desgraciados, desgraciados desayunos hijo mío los de este convento—, y oímos «¡bang, bang!», dos veces. «Pistolas», digo yo. «¿Por qué disparan?», dice el hermano Vincent. «Aha, ¡un juego!», dice el hermano Jeremy. «Si oigo más disparos, mandaré a alguien afuera para averiguar lo que ocurre», dice el padre superior. Pero no oímos nada más y seguimos con nuestro desgraciado desayuno.

—¿De dónde procedía el ruido de los revólveres? —pregunté.

—De abajo, más allá de los árboles grandes que están detrás del convento, donde hay un terreno despejado, un buen terreno, si no fuese por las charcas y las pozas. Pero ¡ay, qué miseria, cuánta humedad en esos terrenos! ¡Cuánta, cuánta humedad!

—Bien, ¿qué pasó después de que oyesen los disparos?

—Ya verá. Seguimos en el desayuno, todos en silencio, porque ¿de qué vamos a hablar aquí? ¿Qué tenemos aparte de nuestra devoción, nuestro huerto de la cocina y nuestros desgraciados, desgraciados desayunos y cenas? Como le digo, estamos todos en silencio cuando de repente llaman a la puerta como nunca antes habían llamado; una llamada diabólica, una llamada que nos dejó a todos con nuestra comida, ¡nuestra desgraciada comida!, en la boca y nos paralizó antes de pudiésemos tragar. «Ve hermano mío», me dice el padre superior. «Ve, es tu deber, ve a la puerta». Yo soy valiente, un capuchino valiente como un león. Salgo de puntillas, espero, escucho, abro la pequeña mirilla de la puerta; espero, escucho de nuevo, miro por el agujero, nada, absolutamente nada que pueda ver. Soy valiente, no me voy a acobardar. ¿Qué hago entonces? Abro la puerta. ¡Ay, Madre de Dios! Y ¿qué es lo que veo tendido ante nuestro umbral? Un hombre, ¡muerto! Un hombre grande; más grande que usted, más grande que yo, más grande que cualquiera de este convento, con un buen abrigo abotonado, ojos negros mirando fijamente, mirando fijamente al cielo, y sangre brotando sin parar de la parte delantera de su camisa. ¿Qué hago? Grito una vez, grito dos veces y ¡vuelvo corriendo ante el padre superior!

Todos los detalles del fatal duelo que extraje del periódico francés en la habitación de Monkton en Nápoles volvieron vívidamente a mi memoria. La sospecha que tuve cuando miré dentro del cobertizo se convirtió en certeza mientras escuchaba las últimas palabras del monje.

—Por lo que he podido entender —dije—, el cadáver que acabo de ver en su cobertizo es el cadáver del hombre que encontré muerto en su puerta. Ahora, dígame: por qué no han enterrado ustedes esos restos como es debido.

—Espere, espere —respondió el capuchino—. El padre superior me oye gritar y sale fuera; todos corremos juntos hasta la puerta; levantamos al hombre muerto y lo miramos de cerca. ¡Muerto! ¡Tan muerto como esto! —exclamó mientras daba un manotazo al aparador—. Volvemos a mirar y vemos un trozo de papel clavado con alfileres al cuello de su abrigo. ¡Aha, hijo mío, se ha sobresaltado con esto! Ya sabía yo que conseguiría asustarle finalmente.

Efectivamente, me había sobresaltado. Ése papel era sin duda la hoja mencionada en la narración interrumpida del padrino; la hoja que arrancó de su cuaderno de bolsillo donde escribió la declaración sobre la forma en que el hombre muerto había perdido la vida. Si hacían falta pruebas concluyentes para identificar el cadáver, ya habíamos encontrado esas pruebas.

—¿Qué cree que había escrito en ese trozo de papel? —continuó el capuchino—. Lo leímos y nos estremecemos. El hombre había muerto en un duelo, él, el desesperado, el miserable, había muerto en pecado mortal; y los hombres que vieron el asesinato nos pedían a nosotros capuchinos, hombres santos, siervos de Dios, hijos de nuestro señor el Papa, nos pedían ¡qué le enterrásemos! ¡Oh! Nos sentimos

ultrajados al leer esas palabras; gemimos, retorcemos las manos, nos damos la vuelta, nos mesamos las barbas, nos...

—Espere un momento —dije, al ver que el viejo monje se estaba entusiasmando con su propia narración y que a no ser que le interrumpiese probablemente iba a seguir hablando con cada vez más elocuencia y menos sentido—, espere un momento: ¿Han conservado el papel que estaba clavado en el abrigo del cadáver?; ¿puedo verlo?

El capuchino parecía estar a punto de darme una respuesta cuando súbitamente se detuvo. Vi cómo sus ojos se apartaban de mi cara y al mismo tiempo oí cómo la puerta se abría suavemente y se cerraba de nuevo tras de mí.

Me di la vuelta inmediatamente y vi a otro monje en la sacristía: un hombre alto, enjuto, de barba negra, en cuya presencia mi viejo amigo de la tabaquera se volvió de repente una criatura decorosa y devota. Sospeché que estaba ante el padre superior, y descubrí que estaba en lo cierto en cuanto se dirigió a mí.

—Soy el padre superior de este convento —me dijo en un tono tranquilo y claro mientras me miraba directamente a la cara con ojos fríamente atentos—. He escuchado la última parte de su conversación y me gustaría saber por qué desea ver con tanta premura el trozo de papel que estaba clavado en el abrigo del cadáver.

La frialdad con la que reconoció que había estado escuchando, y la forma calmada e imperativa con la que planteó esa última pregunta me confundieron y sobresaltaron. Al principio apenas sabía qué tono debía emplear para responderle. Se dio cuenta de mi vacilación y la atribuyó a una causa equivocada; le hizo una señal al viejo capuchino para que se retirase. Mi venerable amigo se marchó de la habitación arrastrando los pies, acariciándose humildemente su larga barba gris y consolándose furtivamente en secreto con un pellizco del «delicioso rapé». Justo antes de desaparecer por la puerta hizo una profunda reverencia.

—Bien —dijo el padre superior, tan fríamente como al principio—, espero, señor, su respuesta.

—La tendrá usted en pocas palabras —dije, respondiéndole en su mismo tono—. He descubierto, con gran repugnancia y horror, que hay un cuerpo sin enterrar en un cobertizo anexo a su convento. Creo que ese cadáver pertenece a un caballero inglés de rango y fortuna que murió en un duelo. He venido a esta zona con el sobrino y único familiar del muerto, con el objetivo expreso de recuperar sus restos; y deseo ver el papel que estaba junto al cuerpo porque creo que ese papel identificará satisfactoriamente el cadáver ante el familiar que acabo de mencionar. ¿Cree usted que mi respuesta es lo suficientemente directa? ¿Considera usted posible darme permiso para ver el papel?

—Estoy satisfecho con su respuesta y no veo razón para negarme a que vea el papel —dijo el padre superior—; pero antes tengo algo que decirle. Al hablar de la

impresión que le produjo contemplar el cadáver ha utilizado usted las palabras «repugnancia» y «horror». Ésta libertad de su expresión en relación con lo que ha visto usted en el recinto de un convento demuestra que no pertenece usted a la Santa Iglesia Católica. No tiene usted derecho por lo tanto a esperar una explicación; pero no obstante le daré una, como favor. El difunto murió sin recibir la absolución mientras cometía un pecado mortal. Podemos deducirlo del papel que encontramos en su cuerpo; y sabemos, por lo que pudimos ver con nuestros propios ojos y oír con nuestros propios oídos, que fue asesinado en los territorios de la Iglesia y en un acto de violación flagrante de las leyes especiales contra el crimen del duelo, cuya aplicación estricta el mismo Padre Santo ha exigido por parte de sus fieles en todos sus dominios mediante cartas firmadas de su puño y letra. La tierra de este convento está consagrada, y nosotros, los católicos, no solemos enterrar a los proscritos de nuestra religión, los enemigos de nuestro santo padre y los violadores de nuestras leyes sacras en tierra consagrada. Fuera de este convento no tenemos derechos ni poder; y, si los tuviésemos, deberíamos recordar que somos monjes y no sepultureros, y que el único entierro en el que podemos participar es un entierro celebrado bajo las plegarias de la Iglesia. Ésta es la explicación que creía necesario proporcionarle. Espéreme aquí y podrá ver el papel.

Con estas palabras el padre superior dejó la habitación con la misma calma con la que había entrado.

Apenas tuve tiempo de reflexionar sobre esa explicación amarga y descortés, y de sentirme un poco dolido por el lenguaje y las formas que había empleado el padre superior, cuando éste volvió con el papel en la mano. Lo colocó ante mí sobre el aparador y pude leer las siguientes líneas trazadas a lápiz apresuradamente:

«Éste papel queda prendido al cuerpo del difunto señor Stephen Monkton, un distinguido caballero inglés. Ha sido disparado en el transcurso de un duelo que se celebró con exquisita valentía y honor por ambas partes. Dejamos su cuerpo a la puerta de este convento para que reciba sepultura de manos de sus habitantes, ya que los supervivientes del encuentro se ven obligados a separarse y garantizar su seguridad mediante la huida inmediata. Yo, el padrino del difunto y quien escribe esta explicación, certifico bajo palabra de honor de caballero que el disparo que mató al duelista en el acto fue realizado de forma justa, en estricto cumplimiento de las normas establecidas de antemano para el desarrollo del duelo.

(Firmado), F»

«F»: Reconocí rápidamente la primera letra del nombre del señor Foulon, el padrino del señor Monkton que murió de tisis en París.

El descubrimiento y la identificación habían terminado. Nada faltaba por hacer

más que revelarle la noticia a Alfred y obtener el permiso para retirar los restos del cobertizo. Empecé a dudar de la evidencia que se mostraba ante mis ojos cuando me di cuenta de que el objetivo aparentemente imposible en pos del cual habíamos dejado Nápoles, estaba ya, por pura casualidad, prácticamente cumplido.

—La prueba del papel es definitiva —dije, mientras se lo devolvía—. No cabe ninguna duda de que los restos del cobertizo son los restos que estábamos buscando. ¿Puedo saber si nos encontraremos con algún obstáculo en el camino en caso de que el sobrino del difunto señor Monkton desee trasladar los restos de su tío al panteón familiar en Inglaterra?

—¿Dónde está este sobrino? —preguntó el padre superior.

—Ahora mismo espera mi regreso en la ciudad de Fondi.

—¿Está en posición de demostrar su vínculo con el difunto?

—Ciertamente; lleva consigo unos documentos que lo demostrarán si duda.

—Entonces dejemos que las autoridades civiles se pronuncien favorablemente sobre su demanda, y tenga por seguro que nadie de este lugar planteará ningún obstáculo a su voluntad.

No estaba de humor para hablar ni un minuto más del necesario con mi desabrido compañero. El día llegaba a su fin rápidamente y, aunque me sorprendiese la noche en el camino, estaba dispuesto a no parar en el viaje de vuelta hasta llegar a Fondi. Así, después de asegurarle al padre superior que volvería a saber de mí en breve, hice una reverencia y salí corriendo de la sacristía.

Mi viejo amigo de la tabaquera me esperaba en la puerta del convento para dejarme salir.

—Bendito sea, hijo —dijo el venerable monje, mientras me daba una palmadita de despedida en la espalda—. Vuelva pronto junto a su padre espiritual que le quiere y hágale feliz con otro pequeño, pequeño pellizco de ese delicioso rapé.

VI

Volví lo más rápido que pude al pueblo donde había dejado las mulas, hice ensillar los animales inmediatamente, y conseguí llegar a Fondi un poco antes del atardecer.

Mientras subía las escaleras del hotel, sufría la más penosa de las incertidumbres sobre cuál sería la mejor forma de comunicarla a Alfred las novedades de mi descubrimiento. Si no conseguía prepararle adecuadamente para mis noticias, el resultado, en su estado, podía ser fatal. Al abrir la puerta de su habitación no me sentí en absoluto seguro de mí mismo; y cuando me encontré ante él, su forma de recibirme me tomó por sorpresa de tal modo que durante uno o dos minutos perdí completamente el dominio de mí mismo.

Había desaparecido cualquier huella del letargo en el que estaba inmerso la última vez que le vi. Sus ojos brillaban, sus mejillas estaban muy sonrojadas. Cuando entré, se levantó de un saltó y rehusó la mano que le tendí.

—No me has tratado como un amigo —dijo, lleno de ira—; no tenías ningún derecho a continuar la búsqueda hasta que yo pudiese ir contigo, no tenías derecho a dejarme aquí solo. Estuve equivocado al confiar en ti; no eres mejor que los demás.

Para entonces me había recuperado un poco de mi primera reacción de asombro y fui capaz de responder antes de que pudiese decir nada más. En su estado actual, era inútil razonar con él o defenderme. Decidí arriesgarlo todo y contarle las noticias inmediatamente.

—Me tratarás de una forma más justa, Monkton, cuando sepas que te he prestado un buen servicio durante mi ausencia. A no ser que esté muy equivocado, el objetivo que nos hizo dejar Nápoles puede estar a nuestro alcance antes de lo que...

Palideció casi al instante. Su percepción, nerviosa y alerta, había descubierto más de lo que yo quería que supiera en un principio en cierta expresión de mi rostro, o en un tono de mi voz del que no había sido consciente. Sus ojos se fijaron intensamente en los míos; su mano agarró mi brazo; y me dijo en un suspiro impaciente:

—Dime enseguida la verdad. ¿Lo has encontrado?

Era demasiado tarde para vacilar. Respondí afirmativamente.

—¿Enterrado o sin enterrar?

Subió el tono de voz bruscamente al preguntar esto, y su mano desocupada se aferró a mi otro brazo.

—Sin enterrar.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando la sangre volvió a sus mejillas; sus ojos brillaron de nuevo al mirar los míos y explotó en un ataque de risa triunfal que me sorprendió y sobresaltó de forma indescriptible.

—¿Qué te dije? ¿Qué me dices ahora de la vieja profecía? —exclamó, mientras soltaba mis brazos y recorría la habitación de un lado a otro—. ¡Reconoce que estabas equivocado! ¡Reconócelo, como lo reconocerá todo Nápoles cuando lo tenga bien seguro en su ataúd!

Su risa se iba haciendo por momentos más y más violenta. Intenté tranquilizarle en vano. Su sirviente y el dueño de la posada entraron en la habitación, pero no hicieron más que empeorar la situación y tuve que hacerlos salir de nuevo. Mientras cerraba la puerta tras ellos, observé que el paquete de cartas de la señorita Elmslie que mi desgraciado amigo conservaba con tal cuidado y leía y releía con tal entregada devoción, descansaba a mano sobre la mesa. Alfred, que miraba hacia mí justo cuando pasaba al lado de la mesa, se fijó en las cartas. La nueva esperanza para el futuro, en relación con su remitente, que mis noticias ya había despertado en su corazón, pareció abrumarle en un instante al ver las preciosas hojas que le recordaban a su prometida. Su risa cesó, su rostro cambió, corrió hasta la mesa, levantó las cartas con la mano, dejó de mirarlas un instante para mirarme a mí con una expresión alterada que me llegó al corazón, cayó de rodillas ante la mesa, enterró su rostro en las cartas, y rompió a llorar. Dejé que esa nueva emoción le invadiese sin interrupción y salí de la habitación sin decir una palabra. Cuando volví, poco tiempo después, lo encontré sentado tranquilamente en su silla, leyendo una de las cartas del paquete que descansaba sobre sus rodillas.

Su mirada era la encarnación de la amabilidad; sus ademanes; casi femeninos en su cortesía cuando se levantó a mi encuentro y ansiosamente me tendió la mano.

Ahora estaba lo suficientemente tranquilo como para escuchad con detalle todo lo que tenía que decirle. No omití nada, excepto los detalles sobre el estado en que encontré el cuerpo. No asumí ningún derecho de mando sobre las medidas que debería tomar a partir de aquel momento, aunque insistí de antemano en que dejase que me encargara de la supervisión total de la retirada del cuerpo, y en que se convenciese de la autenticidad con el papel del señor Foulon, tras recibir mi palabra de que los restos colocados en el ataúd serían real y verdaderamente los restos que habíamos estado buscando.

—Tus nervios no son tan fuertes como los míos —dije, a modo de disculpa por mi aparente mandato—, y por esa razón debo suplicarte que me dejes asumir la dirección en todo lo que ahora nos toca hacer, hasta que vea el lúgubre ataúd soldado y seguro en tu poder. Entonces te cederé todas mis funciones.

—No tengo palabras para agradecerte tu amabilidad —respondió—. Ni un hermano me habría soportado tan afectuosamente, o ayudado tan pacientemente, como tú.

Se calló y se sumió en profundos pensamientos; después se dedicó a atar lenta y cuidadosamente el paquete de cartas de la señorita Elmslie, hasta que repentinamente

miró hacia el muro vacío que había detrás de mí con esa extraña expresión cuyo significado conocía tan bien. Desde que dejamos Nápoles había evitado a propósito ponerle nervioso hablándole del asunto inútil y sorprendente de la aparición que él creía que le seguía continuamente. Pero ahora, parecía tan tranquilo y sosegado, tan poco propenso a una agitación violenta por cualquier alusión al espinoso tema, que me atreví a hablar con descaro.

—¿Aún se te aparece el fantasma como se te aparecía en Nápoles? —pregunté.

Me miró y sonrió.

—¿No te dije que me seguía a todas partes? —Sus ojos se apartaban de mí de nuevo para dirigirse al espacio vacío, y continuó hablando en esa dirección como si estuviese siguiendo la conversación con una tercera persona en la habitación—. Nos separaremos —dijo lentamente, con suavidad— cuando se ocupe el sitio vacío en la cripta de Wincot. Entonces me presentaré con Ada ante el altar en la capilla de la Abadía y cuando mis ojos se encuentren con los suyos, ya no verán el rostro torturado.

Tras decir esto, apoyó la cabeza en su mano, suspiró, y empezó a repetir suavemente para sí los versos de la antigua profecía:

*Cuando en la cripta de Wincot una tumba espere,
a uno de los Monkton que ya muere.
Cuando el abandonado en el suelo,
descanse sin ataúd bajo el cielo.
Desprovisto de sepultura aquél,
que dueño y señor de tierras fue.
Será la certera señal,
de que los Monkton llegan a su final.
Se extinguirán velozmente,
hasta que ni el último señor quede.
De la luz del día, de la humanidad,
la raza Monkton desaparecerá.*

Intenté hacerle cambiar de tema porque me pareció que pronunciaba las últimas líneas de forma algo incoherente. No hizo; caso a lo que dije y continuó hablando para sí.

—La raza Monkton desaparecerá —repitió—, pero no conmigo. La fatalidad ya no se cierne sobre mi cabeza. Enterraré al muerto insepulto; ocuparé la tumba vacía en la cripta de Wincot; y, entonces, entonces empezará una nueva vida, ¡la vida con Ada!

Ése nombre pareció devolverle la serenidad. Se acercó su mesa de viaje, colocó el paquete de cartas dentro, y después cogió una hoja de papel.

—Voy a escribir a Ada —dijo, volviéndose hacia mí— para contarle las buenas noticias. Su felicidad, cuando lo sepa, será aún mayor que la mía.

Agotado tras los acontecimientos del día, le dejé escribiendo y me fui a la cama. No obstante, estaba demasiado preocupado demasiado cansado para poder dormir. En ese estado de desvelo, mi mente, como es natural, se entretenía con el descubrimiento del convento y los acontecimientos que con toda seguridad produciría dicho descubrimiento. Cuando pensaba en el futuro, invadía mi ánimo una tristeza que no era capaz de explicar. No había la más mínima razón para los presagios vagamente melancólicos que me asaltaban. Los restos, cuyo hallazgo mi desgraciado amigo tanto valoraba, habían sido descubiertos; con seguridad estarían a su disposición en unos días; podría llevarlos a Inglaterra en el primer buque mercante que zarpase de Nápoles, y, una vez este extraño capricho fuese satisfecho, había al menos ciertos motivos para esperar que su mente recuperase la normalidad y que la nueva vida que llevaría en Wincot consiguiese convertirle en un hombre feliz. Tales reflexiones no tenían, en sí mismas, de ningún modo el objetivo de inspirarme melancolía; y sin embargo, durante toda la noche, la misma tristeza inconcebible e incomprensible invadía mi ánimo, lo invadía durante las horas de oscuridad, lo invadía incluso cuando salí afuera a respirar la primera bocanada del aire de la mañana.

Con el día llegó también el engorroso asunto de entablar negociaciones con las autoridades.

Sólo aquellos que hayan tenido que tratar con funcionarios italianos pueden imaginarse hasta qué punto fue puesta a prueba nuestra paciencia por todos aquellos con los que contactamos. Nos hicieron peregrinar de un despacho a otro, nos observaron inquisitivamente, nos interrogaron, nos desorientaron —de ningún modo porque el caso en sí presentase una dificultad o complejidad especiales, sino simplemente porque era absolutamente necesario que todos los dignatarios civiles a los que nos enfrentábamos demostrasen su propia importancia conduciéndonos a nuestro objetivo de la forma más rocambolesca posible—. Tras nuestra experiencia del primer día de vida administrativa en Italia, dejé que Alfred solo se encargase de las formalidades absurdas, que no nos quedaba más remedio que realizar, y yo me dediqué a la tarea realmente grave de planear cómo ingeniárnoslas para trasladar del modo más seguro los restos del cobertizo del convento.

El mejor plan que se me ocurrió fue escribir a un amigo que tenía en Roma. Sabía que allí era costumbre embalsamar los cuerpos de los altos dignatarios de la Iglesia. Consecuentemente, deduje que podríamos obtener por intermedio suyo los elementos químicos que necesitábamos para nuestra labor. Me limité a declarar en mi carta que el traslado del cuerpo era imperativo, después describí las condiciones en que lo había encontrado, y prometí que no escatimaríamos en gastos si se pudiesen encontrar a la persona o las personas adecuadas para ayudarnos. Aunque de nuevo aquí se

interpusieron más dificultades y tuvimos que superar más formalidades inútiles, finalmente la paciencia, la perseverancia y el dinero triunfaron, y dos hombres fueron enviados expresamente de Roma para hacerse cargo de las tareas que requeríamos.

Es innecesario violentar al lector con gran profusión de detalles en esta parte de mi narración. Con decir que el progreso de descomposición fue interrumpido en ese momento por medios químicos para permitir que los restos pudiesen colocarse en el ataúd, y garantizar su transporte a Inglaterra con perfecta seguridad y conveniencia, habré dicho suficiente. Después de haber perdido diez días entre retrasos y obstáculos de toda índole, por fin tuve la satisfacción de rescatar el contenido del cobertizo del convento; me vi obligado a pasar por un capítulo final de ingesta de tabaco, y ordené a los coches de viaje que estuviesen preparados en la puerta de la posada. Había pasado poco más de un mes desde nuestra partida cuando entramos en Nápoles triunfantes en logro de una misión que todos nuestros amigos habían tachado sin pudor de ridícula e imposible.

Lo primero que nos propusimos a nuestro regreso era a procurarnos el medio para llevar el ataúd a Inglaterra. Es evidente que debíamos hacernos a la mar tan pronto como fuera posible. La búsqueda de un buque mercante a punto de zarpar hacia cualquier puerto británico no dio ningún resultado satisfactorio. Sólo había una forma de garantizar el transporte inmediato de los restos a Inglaterra: alquilar una embarcación. Impaciente por volver y determinado a no perder de vista el ataúd hasta que lo viese colocado en la cripta de Wincot, Monkton decidió alquilar inmediatamente el primer barco que pudiese obtener. Nos informaron de que el buque en puerto que podía estar preparado para zarpar con mayor rapidez era un bergantín siciliano, y ése fue por lo tanto la nave que mi amigo contrató. Los mejores trabajadores de los astilleros se pusieron a trabajar y se escogieron el capitán y la tripulación más inteligente que se podía encontrar en una situación como la nuestra, de emergencia, teniendo en cuenta que nos hallábamos en Nápoles, y que usaríamos ese tipo tan peculiar de navío.

Monkton, después de volver a expresar en los términos más cálidos su gratitud por los servicios que le había prestado, renunció a hacer cualquier gesto de invitación para que le acompañara en su viaje a Inglaterra. No obstante, para su sorpresa y deleite me ofrecí espontáneamente a formar parte del pasaje del bergantín. Las extrañas coincidencias de las que había sido testigo y el extraordinario descubrimiento con el que me había topado desde nuestro primer encuentro en Nápoles habían hecho que su único gran interés en el mundo se convirtiese también en el mío en ese momento. No compartía ninguna de sus locuras, pobre tipo; pero no exagero cuando digo que mi afán por seguir nuestra sorprendente aventura hasta el final era tan poderoso como su ansiedad por ver el ataúd en la cripta de Wincot. Aunque me temo que la curiosidad me influenció casi tanto como la amistad cuando

me ofrecí como compañero de su viaje a casa.

Zarpamos hacia Inglaterra en una tarde encantadora y tranquila.

Por primera vez desde que le conocí, Monkton parecía realmente animado. Hablaba y bromeaba sobre todo tipo de asuntos y se reía de mí por dejar que mi alegría se viese afectada por el miedo al mareo. No era cierto que tuviese tal temor: no era más que una excusa cara a mi amigo para evitar que retornase a esa incomprensible tristeza que ya había sufrido en Fondi. Todo parecía decantarse a nuestro favor; todos los pasajeros a bordo del bergantín estaban de buen humor. El capitán estaba encantado con el buque; la tripulación, compuesta principalmente por italianos y malteses, se regocijaba ante la perspectiva de un viaje tan corto y una paga tan sustanciosa en un buque bien aprovisionado. Yo era el único al que le dolía el alma. No lograba encontrar una razón válida para la melancolía que me oprimía, y sin embargo mi lucha contra ella era en vano.

Entrada la noche de nuestro primer día en el mar, hice un descubrimiento que desde luego no iba a contribuir a que mi ánimo recuperase su habitual equilibrio. Monkton estaba en el camarote, sobre cuyo suelo se había colocado el cajón de embalaje que contenía el ataúd, y yo estaba en la cubierta. El viento se había calmado prácticamente del todo, y yo observaba perezosamente las velas del bergantín que de vez en cuando golpeaban los mástiles, cuando el capitán se acercó a mí, y llevándome donde el hombre del timón no pudiese oírnos, me dijo al oído:

—Algo malo pasa entre los hombres de proa. ¿Se ha dado cuenta de cómo se han callado todos de repente justo antes del anochecer?

Me había dado cuenta y así se lo dije.

—Hay un chico maltés a bordo —continuó el capitán—, un muchacho bastante listo, pero difícil de tratar. He descubierto que ha estado diciéndoles a los hombres que hay un cadáver dentro del cajón de embalaje de su amigo, en el camarote.

Mi corazón se estremeció al oír estas palabras. Conocía la supersticiosa irracionalidad de los marineros —de los marineros extranjeros especialmente—, y por esa razón había tenido cuidado de difundir la noticia entre los hombres de a bordo, antes de embarcar el ataúd, de que el cajón de embalaje contenía una estatua de mármol que el señor Monkton tenía en gran estima y no quería perder de vista. ¿Cómo podía haber descubierto el chico maltés que la supuesta estatua no era tal, sino un cadáver humano? Tras reflexionar sobre la cuestión, mis sospechas se centraron en el sirviente de Monkton, que hablaba italiano con fluidez y que yo sabía que era un chismoso incorregible. El hombre, como era previsible, lo negó cuando le acusé de traicionarnos, pero, hasta la fecha, nunca he acabado de creer en sus palabras.

—El pequeño diablillo no dice de dónde ha sacado esa idea suya de un cadáver —continuó el capitán—. No es mi costumbre curiosear en los secretos de los demás,

pero le aconsejo que llame a la tripulación a popa y niegue las palabras del chico, diga o no la verdad. Estos hombres son un hatajo de tontos que creen en fantasmas y en todo ese tipo de cosas. Algunos dicen que nunca habrían firmado el contrato si hubieran sabido que iban a navegar junto a un hombre muerto; otros se limitan a gruñir; pero me temo que tendremos problemas con todos ellos en caso de mal tiempo, a no ser que usted o el otro caballero nieguen las palabras del chico. Los hombres dicen que si usted o su amigo dan su palabra de honor de que el maltés es un mentiroso, lo entregarán para que sea azotado como corresponde; pero que si no lo hacen, han decidido que creerán al chico.

Aquí el capitán hizo una pausa y esperó mi respuesta. No le pude dar ninguna. Me sentí descorazonado ante nuestra situación desesperada. No podía considerar ni por un momento que el chico fuese castigado a causa de mi palabra de honor en apoyo a una flagrante mentira. ¿Qué otra forma quedaba de resolver este triste dilema? No podía pensar en ninguna. Agradecí al capitán su preocupación por nuestros intereses, le dije que me tomaría un tiempo para considerar qué camino debía seguir y le supliqué que no le dijese nada a mi amigo sobre el descubrimiento que había hecho. Me prometió guardar silencio, de bastante mala gana, y se alejó de mí.

Teníamos la esperanza de que se levantase la brisa por la mañana, pero no fue así. Pasaron las horas y cuando llegó el mediodía la atmósfera se había hecho insoportablemente sofocante, y el mar estaba tan liso como una lámina de cristal. Observé cómo el capitán miraba a menudo con ansia hacia barlovento. Muy lejos en esa dirección, sola en el cielo azul, pude distinguir una pequeña nube negra y me pregunté si nos traería algo de viento.

—Más de lo que nos gustaría —respondió el capitán, brevemente; y después, para mi sorpresa, ordenó a la tripulación en la arboladura recoger las velas. La ejecución de esta maniobra puso de manifiesto el humor de los hombres: hicieron su trabajo lentamente y de mala gana, gruñendo y murmurando entre ellos. El tono del capitán, cuando les azuzaba con juramentos y amenazas, me convenció de que corríamos peligro. Volví a mirar a barlovento. La pequeña nube se había convertido en un enorme banco tenebroso de vapor, y el mar en el horizonte había cambiado de color.

—La tempestad estará sobre nosotros antes de que nos demos cuenta —dijo el capitán—. Vaya abajo; aquí no será usted más que un estorbo.

Bajé a la cabina y preparé a Monkton para lo que se avecinaba. Todavía me estaba preguntando sobre lo que había visto en el muelle cuando la tormenta estalló sobre nosotros. Sentimos durante un instante la lucha que estaba entablado el pequeño bergantín, como si fuese a partirse en dos. Después pareció girar bruscamente con nosotros, luego se quedó quieto durante un momento, y finalmente empezamos a notar cómo crujía la madera. Finalmente, se produjo una sacudida que nos lanzó lejos de nuestros asientos, un golpe ensordecedor, y un torrente de agua

entró en el camarote. Trepamos, medio ahogados, hasta el muelle. El bergantín, se había resquebrajado y ahora, usando la expresión náutica, escoraba peligrosamente.

En la terrible confusión que siguió, antes de alcanzar la terrible certeza de que estábamos completamente a merced del mar, oí una voz proveniente de la proa del barco que paralizó los clamores y los gritos del resto de la tripulación al instante. Las palabras eran en italiano, pero entendí su fatal significado fácilmente. Se había abierto un agujero y el mar se estaba haciendo presa del barco penetrando en el casco como un torrente. El capitán no había perdido el temple en esta nueva emergencia. Buscó su hacha para cortar el trinquete y, mientras pedía ayuda a parte de la tripulación, dirigió a los demás para que preparasen las bombas.

Apenas había terminado de hablar cuando los hombres se amotinaron abiertamente. Tras lanzarme una mirada furiosa, su cabecilla declaró que los pasajeros eran libres para hacer lo que quisieran, pero que él y sus compañeros estaban decididos a arriar el bote y dejar que el infausto buque, y el hombre muerto que contenía, se hundiesen juntos. Mientras hablaba se oyó un grito entre los marineros y observé que algunos de ellos señalaban burlonamente detrás de mí. Me di la vuelta y vi cómo Monkton, que hasta ese momento había permanecido a mi lado, se dirigía ahora de vuelta al camarote. Le seguí inmediatamente, pero el agua y la confusión en la cubierta, y la dificultad, dada la posición del bergantín, de dar un solo paso sin la engorrosa ayuda de las manos, me impedían de tal modo avanzar que resultó imposible alcanzarle. Cuando llegué abajo estaba acurrucado sobre el ataúd, el agua del suelo del camarote hacía torbellinos a su alrededor y le salpicaba mientras el buque se agitaba y se hundía. Vi un brillo de alarma en sus ojos y en sus mejillas un sonrojo de advertencia, al acercarme y decirle:

—No podemos hacer nada Alfred, más que aceptar nuestro infortunio y hacer todo lo posible por salvar la vida.

—Sálvate tú —exclamó, haciendo un gesto con la mano—. Tú tienes un futuro por delante. El mío desaparecerá cuando este ataúd se vaya hasta el fondo. Si el buque se hunde, sabré que la fatalidad se ha cumplido y me hundiré con él.

Me di cuenta de que en su estado era imposible razonar con él o intentar convencerle, y volví a subir a la cubierta. Los hombres estaban ocupados en apartar los obstáculos que les impedían botar la embarcación situada en medio de la cubierta, encima del macarrón hundido del bergantín, que estaba de costado; y el capitán, tras hacer un último esfuerzo inútil de restaurar su autoridad, les contemplaba en silencio. La violencia de la tormenta parecía estar ya agotándose, y le pregunté si realmente no teníamos posibilidades si nos quedábamos en el buque. El capitán me respondió que podía haber sido una opción factible si los hombres hubieran obedecido sus órdenes, pero que ahora no teníamos ninguna posibilidad. Como sabía que no podía confiar en la sangre fría del sirviente de Monkton, le expliqué al capitán con las palabras más

breves y sencillas posibles el estado de mi desgraciado amigo, y le pregunté si podía contar con su ayuda. Asintió y bajamos juntos al camarote. Incluso a fecha de hoy me causa dolor escribir sobre el extremo terrible al que nos vimos obligados a llegar como último recurso para luchar contra la energía y la obstinación de la locura de Monkton. No tuvimos otra opción que atarle las manos y a arrastrarle al muelle a la fuerza. Los hombres estaban a punto de botar la embarcación y, cuando nos vieron llegar, su primer impulso fue negarse a que nos montásemos.

—¡Cobardes! —gritó el capitán—. ¿Es que llevamos al hombre muerto con nosotros esta vez? ¿Acaso no se va a hundir hasta el fondo con el bergantín? ¿De quién tendréis miedo cuando nos subamos al bote?

La intervención del capitán produjo el efecto deseado; los hombres, avergonzados de sí mismos, se retractaron en su negativa.

Justo cuando nos separábamos del buque malogrado, Alfred hizo un último esfuerzo para liberarse, pero le agarré con firmeza y no volvió a intentarlo. Se sentó junto a mí con la cabeza gacha, inmóvil y silencioso, mientras los marineros remaban alejándonos del buque; inmóvil y silencioso cuando, de común acuerdo, los marineros detuvieron el pecio a cierta distancia, y todos esperamos hasta contemplar cómo se hundía el bergantín; inmóvil y silencioso incluso cuando se produjo el hundimiento, cuando el fatigado casco se sumergió lentamente en una hondonada del mar: pareció que vacilaba durante un momento, se alzó de nuevo, y finalmente se hundió para no volver a emerger nunca más.

Se hundió con su carga mortal, se hundió y nos arrebató para siempre de las manos el cadáver que descubrimos casi de milagro; ¡esos restos celosamente conservados, de cuya custodia dependían extrañamente las esperanzas y el destino amoroso de dos seres humanos! Cuando los últimos vestigios del barco desaparecieron en la profundidad del mar, sentí cómo el cuerpo de Monkton temblaba junto a mí, y le escuché repetir tristemente y en muchas ocasiones un nombre: «Ada».

Intenté que pensase en otra cosa, pero fue inútil. Señaló hacia el lugar en el mar donde una vez estuvo el bergantín y donde no veía ya nada más que las olas ondulantes.

—La tumba vacía seguirá para siempre vacía en la cripta de Wincot.

Mientras decía estas palabras, fijó los ojos en mí durante un instante con tristeza y gravedad. Después apartó la mirada, apoyó la cabeza sobre su mano, y no volvió a hablar.

Mucho antes de que cayese la noche, un buque mercante nos avistó. Nos subieron a bordo, y desembarcamos en Cartagena, en la costa de España. Durante todo el tiempo en que nos hicimos mutua compañía mientras navegábamos en la embarcación, Alfred no alzó la cabeza en ningún momento, y tampoco se dirigió a mí por voluntad propia. No obstante, noté con preocupación que a veces hablaba solo y

de un modo incongruente. En tales momentos, no cesaba de murmurar, con la mirada en el vacío, los versos de la vieja profecía, y de mencionar una y otra vez que el sitio fatal estaba vacío en la cripta de Wincot. Repetía sin descanso, con voz quebrada, el nombre de la pobre muchacha que esperaba su regreso en Inglaterra; escuchar estas palabras me afectaba indescriptiblemente. Pero no eran éstas las únicas causas de la aprensión que en esos momentos sentía por él. Hacía el final de nuestro viaje, empezó a sufrir ataques alternos de calentura y temblores, que con ignorancia supuse ataques de fiebre. Pronto me sacaron de mi error. Apenas llevábamos un día en tierra cuando Alfred se puso mucho peor y tuve que conseguir la mejor asistencia médica de Cartagena. Durante uno o dos días los médicos no se pusieron de acuerdo, como suele ocurrir, sobre la naturaleza del problema, pero pronto Alfred mostró graves síntomas que acabaron de alarmarme. Los médicos declararon que su vida corría peligro, puesto que, según todos los indicios, había contraído fiebre cerebral.

Conmocionado, en el primer momento apenas supe cómo reaccionar ante esta nueva responsabilidad que ahora recaía sobre mis hombros. Finalmente decidí escribir al viejo cura que había sido el tutor de Alfred y que, según creía, residía aún en la Abadía de Wincot. Y le confié a este caballero todo lo que había ocurrido, le rogué que le transmitiera las tristes noticias de la manera menos dolorosa posible a la señorita Elmslie, y le aseguré mi resolución de quedarme con Monkton hasta el final.

Tras enviar esta carta y mandar buscar la mejor asistencia médica inglesa que pudiese obtenerse en Gibraltar, me dije que había hecho cuanto estaba en mi mano y que lo único que podía hacer en esas circunstancias era esperar y confiar.

Pasé muchas horas tristes junto a la cama de mi pobre amigo. Muchas veces dudé si había hecho lo correcto al avivar de algún modo su locura. Las razones para hacerlo que se me habían impuesto tras mi primera entrevista con él parecían, no obstante, a la luz de la reflexión, seguir manteniendo su validez. La única forma de acelerar su regreso a Inglaterra y a la señorita Elmslie, que seguramente también anhelaba ese regreso, era actuar exactamente como lo había hecho. No era mi culpa que un desastre que ningún hombre habría podido prever hubiese tirado por la borda todos sus proyectos y todos los míos. Pero ahora que la calamidad se había producido y era irreparable, en caso de que se recuperara físicamente, surgía la pregunta: ¿Podríamos combatir la enfermedad de su alma?

Cuando reflexionaba sobre el estigma hereditario en su organización mental, sobre ese inicial miedo infantil de Stephen Monkton del que nunca se había recuperado, sobre la vida peligrosamente reclusa que había llevado en la Abadía, y sobre su firme convicción de la realidad de la aparición que creía tras sus pasos continuamente; cuando reflexionaba sobre todo ello, insisto, confieso que perdía la esperanza de poder acabar con esa fe supersticiosa en cada palabra y cada verso de la vieja profecía familiar. Si la cadena de sorprendentes coincidencias que parecían

avalar su creencia me habían impresionado a mí considerablemente y para siempre (así era desde luego), ¿cómo podía admirarme de que hubiesen producido el efecto de certeza absoluta en su mente perturbada? Si intentaba razonar con él y me respondía: ¿cómo podía contradecirle? Si me decía: «La profecía señala al último de la familia: yo soy el último de la familia. La profecía menciona una tumba vacía en la cripta de Wincot: esa tumba está vacía en este momento. Basándome en la profecía, te dije que el cuerpo de Stephen Monkton no estaba enterrado, y tú descubriste que no estaba enterrado»; si me decía todo eso, ¿dé qué serviría que yo contestase: «no son más que curiosas coincidencias al fin y al cabo»?

Cuanto más pensaba en la tarea que tenía ante mí si Alfred se recuperaba, más abatido me sentía. Cada vez que el médico inglés que le atendía me decía: «Puede que se recupere de la fiebre, pero tiene una idea fija que no le abandona ni de día ni de noche, que le ha perturbado la razón y que terminará por matarle a no ser que usted o alguno de sus amigos puedan quitársela de la cabeza»; cada vez que oía esto, me hacía profundamente consciente de mi propia impotencia, y cualquier idea que estuviese relacionada con el futuro sin esperanza me aterraba.

Sólo esperaba recibir una respuesta de Wincot en forma de carta. Fue por lo tanto una gran sorpresa y un gran alivio que un día me informaran de que dos caballeros deseaban hablar conmigo, y descubrir que de estos dos caballeros, el primero era el viejo cura, y el segundo un familiar de la señorita Elmslie. Afortunadamente, justo antes de su llegada, los síntomas de fiebre habían desaparecido y los médicos habían afirmado que Alfred estaba fuera de peligro. Informados de ello, y aliviados, tanto el cura como su compañero estaban impacientes por saber cuándo estaría el enfermo lo suficiente fuerte para viajar. Habían venido a Cartagena expresamente para llevárselo con ellos de vuelta a casa, y tenían muchas más esperanzas que yo en los efectos curativos del aire de su país. Tras haber planteado todas las preguntas relacionadas con el primer punto importante del viaje a Inglaterra, y recibir las respuestas, me aventuré a hacer algunas pesquisas sobre la señorita Elmslie. Su familiar me informó de que su mente y su cuerpo acusaban el exceso de preocupación por Alfred. Se habían visto obligados a engañarla sobre la peligrosa naturaleza de su enfermedad con el fin de evitar que se empeñase en acompañar al cura y su familiar en su misión a España.

Alfred fue recuperando parte de su anterior fuerza física, lenta e intermitentemente, según pasaban las semanas. Pero, en lo que se refería a la enfermedad que aquejaba a su mente, no se produjo ningún cambio.

Desde el primer día en que empezó a recuperarse, se descubrió que la fiebre cerebral había influido de la forma más extraña sobre su capacidad de recordar hechos pasados. Todo recuerdo de acontecimientos recientes había desaparecido. Todo aquello relacionado con Nápoles, conmigo, con su viaje a Italia, había

abandonado de manera misteriosa su cabeza. Las últimas circunstancias se habían desvanecido de tal modo de su memoria que, aunque no tuvo problemas para reconocer al viejo cura y a su propio sirviente en los primeros días de su convalecencia, nunca me reconoció a mí, sino que me miraba con tal expresión de triste desconcierto, que no podría evitar sentir un dolor indescriptible cada vez que me acercaba junto a su cama. Todas sus preguntas se centraban sobre la señorita Elmslie y la Abadía de Wincot, y toda su conversación se refería a la época en la que su padre seguía vivo.

Los médicos consideraron su pérdida de memoria reciente un síntoma positivo, más que negativo; decían que su dolencia sería temporal, y que respondía al primordial objetivo curativo de mantener la mente en calma. Intenté creerles; cuando llegó el momento de su partida, intenté sentirme tan optimista como se sentían los viejos amigos que le llevaban a casa. Pero el esfuerzo era demasiado para mí. La premonición de que no volvería a verle me encogía el corazón, y los ojos se me llenaron de lágrimas cuando vi cómo ayudaban y subían la derrotada figura de mi pobre amigo al coche de viaje, y se lo llevaban lentamente de camino a casa.

Desde que su recuperación comenzó, todavía no había llegado a reconocermelo, y los médicos me habían rogado que, por el momento, le diese las menos oportunidades posibles de hacerlo. Si no me hubiesen hecho esa petición, le habría acompañado a Inglaterra. De modo que, lo mejor que me quedaba por hacer era cambiar de escenario y recuperar mis energías físicas y mentales en la medida de lo posible, escasas últimamente a causa de la vigilancia, y la preocupación. Ya conocía las principales ciudades españolas, pero las visité de nuevo y reviví viejas sensaciones en la Alhambra y Madrid. Una o dos veces pensé en iniciar un peregrinaje hacia el Éste, pero los últimos acontecimientos me habían cambiado y me habían serenado. Mi corazón empezó a ser presa de ese sentimiento anhelante e inquietante que llamamos «nostalgia», así que decidí regresar a Inglaterra.

Viajé atravesando Francia y recalé en París, ya que había acordado con el cura que me escribiera a la dirección de mi banquero en esa ciudad en cuanto pudiese tras el regreso de Alfred a Wincot. Si me hubiese ido en dirección Éste, la carta me habría sido remitida a algún nuevo lugar que ya me encargaría de notificar. Escribí, por tanto, para impedir que eso ocurriera, y en cuanto arribé a París, antes de ir a mi hotel, me detuve en la dirección del banquero.

En cuanto tuve la carta en la mano, el borde negro del sobre me hizo temer lo peor.

Alfred había muerto.

Sólo había un consuelo; había expirado tranquilamente, casi felizmente, sin referirse ni una vez a las fatales casualidades que habían causado el cumplimiento de la antigua profecía. «Mi querido pupilo», escribió el viejo cura, «pareció rehacerse un

poco durante los primeros días después de su regreso, pero no recuperó las fuerzas del todo, y pronto sufrió una ligera recaída febril. Después, empeoró gradualmente, de un modo apacible, jornada tras jornada, y así nos dejó para emprender su último y triste viaje. La señorita Elmslie (que sabe que estoy escribiendo estas palabras), desea que le transmita su profunda y eterna gratitud por toda su amabilidad para con Alfred. Me dijo, cuando le trajimos de regreso, que le había esperado como su prometida, y que ahora le cuidaría como una esposa, y nunca le dejó. Él la estaba mirando, su mano estaba entre las de Elmslie, cuando murió. Le consolará saber que nunca mencionó los acontecimientos ocurridos en Nápoles, o el naufragio que sucedió a continuación, desde el día de su regreso hasta el día de su muerte».

Tres días después de leer la carta, me hallaba en Wincot y el párroco me refirió con detalle los últimos instantes de Alfred. Sufrí una conmoción que no me es fácil analizar o explicar cuando supe que había sido enterrado, por su expreso deseo, en la cripta fatal de la Abadía.

Bajé a la cripta, acompañado por el cura. Era un lugar subterráneo, frío y macabro, con un techo bajo sostenido por pesados arcos sajones. Estrechos nichos, dentro de los cuales se podía ver sólo la parte inferior de los ataúdes, recorrían cada lado de la cripta. Los clavos y los adornos de plata brillaban aquí y allá cuando mi compañero pasaba por su lado con un candil en la mano. Al llegar al final de la cripta, el punto más bajo, se detuvo, señaló un nicho y dijo: «Allí está, entre su padre y su madre». Miré un poco más a mi alrededor y vi lo que parecía en principio un largo túnel oscuro. «Eso sólo es un nicho vacío», dijo el cura, tras de mí. «Si el cuerpo del señor Stephen Monkton hubiera llegado a Wincot su ataúd estaría allí».

Me recorrió un escalofrío y un sentimiento de pánico que lamento haber sentido ahora pero contra el que no pude luchar entonces. La bendita luz del día se derramaba alegremente por el otro lado de la cripta, a través de la puerta abierta. Di la espalda al nicho vacío y corrí hacia la luz del sol y el aire fresco.

Mientras caminaba por el claro que conducía a la cripta, oí el frufur de un vestido de mujer detrás de mí, y al girarme vi a una joven dama vestida de severo luto que se acercaba. Su rostro triste, dulce, su forma de tenderme la mano, me dijeron al instante de quién se trataba.

—He sabido que estaba usted aquí —dijo— y quería... —titubeó un momento. Mi corazón se estremecía la ver como temblaban sus labios, pero antes de que pudiera decir algo, se recuperó y continuó—. Me gustaría tomar su mano, y agradecerle su generosidad fraternal con Alfred; y quería decirle que estoy segura de que actuó en todo momento de forma sincera, considerada y para mejor. Quizás se vuelva a ir muy pronto de aquí y no volvamos a vernos. Nunca, nunca olvidaré que fue usted muy bondadoso con él cuando necesitaba un amigo, y que se merece usted más que nadie sobre la tierra que le lleve con agradecimiento en mi corazón mientras

viva.

La indescriptible ternura de su voz, que se quebraba continuamente mientras hablábamos, la pálida belleza de su rostro, el inocente candor en sus ojos tranquilos y tristes, me afectaron tanto que no pude responderle más que con un gesto. Antes de que pudiese recuperar mi voz, me había dado su mano de nuevo y se había ido.

Nunca la volví a ver. Los vericuetos y los cambios de la vida nos mantuvieron separados. Cuando finalmente supe de ella, hace muchos años, seguía leal a la memoria del muerto y era todavía Ada Elmslie, en honor a Alfred Monkton.

La quinta jornada

Seguía nublado, pero no había lluvia que mantuviese a nuestra joven dama entre cuatro paredes. El periódico, como siempre, carecía de interés para mí.

Ése día Owen finalmente venció sus dificultades y terminó su historia. Le di el número ocho, y lo coloqué (como había hecho el día anterior en el caso de Morgan) en la ponchera de porcelana.

Aunque no he podido hallar pruebas directas contra ella, tengo razones para sospechar que la Reina de Corazones hizo trampas en el sorteo de la quinta noche para irritar a Morgan haciendo que fuese de nuevo su turno de lectura tras el tiempo de reposo más breve posible. Fuere como fuere, el número escogido fue desde luego el siete y la historia que se debía leer era consecuentemente la historia que mi hermano había terminado sólo dos días antes.

Si no supiese que formaba parte del carácter de Morgan hacer siempre justo lo opuesto a lo que se esperaba de él, me hubiera sorprendido la extraordinaria docilidad que demostró en el momento en que tuvo el manuscrito en las manos.

—¿Mi turno otra vez? —dijo—. ¡Qué gran satisfacción! Estaba ansioso por escapar de esta absurda situación en la que me encuentro lo antes posible, y ahora ponen la oportunidad en mi mano de la forma más considerada. ¡Atención, todos! No perderé ni un momento más. Voy a empezar inmediatamente.

—Dígame —interrumpió Jessie maliciosamente—: ¿Estaré muy interesada esta noche?

—¡Usted no! —replicó Morgan—. Usted estará muy asustada, en vez de interesada. Tiene la piel increíblemente suave en este momento, pero antes de que haya terminado, la tendrá de gallina. No me eche la culpa, señorita, si no es usted más que una piltrafa cuando se vaya a la cama esta noche...

Con este curioso discurso introductorio, Morgan empezó a leer. Me vi obligado a interrumpirle para pronunciar las pocas palabras de explicación que necesitaba la historia.

—Antes de que empiece mi hermano —dije—, debo mencionar además que él mismo es el médico que relata la historia. Los eventos sucedieron en un momento de su vida en el que había dejado Londres y se había establecido en una de nuestras grandes ciudades del Norte para ejercer la medicina.

Con esta breve explicación, pedí perdón por haber interrumpido al lector, y Morgan volvió a empezar.

LA MANO MUERTA

La historia del hermano Owen

Cuando este siglo diecinueve en que nos encontramos era bastantes años más joven que ahora, cierto amigo mío, llamado Arthur Holliday, llegó casualmente a la ciudad de Doncaster exactamente en plena semana de las carreras o, en otras palabras, a mediados del mes de septiembre.

Era uno de esos jóvenes caballeros atolondrados, insensatos, generosos y habladores que poseen el don de la sociabilidad en su mayor grado y que recorren el camino de la vida sin preocupaciones, haciendo amigos, como dice la expresión, allá donde fueran. Su padre era un rico fabricante que había comprado suficientes propiedades en uno de los condados del interior para que todas las familias terratenientes de los alrededores le envidiasen profundamente. Arthur era su único hijo, futuro propietario de una inmensa fortuna e importantes negocios que heredó tras la muerte de su padre; tenía dinero más que suficiente, dinero que no controlaba de forma demasiado estricta mientras vivió su progenitor. Lenguas bien informadas o chismosas, lo que usted prefiera, decían que el viejo caballero había sido bastante alocado en su juventud, y que, a diferencia de la mayoría de los padres, no reaccionaba con violencia o indignación al descubrir que su hijo había salido a él.

Esto puede ser cierto o puede que no lo sea. Yo mismo conocí vagamente al viejo señor Holliday cuando ya tenía una edad avanzada, y una persona tan tranquila y respetable como el mejor de los caballeros.

Bien, como he dicho, un mes de septiembre el joven Arthur vino a Doncaster tras haber decidido repentinamente, siguiendo uno de sus frívolos impulsos, que asistiría a las carreras. No llegó a la ciudad hasta aproximadamente el anochecer, y acudió al instante al hotel más importante para conseguir cena y habitación. Pudieron arreglárselas para darle de cenar, pero en lo que se refiere a la habitación, se rieron ante su petición. En la semana de las carreras de Doncaster no es infrecuente que los visitantes que no han reservado habitaciones pasen la noche en sus coches a la puerta de las posadas. En cuanto a los foráneos de clase más baja, yo mismo les he visto a menudo, durante esa época tan concurrida, dormir en las escaleras de entrada, a falta de un lugar cubierto en el que resguardarse. Por muy rico que fuese, las posibilidades de Arthur de conseguir alojamiento para la noche (dado que no había escrito para reservar uno con antelación) eran más que dudosas. Lo intentó en un segundo hotel, en un tercero, y después en dos de las posadas más modestas. En todas partes se encontró con el mismo tipo de, respuesta: no quedaba ninguna clase de alojamiento para pasar la noche. Todos los soberanos de oro que llevaba en el bolsillo no le conseguirían una cama en Doncaster en la semana de las carreras.

Para un muchacho joven con el carácter de Arthur, la novedad de que le echaran a la calle como si fuese un pobre vagabundo en cada casa donde pedía alojamiento suponía una nueva y excitante experiencia. Buscó sin cesar, con su bolsa de viaje, una habitación en cada lugar destinado a los viajantes que pudo encontrar en Doncaster,

hasta que sus pasos le llevaron a las mismas afueras de la ciudad.

Para entonces el último rayo del crepúsculo se había desvanecido, la luna se elevaba débilmente entre la neblina, el viento empezaba a ser frío, las nubes se amontonaban densamente, y todo indicaba que muy pronto iba a comenzar a llover.

El aspecto de la noche tuvo el efecto de minar sobremanera el ánimo del joven Holliday. Empezó a considerar su situación de falta de techo desde un punto de vista serio en vez de cómico, y buscó a su alrededor otro lugar público en el que poder preguntar, con el corazón lleno de ansiedad, sobre un alojamiento para la noche. La parte de la ciudad por la que deambulaba entonces no estaba apenas iluminada, y no podía apreciar ningún detalle de las casas delante de las que pasaba, excepto que cuanto más se alejaba, las construcciones eran cada vez más pequeñas y de aspecto más miserable. Al final de la tortuosa carretera que estaba ante él brillaba el tenue destello de una lámpara de aceite, una única luz débil y solitaria, que luchaba sin éxito contra la oscuridad neblinosa que le rodeaba. Decidió continuar hasta donde brillaba la lámpara, para que, en el caso de que no correspondiese a nada parecido a una posada, pudiese volver al centro de la ciudad e intentar aunque fuese conseguir una silla en uno de los hoteles importantes donde pudiera sentarse durante la noche.

Al acercarse a la luz oyó voces, y tras pasar justo por debajo, descubrió que iluminaba la entrada a un patio estrecho en cuya pared alguien había pintado una mano larga de color carne ya desvaído con el dedo índice señalando la siguiente inscripción: LOS DOS PETIRROJOS.

Arthur penetró en el patio sin vacilar intrigado por saber lo que Los Dos Petirrojos podían hacer por él. Dentro, en el patio, había un grupo de unos cuatro o cinco hombres de pie flanqueando la puerta de la casa, que estaba al fondo del patio, frente a la entrada de la calle. Uno de ellos, mejor vestido que el resto, narraba en voz baja algo a su audiencia, que se mostraba aparentemente muy interesada en lo que estaba diciendo.

Al entrar a la galería, un extraño con una bolsa al hombro, que evidentemente estaba dejando la casa, se cruzó con Arthur.

—No —estaba diciendo el viajero de la bolsa, girándose y dirigiéndose animadamente a un hombre gordo, de aspecto astuto, calvo y con un delantal blanco sucio, que le había seguido hasta la galería—. No, señor posadero, no me asusto fácilmente con tonterías; pero no me importa confesar que esto es insoportable.

En el momento en que oyó estas palabras, el joven Holliday pensó que el precio que le habrían pedido por la habitación en Los Dos Petirrojos sería exorbitante, y que el extraño no podía o no quería pagarlo. En cuanto el extraño le dio la espalda, Arthur, cómodamente consciente de sus propios bolsillos bien repletos, temiendo que otro viajero perdido entrase inadvertidamente en la posada y se le adelantase, se dirigió rápidamente al posadero de aspecto astuto con el delantal sucio y la cabeza

calva.

—Si tiene alguna cama libre —dijo—, y si es que ese caballero que acaba de irse no ha querido pagar su precio por ella, quiero que sepa que yo lo haré.

El astuto posadero miró fijamente a Arthur:

—¿Lo hará, señor? —preguntó, de forma pensativa y dubitativa.

—Diga un precio —dijo el joven Holliday, pensando que la vacilación del posadero estaba causada por cierta grosera desconfianza hacia él—. Diga un precio y le daré el dinero al instante si lo desea.

—¿Le parece bien cinco chelines? —preguntó el posadero, mientras se frotaba la prominente papada y miraba pensativo al techo sobre su cabeza.

Arthur casi se echó a reír en la misma cara del hombre; pero pensó que era más prudente controlarse y le ofreció los cinco chelines de la forma más seria que pudo. El posadero astuto extendió la mano, y después, súbitamente la volvió a retirar.

—Está actuando de forma justa y honrada conmigo —dijo—, y antes de coger su dinero, haré lo mismo con usted. Mire, así es como funciona: usted tiene derecho a una cama por cinco chelines, pero no tiene derecho a más de la mitad de la habitación en la que está. ¿Entiende lo que quiero decir, caballero?

—Sí, claro que lo entiendo —respondió Arthur, un poco molesto—. ¿Quiere decir que es una habitación con dos camas y que una de las camas está ocupada?

El posadero asintió con la cabeza y se frotó la papada con más fuerza que antes. Arthur vaciló y mecánicamente dio uno o dos pasos hacia la puerta tras de él. La idea de dormir en la misma habitación con un absoluto extraño no era para él una perspectiva muy atractiva. Estaba a punto de guardarse los cinco chelines en el bolsillo y volver a salir a la calle.

—¿Sí o no? —preguntó el posadero—. Decídase lo más rápido que pueda porque hay mucha gente que quiere una cama en Doncaster esta noche además de usted.

Arthur miró hacia el patio y vio cómo la lluvia caía con fuerza fuera, en la calle. Pensó que sería mejor hacer un par de preguntas antes de tomar la decisión precipitada de abandonar el refugio de Los Dos Petirrojos.

—¿Qué clase de hombre ocupa la otra cama? —preguntó—. ¿Es un caballero? Quiero decir, ¿es un hombre tranquilo, educado?

—Es el hombre más tranquilo que he conocido jamás —dijo el propietario, frotándose sus gordas manos con cautela una y otra vez—. Tan sobrio como un juez y tan regular en sus costumbres como un reloj. Todavía no habían dado las nueve, hace diez minutos, y ya estaba en la cama. No sé si eso corresponde con su idea de un hombre tranquilo, pero desde luego la mía la supera, se lo aseguro.

—¿Cree que estará dormido? —preguntó Arthur.

—Sé que está dormido —respondió el posadero—; y, es más, ha caído tan profundamente que le aseguro que no le despertará. Por aquí, señor —dijo el

posadero, mirando por encima del hombro del joven Holliday, como si se estuviera dirigiendo a un nuevo huésped que se acercaba a la casa.

—Aquí tiene —dijo Arthur, decidido a adelantarse al extraño; quien quiera que fuese—. Cogeré la cama —y le entregó los cinco chelines al posadero que asintió con la cabeza, metió el dinero de cualquier forma en el bolsillo de la chaqueta y encendió una vela.

—Venga arriba a ver la habitación —dijo el anfitrión de Los Dos Petirrojos, y le condujo hasta la escalera de una forma bastante enérgica, dada su gordura.

Subieron hasta el segundo piso de la casa. El posadero entreabrió una puerta que daba al rellano, después se detuvo y se giró hacia Arthur.

—Es un buen trato, vaya que sí, tanto para mí como para usted —dijo—. Usted me da cinco chelines y yo le doy a cambio una cama cómoda y limpia; y le garantizo, por anticipado, que el hombre que duerme en la misma habitación que usted no se entrometerá ni le molestará de ningún modo. —Tras pronunciar esas palabras, miró fijamente durante un instante el rostro del joven Holliday y le condujo dentro de la habitación.

Ésta era más amplia y estaba más limpia de lo que Arthur esperaba. Las dos camas estaban situadas en paralelo, separadas por un espacio de unos seis pies. Ambas eran de un tamaño mediano y ambas estaban vestidas por las mismas cortinas blancas y sencillas, diseñadas para que se pudieran correr por completo si era necesario. La cama ocupada era la que estaba más cerca de la ventana. Las cortinas estaban completamente corridas a su alrededor, excepto la media cortina del pie, en el lado de la cama más alejado de la ventana. Arthur vio los pies del hombre dormido que elevaban las ligeras sábanas en una pequeña protuberancia puntiaguda como si estuviese tumbado boca arriba. Cogió la vela y avanzó suavemente para apartar la cortina, se detuvo a mitad de camino y escuchó durante un instante, después se giró hacia el posadero.

—Duerme con mucha tranquilidad —dijo Arthur.

—Sí —dijo el posadero—, mucha tranquilidad.

El joven Holliday avanzó con la vela y miró al hombre con cautela.

—¡Qué pálido está!

—Sí —respondió el posadero—; bastante pálido, ¿no es cierto?

Arthur miró al hombre con más atención. Las sábanas le cubrían hasta la barbilla y estaban totalmente inmóviles sobre la zona de su pecho. Sorprendido y vagamente alarmado al percibir este hecho, Arthur se inclinó sobre el extraño, observó sus labios cenicientos y partidos, escuchó durante un instante sin respirar, miró de nuevo su rostro curiosamente tranquilo, el pecho y los labios inmóviles, y se giró súbitamente hacia el posadero con sus propias mejillas tan pálidas en ese instante como las mejillas hundidas del hombre de la cama.

—Venga aquí —susurró, casi sin respiración—. ¡Venga aquí, por el amor de Dios! Éste hombre no esta dormido, ¡está muerto!

—Lo ha descubierto antes de lo que pensaba —dijo el posadero, serenamente—. Sí, está muerto, no hay duda. Murió hoy a las cinco de la tarde.

—¿Cómo murió? ¿Quién es? —preguntó Arthur, en ese momento asombrado por la audaz frialdad de la respuesta.

—En lo que respecta a quién es —replicó el posadero—, no sé más que usted sobre él. Ahí están sus libros, sus cartas y sus cosas; dentro de ese paquete de papel marrón precintado para la investigación post-mortem que comenzará mañana o pasado mañana, si Dios quiere. Sólo sé que ha estado una semana aquí, y que ha pagado su alojamiento con regularidad. La mayor parte del tiempo se ha quedado dentro de casa, como si estuviese enfermo. Mi hija le llevó el té hoy a las cinco y mientras se lo estaba sirviendo, cayó víctima de un desmayo, o un ataque, o una mezcla de ambos; eso es lo que puedo decirle. No pudimos reanimarle y dije: este hombre está muerto. El doctor no pudo reanimarle y nos dijo: este hombre está muerto. Y ahí lo tiene. Y la investigación post-mortem empezará lo antes posible. Y eso es todo lo que sé.

Arthur sostuvo la vela cerca de los labios del hombre. La llama siguió ardiendo tan recta y firme como antes. Hubo un momento de silencio que la lluvia interrumpió con su monótono tamborileo sobre los cristales de la ventana.

—Si no tiene nada más que decirme —continuó el posadero— supongo que puedo irme. No esperará que le devuelva los cinco chelines, ¿verdad? Ahí está la cama que le prometí, limpia y cómoda. Ahí está el hombre, y le aseguré que no le molestaría: silencioso para siempre en este mundo. Si tiene usted miedo de quedarse a solas con él, no es asunto mío. Yo he mantenido mi parte del trato y pienso quedarme con el dinero. Yo mismo no soy de Yorkshire, caballero pero he vivido lo suficiente en estas tierras para haber agudizado el ingenio y no me extrañaría que la próxima vez que viniera a visitarnos usted hubiese encontrado la forma de mejorar el suyo.

Con estas palabras, el posadero se giró hacia la puerta y se rio para sí ligeramente, plenamente satisfecho de su propia inteligencia. Aunque estaba asustado y sorprendido, para entonces Arthur había tenido ya el tiempo suficiente para recuperarse y sentirse indignado por la trampa que le habían tendido y por la forma insolente con la que el posadero se regocijaba de ello.

—No se ría —dijo, cortante—. No al menos hasta que no este seguro de poder reírse de mí. No le daré los cinco chelines a cambio de nada, caballero. Me quedo con la cama.

—¿Ah sí? —dijo el posadero—. Entonces le deseo una buena noche de descanso. —Y con esas breves palabras de despedida salió de la habitación y cerró la puerta tras

él.

¡Una buena noche de descanso! Apenas había terminado de pronunciar las palabras, apenas se había cerrado la puerta, cuando Arthur ya estaba arrepentido de la precipitada afirmación que había salido de sus labios. Aunque no era de naturaleza extremadamente sensible, ni le faltaba valentía mental o física, la presencia del hombre muerto tuvo un instantáneo efecto escalofriante en su corazón al comprobar que se quedaba solo en la habitación, solo y además obligado por sus propias atolondradas palabras a permanecer allí hasta la mañana siguiente. Un hombre mayor no le habría dado vueltas a esas palabras y habría actuado sin tenerlas en cuenta, según le sugiriese su sentido común ya más tranquilo. Pero Arthur era demasiado joven para enfrentarse al ridículo con desprecio, incluso cara a sus inferiores; era demasiado joven y por ello temía la momentánea humillación de contradecir su estúpida fanfarronada, más que el trance de pasar una larga noche en vela en la misma habitación que un muerto.

—Sólo serán unas horas —pensó para sí—, y me podré ir en cuanto amanezca.

Mientras esta idea se le pasaba por la cabeza, miraba la cama ocupada, y la protuberancia angulosa y afilada que formaban los pies vueltos hacia arriba bajo las sábanas captó de nuevo su atención. Avanzó hacia allí y corrió las cortinas, evitando a propósito cuando lo hacía mirar el rostro del cadáver, para no asustarse desde el principio grabando una macabra imagen suya en su cerebro. Corrió la cortina suavemente y suspiró involuntariamente cuando la cerró.

—¡Pobre tipo! —dijo, casi con tanta tristeza como si conociera al individuo—. ¡Ay, pobre tipo!

A continuación se asomó a la ventana. La noche era muy oscura y no pudo ver nada. La lluvia seguía golpeando con fuerza el cristal. Dedujo, al oírla, que la ventana estaba en la parte trasera de la casa, ya que recordó que la parte delantera estaba resguardada de las inclemencias por el patio y los pisos superiores. Mientras permaneció junto a la ventana —porque incluso la monótona lluvia era un alivio, gracias al ruido que hacía; un alivio también porque se movía, y en consecuencia de algún modo sugería vida y compañía—, mientras estaba junto a la ventana y miraba distraídamente hacia la negra oscuridad de fuera, oyó cómo un lejano reloj daba las diez. ¡Sólo las diez! ¿Cómo iba a matar el tiempo hasta que la casa estuviese en movimiento a la mañana siguiente?; Bajo cualquier otra circunstancia habría bajado hasta el salón de la taberna, habría pedido su grog, y habría charlado y se habría reído con los presentes allí reunidos con la misma familiaridad que si les conociese de toda la vida. Pero la sola idea de matar el tiempo de ese modo le resultaba ahora repugnante. La inusitada situación en la que se encontraba parecía haberle transformado para su propia sorpresa. Hasta entonces su vida había sido la vida corriente, insignificante, prosaica y superficial propia de cualquier joven próspero sin

problemas que superar ni desafíos a los que enfrentarse. No había perdido ningún familiar querido, ni ningún amigo adorado. Hasta esa noche, la parte de herencia inmortal que se divide entre todos nosotros había permanecido latente dentro de él. Hasta esa noche, la muerte y Arthur no se habían visto ni una sola vez, ni siquiera en el pensamiento.

Dio unos cuantos paseos a lo largo y ancho de toda la habitación y después se detuvo. El ruido que hacían sus botas sobre la alfombra raída del suelo chirriaba en sus oídos. Vaciló un poco y terminó por quitárselas y recorrer una y otra vez la habitación sigilosamente.

Le habían abandonado las ganas de dormir o descansar. La sola idea de tumbarse en la cama vacía le sugería instantáneamente la imagen de una terrorífica imitación de la posición del hombre muerto. ¿Quién sería? ¿Cuál sería la historia de su vida? Tenía que haber sido pobre, si no, no se habría alojado en un lugar como la posada Los Dos Petirrojos; y debía estar débil a causa, probablemente, de una larga enfermedad, o no habría muerto de la forma descrita por el posadero. Pobre, enfermo, solitario, muerto en un lugar extraño, muerto con nadie más que un extraño para lamentarlo. Una historia muy triste; cierto: a primera vista una historia muy triste.

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, se paró sin darse cuenta junto a la ventana cerca de la cual estaba el pie de la cama con las cortinas cerradas. Primero la miró, ausente; después fue consciente de que sus ojos se habían clavado en ella y fue presa del perverso deseo de hacer justo lo que había decidido no hacer ese momento: mirar al hombre muerto.

Extendió la mano hacia las cortinas, pero se controló justo cuando iba a descorrerlas; entonces dio la espalda bruscamente a la cama y caminó hasta la repisa de la chimenea para observar qué objetos había allí colocados e intentar de ese modo, en la medida de lo posible, no pensar en el hombre muerto.

Había una escribanía de peltre sobre la repisa, con restos mohosos de tinta en el bote; dos adornos de porcelana de tipo vulgar; y una tarjeta cuadrada escrita en relieve, sucia y gastada, con una colección de lamentables acertijos impresos en todas direcciones en zigzag y en tintas de distinto color. Cogió la tarjeta y fue a leerla a la mesa donde estaba la vela, y se sentó dando la espalda con resolución a la cama con las cortinas corridas.

Leyó el primer acertijo, el segundo, el tercero, todos los de una cara de la tarjeta; después le dio la vuelta impaciente para ver la otra cara. Antes de que pudiese empezar a leer los acertijos ahí escritos, las campanas de la iglesia del reloj le detuvieron.

Las once.

Había superado la primera hora en la habitación en compañía del muerto.

Miró la tarjeta una vez más. No era fácil distinguir las letras impresas a causa de

la debilidad de la luz que le había dejado el posadero: una vela de sebo corriente provista de un par de apagavelas antiguas de acero muy pesadas. Hasta entonces su mente había estado demasiado ocupada para pensar en la luz. No había despabilado la mecha de la vela de modo que había llegado a superar en altura a la llama, y se había quemado formando una especie de curioso de cobertizo en su parte superior, desde donde caían de vez en cuando fragmentos del algodón chamuscado en pequeños copos. Cogió entonces las apagavelas y arregló la mecha. La luz se avivó al instante y la habitación se volvió menos sombría.

Volvió a los acertijos de nuevo, los leyó tenazmente y con resolución, primero en una esquina de la tarjeta, luego en la otra. No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía concentrarse en ellos. Continuó con su tarea de forma mecánica, sin extraer ningún tipo de impresión de lo que estaba leyendo. Era como si una sombra procedente de la cama oculta tras la cortina se hubiese colocado entre su mente y las alegres letras impresas, una sombra que nada podía hacer desaparecer. Finalmente renunció a la lucha, apartó la tarjeta de sí impaciente, y se puso de nuevo a caminar lentamente por la habitación recorriéndola una y otra vez.

¡El hombre muerto, el hombre muerto, el hombre muerto oculto en la cama!

Ahí estaba esa única idea pertinaz que le perseguía sin cesar. ¡Oculto! ¿Era simplemente el hecho de que el cuerpo estuviese allí, o era el hecho de que el cuerpo estuviese allí oculto lo que le atormentaba? Se detuvo ante la ventana con esa duda repiqueteando en su cabeza; escuchó de nuevo la lluvia que tamborileaba en la ventana, miró otra vez hacia la negra oscuridad.

¡Aún el hombre muerto!

La oscuridad le obligó a serenarse y a poner su memoria en funcionamiento. Revivió con una claridad clamorosa y dolorosa la impresión momentánea que le había causado su primera visión del cadáver. Al poco tiempo el rostro pareció estar flotando en medio de la oscuridad y se le encaraba a través de la ventana. Su palidez era más blanca, la terrible línea de luz apagada entre las pestañas entreabiertas era más ancha que cuando la había visto por primera vez, los labios separados se alejaban lentamente más y más el uno del otro, los rasgos aumentaban de tamaño y se acercaban a él, hasta que parecieron ocupar la ventana, silenciar la lluvia y ocultar la noche.

El sonido de una voz que gritaba bajo las escaleras le despertó repentinamente del sueño de su propia y confusa quimera. Reconoció la voz del posadero.

—Cierra a las doce, Ben —le oyó decir—. Me voy a la cama.

Se limpió el sudor que había cubierto su frente, razonó consigo mismo durante un rato, y decidió liberar su mente de una vez por todas de la horrible imagen que seguía aferrada a él, forzándose a enfrentarse, aunque sólo fuese durante un momento, a la dura realidad. Sin permitirse dudar ni un instante, separó las cortinas a los pies de la

cama, y miró.

Ahí estaba el rostro triste, pacífico, blanco, marcado por el horrible misterio de la inmovilidad, tendido boca arriba sobre la almohada. ¡Ni un estremecimiento, ni un cambio! Sólo lo miró durante un instante antes de cerrar de nuevo las cortinas, pero ese momento le tranquilizó, le calmó, le devolvió sus facultades mentales y físicas. Retomó la anterior tarea de recorrer una y otra, vez la habitación; esta vez perseveró hasta que el reloj volvió a dar la hora.

Las doce.

El sonido de las campanas del reloj se fue desvaneciendo y fue sustituido por el ruido confuso de los borrachos de la bodega que dejaban la casa. El siguiente sonido tras un intervalo de silencio procedió de la tranca de la puerta y el cierre de las persianas en la parte trasera de la posada. Después se produjo de nuevo el silencio, que no volvió a ser perturbado.

Ahora estaba solo, completa y desesperadamente solo con el hombre muerto hasta la mañana siguiente.

Había que volver a despabilar la mecha de la vela. Cogió el apagavelas pero se detuvo repentinamente justo cuando se disponía a usarlas. Miró la vela con atención, después miró hacia atrás por encima del hombro, a la cama oculta por la cortina, después nuevo la vela. Se había encendido por primera vez para mostrar el camino al piso de arriba, y se habían consumido al menos tres cuartos. En una hora se apagaría del todo. En una hora, a no ser que llamase al instante al hombre que había cerrado la posada para que le trajese una vela nueva, se quedaría solo en la oscuridad.

Aunque su temple se había visto gravemente afectado desde que entró en la habitación, el absurdo miedo al ridículo y a poner su valentía bajo sospecha no había perdido del todo su influencia sobre él ni siquiera ahora.

Permaneció indeciso junto a la mesa, esperando hasta poder convencerse de abrir la puerta y llamar desde el rellano al hombre que había cerrado la posada. En su actual estado mental de vacilación era una especie de alivio ganar unos minutos simplemente dedicándose a la insignificante tarea de despabilar la vela. Su mano temblaba ligeramente y las apagavelas eran pesadas y difíciles de usar. Cuando las cerró sobre la mecha, lo hizo una pizca demasiado abajo. Al instante la vela se había apagado y la habitación estaba sumida en la más profunda oscuridad.

La primera impresión que le produjo inmediatamente la ausencia de luz fue una desconfianza de la cama oculta por las cortinas, desconfianza que no tomó forma de idea clara, pero que fue lo suficientemente poderosa dentro de su vaguedad para que se aferrase a la silla, su corazón latiese con fuerza y comenzase a escuchar con atención. No se oía ni un ruido en la habitación, no se oía más que el sonido familiar de la lluvia contra la ventana, más fuerte y más intenso que nunca.

Ésa vaga desconfianza, ese miedo indescriptible, le dominaban todavía y le

mantenían sobre la silla. Había puesto la maleta encima de la mesa nada más entrar en la habitación, y ahora cogió la llave de su bolsillo, extendió la mano lentamente, abrió la maleta y buscó a tientas su recado de escribir donde sabía que había una pequeña provisión de cerillas. Cuando consiguió una de las cerillas, esperó antes de encenderla contra la tosca mesa de madera y escuchó atentamente de nuevo sin saber por qué. Seguía sin oírse ningún otro ruido en la habitación más que el golpeteo monótono e incesante de la lluvia.

Encendió la vela de nuevo sin perder más tiempo y en el momento en que empezó a arder, el primer objeto de la habitación que buscaron sus ojos fue la cama oculta tras las cortinas.

Antes de que se apagase la luz había mirado en esa dirección y no había observado ningún cambio, ninguna alteración de ningún tipo en los pliegues de las cortinas perfectamente corridas.

Ahora, al mirar hacia la cama, vio una larga mano blanca que colgaba de uno de sus lados.

Estaba totalmente inmóvil en el lado de la cama donde se juntaban la cortina de los pies y la cortina del cabecero. No se podía ver nada más. Las ceñidas cortinas lo escondían todo menos lo larga mano blanca.

Se quedó de pie, mirándola, incapaz de moverse, incapaz de pedir ayuda, sin sentir nada, sin saber nada, todos sus sentidos concentrados y anulados menos el de la vista. Nunca después pudo decir durante cuánto tiempo estuvo preso de ese primer pánico. Pudo ser solo un momento, pudieron transcurrir muchos minutos. Cómo llegó hasta la cama, si se precipitó corriendo hasta ella, o si se acercó lentamente; cómo luchó contra sus propios nervios para descorrer las cortinas y mirar: nunca lo recordó y nunca lo recordará hasta el día de su muerte. Baste saber que fue a la cama y que miró a través de las cortinas.

El hombre se había movido. Uno de sus brazos estaba fuera de las sábanas; su rostro estaba un poco girado sobre la almohada sus párpados estaban abiertos de par en par. Aunque la posición y uno de los rasgos habían cambiado, por lo demás el rostro estaba terrible y sorprendentemente inalterado. La palidez y la quietud mortal estaban aún en él.

De un vistazo, Arthur vio todo esto; sólo un vistazo antes de huir sin aliento hasta la puerta y alertar a toda la casa.

El hombre al que el posadero había llamado «Ben» fue el primero en aparecer en las escaleras. En pocas palabras Arthur le dijo lo que había pasado y le envió a buscar al médico más cercano.

Yo, el narrador de esta historia, estaba entonces viviendo en casa de un médico amigo mío que ejercía en Doncaster, y me encargaba de sus pacientes durante su ausencia, ya que se encontraba en Londres; y yo, en ese momento, era el médico más

cercano. Habían venido a buscarme desde la posada aquella tarde cuando el extraño cayó enfermo, pero no estaba en casa y buscaron la asistencia necesaria en otro lugar. Cuando el hombre de Los Dos Petirrojos llamó al timbre de noche, estaba a punto de irme a la cama. Como es natural, no creí ni una sola palabra de su historia sobre «un hombre muerto que había vuelto a la vida de nuevo». No obstante, me puse mi sombrero, me armé de uno o dos frascos de medicina reconstituyente, y corrí a la posada; no esperaba encontrar allí nada más especial que un paciente con un ataque.

Mi sorpresa al descubrir que el hombre había dicho literalmente la verdad fue casi tan grande como mi asombro al encontrarme cara a cara con Arthur Holliday en cuanto entré en la habitación. No era el momento de dar o pedir explicaciones, así que nos dimos la mano llenos de estupor y después ordené que todos menos Arthur salieran de la habitación y me apresuré junto al hombre de la cama.

No hacía mucho que se había apagado el fuego de la cocina. Había mucha agua caliente en la caldera y gran cantidad de paños que se podían utilizar. Con todo esto, mis medicinas, y la ayuda que me pudo prestar Arthur bajo mis órdenes, salvé al hombre de las garras de la muerte, literalmente. En menos de una hora desde el momento en que me habían llamado, estaba vivo y hablando en la cama sobre la que le habían tendido a la espera de la investigación post-mortem.

Naturalmente me preguntarán qué es lo que le había pasado. Yo podría exponer, a modo de respuesta, una larga teoría profusamente adornada con lo que los niños llaman «cháchara». Prefiero decirles, sin embargo, que, en este caso, causa y efecto no podrían relacionarse de un modo satisfactorio mediante ninguna teoría. Hay misterios de la vida y sus características que la ciencia del ser humano no ha desentrañado todavía; y les confieso con franqueza que al devolver a ese hombre a la vida, desde un punto de vista moral, me adentré a tientas y casualmente en lo desconocido. Sé (por el testimonio del médico que lo atendió por la tarde), que la maquinaria vital, en la medida en que nuestros sentidos pueden apreciar su funcionamiento, se había detenido sin duda en su caso y estoy igualmente seguro (teniendo en cuenta que yo le ayudé a restablecerse) de que el principio vital no se había extinguido. Si añado que había sufrido una enfermedad larga y complicada, y que todo su sistema nervioso estaba sumamente trastornado, les habré dicho todo lo que sé realmente del estado físico de mi paciente muerto y resucitado de la posada de Los Dos Petirrojos.

Cuando «volvió en sí», como dice la expresión, era un fantoche sobrecogedor de ver: un rostro carente de color, las mejillas hundidas, los ojos negros y salvajes y una larga cabellera negra. La primera pregunta que me hizo sobre su estado en cuanto pudo hablar me hizo sospechar que había atendido a un hombre de mi misma profesión. Le mencioné mi suposición y me dijo que estaba en lo cierto.

Dijo que venía de París, su anterior destino, donde había trabajado en un hospital;

que hacía poco había regresado a Inglaterra de camino a Edimburgo, para continuar sus estudios; que había caído enfermo durante el viaje y que se había detenido a descansar y recuperarse en Doncaster. No dijo una palabra sobre su nombre ni sobre quién era, y por supuesto yo no le interrogué al respecto. Lo único que le pregunté cuando dejó de hablar fue qué rama de la profesión quería seguir.

—Cualquier rama —dijo, amargamente—, que ponga pan en la boca de un pobre hombre.

Al oír estas palabras, Arthur que hasta el momento le observaba en silenciosa curiosidad, exclamó con ímpetu y en su habitual tono jovial:

—Querido amigo —todo el mundo era «querido amigo» para Arthur—, ahora que ha vuelto a la vida, no puede empezar desanimado con sus proyectos. Le prometo que le ayudaré en los aspectos capitales del mundo de la medicina, y si yo no puedo, sé que mi padre podrá.

El estudiante de medicina le miró fijamente.

—Gracias —dijo con frialdad; después añadió—: ¿puedo preguntarle quién es su padre?

—Es muy conocido en toda esta parte del país —respondió Arthur—. Es un importante fabricante, y su nombre es Holliday.

Mi mano estaba sobre la muñeca del hombre durante esta breve conversación. En el momento en que se pronunció el nombre de Holliday sentí cómo el pulso bajo mis dedos se aceleraba, se detenía, continuaba repentinamente con una sacudida, y latía después durante uno o dos minutos como si estuviese en un estado febril.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó el extraño, rápidamente, con agitación, casi con ira.

Arthur relató brevemente todo lo que había sucedido desde el momento que alquiló la cama de la posada.

—Estoy en deuda con el hijo del señor Holliday entonces por su ayuda que ha salvado mi vida —dijo el estudiante de medicina, hablando para sí con un singular sarcasmo en la voz—. ¡Venga aquí!

Extendió mientras hablaba su larga, blanca y huesuda mano derecha.

—Con todo mi corazón —dijo Arthur mientras cogía su, mano cordialmente—, puedo confesarlo hora —continuó, entra, risas—: le doy mi palabra de honor, de que casi me da un susto de muerte.

El extraño no parecía escuchar. Sus ojos negros y salvajes se clavaban con anhelante interés en el rostro de Arthur, y sus largos dedos huesudos agarraban firmemente su mano. El joven Holliday, por su parte, devolvía la mirada, sorprendido y perplejo por el peculiar lenguaje y el curioso comportamiento del estudiante de medicina. Los dos rostros estaban muy juntos; los miré y para mi sorpresa, me impresionó súbitamente una sensación de similitud entre ellos, no en sus rasgos o su

piel, sino únicamente en la expresión. Se trataba de un asombroso parecido; de no ser así con seguridad yo no lo habría descubierto ya que soy de natural lento para detectar las semejanzas entre las caras.

—Ha salvado mi vida —dijo el extraño, todavía mirando fijamente el rostro de Arthur y con su mano agarrando firmemente en la suya—. Ni mi propio hermano habría podido hacer más por mí de lo que usted ha hecho.

Puso un énfasis peculiarmente notorio en esas tres palabras, un cambio recorrió su rostro cuando las pronunciaba; un cambia; que me siento incapaz de describir de ningún modo.

—Espero no haber terminado de prestarle ayuda todavía —dijo Arthur—. En cuanto vuelva a casa hablaré con mi padre.

—Parece usted querer mucho a su padre, parece estar orgulloso de él —dijo el estudiante de medicina—. Supongo que a su vez él siente lo mismo por usted.

—Por supuesto que sí —respondió Arthur, entre risas—. ¿Qué tiene de sorprendente? No le quiere su padre...

El extraño dejó caer repentinamente la mano del joven Holliday y apartó la mirada.

—Le pido perdón —dijo Arthur—. Espero no haberle causado dolor, no era mi intención. Espero que no haya perdido usted a su padre...

—No se puede perder aquello que nunca se ha tenido —replicó el estudiante con una risa áspera y burlona.

—¡Lo que nunca se ha tenido!

El extraño volvió a coger la mano de Arthur y repentinamente le volvió a clavar la mirada.

—Sí —dijo, repitiendo la risa amarga—. Ha traído usted a un pobre diablo de vuelta a la tierra, un lugar donde no pinta nada. ¿Le sorprende? Bien, pues me permitiré el capricho de contarle lo que los hombres en mi situación normalmente mantienen en secreto. No tengo nombre y no tengo padre. ¡La misericordiosa ley de la sociedad me dice que no soy hijo de nadie! Pregúntele a su padre si querría ser también mi padre, y ayudarme así a seguir mi vida con su apellido.

Arthur me miró más desconcertado que nunca.

Le hice una señal para que no dijese nada, y después coloqué mis dedos de nuevo sobre la muñeca del hombre. No. A pesar del extraordinario discurso que acababa de hacer, no empezaba a delirar como yo había sospechado. En ese momento su pulso volvía a latir lenta y calmadamente, y su piel estaba húmeda y fresca. No mostraba ni un solo síntoma de agitación o de fiebre.

Al ver que ninguno de los dos le respondía, se giró hacia mí y empezó a hablar del carácter extraordinario de su caso, y a pedirme consejo sobre el curso que en el futuro debería tomar el tratamiento médico al que debía someterse. Le dije que el

asunto requería una reflexión cuidadosa, y le sugerí enviarle una receta un poco más tarde. Me pidió que la redactase al instante ya que lo más probable era que dejase Doncaster por la mañana antes de que yo me hubiera levantado. Fue inútil intentar convencerle de la locura y el peligro que entrañaba su decisión. Me escuchó con educación y paciencia, pero se mantuvo firme sin ofrecer razones ni explicaciones, y me repitió que si deseaba darle la oportunidad de ver mi tratamiento, debería redactarlo inmediatamente.

Al oír esto, Arthur se ofreció a prestarme su recado de escribir, que dijo que llevaba consigo. Lo trajo hasta la cama y sacó bruscamente sin dilación un papel del bolsillo de forma descuidada, como era habitual en él. Junto con el papel cayó sobre la colcha de la cama un pequeño paquete de esparadrapo y un dibujo a acuarela de un paisaje.

El estudiante de medicina cogió el dibujo y lo miró. Sus ojos se detuvieron sobre unas iniciales escritas en clave con esmero en una esquina. Se sobresaltó y tembló; su rostro palideció más que nunca; sus ojos salvajes y negros se giraron hacia Arthur y lo miraron como si lo atravesaran.

—Un bonito dibujo —dijo, en un tono de voz especialmente calmado.

—¡Ah!, y su autora es una muchacha tan hermosa —dijo Arthur—. ¡Oh, qué muchacha tan hermosa! Ojalá no fuese un paisaje, ¡ojalá fuese un retrato suyo!

—¿La admira usted mucho?

Arthur, medio en broma, medio en serio, besó su mano a modo de respuesta.

—Amor a primera vista —dijo el joven Holliday, mientras guardaba el dibujo de nuevo—. Pero las cosas no van como deberían. Es la vieja historia. Está monopolizada, como siempre; atada por un precipitado compromiso con un pobre hombre que nunca podrá reunir el dinero suficiente para casarse con ella. Tuve suerte de saberlo a tiempo, o con seguridad me habría arriesgado a declararme cuando me entregó ese dibujo. Aquí tiene, doctor, una pluma, tinta y papel preparados para usted.

—¿Cuándo le dio ese dibujo? Se lo dio, se lo dio...

Repitió las palabras lentamente para sí y súbitamente cerró los ojos. Una convulsión momentánea recorrió su rostro y vi cómo agarraba las sábanas con una de las manos y las apretaba con fuerza. Pensé que volvería a caer enfermo y supliqué que cesara la conversación. El extraño abrió los ojos para hablar, los fijo de nuevo inquisitivamente en Arthur, y dijo, lenta y claramente:

—A usted le gusta y a ella le gusta usted. Ése pobre hombre puede desaparecer de su camino. ¿Quién dice que no se entregará a usted del mismo modo que le ha entregado su dibujo, después de todo?

Antes de que el joven Holliday pudiese responder, se giró hacia mí y me dijo en un suspiro: «Ahora la receta». Desde ese momento, aunque habló de nuevo a Arthur, no le volvió a mirar.

Cuando terminé de escribir la receta, la examinó, la aprobó, y después nos asombró a ambos al desearnos bruscamente las buenas noches. Me ofrecí a velarle y rehusó con un gesto con la cabeza. Arthur se ofreció a velarle y dijo simplemente, mirando hacia otro lado: «No». Insistí en que alguien debía quedarse vigilándole y cedió al darse cuenta de que no iba a dar mi brazo a torcer: dijo que aceptaría los servicios del camarero de la posada.

—Gracias a los dos —dijo, cuando nos levantamos para irnos—. Tengo un último favor que pedir, no a usted, doctor, ya que supongo que será discreto como lo exige su profesión, sino al señor Holliday. —Mientras hablaba sus ojos descansaban inmóviles sobre mí y en ningún momento miraron a Arthur—. Suplico al señor Holliday que no mencione a nadie, y menos aún a su padre, los acontecimientos sucedidos y las palabras pronunciadas en esta habitación. Le ruego que me entierre en su memoria como si estuviese enterrado en una tumba, lo que de no ser por él habría ocurrido. No puedo darle mi razón para esta curiosa petición. Sólo le imploro que me la conceda.

Su voz se quebró por primera vez y escondió el rostro en la almohada. Arthur, completamente perplejo, le hizo la promesa que pedía. Inmediatamente después, me llevé al joven Holliday conmigo a la casa de mi amigo, decidido a regresar a la posada y volver a ver al estudiante de medicina antes de que se fuese por la mañana. Volví a la posada a las ocho, y evité adrede despertar a Arthur, que dormía profundamente en uno de los sofás de mi amigo tras la excitación de la noche anterior. En cuanto me quedé solo en la habitación, me había asaltado una sospecha que me hizo llegar a la conclusión de que Holliday y el extraño cuya vida había salvado no debían volver a encontrarse si podía evitarlo.

Ya he aludido a ciertas noticias o escándalos que conocía correspondientes a la época de juventud del padre de Arthur. Mientras, tumbado en mi cama, pensaba en lo ocurrido en la posada: en el cambio del pulso del estudiante cuando oyó el nombre de Holliday; en el parecido de expresión que había descubierto entre su rostro y el de Arthur; en el énfasis con el que había pronunciado, esas tres palabras «mi propio hermano», y en su incomprensible confesión de su propia ilegitimidad; mientras pensaba en todas estas cosas, los rumores que he mencionado afloraron repentinamente a mi cabeza y se unieron con rapidez a mi cadena de pensamientos anterior. Algo dentro de mí susurraba: «Será mejor que esos dos jóvenes caballeros no se vuelvan a encontrar». Lo oí antes de quedarme dormido; lo oí cuando me desperté; y a la mañana siguiente fui, como le he dicho, solo a la posada.

Había perdido mi única oportunidad de volver a ver a mi paciente sin nombre. Se había marchado hacía casi una hora cuando pregunté por él.

Hasta aquí le he contado todo lo que sé con seguridad sobre el hombre que devolví a la vida en la habitación de dos camas de la posada de Doncaster. Lo que

quiero añadir a continuación no son más que intromisiones y suposiciones; estrictamente hablando, no se trata de hechos.

Tengo que decirle primero que el estudiante de medicina resultó tener curiosa e inexplicablemente razón al considerar más que probable que Arthur Holliday se casaría con la joven dama que le había regalado el dibujo a acuarela de aquel paisaje. Poco después de un año desde que sucedieran los acontecimientos que acabo de relatar, se celebró esa boda.

La joven pareja vino a vivir al vecindario donde yo ejercía entonces mi profesión. Estuve presente en la boda y me sorprendió mucho observar que Arthur se mostraba peculiarmente reservado conmigo, tanto antes como después de la celebración, sobre el tema del compromiso anterior de la muchacha. Sólo lo mencionó una vez cuando estábamos solos; en esa ocasión, dijo únicamente que su mujer había hecho todo lo que el honor y el sentido del deber le exigían al respecto, y que el compromiso se había roto con la plena aprobación de sus padres. Nunca volví a oír nada más de él sobre el asunto. Durante tres años Arthur y su mujer vivieron felices. Al final de este período, aparecieron por primera vez los síntomas de una grave dolencia en la señora de Arthur Holliday. Resultó ser una enfermedad larga, lenta y sin esperanza. La asistí durante toda su evolución. Habíamos sido buenos amigos cuando estaba sana, y nos unimos más que nunca cuando estuvo enferma. Mantuvimos muchas conversaciones, largas e interesantes, en los períodos en que sufría menos. Voy a relatar brevemente el resumen de una de esas conversaciones, y dejaré que ustedes saquen sus propias conclusiones.

El encuentro del que voy a hablar tuvo lugar poco tiempo antes de su muerte.

Acudí a su casa una tarde, como era habitual, y la encontré sola, con un brillo en los ojos que me indicó que había estado llorando. Al principio sólo me dijo que estaba baja de ánimo, pero poco a poco se volvió más comunicativa y me confesó que había estado ojeando unas viejas cartas dirigidas a ella antes de conocer a Arthur, cuyo remitente era un hombre con el que había estado prometida. Le pregunté cómo llegó a romperse el compromiso. Me respondió que nunca se rompió, sino que se había extinguido de forma misteriosa. El hombre con el que estaba comprometida — su primer amor, le llamaba— era muy pobre y no había planes inmediatos para su boda. Quería ejercer mi profesión, y se fue a estudiar al extranjero. Habían mantenido una correspondencia regular hasta el momento en que, según ella creía, había vuelto a Inglaterra. Desde entonces no volvió a saber nada de él. Tenía un carácter displicente y sensible, y temía haber dicho o hecho algo sin querer que le hubiese ofendido. Fuere como fuese, él nunca volvió a escribirle y después de esperar durante un año, se casó con Arthur. Le pregunté cuándo había comenzado ese distanciamiento y descubrí que el momento en el que dejó de tener noticias de su primer amor correspondía exactamente con el momento en el que se solicitaron mis servicios en la

posada para atender al misterioso paciente.

Dos semanas después de esa conversación, murió. Pasado un tiempo, Arthur volvió a casarse. En los últimos años ha vivido principalmente en Londres y le he visto muy poco, casi nada.

Tengo que avanzar unos años para poder llegar a algo parecido a una conclusión de esta narración fragmentaria. E incluso al situarme este período más tardío, lo que tengo que decir es tan breve que apenas mantendrá su atención más de unos minutos.

Una tarde lluviosa de otoño, mientras aún ejercía como médico en el campo, estaba solo, sentado, pensando en un caso del que entonces me hacía cargo y que me desconcertaba gravemente, cuando llamaron a la puerta de mi habitación con un golpe tenue.

—Adelante —dije, y miré con curiosidad para ver quién me requería.

Tras un momento de dilación, el picaporte se movió y una mano larga, blanca y huesuda se deslizó alrededor de la puerta mientras se abría, empujándola suavemente por encima de un pliegue de la alfombra que la impedía girar libremente sobre sus goznes. Tras la mano vino un hombre cuyo rostro me inspiró al instante una sensación muy extraña. Había algo en su aspecto que me resultaba familiar, y sin embargo, era algo que a su vez me sugería la idea de cambio.

Se introdujo pausadamente como señor Lorn, me presentó unas excelentes cartas de recomendación y se ofreció para ocupar el puesto, entonces vacante, de mi asistente. Mientras hablaba observé con extrañeza que no parecía que estuviésemos manteniendo un encuentro como extraños y que, mientras que yo estaba desde luego sorprendido de verle, él no parecía estar de ningún modo sorprendido de verme a mí.

Estuve a punto de decirle que pensaba que ya nos conocíamos. Pero algo en su rostro, y algo en mis propios recuerdos, no sé decir qué, me retuvo inexplicablemente, y no dije nada, y al mismo tiempo me atrajo a él también inexplicablemente al instante, y me hizo aceptar su propuesta con alegría y presteza.

Ocupó el puesto de asistente ese mismo día. Nos llevamos tan bien desde el principio como si fuésemos viejos amigos; sin embargo, durante todo el tiempo en que residió en mi casa, jamás me hizo una confidencia sobre su vida pasada, y yo jamás abordé el tema prohibido más que mediante insinuaciones, que rehusó firmemente captar.

Durante mucho tiempo tuve la intuición de que mi paciente en la posada podía ser un hijo natural del viejo señor Holliday y que también podía ser el hombre que estaba comprometido con la primera mujer de Arthur. Y ahora me surgía otra sospecha: que el señor Lorn era la única persona sobre la tierra que podía, si así lo deseaba, arrojar luz sobre estos dos puntos oscuros. Pero nunca quiso, y nunca hubo luz. Se quedó conmigo hasta que me mudé a Londres a probar fortuna allí como médico por segunda vez, después siguió su camino y yo seguí el mío. Desde entonces no nos

hemos vuelto a ver.

No puedo añadir nada más. Puede que mis sospechas estén en lo cierto, o puede que no sea así. Lo único que sé es que durante ese período de mi trabajo en el campo, cuando volvía tarde a casa y me encontraba a mi asistente dormido y le despertaba, al volver en sí se parecía asombrosamente al extraño de Doncaster cuando se levantó de la cama en aquella noche memorable.

La sexta jornada

Una temperatura opresivamente templada y una lluvia suave, constante, uniforme: un tiempo triste para la gente ociosa en el campo. La señorita Jessie, tras mirar con anhelo por la ventana, se resignó a las circunstancias y renunció a toda esperanza de dar un paseo a caballo. El jardinero, el invernadero, los conejos, el ama de llaves, y como último recurso, incluso el olvidado piano, fueron puestos a su disposición para ayudarle a pasar el tiempo. Fue un día largo, pero gracias a su propio talento para lo insignificante, se las ingenió para mantenerse ocupada del modo más grato.

Todavía sin noticias de mi hijo. El tiempo había pasado, irremisiblemente, y desde luego no era una cosa descabellada esperar noticias suyas.

Ése día Morgan y yo dimos término a nuestra tercera y última historia. Corregí la contribución de mi hermano sin muchas dificultades esta vez, y le asigné el número nueve. Mi propia historia se colocó a continuación y así, de forma totalmente casual, resultó identificada como la última de la serie: la historia número diez.

Cuando dejé las dos tarjetas correspondientes en la ponchera, el pensamiento de que ya no habría ninguna historia más que añadir pareció empeorar el sentimiento de preocupación que me dominaba en relación con el regreso de George. Una enorme tristeza invadió mi alma y salí desesperado bajo la lluvia tratando de alejar de mi mente las opresivas influencias a fuerza de duro ejercicio físico.

El número elegido aquella noche fue el tres. Tras la presentación del manuscrito correspondiente, resultó ser otra vez mi turno de lectura.

—Si puedo prometer algo esta noche —dije, mientras me dirigía a nuestra bella invitada—, es un poco de variedad. Ésta vez no he sido yo quien ha escrito la historia que voy a leer. Se trata meramente de la copia de una cierta correspondencia, bastante curiosa que he encontrado entre mis papeles profesionales.

Jessie estaba desconcertada.

—¿Es que no hay historia, pues? —preguntó, en un tono más bien disgustado—. ¡Claro que hay una historia! —contesté—. Una historia ciertamente mucho más liviana que las que he leído hasta ahora, y que podría, por esta razón, ser más de su agrado, aunque sólo sea como contraste y alivio, si es que no logra seducirla por otros medios. Debo decir que obtuve la correspondencia original que conforma la historia del mismísimo Departamento de Investigación de la Policía de Londres.

—Eso ya promete, de entrada —dijo Jessie mientras se le iluminaba el rostro.

—Hace unos años —continué—, en la Oficina Central surgió la idea de aumentar la cantidad de agentes y la eficacia de este Departamento de Investigación, y yo tuve el honor de ser una de las personas a las que se consultó en privado sobre el asunto. El principal obstáculo del plan propuesto estribaba en la dificultad de enrolar reclutas. Los policías rasos de Londres son habitualmente hombres de confianza, sobrios y

valientes, pero como entidad, por desgracia, en cierto modo les falta inteligencia. Las autoridades, conscientes de esto, estudiaban un programa que sobre el papel parecía factible, y que consistía en conseguir los servicios de una tipo especial de hombres famosos por su astucia: los experimentados investigadores de los bufetes de abogados. Entre las personas a las que pidieron consejo sobre este punto, yo fui el único que no me mostré de acuerdo con la medida propuesta. Estaba seguro de que los detectives realmente experimentados, encargados de realizar investigaciones privadas y de buscar pruebas perdidas, estaban demasiado bien pagados, y disfrutaban de una situación lo suficientemente independiente en sus diversas oficinas como para querer integrarse en las filas del Departamento de Investigación y someterse a la rígida disciplina de Scotland Yard. Así que yo fui el único que se atrevió a predecir que sólo los peores investigadores, en cuya discreción no se podía confiar, serían los que se ofrecerían para los puestos de detective. Mis consejos no fueron tomados en consideración, y así se puso en marcha el experimento: se empezó a hacer uso de estos nuevos investigadores en dos o tres casos. Como es natural, yo estaba especialmente interesado en el resultado y a su debido tiempo me interesé en recabar cierta información al respecto en las instancias correspondientes. Como respuesta, me fueron enviados los originales de las cartas cuyas copias leeré a continuación, con la indicación de que la correspondencia en el caso particular a que estas cartas se referían, ofrecía una buena muestra de los resultados del experimento en los otros casos. Las cartas me divertieron y obtuve permiso para copiarlas antes de devolverlas. Oirán ahora, por lo tanto, en sus propias palabras, cómo cierto empleado en un bufete logró llevar a cabo una investigación muy delicada, y cómo los miembros del Departamento de Investigación se las ingeniaron para ayudarle en su primera experiencia.

EL CAZADOR CAZADO

La historia del hermano Griffith

(Extraído de la Correspondencia de la Policía de Londres)

I

Del inspector jefe Theakstone, del departamento de investigación, al sargento Bulmer del mismo organismo

Londres, 4 de julio de 18__

SARGENTO BULMER.— Sirva la presente para informarle de que se solicita su ayuda en la investigación de un importante caso que requerirá toda la atención de un miembro experimentado del cuerpo de policía. En cuanto al caso de robo en el que trabaja usted ahora mismo, deberá comunicar todos sus detalles al joven que le entregará esta carta; le referirá todas las circunstancias que rodean el caso en este momento; le informará sobre los progresos que ha realizado (si es que ha realizado alguno) a fin de encontrar a la persona o personas que sustrajeron el dinero; y permitirá que haga todo lo que considere posible en relación con el asunto que ahora está en sus manos. Sobre él recaerá toda la responsabilidad del asunto, y asimismo todo el reconocimiento de su resolución en caso de que lo lleve a buen fin.

Esto por lo que se refiere a las órdenes que deseo comunicarle. Ahora permítame unas palabras, a título personal, sobre el nuevo hombre que ocupará su lugar. Su nombre es Matthew Sharpin, y ha de saber que se le ha dado la oportunidad de poder irrumpir en nuestra oficina de un salto; siempre, claro está, que sea lo suficientemente ágil para darlo. Como es natural se preguntará usted cómo es posible que le haya sido concedido este privilegio. Sólo puedo decirle que le respaldan importantes y especialísimos intereses por parte de ciertas altas instancias que será mejor que ni usted ni yo mencionemos más que en confianza. El hombre en cuestión ha trabajado como investigador en el bufete de un abogado, y observará, cuando lo conozca, que tiene un excelente concepto de sí mismo, y que por si esto no fuera poco, es mezquino y taimado. Según lo que él dice, abandona su vieja profesión para unirse a la nuestra por propia voluntad y preferencia. No le creerá más de lo que le creo yo. Mi sospecha es que se las ha apañado para conseguir cierta información comprometida relacionada con los asuntos de uno de los clientes de su jefe. Y me

temo que este conocimiento le convierte en un empleado cuya permanencia en la oficina resultaría incómoda, pero al mismo tiempo esa información le da el suficiente poder como para que resulte peligroso arrinconarle con un despido. Creo que el hecho de que le brindemos esta oportunidad de trabajar con nosotros —algo nunca visto—, no encubre más que un vil soborno para que no abra la boca, dicho llanamente. Sea como fuere, el señor Matthew Sharpin debe encargarse del caso que ahora tiene usted entre manos, y si logra resolverlo, esté seguro de que acabará metiendo las narices en su oficina. Le informo de todo esto, sargento, para que no cave usted su propia tumba dándole a este hombre motivo de queja ante la sede central.

Quedo a su disposición,

Francis Theakstone

II

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone

Londres, 5 de julio de 18__

ESTIMADO SEÑOR.— Habiendo sido informado cortésmente por el sargento Bulmer sobre las instrucciones necesarias y relativas al caso, es mi deseo recordarle la naturaleza de las órdenes que me han sido transmitidas relativas al informe que debo preparar para su análisis en la sede central sobre mi procedimiento en el futuro.

El objeto de mi informe, y del análisis que ha de hacer usted del mismo, como paso previo antes de remitirlo a las instancias superiores, es, según creo, el de concederme, como detective inexperto, las ventajas de su asesoría en caso de que la necesite (me atrevo a decir que no será el caso), en cualquier fase del procedimiento. Dado que las extraordinarias circunstancias del caso que tengo entre manos hacen imposible que pueda ausentarme del lugar donde se cometió el robo hasta que haya hecho algunos progresos para descubrir al ladrón, me veo necesariamente incapacitado para consultarle personalmente. De ahí la necesidad de reseñar por escrito los múltiples detalles que quizás sería mejor le comunicara oralmente. Si no me equivoco, ésta es la situación en la que ahora mismo me encuentro. Expondré mis impresiones sobre el asunto por escrito, con el fin de que podamos entendernos con claridad desde el principio. Con el honor de quedar a su disposición, su atento servidor,

Matthew Sharpin

III

Del inspector jefe Theakstone al señor Matthew Sharpin

Londres, 5 de julio de 18__

SEÑOR.— Ha empezado perdiendo tiempo, tinta y papel. Ambos sabíamos perfectamente cuál era nuestra posición cuando le envíe al Sargento Bulmer junto con mi carta. No había ninguna necesidad de repetirlo por escrito. Le ruego que de ahora en adelante utilice su pluma para escribir sobre el asunto que realmente nos ocupa.

Dicho esto, debe usted mantenerme al tanto sobre tres asuntos diferentes. Primero, debe redactar un informe sobre las instrucciones específicas que ha recibido del Sargento Bulmer, con el fin de demostrar que nada se ha escapado a su percepción de usted, y que conoce en profundidad todas las circunstancias del caso que le ha sido confiado. En segundo lugar, debe informarme sobre lo que pretende hacer. Y en tercer lugar, debe comunicarme al punto cualquier pequeño avance (si es que hay alguno) que se produzca en la investigación, cada día, y si es necesario, cada hora también. Ése es su deber. En cuanto a cuál es mi deber, cuando quiera que me lo recuerde, se lo comunicaré por escrito. Mientras tanto, quedo a su entera disposición,

Francis Theakstone

IV

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone

Londres, 6 de julio de 18__

SEÑOR.— Es usted ya un hombre muy mayor y como tal, es natural que se sienta un poco celoso de los de los hombres como ya en plenitud de edad y de facultades. Bajo estas premisas, es mi deber ser considerado con usted, y no juzgar con severidad sus pequeños defectos. No me ofenderé, por lo tanto, por el tono de su carta le concedo todo el beneficio de mi generosidad natural; borraré la misma existencia de su amarga carta de mi memoria. En resumen Inspector jefe Theakstone, le perdono y procedo al trabajo.

Mi primer deber es elaborar un informe completo sobre los datos que he recibido del Sargento Bulmer. A continuación los expongo para usted, con arreglo a mi versión.

En el número 13 de Rutherford Street, Soho, hay una papelería. Su dueño es un tal señor Yatman. Es un hombre casado, pero no tiene hijos. Además del señor y la señora Yatman, los otros habitantes de la casa son: un huésped, un hombre soltero llamado Jay que ocupa la habitación principal del segundo piso; un hombre que trabaja en la tienda, que duerme en uno de los áticos, y una criada para todo, cuya cama está en la cocina de atrás. Una vez a la semana una mujer de la limpieza viene a ayudar a la criada. Estas son las personas que habitualmente tienen medios para acceder al interior de la casa, que, por supuesto, está a su disposición. El señor Yatman lleva muchos años en el negocio y lo ha llevado por buen cauce, de modo que su prosperidad le garantizaba unos buenos ingresos para una persona de su posición. Desafortunadamente para él, intentó aumentar el valor de su propiedad mediante la especulación. Se arriesgó temerariamente en sus inversiones, la suerte no le favoreció, y hace menos de dos años se encontró de nuevo en la miseria. Todo lo que pudo salvar del naufragio de sus posesiones fue la cantidad de doscientas libras.

Aunque el señor Yatman hizo lo posible para hacer frente a estas tristes circunstancias y renunció a los lujos y comodidades a los que él y su mujer estaban acostumbrados, le fue imposible economizar hasta el punto de no poder ahorrar ningún dinero procedente de los ingresos que le reportaba su tienda. El negocio ha empeorando los últimos años ya que las papelerías baratas, apoyadas por la publicidad, le han hecho perder clientela. Consecuentemente, hasta la semana pasada, el único excedente económico que poseía el señor Yatman consistía en las doscientas libras que recuperó del naufragio de su fortuna. Ésta suma se guardaba como depósito en un banco en forma de acciones de la mayor clase.

Hace ocho días el señor Yatman y su huésped, el señor Jay, mantuvieron una conversación acerca de las dificultades económicas que perjudican el comercio en toda índole de circunstancias, en los tiempos que corren. El señor Jay (que se gana el sustento proporcionando a los periódicos sucintos párrafos relativos a accidentes, delitos y notas breves sobre sucesos destacables en general, es decir, es lo que comúnmente se llama un gacetillero), le dijo a su casero que había estado en el centro ese día y había oído rumores pesimistas sobre los bancos por acciones. Los rumores a los que se refería, por lo demás, ya habían llegado a oídos del señor Yatman, aunque por otro conducto, y la confirmación de su huésped tuvo tal efecto sobre él, predispuesto evidentemente a la alarma, tras la experiencia de sus anteriores pérdidas, que decidió encaminarse al banco al instante resuelto a retirar su depósito. La tarde llegaba a su fin, pero el señor Yatman llegó justo a tiempo para recibir su dinero antes de que cerrara el banco.

En concepto de devolución de ese depósito, le fueron entregados billetes de banco por las siguientes cantidades: un billete de cincuenta libras, tres billetes de veinte libras, seis billetes de diez libras y seis billetes de cinco libras. Su idea al retirar el dinero de este modo era tenerlo preparado para invertirlo inmediatamente en préstamos de poca importancia, sobre fianza, a los pequeños comerciantes de su distrito, muchos de los cuales se ven aquejados de graves problemas en este momento para ganarse la vida. El señor Yatman consideró que este tipo de inversiones eran las más seguras y beneficiosas en las que, dadas las circunstancias, se podía aventurar.

Introdujo el dinero en un sobre que guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y al llegar a casa, mandó buscar al dependiente de su tienda una caja pequeña y plana de hojalata que no había usado desde hacía años y que, según recordaba el señor Yatman era exactamente del tamaño adecuado para los billetes de banco. Buscaron la caja en vano durante un rato. El señor Yatman consultó a su mujer sobre si ella tenía alguna idea de dónde podía estar la dichosa caja. La criada, que en ese momento recogía la bandeja del té, oyó la pregunta, y también el señor Jay, que en ese instante bajaba por las escaleras para salir de camino al teatro.

Finalmente el dependiente encontró la caja. El señor Yatman colocó los billetes dentro, la cerró con un candado, y se la guardó en el bolsillo del abrigo. La caja sobresalía ligeramente de dicho bolsillo, lo suficiente, pues, para que se viese. El señor Yatman se quedó en casa, en el piso de arriba, toda la tarde. No hubo visitas. A las once se fue a la cama, pero antes guardó la caja debajo de la almohada.

Cuando él y su mujer se levantaron a la mañana siguiente, la caja había desaparecido. El Banco de Inglaterra congeló inmediatamente el pago de los billetes, pero no se ha sabido nada del dinero desde entonces.

Hasta lo que se refiere a este punto, las circunstancias del caso están perfectamente claras. No hay duda de que llevan a la conclusión de que el robo tuvo

que cometerlo alguien que vivía en la casa. Las sospechas recaen por lo tanto en la criada, el vendedor y el señor Jay. Los dos primeros sabían que el señor buscaba la caja, pero no sabían qué quería colocar dentro de ella. Podían deducir, por supuesto, que era dinero. Ambos tuvieron oportunidades de ver la caja en el bolsillo del señor Yatman (la criada cuando recogió el té, y el vendedor cuando entró, después de cerrar la tienda para darle las llaves de la caja registradora a su jefe), y pudieron suponer, como era obvio por su posición en ese lugar, que iba a guardarla consigo en la habitación durante toda la noche.

El señor Jay, por otro lado, había sabido que su casero tenía un depósito de doscientas libras en un banco por acciones durante la conversación que habían mantenido aquella tarde sobre dichos bancos. También sabía que el señor Yatman le había dejado precipitadamente con la intención de sacar ese dinero; y había escuchado cómo buscaban la caja poco después, cuando bajaba las escaleras. Tuvo por lo tanto que haber deducido que el dinero estaba en la casa y que la caja era el recipiente donde iba a guardarse el mismo. No obstante, es imposible que tuviese la más mínima idea del lugar en que el señor Yatman pensaba esconderlo durante la noche, dado que salió de allí antes de que encontraran la caja y que cuando volvió, su casero ya estaba en la cama. Consecuentemente, si cometió el robo, debió entrar en el dormitorio llevado por la pura especulación.

Ya que hablamos del dormitorio, creo que, antes que nada, es necesario explicar su exacta situación en la casa y los medios existentes encaminados a ganar su fácil acceso a cualquier hora de la noche.

La habitación en cuestión es la habitación trasera del primer piso. Como consecuencia del miedo natural que la señora Yatman le tiene al fuego, concretamente a acabar quemada viva dentro de su propia habitación en caso de que por accidente se obstruyese la cerradura estando la llave echada, su marido se acostumbró a no cerrar nunca la puerta del dormitorio. Tanto él como su mujer, según su propia declaración, tienen el sueño pesado; por lo tanto, el riesgo para cualquier persona con aviesas intenciones de saquear el dormitorio era mínimo. Cualquiera pudo entrar en la habitación simplemente girando el picaporte; y, moviéndose con suficiente cuidado, no habría peligro de despertar a los durmientes. Éste dato es importante. Refuerza nuestro convencimiento de que uno de los habitantes de la casa debió coger el dinero, ya que indica que el robo, en este caso, pudo haber sido cometido por personas que no poseían la astucia y meticulosidad superiores que caracterizarían a un ladrón experimentado.

Éstas son las circunstancias tal y como le fueron relatadas al sargento Bulmer cuando le pidieron ayuda por primera vez para descubrir a los culpables, y si fuese posible, para recuperar los billetes de banco perdidos. Como consecuencia de la rigurosa investigación que emprendió no se logró hallar ni la más mínima prueba

contra cualquiera de las personas sobre las que recaían las sospechas de forma natural. Sus respuestas y comportamiento al ser informados del robo correspondían perfectamente a los de unas personas inocentes. El sargento Bulmer supo desde el principio que éste era un caso que sólo se resolvería mediante la investigación privada y la observación secreta. Empezó por recomendar al señor y la señora Yatman que asumiesen una actitud de plena confianza en la inocencia de las personas que vivían bajo su techo, y después inició la campaña dedicándose a estudiar las idas y venidas y a descubrir los amigos, costumbres y secretos de la criada.

Tres días y tres noches de paciente trabajo por su parte, y por la de competentes agentes que le fueron asignados para ayudarle en su investigación, le bastaron para llegar a la conclusión de que no había razones sólidas para sospechar de la chica.

A continuación siguió el mismo procedimiento con el vendedor. En su caso, se encontró con más dificultades e incertidumbres para determinar, con toda la discreción y el secreto requeridos, el carácter de este individuo sin que éste se apercibiera de que lo estaban investigando, pero los obstáculos se superaron finalmente con un éxito considerable, y aunque no tenemos el mismo grado de certeza en este caso que el que teníamos con la chica, hay suficientes razones para afirmar que el vendedor no tuvo nada que ver con el robo de la caja del dinero.

Como consecuencia obvia de estos procedimientos, el círculo de sospechas se cierra únicamente sobre el huésped: el señor Jay. Cuando le mostré al sargento Bulmer su carta de presentación, éste ya había hecho algunas averiguaciones sobre este joven caballero. La imagen que arroja la investigación no le es en absoluto favorable al sujeto en cuestión: frecuenta las tabernas y parece conocer en profundidad a una gran cantidad de individuos disolutos; está en deuda con la mayoría de los comerciantes con los que tiene trato; el pasado mes no pagó su alquiler al señor Yatman; ayer por la noche llegó a casa ebrio de licor y la semana pasada se le vio hablando con un boxeador profesional. En definitiva, aunque el señor Jay se presenta a sí mismo como periodista, en virtud de sus contribuciones de escritorzuelo para el periódico, nos hallamos más bien ante un joven caballero de gustos chabacanos, modales vulgares y malas costumbres. Hasta ahora no hemos descubierto nada sobre él que beneficie su buen nombre en el menor grado.

Hasta aquí he descrito hasta el último detalle los datos que me comunicó el sargento Bulmer. Estoy convencido de que no podrá encontrar ninguna omisión en mi narración; y creo que admitirá, aunque sé que alberga prejuicios contra mí, que jamás se habrá encontrado usted con exposición más clara de unos hechos como con ésta que acaba de leer. Así pues, mi siguiente deber es comunicarle lo que pienso hacer ahora que el caso me ha sido confiado.

En primer lugar, está claro que mi función es retomar el caso donde lo dejó el sargento Bulmer. Dado que confío en su autoridad, veo justificado entender que no

hay necesidad de complicar la investigación con la criada y el vendedor. Podemos, efectivamente, considerar que sus reputaciones no tienen tacha. Lo que queda por investigar con gran escrúpulo es la cuestión de la inocencia o culpabilidad del señor Jay. Antes de dar los billetes por perdidos, debemos asegurarnos, si es posible, de que él no sabe nada de este asunto.

Éste es el plan, que cuenta con la aprobación plena del señor y la señora Yatman, que he trazado para descubrir si el señor Jay es o no la persona que robó la caja de dinero:

Me propongo presentarme en la casa en el día de hoy como un joven caballero que quiere alquilar una habitación. Me mostrarán la habitación trasera del segundo piso como la que está disponible, y me instalaré allí esta misma noche como un hombre del campo que ha venido a la ciudad para buscar trabajo en una tienda u oficina respetables.

De este modo, viviré junto a la habitación que ocupa el señor Jay. El tabique que hay entre nosotros está hecho de listón y yeso. Haré un agujero en la pared, cerca de la cornisa, desde donde pueda ver lo que el señor Jay hace en su cuarto, y oír lo que allí se dice si cualquier amigo viene a visitarle. Siempre que esté en casa, yo permaneceré en mi puesto de observación; cada vez que salga, yo le seguiré. Mediante este método de vigilancia, tengo la absoluta certeza de que lograré descubrir su secreto, si es que realmente sabe algo sobre los billetes perdidos.

No me atreveré siquiera a intentar discernir lo que usted pensará de mi plan de observación. En mi opinión, éste reúne las valiosas ventajas de la audacia y la sencillez. Reforzado por esta convicción, finalizo la presente con sentimientos optimistas en relación con el futuro, y me declaro su humilde servidor, como siempre,

Matthew Sharpin

V

Del mismo al mismo

7 de julio

SEÑOR.— Puesto que no me ha honrado usted todavía con una respuesta a mi última carta, entiendo que, a pesar de sus prejuicios contra mí, su lectura habrá producido en usted una impresión positiva, como ya me aventuré a anticipar. Satisfecho y animado sin medida gracias a la señal de aprobación que su elocuente silencio me transmite, procedo a informarle sobre los progresos realizados en las últimas veinticuatro horas.

Me hallo actualmente cómodamente instalado en la habitación contigua a la del señor Jay, y me complace decir que tengo a mi disposición dos agujeros en la pared en vez de uno. Mi sentido del humor natural me ha llevado a la perdonable extravagancia de dotarles a ambos de nombres adecuados. Al primero lo he llamado «mi mirilla» y al segundo «mi tubillo». El nombre del primero no necesita explicación; el nombre del segundo alude al pequeño tubo o conducto de hojalata que, convenientemente, he insertado en el agujero, y doblado de tal modo que la boca del mismo queda cerca de mi oreja cuando me encuentro en mi puesto de observación. De ese modo, mientras observo al señor Jay a través de mi mirilla, puedo oír cada palabra que se habla en la habitación a través de mi tubillo. Mi natural franqueza, una virtud que he de informarle que poseo desde la infancia, me obliga a reconocer, antes de continuar que la ingeniosa idea de añadir un tubo a mi mirilla original fue de la señora Yatman. Ésta dama, una persona extremadamente inteligente y hábil, de modales sencillos a la par que distinguidos, participa en todos mis pequeños planes con una inteligencia y un entusiasmo para los que carezco de elogios suficientes. El señor Yatman está tan hundido por su pérdida que es incapaz de prestarme cualquier tipo de ayuda. La señora Yatman, que evidentemente está muy unida a él, lamenta el triste estado de ánimo de su marido incluso más que la pérdida del dinero, y el deseo de contribuir a sacarle del miserable estado de postración en el que ha caído la motiva hasta la extenuación.

—El dinero, señor Sharpin —me dijo ayer por la tarde con lágrimas en los ojos—, el dinero puede recuperarse por medio de un ahorro estricto y una atención extremada al negocio. Es el miserable estado mental de mi marido lo que me hace anhelar con ansia el descubrimiento del ladrón. Puede que esté equivocada, pero en cuanto le vi entrar a usted en la casa me sentí esperanzada sobre el resultado; y creo que, si Dios quiere que encontremos al rufián que nos robó, usted será el hombre que lo descubrirá.

Acepté este gratificante cumplido, que se me ofrecía en tal estado de ánimo, y creí firmemente que antes o después acabaría mereciéndolo por completo.

Permítame ahora volver al trabajo, es decir, a la mirilla y al tubillo.

He podido disfrutar de algunas horas de tranquila observación del señor Jay. Aunque apenas para en casa, según tengo entendido por la señora Yatman, en algunas ocasiones se ha quedado en la habitación durante todo el día. Eso, para empezar, parece sospechoso. Debo informar, además, de que esta misma mañana el señor Jay se levantó tarde (algo que invariablemente es mala señal en un joven caballero) y que perdió una gran cantidad de tiempo, tras levantarse, en bostezar y quejarse de dolores de cabeza. Como cualquier hombre vicioso, comió muy poco, o nada, en el desayuno. A continuación procedió a fumar en pipa, una pipa de cerámica sucia que cualquier caballero habría estado avergonzado de poner entre sus labios. Cuando terminó de fumar, cogió pluma, tinta y papel y se sentó a escribir con un gruñido, que no soy capaz de decir si fue de remordimiento por haber robado los billetes, o de hastío ante la tarea que debía acometer. Tras escribir unas líneas (su mesa está demasiado lejos de la mirilla para que pudiese leerlas por encima de su hombro) se recostó en la silla y se entretuvo tatareando melodías de canciones populares. Reconocí «*My Mary Anne*», «*Bobbin'Around*» y «*Old Dog Tray*», entre otras tonadas. Queda por ver si se trata de un modo de comunicarse con sus cómplices mediante un código secreto. Después de haberse entretenido un rato con su tatareo, se levantó y empezó a andar por toda la habitación, deteniéndose de vez en cuando para añadir una frase al papel que tenía sobre la mesa. Al poco rato se acercó a un armario cerrado con llave y lo abrió. Agudicé la mirada todo lo posible con la esperanza de hacer un descubrimiento. Le vi sacar algo cuidadosamente del armario, se giró, ¡y no era más que una botella de medio litro de brandy! Después de beber unos tragos de licor, este hombre extremadamente indolente y depravado se volvió a tumbar en la cama y a los cinco minutos estaba profundamente dormido.

Tras escucharle roncar durante al menos dos horas, un golpe en su puerta me hizo volver a mi mirilla. El señor Jay saltó de la cama y abrió la puerta de forma harto sospechosa.

Un niño muy pequeño, con la cara muy sucia, entró y dijo: «Por favor señor, le están esperando». A continuación, se sentó en una silla con las piernas colgando a buena distancia del suelo, ¡y se durmió al instante! El señor Jay blasfemó, se colocó una toalla húmeda alrededor de la cabeza, retomó su papel, y empezó a cubrirlo de palabras tan deprisa como sus dedos podían mover la pluma. De vez en cuando se levantaba para mojar la toalla y se la colocaba de nuevo. Durante casi tres horas continuó con su tarea; después dobló las hojas escritas, despertó al chico y se las dio con estas frases singulares: «Bien, ahora jovencito dormilón, ¡ve deprisa! Si ves al jefe dile que tenga el dinero preparado para mí cuando lo vaya a recoger». El chico

sonrió y desapareció. Estuve seriamente tentado de seguir al «dormilón», pero, tras reflexionar, pensé que era más seguro seguir vigilando los pasos del señor Jay.

Media hora después se puso su sombrero y salió de la casa. Por supuesto yo también me puse mi sombrero y salí tras él. Cuando bajaba por las escaleras, me crucé con la señora Yatman, que subía. De acuerdo con una decisión tomada por ambos con anterioridad, la dama es tan amable de dedicarse a inspeccionar la habitación del señor Jay cuando él no está por allí y cuando yo estoy ocupado en el grato deber de perseguirle allá donde va. En la ocasión que me estoy ocupando en referir, el sujeto se encaminó directamente a la taberna más cercana y pidió un par de chuletas de cordero de cena. Yo mismo me coloqué en la mesa de al lado y pedí un par de chuletas de cordero también. No había pasado ni un minuto desde que estaba en la taberna cuando un joven caballero de aspecto y gestos muy sospechosos, sentado en una mesa frente a nosotros, cogió su vaso de cerveza negra y se unió al señor Jay. Fingí estar leyendo el periódico y escuché, como exige mi deber, con toda mi atención.

—Jack ha estado preguntando por ti —dijo el caballero.

—¿Ha dejado algún mensaje? —preguntó el señor Jay.

—Sí —dijo el otro—; me ha dicho que si nos encontrábamos te dijese que quiere verte sin falta esta noche, y que pasará a las siete en punto por Rutherford Street.

—Muy bien —dijo el señor Jay—. Volveré a tiempo para verle.

Después de pronunciar estas palabras, el hombre de aspecto sospechoso terminó su cerveza y tras decir que tenía mucha prisa, se despidió de su amigo (¿quizás no me equivocaría al llamarle «su cómplice»?) y salió de la sala.

A las seis y treinta y cinco —en casos tan graves como éste es importante ser preciso con el tiempo— el señor Jay terminó de comer sus chuletas y pagó la cuenta. A las seis y cuarenta y seis yo terminé las mías y pagué la cuenta. Diez minutos después estaba de nuevo dentro de la casa de Rutherford Street y la señora Yatman me recibió en la galería. El rostro de la encantadora mujer mostraba una expresión de melancolía y decepción que me apenó de modo considerable.

—Me temo, señora —dije—, que no ha debido dar usted con ninguna evidencia criminal en la habitación del huésped.

Movió la cabeza y suspiró. Fue un suspiro suave, lánguido, palpitante, y le doy mi palabra de que me afectó mucho. Durante un momento me olvidé de mi trabajo y sentí cómo me dominaba la envidia hacia el señor Yatman.

—No desespere señora —le dije, con una dulzura subyacente que pareció conmoverla—. He escuchado una conversación misteriosa; sé de una cita culpable; y espero grandes resultados de mi mirilla y mi tubillo esta noche. Le ruego que no se alarme, pero estamos al borde de un descubrimiento.

En este momento mi devoción entusiasta por el trabajo venció a mis tiernos

sentimientos. La miré, parpadeé, hice un gesto con la cabeza, y me fui.

Cuando volví a mi observatorio, me encontré con el señor Jay digiriendo sus chuletas en un sillón, con su pipa en la boca. Sobre su mesa había dos vasos, una jarra de agua, y la botella de brandy.

Eran cerca de las siete en punto. Cuando llegó la hora, la persona descrita como «Jack» entró en la habitación.

Parecía agitado. Es más, me complace decir que parecía violentamente agitado. Una grata sensación de éxito anticipado me invadió por completo, si se me permite utilizar una elocuente expresión, de la cabeza a los pies. Expectante y sin aliento miré a través de mi mirilla y vi al visitante —el tal Jack de este apasionante caso— sentado de cara a mí al otro lado de la mesa del señor Jay. Aparte de las diferencias de expresión que sus rostros mostraban justo en ese momento, estos dos solitarios villanos eran tan parecidos en el resto de los aspectos que llegué a la inmediata conclusión de que eran hermanos. Jack era el más limpio y el mejor vestido de los dos; lo admito desde un principio. Llevar la justicia y la imparcialidad hasta el límite es quizás uno de mis defectos; no soy ningún fariseo, y cuando el Vicio muestra una cara favorable, yo digo: reconozcamos las virtudes del Vicio, por todos los medios posibles, reconozcamos sus virtudes.

—¿Qué pasa ahora Jack? —dice de repente el señor Jay.

—¿No lo lees en mi cara? —dice Jack—. Mi querido amigo, los retrasos son peligrosos. Vamos a terminar con la tensión, y vamos a arriesgarnos. Pasado mañana.

—¿Tan pronto? —exclama el señor Jay, mostrando en sus ojos un gran asombro—. Bueno, yo estoy preparado, si lo estás tú. Pero Jack, te pregunto: ¿Está la otra persona preparada también? ¿Estás seguro de eso?

Sonrió mientras hablaba —una sonrisa aterradora—, y puso mucho énfasis en esas dos palabras: «otra persona». Había evidentemente un tercer rufián, un criminal sin nombre, implicado en el negocio.

—Veámonos mañana —dice Jack—, y juzga por ti mismo. Ven a Regent's Park a las once de la mañana y búscanos en la curva que lleva a Avenue Road.

—Allí estaré —dice el señor Jay—. ¿Quieres un trago de brandy con agua? ¿Por qué te levantas? ¿No te irás ya?

—Sí, me voy —dice Jack—. La verdad es que estoy tan nervioso y agitado que no puedo quedarme sentado en ningún sitio durante más de cinco minutos. Por muy ridículo que te parezca; estoy en un estado permanente de palpitación nerviosa. Juro por mi vida que no puedo evitar temer que nos descubran. Me da la sensación de que todo hombre que me mira más de dos veces en la calle es un espía...

Al oír esas palabras pensé que me fallaban las piernas. Le doy mi palabra de honor de que si no hubiera sido por mi natural fortaleza mental me habría apartado de mi mirilla.

—¡Tonterías y disparates! —exclama entonces el señor Jay, con todo el descaro de un veterano del crimen—. Hemos mantenido el secreto hasta ahora y lo trataremos astutamente hasta el final. Toma un trago de brandy y agua y te sentirás tan seguro de ello como yo.

Jack rechazó firmemente el brandy con agua, e insistió rotundamente en irse.

—Debo intentar olvidarlo dando un paseo —dijo—. Recuerda, mañana por la mañana, a las once, en Avenue Road, al lado de Regent's Park.

Con estas palabras, se fue. Su curtido familiar se rio desesperadamente y agarró de nuevo la pipa de arcilla.

Me senté en la cama, temblando literalmente de excitación.

Tengo claro que, de momento, no se ha realizado ningún intento de cambiar los billetes robados, y puedo añadir que esa misma era la opinión del sargento Bulmer cuando dejó el caso en mis manos. ¿Cuál es, pues, la conclusión natural que podemos extraer de la conversación que acabo de reproducir? Evidentemente, que los compinches han apañado una cita mañana mismo con el objeto de repartirse el dinero robado y decidir la forma más segura de cambiar los billetes al día siguiente. El señor Jay es, sin lugar a dudas, el jefe de la operación criminal, y probablemente correrá el mayor riesgo: cambiar el billete de cincuenta libras. Debo por lo tanto cumplir todavía con mi deber de seguir sus pasos, acudir a Regent's Park mañana, y hacer lo humanamente posible para oír todo lo que allí se diga. Si se concierta una nueva cita para días siguientes, dé por seguro que también iré. Mientras tanto, necesito la ayuda inmediata de dos personas competentes (ya que supongo que los granujas se separarán tras su reunión), para que sigan a los dos delincuentes menores. Me parece justo añadir que si los canallas se marchan juntos, probablemente mantendré a mis subordinados en la reserva. No obstante, como soy ambicioso por naturaleza, deseo obtener para mí, en la medida de lo posible, todo el reconocimiento por la resolución de este robo.

8 de julio

Tengo que reconocer, y agradecer, la rapidez de la llegada de mis dos subordinados, unos individuos, no obstante, de capacidades más bien limitadas, lamento decirlo; pero afortunadamente siempre me tendrán cerca para que los dirija.

Mi primera tarea de esta mañana consistió, en primer lugar, en prevenir posibles errores y advertir al señor y la señora Yatman de la presencia de dos extraños en la escena del crimen. El señor Yatman (entre nosotros: un pobre diablo) se limitó a mover la cabeza y luego gruñó. La señora Yatman (esa mujer superior), me dio su

plena aprobación con una encantadora mirada de inteligencia.

—¡Oh, señor Sharpin! —dijo—. ¡Lamento tanto ver a esos dos hombres! El hecho de que haya solicitado usted su ayuda me hace pensar que empieza a dudar de su éxito.

Le guiñé el ojo discretamente (es muy considerada al permitirme hacerlo sin ofenderse) y le dije, en mi habitual tono bromista, que estaba ligeramente equivocada.

—Señora, es precisamente porque estoy seguro de mi éxito por lo que les he hecho llamar. Estoy determinado a recuperar el dinero, no sólo por mí, sino también por el señor Yatman y por usted.

Puse mucho énfasis en mis últimas palabras. Ella exclamó «¡Oh, señor Sharpin!». Una vez más, sus mejillas adquirieron un encantador tono rojo, tras lo cual, bajó la mirada hacia su labor. Iría hasta el fin del mundo con esa mujer, si el señor Yatman muriera.

Mandé a mis subordinados a que esperaran hasta que los necesitara en la de Avenue Road en Regent's Park. Media hora después yo mismo seguía esa dirección pisándole los talones al señor Jay.

Los dos cómplices llegaron puntuales a la cita. Me sonrojo al escribirlo, pero no obstante es necesario dejar constancia de que el tercer rufián, el criminal sin nombre de mi anterior informe, o si lo prefiere, esa misteriosa «otra persona» de la conversación entre los dos hermanos, ¡es en realidad una mujer! Y, lo que es peor, ¡una mujer joven! Y, lo que es aun más lamentable, ¡una mujer hermosa! Durante años me he resistido a una certeza cada vez más evidente: dondequiera que se cometa una maldad en este mundo, un individuo del bello sexo está inevitablemente implicado. Pero tras la experiencia de esta mañana, he de decir que ya no puedo luchar contra esa triste conclusión. Renuncio a las mujeres; excepto a la señora Yatman, renuncio a todas las mujeres.

El hombre llamado «Jack» ofreció el brazo a la mujer. El señor Jay se colocó a su otro lado. Los tres se alejaron entonces caminando lentamente entre los árboles. Les seguí a una distancia prudente. Mis dos subordinados, también a una distancia prudente, me siguieron a mí.

Lamento profundamente decir que fue imposible llegar a estar lo suficientemente cerca de ellos como para escuchar su conversación sin incurrir en un riesgo demasiado grande de ser descubierto. Sólo pude deducir de sus gestos y actitudes que los tres hablaban con tremenda gravedad sobre un asunto en el parecían extremadamente interesados. Tras comportarse de este modo durante un cuarto de hora completo, repentinamente se giraron para volver sobre sus pasos. Mi sangre fría no me traicionó ante esta emergencia. Les hice una señal a mis dos subordinados para que siguiesen caminando de forma descuidada y se cruzaran con ellos, mientras yo me deslizaba hábilmente detrás de un árbol. Al pasar por mi lado, oí que «Jack» se

dirigía así al señor Jay:

—Digamos que a las diez y media mañana por la mañana. Y mejor ven en un taxi, lo mejor será que no nos arriesguemos a coger uno en este vecindario.

El señor Jay dio una respuesta breve que no pude oír. Volvieron hasta el lugar donde se habían encontrado, y se dieron la mano con una cordialidad audaz cuya sola contemplación me puso enfermo. Después se separaron. Yo seguí al señor Jay. Mis subordinados se encargaron de la misma delicada misión con los otros dos.

En vez de llevarme de vuelta a Rutherford Street, el señor Jay me dirigió a la zona del Strand. Se detuvo en una casa de aspecto sombrío y con bastante mala pinta, que, de acuerdo con la inscripción que colgaba junto a la puerta resultó ser la oficina de un periódico. A mi juicio, no obstante, más bien tenía todo el aspecto exterior de ser un lugar dedicado a la compra de objetos robados.

Tras permanecer dentro del lugar unos minutos, el señor Jay salió silbando, con los pulgares metidos en sendos bolsillos del chaleco. Algunos hombres, sabiendo lo que yo sabía, le habrían arrestado al instante, pero yo recordé la necesidad de capturar a los dos compinches, y la importancia de no interferir con la cita establecida para la mañana siguiente. Creo que es difícil hallar en alguien una serenidad como la que yo mostré en ese momento, bajo circunstancias tan extremas, me imagino, sobre todo teniendo en cuenta que hablamos de un joven principiante que empieza a labrarse una reputación como inspector de policía.

Desde el edificio de aspecto sospechoso, el señor Jay se dirigió directamente a un salón de fumadores, donde leyó algunas revistas mientras se fumaba un puro. Desde allí, se dirigió deambulando hasta la taberna y se tomó sus chuletas. Yo también deambulé hasta la taberna y me tomé mis chuletas. Cuando terminó, regresó a sus aposentos. Cuando yo terminé, volví a los míos. Se sintió somnoliento temprano por la noche, y se fue a la cama. En cuanto le oí roncar, yo también me sentí somnoliento y me fui a la cama.

A la mañana siguiente temprano, mis dos subordinados vinieron para hacer el informe.

Habían visto al hombre llamado «Jack» dejar a la mujer misteriosa en la puerta de una residencia señorial aparentemente respetable y no muy alejada de Regent's Park. Una vez solo, cogió la calle de la derecha, lo que le llevó a una zona de los suburbios habitada principalmente por comerciantes. Se detuvo en la puerta privada de una de las casas y entró con su propia llave, echando un vistazo a su alrededor mientras abría la puerta, y mirando sospechosamente a mis hombres, que disimulaban paseando distraídamente al otro lado de la calle. Éstos eran todos los detalles que los subordinados tenían que comunicar. Les dije que se quedaran en mi habitación por si necesitaba su ayuda, y me encaramé a mi mirilla para observar al señor Jay.

En esos momentos estaba ocupado vistiéndose, y se molestaba especialmente en

destruir todas las huellas que evidenciasen la dejadez natural de su aspecto. Esto era exactamente lo que esperaba. Un vagabundo como el señor Jay, a buen seguro será consciente de la vital importancia que tiene presentar un aspecto respetable a la hora de correr el riesgo de cambiar un billete de banco robado. A las diez y cinco minutos terminó de cepillar su gastado sombrero y de sacudir el polvo de sus sucios guantes. A las diez y diez minutos estaba ya en la calle de camino a la parada de taxis más cercana, y yo y mis subordinados le seguíamos de cerca pegados a sus talones.

Cogió un taxi y nosotros cogimos un taxi. Cuando les seguí en el parque el día anterior, no había podido oír en qué lugar se iba a realizar el encuentro, pero pronto averigüé que nos dirigíamos a la ya conocida puerta de Avenue Road. El taxi en el que viajaba el señor Jay giró hacia el interior del parque lentamente. Nosotros nos quedamos fuera para evitar levantar sospechas. Salí del taxi para poder seguirlo a pie. Justo cuando lo hacía, vi cómo se detenía y observé que los dos compinches se acercaban a él saliendo de entre los árboles. Se subieron al taxi, que dio media vuelta al instante. Volví corriendo a mi propio vehículo y le dije al conductor que le dejara adelantarnos, y que después lo siguiera como antes había hecho.

El cochero obedeció mis órdenes, pero se manejó de un modo tan torpe que debió de despertar sospechas. Llevaríamos siguiendo a nuestros objetivos unos tres minutos (por la misma carretera por la que habíamos venido), cuando me asomé por la ventana para ver qué distancia nos separaba de ellos. Al hacerlo, vi dos sombreros que sobresalían de las ventanas de su coche, y bajo ellos, dos rostros que me contemplaban. Me hundí entonces en el asiento, mientras me recorría un sudor frío; sé que mis palabras son duras, pero no encuentro otras para describir mi estado en ese momento tan difícil.

—¡Nos han descubierto! —les dije con desmayo a mis dos subordinados. Me miraron con asombro. Mis sentimientos cambiaron al instante y pasé de la desesperación más profunda a la indignación más aguda—. Es culpa del taxista. Uno de ustedes, bájese —dije, con dignidad—. Bájese y déle un puñetazo.

En vez de seguir mis órdenes (y me gustaría que se informase de este acto de desobediencia ante la sede central), ambos se asomaron por la ventana. Antes de que pudiera devolverles a su sitio, se sentaron de nuevo. Anticipándose a mi justa indignación, ambos sonrieron y me dijeron: «Por favor señor, asómese».

Me asomé. Su taxi se había detenido.

¿Dónde?

¡Pues en la puerta de una iglesia!

No sé qué efecto podía haber causado en el común de las gentes este descubrimiento. Dado que yo soy profundamente religioso, el hecho me llenó de horror. A menudo he leído sobre la astucia sin escrúpulos de los delincuentes, pero nunca hasta ese momento mismo me imaginé que pudieran existir tres ladrones que

intentaran despistar a sus perseguidores entrando en una iglesia. La audacia sacrílega de tal acción no tiene, según creo, parangón en los anales del crimen.

Detuve a mis dos sonrientes subordinados frunciendo el ceño. Era fácil saber qué pasaba por sus superficiales mentes. Si yo mismo no fuese un individuo capaz de observar bajo la superficie de las cosas, podría haber llegado a la misma precipitada conclusión a la que evidentemente habían llegado mis inferiores al contemplar a dos caballeros bien vestidos y una dama mejor vestida aún entrando en una iglesia antes de las once de la mañana en un día de diario. La verdad es que nunca me he dejado guiar por las apariencias. Salí del taxi, y seguido por uno de mis hombres, entré en la iglesia. Envíe al otro hombre a la parte de atrás a vigilar la puerta de la sacristía. ¡No ha nacido el hombre que pille desprevenido a Matthew Sharpin!

Subimos sigilosamente las escaleras de la galería, nos giramos hacia la tribuna del órgano, y miramos a través de las cortinas que la cubrían. Y allí estaban los tres, sentados en un banco de la iglesia; sí, por increíble que parezca, ¡sentados en un banco!

Antes de que me diera tiempo a decidir qué debería hacer a continuación, un sacerdote hizo su aparición desde la sacristía vestido de ceremonia y seguido por un monaguillo. Me empecé a marear y mi mirada se enturbió. Por mi mente pasaban oscuros recuerdos de robos cometidos en sacristías. Temblé por ese hombre excelente vestido con su traje de ceremonia, temblé incluso por el monaguillo.

El sacerdote se situó al otro lado del altar. Los tres delincuentes se le acercaron. Abrió su libro y empezó a leer, ¿qué?, se preguntará.

Respondo sin la más mínima duda: las primeras líneas de los esponsales.

Mi subordinado tuvo la audacia de mirarme y después de llevarse el pañuelo de bolsillo a la boca. No me digné a prestarle atención. Después de haber descubierto que el tal «Jack» era el novio, y que el tal Jay actuaba de padrino y entregaba a la novia, salí de la iglesia seguido por mi hombre y me reuní con el otro subordinado que estaba fuera, junto a la puerta de la sacristía. Algunas personas en mi lugar se habrían desanimado y se habrían inclinado a pensar que habían cometido un error tremendamente estúpido. Pero a mí no me acometió ni la más ligera duda. No sentí, ni en el menor de los grados, que mi propia estima estuviese bajo cuestión. E incluso ahora, cuando han transcurrido tres horas desde el suceso en cuestión, me complace decir que mi mente sigue en el mismo estado tranquilo y esperanzado.

En cuanto mis subordinados y yo estuvimos reunidos juntos fuera de la iglesia, les indiqué mi intención de no dejar de seguir al otro coche a pesar de lo que había ocurrido. Mis razones para tomar esta decisión serán expuestas en breve. Mis dos subordinados parecieron asombrados por mi resolución. Uno de ellos tuvo la impertinencia de decirme:

—¿Nos podría decir a quién perseguimos, señor? ¿A un hombre que ha robado

dinero o a un hombre que ha robado una esposa?

El otro individuo, un tipo vulgar, sin duda, le secundó con sus risas. Ambos se merecen una reprimenda oficial, y ambos, confío sinceramente en este extremo, la recibirán sin duda alguna. Cuando la ceremonia del matrimonio hubo terminado, los tres sujetos entraron en su taxi y, una vez más, nuestro vehículo (perfectamente oculto al girar la esquina de la iglesia, de modo que no sospecharan nuestra presencia) empezó a seguirlos.

Les rastreamos hasta la estación de la Southwestern Railway. Allí, los recién casados se compraron unos billetes para Richmond y pagaron su billete con medio soberano, privándome así del placer de arrestarles, lo que sin duda habría hecho si hubieran pagado con un billete. Se despidieron del señor Jay con estas palabras: «Recuerda la dirección: 14, Babylon Terrace. Te esperamos a cenar de aquí a una semana». El señor Jay, entonces, aceptó la invitación y añadió jocosamente que se iba a casa al instante para quitarse esa ropa limpia y ponerse cómodo y sucio otra vez para el resto del día. He de decir, por cierto, que le he visto en casa a salvo, y que en estos momentos está cómodo y sucio de nuevo (usando sus propias y poco elegantes palabras).

Y aquí queda el asunto, que a estas alturas ha llegado a lo que podríamos llamar su primera fase.

Sé muy bien lo que ciertas personas con tendencia a las conclusiones precipitadas estarán inclinadas a decir sobre mi investigación hasta la fecha. Afirmarán que me he estado engañando en todo momento de la forma más absurda; declararán que las conversaciones sospechosas que he relatado se referían únicamente a las dificultades y los peligros de llevar a cabo una boda clandestina, y presentarán la escena de la iglesia como una prueba incontestable de la exactitud de sus afirmaciones. ¡Qué así sea! No negaré nada hasta este punto. Pero yo me pregunto, desde la profundidad de mi propia sagacidad de hombre de mundo, algo que, según creo, el más implacable de mis enemigos no será capaz de responder.

Aunque el hecho del matrimonio sea cierto, ¿qué prueba me proporciona a mí de la inocencia de las tres personas implicadas en esa transacción clandestina? Ninguna. Al contrario, refuerza mis sospechas contra el señor Jay y sus compinches porque sugiere un claro motivo para el robo del dinero. Un caballero que va a pasar su luna de miel en Richmond necesita dinero; y un caballero que está en deuda con todos los comerciantes que trata, necesita dinero. ¿Se trata de una imputación injustificada de móviles erróneos? En nombre de la Moralidad ultrajada, lo niego. Esos hombres se han compinchado y han robado a una mujer. ¿Por qué no se compincharían para robar una caja de dinero? Me aferro a la lógica de la rígida Virtud y desafío a la sofistería del Vicio a que intenté moverme una pulgada de mi posición.

Hablando de virtud, quiero añadir que he expuesto mi visión del caso al señor y la

señora Yatman. Ésa mujer encantadora y hábil tuvo dificultades para seguir el complejo hilo de mi razonamiento en un principio. Debo confesar que se llevó las manos a la cabeza; vertió lágrimas, y se unió a su marido en el lamento prematuro sobre la pérdida de las doscientas libras. Pero tras una explicación más minuciosa por mi parte, y una atención más extremada a mis palabras por la suya, finalmente cambió de opinión. Ahora está de acuerdo conmigo en que no hay nada absolutamente en esta circunstancia inesperada de la boda clandestina que desvíe la sospecha del señor Jay, o del señor «Jack», o de la dama a la fuga. «Fresca y audaz» fueron los términos en los que mi bella amiga habló de ella; pero dejémoslo correr. Es más importante dejar constancia de que la señora Yatman no ha perdido su confianza en mí, y que el señor Yatman promete seguir su ejemplo y hacer todo lo posible para esperar con buen ánimo resultados en el futuro.

Dado el nuevo giro que han tomado las circunstancias, ahora sólo me queda esperar consejo de su oficina. Aguardaré nuevas órdenes con toda la serenidad de un hombre que tiene el éxito asegurado. Cuando seguí los pasos de los tres compinches desde puerta de la iglesia hasta la estación de trenes, tuve dos motivos para hacerlo. Primero, les seguí en tanto asunto oficial, ya que todavía pensaba que eran culpables del robo. Segundo, les seguí llevado por una secreta investigación, con el objetivo de descubrir el lugar refugio al que se retiraba la pareja fugada, y de hacer de mi información una mercancía negociable que ofrecer a la familia y amigos de la joven dama. Así, pase lo que pase, debo felicitar me de antemano por no haber perdido el tiempo. Si la oficina aprueba mi trabajo, ya tengo un plan diseñado para los procedimientos venideros. Si la oficina me culpa, saldré de aquí, con mi información negociable, y acudiré a la elegante residencia señorial cercana a Regent's Park. De cualquier forma, este asunto me llena el bolsillo y subraya mi agudeza como un hombre inauditamente perspicaz.

Sólo quiero añadir una cosa más, y es la siguiente: si cualquier individuo se atreve a afirmar que el señor Jay y sus compinches son completamente inocentes del robo de la caja del dinero, yo, a mi vez, desafío a ese individuo, aunque bien podría ser el mismísimo Inspector Jefe Theakstone, a que me diga quién cometió el robo en Rutherford Street, Soho.

Convencido de lo expuesto, tengo el honor de declararme su obediente siervo,

Matthew Sharpin

VI

Del inspector jefe Theakstone al sargento Bulmer

Birmingham, 9 de julio

SARGENTO BULMER.— Ése mequetrefe descerebrado, el señor Matthew Sharpin, ha convertido el caso de Rutherford Street en un caos, tal y como esperaba que hiciera. Estoy retenido en la ciudad por negocios, así que le escribo para aclarar las cosas. Le adjunto en este envío las páginas de garabatos ininteligibles que ese personaje de Sharpin llama informe. Échelos un ojo y cuando haya conseguido entender algo de ese galimatías, creo que estará de acuerdo conmigo en que ese bobo presumido ha buscado al ladrón en todas direcciones menos en la correcta. En este momento, usted podría capturar al culpable en cinco minutos. Cierre el caso al instante; envíeme su informe a este lugar y dígame al señor Sharpin que está suspendido hasta nuevo aviso.

Suyo,

Francis Theakstone

VII

Del sargento Bulmer al inspector jefe Theakstone

Londres, 10 de julio

INSPECTOR THEAKSTONE.— Su carta y el anexo llegaron a salvo a mis manos. Dicen que los hombres sabios siempre pueden aprender algo hasta de los tontos. Tras conseguir leer el informe con las disparatadas divagaciones de Sharpin, supe claramente cuál era la clave para resolver el caso de Rutherford Street, justo como usted dijo que ocurriría. Media hora después estaba en la casa. La primera persona a la que vi allí fue al mismo señor Sharpin.

—¿Ha venido a ayudarme? —dijo.

—No exactamente —dije yo—, he venido a informarle de que ha sido suspendido hasta nuevo aviso.

—Muy bien —dijo él, sin que su propia estima menguara ni un ápice—. Sabía que estaría celoso de mí. Es natural y no le culpo. Entre, se lo ruego, y siéntase como en casa. Yo me voy a emprender una pequeña tarea de detectives por mi cuenta, por los alrededores de Regent's Park. ¡Hasta luego sargento!

Con esas palabras se apartó de mi camino, que era exactamente lo que quería que hiciera.

En cuanto la criada cerró la puerta, le dije que informara a su señor de que quería hablar con él en privado. Me condujo hasta la cuarto de atrás de la tienda, y allí estaba el señor Yatman, solo, leyendo el periódico.

—Es acerca del asunto del robo, señor —dije.

Me interrumpió bruscamente, con un gesto bastante malhumorado propio de un hombre pobre, débil y afeminado.

—Sí, sí, ya sé —dijo—. Ha venido a decirme que el hombre maravillosamente inteligente que ha llenado de agujeros mi tabique del segundo piso ha cometido un error y le ha perdido la pista al sinvergüenza que robó mi dinero.

—Sí, señor —dije yo—. Ésa es una de las cosas que vine a decirle. Pero tengo algo más que decir aparte de eso.

—¿Me puede decir quién es el ladrón? —replicó, más malhumorado que nunca.

—Sí, señor —dije yo—, creo que puedo.

Dejó el periódico y su aspecto se volvió ansioso y asustado.

—¿No será mi vendedor? —dijo—. Espero por el bien de ese hombre que no sea él.

—Inténtelo otra vez, señor —dije.

—Ésa fresca holgazana, ¿la criada? —dijo.

—Es holgazana, señor —dije—, y también es una fresca; mis primeras investigaciones sobre ella demostraron todo eso. Pero no es la ladrona.

—Entonces en nombre de Dios, ¿quién es? —dijo.

—Por favor, prepárese para una sorpresa muy desagradable señor —dije—. Y en caso de que pierda los nervios, me excusará que le recuerde que soy el más fuerte de los dos y que si se atreve a ponerme las manos encima, puede que le haga daño sin querer, en defensa propia.

Se puso blanco como el papel, y empujó su silla hacia atrás alejándose de mí.

—Señor, me ha pedido que le diga quién cogió su dinero —continué—. Si insiste en que le dé una respuesta...

—Insisto —dijo débilmente—. ¿Quién lo ha cogido?

—Su mujer lo ha cogido —dije, con mucha calma, pero al mismo tiempo con mucha seguridad.

Saltó de la silla como si le hubiese amenazado con un cuchillo, y golpeó la mesa con tal fuerza que la madera crujió de nuevo.

—Tranquilo, señor —dije—. Dejarse llevar por la ira no le ayudará a conocer la verdad.

—¡Es mentira! —dijo, mientras daba otro puñetazo sobre la y mesa—. ¡Una mentira infame, vil y rastrera! Cómo se atreve...

Se detuvo y cayó sobre la silla de nuevo, miro a su alrededor con aspecto perplejo y terminó por echarse a llorar.

—Cuando entre usted de nuevo en razón, señor —dije—; estoy seguro de que será usted lo suficientemente caballero para pedir perdón por el lenguaje que acaba de usar. Mientras tanto, por favor, escuche, si puede, unas palabras a modo de explicación. El señor Sharpin envió un informe totalmente ridículo e irregular a nuestro inspector; en él describía no sólo sus propios hechos y palabras estúpidas, sino también los hechos y palabras de la señora Yatman. En la mayoría de los casos, este documento sólo habría sido de utilidad en la papelería; pero en este caso en concreto ocurre que la montaña de absurdo del señor Sharpin nos lleva a cierta conclusión que el bobalicón de su mismo escritor ha sido bastante inocente para no sospechar en ningún momento. Estoy tan seguro de esa conclusión que renunciaré a mi puesto si no es cierto que la señora Yatman se ha aprovechado de los disparates y la vanidad de este caballero, y ha intentado protegerse de ser descubierta animándole a propósito a que desconfiara de las personas equivocadas. Le cuento esto en confianza, e incluso iré más allá: me comprometo a darle una opinión formada sobre la razón por la que la señora Yatman cogió el dinero y qué ha hecho con él, o con parte de él. Nadie, señor, podría mirar a esa dama sin admirar la belleza y sofisticación de sus vestidos...

Al pronunciar esas últimas palabras, el pobre hombre pareció recuperar de nuevo

la capacidad del habla. Me interrumpió al instante, tan arrogante como si fuese un duque en vez de un papelero.

—Intente otra forma de justificar su vil calumnia contra mi mujer —dijo—. Su factura de la modista del último año está en mi archivo de recibos en este momento.

—Discúlpeme, señor —dije yo—, pero eso no demuestra nada. Debo informarle de que las modistas tienen cierta pícaro costumbre con la que estamos familiarizados gracias a nuestra experiencia diaria en la oficina. Una mujer casada puede tener dos cuentas en su sastre, si así lo desea: una es la cuenta que su marido ve y paga; la otra es una cuenta privada que contiene todos los artículos extravagantes y que la mujer paga en secreto, a plazos, cuando puede. De acuerdo con nuestra experiencia habitual, estos plazos se arañan en su mayoría del dinero del mantenimiento del hogar. En su caso, supongo que no se ha pagado ningún plazo; ha habido amenazas sobre medidas a emprender; la señora Yatman, dadas sus nuevas circunstancias, se ha encontrado entre la espada y la pared, y ha terminado pagando su cuenta privada con el dinero de la caja.

—No me lo creo —dijo el señor Yatman—. Cada palabra que dice es un insulto abominable para mí y mi mujer.

—¿Es usted lo suficientemente hombre, señor, para coger esa factura de la que me acaba de hablar de su archivo y venir conmigo ahora mismo a la tienda de la modista con quien tiene trato la señora Yatman? —dije, atajándole para ahorrar tiempo y palabras.

Se puso colorado ante mi pregunta, cogió la factura inmediatamente y se puso el sombrero. Saqué de mi cuaderno de bolsillo la lista con los números de los billetes perdidos, y salimos de la casa juntos al instante.

Una vez en la modista (que ocupaba una de las casas más cara del West-End, como esperaba) pedí reunirme en privado, sobre un, asunto importante, con la señora en cuestión. No era la primera vez que nos encontrábamos los dos por ese tipo de delicada investigación. En el momento en que posó sus ojos en mí, mandó buscar a su marido. Mencioné quién era el señor Yatman y lo que deseábamos.

—¿Se trata de algo estrictamente privado? —preguntó el marido. Asentí con la cabeza.

—¿Y confidencial? —dijo la mujer. Asentí de nuevo.

—¿Tienes alguna objeción, cariño, en permitir al sargento echar un vistazo a los libros? —dijo el marido.

—Ninguna en absoluto, amor mío, si a ti te parece bien —dijo la mujer.

Durante todo este tiempo el pobre señor Yatman estaba sentado y era la imagen misma del asombro y la aflicción; parecía bastante fuera de lugar en nuestra educada reunión. Trajeron los libros y una ojeada de un minuto de las páginas donde figuraba el nombre de la señora Yatman fue más que suficiente para demostrar la verdad de

cada palabra que había pronunciado.

Allí, en uno de los libros, estaba la cuenta del marido que el señor Yatman había pagado; y allí, en el otro, la cuenta privada, también saldada y cuya fecha de cierre era el día después de la pérdida de la caja del dinero. La citada cuenta privada ascendía a una suma de ciento setenta y cinco libras y unos chelines, y se extendía durante un período de tres años. No se había pagado ni un solo plazo de la factura. Bajo la última línea, había una entrada que decía lo siguiente: «3.^a advertencia por escrito, 23 de junio». La señalé y le pregunté la modista si eso quería decir el «pasado junio». Sí, quería decir el pasado junio; y ahora lamentaba profundamente añadir que la advertencia iba acompañada por una amenaza de iniciar procedimientos legales.

—¿Pensé que le daban a las buenas clientas más de tres años de préstamo? —dije.

La modista miró al señor Yatman y me susurró:

—No si el marido de la dama está en dificultades.

Señaló a la cuenta mientras hablaba. Las sumas después del momento en que se complicaron las circunstancias del señor Yatman eran igual de extravagantes, para una persona en la posición de su mujer, que las del año anterior a ese periodo. No sé si la dama habría ahorrado en otros aspectos, pero desde luego en el aspecto del vestido no.

Nada más quedaba por hacer que examinar el libro con los datos monetarios, como última formalidad. La cantidad se había pagado con billetes, cuyas sumas y números correspondían exactamente con las cifras escritas en mi lista.

Después de esto, pensé que lo mejor sería sacar al señor Yatman de allí inmediatamente. Estaba en una condición tan penosa que llamé a un taxi y le acompañé a casa. Al principio lloraba y despotricaba como un niño; pero pronto le tranquilicé, y debo añadir a su favor que me pidió perdón por sus palabras malsonantes de forma extremadamente cortés cuando el taxi llegó a la puerta de su casa. A cambio, intenté aconsejarle sobre la forma de arreglar las cosas con su mujer cara al futuro. Me prestó poca atención y subió las escaleras refunfuñando para sí sobre la separación. Está por ver si la señora Yatman saldrá o no del apuro de forma inteligente. Yo diría que tendrá un ataque de chillidos histéricos dirigidos a asustar así al pobre hombre para que la perdone. Pero eso no es asunto nuestro. Por lo que a nosotros respecta, el caso está cerrado, y el informe actual también debe cerrarse.

Conformemente, sigo a sus órdenes,

Thomas Bulmer

PD: Tengo que añadir que al dejar Rutherford Street me encontré con el señor Matthew Sharpin que volvía para recoger sus cosas.

—¡Imagínese! —dijo, frotándose las manos muy contento—, he estado en la elegante residencia señorial y en cuanto he mencionado el asunto que me llevaba hasta allí, me han echado a patadas al instante. Había dos testigos del ataque, y que me parta un rayo si eso no vale cien libras.

—Enhorabuena por esa suerte —dije.

—Gracias —dijo él—. ¿Cuándo podré decirle a usted lo mismo por haber encontrado al ladrón?

—Cuando quiera —dije—. Hemos encontrado al ladrón.

—Justo lo que me imaginaba —dijo—, he hecho todo el trabajo y ahora se inmiscuye usted y se lleva todo el reconocimiento. Es el señor Jay, por supuesto.

—No —dije.

—¿Quién es entonces?

—Pregunte a la señora Yatman —dije—. Está deseando decírselo.

—¡Muy bien! Prefiero mil veces oírlo de esa encantadora mujer que de usted —dijo, y entró en la casa a toda prisa.

¿Qué le parece, Inspector Theakstone? ¿Le gustaría estar en la piel del señor Sharpin? A mí en absoluto, se lo aseguro.

VIII

Del inspector jefe Theakstone al señor Matthew Sharpin

12 de julio

SEÑOR.— El Sargento ya le ha dicho que se considere usted suspendido hasta nuevo aviso. Ahora dispongo de la autoridad para añadir que rechazamos firmemente sus servicios como miembro del cuerpo de Detectives de la Policía. Le ruego que considere esta carta como una notificación oficial de su destitución.

Le informo, a título personal, que con su destitución no estamos elaborando un juicio sobre su carácter. Simplemente indica que no es usted lo suficientemente perspicaz para el puesto. Si quisiéramos un nuevo recluta entre nosotros, definitivamente preferiríamos contratar a la señora Yatman.

Su humilde servidor,

Francis Theakstone

IX

Nota sobre la correspondencia precedente, añadida por el señor Theakstone

El inspector no está en posición de añadir cualquier explicación de importancia a la última de las cartas. Se ha descubierto que el señor Matthew Sharpin dejó la casa de Rutherford Street cinco minutos después de su encuentro fuera de la misma con el sargento Bulmer; sus gestos expresaban intensas emociones de terror y asombro, y su mejilla izquierda mostraba una brillante mancha roja, que parecía ser el resultado de lo que popularmente se llama un buen puñetazo. Además, el dependiente de la tienda de Rutherford Street le oyó usar una expresión muy ofensiva en referencia a la señora Yatman, y al parecer, apretaba el puño de forma amenazadora mientras giraba corriendo la esquina de la calle. Nada más se ha sabido de él, y se cree que ha dejado Londres con la intención de ofrecer sus valiosos servicios a la policía provincial.

Aún se sabe menos sobre el interesante asunto doméstico del señor y la señora Yatman. No obstante, hemos averiguado que el médico de cabecera de la familia fue mandado llamar de urgencia el día en que el señor Yatman regresó de la tienda de la modista. El farmacéutico vecino recibió poco tiempo después una receta de calmantes destinada a la señora Yatman. Al día siguiente el señor Yatman compró unas sales olorosas en la tienda y después apareció en la biblioteca ambulante para pedir una novela sobre la alta sociedad que entretuviera a una dama indispuesta. De estos datos se deduce que no ha creído oportuno llevar a cabo la amenaza de separarse de su mujer, al menos en el estado actual (supuesto) del sistema nervioso de la dama.

La séptima jornada

Es un bonito día y nuestra invitada puede salir de nuevo. Largos penachos de nubes blancas en forma de pluma ondean hacia arriba en el cielo, lo que indica que se acerca viento.

Ayer se informaba por telegrama sobre un vapor proveniente de las Indias Orientales. Cuando se anuncie la llegada del extranjero del siguiente buque, ¿será por fin el barco de George?

No sé cómo se sienten mis hermanos hoy, pero a mí el cese repentino de mis labores literarias me tiene aún algo bajo de ánimo. He intentado entretenerme leyendo, pero no lograba concentrarme. Salí al jardín, pero lo que vi me puso triste: las flores de otoño eran escasas y estaban dispersas, y el césped estaba empapado por la lluvia del día anterior. Caminé distraídamente hasta la habitación de Owen. Había vuelto a pintar, pero me sorprendió ver que no estaba trabajando con su habitual diligencia y alegría.

Tuvimos una larga conversación sobre George y Jessie, y sobre el futuro. Owen insistía en que debía hablar sobre mi hijo en presencia de la muchacha una vez más, con la intención de conseguir que se traicionara a sí misma en esta segunda ocasión; decidí seguir su consejo. Pero Jessie estaba tan contenta cuando vino cenar ese séptimo día, y parecía tan incapaz, por el momento, de sentir o hablar con seriedad, que pensé que resultaría más inteligente esperar a que su humor variable cambiase de nuevo con el siguiente día lluvioso.

El número elegido esa noche fue el número ocho, que correspondía a la historia que tanto esfuerzo le había costado a Owen escribir. Mi hermano parecía un poco agitado y preocupado cuando abrió el manuscrito. Era la primera vez en que se ponía a prueba su capacidad como narrador, y vi cómo miraba nervioso durante instante el atento rostro de Jessie.

—No es necesario molestarles demasiado con el preámbulo —dijo—. Ésta es la historia de un acontecimiento muy notorio en la vida de uno de mis hermanos párrocos. Nos conocimos porque trabajábamos juntos en la organización de una Sociedad Misionera. Le vi por última vez en Londres, cuando estaba a punto de dejar su país y sus amigos para siempre, y fue entonces cuando conocí las circunstancias que me han proporcionado el material para esa narración.

LOS ESCRÚPULOS DEL PÁRROCO

La historia del hermano Owen

I

Si hace unos trece años se hubieran encontrado ustedes en el lejano oeste de Inglaterra, y por casualidad hubiese caído en sus manos un cierto periódico de Cornualles, publicado cierto día de un mes que no es necesario mencionar aquí de un modo más específico, es fácil que se hubieran topado con el siguiente anuncio que, a una columna, informaba de una boda que acababa de celebrarse:

«En el tercer día de este mes, en la iglesia parroquial, el Reverendo Alfred Carling, Párroco de Penliddy, contrajo matrimonio con Emily Harriet, viuda del difunto Fergus Duncan, Señor de Glendarn, N. B.»

Si es que se lo preguntan, la boda del párroco en cuestión no produjo una impresión demasiado favorable en la ciudad; la razón fue, simplemente, que la ceremonia se celebró de una forma inexplicablemente secreta y modesta. El novio y la novia, ambos de mediana edad, entraron tranquilamente en la iglesia una mañana; antes de que nadie pudiera advertirlo, el cura ya les había casado, e inmediatamente después se embarcaron en el vapor hacia Tenby, donde habían planeado pasar su luna de miel. Dado que la novia era poco menos que una extraña en Penliddy, todas las investigaciones sobre su pasado fueron infructuosas, y la gente de la ciudad no tuvo más remedio que confiar en que todas sus pesquisas se verían satisfechas cuando los recién casados volviesen de su viaje a instalarse entre sus amigos.

Tras seis semanas de ausencia, el señor y la señora Carling regresaron por fin, y fue entonces cuando la sencilla historia del cortejo y posterior casamiento pudo recopilarse a partir de fragmentos dispersos que algunos amigos intrigados pudieron arrancar a regañadientes a sus protagonistas.

Por lo que parecía, el señor Carling y la señora Duncan se conocieron en Torquay. El párroco, que había intercambiado taxi y obligaciones con un compañero de profesión instalado en esa ciudad durante la temporada, había visitado a la señora Duncan como parte de sus funciones de clérigo, y había salido del encuentro profundamente impresionado e interesado en los modales y la conversación de la viuda. Se repitieron las visitas; el trato superficial se convirtió en amistad, y la amistad en amor; un amor ardiente y devoto por ambas partes.

Aunque por entonces ya era un hombre de mediana edad, era la primera vez que el señor Carling se unía a otra persona, y este sentimiento de novedad era en cierto modo compartido por la dama, ya que su vida con su primer marido no había sido feliz. Había cometido el fatal error de casarse para complacer a sus padres en vez de a sí misma, y desde el mismo momento en que lo hizo supo que había tomado la

decisión incorrecta. Tras la muerte de su marido, su familia política no se había portado bien con ella, y había pasado su viudedad retirada junto a su única hija en una pequeña ciudad escocesa, a muchas millas del hogar de su vida marital. Después de un tiempo, la salud de la pequeña empezó a empeorar y, siguiendo el consejo del médico, la señora Duncan emigró al Sur, al clima templado de Torquay. El cambio resultó inútil y, poco más de un año después, la niña murió. El lugar donde su querida pequeña estaba enterrada era sagrado para ella, así que decidió establecer su residencia en Torquay. Su situación en el mundo era solitaria. Ella misma era hija única; su padre y su madre habían muerto; y, aparte de sus primos, a los que no veía, el único familiar cercano vivo que le quedaba era un tío por parte de madre que vivía en Londres.

La señora Duncan narró estos detalles de forma sencilla y sincera antes de que el señor Carling se aventurase a confesar sus sentimientos. Al hacerle su propuesta de matrimonio, la señora Duncan reaccionó con una agitación excesiva que asombró, y casi alarmó, al inexperto párroco. En cuanto pudo hablar, le pidió con una gravedad y ansiedad extraordinarias que le concediera una semana para meditar su respuesta, y rogó al señor Carling que no la visitara bajo ninguna circunstancia hasta que hubiese transcurrido esa semana.

A la mañana siguiente partió con su doncella hacia Londres. No regresaron hasta que la semana de reflexión hubo terminado. El octavo día el señor Carling volvió a visitarla, y su petición fue aceptada.

Fue la dama quien propuso una boda lo más íntima posible. Había viajado a Londres solamente para pedir consejo a su tío (cuya salud, lamentablemente, le impedía viajar a Cornualles para llevar a su sobrina al altar), y él se mostró de acuerdo con la señora Duncan en que la boda debía ser extremadamente discreta e íntima. Si se hacía pública, podría ocurrir que la familia de su primer marido esperara que se les enviaran tarjetas y se reanudase su relación, lo que sería doloroso para ambas partes. Además, quizás otros amigos de Escocia se tomarían a mal que se casase por segunda vez a su edad, y podrían causarle pesar y molestias a su futuro marido de alguna forma. Estaba impaciente por romper del todo con su existencia anterior y por empezar una nueva vida más feliz, libre de todo vínculo con los problemas y las historias del pasado. Así que al recibir la oferta de matrimonio insistió en todo esto con tal nerviosismo que casi causaba dolor observarla. No obstante, esta conducta peculiar, que podía haber irritado a muchos hombres, y los que no, volverlos al menos desconfiados, no tuvo efecto negativo en el señor Carling. Lo tomó como un exceso de sensibilidad y delicadeza que le resultaba encantador. Él mismo, aunque jamás lo confesaría, era un hombre de naturaleza tímida y nerviosa. Huía instintivamente de cualquier tipo de ostentación, incluso en los aspectos más sencillos de la vida diaria, y la propuesta de su futura esposa de evitar toda la

ceremonia y el boato habituales en una boda fue por lo tanto no sólo algo grato de oír: fue un auténtico alivio.

El noviazgo se mantuvo en secreto en Torquay y la boda se celebró en la intimidad en Penliddy. Como es natural, la noticia acabó apareciendo en los periódicos locales, pero no se anunció en el *Times*, lo habitual en estos casos. Ambos esposos estaban igualmente felices disfrutando de su nueva vida, y eran igualmente insociables al no tomar ningún tipo de medidas para hacerla pública ante los demás.

Ésta era la historia, pues, del extraño matrimonio del párroco. Por lo que respecta a la posición social del señor Carling, ésta no se vio apenas afectada por el cambio que se había producido en su vida. Como soltero, su círculo de amigos había sido pequeño, y después de su boda no hizo ningún intento por ampliarlo. Nunca había sido muy popular entre el común de los habitantes de su parroquia. Básicamente era un hombre débil, y como tal sólo era capaz de imponerse firmemente en asuntos serios por medio del extremismo. Como consecuencia de este defecto moral, su carácter presentaba ciertas anomalías. En los aspectos ordinarios de la vida era el hombre más amable y más complaciente, pero en todo lo relacionado con el rigor de los principios religiosos, era el más severo y agresivo de los fanáticos. En el púlpito era un predicador de sermones despiadados, un intérprete de la Biblia al pie de la letra, que huía de toda interpretación de su significado, tan implacable y tenebroso como uno de los Puritanos de antaño. Paradójicamente, sin embargo, en su propio hogar era considerado, indulgente y humilde casi hasta el exceso. El resultado lógico de esta peculiar incoherencia de su carácter era que, mientras que los miembros de su congregación que sólo lo conocían como su pastor no sólo le temían, sino que incluso le tenían aversión, el pequeño círculo de amigos que también le conocía como hombre, le apreciaba y le quería.

Ése grupo de amigos se estrechó en torno a él de forma más afectuosa que nunca después de su boda, no sólo por él, sino influenciados también por los atractivos que encontraban en la compañía de su mujer. Sus modales refinados y gentiles; sus extraordinarias dotes musicales; la dulzura de su carácter, y su inteligencia para la conversación, rápida, femenina y atractiva, encantaban a todo aquel que tenía oportunidad de conocerla. Era un ejemplo de mujer y una esposa modelo para todos los amigos de su marido, y se merecía con creces este apelativo. Aunque no hubo niños que la alegraran, nadie ha sido testigo de una vida marital más admirable en este mundo que la que una vez albergó la casa parroquial de Penliddy.

Con estas necesarias explicaciones, la parte preliminar de mi narración, que permitirá que los acontecimientos puedan hilarse en general, llega a su fin en aras de la brevedad. Lo que tengo que contar a continuación tiene un interés más serio y profundo y debe relatarse más cuidadosamente y en detalle.

Dos años pasaron, dos años de feliz matrimonio en los que los Carling no se

separaron el uno del otro —creo honestamente, que durante ese tiempo no se cruzaron una sola una palabra amarga o una mirada desagradable—. Fue entonces cuando el señor Carling dio el primer paso en la actividad que, finalmente, le llevaría a alcanzar un destino fatal: empezó, sin saber muy bien cómo, a dedicar su tiempo libre al entretenimiento aparentemente inocente de escribir una simple octavilla.

Desde hacía muchos años había mantenido una estrecha relación con una de nuestras más importantes Sociedades Misioneras, y había contribuido a la gestión de sus asuntos de la forma más activa posible, dada su condición de párroco rural. En el período en el que transcurre esta historia, ciertos miembros influyentes de la Sociedad habían trazado un plan para ampliar considerablemente la esfera de sus operaciones, confiando en que las suscripciones anuales aumentarían proporcionalmente y podrían sufragar así los gastos adicionales que requeriría el nuevo movimiento. No era la primera vez que se planteaba esta cuestión. Ocho años antes había sido debatida acaloradamente y en ese momento se había llegado al acuerdo de posponerla hasta una ocasión más favorable. El resurgimiento del proyecto había dividido a los miembros activos de la sociedad en dos grupos, como suele ocurrir en estos casos. Uno de ellos, el más cauto, ponía objeciones a correr riesgos, mientras que el otro declaraba esperanzado que la empresa era segura y que el éxito estaba garantizado. El señor Carling se unió con entusiasmo a los miembros que defendían esta última postura. El objetivo de la octavilla que escribió era, pues, dirigirse a los suscriptores de la sociedad hablándoles sobre el tema de forma que se interesaran en él lo suficiente como para obtener su caritativo apoyo para el nuevo proyecto a mayor escala de lo que era habitual.

Había trabajado duro en la octavilla. Ya llevaba elaborada más de la mitad, cuando se encontró en punto muerto ya que le faltaban ciertos datos que habían surgido en el debate sobre la cuestión hacía ocho años y que eran necesarios para la exposición completa y justa de su posición.

En un principio pensó en escribir al secretario de la sociedad solicitando la información que requería; pero, al recordar que éste no llevaba en el puesto más de dos años, llegó a la conclusión de que lo más posible era que ese caballero no pudiera ayudarle. Así que decidió repasar su propio diario de aquel período para comprobar si, por fortuna, habían quedado reseñadas, de su mano, algunas notas sobre el debate original en torno al asunto. Entre sus anotaciones, encontró apenas alguna alusión genérica al asunto en cuestión. Pero, cuando ya iba a abandonar, descubrió que, escondida, había una alusión a un reportaje publicado en el *Times* que versaba sobre las acciones emprendidas por una delegación de la sociedad que se había presentado ante un miembro del gobierno de aquella época, y a ciertas cartas al director posteriores a la publicación del reportaje. La nota describía estas cartas como «muy importantes», y el señor Carling pensó, tras colocar de nuevo el diario en su sitio, que

la exitosa conclusión de la octavilla dependía ahora de su acceso a los números publicados ocho años atrás por el *Times*.

Era invierno cuando su trabajo se vio interrumpido de ese modo y la perspectiva de un viaje a Londres (el único lugar que conocía en el que podría encontrar archivos del periódico) no resultaba muy atractiva; y no obstante no se le ocurría ninguna otra forma más sencilla de alcanzar su objetivo. Tras meditarlo unos instantes y no llegar a ninguna conclusión satisfactoria, salió del estudio y se dirigió al salón para consultarlo con su mujer.

Su mujer trabajaba en esos momentos en su labor, junto al crepitante fuego. Parecía tan feliz y tan cómoda, tan amable y encantadora, con su precioso sombrerito de encaje, su cálido vestido de diario marrón adornado con brillantes cintas color cereza, y ese delicado encaje de escote de cisne enmarcando su cuello y descansando sobre su pecho, que Carling se detuvo y, antes de decirle nada, la besó con la ternura de sus tiempos de noviazgo. Le contó entonces la razón que había dejado en suspenso su labor literaria, y ella escuchó, con la sensación del beso aún en sus caídos párpados y sus labios sonrientes, hasta que llegó al tema del diario y su referencia al periódico.

Al oír el nombre del *Times*, la señora Carling se alteró y miró a su marido con gravedad directamente a los ojos.

—¿Se te ocurre otra idea, cariño —continuaba el párroco—, que me salve de la necesidad de un viaje a Londres en esta temporada tan cruda del año? Necesito urgentemente esa información y no se me ocurre otro sitio distinto a Londres donde pueda encontrar un archivo del *Times*.

—¿Un archivo del *Times*? —repitió ella.

—Sí, de hace ocho años —dijo él.

En el momento en que esas palabras salieron de sus labios, vio como el rostro de su mujer se recubría de una lúgubre palidez; sus atribulados ojos se fijaban en él con una mirada entre rígida y vacía; sus manos, que agarraban firmemente su labor, cayeron lentamente sobre su regazo, y un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies.

El señor Carling se puso en pie de un salto y cogió las sales olorosas de su mesa de trabajo, convencido de que su esposa se iba a desmayar. Ella apartó el bote cuando él se lo ofreció, y la frialdad mortal del tacto de su mano le aterrorizó. Dijo, en un suspiro:

—Nada más que un escalofrío repentino, querido; iré arriba a echarme sobre la cama.

El señor Carling la acompañó a su habitación. Mientras la acostaba sobre la cama, ella cogió su mano, y le dijo suplicante:

—¿No irás a Londres cariño, y me dejarás aquí enferma?

Carling le prometió que nada le separaría de ella hasta que no se recuperase, y

corrió escaleras abajo para mandar llamar al médico. El médico acudió y declaró que la señora Carling sólo sufría un ataque nervioso, que no había ninguna razón para preocuparse y que con los debidos cuidados estaría bien de nuevo en unos días. Coincidió que esa noche el matrimonio tenía un compromiso para cenar en la ciudad. El señor Carling propuso enviar una disculpa y quedarse con su mujer. Pero ella no quiso ni oír que su esposo dejase de ir a la reunión por su culpa. El médico concedió que su paciente pudiera quedar al cuidado de la doncella, durmiendo bajo la influencia de un calmante que pensaba administrarle. El señor Carling aceptó dócilmente estos consejos, hizo todo lo posible por olvidar sus preocupaciones y se fue a la cena.

II

Entre los invitados con los que cenó aquella noche el párroco estaba un caballero llamado Rambert, hombre soltero de vasta fortuna, bien conocido en la zona de Penliddy como propietario de una casa solariega y dueño de una magnífica biblioteca.

El señor Rambert (a quien el señor Carling conocía en profundidad) le saludó durante la cena lamentándose amistosamente sobre el largo período de tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron, y mencionó que recientemente había añadido a su colección de libros ciertos volúmenes antiguos y excepcionales de teología que pensaba que el párroco encontraría interesante consultar. El señor Carling, obsesionado con la necesidad de terminar su octavilla, contestó, entre bromas, que el tipo de literatura que le interesaba más consultar en ese momento era precisamente aquél que menos tenía en común con los escritos teológicos (excepto quizás las novelas). Evidentemente, tras esta confesión, expuso la correspondiente explicación, y para su gran alborozo, su amigo le sorprendió con la más satisfactoria e increíble de las respuestas:

—No conoce usted ni la mitad de los recursos de mis interminables estanterías —dijo—, o nunca habría pensado en ir a Londres a buscar algo que yo puedo ofrecerle. Una pared completa de una de mis habitaciones del piso de arriba está dedicada a documentación periodística. Tengo revistas, boletines y tres periódicos semanales ordenados, en cada caso, desde el primer número; y, lo que aún se ajusta más a sus necesidades, tengo los últimos quince años del *Times* recogidos en enormes volúmenes de a medio año cada uno. Déme la fecha concreta esta noche, y mañana a las dos de la tarde tendrá el volumen que busca.

El señor Carling le proporcionó la información necesaria al instante y con un gran sentimiento de alivio, en lo que a sus preocupaciones literarias se refería. Entonces se fue a casa, impaciente por comprobar si la medicina calmante había tenido efectos sobre su mujer.

Cuando el párroco mencionó esta circunstancia, la señora Carling se dio la vuelta repentinamente sobre la almohada de forma que su rostro quedó oculto a la mirada de su marido, que pudo ver a través de la colcha que el escalofrío que había observado cuando se puso enferma aquella mañana, volvía de nuevo.

—Sólo tengo frío —dijo, precipitadamente con su rostro bajo las sábanas.

Carling llamó a la doncella, que colocó una colcha limpia sobre la cama. Como se dio cuenta de que parecía que no quería ser molestada, no retiró las sábanas de su cara al desearle buenas noches, sólo colocó los labios sobre su cabeza y la acarició dulcemente con la mano. Ella se estremeció con el roce, como si le hiciese daño a

pesar de su suavidad, y el párroco se fue al piso de abajo decidido a enviar a buscar al médico si no conseguía descansar una vez la habían dejado tranquila. Menos de media hora después la doncella bajó y alivió su ansiedad al informarle de que la señora estaba dormida.

A la mañana siguiente se la encontró de mejor ánimo. Dijo que sus ojos aún estaban demasiado débiles para soportar la luz y mantuvo la habitación a oscuras. Pero por lo demás, no tenía motivo de queja.

Tras responder a las primeras preguntas de su marido, quiso saber cuáles eran sus planes para el día. Tenía que escribir cartas, lo que le ocuparía hasta las doce. Esperaba que el volumen del *Times* llegara a las dos, y a partir de ese momento dedicaría el resto de la tarde a su trabajo. Tras escuchar sus planes, la señora Carling sugirió que saliese a pasear a caballo después de escribir las cartas, con el fin de hacer un poco de ejercicio durante las mejores horas del día; y después le recordó que había pasado más tiempo del habitual desde su última visita a cierta anciana inválida que le había cuidado cuando era niño y que ahora estaba postrada en cama en un pueblo a cierta distancia de allí, llamado Tringweighton. Así que, aunque el párroco no veía la necesidad urgente de hacer esa visita de caridad, más aún cuando el camino de ida y vuelta al pueblo, y el tiempo intermedio que habría que dedicar a la charla, le ocuparían al menos dos horas y media, aceptó la propuesta de su mujer ya que notó que ésta insistía con una seriedad inusual y no quería contrariarla, ni siquiera por una tontería así, estando ella enferma.

De modo que, a las doce en punto, su caballo estaba en la puerta. Impaciente por tener al fin en sus manos el precioso volumen del *Times*, cabalgó mucho más rápido de lo que solía, y acortó la visita a la vieja mujer de tal forma que regresó a casa a las dos y cuarto. Supo por la criada que le abrió la puerta, que el mensajero del señor Rambert había dejado el volumen puntualmente a las dos, y corrió a la habitación de su mujer a contarle su visita antes de recluírse durante toda la tarde con su trabajo. Al entrar en la habitación vio que seguía a oscuras y sintió un olor a papel quemado que le sorprendió.

Su esposa (que estaba ya vestida con una bata y tendida en el sofá) explicó el olor diciéndole que le había parecido que la habitación olía a cerrado y que había quemado un poco de papel para fumigarla, ya que tenía miedo de que entrase aire frío si abría la ventana. Era obvio que sus ojos seguían débiles porque mantuvo la mano sobre ellos mientras hablaba. Tras quedarse con ella el tiempo suficiente para relatarle los acontecimientos escasos y triviales ocurridos durante su paseo, el señor Carling bajó al estudio para trabajar al fin con el volumen del *Times*.

Estaba sobre su mesa en forma de paquete voluminoso y alargado color marrón. Cuando procedió a retirar el envoltorio, se dio cuenta de que lo habían atado sin ningún cuidado. Las cuerdas estaban torcidas y mal anudadas, y la tarjeta con su

nombre y su dirección, en vez de estar en medio del papel, estaba doblada de forma extraña en una esquina del volumen. No obstante, él estaba interesado en el interior del paquete, así que tiró el envoltorio y las cuerdas y comenzó al instante a buscar en el volumen el número concreto del diario que deseaba consultar.

Lo encontró rápidamente, con el reportaje sobre los discursos pronunciados por los miembros de la delegación y la respuesta del ministro. Después de leer todo el reportaje, y poner una señal en el punto donde se encontraba, consultó el número del día siguiente para ver otras posibles indicaciones sobre el tema que las cartas dirigidas al editor pudiesen contener.

Se sintió indescriptiblemente sorprendido y contrariado al descubrir que faltaba un número del periódico.

Dobló hacia atrás ambas partes del volumen, miró con atención entre las páginas, e inmediatamente descubrió que alguien había cortado el número que faltaba.

Un vago sentimiento parecido a la alarma empezó a mezclarse con su primera sensación de decepción. Escribió al instante al señor Rambert mencionando el descubrimiento que acababa de hacer y envió la nota con su mozo, dándole órdenes de que esperara la respuesta.

La respuesta que trajo el sirviente podría calificarse casi de insolente por su brevedad y la frialdad de su tono. El señor Rambert no tenía ningún libro en su biblioteca que no estuviera en perfectas condiciones. El volumen del *Times* había salido de su casa en un estado impecable y cualquier culpa relacionada con su mutilación caía sobre otros hombros diferentes a los de su propietario.

Como muchos hombres débiles, el señor Carling era en el fondo muy sensible con el tema de su dignidad. Tras leer la nota y preguntar a sus sirvientes, que estaban seguros de que nadie había tocado el volumen hasta que él lo había abierto, decidió que debía conseguir el número perdido del *Times* a cualquier precio e insertarlo en el lugar que le correspondía, que después enviaría de vuelta el volumen al instante sin ningún comentario, tras lo cual, naturalmente, ningún otro libro de la biblioteca del señor Rambert entraría en su casa.

Recorrió el estudio una y otra vez reflexionando sobre cuál sería el primer paso a dar para alcanzar estos objetivos. Influidado por su estado de irritación, se le ocurrió una idea repentina; una idea que, si se le hubiera pasado por la cabeza el día anterior, seguramente le habría evitado estar en deuda con el señor Rambert. Decidió escribir al instante a su librero y editor en Londres (que le conocía muy bien ya que Carling era un antiguo y excelente cliente suyo), comunicándole la fecha del número atrasado del *Times* que necesitaba, y autorizándole a que ofreciese la recompensa que estimase necesaria a cualquier persona que pudiese conseguirse, por cualquier medio. Redactó la carta y la envió a tiempo para el correo hacia Londres, tras lo cual subió a su habitación para contarle a su mujer lo que le había pasado. La estancia seguía a

oscuras y ella continuaba en el sofá. Carling no dijo nada sobre el número perdido, pero habló en los términos más despreciativos del señor Rambert y de su insolente nota. Por supuesto ese viejo tonto y pomposo estaba equivocado y lo que había que hacer era devolver el volumen al instante y no hacerle caso.

—Lo devolveré —dijo el señor Carling—, pero sólo cuando el número que falta esté en su sitio.

Y entonces, le dijo a su mujer lo que acababa de hacer.

El efecto de esta información banal en la señora Carling fue tan asombroso y tan inexplicable que su marido se quedó horrorizado. Por primera vez en su vida matrimonial la vio en pleno ataque de ira. Se levantó de un salto del sofá y empezó a andar por la habitación como si hubiese perdido el juicio, reprendiéndole por hacer concesiones propias de un ser débil a la afirmación insolente del señor Rambert de su culpabilidad. Si hubiera tenido esa carta entre sus manos, ¡habría defendido la dignidad y la independencia de su marido echándola al fuego! ¡Esperaba y rezaba para que nadie encontrase el número del periódico! De hecho, estaba claro que sería imposible hallar el número después de tantos años. ¡Qué idea la suya de reconocer de ese modo que estaba equivocado, cuando sabía que estaba en lo cierto! ¡Era casi ridículo, de hecho, era totalmente ridículo! Y entonces se dejó caer de nuevo en sofá, y súbitamente prorrumpió en sonoras carcajadas.

En cuanto su marido pronunció la primera palabra de protesta, su humor cambió de nuevo en un instante. Saltó del sofá una vez más, le besó apasionadamente con lágrimas derramándose por sus mejillas, y le imploró que la dejase sola para que pudiese recuperarse. Carling salió de la habitación tan gravemente preocupado por su esposa que decidió visitar al médico en secreto y consultarle sin dilación. En su corazón se abrió paso la sospecha terrorífica e indescriptible de que el ataque de nervios diagnosticado quizás no era más que un síntoma y que debía prepararse para la futura aparición de algo infinita e inmensamente peor.

El médico, tras oír el informe del señor Carling, no mostró ninguna sorpresa y mantuvo su opinión. Su sistema nervioso no funcionaba correctamente y un paroxismo histérico había asustado innecesariamente a su marido. Si no mejoraba en una semana, se podía intentar un cambio de escenario. Mientras tanto, no había ni la más mínima causa para la preocupación.

Al día siguiente, la señora de la casa estaba más tranquila, pero apenas hablaba. Aquella noche durmió bien, y el señor Carling volvió a tener fe en el doctor.

La mañana siguiente era el momento estaba previsto que llegara la respuesta del editor de Londres. Cuando el párroco oyó cómo el cartero llamaba a la puerta, y dado que su estudio estaba en la planta baja de la casa, y que estaba especialmente ansioso esa mañana por su correspondencia, salió él mismo al recibidor para ver sus cartas en el instante en que las pusieran sobre la mesa.

No fue el lacayo quien abrió la puerta, como era habitual, sino la doncella de la señora Carling. Cuando el párroco llegó, observó que la doncella había cogido las cartas y estaba subiendo las escaleras con ellas en la mano.

La detuvo y le preguntó por qué no dejaba las cartas encima de la mesa del recibidor, como siempre. La doncella, que parecía confundida, respondió que su señora había dicho que todo lo que trajese el cartero aquella mañana debía llevarlo a su habitación. El señor Carling cogió las cartas bruscamente de sus manos sin preguntar nada más y volvió a su estudio.

Hasta ese momento, por su mente no había cruzado ni la sombra de una sospecha. Hasta entonces, cada acontecimiento inusual ocurrido durante los últimos tres o cuatro días había tenido una explicación sencilla y obvia; pero esa última circunstancia relacionada con las cartas no tenía sentido. No obstante, ni siquiera en ese momento desconfió de su esposa, la quería demasiado y estaba demasiado orgulloso de ella para sentir algo así; la sensación era más bien de inquietante sorpresa. Anhelaba ir a verla y preguntarle, y obtener una respuesta satisfactoria que zanjase el asunto. Pero una voz en su interior que jamás había oído antes, una voz con un tono de advertencia persistente, le decía: espera y mira tus cartas primero.

Las extendió sobre la mesa. Las manos le temblaban sin que supiera por qué. Entre los envíos de aquella mañana estaba el número atrasado del *Times* que había solicitado por escrito a Londres, con una carta del editor que explicaba la forma en que había conseguido la copia.

Abrió el periódico con un vago sentimiento de alarma al descubrir que esas cartas al editor que había deseado leer con tanta impaciencia, y la reparación del volumen mutilado que tanto había ansiado realizar, se habían convertido en objetivos secundarios para él. La fuerza que le motivaba y que se abría paso en ese momento era una inexplicable curiosidad por los contenidos generales del periódico. Extendió las hojas abiertas sobre la mesa.

La primera página en la que se posaron sus ojos era la página de la derecha. Contenía precisamente las cartas, tres, que tanto había deseado consultar. Intentó leerlas pero no era capaz de fijar su atención distraída por mucho que se esforzara. Miró hacia otro lado, a la página opuesta a mano izquierda. Era la página que contenía los artículos principales.

Eran tres. El primero versaba sobre política extranjera; el segundo era un comentario sarcástico sobre una división reciente en la Cámara de los Lores; y el tercero era uno de esos artículos sobre temas sociales que han ayudado sobremanera y merecidamente a elevar la reputación del *Times* sin que haya lugar para la competición y la rivalidad.

Las líneas de este tercer artículo que captaron su atención en primer lugar contenían la frase inicial del segundo párrafo. Eran las siguientes palabras:

«Parece ser, según la narración que encontrarán en otra parte de nuestras columnas, que esta desgraciada mujer se casó en la primavera del año 18__ con un tal señor Fergus Duncan, de Glendarn, en las Highlands de Escocia...».

Las letras bailaban y se mezclaban ante los ojos de Carling antes de que pudiese continuar con la siguiente frase. ¡Su mujer exhibida como objeto de compasión pública en el *Times*! Cuando el terrible descubrimiento tomaba forma ante él, su memoria empezó a retroceder y se sintió desfallecer repentinamente. Alcanzó la jarra de agua que había en la mesilla, bebió un largo trago, se levantó, cogió el periódico con ambas manos como si fuese un objeto viviente que pudiese sentir su resolución desesperada en la forma de agarrarlo, y leyó todo el artículo, frase por frase, palabra por palabra.

El tema era la Ley del Divorcio y el ejemplo citado era el de su mujer.

En aquella época Inglaterra era por desgracia el único país civilizado del mundo que tenía una ley de divorcio para el marido que no se aplicaba también a las esposas. El articulista del *Times* exponía con elocuencia y atrevimiento esta deshonrosa anomalía en la administración de la justicia; insinuaba con delicadeza los indecibles agravios que había sufrido la señora Duncan; y demostraba con sencillez que gracias al hecho casual de haberse casado en Escocia tenía consecuentemente derecho de apelación ante los tribunales escoceses, y pudo liberarse final y completamente del vínculo que le unía al más vil de los maridos, lo que la ley inglesa de ese momento le habría negado sin misericordia.

Hasta ahí leyó. Otros lectores sin duda habrían continuado con el artículo extraído del periódico escocés. Pero el señor Carling se detuvo en la última palabra del artículo.

El periódico, y los detalles no leídos que contenía, dejaron de captar su atención en un instante, y en su lugar, ardientes y vivas en su mente como las letras de maldición sobre el muro de Baltasar, emergían las últimas palabras de un versículo del Evangelio de San Lucas: «El que se casa con una repudiada por su marido, comete adulterio».

Había sido él mismo quien había predicado estas palabras, quien había advertido a sus oyentes con toda la fuerza de su fanática sinceridad que albergaba dentro de sí que se cuidasen de tergiversar la prohibición contenida en ese versículo, y que lo aceptasen de forma literal, definitiva y sin reservas como la interdicción del matrimonio con una mujer divorciada. Había sido él quien insistió en esa interpretación simple de las simples palabras en tales términos que su congregación había llegado a temblar. Y ahora se encontraba solo, en la intimidad de sus propios aposentos, culpable por sus propios actos del pecado mortal que él mismo había denunciado; se encontraba, como había advertido a los malvados entre sus oyentes que se encontrarían el día del Juicio Final, ante Dios.

No era consciente del tiempo que transcurrió entretanto; nunca supo si pasaron muchos minutos o pocos antes de que la puerta de su habitación se abriese repentina y suavemente. Detrás, entró su mujer.

Con su vestido blanco, y un chal del mismo color sobre sus hombros; su pelo oscuro, tan bien peinado y brillante antaño, que ahora caía enmarañado, enmarcando sus pálidas mejillas y aumentando el brillo vidrioso de terror en sus ojos, así la vio: la mujer repudiada por su marido, la mujer cuyo amor le había hecho feliz y que había manchado su alma con un pecado mortal.

Se acercó unos pasos a él, sin una palabra, ni una lágrima, ni una sombra de cambio que recorriera la terrible rigidez de su rostro. Le miró con una extraña mirada; señaló el periódico arrugado entre sus manos con un extraño gesto; le habló con una extraña voz.

—¡Lo sabes! —dijo.

Sus ojos se encontraron con los de ella, que apartó la mirada, se giró y apoyó sus brazos y su cabeza pesadamente sobre la pared.

—¡Oh, Alfred! —dijo—. ¡Estaba tan sola en el mundo, y te quería tanto!

Su delicadeza, su ternura temblorosa, brotaban de su corazón e inundaba su voz con el tono de su anterior dulzura al murmurar estas sencillas palabras.

No dijo nada más. La confesión de su falta, la alusión a su antiguo amor para obtener el perdón, estaban contenidas en esa única frase. Dejó que fuese su corazón el que le dijese el resto. La forma en que con su amor vigilante había seguido cada una de sus palabras y atesorado cada una de sus opiniones en los primeros días en que se conocieron; la forma débil y falsa, pero no obstante regida por su afecto verdadero por él, en que había evitado la revelación que sabía perfectamente que les separaría incluso en la puerta de la iglesia; la desesperación con la que había luchado contra ese fatal hallazgo que amenazaba con arrancarla del lado del que tanto amaba, y arrojarla al mundo con la sombra de su propia culpa oscureciendo su vida hasta el final: dejó que él sintiese todo esto, ya que el momento que podía separarles para siempre era el momento en el que sabría si realmente él la había querido sincera y apasionadamente.

Los labios del párroco temblaban mientras la miraba en silencio, y lágrimas lentas, ardientes, caían pesadamente una tras otra por sus mejillas. El recuerdo humano natural de los días dorados de su vida en común, de las noches y noches en las que esa amada frente, ahora oculta para él por la indecible desgracia y culpa, se había apoyado con cariño y felicidad sobre su pecho, luchaba con fiereza para acallar su conciencia, para arrancar ese sentimiento de culpabilidad, para apartar las palabras del Juicio que se aferraban implacablemente a su corazón, para enternecerle en el dulce nombre de la Piedad y el Amor. Si ella se hubiera dado la vuelta y le hubiera mirado en ese momento, las siguientes palabras habrían sido pronunciadas dentro de un abrazo. Pero la opresión de su desesperación silenciosa era demasiado fuerte para

ella, y no se movió.

El párroco se forzó a no mirarla; luchó con fuerzas para romper el silencio que se interponía entre los dos.

—¡Qué Dios te perdone, Emily! —dijo.

Al pronunciar su nombre, le tembló la voz, y su corazón torturado estalló en sollozos. Se precipitó hacia la puerta para ahorrarle la terrible imagen del dolor que ahora le dominaba. Cuando pasó por su lado, ella se giró hacia él y emitió un grito débil.

Él la recogió cuando se desmayaba evitando que cayese al suelo. Por última vez sus brazos la rodearon. Por última vez sus labios tocaron los suyos, que ahora le resultaban fríos e insensibles. La tendió en el sofá, y salió.

Una de las criadas cruzaba en ese momento el recibidor. La muchacha se asustó al encontrarse con él y palideció ante la visión de su rostro. Él no fue capaz de hablar con ella, pero señaló a la puerta del estudio. Vio cómo la muchacha entraba en la habitación y después él mismo salió de la casa.

Jamás volvió a entrar, y su mujer y él nunca se volvieron a ver. Más tarde ese mismo día, una hermana del señor Carling, una mujer casada que vivía en la ciudad, acudió a la rectoría. Traía una nota en un sobre abierto, dirigida a la desgraciada señora de la casa. Contenía estas breves líneas, emborronadas y manchadas de lágrimas:

«¡Qué Dios nos conceda a ambos la hora del arrepentimiento! Si te hubiera querido menos, podría haber confiado en mí mismo para volverte a ver. Perdóname, apiádate de mí, y recuérdame en tus oraciones, como yo te perdono, me apiado de ti, y te recuerdo».

Había intentado escribir algo más pero la pluma se había caído de entre sus dedos. Los ruegos de su hermana no le habían conmovido. Tras darle la nota para que la entregase, le había pedido solemnemente que fuese amable a la hora de comunicar las noticias que llevaba consigo, y había emprendido la marcha hacia Londres, solo. Escuchó todas las protestas con paciencia. No negaba que el engaño del que era culpable su mujer era la más excusable de entre todas las ocultaciones de la verdad, ya que surgía de su amor por él; pero, para todos los que intentaban convencerle, tenía la misma respuesta desesperanzada: el versículo del Evangelio de San Lucas.

Su objetivo al viajar a Londres era hacer los arreglos necesarios para sufragar la futura vida de su mujer, y después conseguir un empleo que le separase a él de su hogar y de todas sus relaciones. Una expedición misionera a una de las Islas del Pacífico le aceptó como voluntario. Aniquilado en cuerpo y alma, su última mirada a Inglaterra desde el muelle del barco fue su última visión de la tierra. Quince días

después, sus hermanos celebraron su servicio funerario en una tarde tranquila y despejada en medio del mar. Antes de ser entregado a las profundidades, de acuerdo con sus últimos deseos, su pequeña Biblia de bolsillo, regalo de su mujer, fue colocada abierta sobre su pecho de modo que la inscripción «Para mi amado Marido» descansara sobre su corazón.

Su infeliz mujer vive todavía. Cuando las palabras de despedida escritas por su esposo llegaron a sus manos, ya era incapaz de comprenderlas. La postración mental que había seguido a la escena de la separación se había complicado al poco tiempo con un sufrimiento físico: contrajo fiebre cerebral. Para sorpresa de todos los que la asistían, sobrevivió a la enfermedad y se recuperó con la pérdida completa de una de sus facultades, que en su situación, pobrecita de ella, fue una bendición y un beneficio para ella: la facultad de la memoria. Desde entonces hasta ahora no ha tenido ni el menor destello de recuerdo de nada que pasara antes de su enfermedad. En su feliz ignorancia, las mayores nimiedades son tan novedosas e interesantes como si empezara de nuevo a vivir. Bajo los atentos cuidados de sus amigos que ahora la protegen, vive feliz como si fuera una niña. Cuando llegue su última hora, ¡Dios quiera que muera sin nada en la memoria más que el recuerdo de la amabilidad de éstos!

La octava jornada

El viento que ayer se adivinaba en el cielo ha llegado finalmente. Azota nuestro pequeño valle con ráfagas coléricas y clamorosas, precedido por fuertes chaparrones que caen en forma de enormes pantallas de vapor de agua.

Hay personas que sienten un efecto curiosamente excitante en su ánimo ante el ruido, el ímpetu y el tumulto de los elementos en un día de tormenta. A mí jamás me ha ocurrido tal cosa, y ahora menos que nunca. Apenas puedo soportar pensar en mi hijo navegando en medio de una tempestad de este tipo. Mientras sigo sin tener noticias de su barco, me invaden macabras visiones de las que intento liberarme en vano. Veo a través de mi ventana árboles doblados por el viento. ¿Estarán los mástiles de ese gran barco doblándose así en este momento? Oigo el sonido de la lluvia torrencial. ¿Oirá él el estruendo de las olas rabiosas? ¡Si hubiese vuelto anoche! Es inútil torturarse, pero el pensamiento me persigue. ¡Si hubiese vuelto anoche!

Intenté con precaución volverle a hablar de él a Jessie, como Owen me había aconsejado; pero soy ya tan mayor y tan débil que esta tormenta de mal agüero me ha perturbado, y no me siento lo suficientemente seguro de mi propio autocontrol como para atreverme, hoy por hoy, a medirme con una muchacha alegre y animada llena de ingenio. Es fundamental que no traicione a George, sería totalmente imperdonable por mi parte que sus intereses sufrieran, incluso accidentalmente, por mi culpa.

Fue un día difícil para nuestra invitada. Los escasos y nimios entretenimientos que se le ofrecían dentro de la casa finalmente habían empezado a perder atractivo para ella, según pude ir comprobando. Si lográbamos dar fin a las diez historias, y por lo tanto lográbamos retenerla los esperados diez días, lo que ocurriría pronto, nuestra esperanza de mantenerla mucho más tiempo en The Glen Tower sería nula.

Creo que fue un gran alivio para todos reunarnos esa tarde con un objetivo concreto. El viento había amainado un poco con el atardecer. Cuando cerramos las contraventanas para la noche, la agradable sensación del brillante fuego y de las alegres luces fue aún más reconfortante, porque pudimos escuchar cómo la tormenta se debilitaba más y más en el valle a nuestros pies.

El número elegido resultó ser el último de la serie, el diez, y también el que correspondía a la última historia que yo había escrito. Ya quedaban solamente dos números en la ponchera. Owen y Morgan tenían cada uno una lectura más por hacer antes de que la estancia de nuestra invitada llegara a su fin y se hubieran agotado los manuscritos del Tomo Púrpura.

—Ésta nueva historia mía —dije— no es como la última historia que leí, una narración de una aventura que me ocurrió a mí, sino que relata las aventuras acontecidas a una dama que conocí personalmente. En primer lugar, entablé contacto con uno de sus familiares varones, y en segundo lugar, con la dama, gracias a ciertas

circunstancias profesionales que no es necesario describir y que se debían a un asunto bastante aburrido sobre testamentos y títulos de propiedad que no tiene ninguna relación con esta historia, pero que como abogado me interesó. El caso se llevó a juicio en el tribunal regional correspondiente, y lo gané a pesar de los buenos argumentos, muy bien expuestos, de la parte contraria. En aquella época mi salud era frágil y mis esfuerzos me agotaron de tal modo que después tuve que guardar cama en mi casa durante una semana o más.

—Y la agradecida a dama acudió a cuidarle, supongo —dijo la Reina de Corazones, con su mirada inteligente y generosa.

—La agradecida dama hizo algo mucho más natural que eso dada su posición, y mucho más útil dada la mía —respondí—: envió un sirviente para que me atendiera. Era un hombre mayor, que había estado a su servicio desde la época de su primer matrimonio, y también era una de las personas más sensatas y bien informadas para su edad que he conocido. Gracias a ciertas insinuaciones que dejó caer mientras estaba junto a mi cama, supe por primera vez que su señora había sido muy desgraciada en su segundo matrimonio y que las desventuras de ese período de su vida habían culminado en uno de los eventos más singulares ocurridos en esa parte de Inglaterra en muchos años. No hace falta decir que antes de permitir que el hombre entrase en detalles, le puse como condición que obtuviese el permiso de su señora para contarme todo lo que sabía. Una vez lo hizo, y tras sorprenderme de nuevo al mencionar que él mismo había estado relacionado con todas las circunstancias, me contó toda la historia hasta el más mínimo detalle. Al reproducirla, he intentado ser lo más fiel posible a sus propias palabras. Imaginen, por lo tanto, que me estoy recuperando lánguidamente en mi cama, y que un hombre mayor y respetable, con un traje negro discreto, se sienta junto a mi almohada y me habla en estos términos.

Terminé así mi pequeña introducción, abrí el manuscrito, y empecé a leer mi última historia.

UNA CONSPIRACIÓN EN LA VIDA PRIVADA

La historia del hermano Griffith

I

El primer puesto que obtuve cuando empecé a servir no fue demasiado provechoso. Bien es cierto que tuve la ventaja de aprender mi oficio en profundidad, pero nunca obtuve lo que me correspondía en lo que se refiere al salario. Mi señor fue declarado en bancarrota, y sus sirvientes sufrimos junto con el resto de sus acreedores.

No obstante, mi segundo puesto compensó con creces mi falta de suerte en el primero. Tuve la buena fortuna de entrar a servir en casa del señor y la señora Norcross. Mi señor era un caballero muy rico. Poseía la casa de Darrock y tierras en Cumberland, una propiedad también en Yorkshire, y un terreno muy grande en Jamaica, lo que producía en aquella época y, siguió produciendo, durante muchos años después, considerables ingresos. En las Indias Orientales, conoció a una joven dama muy hermosa, institutriz de una familia inglesa, se encaprichó de ella de un modo apasionado y la tomó en matrimonio, a pesar de que ella tenía nada más y nada menos que veinticinco años menos que él. Tras la boda, retornaron a Inglaterra y fue entonces cuando tuve la gran suerte de que me contrataran como sirviente.

Viví con mi nuevo señor y su esposa durante tres años. No tenían hijos. Al final de este período, el señor Norcross murió. Era lo suficientemente inteligente para suponer que su joven viuda se casaría de nuevo, y testó sus propiedades de forma que en primer lugar fuesen a parar a la señora Norcross, después a los hijos que pudiera tener en un segundo matrimonio, y en caso de que no los hubiera, a diversos familiares y amigos suyos. No me afectó la muerte de mi señor ya que su viuda me mantuvo a su servicio. Durante su última enfermedad, yo mismo había atendido al señor Norcross, y me había hecho tan indispensable que había obtenido el favor y la gratitud de mi señora. Además de mí, también conservó a su doncella a su servicio. Era una mujer cruzada llamada Josephine que se había traído consigo desde las Indias Orientales. Ya entonces me desagradaban sus modales de mestiza zalamera, y su rostro cruel y oscuro, y me sorprendía que mi señora la tuviese en tanta estima. El tiempo demostró que llevaba razón al desconfiar de esta mujer. Tendré oportunidad de decir mucho más sobre ella conforme vaya avanzando mi historia.

Entretanto, lo siguiente que debo relatar es que mi señora despidió al resto del personal y se fue de viaje por el Continente, llevándonos a mí y a su doncella consigo.

Entre otros lugares maravillosos, visitamos París, Génova, Venecia, Florencia, Roma y Nápoles. En algunas de esas ciudades nos quedamos varios meses. La fama de la riqueza de la señora la seguía allá donde fuera, y había multitud de caballeros, tanto extranjeros como ingleses, que anhelaban caerle en gracia y convencerla para

que se casara con ellos. No obstante, ninguno logró causarle una impresión fuerte o duradera; y cuando regresamos a Inglaterra, después de más de dos años de ausencia, la señora Norcross seguía viuda y no mostraba señal alguna de que deseara cambiar su estado.

A nuestra vuelta, primero fuimos a la casa de la propiedad de Yorkshire, pero a mi señora no le gustaban ciertas compañías de los alrededores, así que nos mudamos de nuevo a Darrock Hall e hicimos excursiones de vez en cuando por la región de los lagos, a unas millas de allí. Durante uno de esos viajes, la señora Norcross coincidió con unos viejos amigos que le presentaron a un caballero de su grupo que respondía al nombre extremadamente común y poco interesante de James Smith.

Se trataba de un hombre joven, alto y bastante apuesto, con el cabello negro y muy largo, y el bigote oscuro más poblado y grande que jamás he visto. En conjunto, tenía un aspecto gallardo e inquieto, y un modo de hablar fanfarrón que le convertía en la persona más notoria de todo el grupo. Era bastante pobre, como supe por su sirviente, pero estaba bien relacionado; un caballero de nacimiento y educación, aunque sus modales fuesen tan descarados. No sé lo que mi señora veía en él, pero cuando les pidió a sus amigos que se quedasen con ella en Darrock, incluyó al señor James Smith en la invitación. Pasamos unos días agradables, alegres y agitados en la casa, sobre en lo que se refiere al extraño caballero, que se comportaba de una forma tan familiar que parecía que el lugar le perteneciese. Me sorprendió que la señora Norcross tolerase su actitud de ese modo, pero me quedé sencillamente estupefacto cuando dos meses después de aquel primer encuentro supe que en verdad se iba a casar con su despreocupado visitante. En el extranjero, había rechazado docenas de ofertas de hombres de más categoría, más ricos y más educados. Parecía casi imposible que pensase seriamente en echar su vida a perder con semejante cabeza de chorlito, con ese caballero frívolo y sin un penique en el bolsillo como era el señor James Smith.

Sin embargo, a su debido tiempo se casaron, y tras pasar su luna de miel en el extranjero, volvieron a Darrock Hall.

Pronto descubrí que mi nuevo señor tenía un temperamento especialmente caprichoso. Había días en que se mostraba tan calmado, sociable y complaciente con sus sirvientes como debería ser común en cualquier caballero que se preciase. Pero en algunos momentos parecía que una malvada fuerza interior tomaba posesión de toda su naturaleza. Tenía violentos ataques de ira, y se convencía de ideas erróneas que ningún razonamiento ni protesta podían disipar. Su comportamiento, tan variable, me sorprendía considerablemente, teniendo en cuenta cuán frívolos eran sus gustos y cuán inquietas sus costumbres, y más me sorprendió que aceptara vivir en un lugar tan tranquilo y aburrido como Darrock. No obstante, sus motivos pronto salieron a la luz. El señor James Smith no era ningún deportista, no le interesaban en absoluto los

entretenimientos de interior como la lectura, la música, etcétera, y no tenía ambiciones de representar al condado en el Parlamento. La única ocupación que realmente le gustaba era la navegación. Darrock estaba a unas dieciséis millas de una ciudad marítima dotada de un excelente puerto, y gracias a esta situación la mansión reunía las características perfectas para convertirse un lugar de residencia atractivo para el señor James Smith.

Encontraba tal disfrute y tan infinito placer en navegar sin rumbo por el mar, y todas sus ideas de ocio parecían estar tan íntimamente relacionadas con el recuerdo de los viajes que había emprendido a bordo de diferentes barcos propiedad de sus amigos, que creo firmemente que el objetivo principal de su matrimonio con mi señora era conseguir el dinero suficiente para adquirir su propia embarcación. Sea como fuere, lo cierto es que acabó convenciéndola y que poco tiempo después de su boda ella le regaló una preciosa goleta que trajeron desde Cowes a nuestra ciudad costera, y que siempre le esperaba preparada para él en el puerto.

Hizo falta cierta labor de persuasión para que su mujer cambiase de idea y le dejase tener el velero. Mi señora se mareaba de tal modo en el mar que la navegación por placer era imposible para ella; y, como quería mucho a su marido, naturalmente no deseaba que se dedicase a un divertimento que le alejaba de ella. No obstante, el señor James Smith utilizó su influencia sobre su recién estrenada esposa de forma inteligente. Le prometió que nunca se iría a navegar sin pedirle antes permiso, y se comprometió a no estar nunca ausente en el mar más de una semana o diez días seguidos, a lo máximo. Así las cosas, mi señora, que era la mujer más amable y generosa del mundo, dejó sus propios sentimientos a un lado, e hizo a su marido feliz permitiéndole tener un velero para él solo.

Mientras mi señor salía a navegar, mi señora se aburría mucho en la mansión. Los pocos nobles que había en nuestra parte del condado vivían lejos y sólo podían venir a Darrock cuando se les invitaba a quedarse varios días seguidos. En cuanto al pueblo más cercano, sólo había un habitante digno de que mi señora le invitase a la mansión: el párroco encargado de la iglesia.

Éste caballero respondía al nombre de señor Meeke. Se trataba de un hombre soltero, joven, que se sentía muy solo en su puesto. Tenía un rostro apacible, triste y pálido y era tan tímido y hablaba con un tono tan dulce como una niña: era, en conjunto, lo que cualquiera llamaría, sin ser injusto o severo, una pobre criatura débil y, sin ninguna duda, el peor predicador frente al que me he sentado jamás. Lo único que hacía realmente bien, según tengo entendido, era tocar el violín. Le gustaba la música de una forma fuera de lo común, le gustaba tanto que a menudo se llevaba el instrumento con él cuando salía a dar un paseo. Ésta afición suya constituía la mayor de las bendiciones para mi señora, que era una maravillosa pianista, y que disfrutaba enormemente de contar con un intérprete como el señor Meeke que tocase a dúo con

ella. Además de apreciar su compañía por esta razón, sentía lástima de su situación solitaria, lo que es natural, creo, dado que ella misma a menudo sufría también de soledad. El señor Meeke, por su parte, cuando superó su timidez inicial, estuvo encantado de sustituir su desolada casita de pastor por el maravilloso salón de música de la mansión y por la compañía de una dama bella y generosa que valoraba y admiraba de corazón su manera de tocar. Y así ocurrió que cuando mi señor salía a navegar, mi señora y el señor Meeke estaban siempre juntos, tocando a dúo como si se les fuera la vida en ello. Nunca ha existido en este mundo una relación más inofensiva que la que existía entre ellos dos, y sin embargo, a pesar de su inocencia, resultó ser la primera causa de todas las desgracias que acontecieron después.

La forma en que mi señor trató al señor Meeke, sin embargo, fue desde el principio justo la opuesta a la de mi señora. El inquieto, fanfarrón y taimado señor James Smith sentía desprecio por el débil, afeminado e insignificante párroco violinista, y lo que es más, no se molestaba en ocultarlo. Por esta razón, el señor Meeke (aterrorizado ante el lenguaje violento y los modales hoscos de mi señor), en contadas ocasiones visitaba la mansión a no ser que mi señora estuviese sola. Como nunca tuvo malas intenciones, mi señora no se molestó en ocultar nada, y nunca pensó en tomar ningún tipo de medida para deshacerse del señor Meeke, cuando por casualidad estaba con ella en el momento en que su marido regresaba a casa, ya fuese de un paseo a caballo por los alrededores o de un viaje por mar en su goleta. De modo que resultó que siempre que mi señor volvía a casa tras una ausencia breve o prolongada, nueve de cada diez veces se encontraba con el párroco en la mansión.

Al principio solía reírse de esta circunstancia, y se divertía gastando bromas groseras a costa de su mujer y su musical acompañante. Pero, después de un tiempo, su temperamento caprichoso cambió, como por lo demás era habitual en él. Al principio, se mostraba solamente malhumorado, colérico, airado, pero al final, desarrolló unos violentos celos del señor Meeke. Aunque era demasiado orgulloso para confesarlo expresamente, no podía evitar demostrar lo que pensaba de forma lo bastante clara para indignar a mi señora. Era ésta una mujer que ante cualquier persona por la que sintiese estima se dejaba convencer de casi todo, pero la más mínima muestra de injusticia u opresión despertaba en ella un carácter firme, y se ofendía quizás con demasiada intensidad frente a todo comportamiento tiránico. La simple sospecha de que su marido pudiese albergar algún tipo de desconfianza hacia ella la llenaba de ira, y optó por protestar del modo más desafortunado, y sin embargo al mismo tiempo el más natural en una mujer. Cuanto más groseramente actuaba su marido con el señor Meeke, con mayor amabilidad se comportaba ella con él. Ésta actitud dio lugar a graves disputas y disensiones que derivaron, con el tiempo, en una violenta discusión. No pude evitar asistir como oyente a la parte final de su altercado, ya que se produjo en el paseo del jardín, junto a la ventana del salón comedor, que

había dejado abierta mientras me encargaba de poner la mesa para la comida.

Sin repetir sus palabras —no tengo derecho a hacerlo dado que escuché por casualidad lo que no era asunto mío—, diré en resumen, para mostrar lo grave que fue la pelea, que mi señora acusó a mi señor de haberse casado por motivos mercenarios, de mantenerse alejado de ella todo lo que podía, y de insultarla con una sospecha que sería difícil llegar a perdonar e imposible de olvidar. Mi señor respondió entonces con expresiones de lo más violento dirigidas a ella y le ordenó que nunca volviese a abrirle las puertas al señor Meeke; ella, por su parte, declaró que nunca consentiría en insultar a un clérigo y un caballero sólo para satisfacer los caprichos de un marido tirano. Al oír esto, mi señor exigió a gritos, entre juramentos, que ensillaran su caballo inmediatamente, declaró que no pasaría ni un segundo más bajo el mismo techo que una mujer que le había desafiado, y advirtió a su esposa de que volvería si el señor Meeke entraba de nuevo en la casa y le correría a latigazos por todo el pueblo sin importarles el color de sus hábitos.

La dejó con esas palabras y se fue cabalgando hacia el puerto donde estaba amarrado el velero. Mi señora se mantuvo serena hasta que su marido estuvo fuera de su vista, y después sufrió un terrorífico ataque de llanto que terminó dejándola tan débil que tuvimos que llevarla a su cama como si fuese una mujer al borde de la muerte.

Ésa misma tarde un mensajero vino a casa montado en el caballo de mi señor. Llevaba consigo un trozo de papel dirigido a mí que contenía sólo estas líneas:

«Empaquete mis cosas y entréguelas inmediatamente al portador del mensaje. Puede decirle a su señora que zarpo esta noche a las once en punto de viaje a Suecia. Envíe mis cartas a la oficina de correos de Estocolmo».

Obedecí todas las órdenes menos las referentes a mi señora. Habíamos llamado al médico y seguía en la casa, así que le consulté sobre la idoneidad de la transmisión del mensaje. Me prohibió firmemente que lo hiciera esa noche, me pidió que le diese el trozo de papel y dijo que él decidiría si mostrárselo o no a la mañana siguiente.

Apenas había pasado una hora desde que se fue el mensajero cuando el ama de llaves del señor Meeke vino a la mansión con unas partituras para mi señora. Le informé sobre la repentina marcha de mi señor y la visita del médico. Cuando el señor Meeke supo estas noticias, acudió a la mansión muy agitado.

Estaba tan enfadado con mi señor, por muy inocente que fuera, por ser la causa de la escena terrible que acababa de ocurrir, que excedí los límites de mis obligaciones y le conté toda la verdad. El rostro de la pobre, débil y vacilante criatura se puso completamente rojo, después blanco como el papel, y finalmente el párroco cayó sobre una de las sillas del recibidor con un ataque de llanto, literalmente sollozando,

que parecía que iba a rompersele el corazón.

—¡Oh, William! —decía, retorciendo las manos pequeñas, temblorosas, blancas y delicadas con desamparo, como si fuese un bebé—. ¡Oh, William!, ¿qué voy a hacer ahora?

—Ya que me lo pregunta, señor —dije—, me excusará, espero, si a pesar de ser un sirviente, le hablo con sinceridad. Conozco mi posición lo suficientemente bien como para saber que, hablando estrictamente, he hecho mal y me he excedido en mis obligaciones al contarle todo lo que le he referido hasta ahora; pero, señor, haría cualquier cosa —dije, sintiendo como se me humedecían los ojos— por el bien de mi señora. No tiene ningún familiar cerca que pueda hablar con usted y es preferible que un criado como yo corra el riesgo de ser culpable de impertinencia antes de que se produzca un daño terrible y duradero por no aplicar el remedio adecuado en el momento correcto. Esto es lo que yo haría, señor, en su lugar. Dejaría de llorar y salvaría así mi dignidad; me iría a casa de nuevo y escribiría al señor James Smith diciéndole que como párroco no pediría ojo por ojo, al contrario, le demostraría cuán indignas eran sus sospechas ya que desde ese momento dejaría de visitar la mansión antes de ser la causa de disputa entre un marido y su esposa. Escriba todo esto de forma apropiada, señor, y tenga la carta preparada en media hora. Yo mismo iré a buscarla en el caballo más rápido de nuestros establos, y bajo mi propia responsabilidad se la entregaré a mi señor antes de que zarpe esta noche. No tengo más que decirle señor, excepto que le pido perdón por olvidar cuál es mi sitio y por atreverme a hablar con usted de igual a igual y de hombre a hombre sobre un asunto tan grave.

Para ser justo con el señor Meeke, tenía un buen corazón, aunque fuese pequeño. Me dio la mano y dijo que aceptaba mi consejo como el consejo de un amigo, y así se fue directo a sus aposentos en la casa parroquial a escribir la carta. Media hora después fui a buscarla a caballo pero aún no estaba preparada. El señor Meeke era ridículamente meticuloso sobre la forma de expresarse cuando tenía una pluma entre las manos. Me lo encontré con su mesa literalmente cubierta de borradores y en plena agonía por la manera de redactar las frases dedicadas a mi señora con la suficiente delicadeza. Cada minuto era precioso, así que le apresuré todo lo que pude, sin contemplaciones. A pesar de todos mis esfuerzos, transcurrió media hora más antes de que pudiera convencerse de que la carta estaba presentable. Salí con ella a galope y no tiré de las riendas ni una vez para frenar hasta que llegué a la ciudad portuaria.

El reloj del puerto dio las once y cuarto cuando pasé junto al muelle, y al llegar al malecón, no se veía ningún velero. El de mi señor había soltado amarras diez minutos antes de las once, y cuando el reloj había dado la hora en punto, ya había zarpado. Lo habría seguido en un bote, pero era una preciosa noche estrellada, el viento soplaba, y los marineros del muelle se rieron de mí cuando anuncié mi intención de remar en

pos de una goleta que nos llevaba un cuarto de hora de ventaja, con el viento a babor y la marea favorable.

Cabalgué de vuelta a casa con un pesar en el corazón. Lo único que podía hacer ahora era enviar la carta a la oficina de correos de Estocolmo.

Al día siguiente el médico le enseñó a mi señora el trozo de papel con el mensaje de mi maestro, y una o dos horas después llegó una carta para ella con la letra del señor Meeke en la que explicaba la razón por la que no le volvería a ver en la mansión, y hablaba de mí en términos elogiosos como un hombre leal y sensato que había dicho las palabras correctas en el momento correcto. Puedo repetir el contenido de la carta, ya que mi señora me informó con detalle sobre la misma en condiciones bastante desagradables en lo que a mí respecta.

La noticia de la marcha de mi señor no la afectó tanto como el médico había supuesto. En vez de disgustarla, le levantó el ánimo y se puso furiosa; supongo que su orgullo estaría herido por la forma despectiva en que su marido le informaba sobre su intención de navegar a Suecia al final de un mensaje dirigido a un criado para que empaquetase su ropa. Dado su estado de ánimo la carta del señor Meeke sólo sirvió para aumentar su irritación. Insistió en levantarse, y en cuanto estuvo vestida y en el piso de abajo, desahogó su cólera conmigo. Me reprochó haber interferido de forma impertinente en los asuntos de mis superiores, y declaró que prácticamente tenía decidido prescindir de mis servicios por esta razón. No intenté defenderme porque respetaba su dolor y la irritación derivada de éste, y también porque conocía bien su naturaleza generosa, y sabía que terminaría por compensarme por su severidad en cuanto se serenase. El tiempo demostró que tenía razón. Ésa misma tarde me mandó llamar y, con una dulzura y una elegancia que habrían conmovido a cualquier hombre que la hubiera escuchado, me pidió que la perdonara y que olvidase sus palabras irreflexivas de aquella mañana.

Pasaron las semanas. Transcurrió más de un mes de la marcha de mi señor sin que llegase una carta de su puño y letra a Darrock Hall.

Mi señora, que se tomó este trato con más ira que dolor, decidió ir a Londres a consultar a sus familiares más cercanos, que vivían allí. Tras dejar la mansión, detuvo su carruaje frente a la casa del párroco y entró (de una forma que encontré desafiante), a fin de despedirse del señor Meeke. Había respondido a su carta y posteriormente había recibido otras cartas suyas, que también había respondido. Además, evidentemente, había tenido oportunidad de verlo cada domingo en la Iglesia, y en todas las ocasiones se había parado a hablar con él tras el servicio; pero ésta era la primera vez que le visitaba en su casa. Cuando el carruaje se detuvo, el pequeño párroco salió a toda prisa y muy agitado, para recibirla en la puerta del jardín.

—No se asuste señor Meeke —dijo mi señora mientras se bajaba—. Aunque

usted se ha comprometido a no acercarse a la mansión, yo no he hecho ninguna promesa de no mantenerme alejada de la casa parroquia. —Y con estas palabras entró en la casa.

La doncella mestiza, Josephine, estaba sentada junto a mí en el asiento trasero del carruaje, y vi cómo una sonrisa aparecía en su rostro tostado cuando el párroco y su visitante entraban juntos en la casa. Por muy inofensivo que fuese el señor Meeke, y por muy incapaz que fuese mi señora de cometer cualquier mal, como yo bien sabía, lamenté que fuese tan imprudente de ignorar las apariencias, dada la situación en la que se encontraba. Se había expuesto a que su propia doncella dudase de su respetabilidad, y era difícil saber qué terribles consecuencias podrían derivarse de algo así.

Media hora después, estábamos de viaje. Mi señora se quedó dos meses en Londres. Durante todo ese tiempo no recibió ninguna carta de mi señor remitida desde la casa en el campo.

II

Transcurridos los dos meses, volvimos a Darrock Hall. Nadie había recibido noticias del paradero de mi señor y su velero en nuestra ausencia.

Pasaron otras seis largas semanas y durante todo ese tiempo sólo ocurrió un acontecimiento en la mansión que alteró la triste monotonía de las vidas que ahora llevábamos en ese lugar solitario. Una mañana, Josephine bajó tras vestir a mi señora con el rostro completamente lívido excepto una de sus mejillas que mostraba una marca tan roja como el fuego. Yo estaba en la cocina en ese momento, y le pregunté qué había pasado.

—¡Qué que ha pasado! —dijo, con su voz estridente y su acento extranjero—. Usa tus ojos, por favor, y mira esta mejilla mía. ¿Qué que pasa? ¿Has vivido todo este tiempo con tu señora y todavía no conoces la marca de su mano?

Yo estaba totalmente perplejo, y no entendía lo que me quería decir, pero pronto la muchacha logró explicarse. Mi señora, cuyo temperamento había cambiado tristemente a peor tras las desgracias y las humillaciones sufridas, se había levantado esa mañana más irascible de lo que era habitual en ella en los últimos tiempos, y como respuesta a la pregunta de su doncella sobre cómo había pasado la noche, había roto a hablar de su vida aburrida y desgraciada de forma atípicamente desesperada y quejicosa. Josephine había intentado animarla de manera totalmente inapropiada, y se había atrevido a hacer una ligera y frívola alusión al señor Meeke que enfureció tanto a mi señora, que ésta se volvió directamente a la mestiza y le propinó, como dice la expresión, un buen sopapo. Josephine confesó que, nada más hacerlo, volvió a sus cabales y le dijo que su forma de responder ante su exceso de confianza había sido impropia. Lamentó inmediatamente haber perdido los nervios y le demostró la sinceridad de sus palabras regalándole media docena de pañuelos de batista a modo de ofrenda de paz en ese mismo instante. Después de todo esto, pensé que era imposible que Josephine pudiese guardar algún rencor hacia una señora a la que había servido desde que era una niña, y así se lo dije cuando terminó de contarme lo que había ocurrido en el piso de arriba.

—¡Yo, rencor! —exclamó la señorita Josephine, en su tono duro, cortante y brusco—. ¿Y por qué, si puede saberse? Si mi señora me golpea la mejilla con una mano, con la otra me da pañuelos para que me la limpie. ¡Mi buena señora, mi amable señora, mi hermosa señora! ¡Yo, la criada, rencor contra ella, la señora! ¡Ay, qué mal hombre, llegar a pensar algo así! ¡Ah, al diablo! ¡Me avergüenzo de ti!

Me lanzó una mirada, la mirada más perversa que he visto jamás, y rompió a reír, la risa más cruel que jamás oí de los labios de una mujer. Justo después se dio la

vuelta, no dijo nada más, y nunca volvimos a hablar del tema en ninguna otra ocasión.

No obstante, desde ese momento noté un cambio en la señorita Josephine; no en la forma de hacer su trabajo, pues era tan precisa y cuidadosa como siempre, sino en sus gestos y costumbres. Se volvió extrañamente silenciosa, y pasaba sola casi todo su tiempo libre. No había nada de lo que pudiese acusarla que me autorizara a dar la voz de alarma; pero, a pesar de todo, no podía evitar pensar que yo, en el lugar de mi señora, junto con la entrega de los pañuelos de batista, le habría pagado un mes de salario por adelantado y la habría echado de casa esa misma tarde.

Aparte de este pequeño asunto doméstico, que en su momento pareció bastante nimio, aunque tuvo terribles consecuencias posteriormente, no ocurrió nada fuera de lo normal durante esas seis largas semanas que he mencionado. Sin embargo, al comienzo de la última semana, por fin se produjo un acontecimiento.

Una mañana el cartero trajo una carta a la mansión dirigida a mi señora. La llevé arriba y miré la dirección cuando la puse sobre la bandeja. No era la letra de mi señor; es más, me pareció que no era la letra de ninguna persona con educación. Además, el exterior de la carta estaba muy sucio, y el sello era uno común de oficina con un dibujo de rayas muy habitual. «Será una carta de caridad», pensé para mis adentros al entrar en la sala del desayuno y entregársela a mi señora.

Levantó la mano antes de abrirla como señal de que no me fuese de la habitación todavía porque tenía una orden que comunicarme. Después rompió el sello y empezó a leer la carta.

Sus ojos apenas se habían posado sobre ella cuando su rostro se volvió blanco como el papel y la hoja empezó a temblar entre sus dedos. Leyó hasta el final y repentinamente su rostro pasó del blanco al escarlata, saltó de la silla, arrugó la carta con fuerza en la mano, y empezó a recorrer la habitación de arriba abajo sin reparar en que yo seguía allí, junto a la puerta. «¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¡Maldito seas!», la oí susurrar para sí muchas veces, de forma rápida, silbante y feroz. Después se detuvo y dijo súbitamente: «¡No puede ser verdad!». Y entonces miró hacia arriba y al verme junto a la puerta se sobresaltó como si fuese un extraño, el color de su rostro cambió de nuevo y me pidió, con una voz ahogada, que la dejase y volviese media hora después. Obedecí, seguro de que debía haber recibido muy malas noticias de su marido, y preguntándome, con gran preocupación, de que se trataría.

Cuando volví a la sala del desayuno, su rostro estaba tan calmado como siempre. Sin decir una palabra me dio dos cartas selladas: una era una nota para entregar al señor Meeke en la casa parroquial; la otra, una carta con la inscripción «Urgente» dirigida a su abogado de Londres, que también era, debo añadir, su familiar más cercano vivo.

Entregué una de las cartas y envié por correo la otra. Cuando volví, supe que mi

señora se había retirado a su habitación. Se quedó allí cuatro días, guardándose para sí esa nueva desgracia, fuese lo que fuese. El quinto día su abogado de Londres llegó a la mansión. Mi señora bajó con él a la biblioteca, y allí se encerraron los dos durante casi dos horas. Transcurrido ese tiempo, me llamó con la campana.

—Siéntese, William —dijo mi señora cuando entré en la habitación—. Tengo una confianza plena en su lealtad y su afecto y por ello, con el total acuerdo de este caballero, que es mi familiar más cercano y mi asesor legal, voy a confiarle un secreto muy grave que deberá usted mantener, y voy a emplear sus servicios en un asunto que es tan importante para mí como si de un asunto de vida o muerte se tratase.

Sus pobres ojos estaban rojos y sus labios temblaban mientras me hablaba. Yo estaba tan sorprendido por lo que me había dicho que apenas sabía en qué silla sentarme. Señaló una que estaba situada cerca de ella junto a la mesa, y parecía que iba a hablarme de nuevo, cuando el abogado la interrumpió.

—Le ruego —me dijo— que no se altere innecesariamente. Yo pondré a esta persona en conocimiento de los hechos, y en caso de omitir algo, puede usted detenerme y corregirme.

Mi señora se recostó en la silla y se cubrió el rostro con su pañuelo. El abogado esperó un segundo y después se dirigió a mí.

—Ya sabe usted —dijo— las circunstancias bajo las que su señor dejó esta casa, y también sabe, no lo dudo, que hasta ahora su señora no ha recibido noticias de él.

Asentí y dije que conocía las circunstancias hasta la fecha.

—¿Recuerda —continuó— que le llevó una carta a su señora hace cinco días?

—Sí, señor —respondí—; una carta que pareció disgustarla y alarmarla gravemente.

—Le leeré esta carta antes de decir nada más —continuó el abogado—. Le advierto de que contiene una terrible acusación contra su señor de la que, no obstante, no da fe la firma del que la escribe. Ya le he dicho a su señora que no debe conceder tanta importancia a una carta anónima, y a usted le digo lo mismo.

Tras pronunciar estas palabras, cogió la carta de la mesa y la leyó en voz alta. Después me daría una copia de la misma, que releí tantas veces como para recordar de memoria su contenido. Ahora soy capaz de repetirlo, creo, palabra por palabra.

«Señora, mi conciencia no me permite resignarme a dejarla en la completa ignorancia de la atroz conducta de su marido para con usted. Si se ha sentido inclinada a lamentar su ausencia, deje de hacerlo. Al contrario, espere y rece para que no vuelvan a encontrarse cara a cara en este mundo. Le escribo precipitadamente y con miedo de ser observado. No tengo tiempo para prepararla como debiera para lo que tengo que revelarles. Debo decirles simplemente, con todo

mi respeto y mi dolor por su desgracia, que su marido se ha casado con otra mujer. Vi, sin que él lo advirtiera, cómo se celebraba esa ceremonia. Si no pudiese hablar de este acto infame en calidad de testigo presencial, nunca me habría dirigido a usted.

No me atrevo a revelar mi identidad, ya que creo que el señor James Smith no se arredraría ante nada para vengarse y llegaría hasta a cometer un crimen si supiese el paso que estoy dando ahora y los medios por los que obtuve la información; tampoco tengo tiempo de entrar en detalles. Simplemente le advierto de lo ocurrido y dejo que, tras esta advertencia, actúe como mejor le parezca. Puede que no crea en lo que le digo en esta carta, porque no está firmada. En ese caso, si el señor James Smith se atreve alguna vez a presentarse ante usted, le recomiendo que le pregunte repentinamente qué ha hecho con su «nueva esposa», y comprobará como su rostro se convertirá en la demostración inmediata de que le digo la verdad.

SU DESCONOCIDO AMIGO».

Aunque no tenía a mi señor en gran estima, nunca le pensé capaz de una vileza similar, y no fui capaz de creerlo cuando el abogado hubo terminado de leer la carta.

—Oh, señor —dije—, seguro que no es más que una falsa acusación, no puede ser verdad.

—Eso es lo que le he dicho a su señora —respondió—, pero ella dice...

—Que pienso que es verdad —interrumpió mi señora, hablando a través de su pañuelo con una voz débil y sofocada.

—No es necesario debatir la cuestión —continuó el abogado—. Nuestro deber ahora es demostrar la verdad o falsedad de esta carta. Debemos hacerlo sin dilación. He escrito a uno de mis ayudantes que está acostumbrado a dirigir investigaciones delicadas para que acuda a esta casa sin perder ni un minuto. Podemos confiar en él plenamente, emprenderá las medidas necesarias de inmediato. Es absolutamente indispensable, para asegurarnos de no cometer ningún error, que esté acompañado por alguien que conozca bien las costumbres y el aspecto físico del señor James Smith, y su señora le ha escogido a usted para que desempeñe esta función. Por muy bien que se lleve a cabo la investigación, es inevitable que surjan problemas y retrasos, puede que sea necesario realizar un largo viaje, y quizás implique cierto peligro personal. ¿Está usted preparado para sufrir cualquier inconveniente y correr cualquier riesgo por el bien de su señora? —dijo el abogado.

—No hay nada —dije— que no hiciera por ella. Lamento no ser muy inteligente para ser de utilidad, pero en lo que se refiere a dificultades y riesgos, estoy preparado para cualquier cosa desde este momento.

Mi señora retiró el pañuelo de su rostro, me miró con los ojos anegados en lágrimas, y extendió su mano. Cómo llegué a hacer algo así, no lo sé, pero me incliné y besé la mano que me ofrecía sintiéndome entre sorprendido y asustado de mi propio

atrevimiento inmediatamente después.

—Lo hará usted bien, buen hombre —dijo el caballero mientras asentía con la cabeza—. No se preocupe por la inteligencia o la astucia que puedan ser necesarias. Mi ayudante tiene cabeza por los dos. Sólo tengo una palabra más que decirle antes de que vuelva abajo. Recuerde que esta investigación y la causa que la provoca deben mantenerse en estricto secreto. Excepto nosotros tres y el párroco local (a quien su señora ha escrito unas palabras sobre lo ocurrido), nadie sabe nada de todo esto. Le contaré a mi asistente el secreto cuando se una a nosotros. En cuanto usted y él estén fuera de la casa, podrán hablar de ello. Hasta entonces, sus labios estarán sellados sobre este asunto.

El ayudante no se hizo esperar. Vino tan rápido como el correo de Londres pudo traerle.

Por la descripción de su señor, esperaba encontrarme con un hombre serio, sosegado, de aspecto astuto y modales reservados. Para mi sorpresa, esta mano experta en investigaciones delicadas era un hombrecillo enérgico, rechoncho, alegre, con una cómoda papada, un par de ojos negros muy brillantes y una gran nariz de borrachín de un genuino color rojo. Vestía un traje negro y una corbata sucia, blanca y flácida; aspiraba rapé continuamente de una caja enorme; caminaba con las manos cruzadas detrás de la espalda, y en conjunto, parecía más un párroco de hábitos despreocupados que el ayudante de un abogado.

—¿Qué tal? —dijo, cuando le abrí la puerta—. Soy el hombre que esperaban de la oficina de Londres. Llámeme simplemente señor Dark, ¿le parece? Me sentaré aquí hasta que vuelva; y, joven, si hubiera un vaso de cerveza en la casa puedo asegurarle de corazón que me lo bebería.

Le traje la cerveza antes de anunciarle. Me guiñó el ojo cuando se la llevaba a los labios.

—¡Salud! —dijo—. Me cae usted bien. No olvide que mi nombre es Dark; y simplemente deje aquí la jarra y el vaso, por favor, por si mi señor me hace esperar.

Le anuncié al instante y me dijeron que le indicase el camino a la biblioteca.

Cuando volví al recibidor, la jarra estaba vacía, y el señor Dark se consolaba con una pizca de rapé, aspirándolo con tal energía que parecía más bien un elefante. Se había tragado más de una pinta de la cerveza más fuerte de la casa y, visto el efecto que parecía hacerle, cualquier diría que se había bebido una pinta de agua.

Mientras le llevaba por la galería hacia la biblioteca, nos cruzamos con Josephine. El señor Dark me guiñó el ojo de nuevo, y se inclinó ligeramente ante ella.

—La doncella de la dama —le oí susurrar para sí—. Una mujer guapa a la que mirar, pero una mujer difícil con la que tratar.

Me giré hacia él, bastante enfadado por sus modales descarados, y le miré fijamente justo antes de abrir la puerta de la biblioteca. El señor Dark me miró

fijamente también.

—Muy bien —dijo—. Puedo entrar yo solo.

Y llamó a la puerta, la abrió, y entró al instante con otro guiño malicioso.

Media hora después me llamaron con la campana. El señor Dark estaba sentado entre mi señora (que le miraba asombrado) y el abogado (que le miraba con aprobación). Tenía un mapa abierto sobre sus rodillas y una pluma en la mano. A juzgar por su expresión, la comunicación del secreto de mi señor no parecía haberle causado la menor impresión.

—Tengo permiso para hacerle una pregunta —dijo, en cuanto aparecí—. Cuando descubrió que el velero de su señor ya había partido, ¿pudo saber hacia dónde había zarpado? ¿En dirección norte, hacia Escocia? ¡Hable, joven, hable!

—Sí —respondí—; eso fue lo que me dijeron los marineros cuando investigué en el muelle.

—Bien, señor —dijo el señor Dark, girándose hacia el abogado—; dijo que se dirigía a Suecia y parece que emprendió el camino hacia allí en todo caso. Creo que ya tengo todas las instrucciones, ¿no es así?

El abogado asintió, y miró a mi señora, que inclinó la cabeza ante él. Después dijo, dirigiéndose a mí:

—Prepare su equipaje al instante, y encárguese de tener un vehículo listo para ir a la ciudad con oficina de correos más cercana. ¡Espabílese joven, espabílese!

—Y, ocurra lo que ocurra en el futuro —añadió mi señora, con su amable voz ligeramente temblorosa—, créame William, nunca olvidaré esta prueba de su devoción hacia mí. Me reconforta saber que puedo contar con su lealtad en estos terribles momentos de adversidad; con su lealtad y con la extraordinaria experiencia e inteligencia del señor Dark.

El señor Dark no pareció oír el cumplido. Estaba muy ocupado escribiendo, con el papel sobre el mapa encima de sus rodillas. Un cuarto de hora después, cuando había pedido el *dog-cart* y había bajado al recibidor con mi maleta preparada, me lo encontré allí esperándome. Estaba sentado en la misma silla que había ocupado cuando llegó, y tenía otra jarra de cerveza a su lado, sobre la mesa.

—¿Tiene cañas de pescar en la casa? —dijo, cuando dejé mi maleta en el recibidor.

—Sí —respondí sorprendido ante la pregunta—. ¿Para qué las quiere?

—Meta un par de ellas en fundas de viaje —dijo el señor Dark—, y sedales y anzuelos y cebos, el equipo completo. Tome un trago de cerveza antes de marchar, y no me mire así, William, no me mire así. Se lo explicaré en cuanto hayamos salido de aquí. Hale, ¡a por las cañas! ¡Quiero estar en la carretera en cinco minutos!

Cuando volví con las cañas y los aparejos me encontré al señor Dark en el *dog-cart*.

—Dinero, equipaje, cañas de pescar, notas con instrucciones, copia de la carta anónima, guía el viajero, mapa —dijo, repasando mentalmente las cosas necesarias para el viaje—. Parece que está todo. ¡Vámonos!

Tiré de las riendas y el caballo se puso en marcha. Al dejar la casa vi cómo mi señora y Josephine nos seguían con la mirada desde dos de las ventanas del segundo piso. El recuerdo de esos dos rostros atentos, uno claro y bueno, el otro amarillento y malvado, me atormentó sin cesar durante muchos días después.

—Bien William —dijo el señor Dark, cuando nos habíamos alejado de las puertas de la casa del guarda—; voy a comenzar diciéndole que debe renunciar a su personalidad hasta nuevo aviso. Usted trabaja en un banco y yo también. Estamos disfrutando de nuestras vacaciones habituales, que son, como en Navidad, una vez al año, y nos vamos a hacer un pequeño viaje por Escocia para visitar los lugares típicos, respirar el aire del mar, y pescar allá donde podamos. Yo seré el cajero gordo que va haciendo huecos en el cajón del oro con una pala de cobre, y usted será el joven amante de la aritmética que se sienta en un banco tras de mí y tiene los libros de cuentas al día. Escocia es un país precioso, William. ¿Sabe usted hacer ponche de whisky? Yo sí, y lo que es más, por muy raro que el parezca, ¡también sé bebérmelo!

—¡Escocia! —dije—. ¿A qué vamos a Escocia?

—Pregunta por pregunta —dijo el señor Dark—. ¿Para qué nos vamos de viaje?

—Para encontrar a mi señor —respondí—, y para asegurarnos de que la carta sobre él es cierta.

—Muy bien —dijo—. ¿Por dónde empezaría para lograrlo?

—Iría a Estocolmo, Suecia, al lugar donde hay que enviar sus cartas, y preguntaría por él.

—¿De veras? —dijo el señor Dark—. Si fuese un pastor William, que hubiese perdido una oveja en Cumberland, ¿empezaría usted a buscarla en el fin del mundo, o lo intentaría en un lugar más cerca de casa?

—Quiere hacer que parezca un tonto —dije.

—No —dijo el señor Dark—. Sólo se lo estoy explicando como dije que haría. Ahora escuche la voz de la razón, William, y saque el mayor provecho posible. El señor Smith dijo que se iba a Suecia en velero, y de acuerdo con lo dicho, empezó zarpando en dirección norte hacia la costa de Escocia. ¿En qué viaja? En goleta. ¿Llevan las goletas animales vivos y un carnicero a bordo? No. ¿Se mantendrán frescos los trozos de carne durante todo el camino desde Cumberland hasta Suecia? No. ¿Les gusta a los caballeros alimentarse de provisiones saladas? No. ¿Cuál es la conclusión de estos tres noes? Que el señor James Smith tuvo que detenerse en algún lugar de camino a Suecia para llenar de provisiones frescas su despensa marítima. En ese caso, ¿dónde debería haber parado? En algún lugar de Escocia, suponiendo que no cambiase de dirección cuando estaba fuera de la vista desde el puerto. ¿En qué

lugar de Escocia? ¿Hacia el norte en una ciudad de la costa, o hacia el oeste en una de las islas? Lo más probable es que fuese en la costa, ya que las ciudades marítimas son más grandes allí y por lo tanto estaría más seguro de poder conseguir todas las provisiones que necesitaba. Ahora, ¿qué debemos hacer nosotros? No arriesgarnos a perder un eslabón de la cadena de pruebas por pasar por alto cualquier lugar que el señor James Smith haya podido pisar en tierra. No dar palos de ciego cuando lo que queremos es dar en la diana. No perder dinero ni tiempo emprendiendo un largo viaje hasta Suecia, hasta que no sepamos que debemos ir allí sin duda. Entonces, ¿a dónde nos debe llevar nuestro viaje de investigación en primer lugar? Sin duda al norte de Escocia. ¿Qué me dice a eso, señor William? ¿Tengo las cosas claras o acaso su fuerte cerveza ha enturbiado mi razonamiento?

A esas alturas era evidente que ninguna cerveza lograría eso, y así se lo dije. Soltó una risita sofocada, me guiñó el ojo y tomando otro pellizco de rapé me dijo que volvería a meditar sobre todo el caso para asegurarse de que no había ningún cabo suelto.

Cuando llegamos a la casa de postas había dado fin a este esfuerzo mental con plena satisfacción y estaba preparado para comparar la cerveza de la posada con la cerveza de la Mansión de Darrock. Dejamos el *dog-cart* para que el mozo se lo llevase a la mañana siguiente. Pedimos una silla de posta con caballos. Las bolsas del carruaje se llenaron con una hogaza de pan, una salchicha de Bolonia y dos botellas de jerez; tomamos asiento y emprendimos enérgicamente nuestro incierto viaje.

—Un último consejo de amigo —dijo el señor Dark, instalándose cómodamente en su lado del carruaje—. Eche una cabezada, William, siempre que pueda. No se encontrará con una cama hasta que lleguemos a Glasgow.

III

Aunque los acontecimientos que estoy relatando ocurrieron hace muchos años, evitaré todavía, por precaución, mencionar por su nombre los diversos sitios que el señor Dark y yo mismo visitamos en el curso de nuestras investigaciones. Bastará con describir de forma general lo que hicimos y con la narración únicamente del resultado al que llegamos al fin.

Al llegar a Glasgow, el señor Dark volvió a analizar todo el caso mentalmente. El resultado fue que cambió su idea original de dirigirse directamente al norte de Escocia, ya que consideró más seguro comprobar, si era posible, la trayectoria que había seguido el velero en su viaje a lo largo de la costa oeste.

La puesta en práctica de esta nueva decisión implicó la necesidad de retrasar nuestro viaje, ya que nos apartábamos continuamente de la carretera principal. En tres ocasiones falsos rumores nos enviaron inútilmente a lugares salvajes de las Hébridas. En dos ocasiones nos perdimos por el interior, en pos de caballeros que a grandes rasgos respondían a la descripción del señor James Smith, pero que resultaron ser el hombre equivocado en cuanto posamos nuestros ojos sobre ellos. Estas expediciones inútiles, especialmente las tres que nos llevaron a las islas del oeste, nos hicieron perder muchísimo tiempo. Habían pasado más de dos meses desde el día en que dejamos Darrock Hall cuando por fin llegamos a la parte más alejada de Escocia y entramos en una ciudad costera de tamaño considerable con un puerto junto a ella. Hasta ese momento nuestro viaje no había producido ningún resultado, y yo empezaba a sentirme desesperanzado. En cuanto al señor Dark, su buen carácter y su maravillosa paciencia jamás le abandonaron.

—No sabe usted esperar, William —era su constante observación, cada vez que me oía quejarme—. Yo sí.

Entramos en la ciudad alrededor del atardecer en un pequeño y modesto calesín, y nos alojamos, de acuerdo con nuestra costumbre habitual, en una de las posadas más modestas.

—Debemos empezar desde abajo —solía decir el señor Dark—. La gente de la alta sociedad de un salón de té no se va a mostrar amistosa con nosotros; la gente modesta de una taberna sí.

Y desde luego demostraba la verdad de sus palabras. Jamás había visto a nadie, ni lo vería después, con esa habilidad para hacerse amigo íntimo de absolutos extraños en un instante. A pesar de lo reservados que son los escoceses, el señor Dark parecía tener el don de saber manejarlos a su antojo. Con cada hombre empleaba unas artes tácticas diferentes, pero había tres opiniones constantes que insistía en exponer en

todo tipo de compañía mientras estuvimos en Escocia. En primer lugar, pensaba que la vista de Edimburgo desde el Trono de Arturo era la más bella del mundo. En segundo lugar consideraba que el whisky era el licor más completo del mundo. En tercer lugar, creía que su difunta y querida madre era la mejor mujer del mundo. Cabe señalar que cuando hacía esta última afirmación en Escocia, añadía en cada ocasión que su nombre de soltera era MacLeod.

Bien, nos instalamos en una pequeña y modesta posada junto al puerto. Yo estaba muerto de cansancio del viaje y me eché sobre la cama para dormir un poco. El señor Dark, al que nada fatigaba nunca, me dejó para tomar su ponche y su pipa con la gente de la taberna.

No sé cuánto tiempo llevaba dormido cuando una sacudida en el hombro me despertó. La habitación estaba en la más absoluta oscuridad y sentí una mano que súbitamente me tapaba la boca. Un fuerte olor a whisky y a tabaco penetró por mi nariz, y me susurraron lentamente al oído:

—William, hemos llegado al final de nuestro viaje.

—Señor Dark —tartamudeé—, ¿es usted? ¿Qué quiere decir, por Dios Santo?

—El velero amarró aquí —fue la respuesta, aún en un suspiro—. Y ese canalla de su señor puso pies en tierra.

—¡Oh, señor Dark! —interrumpí—. ¡No me diga que la carta es cierta!

—Palabra por palabra —dijo—. Se casó aquí y salió de nuevo hacia el Mediterráneo con la «Número Dos» unas tres semanas antes de que dejásemos la casa de su señor. ¡Calle! No diga una palabra. Váyase a dormir otra vez o encienda una luz si lo prefiere. Haga cualquier cosa menos bajar conmigo. Voy a intentar descubrir todos los detalles sin que parezca que quiero hacerlo. Usted tiene una hermosa cara, William, pero es tan terriblemente honesta que no puedo confiar en ella en la taberna. Ya he hecho migas con los escoceses. Conocen mi opinión sobre el Trono de Arturo; pueden «ver» lo que pienso del whisky; y creo que no pasará mucho tiempo antes de que oigan que el nombre de soltera de mi madre era MacLeod.

Con esas palabras salió lentamente de la habitación y me dejó como me había encontrado, en la oscuridad.

Estaba demasiado nervioso por lo que había oído para pensar en irme a dormir de nuevo, así que encendí la luz e intenté entretenerme lo mejor que pude con un viejo periódico que estaba arrugado en el fondo de mi maleta. Eran entonces casi las diez. Dos horas después, cuando cerraron la casa, el señor Dark volvió junto a mí muy animado.

—Tengo aquí todo el caso —dijo, mientras señalaba su frente con el dedo—, todo el caso tan claro y completo como si estuviese redactado en un informe. Ése señor suyo, no se anda con chiquitas, William. En mi opinión, usted y su señora no se han librado de él todavía.

Ésa noche dormíamos en una habitación con dos camas. En cuanto el señor Dark cerró la puerta y se puso cómodo dentro de su cama, comenzó a narrar con detalle todos los pormenores que había averiguado en la taberna. El contenido de lo que me dijo podría relatarse del siguiente modo:

El velero había hecho una travesía perfecta hasta el cabo Wrath. Al dar la vuelta al promontorio se había encontrado con un viento prácticamente nulo, y había luchado por avanzar pulgada a pulgada hasta llegar a la ciudad portuaria donde había hecho escala para conseguir un suministro de provisiones y esperar un cambio en el viento.

El señor James Smith había salido a tierra firme para echar un vistazo y para comprobar si el hotel principal era el tipo de establecimiento en el que podría descansar unos cuantos días. Durante su paseo por la ciudad, una casa decente que admitía huéspedes llamó su atención al ver a una hermosa muchacha que estaba sentada con su labor junto a la ventana del salón. Su rostro le impresionó tanto que volvió dos veces para observarla, y la segunda vez decidió intentar entablar conocimiento con ella solicitando ver los aposentos. La madre de la muchacha, una mujer muy respetable que resultó ser la mujer del capitán y en parte propietario de un pequeño buque costero entonces en el mar, le enseñó las habitaciones. Con una pequeña artimaña logró entrar en el salón donde la hija se dedicaba a su labor e intercambió unas palabras con ella. Su voz y sus gestos completaban el atractivo de su rostro. El señor James Smith decidió, de modo impulsivo como solía, que estaba locamente enamorado de ella, y sin dudar ni un instante, alquiló los aposentos en ese momento por un mes.

No hace falta decir que sus intenciones para con la muchacha eran del tipo más deshonesto, y que ante madre e hija se hizo pasar por un hombre soltero. Estaba seguro de que dadas las ventajas que le proporcionaban su dinero, posición y aspecto físico, la ruina de la chica se llevaría a cabo fácilmente; pero pronto descubrió que la conquista que había iniciado no era fácil.

La vigilancia de la madre nunca cesaba, y la hija jamás perdía el control sobre sí misma. Admiraba la figura esbelta y los maravillosos bigotes del señor James Smith; mostraba una preferencia alentadora por su compañía; sonreía ante sus cumplidos y se sonrojaba siempre que él la miraba; pero, ya fuese por astucia o inocencia, parecía incapaz de entender que sus avances hacia ella fuesen de cualquier otra clase salvo honorables. Ante el más leve acercamiento hacia una intimidad indebida, se retiraba y su rostro manifestaba una especie de sorpresa desdeñosa, lo que asombraba profundamente al señor James Smith. No había calculado una resistencia así, y no veía la forma de superarla. Pasaron las semanas; el mes durante el que había alquilado la habitación finalizó. El tiempo había reforzado su deseo por la chica hasta que su admiración por ella llegó a ser directamente un encaprichamiento, y aún no

había avanzado ni un paso hacia la consecución del vil objetivo con el que había entrado en la casa.

En ese momento debió hacer un descarado intento para vencer la virtud de la muchacha, lo que produjo un enfriamiento entre ellos, ya que en vez de alquilar la habitación por más tiempo, se mudó a su velero en el puerto y durmió a bordo durante dos noches.

El viento era ya favorable, y la despensa estaba llena, pero no dio ninguna orden al jefe de la tripulación para levar el ancla. El tercer día parece que desapareció la causa del enfriamiento, cualquiera que fuese, y el señor James Smith regresó a sus aposentos en tierra. Algunas de las personas más curiosas del pueblo observaron poco tiempo después que cuando se lo encontraban por la calle parecía preocupado e inquieto. Probablemente para entonces había llegado a la inevitable conclusión de que debía decidirse por seguir uno de estos dos caminos: o bien hacer el sacrificio de dejar a la muchacha para siempre, o cometer la vileza de casarse con ella.

A pesar de su ruindad, vacilaba ante la idea de correr el riesgo implícito en esta última alternativa, quizás también tenía miedo a ser culpable de un delito. Mientras seguía en la duda, el buque costero del padre llegó al puerto, y la aparición de éste en escena le decidió por fin. Me ha sido imposible averiguar cómo actuó esta nueva influencia, ya que los testimonios de las personas que no tenían acceso a las reuniones familiares son incompletos. No obstante, está claro que la fecha del regreso del padre y la fecha de la malvada decisión del señor James Smith de casarse con la chica pueden fijarse prácticamente con toda seguridad en torno al mismo momento.

Una vez hubo tomado la decisión de cometer el delito, procedió con toda la frialdad y astucia posibles para reducir las posibilidades de ser descubierto.

Regresó a bordo de su velero y anunció que había renunciado a su idea de navegar hasta Suecia y que en su lugar pretendía entretenerse con un largo viaje de pesca por Escocia. Tras esta explicación, ordenó que el buque se amarrase en el puerto, le dio permiso al jefe de la tripulación para que volviese a Cowes junto con su familia, y pagó y despidió al resto del personal, desde el segundo de a bordo hasta el mozo. De este modo eliminó de escena, de un solo golpe, a las únicas personas de la ciudad que conocían la existencia de su desgraciada esposa. Después de esto, la noticia de su próximo matrimonio podía hacerse pública sin correr el riesgo de ser descubierto, ya que su propio nombre tan común era en sí una protección suficiente en caso de que el acontecimiento apareciese en los periódicos escoceses. Cualquiera de sus amigos, incluso su propia esposa, podría leer un artículo sobre la boda del señor James Smith sin tener la más mínima sospecha de quién era en realidad el novio.

Dos semanas después de la marcha de la tripulación, estaba casado con la hija del marino mercante. El padre de la muchacha era bien conocido entre los vecinos del

pueblo como un hombre egoísta, codicioso, que estaba demasiado ansioso por conseguir un yerno rico como para poner objeciones a un matrimonio precipitado. Él mismo, su mujer, y unos poco amigos íntimos estuvieron presentes en la ceremonia; y tras la celebración, los recién casados dejaron la ciudad inmediatamente y se fueron de viaje de novios a los lagos de las Highlands.

No obstante, dos días después regresaron inesperadamente y anunciaron un completo cambio de planes. El esposo (que seguramente pensó que estaría más seguro fuera que dentro de Inglaterra) quería complacer los deseos que sus descripciones del clima y el paisaje de las tierras del sur habían despertado en su mujer. La nueva señora James Smith estaba llena de curiosidad por conocer España e Italia, y dado que había demostrado ser una excelente marinera a bordo del buque de su padre, estaba ansiosa por ir al Mediterráneo de la forma más fácil, por mar. Su afectuoso marido, que ahora no tenía otro objetivo en la vida más que complacer sus deseos, había renunciado a la excursión por las Highlands, y regresaba para preparar el barco para el mar inmediatamente. No había nada en esta explicación que despertase las sospechas de los padres de la dama. La madre pensó que el señor James Smith era un esposo modelo.

El padre prestó su ayuda para tripular el barco en el plazo más breve y con los hombres más inteligentes que pudo encontrar en toda la ciudad. El barco estuvo listo para el mar con extraordinaria prontitud principalmente gracias a sus esfuerzos. Se arriaron las velas, se colocaron las provisiones a bordo, y el señor James Smith zarpó hacia el Mediterráneo con la desafortunada mujer que creía ser su esposa antes de que el señor Dark y yo saliésemos en su búsqueda desde Darrock Hall.

Éste fue el relato fiel de la infame conducta de mi señor en Escocia tal y como me fue narrado. Tras concluir, el señor Dark insinuó que tenía algo más que contar, pero declaró que estaba demasiado cansado para seguir hablando aquella noche. En cuanto nos despertamos a la mañana siguiente, retomó el tema.

—¿No terminé de decir todo lo que sabía ayer por la noche, verdad? —comenzó diciendo.

—Desafortunadamente me contó suficiente, más que suficiente, para demostrar la verdad de la afirmación de la carta anónima —respondí.

—Sí —dijo el señor Dark—. ¿Pero le conté quién escribió la carta anónima?

—¿Quiere decir que ha descubierto también eso? —dije.

—Creo que sí —fue la indiferente respuesta—. Cuando oí que su precioso señor había despedido a la tripulación habitual del velero, recordé esta circunstancia y pensé en volverla a mencionar y e intentar analizarla un poco en cuanto se me ofreciera la oportunidad. Tuve ocasión de hacerlo una media hora después. Le dije al aduanero, que era el que más hablaba de toda la sala: ¿Y qué pasó con esos hombres a los que despidió el señor Smith? ¿Se fueron en cuanto recibieron todo su dinero, o se

quedaron aquí hasta haberse gastado el último penique en tabernas? El aduanero se echó a reír. «No tuvimos esa suerte», dijo, con un acento escocés lo más cerrado posible (que traduzco al inglés, William, por su bien). «No tuvimos esa suerte, todos se fueron al sur a gastarse el dinero entre gente más elegante que nosotros; digo todos, pero hubo una excepción. Pensamos que el camarero del velero se había ido con el resto, pero, el mismo día en que el señor Smith zarpó hacia el Mediterráneo, ¿quién dirá usted que apareció inesperadamente? ¡El mismísimo camarero! Dónde había estado escondido y por qué había estado escondido, nadie lo sabía». «A lo mejor se había dedicado a imitar a su señor y estuvo buscando una esposa», dije. «Es posible», dijo el aduanero. «Nos dio un relato muy confuso sobre su paradero, y zanjó todas las preguntas yéndose al sur a toda prisa». Con esto tuve suficiente, abandoné el tema. Más claro que el agua, ¿no es así William? El camarero sospechó que algo malo pasaba, el camarero esperó y observó, el camarero escribió esa carta anónima a su señora. Podemos encontrarlo, si queremos, investigando en Cowes; y podemos solicitar pruebas legales del matrimonio a la iglesia en cuanto nos lo ordenen. Lo único que tenemos que hacer ahora es regresar junto a su señora y ver qué medidas desea emprender dadas las circunstancias. Es un caso interesante, William, hasta la fecha, un caso interesante y fuera de lo común, tal y como se presenta en este momento.

Volvimos a Darrock Hall tan pronto como los carruajes y los caballos de posta pudieron llevarnos.

Dado que desde un principio mi señora había creído que la afirmación de la carta anónima era cierta, recibió las malas noticias que traíamos con calma y resignación, al menos en lo que se refiere a las apariencias externas. Sorprendió y decepcionó al señor Dark al renunciar a actuar de cualquier modo tras conocer la información que había obtenido para ella, y al insistir en que todo el asunto debería permanecer en el más absoluto secreto. Por primera vez desde que me presentaron a mi compañero de viaje, le vi desanimado al oír que nada más debía hacerse, y aunque dejó la mansión con un bonito regalo, la dejó insatisfecho.

—Un caso tan interesante, William —dijo, con mucha pena cuando nos dimos la mano—. Un caso tan interesante y tan fuera de lo común, es una tremenda lástima detenerse así, a mitad de camino, ¡cuándo no hemos terminado ni por asomo!

—No sabe usted cuán orgullosa y delicada es mi señora —respondí—. Preferiría morir antes que exponerse a un juicio por abandono en un tribunal público sólo por castigar a su marido.

—¡Qué Dios bendiga su simple corazón! —dijo el señor Dark—. ¿Cree realmente que es posible silenciar un caso como éste?

—¿Por qué no? —pregunté—. Si todos mantenemos el secreto...

—¡Menudo secreto! —exclamó el señor Dark, chasqueando los dedos—. Su

señor acabará por descubrir el pastel, si no lo hace antes otra persona.

—¡Mi señor! —repetí, con sorpresa.

—¡Sí, su señor! —dijo el señor Dark—. Tengo experiencia con estos asuntos y le digo que le volverán a ver. Recuerde mis palabras William, el señor James Smith regresará.

Con esta profecía, el señor Dark se dio el gusto de un último pellizco de rapé con impaciencia, y emprendió enojado el viaje hacia casa de su señor en Londres. Tras su marcha, sus últimas palabras resonaron con fuerza en mi cabeza durante días. Tuvieron que pasar semanas hasta que dejé de sobresaltarme cada vez que sonaba el timbre de la puerta principal.

IV

Nuestra vida en la Mansión volvió pronto a su monótona rutina de siempre. El abogado de Londres le escribió a mi señora para invitarla a pasar una temporada con su esposa, pero no aceptó la invitación ya que después de lo que le había ocurrido no tenía ganas de estar en sociedad. Aunque intentaba con todas sus fuerzas ocultar su verdadero estado de ánimo, yo, más que nadie, veía con claridad cómo languidecía por el amargo dolor que le habían infligido. Tiemblo sólo de pensar los efectos que una soledad prolongada le podía haber ocasionado.

Afortunadamente poco tiempo después se le ocurrió escribir e invitar al señor Meeke a seguir con sus pasatiempos musicales en la Mansión. Le dijo —y, en mi opinión, no le faltaba razón— que cualquier compromiso que la ligase al señor James Smith quedaba ahora anulado, ya que el sujeto así llamado había perdido moralmente todos sus derechos como esposo, primero por haberla abandonado y segundo por su matrimonio ilegal con otra mujer. Tras explicar su opinión sobre el asunto dejaba en manos del señor Meeke la decisión de reanudar o no la relación totalmente inocente que los unía. El pequeño párroco, tras vacilar y balbucear, mostrándose apurado como era su costumbre, terminó accediendo y regresó de nuevo a la Mansión con el violín bajo el brazo. Volver así a reanudar sus viejas costumbres podría considerarse bastante imprudente, ya que la postura de mi señora quedaba debilitada ante los ojos de los demás, pero, a pesar de eso, era la decisión más sensata que podía tomar pensando en su propio bien. Creo sinceramente que la inofensiva compañía del señor Meeke y el alivio de volver a tocar las viejas melodías como antes, la salvaron de hundirse completamente bajo el peso de la desoladora situación en la que se encontraba en ese momento.

Así, con la ayuda del señor Meeke y su violín, mi señora superó esos tiempos difíciles. Pasó el invierno, llegó la primavera y no tuvimos ninguna noticia del señor James Smith. Había sido un invierno largo y duro, y la primavera llegaba con retraso y lluvia. El primer día realmente hermoso que tuvimos fue el del catorce de marzo.

Menciono esta fecha sencillamente porque quedó grabada, para siempre en mi memoria. Mientras conserve un soplo de vida recordaré ese catorce de marzo y las más nimias circunstancias con él relacionadas.

El día empezó mal, lo que las personas supersticiosas dirían con un mal presagio. Mi señora se quedó en su habitación hasta bien entrada la mañana; se entretuvo revisando su vestuario y ordenando algunos cajones de su armario que llevaba tiempo sin abrir. Justo antes del almuerzo nos sobresaltamos al oír como tocaba con violencia la campana del tocador. Corrí arriba para ver qué ocurría, y la mestiza, Josephine, que

había oído la campana desde otra parte de la casa, también se apresuró a acudir a la llamada. Llegó primero al tocador, y yo la seguí inmediatamente. Mi señora estaba de pie sola sobre la alfombrilla y en su rostro y en sus gestos se notaba un enorme nerviosismo.

—¡Me han robado! —dijo con vehemencia—, no sé cuándo ni cómo, pero me faltan un par de pulseras, tres anillos y varios pañuelos de bolsillo de encaje antiguos.

—Si tiene usted alguna sospecha, señora —dijo Josephine de forma repentina y cortante—, diga a quién señala. Mis cajas están antes que nada a su disposición.

—¿Quién te ha preguntado por tus cajas? —dijo mi señora, enfurecida—. Piénsate un poco la respuesta, si eres tan amable, la próxima vez que hable.

Después se volvió hacia mí y empezó a explicarme las circunstancias bajo las que había descubierto su pérdida. Sugerí que primero buscara bien las cosas que faltaban, y que si no las encontraba yo iría en busca del oficial de policía y pondría el asunto en sus manos.

A mi señora le pareció bien el plan e inmediatamente inició la búsqueda, que duró hasta la hora de la cena y no dio ningún resultado. Propuse entonces ir a ver al oficial de policía, pero mi señora dijo que ya era demasiado tarde para hacer nada ese día y me pidió que sirviese la mesa como siempre y que al día siguiente a primera hora hiciese el recado. El señor Meeke venía esa tarde y traía nuevas melodías, y sospeché que no quería que la llegada del oficial de policía interrumpiera su ocupación favorita.

Cuando terminó la cena llegó el párroco, y el concierto se desarrolló como era habitual durante la velada. A las diez cogí la bandeja con el vino, la soda y las galletas. En el preciso momento en que abría una de las botellas de soda, oí un ruido de carruaje en el camino de fuera, y llamaron a la puerta principal.

Acababa de aflojar los alambres del corcho y no podía dejar la botella para acudir corriendo en ese instante a la puerta. Una de las criadas abrió. Oí una especie de grito ahogado, después el sonido de unos pasos que me resultaba familiar.

Mi señora se volvió desde el piano y me miró fijamente a los ojos.

—William —dijo—, ¿conoces esos pasos?

Antes de que pudiera responder la puerta se abrió de par en par y el señor James Smith entró en la habitación. Llevaba puesto el sombrero. Su cabello largo sobresalía por debajo y llegaba hasta el cuello de su abrigo; sus ojos negros y brillantes, tras posarse un instante sobre mi señora, se volvieron hacia el señor Meeke. Se fruncieron sus pobladas cejas y con una de las manos se acarició uno de los extremos de sus negros bigotes tirando de él con rabia.

—¡Tú aquí otra vez! —dijo, avanzando unos pasos hacia el pequeño párroco que estaba sentado temblando de la cabeza a los pies, con el violín entre sus brazos como si fuese un bebé.

Al ver que su malvado marido avanzaba, mi señora también se movió para encararse con él. Más rápido que un rayo, se volvió hacia ella en cuanto oyó que daba el primer paso.

—¡Tú, mujer desvergonzada! —dijo—. ¿Eres capaz de mirarme a la cara en presencia de este hombre? —y mientras hablaba señaló al señor Meeke.

Mi señora no se amedrentó ni un ápice cuando él se dio la vuelta. En su rostro no se reflejaba ningún rastro de miedo cuando se enfrentaron cara a cara. Sus mejillas no se ruborizaron lo mas mínimo cuando él habló. El dolor que él le había infligido con su insulto y su afrenta, y la consciencia de haber descubierto el secreto de su crimen, la llenaron de serenidad en ese difícil momento.

—Te lo vuelvo a preguntar —repitió, al ver que su mujer no le respondía—, ¿cómo te atreves a mirarme a la cara en presencia de este hombre?

Ella levantó serenamente su mirada hasta el sombrero que aún mantenía sobre la cabeza.

—¿Quién te ha enseñado a entrar en una habitación y hablar a una dama con el sombrero puesto? —preguntó en un tono calmado y despectivo—. ¿Se trata de un hábito que aprueba tu nueva esposa?

Yo le estaba mirando cuando ella dijo estas últimas palabras. Su rostro, de un tono natural oscuro y atezado, adquirió súbitamente una palidez lívida y amarilla; cogió la silla más cercana con la mano y se dejó caer de golpe sobre ella.

—No te entiendo —dijo, después de un momento de silencio, mirando a su alrededor inquieto mientras hablaba.

—Sí que me entiendes —dijo mi señora—, mientes con tus labios, pero tu rostro dice la verdad.

Hizo un esfuerzo desesperado por recuperar su valor y su audacia y de un salto se levantó de nuevo de la silla con un juramento. Justo antes de que esto ocurriera me pareció oír el crujido de un vestido en la galería de fuera, como si una de las criadas se hubiese escondido allí para escuchar desde el otro lado de la puerta. Debería haber ido al instante a comprobar si era eso o no, pero mi señor me detuvo nada más levantarse de la silla.

—Prepare la cama de la habitación roja y encienda la chimenea al instante —dijo, con su mirada más feroz y su tono más brusco—. Cuando toque la campana, tráigame una jarra de agua caliente y una botella de brandy. En cuanto a usted —continuó, volviéndose hacia el señor Meeke, que seguía sentado pálido y sin palabras con el violín entre sus brazos—, salga ahora mismo de esta casa o comprobará de qué poco le va a servir la protección de su hábito.

Con ese insulto la sangre se le subió a las mejillas de mi señora. Antes de que pudiera decir nada, el señor James Smith alzó la voz de tal modo que apagó la suya.

—No quiero oír ni una palabra más —gritó, con brutalidad—. Has hablado como

una loca y pareces una loca. Has perdido el juicio. Ten por seguro que te haré examinar por los médicos mañana. Y usted, sinvergüenza, ¿por qué demonios se queda ahí parado? —bramó dando un giro sobre sus talones hacia mí—. ¿Por qué no obedece mis órdenes?

Miré a mi señora. Si me hubiera ordenado que golpease al señor James Smith, a pesar de su gran tamaño, creo que en ese momento lo habría hecho.

—Haga lo que dice, William —me dijo, apretando una de sus manos firmemente sobre su regazo, como si de ese modo intentara controlar su creciente indignación—. Ésta es la última orden suya que le pediré que obedezca.

—Me amenazas, loca...

Terminó la frase con una palabra que no repetiré.

—Te digo —respondió ella, con un tono claro, resuelto y enérgico— que me has ultrajado de forma intolerable, más allá de todo perdón, y que no volverás a insultarme nunca como me has insultado esta noche.

Tras pronunciar estas palabras, le clavó la mirada firmemente, se dio la vuelta y caminó lentamente hacia la puerta.

Un minuto antes, el señor Meeke había reunido el valor suficiente para levantarse y salir de la habitación en silencio. Había visto cómo salía de la habitación disimuladamente, pegado a la pared, con el violín escondido en uno de los faldones de su levita, como si tuviese miedo de que la ira salvaje del señor James Smith pudiese desatarse sobre el inofensivo instrumento. Llegó a la puerta antes que mi señora. Al abrirla cuidadosamente, observé cómo se sobresaltaba, y volvió a llegar a mis oídos el crujido de unas ropas en el pasillo.

Mi señora le siguió hasta la galería, aunque giró en dirección opuesta a la que había tomado el pequeño párroco para alcanzar la escalera que la llevaba a su habitación. Yo salí después, dejando al señor James Smith solo.

Alcancé al señor Meeke en el vestíbulo y le abrí la puerta.

—Perdóneme señor —dije—, pero ¿ha visto a alguien escuchando fuera del salón de música cuando ha salido ahora?

—Sí, William —dijo el señor Meeke, con voz ahogada—, creo que era Josephine; pero estaba tan terriblemente nervioso que no estoy del todo seguro.

¿Había descubierto nuestro secreto? Ésa fue la pregunta que me hice cuando iba a encender la chimenea de la habitación roja. Al recordar el momento exacto en el que oí por primera vez el ruido tras la puerta, llegué a la conclusión de que sólo había escuchado la última parte de la pelea entre mi señora y ese canalla de su marido. Las atrevidas palabras sobre la «nueva esposa» se habían pronunciado sin duda antes de que oyese a Josephine deslizarse hasta la puerta.

En cuanto la chimenea estuvo encendida y la cama preparada, volví al salón de música para anunciarle que sus órdenes habían sido obedecidas. El señor James

Smith andaba de un lado a otro de forma agitada, aún con el sombrero puesto. Me siguió hasta la habitación roja sin decir una palabra.

Diez minutos después pidió la jarra y la botella de brandy. Cuando se las llevé, me lo encontré deshaciendo una pequeña bolsa de viaje, que era el único equipaje que había traído consigo. Seguía en silencio y no parecía darse cuenta de mi presencia. Le dejé inmediatamente sin haber intercambiado ni una sola palabra. Por lo que a mí respecta, la noche pasó apaciblemente. A la mañana siguiente supe que mi señora sufría un ataque de nervios tan grave que no podía levantarse de la cama. No me sorprendió en absoluto oír eso sabiendo, como sabía, lo que había tenido que soportar la noche anterior.

Hacia las nueve fui con el agua caliente a la habitación roja. Tras llamar dos veces, intenté abrir la puerta y, como no estaba cerrada con llave, entré con la jarra en la mano.

Miré hacia la cama, miré por toda la habitación: no había ni rastro del señor James Smith.

A juzgar por las apariencias, la cama desde luego había sido utilizada. El camisón que se había puesto estaba sobre la colcha. Lo cogí y vi que tenía unas manchas. Las observé de cerca. Eran manchas de sangre.

V

La sorpresa y la alarma que me produjo ese descubrimiento me hicieron perder la serenidad. Sin pararme a pensar qué debía hacer en primer lugar, corrí a las habitaciones de los sirvientes mientras gritaba que algo le había ocurrido a mi señor.

Todos ellos acudieron inmediatamente a la habitación roja; Josephine formaba parte del grupo. Volví en mí, como quien dice, al observar la extraña expresión de su rostro cuando vio el camisón y la habitación vacía. El resto de los sirvientes estaban sorprendidos y asustados. Ella fue la única que, tras sobresaltarse ligeramente, se recuperó al instante. Su rostro se inundó de una especie de diabólica satisfacción y salió de la habitación rápida y silenciosamente, sin intercambiar ni una palabra con ninguno de nosotros. Éste comportamiento despertó mis sospechas. No hay necesidad de mencionar en que consistían ya que los acontecimientos pronto demostrarían que eran totalmente erróneas.

Una vez hube recuperado un poco la serenidad, les mandé a todos que salieran de la habitación, excepto al cochero, y los dos examinamos el lugar.

La habitación roja estaba normalmente destinada a las visitas. Estaba en la planta baja y daba al jardín. Vimos que las contraventanas, que yo había atrancado por la noche, estaban abiertas, pero la ventana estaba cerrada. El fuego llevaba apagado el tiempo suficiente para que la chimenea estuviese bastante fría. La mitad de la botella de brandy había sido apurada. La bolsa de viaje había desaparecido. No había indicios de violencia o de lucha cerca de la cama ni en toda la habitación. Examinamos cada rincón detenidamente, pero no encontramos nada más.

Al volver comedor de los sirvientes, me esperaban malas noticias sobre mi señora. El estruendo y la confusión inusuales en la casa habían llegado a sus oídos y le habían contado lo ocurrido sin tomar las suficientes precauciones de prepararla para escuchar aquello. En su estado débil y nervioso, la impresión la había abatido considerablemente. Se había desmayado y había costado muchísimo conseguir que recuperara el conocimiento. Era totalmente incapaz de hacer el esfuerzo de darnos órdenes a mí o a cualquier otro sobre qué hacer en esas vergonzosas circunstancias acontecidas.

Esperé hasta el mediodía con la esperanza de que recuperase las fuerzas suficientes para tomar el mando; pero no hizo ningún encargo. Finalmente decidí enviar a alguien a preguntarle qué pensaba que era lo mejor que podíamos hacer. Josephine era la persona idónea para esa misión, pero cuando pregunté por Josephine, no la encontré por ningún lado. El ama de llaves, que la había buscado sin éxito, me informó de que su gorro y su chal no estaban colgados en el sitio habitual. La

camarera, que había estado atendiendo a mi señora en su habitación, bajó y nos vio a todos horrorizados ante esta nueva desaparición. Lo único que podía decirnos es que Josephine le había pedido que hiciese las labores de doncella esa mañana ya que no se sentía bien. ¡No se sentía bien! ¡Y las primeras consecuencias de su enfermedad parecían ser que abandonaba la casa!

Advertí a los sirvientes de que bajo ningún concepto mencionasen esa circunstancia a mi señora y después fui al piso de arriba a llamar a su puerta. Mi objetivo era preguntarle si podía contar con su aprobación para escribir al abogado de Londres en su nombre, y para posteriormente acudir al juez de paz más cercano y contarle lo ocurrido. Podía haber enviado a una de las criadas a hacer esas preguntas, pero a esas alturas, aunque no soy de naturaleza desconfiada, sospechaba de todo el mundo de la casa, con motivos o sin ellos.

De manera que hice yo mismo las preguntas desde el otro lado de la puerta. Mi señora me dio las gracias con voz ahogada y me pidió que llevase a cabo inmediatamente lo que le había propuesto.

Fui a mi habitación y escribí al abogado contándole simplemente que el señor James Smith había aparecido inesperadamente en la Mansión y que como consecuencia se habían producido unos acontecimientos que requerían su presencia inmediata. Doblé la carta haciendo un paquetito y se la entregué al cochero para que alcanzase al coche de correos de camino a Londres.

Lo siguiente era acudir ante el juez de paz. El más cercano vivía a unas cinco millas y mi señora le conocía bien. Era un viejo soltero y vivía con su hermano, que era viudo. Los dos eran respetados y queridos en el condado ya que eran hombres amables y nada arrogantes que en numerosas ocasiones ayudaban a los pobres. El juez era el señor Robert Nicholson y su hermano viudo, el señor Philip.

Ya tenía mi sombrero puesto y le estaba preguntando al mozo qué caballo debía coger, cuando un carruaje abierto llegó a la casa. Dentro viajaban el señor Philip Nicholson y dos personas vestidas de paisano que no parecían ni del todo sirvientes ni del todo caballeros, a mi juicio. El señor Philip, cuando me toqué el sombrero a modo de saludo, me miró de forma grave y abatida, y preguntó por mi señora. Le dije que estaba enferma y postrada en la cama. Movié la cabeza al oír la noticia y me dijo que deseaba hablar conmigo en privado. Le indiqué el camino hacia la biblioteca. Uno de los hombres vestidos de paisano nos siguió y se sentó en el recibidor. El otro esperó con el coche.

—Me disponía a salir señor —dije, mientras le preparaba una silla—, para informar al señor Robert Nicholson de una circunstancia extraordinaria...

—Sé a lo que se refiere —dijo el señor Philip, interrumpiéndome de forma bastante abrupta— y debo rogarle por razones que conocerá al instante, que no realice ningún tipo de declaración ante mí hasta que no oiga lo que tengo que decir.

Vengo aquí con una misión muy seria y muy penosa que le afecta profundamente a usted y a su señora.

Su rostro sugería algo peor de lo que sus palabras expresaban. Mi corazón empezó a latir con fuerza y me sentí palidecer.

—Su señor, el señor James Smith —continuó—, vino aquí inesperadamente ayer por la tarde y durmió en esta casa esta noche. Antes de retirarse a descansar, él y su esposa intercambiaron palabras airadas durante una conversación que terminó, lamento decirlo, con una gravísima amenaza que la señora James Smith dirigió a su marido. Durmieron en habitaciones separadas. Ésta mañana, usted acudió a la habitación de su señor y no vio ni rastro de él. Sólo encontró su camisón sobre la cama con unas manchas de sangre.

—Sí señor —dije, con la voz más firme que pude—, es cierto.

—No le estoy juzgando —dijo el señor Philip—. Sólo estoy exponiendo una serie de hechos que usted podrá admitir o negar ante mi hermano.

—¡Ante su hermano señor! —repetí—. ¿Acaso soy sospechoso de haber hecho algo?

—Tenemos la sospecha de que el señor James Smith ha sido asesinado —fue la respuesta que obtuve a mi pregunta.

Se me heló la sangre de la cabeza a los pies.

—Estoy sorprendido y horrorizado de tener que decir —continuó el señor Philip— que las sospechas recaen sobre su señora en primer lugar y sobre usted en segundo lugar.

No intentaré describir lo que sentí al oír eso. No tengo palabras, no hay quien tenga palabras para expresar mis sentimientos. No sé qué es lo que otros hombres habrían hecho en mi situación, yo me quedé de pie ante el señor Philip, le miré fijamente, sin hablar, sin moverme, casi sin respirar. Si él o cualquiera me hubiesen golpeado en ese momento, creo que no habría sentido ningún dolor.

—Tanto mi hermano como yo —dijo el señor Philip— tenemos tanto sincero respeto por su señora, tanta compasión por ella en estas terribles circunstancias, y tanta fe en su capacidad para demostrar su inocencia, que estamos deseosos de ayudarla todo lo que nos sea posible en estos difíciles momentos. Por esta razón, he decidido venir aquí con las personas nombradas para ejecutar el mandato de arresto de mi hermano...

—¡Arresto, señor! —dije, recuperando mi voz al oír esa palabra—. ¡Una orden de arresto contra mi señora!

—Contra ella y contra usted —dijo el señor Philip—. Un testigo de confianza ha testificado sobre las circunstancias sospechosas y ha declarado bajo juramento que su señora es culpable y que usted es su cómplice.

—¿Qué testigo señor?

—La doncella mestiza de su señora, que acudió ante mi hermano esta mañana y que hizo su declaración según el debido procedimiento.

—¡Y que es más falsa que Judas! —exclamé lleno de ira—. Todas sus palabras contra mi señora y contra mí son mentiras.

—Eso espero, digo más, eso creo, que es una mentirosa —dijo el señor Philip—. Pero debemos demostrar su perjurio y se debe realizar la investigación necesaria. Mi coche volverá a casa de mi hermano y usted viajará en él; uno de mis hombres, que tiene órdenes de custodiarle, le vigilará. Yo me quedaré aquí con el hombre que está esperando en el vestíbulo y antes de tomar las medidas para ejecutar la otra orden de arresto, mandaré llamar al médico para que determine cuándo se podrá desplazar su señora.

—¡Oh, mi pobre señora! —dije—, esto va a acabar con ella, señor.

—Tomaré precauciones para que la impresión le afecte lo menos posible —dijo el señor Philip—. Estoy aquí con este preciso propósito. Cuenta con toda mi simpatía y mi respeto, y tendrá toda la ayuda y todo el alivio que esté en mi mano proporcionarle.

Esas palabras y la sinceridad que transmitían fueron el primer rayo de consuelo en la terrible desgracia que había caído sobre nosotros. Junto con ese sentimiento me invadía también una ardiente ira contra la miserable que había hecho todo lo posible para mancillar el buen nombre de mi señora y el mío, pero en cualquier otro aspecto, yo no era más que un hombre perturbado tras un duro golpe que aún no había recuperado el pleno uso de sus facultades. El señor Philip se vio obligado a recordarme que el tiempo era importante y que lo mejor sería que me entregara inmediatamente en las misericordiosas condiciones que con amabilidad me ofrecía. Acepté y le di los buenos días, pero una neblina pareció empañar mis ojos cuando me di la vuelta para salir, una neblina que me impedía encontrar el camino de la puerta. El señor Philip la abrió por mí y dijo unas palabras amistosas que apenas pude oír. El hombre que me esperaba fuera me condujo junto a su compañero que permanecía sentado en el coche ante la puerta, y así se me llevaron de allí, prisionero por primera vez en mi vida.

De camino a casa del juez, la poca capacidad de reflexión que me quedaba la ocupé por completo en el intento de averiguar el motivo de la traición y de las odiosas mentiras de Josephine.

Sus palabras, su aspecto, sus gestos, en aquel desafortunado día en que mi señora perdió los nervios hasta el punto de golpearla volvieron confusamente a mi memoria y me llevaron a concluir que al menos parte del motivo que estaba buscando podía estar relacionado con lo ocurrido en aquella ocasión. ¿Pero era ésa la única razón de su maquiavélica venganza contra mi señora? Y, de ser así, ¿qué daño le había hecho yo? ¿Por qué me incluía en su falsa acusación? Mis facultades estaban tan

perturbadas que no era capaz de hallar la respuesta a esas preguntas. Mi cabeza estaba llena de sombras y renuncié desesperado al intento de arrojar luz.

Me llevaron ante el señor Robert Nicholson ese mismo día e interrogaron a esa endemoniada mestiza en mi presencia. La primera visión de su rostro, con su malvada serenidad, su impúdica y suave mirada de triunfo, me puso tan enfermo que aparté los ojos y no volví a ponerlos en ella ni una sola vez más durante todo el proceso. Sus respuestas no eran más que una mera repetición de la declaración que ya había jurado. La escuché con la mayor atención, casi sin respirar, y la inconcebible astucia con que había mezclado verdad y mentira en su acusación contra mi señora y contra mí me dejó estupefacto.

En resumen, esto fue lo que declaró en mi presencia:

Tras describir la forma en que el señor James Smith llegó a la Mansión, la testigo, Josephine Durand, confesó que las voces airadas provenientes del interior de la sala de música la habían impulsado a escuchar desde el otro lado de la puerta; describió entonces, con bastante exactitud, la parte final del altercado entre el matrimonio. Por miedo a que ocurriese algo grave después, se había quedado vigilando en su habitación, que estaba en el mismo piso que la de su señora. Había oído cómo se abría lentamente la puerta de su señora entre la una y las dos de la mañana; había seguido a su señora, que llevaba una lámpara pequeña, a lo largo de la galería y escaleras abajo hasta el vestíbulo; se había escondido detrás de la silla del recibidor; había visto cómo su señora cogía una daga con una funda verde de una colección de objetos orientales que se guardaba en el vestíbulo; la había seguido de nuevo y la había visto entrar en la habitación roja sigilosamente; había oído la pesada respiración del señor James Smith, que indicaba que estaba dormido; se había metido en una habitación vacía, junto a la habitación roja, y había esperado allí aproximadamente un cuarto de hora hasta que su señora salió de nuevo con el puñal en la mano; había seguido a su señora al vestíbulo, donde ésta colocó el puñal otra vez en su sitio; había visto cómo su señora giraba hacia una galería lateral que conducía a mi habitación; había oído cómo llamaba a mi puerta; había oído cómo yo respondía y la abría; se había escondido de nuevo detrás de la silla del recibidor; después de un rato había visto cómo mi señora y yo recorríamos juntos la galería que llevaba a la habitación roja; nos había visto entrar a ambos en la habitación roja; y entonces, por miedo a ser descubierta y asesinada ella también si se arriesgaba durante un minuto más a que la encontraran, había vuelto con cuidado a su propia habitación donde se había quedado el resto de la noche.

Tras declarar bajo juramento la verdad de esas atroces mentiras y afirmar, como conclusión, que el señor James Smith había sido asesinado por mi señora y que yo era su cómplice, la mestiza había testificado además, con el fin de demostrar el motivo del crimen, que el señor Meeke era el amante de mi señora, que mi señor le había

prohibido entrar en la casa y que la tarde del regreso del señor James Smith éste lo encontró allí a solas con ella. En esta u afirmación también se mezclaban astutamente verdades parciales con una repugnante mentira, dando así a la falsedad la apariencia de probabilidad.

Me amonestaron de la manera habitual y me preguntaron si tenía algo que declarar.

Respondí que era inocente pero que esperaba a tener asistencia legal para defenderme. El juez me devolvió a la prisión y el interrogatorio finalizó. Tres días después mi desafortunada señora fue sometida al mismo juicio. No me estaba permitido comunicarme con ella. Lo único que sabía era que el abogado había llegado desde Londres para ayudarla. Al atardecer le permitieron verme. Movié la cabeza con pesar cuando le pregunté por mi señora.

—Me temo —dijo— que la horrible situación en la que se encuentra por culpa de esa malvada mujer la ha hundido. Las tremendas circunstancias anteriores ya la habían debilitado y ahora parece haber sucumbido bajo esta terrible impresión, a pesar del cuidado y la delicadeza con las que el señor Philip Nicholson le comunicó las malas noticias. Durante el interrogatorio de hoy todos sus sentimientos parecían anulados de un forma extraña. Respondió a las preguntas que se le plantearon de forma correcta, pero al mismo tiempo mecánicamente, sin que se alterara su expresión ni su tono de voz ni sus gestos desde el principio hasta el final. Es muy preocupante, William, cuando las mujeres ya no pueden desahogarse de forma natural con sus sollozos, y su señora no ha derramado ni una lágrima desde que dejó la Mansión de Darrock.

—Pero, señor —dije—, aunque mi interrogatorio no demostró el perjurio de Josephine, ¡el de mi señora tiene que haberlo revelado!

—La única forma de ponerlo en evidencia —respondió el abogado— es la aparición del señor James Smith, o al menos, la prueba legal de que está vivo. Desde un punto de vista moral, no tengo ninguna duda de que el juez ante el que ha declarado está tan firmemente convencido como nosotros de que la mestiza ha cometido perjurio. Desde un punto de vista moral, cree que las amenazas que su señora desgraciadamente profirió se referían (como ella misma ha declarado hoy) a su intención de salir de la Mansión temprano por la mañana, con usted como asistente, y acudir a mí, en caso de encontrarse bien para viajar, con el fin de conseguir protección legal eficaz contra su marido en el futuro. El señor Nicholson cree todo esto, y yo, que conozco las circunstancias mejor que él, también creo que el señor James Smith salió sigilosamente de la Mansión de Darrock durante la noche por miedo a ser acusado de bigamia. Pero si no le encuentro, no puedo demostrar que está vivo; si no puedo explicar esas manchas de sangre en su camisón, las circunstancias casuales del caso quedan sin resolver, y las imprudentes palabras de su

señora, la mala relación que mantenía con su marido, su desafortunado descuido de las apariencias al conservar la amistad con el señor Meeke, todo eso son pruebas graves contra nosotros, y el juez no tiene alternativa: desde un punto de vista legal debe encarcelarlos a ambos, como ha hecho, hasta que aparezcan nuevas pruebas.

—Pero ¿cómo, por Dios santo, podemos demostrar nuestra inocencia?

—En primer lugar —dijo el abogado—, hay que encontrar al señor James Smith, y en segundo lugar, cuando le encontremos, hay que convencerle de que se presente y se persone como tal.

—¿Cree realmente, señor, que dudará en hacer tal cosa cuando sepa la terrible acusación a la que se enfrenta su esposa debido a su desaparición? Es un rufián sin corazón, lo sé, pero no puede...

—No creo —dijo el abogado, interrumpiéndome bruscamente—, que sea tan desalmado como para negarse a declarar si supiese que al hacerlo no correría ningún riesgo. Pero recuerde que podría ser acusado de bigamia y que él cree que su señora quiere perseguirle para que recaiga sobre él todo el peso de la ley.

Había olvidado ese detalle. Mi corazón se llenó de pesar al recordarlo, y no pude decir nada más.

—Es algo muy serio —continuó el abogado—, se trata de un delito manifiesto contra el derecho de la propiedad hacer cualquier tipo de concesión en forma de oferta privada a este hombre. Sabiendo lo que sabemos, nuestro deber de ciudadanos es aportar la información que le lleve ante los tribunales. Le digo con sinceridad que si no fuese familiar de su señora además de su asesor legal, me pensaría dos veces correr el grave riesgo, el extremadamente grave riesgo, que me dispongo a correr por su bien. Así las cosas, he tomado las medidas necesarias para garantizarle al señor James Smith que no recibirá el trato merecido por su abandono. Cuando sepa cuáles son las circunstancias, confiará en nosotros, suponiendo, claro, que le encontremos. La búsqueda en los alrededores ha sido en vano. He enviado instrucciones especiales en el correo de hoy al señor Dark en Londres, junto con un anuncio cuidadosamente redactado destinado a los periódicos. Esté seguro de que emplearemos todos los medios a nuestro alcance para encontrar a ese hombre. Entretanto, tengo una pregunta fundamental que plantearle sobre Josephine. Puede saber más de lo que pensamos; puede que haya descubierto el secreto del segundo matrimonio y que se lo reserve para usarlo contra nosotros. Si finalmente resultara que es así, quisiera tener más pruebas contra ella para poder acusarla de algo más que de perjurio. En lo que se refiere al motivo que la ha llevado a efectuar su terrible declaración, ¿me podría decir algo a ese respecto, William?

—¿Sus motivos contra mí, señor?

—No, no contra usted. Está muy claro que le acusa porque es necesario para aportar verosimilitud a su historia, ya que de ese modo asume que usted ayudó a su

señora a eliminar el cadáver. Usted es sacrificado fríamente en nombre de una malvada venganza contra su señora. Aclaremos para empezar este primer punto. ¿Ha habido alguna pelea entre ellas en alguna ocasión?

Le hablé de la pelea y del aspecto de Josephine y de la forma en que habló cuando me mostró su mejilla.

—Sí —dijo—, ése es un móvil poderoso para la venganza en el caso de una mujer de naturaleza despiadada y rencorosa, pero ¿es eso todo?, ¿tenía su señora algo contra ella?, ¿hay algún interés personal mezclado con su móvil de venganza? Piense un poco, William, ¿ha pasado algo en la casa que comprometa a esa mujer, o que le haga creer que está en peligro?

Mientras hablaba, me vino a la cabeza súbitamente el recuerdo de los pañuelos y las baratijas perdidas de mi señora, un recuerdo que los problemas posteriores y más importantes habían apartado de mi mente. Le conté inmediatamente la alarma que suscitó el descubrimiento de la pérdida en toda la casa.

—¿Sospechó su señora de Josephine? ¿La interrogó? —preguntó con impaciencia.

—No señor —respondí—, antes de que pudiera decir una palabra, Josephine le preguntó insolentemente de quién sospechada y ofreció sus baúles para que los examinara.

El rostro del abogado se volvió rojo como la grana. Saltó de la silla y me dio tal palmada en la espalda que pensé que se había vuelto loco.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Por fin tenemos ventaja sobre esa mujer endiablada.

Le miré lleno de estupor.

—Pero, buen hombre —dijo—, ¿no se da cuenta de lo ocurrido? ¡Josephine es la ladrona! Estoy tan seguro de ello como de que estamos hablando en este momento. La vil acusación contra su señora responde a otro objetivo además del de la venganza: es la mejor cortina de humo que esa miserable podía encontrar para esconderse y no ser descubierta. Ha impedido que usted y su señora sigan investigando el asunto; le permite representar el papel falso de una testigo honesta frente a un par de criminales; le da tiempo para eliminar la mercancía o esconderla o hacer lo que quiera con ella. ¡Un momento! Déjeme comprobar cuáles son las cosas que faltan. Un par de pulseras, tres anillos y una gran cantidad de pañuelos de encaje de bolsillo, ¿es eso lo que ha dicho?

—Sí, señor.

—Su señora los describirá con detalle y yo tomaré las medidas oportunas a primera hora de la mañana. Buenas noches, William, y anímese. Haré todo lo que esté en mi mano para que pronto podamos ver a esa mestiza en el lugar que se merece: entre rejas.

Y se fue con esa frase de despedida.

Pasaron los días y no volví a verle hasta que el plazo de mi encarcelación hubo concluido. En esta ocasión, cuando volví a presentarme ante el juez, mi señora se presentó conmigo. Su visión me sorprendió dolorosamente: estaba muy cambiada. Su rostro estaba tan pálido y delgado que parecía el rostro de una vieja. Su expresión resignada, vacía y apagada era sobrecogedora, aunque cambió ligeramente cuando por primera vez se volvió hacia mí, me dirigió una mirada grave y susurró, con una tenue sonrisa: «Lo siento por ti, William, lo siento mucho por ti». Pero en cuanto pronunció esas palabras, volvió a mirar al vacío y se quedó sentada con la cabeza inclinada hacia adelante, tranquila, distraída, desesperada, tan diferente que ni sus mejores amigos apenas la habrían podido reconocer.

Nuestro interrogatorio fue una mera formalidad. No había pruebas adicionales ni en nuestra contra ni a nuestro favor, y nos encarcelaron de nuevo durante otra semana.

Le pregunté al abogado en secreto si había surgido alguna posibilidad de localizar al señor James Smith. Me miró misteriosamente y sólo respondió «no pierda la esperanza». Le pregunté después que si se había hecho algún progreso para demostrar la culpabilidad de Josephine en el robo.

—No me gusta fanfarronear —respondió—, pero a pesar de su astucia, no me sorprendería que el señor Dark y yo juntos resultásemos ser dignos rivales suyos.

¡El señor Dark! La simple mención de su nombre me dio confianza en el futuro. Sólo con que hubiese podido apartar de mi mente la imagen del triste y confuso rostro de mi señora, no me habría quejado de mi lamentable estado de ánimo durante el intervalo de tiempo transcurrido entre el segundo y el tercer interrogatorio.

VI

En la tercera comparecencia de mi señora y mía ante el juez, observé algunas caras en la sala que no había visto allí con anterioridad. Para mi gran asombro, ya que las sesiones anteriores se habían llevado a cabo de la forma más privada posible, advertí la presencia de dos de los sirvientes de la Mansión y de tres o cuatro de los arrendatarios de la propiedad de Darrock que vivían cerca de la casa. Todos estaban sentados juntos en uno de los lados de la sala. Frente a ellos y junto a una puerta, se encontraba mi viejo conocido, el señor Dark, con su enorme caja de rapé, su rostro jovial, y su ojo guiñado. Me saludó con la cabeza cuando le miré, tan airoso como si nos hubiésemos encontrado en una reunión social. La mestiza, que había sido citada como testigo en el interrogatorio, estaba sentada en una silla frente al asiento de los que declaran, al lado del lugar que ocupaba mi pobre señora, cuyo aspecto, me apenó observar, no había mejorado. El abogado de Londres estaba con ella y yo estaba de pie tras su silla.

Todos permanecíamos en silencio colocados de este modo en la sala cuando el señor Robert Nicholson entró con su hermano. Quizás sólo fue una impresión, pero me pareció ver en ambos rostros que había ocurrido algo importante desde que nos habíamos visto en el último interrogatorio.

Un funcionario leyó la declaración completa de Josephine Durand y le preguntaron si tenía algo que añadir. Respondió que no. El juez se dirigió entonces al abogado de mi señora para saber si podía presentar alguna prueba en relación con la acusación contra sus clientes.

—Tengo pruebas —respondió el abogado, levantándose bruscamente—, que creo, señor, que justificarán que pida su liberación.

—¿Dónde están sus testigos? —preguntó el juez, mientras miraba fijamente a Josephine cuando hablaba.

—Uno de ellos está esperando fuera, su señoría —dijo el señor Dark, y abrió la puerta que había al lado de donde se encontraba. Salió de la habitación, se quedó fuera aproximadamente un minuto, y regresó con su testigo tras él.

Mi corazón dio tal brinco que parecía que se me iba a salir del pecho. Allí, con su larga melena ahora cortada y sus poblados bigotes ya desaparecidos, allí, en carne y hueso, sano y salvo, ¡estaba el señor James Smith!

La naturaleza de hierro de la mestiza resistió el choque de esa inesperada aparición en escena con una firmeza que como poco puede tildarse de increíble. Apretó sus finos labios convulsivamente y los músculos de su garganta se le movieron ligeramente. Pero ni una palabra ni un gesto la traicionaron. Incluso el tono

amarillento de su rostro permaneció inalterado.

—No hay necesidad, señor, de perder tiempo y palabras para referirme a la malvada y absurda acusación contra mis clientes —dijo el abogado dirigiéndose al señor Robert Nicholson—. La prueba necesaria que basta para liberarles de inmediato está ante usted en la persona de este caballero. Ahí, señor, tiene al asesinado James Smith, de la Mansión de Darrock, vivo y en perfecto estado, para responder por sí mismo.

—¡No es él! —exclamó Josephine, su voz aguda tan alta, clara y firme como siempre—. Denuncio a ese hombre como un impostor. Según mi entender, niego que sea el señor James Smith.

—No lo dudo —dijo el abogado—; y por ello vamos a demostrar su identidad.

Llamaron al primer testigo, el señor Philip Nicholson. Juró que había visto y hablado con el señor James Smith al menos una docena de veces. Que la persona que estaba ahora ante él era el señor James Smith, que había alterado su apariencia física al cortarse el pelo y afeitarse el bigote, pero que era sin duda el hombre que decía ser.

—¡Conspiración! —interrumpió la mestiza, silbando la palabra maliciosamente entre los dientes.

—Si no guarda usted silencio —dijo el señor Robert Nicholson— saldrá usted de la sala. Muy pronto la labor de la justicia habrá finalizado —continuó, dirigiéndose al abogado—, si se demuestra la cuestión de la identidad mediante la presencia de testigos que hayan solido hablar a diario con el señor James Smith.

Tras estas palabras, uno de los sirvientes de la Mansión fue llamado al estrado.

Evidentemente, la alteración del aspecto de su señor le confundió. Además de los sorprendentes cambios ya mencionados, el señor James Smith parecía diferente en gestos y expresión. Aunque era un desalmado, debo reconocer que pareció sorprendido y avergonzado cuando posó los ojos por primera vez en su desafortunada esposa. El sirviente, que estaba acostumbrado a recibir de él miradas tiránicas y órdenes bruscas, al verle por primera vez desconcertado y silencioso, tartamudeó y dudó cuando le pidieron que declarara su identidad bajo juramento.

—No puedo afirmarlo con seguridad —dijo el hombre, dirigiéndose al juez con perplejidad—. Se parece a mi señor y no obstante no lo es. Si llevara bigote y tuviese el pelo largo, y si hablase, a pesar del respeto debido a su presencia, señor, de forma más brusca y con más soltura, podría jurar que es él en cualquier lugar con la conciencia tranquila.

Afortunadamente para nosotros, en ese momento el sentimiento de intranquilidad del señor James Smith por la situación en que se encontraba se transformó en sentimiento de irritación por ser observado fríamente por uno de sus propios sirvientes, que además dudaba estúpidamente de su propia identidad.

—¿No puedes decir sencillamente, idiota, si me conoces o no? —gritó furioso.

—¡Ésa es su voz! —exclamó el sirviente, sobresaltado en el estrado—. ¡Con o sin bigote, es él!

—Si hay alguna dificultad, su señoría, debido al cabello del señor —dijo el señor Dark mientras se adelantaba con una ancha sonrisa—, aquí tengo un pequeño paquete que, me atrevo a afirmar, acabará con cualquier duda. —Dicho esto abrió el paquete, sacó unos mechones de pelo y los sostuvo junto a la cabeza del señor James Smith—. ¿Hacen juego, no es cierto, señoría? —continuó el señor Dark—. No tengo ninguna duda de que el caballero tendrá frío en la cabeza ahora que no tiene pelo. Lamento decir que no podemos colocarle los bigotes, pero también hacen juego con el cabello y están en el paquete (si es que se puede decir semejante cosa de un bigote) para hablar por sí mismos.

—¡Mentira, mentira, mentira! —gritó Josephine, que perdió su perverso autocontrol en esta fase del procedimiento.

El juez hizo un gesto a dos de los guardias presentes cuando estalló con dichas exclamaciones y se la llevaron a una sala contigua. El segundo sirviente de la Mansión subió entonces al estrado seguido por uno de los arrendatarios. Después de lo que habían visto y oído, ninguno de los hombres dudó un instante en declarar firmemente la identidad de su señor.

—Parece innecesario —dijo el juez en cuanto el estrado quedó vacío— interrogar a más testigos sobre la cuestión de la identidad. Las formalidades legales se han llevado a cabo y la acusación contra los prisioneros cae por su propio peso. Tengo el placer de ordenar la liberación inmediata de ambos acusados y de declarar desde mi posición que abandonarán este tribunal sin la menor mácula en su reputación.

Inclinó la cabeza ante mi señora mientras pronunciaba estas palabras, hizo una pausa durante un instante y después miró inquisitivamente al señor James Smith.

—Hasta el momento me he abstenido de hacer observaciones no relacionadas directamente con el asunto que nos traemos entre manos —continuó—. Pero, ahora que he cumplido con mi deber, no puedo dejar este tribunal sin expresar mi fuerte sentimiento de desaprobación de la conducta del señor James Smith, conducta que, cualesquiera que fuesen los motivos que la ocasionaron, ha contribuido a la falsa credibilidad de una terrible acusación contra una dama de reputación impecable y contra una persona de rango inferior cuya buena fama nunca debió ponerse en peligro ni un instante. El señor Smith puede, si lo desea, explicar su misteriosa desaparición de la Mansión de Darrock y el cambio, igualmente inexplicable, que se ha producido en su apariencia personal. No hay ninguna acusación legal contra él, pero desde un punto de vista moral, no sería digno de mi cargo si dudase en expresar mi pleno convencimiento de que su conducta ha sido engañosa, desconsiderada e insensible en grado sumo.

Tras esta grave reprimenda, el señor James Smith (evidentemente asesorado de

antemano sobre lo que debía decir) respondió que se había personado ante el juez con el fin de cumplir con su deber y de remitirse estrictamente a la ley escrita. A su entender, su única obligación legal era presentarse ante el tribunal para declarar y permitir que testigos competentes demostraran su identidad. Una vez cumplido este deber, sólo tenía que añadir que prefería aceptar una amonestación del juez que entrar en explicaciones que implicarían la revelación de ciertas circunstancias domésticas de triste naturaleza. Tras esta breve respuesta, no tenía nada más que decir y solicitaba respetuosamente el permiso del juez para retirarse.

Se le concedió el permiso. Al cruzar la habitación se detuvo junto a su mujer y le dijo confusamente y en voz muy baja:

—Te he hecho mucho daño, pero nunca fue mi intención llegar a esto. Lo lamento. ¿Tienes algo que decirme antes de que me vaya?

Mi señora tembló y escondió su rostro. Él esperó un instante y al ver que no recibía respuesta, inclinó la cabeza educadamente y salió. Entonces no lo sabía pero sería la última vez que le vería.

Cuando se hubo ido, el abogado se dirigió al señor Robert Nicholson y dijo que tenía unas conclusiones que presentar respecto a la mujer Josephine Durand.

Al escuchar ese nombre mi señora susurró precipitadamente unas palabras al oído de su familiar. Éste miró hacia al señor Philip Nicholson, que inmediatamente avanzó, le ofreció el brazo a mi señora y la condujo fuera de la sala. Yo iba a ir tras ella cuando el señor Dark me detuvo y me pidió que esperara unos minutos más para darme el placer de presenciar «el final del caso».

Entretanto, el juez había dado la orden de que volviesen a traer a la mestiza. Entró, tan descarada y confiada como siempre. El señor Robert Nicholson apartó su mirada de ella con desprecio y le dijo al abogado:

—Desea usted acusarla de perjurio, por supuesto.

—¿De perjurio? —dijo Josephine, con su malvada sonrisa—. Muy bien. Voy a tener que contar ciertas cosas que no he contado hasta ahora. ¿Cree usted que ya estoy a su merced? ¡Ja! Todavía puedo causarle muchos problemas.

—Sabe lo del segundo matrimonio —me susurró el señor Dark.

No había ninguna duda. Evidentemente había estado escuchando tras la puerta durante más tiempo del que suponía la noche del regreso de mi señor. Debió de escuchar esas palabras sobre «la nueva esposa», puede que incluso viese su efecto sobre el señor James Smith.

—No es de perjurio de lo que queremos acusar en este momento a Josephine Durand —dijo el abogado—, sino de otro delito por el que debe juzgársela inmediatamente con el fin de devolver a su dueña la propiedad que le ha sido robada. La acuso de robar a su señora, mientras estaba a su servicio en la Mansión de Darrock, un par de pulseras, tres anillos y una docena y media de pañuelos de bolsillo

de encaje. Estos artículos en cuestión se han encontrado esta mañana entre los colchones de su cama junto con una carta que demuestra claramente que presentó la propiedad como suya y que intentó deshacerse de ella vendiéndola a un comprador en Londres. —Mientras hablaba el señor Dark mostró las joyas, los pañuelos y la carta y los colocó ante el juez.

El extraordinario autocontrol de Josephine acabó por fin desapareciendo. Al oír las primeras palabras de la inesperada acusación contra ella, apretó las manos con fuerza, rechinó sus dientes afilados y blancos, y explotó en un torrente de palabras extranjeras que sonaban de forma feroz y cuyo significado no pude entender entonces y no puedo explicar ahora.

—Creo que podemos decirle jaque mate a la señorita —susurró el señor Dark con su eterno guiño de ojos—. Bien William, ¿qué tal si regresa a la Mansión y consigue una jarra de esa maravillosa cerveza suya? En cinco minutos, en cuanto se haya llevado a cabo la acusación, iré tras usted.

Apenas podía creerlo cuando me encontré de camino a Darrock como un hombre libre de nuevo.

Un cuarto de hora después, el señor Dark se reunió conmigo y brindó por mi salud, mi felicidad y mi prosperidad en tres rondas diferentes. Tras realizar esta ceremonia, movió la cabeza y soltó una risita con tal aire de alegría desaforada que no pude evitar hacer una observación sobre su estado de ánimo.

—Es por el caso, William, este caso tan perfecto y tan redondo es lo que me embriaga. ¡Oh, Dios, qué felicidad participar en un trabajo como éste! —exclamó el señor Dark, golpeándose las gruesas rodillas con sus manos rechonchas en una especie de éxtasis.

Mi opinión del caso era muy diferente, pero no me atreví a expresarla. Estaba demasiado ansioso por saber cómo había sido descubierto el señor James Smith y cómo se había presentado ante el juez para entrar en discusiones. El señor Dark adivinó lo que estaba pensando, me pidió que me sentara y me pusiese cómodo, y se ofreció por su propia voluntad a informarme de todo lo que quería saber.

—Cuando recibí las instrucciones y el informe sobre los detalles de lo ocurrido —comenzó diciendo—, no me sorprendió en absoluto saber que el señor James Smith había regresado, yo vaticiné que así ocurriría, ¿recuerda, William, la última vez que nos vimos? No obstante, el giro de los acontecimientos me llenó de estupefacción y no puedo decir que me sintiera muy esperanzado de encontrar a nuestro hombre. Pero seguí las órdenes de mi señor y puse el anuncio en los periódicos. Se dirigía a James Smith por su nombre, pero la razón por la que se le requería estaba expresada de manera encubierta. Dos días después de su publicación, llegó a nuestra oficina una carta con letra de mujer. Mi trabajo es abrir las cartas y abrí ésa también. La carta era breve y misteriosa. Solicitaba que alguien de la oficina la visitara en cierta dirección

entre las dos y las cuatro de esa tarde, en relación con el anuncio publicado en el periódico. Por supuesto, ese alguien fui yo. Evité hacerme falsas esperanzas, por cierto, dada la gran cantidad de James Smiths que hay en Londres. Al llegar a la casa, me condujeron al salón y allí, vestida con una bata y tendida en un sofá, estaba una mujer extraordinariamente hermosa que parecía estar recuperándose de una enfermedad. Tenía el periódico junto a ella y abordó el asunto al instante: «el nombre de mi marido es James Smith y tengo mis razones para desear saber si es la persona que busca». Describí a nuestro hombre como el señor James Smith de la Mansión de Darrock, Cumberland. «No conozco a esa persona», dijo ella...

—¿Qué? ¡No era la segunda esposa después de todo! —interrumpí.

—Espere un poco —dijo el señor Dark—. Mencioné el nombre del velero a continuación y dio un salto sobre el sofá como si le hubieran disparado «creo que usted se casó en Escocia, señora», dije. Se volvió blanca como el papel y se dejó caer sobre el sofá. Dijo con voz ahogada «es mi marido. Oh, señor, ¿qué ocurre?, ¿por qué le busca?, ¿tienes deudas?». Reflexioné durante unos minutos y después decidí contarle todo, ya que pensé que quizás los misterios la asustarían y mantendría a su marido (como le llamaba) alejado. Menuda escena, William, se puede imaginar, tras revelar todo el asunto de la bigamia. Con gritos, desmayos, lloros y bofetadas, (¡cómo si yo tuviese la culpa!), me mantuvo a su lado junto a ese sofá suyo durante casi una hora; me mantuvo allí, en resumen, hasta que el propio señor James Smith en persona regresó. Le dejo a usted que juzgue si su llegada arregló las cosas. Me encontró mojando las sienes de la pobre mujer con agua y perfume, y tan seguro estoy como de que estoy aquí sentado de que me hubiera lanzado por la ventana si no me hubiese enfrentado a él sorprendiéndole al instante con la acusación de asesinato contra su mujer. Esto detuvo su ira, se lo aseguro. «Salga de aquí y espéreme en la habitación de al lado», dijo, «acudiré a hablar con usted en seguida».

—¿Y salió usted? —pregunté.

—Por supuesto que sí —dijo el señor Dark—. Sabía que no podía huir por las ventanas del salón y sabía que podía vigilar la puerta; así que salí y le dejé solo con la dama, que no lo perdonaba de ninguna de las maneras, como pude comprobar fácilmente desde la habitación de al lado. Sin embargo, todas las peleas de este mundo llegan a su fin tarde o temprano y cualquier hombre con un mínimo de inteligencia puede hacer lo que le plazca con una mujer que le quiere. Al poco tiempo escuché cómo la dama lloraba y le besaba. «No puedo volver a casa», dijo después. «Te has comportado como un traidor y un monstruo conmigo, pero, oh, Jimmy, ¡no puedo renunciar a ti! ¡No vuelvas con tu esposa! ¡Oh, no vuelvas con tu esposa!». «No temas», dijo él. «Mi esposa no me querría aunque volviera con ella». Después de esta frase, oí cómo se abría la puerta y salí para encontrarme con él en el rellano. Empezó a jurar desde el momento que me vio, como si sirviera de algo. «Los

negocios primero, señor, si le parece», dije, «y después se podrá despachar a gusto con los juramentos si lo desea». Tras este comienzo, le informé de nuestras condiciones y le pedí que a cambio de todo ello tuviese a bien acompañarme a Cumberland. Al principio desconfiaba completamente, pero le prometí redactar un documento legal (un papel destinado a la papelera sin más utilidad que la de calmarle) donde me comprometía a que no sufriese ningún perjuicio durante todo el proceso; gracias a eso y tras contarle el terrible peligro que se cernía sobre su esposa, conseguí por fin mi propósito.

—¿Y la segunda esposa no puso ninguna objeción a que se fuese con usted? — pregunté.

—No —dijo el señor Dark—. Le expuse el caso sin omitir detalles, y pronto la convencí de que no había ningún peligro de que la primera esposa del señor James Smith reclamase nada de él. Tras oír esto, se unió a mis intentos de persuadirle de cumplir con sus obligaciones y dijo que lo sentía por su señora desde el fondo de su corazón. Con su influencia como respaldo, no tuve ningún miedo de que nuestro hombre cambiase de opinión. No obstante, para asegurarme completamente, la puerta estuvo vigilada aquella noche. A la mañana siguiente cuando llegué a la hora prevista ya estaba listo, y un cuarto de hora después estábamos de camino a la carretera del norte los dos juntos. Hicimos el viaje con coches de posta; teníamos miedo de los encuentros casuales en los transportes públicos, ya sabe. Durante el trayecto, la relación entre el señor James Smith y yo fue tan cordial como si fuésemos un par de viejos amigos. Le conté la historia de cómo seguimos su rastro hasta el norte de Escocia, y a cambio él me dio los detalles de su fuga de la Mansión de Darrock. Es muy curioso, William, ¿le gustaría oírlo?

Le dije al señor Dark que se había anticipado a la pregunta que precisamente me disponía a plantearle.

—Bien —dijo—, pues así fue: para empezar por el principio, nuestro hombre realmente llevó a la señora Smith Número Dos al Mediterráneo tal y como habíamos podido saber. Navegó bordeando la costa española y tras breves estancias en tierra, se detuvo en una ciudad junto al mar en Francia llamada Cannes. Allí descubrió una casa con tierras en venta que le parecieron un buen lugar, bonito y retirado, para albergar a la Número Dos. No pedían nada especial más que el dinero necesario para comprarla, y como no tenía en su haber ni un céntimo, el señor James Smith hace de la necesidad virtud y vuelve a nuestro país junto a su esposa con intenciones secretas para obtener sus cuartos. La Número Dos, que no quiere que la deje atrás, vuelve con él hasta Londres. Allí él se inventa la primera historia que se le pasa por la cabeza sobre unas propiedades en el campo y una casa en Lincolnshire que es demasiado húmeda para que ella pueda alojarse allí y así la deja unos días en Londres y marcha con desvergüenza hacia la Mansión de Darrock. Su idea era engatusar con halagos y

atenciones a su señora para que le diese el dinero, pero parece que no empezó con buen pie al pelearse con ella por culpa de un párroco violinista...

—Sí, sí, ya me sé esa parte de la historia —interrumpí, ya que veía en la entonación del señor Dark que se disponía a hablar de forma ignorante e impertinente de la desafortunada amistad de mi señora con el señor Meeke—. Avance hasta el momento en que dejé a mi señor solo en la habitación roja y cuénteme lo que hizo entre la media noche y las nueve de la mañana siguiente.

—¿Lo que hizo? —dijo el señor Dark—. Bueno, se fue a la cama con la desagradable convicción en la cabeza de que su señora le había descubierto y sin encontrar consuelo más que en la botella de brandy. No podía dormir y cuanto más se movía y daba vueltas en la cama, más seguro estaba de que su mujer tenía la intención de denunciarle por bígamo. Finalmente, hacia el amanecer, no pudo soportarlo más y decidió darle esquinazo a la ley mientras pudiese. En cuanto se vistió, le asaltó la idea de que podían ofrecer una recompensa para encontrarle y decidió cambiar un poco su apariencia física de ese modo que tanto confundió a los testigos hoy ante el juez. Así que abrió su neceser, se cortó el pelo rápidamente y después se afeitó el bigote. El fuego estaba apagado, de manera que tuvo que hacerlo con agua fría. Como es natural, dadas estas circunstancias y su agitación mental, se cortó...

—¿Y se limpió la sangre con su camisón? —dije.

—Con su camisón —repitió el señor Dark—. Era lo que tenía más a mano y lo cogió. Espere un momento, no obstante, la guinda del pastel está por llegar. Cuando hubo terminado con sus tareas de barbero, no se le ocurría por mucho que pensaba ninguna forma de deshacerse del pelo cortado. El fuego estaba apagado y no tenía cerillas, así que no podía quemarlo. En cuanto a tirarlo, no se atrevía a hacerlo dentro de la casa o en los alrededores, por miedo a que lo descubrieran y el hallazgo revelara lo que había hecho. Así que, lo envuelve todo en un papel y se lo guarda en el bolsillo para deshacerse cuando esté a una distancia suficiente de la Mansión. Después coge su bolsa, sale por la ventana, la cierra suavemente tras él y camina hacia la carretera tan rápido como sus largas piernas se lo permiten. Una vez en la carretera sigue andando hasta que un coche le alcanza y así regresa a Londres para encontrarse en un buen lío en cuanto llega allí. La situación problemática, William, y el duro viaje de una punta a otra de Francia, no habían contribuido a mejorar el estado de la Número Dos: el señor James Smith se la encontró en la cama con órdenes del médico de no trasladarla. Lo único que se podía hacer después de esto era dejar las cosas como estaban hasta que la dama se recuperara. Afortunadamente para nosotros, no se dio ninguna prisa, así que después de todo, su señora debe agradecerle precisamente a la mujer que la suplantó que su reputación quedase libre de manchas ya que ella fue la que nos ayudó a encontrar al señor James Smith.

—Y, dígame, ¿cómo consiguió esos mechones de pelo suyos que ha mostrado hoy al juez? —pregunté.

—Gracias de nuevo a la Número Dos —dijo el señor Dark—. Lo que me dijo me sugirió que preguntara por ellos. Mientras hablábamos del anuncio, tuve el atrevimiento de interrogarle sobre qué le hizo pensar en un principio que su marido y el señor Smith que buscábamos podían ser el mismo hombre. «Sólo», dijo ella, «que volvió a casa con el pelo corto y el bigote afeitado y que no conseguía darme una buena razón para ese cambio de su aspecto. Tenía la sospecha de que ocurría algo malo y cuando leí su anuncio esa sospecha se reforzó al instante.». Sus palabras me sugirieron que podía haber dificultades para identificarle con su nueva apariencia, y le pregunté al señor Smith qué había hecho con el pelo cortado antes de que saliésemos de Londres. Estaba en el bolsillo de su abrigo de viaje, justo donde lo había guardado precipitadamente al dejar la Mansión. La preocupación, el miedo y la vergüenza le habían hecho olvidarlo completamente. Por supuesto, yo me encargué del paquete y ya sabe tan bien como yo de lo mucho que nos sirvió. Por decirlo así, William, sencillamente completó este caso redondo y perfecto. Considerando el asunto desde un punto de vista profesional, no dudaré en decir que hemos tratado el delicado asunto del señor James Smith de forma excelente. Le hemos hecho aparecer en el momento adecuado y nos vamos a deshacer de él en el momento adecuado. Ésta misma noche ya estará de camino al extranjero con la Número Dos y no volverá a asomar las narices por Inglaterra en su vida, aunque viva más años que Matusalén.

Fue un alivio oír estas palabras y saber, por lo que el señor Dark dijo a continuación, que mi señora no debía temer nada que Josephine pudiese hacer en el futuro, fue un consuelo casi igual de grande.

La acusación de robo, por la que estaba a punto de ser juzgada, no podía presentarse ante la ley ni ante la lógica ni como la sombra de una excusa para sacar a la luz el crimen que su señora había cometido. Si deseaba hablar de ese tema, podía hacerlo en su lugar de deportación, pero no tenía ni la más mínima oportunidad de que la escucharan previamente en un tribunal.

—En resumen —dijo el señor Dark mientras se levantaba para irse—: como ya le dije, William, jaque mate para la señorita. No ha llevado el asunto del robo ni con la mitad de ingenio de lo que cabría esperar. Desde luego, empezó con buen pie al alojarse en una habitación modesta en el pueblo para presentarse a los interrogatorios cuando fuese necesario, nada podía parecer más inocente y respetable; pero lo de esconder la mercancía entre los colchones de su cama, el primer lugar que cualquier hombre experimentado pensaría en mirar, fue algo tan estúpido que realmente no me lo explico, a no ser que tuviese más cosas en la cabeza de las que podía soportar, lo que, si tenemos en cuenta el riesgo que estaba corriendo, es más que probable. De cualquier modo, ahora está atada de pies y manos y, si me apuras, la boca también la

tiene tapada. Preséntele mis respetos a su señora, y dígame que su marido fugado y su doncella mentirosa no le harán daño nunca más en su vida. Lo único que tiene que hacer ahora es recobrar el ánimo y vivir feliz. Brindo por una larga vida para ella y para usted, William, con este último vaso de cerveza, y hago el mismo brindis por mí con lo que queda de la jarra.

Con estas palabras, el señor Dark se guardó en el bolsillo la enorme caja de rapé, guiñó por última vez su ojo luminoso y se fue rápidamente, silbando, para coger el coche que iba a Londres. Desde ese día no nos hemos vuelto a ver.

Unas últimas palabras sobre mi señora y las otras personas afectadas directamente por esta historia concluirán todo lo que tengo que decir.

Durante algunos meses, sus familiares y amigos y yo mismo sentimos una gran preocupación por mi pobre señora. Dudábamos de que pudiese soportar el golpe que había sufrido dada su naturaleza sensible y aguda. Pero, como he aprendido con los años, más a menudo de lo que podemos imaginar nuestra capacidad de superación es tan grande como la cruz que nos ha caído. He visto muchas recuperaciones sorprendentes de la enfermedad después de haber perdido toda esperanza y he vivido para ver a mi señora sobrevivir a la pena y al terror que en un momento pensé que serían fatales para ella. Pasó mucho tiempo antes de que pudiese volver a llevar la cabeza alta, pero los cuidados y la amabilidad, el tiempo y el cambio, hicieron efecto sobre ella al final. No es ahora, y no lo será nunca, la mujer que antaño fue; su manera de ser ha cambiado y parece muchos años mayor de lo que realmente es. Pero su salud ya no es motivo de preocupación para nosotros; su alma está serena y en paz, y tengo esperanzas de que aún me queden muchos años tranquilos de servicio en su casa. Yo mismo me he casado durante este largo período de tiempo que ahora resumo con estas pocas palabras. Éste cambio en mi vida quizás no merece mencionarse, pero recuerdo a mis dos hijitos cuando hablo de mi señora y de su situación actual. Creo sinceramente que son la alegría, la motivación y el entretenimiento de su vida, y evitan que se sienta sola y con el corazón marchito. Para mí este recuerdo es un pensamiento placentero y quizás lo sea también para usted; ésta es la razón por la que lo menciono.

En cuanto al resto de las personas relacionadas con los problemas de la Mansión de Darrock, hablaré de esa malvada mujer, Josephine, en primer lugar para librarme de ella lo antes posible. La conjetura del señor Dark, cuando intentó explicar su falta de astucia para esconder la mercancía robada argumentando que quizás tenía más cosas en la cabeza de las que podía soportar, resultó ser nada más y nada menos que la simple y terrible verdad. Después de haber sido declarada culpable del robo y de haber sido condenada a siete años de deportación, el tribunal con mayor autoridad del mundo dictó una sentencia aún peor contra ella. Mientras seguía en la prisión del condado esperando su traslado, perdió la cabeza y la locura la llevó a un intento de

prender fuego a la cárcel. Se la declaró como caso perdido de todas a todas. Entró en el manicomio público y en el manicomio público se quedará hasta el fin de sus días.

El señor James Smith, que, en mi humilde opinión, se merecía la horca por ley, o al menos morir ahogado por accidente, vivió pacíficamente en el extranjero con su esposa (o no esposa) escocesa durante dos años y después murió de la forma más tranquila y común, en su cama, tras una breve enfermedad. Su final me fue descrito como «muy edificante». Pero como también supimos que había enviado a su esposa su perdón, lo que es tanto como decir que se consideraba el más perjudicado de los dos, me tomo la libertad de pensar que murió siendo el mismo vagabundo descarado que había sido toda su vida. Su viuda escocesa se casó otra vez y ahora vive en Londres. Espero que en esta ocasión su esposo sea sólo de su propiedad.

No debemos olvidar al señor Meeke, aunque haya desaparecido de la parte final de mi historia porque no tuvo nada que ver con los graves acontecimientos que siguieron al perjurio de Josephine. En la confusión y la desdicha de esos momentos, no recibió un trato muy ceremonioso y cuando dejamos el vecindario no le tuvimos demasiado en cuenta. Tras languidecer y consumirse durante un tiempo, como supimos después, en su solitaria parroquia, renunció a su propiedad en cuanto tuvo oportunidad y aceptó una especie de puesto de ayudante de capellán en una capilla inglesa en el extranjero. Escribe a mi señora una o dos veces al año para preguntarle por su salud y su bienestar y ella le responde. Ésa es toda la comunicación que probablemente mantendrán en un futuro. La música que una vez tocaron juntos ya nunca volverá a sonar. Sus últimas notas se desvanecieron hace ya mucho tiempo y las últimas palabras de esta historia, temblorosas en los labios de su narrador, se desvanecerán ahora con ellas.

La novena jornada

Un ligero cambio en el tiempo. Sigue lloviendo pero el viento ya no sopla tan fuerte. ¿Hay alguna razón para pensar que, porque está más calmado en tierra, también estará más calmado en el mar? Quizás no. Pero, no obstante, mi corazón no está hoy tan intranquilo.

Había hojeado el periódico con el resultado habitual, y lo había dejado sobre la mesa con la acostumbrada sensación de decepción, cuando Jessie me enseñó una carta que había recibido aquella mañana. Era de su tía y la reprendía, en esos términos tan exagerados que a las damas les gusta emplear siempre que entran en juego sus sentimientos afectivos, por su prolongado silencio y su larga ausencia de su hogar. ¡Hogar! Pensé en mi pobre hijo y en la única esperanza de la que dependía toda su felicidad, y sentí celos de la palabra cuando vi cómo se usaba persuasivamente en una carta destinada a nuestra invitada. ¿Qué derecho tenía nadie a mencionar la palabra «hogar» sin que George hubiese tenido oportunidad de mencionarla?

—Debo responder a vuelta de correo —dijo Jessie, con un tono pesaroso en su voz que hizo que mi corazón se estremeciera—. Han sido muy amables conmigo; se han tomado más molestias en entretenerme y divertirme de lo que me merezco. Soy capaz de reírme de la mayoría de las cosas, pero no me puedo reír de mi partida. Estoy, sincera y honestamente, demasiado agradecida para eso.

Se detuvo, vino hasta donde yo estaba, se sentó en el borde de la mesa y, colocando sus manos sobre mis hombros, añadió dulcemente:

—¿Será pasado mañana, no es cierto?

No podía arriesgarme a responder, si hubiese hablado, habría traicionado el secreto de George a mi pesar.

—Mañana es el décimo día —continuó suavemente—. Parece tan egoísta y desagradecido que me vaya nada más haber escuchado la última historia que me disgusta terriblemente verme obligada a sacar el tema. Y sin embargo, no tengo elección, ¿qué puedo hacer si mi tía me escribe de esta manera?

Cogió la carta de nuevo y la miró con tanta tristeza que acerqué su cabeza un poco hacia a mí y besé agradecido su blanca y suave frente.

—Si su tía está la mitad de deseosa de volver a verla a usted, querida niña, de lo que yo estoy de ver a mi hijo, la perdonaré por separarla de nosotros.

Las palabras salieron de mis labios sin pensar. Lo que me llevó una vez más a intentar averiguar sus sentimientos mediante una referencia directa a George no fue la reflexión, sino el puro instinto. Estaba tan cerca de mí que sentí cómo su respiración se estremecía sobre mi mejilla. Sus ojos habían estado clavados en mi rostro hacía un momento, pero ahora se apartaban distraídos. Una de sus manos temblaba

ligeramente sobre mi hombro y la retiró.

—Gracias por intentar hacer mi partida algo más fácil —dijo rápidamente y con un tono más bajo del que había empleado hasta entonces.

No respondí, pero seguí mirando ansiosamente su rostro. Durante unos segundos sus ágiles y delicados dedos doblaron y desdoblaron nerviosamente la carta de su tía, después, bruscamente, cambió de posición.

—Cuanto antes escriba, antes habré terminado —dijo, y se giró rápidamente hacia la caja de las cartas sobre la mesilla.

¿Cómo podía interpretar correctamente ese cambio en su actitud? ¿Estaba dolida por lo que había dicho, o estaba en el fondo tan afectada por ello, dado su impresionable estado mental en ese momento, que era incapaz de mantener el habitual autocontrol de cualquier muchacha? Su aspecto, sus gestos y sus palabras podían responder a ambas interpretaciones. Una sorprendente omisión había destacado en su comportamiento cuando aludí al regreso de George. No había preguntado cuándo esperaba su vuelta. ¿Era esto indiferencia? Imposible. La indiferencia le habría llevado a hacer la pregunta convencional y educada que noventa y nueve de cada cien personas me habrían planteado con toda seguridad. ¿Quizás ella también temía delatarse si hablaba de George ahora que una sensibilidad extrema la inundaba ante la próxima perspectiva de decirnos adiós? Podría ser, podría ser que no, podría ser. Mi débil inteligencia tomó partida por mi instinto y después de vacilar entre el Sí y el No, me detuve donde había empezado, en el Sí.

Terminó la carta en unos minutos y la dejó en la bolsa del correo.

—Ni una palabra más —dijo mirándome de nuevo con un suspiro de alivio—; ni una palabra más sobre mi tía o sobre mi partida hasta que llegue el momento. Tenemos aún dos días, saquemos de ellos el mayor provecho posible.

¡Aún dos días! Cuarenta y ocho horas todavía por transcurrir; sesenta minutos en cada una de esas horas; ¡y cada minuto suficientemente largo para traer consigo un acontecimiento fatal para el futuro de George! Éste simple pensamiento mantenía mi mente en estado febril. Durante el resto del día estuve tan inquieto y diletante como la mismísima Reina de Corazones. El cariñoso Owen hizo todo lo posible para tranquilizarme, pero fue en vano. Incluso Morgan, que mataba el tiempo fumando sin cesar, se sorprendió ante el lamentable espectáculo de ansiedad nerviosa que le ofrecía y me compadeció abiertamente por ser incapaz de serenarme con una pipa. Eternas e inútiles, las horas transcurrieron hasta que se puso el sol. Observé que las nubes del cielo del oeste traían formas extrañas y torturadas, y cuando la amenazadora oscuridad nos rodeó, el temible viento fatal se levantó de nuevo.

Cuando nos reunimos a las ocho, la suerte ya estaba echada y en lo que a mí se refería carecía de interés o suspense. Ya había leído mi última historia y lo único que la fortuna debía decidir el orden de intervención de Owen y Morgan. De los dos

números que quedaban en la ponchera, el afortunado fue el nueve. De este modo era el turno de lectura de Morgan y Owen debería cerrar el proceso la noche siguiente, algo sumamente adecuado por ser el hermano mayor.

Morgan miró alrededor de la mesa una vez hubo abierto el manuscrito y parecía dispuesto a abrir fuego, como siempre, con unas sarcásticas palabras preliminares, pero sus ojos se encontraron con los míos y pudo ver cómo sufría de ansiedad, de forma que su bondad natural, por muy tercamente que luchara para esconderla, le venció. Miró hacia el papel y rezongó brevemente: «No hace falta ningún prefacio, esta breve narración se explicará por sí misma, empecemos y terminemos con ella». Y así empezó a leer sin que nadie pronunciara ni una palabra más.

FAUNTLEROY

La historia del hermano Morgan

I

Era sin duda una cena aburrida y de poca importancia. De los cuatro invitados, dos eran hombres entre los cincuenta y los sesenta años de edad, y los otros dos éramos jóvenes de entre dieciocho y veinte, y no teníamos ningún tema en común. Todos éramos amigos íntimos de nuestro anfitrión, pero apenas nos conocíamos entre nosotros. Quizás nos habríamos llevado mejor si hubiera habido alguna dama con nosotros; pero el señor de la casa era soltero, y excepto las camareras que nos sirvieron la cena, no contamos con la presencia de ninguna otra hija de Eva que iluminara la lúgubre escena.

Iniciamos todo tipo de conversaciones, pero fueron fracasando una tras otra. Los caballeros mayores parecían temer comprometerse a mantener ante nosotros, que éramos tan jóvenes, una conversación demasiado franca, y nosotros, por nuestra parte, reprimíamos nuestro ánimo juvenil y nuestra charla ligera por deferencia para con nuestro anfitrión, que en un par de ocasiones pareció dudar, un poco nervioso, de que pudiésemos mantener la corrección en nuestra conducta ante sus respetables invitados. Para empeorar las cosas, habíamos cenado muy temprano. Cuando terminó la primera ronda de botellas en el postre, el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio sólo las ocho. Conté las campanadas y supe con seguridad, gracias a la expresión de su rostro, que el otro invitado joven sentado frente a mí en la mesa redonda también las estaba contando. Cuando llegamos a la octava campanada final, intercambiamos miradas de desesperación. «¡Dos horas más así! ¿Qué va a ser de nosotros?». Con el lenguaje de los ojos eso fue exactamente lo que nos dijimos el uno al otro.

El vino era excelente y creo que todos llegamos por separado y en secreto a la misma conclusión: nuestra única posibilidad de llegar al final de esa noche estaba estrechamente relacionada con nuestra decisión de llegar al final de las botellas.

Como no podía ser de otro modo, hablamos del vino. No hay grupo de caballeros ingleses que pueda reunirse una noche sin hacerlo. Cualquier hombre de este país que sea lo suficientemente rico para pagar impuestos, en uno u otro momento de su vida ha hecho un negocio notorio con vino. En ocasiones, se trata de un trato tan inmejorable que no cree que consiga jamás hacer otro igual. En ocasiones, es el único hombre en Inglaterra, sin parangón en ese aspecto, que tiene la última gota de cierta famosa cosecha que ha desaparecido de la faz de la tierra. En ocasiones, adquirió, junto con un amigo, las últimas docenas de botellas que quedaban en la bodega de un potentado fallecido a un precio tan exorbitante que no puede más que sacudir la cabeza y negarse a repetirlo, y si le preguntas a su amigo, ese amigo sólo podrá

sacudir la cabeza y negarse también a repetirlo. En ocasiones, al pasar por una posada alejada de los caminos principales y considerar que el jerez era imposible de beber, preguntó si no había otro vino en la casa, le informaron de que había cierto «líquido extranjero y amargo que nadie bebe nunca», pidió una botella y descubrió un Borgoña de los que Francia ya es incapaz de producir, con astucia mantuvo en secreto su propia opinión ante la posadera viuda y compró todas las botellas del almacén por «cuatro monedas». En ocasiones, conoce al propietario de una famosa taberna de Londres y recomienda a sus dos amigos íntimos que la próxima vez que pasen por allí, entren y cenén y feliciten al propietario, y pidan una botella del jerez marrón, con un sello azul claro, que es diferente del azul oscuro. Miles de personas cenán allí cada noche y creen que están bebiendo el famoso jerez cuando ven el sello azul oscuro, pero el vino auténtico, el famoso, es el del sello azul claro, y nadie de Inglaterra, más que el propietario y sus amigos, lo sabe. En todas estas conversaciones sobre vino, independientemente de la variedad entre las diferentes experiencias relatadas, cada interlocutor asume invariablemente uno de estos dos grandes principios fundamentales sucesivamente. O bien sabe más sobre la cuestión que nadie, o bien tiene en casa un vino mejor que el excelente vino que está bebiendo en ese momento. Los hombres pueden reunirse en ocasiones y no hablar de mujeres, no hablar de caballos, no hablar de política, pero no pueden congregarse para disfrutar de una comida sin hablar de vino, y no pueden hablar de vino sin dar por sentado que cada uno de ellos es totalmente infalible en relación con ese tema único, algo que no se atreverían a afirmar en lo que respecta a cualquier otro asunto.

No puedo comprometerme a decir cuánto tiempo duró la inevitable conversación sobre vino en esa ocasión en concreto sobre la que ahora escribo. Había oído tantas charlas del mismo tipo en tantas otras mesas que mi atención se distrajo fatigada y empecé a olvidarme de esa cena sosa y aburrida y de la mala elección de los invitados de la que yo formaba parte. No sé exactamente cuánto rato permanecí en este estado de divagación mental no excesivamente cortés, pero cuando transcurrido su debido tiempo volví a prestar atención al pequeño mundo que me rodeaba, observé que el buen vino había empezado a hacer de las suyas.

El ritmo de la conversación a ambos lados de la silla del anfitrión empezaba ahora a discurrir alegre y fluido; la charla sobre el vino se había agotado y uno de los invitados mayores, el señor Wendell, se dedicaba a contarle al otro invitado, el señor Trowbridge, un pequeño fraude que recientemente uno de sus empleados había cometido contra él. Me había perdido completamente la primera parte de la historia. La última parte, que fue la única que captó mi atención, narraba la trayectoria del empleado hasta llegar al banquillo de los acusados.

—Así, como le iba diciendo —continuó el señor Wendell—, decidí denunciarle, y le denuncié. Ciertas personas desconsideradas me culparon por enviar al joven a la

cárcel y dijeron que podía haberle perdonado dado que la insignificante suma de dinero que perdí por su abuso de confianza apenas llegaba a las diez libras. Por supuesto, desde un punto de vista personal, habría preferido no ir a los tribunales, pero consideré que mi deber con la sociedad en general y con mis compañeros comerciantes en concreto, me obligaba absolutamente a denunciarle para dar ejemplo. Actué guiado por ese principio y no me arrepiento de lo que hice. Las circunstancias bajo las que me robó ese hombre eran especialmente vergonzosas. Era un réprobo empedernido, y creo, en el fondo, que si se le hubiese brindado la oportunidad habría llegado a ser un criminal tan famoso como el mismo Fauntleroy.

En el momento en que el señor Wendell personificó su idea de la maldad consumada citando el ejemplo de Fauntleroy, observé cómo el otro caballero de mediana edad, el señor Trowbridge, se sonrojaba repentinamente y empezaba a agitarse en su silla.

—La próxima vez que quiera dar un ejemplo de criminal, señor —dijo el señor Trowbridge—, desearía que intentase citar a alguien que no fuese Fauntleroy.

El señor Wendell, como es natural, pareció extremadamente sorprendido al escuchar estas palabras, dirigidas a él con firmeza y al mismo tiempo con suma educación.

—¿Puedo saber por qué se opone usted a mi ejemplo? —preguntó.

—Me opongo señor —dijo el señor Trowbridge—, porque me hace sentir muy incómodo escuchar que llama criminal a Fauntleroy.

—¡Por Dios Santo! —exclamó el señor Wendell, sumamente perplejo—. ¡Incómodo! ¿Usted, un hombre de negocios como yo cuya reputación le precede allá donde va, usted incómodo al oír cómo llamo criminal a un hombre que fue ahorcado por falsificación? Por lo que más quiera, dígame por qué.

—Porque —respondió el señor Trowbridge sin perder la compostura— Fauntleroy era amigo mío.

—Perdóneme, señor —replicó el señor Wendell, con el tono sarcástico más educado que supo encontrar—; pero, de todos los amigos que ha hecho usted a lo largo de su provechosa y honorable carrera, hubiera pensado que el amigo que acaba de mencionar sería el último que usted mencionaría estando en compañía respetable, y menos aún por su nombre.

—Fauntleroy cometió un crimen imperdonable y murió de forma vergonzosa —dijo el señor Trowbridge—. Pero a pesar de todo ello, Fauntleroy era amigo mío y como tal reconoceré siempre a su persona hasta el día de mi muerte. Su recuerdo me es preciado, aunque violó una confianza sagrada y murió por ello en la horca. No ponga esa cara de sorpresa, señor Wendell. Le contaré a usted y a nuestros otros amigos presentes, si me dejan, por qué tengo estos sentimientos que parecen tan extraños y deshonorosos a sus ojos. Además de su relación con el desafortunado

caballero del que estamos hablando, se trata de una anécdota bastante curiosa, y no adolece de interés, creo, para todos los observadores de la naturaleza humana. Ustedes, muchachos —continuó el señor Trowbridge dirigiéndose a nosotros, los más jóvenes—, ¿habrán oído hablar de Fauntleroy, aunque ofendió, avergonzó e impresionó a toda Inglaterra antes de que tuviesen uso de razón?

Respondimos que desde luego habíamos oído hablar de él como uno de los delincuentes más famosos de su época. Sabíamos que había sido socio de una importante casa de banca de Londres, que no había llevado una vida muy virtuosa, que se había apoderado, mediante falsificación, de dinero que él mismo administraba y que estaba obligado a respetar doblemente, y que había sido ahorcado por ese delito en el año mil ochocientos veinticuatro cuando la horca seguía siendo legal para otros delitos además del asesinato, y cuando Jack Ketch, «Don Verdugo», estaba de moda como uno de los reformadores más hábiles de la época.

—Muy bien —dijo el señor Trowbridge—. Ambos saben lo suficiente sobre Fauntleroy para interesarse por lo que voy a contarles. Cuando las botellas hayan dado la vuelta a la mesa, empezaré con mi historia.

Las botellas dieron la vuelta, vino de Burdeos para los jóvenes atolondrados y oporto para los caballeros respetables, sensatos y de mediana edad. El señor Trowbridge bebió un sorbo de la copa de vino, meditó durante un instante, bebió otro sorbo y comenzó a narrar la anécdota prometida con estas palabras:

II

Lo que me dispongo a contarles, caballeros, ocurrió cuando yo era un hombre muy joven y acababa de comenzar a hacer negocios por mi cuenta.

Mi padre conocía bien y desde hacía muchos años al señor Fauntleroy, de la famosa casa bancaria de Londres Marsh, Stracey, Fauntleroy & Graham. Mi padre, pensando que podía ser de utilidad para mi futuro que un hombre importante del sector comercial conociese mi posición, mencionó a su respetable amigo que estaba a punto de empezar a hacer negocios por mi cuenta de pequeña envergadura y con poco dinero. El señor Fauntleroy recibió la información con una amable apariencia de interés y declaró que me prestaría atención. Deduje que eso significaba que esperaría a comprobar que podía arreglármelas bien en los comienzos, y que si resultaba que tenía éxito, me ayudaría a avanzar si estaba en su mano. Tal y como se desarrollaron los acontecimientos, demostró ser mejor amigo de lo que pensaba y pronto quedó claro que había infravalorado el interés generoso y sincero que sintió por mi bienestar desde el principio.

Mientras seguía luchando contra las dificultades de poner en marcha mi oficina, de recomendarme a mis contactos, y de otras tantas cosas, recibí un mensaje del señor Fauntleroy en el que me pedía que le visitase en el banco en la primera ocasión que pasase por allí. Como podrán imaginar, me las ingenié para pasar por allí sin demora, y tras presentarme en el banco, inmediatamente me hicieron pasar a la sala privada del señor Fauntleroy.

Era uno de los hombres de conversación más agradable que he conocido jamás, era alegre y vivaracho, sus gestos eran amistosos, y tenía una especie de franqueza sincera, enérgica y jovial que atraía a todo el mundo. Todos los empleados le querían, y eso ya es algo significativo en un socio de una casa bancaria, se lo aseguro.

—Bien, joven Trowbridge —me dijo mientras dejaba sus papeles sobre la mesa y los apartaba con un brusco empujón—, así que va usted a poner en marcha un negocio propio, ¿no es así? Aprecio mucho a su padre y deseo más que nada verle triunfar. ¿Ha comenzado ya? ¿No? ¿Está a punto de empezar, cierto? Muy bien. Se encontrará usted con dificultades, amigo mío, pero yo voy a ayudarle a zanjar una de ellas desde el principio. Un consejo a título personal: deposite aquí su dinero.

—Es usted muy amable, señor —respondí—, y no se me ocurre nada mejor que aceptar su sugerencia, si fuese posible. Pero mis gastos son considerables ahora en el comienzo y cuando los haya pagado todos me temo que me quedará muy poco para ahorrar en el primer año. Dudo que pueda reunir más de trescientas libras de efectivo sobrante en total tras pagar todo lo que debo pagar antes de poner en marcha la

oficina y, señor, me avergüenza molestarles con la apertura de una cuenta de tal insignificancia.

—¡Tonterías! —dijo el señor Fauntleroy—. ¿Es usted banquero acaso? ¿Entonces qué pinta usted dando su opinión sobre el tema? Haga lo que le digo, déjemelo a mí, deposite aquí su dinero y retire todo lo que necesite. ¡Un momento! No he terminado todavía. Cuando abra su cuenta hable con el jefe de los cajeros, quizás descubra que tiene algo que decirle. ¡Ya está, ya está! Váyase y no me interrumpa. Adiós, ¡qué Dios le bendiga!

Así era, ¡ay!, pobre tipo, así era.

A la mañana siguiente me presenté ante el jefe de cajeros cuando abrí mi cuenta con una cantidad miserable. Había recibido órdenes de aceptar mis órdenes de pago sin tener en cuenta mi saldo. En caso de descubierto, mis cheques se mostrarían en privado al señor Fauntleroy. ¿Acaso muchos jóvenes que empiezan negocios se encuentran con sus prósperos superiores dispuestos a ayudarles de ese modo?

Bien, me las arreglé, me las arreglé muy bien y de forma estable, con cuidado de no aventurarme más allá de mis posibilidades y de no olvidar que, a menudo, los comienzos modestos llegan a grandes resultados. Una posibilidad de uno de estos grandes resultados —grande me refiero para un pequeño comerciante como yo era en la época— apareció ante mí cuando ya llevaba un tiempo en el negocio. En resumen, tuve la oportunidad de participar en una transacción de primera categoría que me hubiera aportado beneficios, posición y todo lo que deseaba, siempre que pudiese obtener de antemano una buena garantía por una importante cantidad que me capacitase para tomar parte en ella.

Pensé en mi amable amigo, el señor Fauntleroy, en esta emergencia y fui al banco, donde le vi una vez más en su sala privada. Ahí estaba, en la misma mesa, con las mismas pilas de papeles rodeándole y la misma forma franca y sencilla de decirle a uno lo que pensaba con las menos palabras posibles. Le expliqué el asunto que me traía hasta allí con cierta vacilación y nervios, ya que tenía miedo de que pensara que me estaba aprovechando injustamente de su anterior amabilidad. Cuando terminé, se limitó a asentir con la cabeza, cogió bruscamente una hoja en blanco, garabateó unas líneas de forma rápida como era habitual, me entregó el escrito y me sacó de la habitación agarrándome por los hombros antes de que pudiera decir una palabra. Leí el papel en la sala de fuera. Era una garantía de la importante casa bancaria por toda la cantidad, y por más aún si era necesario.

No pude expresar mi gratitud entonces y no sabría cómo describirla ahora. Lo único que puedo decir es que ha sobrevivido al delito, la deshonra y la horrible muerte en la horca. Siento dolor sólo con mencionar esa muerte, pero no me queda otra opción. El curso de mi historia debe llevarme ahora directamente a esa última época y al terrible descubrimiento que desenmascaró a mi benefactor y amigo como

el falsificador Fauntleroy ante toda Inglaterra.

Debo pedirles que imaginen un lapso de cierto tiempo después de que se produjeran los acontecimientos que acabo de relatar. Durante ese intervalo, gracias a la amable asistencia que había recibido en mis comienzos, mi posición como hombre de negocios había mejorado considerablemente. Figúrense ahora, si son tan amables, mi ascenso por el camino de la prosperidad, con buenas y amplias oficinas, una plantilla de empleados respetable, e imagínenme sentado solo en mi despacho entre las cuatro y las cinco cierto sábado por la tarde.

Todas mis cartas estaban escritas y todos aquellos que se habían citado conmigo habían sido recibidos. Yo hojeaba distraídamente el periódico y pensaba en volver a casa, cuando uno de mis empleados entró y dijo que un extraño deseaba verme inmediatamente para tratar un asunto muy importante.

—¿Mencionó su nombre? —pregunté.

—No, señor.

—¿Es que no se lo preguntó?

—Sí señor, y dijo que a usted no le serviría de nada que me dijese cuál era.

—¿Tiene aspecto de ser uno de esos que piden limosna por carta?

—Parece un poco desarrapado, señor, pero no habla en absoluto como un pedigüeño por carta. Habla con precisión y decisión, señor, y dijo que verle será de su interés y que usted lo lamentará profundamente si se niega a hacerlo.

—Eso es lo que dijo... Que entre al instante entonces.

Le hizo pasar inmediatamente: era un hombre de estatura media con un rostro afilado y de aspecto indeseable; sus modales eran osados y frívolos; estaba vestido con un estilo de elegante desarreglo, y me miraba de forma atrevida, sin que la educación le abrumase hasta el punto de molestarse en quitarse el sombrero al entrar. No le había visto nunca en mi vida y a partir de su apariencia no podía elaborar ni la más mínima conjetura que me permitiese llegar a averiguar cuál era su situación en el mundo. No era un caballero, evidentemente, pero la determinación de su lugar dentro de los infinitos niveles de degradación de la existencia vagabunda en Londres era un misterio que yo era completamente incapaz de resolver.

—¿Se llama usted Trowbridge? —empezó.

—Sí —respondí secamente.

—¿Tiene dinero depositado en Marsh, Stracey, Fauntleroy & Graham?

—¿Por qué lo pregunta?

—Responda y lo sabrá.

—Muy bien, sí tengo dinero depositado en Marsh, Stracey, Fauntleroy & Graham, ¿cuál es el problema?

—Retire hasta el último penique de su saldo antes de que cierre el banco hoy a las cinco.

Le miré presa de la estupefacción, sin habla. Durante un instante sus palabras me paralizaron.

—Míreme todo lo que quiera —continuó, fríamente—, sé lo que digo. Mire el reloj que tiene ahí. En veinte minutos dará las cinco y el banco cerrará. Retire cada penique, se lo repito, y hágalo de prisa.

—¿Retirar mi dinero! —exclamé, algo recuperado—. ¿Está usted loco? ¿Sabe que el banco del que habla es uno de los más importantes del mundo? ¿Qué pretende usted, un extraño absoluto para mí, tomándose este extraordinario interés en mis asuntos? Si desea que siga sus consejos, ¿por qué no se explica?

—Ya me he explicado. Siga mis consejos o no lo haga, como usted desee. A mí no me importa. Yo he cumplido mi promesa y no hay más que decir.

Se giro hacia la puerta. El minuterero del reloj pasaba de menos veinte a menos cuarto.

—¿Ha cumplido usted una promesa? —repetí, mientras me levantaba para detenerle.

—Sí —dijo, con la mano sobre el picaporte—. Yo he transmitido el mensaje, ocurra lo que ocurra, recuérdelo. Buenas tardes.

Había salido antes de que pudiera pronunciar otra palabra.

Intenté llamarle de nuevo, pero repentinamente me falló la voz. Era absurdo, era inexplicable, pero algo en las últimas palabras del hombre me había asustado más de lo normal.

Miré el reloj. El minuterero señalaba el cuarto.

Mi oficina estaba a la suficiente distancia del banco como para que fuese necesario decidirme al instante. Si hubiera tenido tiempo para pensar, estoy más que seguro de que no habría aprovechado la extraordinaria advertencia que me acababan de dirigir. El aspecto y los modales sospechosos del extraño; la indignante e improbable insinuación con respecto al crédito del banco que indicaban sus palabras; la posibilidad de que fuese una tentativa turbia de uno de mis enemigos para asustarme y enfrentarme a uno de mis mejores amigos al demostrar una ignorante desconfianza de la empresa de la que era socio: todas estas reflexiones me habrían venido a la mente si hubiese tenido tiempo para pensar y como consecuencia evidente no habría retirado ni un penique de mi saldo de la custodia del banco en ese día memorable.

Pero lo cierto es que sólo tenía tiempo suficiente para actuar y ni un momento para reflexionar. Al principio de la semana había realizado ciertos pagos sustanciosos que habían hecho disminuir mi saldo hasta tal punto que mi crédito de la librería apenas ascendía a la suma de quinientas libras. Cogí precipitadamente mi chequera, escribí una orden de pago por el importe completo, y envié a uno de mis empleados a correr al banco y cobrarlo en efectivo antes de que cerrara sus puertas. No puedo

explicar qué tipo de impulso me dominó, sólo puedo describirlo como un impulso ciego de precipitación y asombro. Actué de forma mecánica, bajo la influencia del miedo vago e inexplicable que las asombrosas palabras de despedida del hombre habían despertado en mí, sin detenerme a analizar mis propias sensaciones, prácticamente sin saber lo que hacía. Tres minutos después de que el extraño hubiese cerrado la puerta tras de sí, el empleado había salido hacia el banco y yo estaba solo de nuevo en mi habitación, con las manos frías como el hielo y mi cabeza dando vueltas.

No recuperé la serenidad hasta que regresó mi empleado con los billetes en la mano. Había llegado al banco por los pelos. En el momento en que le entregaban el dinero de la orden de pago por encima del mostrador, el reloj había dado las cinco y había oído cómo mandaban cerrar las puertas.

Tras contar los billetes y guardarlos bajo llave en una caja de seguridad, pareció que recuperaba el juicio repentinamente. Jamás me he reprochado tanto algo como entonces me reproché mi acto. ¿Qué forma era ésa de devolverle al señor Fauntleroy su paternal generosidad? Le había insultado con la más intolerable desconfianza en el honor y la credibilidad de su casa, y todo ello basándome en la palabra de un absoluto extraño, de un vagabundo merecedor de ese nombre. Era locura, sencillamente locura, lo que guiaba a un hombre a actuar como yo lo había hecho. No podía explicar mi propia actitud irreflexiva e inconcebible. Apenas podía creerla yo mismo. Abrí la caja de seguridad y volví a mirar los billetes. La cerré de nuevo y arrojé la llave sobre la mesa en pleno ataque de furia contra mí mismo. Ahí estaba el dinero, censurándome por mi propia locura inimaginable, diciéndome sencillamente que me había arriesgado a perder a mi mejor amigo, el más amable, desde ese momento y para siempre.

Tenía que hacer algo inmediatamente para expiar mi culpa cuanto fuese posible, eso fue lo que sentí en cuanto me serené un poco. Sólo me quedaba una opción sencilla y directa para salir del embrollo en el que me había metido por mi mala cabeza. Cogí mi sombrero y sin pararme a dudar ni un instante, me apresuré al banco para confesárselo todo al señor Fauntleroy.

Cuando llamé a la puerta privada y pregunté por él, me dijeron que llevaba dos días sin ir al banco. Uno de los otros socios estaba allí, no obstante, trabajando en ese momento en su propio despacho.

Mandé á alguien en mi nombre inmediatamente y solicité verle. Dado que no éramos más que simples conocidos el uno para el otro, lo más probable es que la conversación fuese, por esta razón, indescriptiblemente vergonzosa y humillante para mí. Sin embargo, no me podía ir a casa. No podría soportar la inacción del día siguiente, domingo, sin haber hecho todo lo posible en ese momento para enmendar el error que había cometido llevado por mi propia locura. Aunque la perspectiva del

encuentro que se iba a producir me incomodaba, mi corazón habría estado mucho más inquieto si el socio se hubiera negado a verme.

Para mi alivio, el portero del banco regresó con un mensaje en el que se me rogaba que entrara.

Me siento incapaz de describir ahora la forma concreta que tomaron mis explicaciones y mis disculpas cuando intenté exponerlas. Estaba tan confuso y tan disgustado que apenas sabía de qué estaba hablando en ese momento. Lo único que recuerdo con claridad es que me avergonzaba referirme a mi encuentro con el hombre extraño y que intenté explicar la repentina retirada de mi saldo mediante alusiones a cierto pánico inexplicable causado por noticias de mala fe de las que no había podido averiguar la fuente, y que, por otro lado, según lo que sabía, podían después de todo haber comenzado como una broma. Para mi gran sorpresa, el socio no pareció notar la lamentable incoherencia de mis excusas y no me confundió aún más con preguntas. Mientras hablé, mantuvo una mirada fatigada y ausente, que ya observé en sus ojos nada más entrar. Parecía que hacía esfuerzos incluso para conservar las apariencias de que me escuchaba, y cuando finalmente me vine abajo prácticamente en mitad de una frase, y renuncié a la esperanza de poder continuar, me dio una única respuesta con estas palabras educadas y esperables:

—No se preocupe señor Trowbridge; le ruego que deje de pedir perdón. Todos podemos cometer errores. No diga nada más y traiga el dinero el lunes si aún nos honra con su confianza.

Miró hacia sus papeles como si estuviese ansioso por quedarse solo inmediatamente y no me quedó otra alternativa, evidentemente, que despedirme de inmediato. Me fui a casa sintiéndome un poco más sereno ahora que había preparado el terreno para la expiación más práctica de mi error que estaba en mi mano: volver a ingresar mi saldo a primera hora de la mañana del lunes. Sin embargo, el domingo resultó ser un día fatigoso en el que me invadía el triste pensamiento de que aún no había hecho las paces con el señor Fauntleroy. Mi ansiedad por arreglar las cosas con mi generoso amigo era tan intensa que, aún a riesgo de inmiscuirme en su intimidad, fui a buscarle a su casa del centro. No estaba allí, y su sirviente no sabía nada de su paradero. No había más que hacer entonces que esperar hasta que sus obligaciones cotidianas le llevaran de nuevo al banco.

El lunes por la mañana llegué a la oficina media hora antes de lo habitual, tan grande era mi impaciencia por volver a ingresar la cantidad de ese desafortunado cobro en mi cuenta lo antes posible en cuanto el banco abriese.

Al entrar en la oficina, me detuve con un sobresalto tras cruzar el umbral. Algo grave había ocurrido. Los empleados, en vez de estar en sus mesas como era habitual, se reunían en un grupo y se dirigían los unos a los otros con cara de estupefacción. Cuando me vieron, se agruparon tras mi gerente, que se acercó a mí con una circular

en la mano.

—¿Ha oído la noticia, señor? —dijo.

—No, ¿qué ocurre?

Me entregó la circular. Mi corazón se estremeció violentamente en el instante en que la leí. Me sentí palidecer. Sentí cómo me temblaban las rodillas.

Marsh, Stracey, Fauntleroy & Graham habían suspendido los pagos.

—La circular ha sido enviada hace menos de media hora —continuó el gerente—. Acabo de volver del banco señor. Las puertas están cerradas, no hay duda. Marsh & Company ha llegado a su fin esta mañana.

Apenas le oí; apenas sabía quién me hablaba. El extraño visitante del sábado había tomado posesión de todos mis pensamientos inmediatamente, y sus palabras de advertencia parecían resonar de nuevo en mis oídos. ¡Ése hombre conocía la verdadera situación del banco cuando nadie más allá de sus puertas sabía nada! La última orden de pago efectuada en el mostrador de esa empresa arruinada, cuando las puertas cerraron el sábado, era la misma orden de pago que tanto me reproché llevar a cabo; el saldo salvado del naufragio era mi saldo. ¿De dónde había sacado el extraño la información que me había salvado? ¿Y por qué me la había contado a mí?

Aún buscaba a tientas, como un hombre sumido en la oscuridad, la respuesta a estas dos preguntas; aún estaba preso de la estupefacción por el misterio insondable de la duda en el que me habían sumido, cuando al descubrimiento del cierre del banco le siguió casi inmediatamente un segundo golpe mucho más terrible y más duro de soportar, por lo que a mí respectaba, que el primero.

Mientras mis empleados y yo seguíamos hablando sobre el hundimiento de la empresa, dos hombres de negocios, amigos míos, entraron corriendo en la oficina y nos abrumaron con la noticia de que uno de los socios había sido arrestado por falsificación. Nunca olvidaré esa terrible mañana de lunes en la que conocí esa información y en la que supe que el socio era el señor Fauntleroy.

Le fui fiel, puedo decir honestamente que tuve fe en mi generoso amigo cuando llegaron esas horribles noticias. Mis compañeros de negocios tenían todos los detalles de la detención. Me contaron que dos de sus compañeros fideicomisarios habían acudido a Londres para hacer los preparativos para la venta de ciertas existencias. Al preguntar por el señor Fauntleroy en la casa de banca, les habían dicho que no estaba allí; y tras dejar un mensaje para él, se habían ido al centro financiero para concertar una cita con su agente de bolsa para otro día que le viniera bien a su compañero fideicomisario. El agente de bolsa se ofreció a hacer ciertas averiguaciones de tipo profesional en ese momento, con el fin de ahorrar el mayor tiempo posible, y les dejó en su oficina esperando su regreso. Volvió, lleno de estupor, con la información de que se habían liquidado las existencias hasta las últimas quinientas libras. El asunto se investigó inmediatamente; se presentó el documento que autorizaba la liquidación,

y los dos fideicomisarios vieron, al lado la firma del señor Fauntleroy, sus propias firmas falsificadas. Esto ocurrió el viernes, y los fideicomisarios, sin perder un instante, enviaron a los agentes de justicia tras los pasos del señor Fauntleroy. Fue detenido, le llevaron ante el juez, y le reencarcelaron el sábado. El lunes supe por mis amigos los detalles que acabo de relatar.

Pero los acontecimientos de aquella mañana no estaban destinados a concluir ni siquiera entonces. Había descubierto la suspensión del banco y la detención del señor Fauntleroy. Ahora, la difícil cuestión de su inocencia o su culpabilidad estaba a punto de aclararse de la forma más extraña y triste.

Antes de que mis amigos hubieran dejado mi oficina, antes de que hubiera agotado los argumentos a favor del desafortunado prisionero que me sugería mi gratitud más que mi razonamiento, me entregaron una nota urgente que me dejó sin palabras en el instante en que la miré. Era del señor Fauntleroy y estaba escrita desde la cárcel. Contenía únicamente dos líneas y me rogaba que solicitase el mandato necesario para ir a verle inmediatamente.

No intentaré describir mi agitación expectante, la extraña mezcla de miedo y de esperanza que me dominó cuando reconocí su letra y descubrí lo que deseaba que hiciera. Obtuve el mandato y fui a la cárcel. Las autoridades, a tenor de la terrible situación en la que se encontraba, temían que intentase quitarse la vida y habían ordenado que le vigilaran dos hombres. Uno salió cuando abrieron la puerta de su celda. El otro, que tenía órdenes de no dejarle solo, simulaba con delicadeza y consideración estar mirando por la ventana cuando yo entré.

Él estaba sentado en el borde de la cama, y cuando le vi por primera vez tenía la cabeza inclinada y las manos descansando lánguidamente sobre sus rodillas. Al oír que me acercaba se puso en pie de un salto y sin decir una palabra me rodeó el cuello con sus brazos.

Mi corazón latió con fuerza.

—Dígame que no es verdad, ¡señor!, por Dios santo, ¡dígame que no es verdad!
—fue todo lo que pude decirle.

No llegó a responder, ¡oh Dios!, no llegó a responder y apartó la cara.

Hubo unos terribles instantes de silencio. Aún mantenía sus brazos alrededor de mi cuello, y súbitamente acercó sus labios a mi oído.

—¿Sacaste el dinero? —susurró—. ¿Te dio tiempo el sábado por la tarde?

Me aparté de él, preso de la estupefacción al oír esas palabras.

—¿Qué? —exclamé en voz alta, olvidando la tercera persona que estaba junto a la ventana—. Ése hombre que trajo el mensaje...

—¡Calla! —dijo, mientras ponía su mano sobre mi boca—. No pude encontrar a nadie mejor después de que me hubieran arrestado. No sé más de él de lo que tú sabes. Le pagué bien por su trabajo de mensajero casual, y me arriesgué a que me

engañase y no hiciese el recado.

—¡Usted le envió entonces!

—Yo le envié.

Aquí termina mi historia, caballeros. No hace falta decir que el señor Fauntleroy fue declarado culpable y que murió a manos del verdugo. Tuve la oportunidad de poder aliviar sus últimas horas en este mundo encargándome de algunos de sus asuntos privados que mientras estuvieron pendientes le preocupaban sobremanera. No tenían ninguna relación con los delitos que había cometido, y así pude prestarle con la conciencia tranquila el último pequeño favor con el que me fue posible agradecerle su ayuda.

No puedo decir nada en defensa de su reputación, nada para paliar el delito por el que sufrió castigo. Sin embargo, no puedo olvidar que en el momento de su vida más terrible y extremo, cuando el fuerte brazo de la ley ya le había alcanzado, pensó en el muchacho cuya humilde fortuna ayudó a construir, cuya sincera gratitud se había ganado con justicia, cuya sencilla fidelidad estaba decidido a no traicionar nunca. Dejo a mayores intelectos que el mío el intento de reconciliar la extrañeza de su falsedad temeraria hacia otros, y de su tenaz sinceridad hacia mí. Es tan cierto como que estamos aquí sentados que uno de los últimos esfuerzos de Fauntleroy en este mundo fue el que hizo para evitar que fracasara por haber depositado mi confianza en él. He aquí el secreto de mis curiosos sentimientos por el recuerdo de un traidor, ésa es la razón por la que la palabra criminal de algún modo chirría en mi corazón cuando la escucho asociada al nombre, el desafortunado nombre, se lo aseguro, del falsificador Fauntleroy pasen las botellas, jóvenes caballeros, y perdonen a un hombre de la vieja escuela por haber interrumpido durante tanto tiempo su conversación con una historia de otros tiempos.

La décima jornada

La tormenta ha caído sobre nosotros con toda su furia. Ayer por la noche la vieja y robusta torre tembló sobre sus cimientos. Apenas me atrevía esperar que el mensajero que nos trae las cartas desde el pueblo, el cartero le llamamos, hiciese su aparición esta mañana; pero vino, valiente, desafiando a la lluvia, el granizo y el viento. El viejo pony que monta habitualmente se había negado a enfrentarse a la tormenta y antes que decepcionarnos, nuestro leal cartero había venido con decisión a The Glen Tower a pie. Había pasado toda su juventud a bordo de un barco y a los sesenta años de edad aquella mañana había luchado en su camino contra la tormenta en tierra con tanta resolución como siempre había luchado en el mar en sus tiempos mozos.

Abrí la bolsa del correo con impaciencia. Había dos cartas para Jessie de jóvenes amigas suyas; una carta para Owen de una sociedad caritativa, una carta para mí sobre negocios y en este último día, justo este día, ¡ningún periódico!

Envié a alguien inmediatamente a la cocina (donde el empapado y agotado cartero recibía las hospitalarias atenciones de los sirvientes) para hacer averiguaciones. La descorazonadora respuesta que recibí fue que el periódico no debía de haber llegado como era habitual en el correo de la mañana, ya que en ese caso habría estado en la bolsa junto con las cartas. Desde principios de año jamás había ocurrido algo así, excepto en una sola ocasión. Y ahora, justo en el día en que debía haber buscado en secreto noticias del barco de George, en el día en que el estado del tiempo convertía el hallazgo de esas noticias en algo sumamente importante para mi paz de espíritu, el periódico, por culpa de una inconcebible fatalidad, ¡no había llegado a mis manos! Si hubiera habido la más mínima posibilidad de encontrar una copia en el pueblo, habría ido hasta allí yo mismo a través de la tormenta para conseguirla. Si hubiera habido la más ínfima posibilidad de comunicarme, a pesar del espantoso temporal, con la lejana ciudad del condado, habría mandado a alguien allí o habría ido yo mismo. Llegué incluso a hablar con el mozo, un viejo sirviente en quien sabía que podía confiar. El hombre me miró lleno de asombro y después señaló la ventana, el intenso granizo y los árboles retorcidos.

—No ha nacido el caballo, señor —dijo—, que pueda enfrentarse a eso durante mucho tiempo. Es casi un milagro que el cartero haya llegado vivo hasta aquí. Está diciendo que no se atreve a volver a irse. Yo lo intentaré señor, si me lo pide, pero si ocurre un accidente por favor recuerde que si me sucede cualquier cosa, yo le advertí de antemano.

Era más que evidente que el sirviente tenía razón, y le di permiso para irse. Me avergüenza decir lo que sufrí a causa de la casual circunstancia del periódico perdido. Ningún hombre culto puede concebir la poca protección que le prestan sus ventajas

mentales adquiridas contra la herencia humana natural de la superstición en ciertas situaciones de miedo y tensión hasta que no ha sufrido el trance personalmente. Casi todos nosotros averiguamos muy pronto el alcance de nuestras fuerzas, pero podemos pasar toda la vida sin conocer el alcance de nuestras debilidades.

Hasta ese momento había mantenido la suficiente serenidad para poder ocultar el verdadero estado de mis sentimientos a nuestra invitada; pero la llegada del décimo día y de la aflicción inesperada que trajo consigo acabó con mis recursos. El carácter observador de Jessie pronto le hizo comprender que algo no iba bien y me preguntó en seguida sobre el asunto. Mi cabeza estaba en tal estado de confusión que no se me ocurrió ninguna excusa. Me despedí precipitadamente y rogué a Owen y a Morgan que le hiciesen compañía y que me dejaran solo durante el resto del día. Mi fortaleza para guardar el secreto de mi hijo fallaba y mi única oportunidad de resistir a su traición residía en el recurso infantil de mantenerme fuera de la vista. Me encerré en mi habitación hasta que no pude resistirlo más. Aproveché cada oportunidad y me deslicé una y otra vez para observar el barómetro en el recibidor. Subí hasta los aposentos de Morgan, en lo alto de la torre, y busqué desesperadamente a través del velo de la lluvia indicios de un carruaje en la carretera inundada del valle a nuestros pies. Me deslicé de nuevo hasta el recibidor de los sirvientes e interrogué al viejo cartero (un poco achispado a esas alturas gracias a la cerveza caliente y reconstituyente) sobre su experiencia pasada con tormentas en el mar; le incité a contarme largas historias, laberínticas y fatigosas, de las que no escuché ni la décima parte, y le dejé con mi irritación nerviosa quintuplicada a causa de sus inútiles intentos de interesarme e informarme. Hora tras hora, a lo largo de ese miserable día, abrí puertas y ventanas para poder sentir en mi piel los caprichosos cambios de la tormenta de peor a mejor y de mejor a peor de nuevo. Volvía a mandar llamar al mozo cuando parecía amainar y acto seguido corría tras él hacia los establos para contradecir mis propias órdenes precipitadas. Mis pensamientos parecían atormentar mi espíritu, igual que la lluvia atormentaba la tierra; la confusión que assolaba mi interior no era más que una copia en miniatura del poderoso torbellino que rugía fuera.

Antes de reunirnos en la mesa del comedor, Owen me susurró que me había excusado ante nuestra invitada y que no debía temer nada más que unas pocas preguntas amistosas sobre mi salud cuando la volviese a ver. Dimos cuenta de la cena precipitadamente y en silencio. Hacia el anochecer la tormenta empezó a amainar y por un instante se me ocurrió de nuevo la idea de enviar a alguien a la ciudad. Pero ahora que el obstáculo del temporal había desaparecido, surgía en su lugar el obstáculo de la oscuridad. Sentí lo siguiente: sentí que en unas pocas horas se aclararían las dudas sobre George en lo que respectaba a ese último día y decidí esperar un poco más, dado que ya había esperado durante tanto tiempo. Tomé mi

determinación sobre este asunto rápidamente, ya que ahora estaba resuelto, por pura desesperación, a contarle el secreto de mi hijo a Jessie si fracasaba en su intento de regresar antes de que ella nos dejara. Mi sentido común me advertía de que al dar este paso me pondría a mí mismo y a mi invitada en una posición complicada, pero algo más fuerte que mi sentido común me impedía dejarla marchar al frívolo mundo y a sus tentaciones sin hablarle antes de George, en el triste caso de que George no estuviera presente para hablar por sí mismo.

Éramos un grupo alicaído y silencioso cuando el reloj dio las ocho de la noche y cuando nos reunimos por última vez para oír la última historia. La sombra de la despedida que se aproximaba, y que era una larga sombra, oscurecía gravemente el corazón de nuestra invitada. Los alegres vestidos que antaño se ponía para hacer los honores a nuestra pequeña ceremonia estaban guardados, y la sencilla bata que llevaba ponía cruelmente en evidencia ante sus ojos y ante los nuestros el viaje que le esperaba al día siguiente. Una tranquila melancolía invadía con suavidad su rostro joven y luminoso cuando sacó el último número de la ponchera, para mantener las formas, y se lo entregó a Owen con una débil sonrisa. Incluso nuestras posiciones en la mesa habían cambiado. Bajo el pretexto de que la luz hacía daño a mis ojos, me trasladé a un rincón oscuro para mantener mi rostro preocupado fuera de la vista. Morgan me miró fijamente y murmuró al cuello de la camisa: «¡Gracias a Dios que nunca me casé!», y movió su silla sigilosamente pulgada a pulgada, con una amabilidad brusca y silenciosa, para acercarse a mí. Jessie, tras un instante de vacilación, dejó libre su sitio y después de declarar que quería sentarse cerca de uno de nosotros en su noche de despedida, tomó asiento al lado de Owen. ¡Qué triste! Ya nos habíamos separado instintivamente, al menos en lo que se refería a nuestros sitios en la mesa, antes incluso de que hubiera comenzado la lectura de la última historia.

Fue un alivio escuchar la voz tranquila de Owen que se deslizaba entre el fatigoso silencio y pedía nuestra atención para el entretenimiento de la noche.

—El número seis —dijo—, es el número que la suerte ha dejado para el final. Como ven, el manuscrito al que corresponde no está escrito con mi letra. Está formado por entero de pasajes del diario de una pobre muchacha trabajadora, pasajes que narran una historia sencilla de amor y amistad dentro de una existencia humilde. Cuando termine la historia, podré contarles cómo llegó a mis manos. Si lo hiciese ahora, podría anticipar una parte importante del interés de la narración. No he intentado encontrarle un título llamativo, se llama simple y llanamente como la escritora del diario: la historia de Anne Rodway.

Durante la breve pausa que hizo Owen antes de empezar a leer, escuché ansiosamente esperando oír el ruido de un viajante que se acercara desde fuera. A lo largo de la historia, durante breves intervalos, escuché una y otra vez. Sin embargo, nada llegó a mis oídos más que el tamborileo de la lluvia y el ímpetu del viento que

recorría el valle y que se iba atenuando según avanzaba la noche.

ANNE RODWAY

La historia del hermano Owen

Extraída de su diario

3 de marzo de 1840—. He recibido hoy una larga carta de Robert que me ha sorprendido y contrariado tanto que desde ese momento lamentablemente me he retrasado en mi trabajo. Escribe más desanimado que, la última vez, y afirma rotundamente que es incluso más pobre ahora que cuando se fue a América, y que ha decidido volver a casa a Londres.

¡Cuán feliz estaría ante esta noticia si regresase a mí como un hombre próspero! Así las cosas, aunque le quiero profundamente, no puedo sentir alegría de volverle a ver, decepcionado y hundido, y más pobre que nunca, sino que siento casi terror por ambos.

Cumplí veintiséis en mi último cumpleaños y él treinta y tres, y parece que ahora tenemos menos posibilidades que nunca de casarnos. Lo único que yo puedo hacer es seguir con mi aguja, y sus perspectivas, desde que fracasó en ese pequeño negocio de papelería hace tres años, son aún peores que las mías.

No es que me preocupe especialmente mi situación; las mujeres, en todos los aspectos de la vida, y especialmente en el aspecto de la costura al que me dedico, aprenden, creo, a ser más pacientes que los hombres. Lo que temo es el abatimiento de Robert y la dura lucha a la que se enfrentará en esta ciudad cruel para ganarse el pan, por no hablar de conseguir el dinero suficiente para casarse conmigo. Con lo poco que necesitan los pobres para mantener un hogar y ser felices juntos, es muy duro que no lo puedan conseguir cuando son honestos y sinceros y están dispuestos a trabajar. El párroco dijo en su sermón el pasado domingo por la noche que todas las cosas nos son enviadas por nuestro bien y que todos nosotros nos encontramos en la vida en la posición que más nos conviene. Supongo que tiene razón, dado que es un caballero muy inteligente que llena la iglesia con una multitud, pero creo que le habría entendido mejor si no hubiera estado hambrienta en ese momento como consecuencia de que mi propia posición en la vida no es más que la de una simple costurera.

4 de marzo—. Mary Mallinson ha bajado a mi habitación a tomarse una taza de té conmigo. Le he leído fragmentos de la carta de Robert para demostrarle que aunque ella tiene problemas, yo también los tengo; pero no he conseguido animarla. Dice que ha nacido para ser desgraciada y que desde que recuerda, no ha tenido nunca ni el más mínimo atisbo de suerte por el que sentir agradecimiento. Le he dicho que fuese a mirarse en mi espejo y que después se atreviese a decir que no tenía nada por lo que sentirse agradecida; porque Mary es una muchacha muy hermosa, y sería aún más

hermosa si estuviese más animada y se vistiese pulcramente. No obstante, mi cumplido no ha servido de nada. Movi6 la cucharilla impaciente en la taza de té y dijo: «Si pudiese tener la mano que tú tienes con la costura, Anne, me cambiaría por la chica más fea de Londres». «¿Quién, tú?», dije entre risas. Me miró durante un instante, movió la cabeza, y salió de la habitación antes de que pudiera levantarme para detenerla. Siempre huye de ese modo cuando se va a echar a llorar, ya que una especie de orgullo le impide dejar que los demás vean sus lágrimas.

5 de marzo—. Un susto con Mary. Llevaba todo el día sin verla, ya que no trabaja en el mismo sitio que yo, y durante las últimas noches no había venido a tomar el té conmigo, ni me había mandado una nota para que subiese yo, así que justo antes de irme a la cama corrí al piso de arriba a desearle las buenas noches.

No respondió cuando llamé a la puerta y cuando entré silenciosamente en la habitación la vi en la cama, dormida, con su trabajo a medio hacer y desperdigado por toda la habitación de forma muy desordenada. Nada de esto era raro, y ya me estaba yendo de puntillas cuando un pequeño frasco y un vaso de vino tinto sobre la silla junto a su cama captaron mi atención. Pensé que estaba enferma y que había tomado medicinas y observé el frasco. En grandes letras estaba escrito: «Láudano-veneno».

Mi corazón dio un brinco como si se me fuera a salir por la boca. La agarré con las dos manos y la sacudí con todas mis fuerzas.

Dormía profundamente y me pareció que se despertaba lentamente, pero al menos se despertó. Intenté sacarla de la cama ya que había oído que la gente que ha tomado láudano debe caminar sin cesar, pero se resistió y me apartó con un violento empujón.

—¡Anne! —dijo, asustada—. Por Dios Santo, ¿qué te pasa?, ¿has perdido la cabeza?

—¡Oh, Mary, Mary! —dije, mientras sostenía el frasco frente a su rostro—. Si no hubiera venido en el momento en que lo hice... —Y volví a agarrarla para sacudirla.

Me miró confusa durante un instante, después sonrió (la primera vez que la había visto sonreír en mucho tiempo), y rodeó mi cuello con sus brazos.

—No tengas miedo por mí, Anne —dijo—; no me lo merezco y además no es necesario.

—¡Qué no es necesario! —dije, sin respiración—. ¡Qué no es necesario, y el frasco tiene escrito la palabra veneno!

—Veneno, querida, si te lo tomas todo —dijo Mary, observándome con infinita ternura—, y nada más que una noche de descanso si tomas sólo un poco.

La observé durante un instante mientras dudaba de si debía creer lo que me decía o dar la voz de alarma en la casa. Pero sus ojos ya no parecían soñolientos y su voz

no sonaba adormilada; además estaba sentada en la cama sin problemas, sin nada que la sostuviese.

—Me has dado un susto de muerte, Mary —le dije, sentada junto a ella en la silla y mientras me empezaba a sentir en ese momento bastante mareada tras el sobresalto que había sufrido.

Saltó fuera de la cama para acercarme un poco de agua, me besó y me dijo cuánto lo sentía y lo poco merecedora que era del interés que me tomaba por ella. Al mismo tiempo, intentó tomar posesión del frasco de láudano que yo mantenía aún agarrado con fuerza entre las manos.

—No —dije—, estás en tal estado de desánimo y de desesperación que no me fío de ti.

—Me temo que lo necesito —dijo Mary, en su habitual tono tranquilo y desamparado—, con el trabajo que no consigo terminar cuando debiera, y los problemas en los que no puedo evitar pensar, el sueño no me vence a no ser que me tome unas pocas gotas de ese frasco. No me lo quites, Anne; es la única cosa del mundo que me permite olvidarme de mí misma.

—¡Olvidarte de ti misma! —dije—. No tienes derecho a hablar así a tu edad. Hay algo terrible en la simple idea de una muchacha de dieciocho años que duerme junto a un frasco de láudano cada noche. Todos tenemos problemas, ¿o acaso yo no tengo los míos?

—Tú puedes hacer el doble de trabajo que yo y el doble de bien —dijo Mary—. Nunca te riñen ni te regañan por tu torpeza con la aguja como me pasa a mí. Tú puedes pagar por tu habitación cada semana, y yo debo tres semanas de la mía.

—Un poco más de práctica —dije—, un poco más de ánimo y pronto lo harás mejor. Tienes toda la vida por delante...

—Ojalá hubiese llegado al final —dijo ella, interrumpiéndome—. Estoy sola en el mundo y mi vida no me sirve de nada.

—Deberías avergonzarte de ti misma por tus palabras —le dije—. ¿No me tienes como amiga? ¿No te cogí cariño cuando dejaste por primera vez a tu madrastra y viniste a alojarte en esta casa? ¿Y no hemos sido como hermanas tú y yo desde entonces? Puede que estés sola en el mundo, ¿pero acaso yo estoy mucho mejor? Soy huérfana como tú. Tengo casi tantas cosas empeñadas como tú y si tus bolsillos están vacíos en los míos sólo hay nueve peniques que deben durarme el resto de la semana.

—Tu padre y tu madre eran personas honradas —dijo Mary, con obstinación—. Mi madre huyó de casa y murió en un hospital. Mi padre estaba siempre borracho y me pegaba continuamente. Mi madrastra es más mala que el diablo y no le importo nada. Mi único hermano está a millas de distancia en un país extranjero y nunca me escribe ni me ayuda con un solo penique. Mi novio...

Se detuvo y se puso colorada. Sabía que si continuaba hablando de ese modo lo

único que conseguiría sería llegar a la parte más triste de su triste historia y apenarse ella y entristecerme a mí sin necesidad.

—Mi novio es demasiado pobre para casarse conmigo, Mary —dije—, así que no hay mucho que envidiarme ni siquiera en eso. Pero vamos a dejar de discutir sobre quién está peor de las dos. Túmbate en la cama y déjame arroparte. Voy a darle un par de puntadas a esa labor tuya mientras te duermes.

En vez de hacer lo que le dije se echó a llorar (era como una niña en algunos aspectos) y me abrazó con tal fuerza alrededor del cuello que me hizo daño. La dejé hacerlo hasta que le venció el cansancio y tuvo que tumbarse. Incluso entonces, las últimas pocas palabras que dijo antes de dormirse me dolieron y me asustaron por igual.

—No voy a ser una carga para ti durante mucho tiempo, Anne —dijo—. No tengo el valor para irme de este mundo como parece temer que lo haga, pero empecé mi vida de forma desgraciada y estoy destinada a terminarla de igual forma.

Era inútil volver a reprenderla ya que cerró los ojos.

La arropé con esmero y le coloqué sus enaguas por encima, ya que tenía pocas mantas y sus manos estaban frías. Estaba tan hermosa y parecía tan delicada cuando se durmió que me dolía el corazón verla, tras la conversación que habíamos tenido. Esperé el tiempo suficiente para asegurarme de que estaba en el reino de los sueños, después vacié el horrible frasco de láudano en la chimenea, cogí su labor a medio hacer y salí sigilosamente dejándola por aquella noche.

6 de marzo—. Le he enviado una larga carta a Robert, rogándole e implorándole que no se deje desanimar y que no abandone América sin hacer otro esfuerzo. Le he dicho que puedo soportar cualquier adversidad excepto la desgracia de verle regresar como un hombre desvalido y hundido que intenta inútilmente empezar la vida de nuevo cuando ya es demasiado viejo para un cambio.

Hasta que eché mi propia carta al correo y volví a leer parte de la de Robert, no surgió por primera vez en mi mente la sospecha de que quizás había zarpado hacia Inglaterra inmediatamente después de escribirme. La carta contenía frases que parecían indicar que tenía esa idea precipitada en la cabeza. Pero, por otro lado, de ser así, seguramente yo lo habría notado en la primera lectura. Sólo me queda esperar que esté equivocada con mi interpretación actual de lo que me ha escrito, lo espero de corazón por el bien de los dos.

Hoy ha sido un día triste para mí. He estado inquieta por Robert e inquieta por Mary. Retumban en mi cabeza sus últimas palabras: «empecé mi vida de forma desgraciada y estoy destinada a terminarla de igual forma». Nunca su habitual forma

melancólica de hablar me había producido la misma impresión que siento ahora. Quizás el descubrimiento del frasco de láudano es la causa. Daría muchos días de trabajo duro por saber qué hacer por el bien de Mary. Sentí cariño por ella cuando la vi por primera vez en la misma pensión hace dos años, y aunque no soy en absoluto una persona en exceso afectuosa, supe que podría ir hasta el fin del mundo por esa chica. No obstante, por extraño que parezca, si me preguntasen por qué la quiero tanto, creo que no sabría qué responder.

7 de marzo—. Casi me avergüenza escribirlo, incluso en este diario que no verán más ojos que los míos, sin embargo debo confesármelo honestamente: aquí estoy, a punto de dar la una de la mañana, en vela seriamente preocupada porque Mary aún no ha vuelto a casa.

Está mañana la acompañé al lugar donde trabaja e intenté dirigir la conversación para que me hablase de los familiares que tiene aún vivos. El motivo para hacerlo era ver si dejaba caer algo en el curso de la charla que pudiera sugerirme el modo de ayudarla con aquellos que seguramente le darían todo el apoyo necesario. Pero lo poco que pude conseguir que me dijera no me llevó a ninguna conclusión. En vez de responder a mis preguntas sobre su madrastra y su hermano, insistió primero, de forma muy extraña, en hablar de su padre, que estaba muerto, y de un tal Noah Truscott, que había sido la peor de sus malas compañías y le había enseñado a beber y jugar. Cuando al fin conseguí que hablase de su hermano, lo único que sabía es que se había marchado a un lugar llamado Assam donde cultivaban té. No parecía saber cómo le iba, o ni siquiera si seguía allí, ya que no había oído ni una palabra de él durante los últimos años.

En cuanto a su madrastra, Mary, como es natural, montó en cólera en cuanto la mencioné. Tiene un restaurante en Hammersmith y podía haberle dado a Mary un buen empleo allí, pero parece que siempre la ha odiado y que le ha hecho la vida tan desgraciada con sus abusos y sus malos tratos que no le quedó más remedio que irse de casa y hacer lo posible para ganarse la vida por sí misma. Su marido (el padre de Mary) parece haber tratado mal a la madrastra de Mary y, tras su muerte, ella tomó el mal camino de vengarse con su hijastra. Tras oír esto, supe que era imposible que Mary regresara, y que su posición conllevaba la imperiosa necesidad, como me ocurría a mí, de que luchase por una vida decente sin ayuda de ninguno de sus familiares. Esto fue lo que le confesé, pero añadí que intentaría conseguirle empleo con las personas con las que trabajo, que pagan salarios más altos y muestran un poco más de misericordia con aquellos que se encuentran en una situación inferior que las personas con quienes se ve obligada a buscar el sustento ahora.

Hablé con mucha más seguridad de la que sentía sobre poder hacer eso y la dejé, o eso creí, más animada de lo habitual. Me prometió volver esta noche para el té a las nueve, y ahora son casi la una de la mañana y aún no está en casa. Si se tratase de cualquier otra chica no me sentiría intranquila, ya que me convencería de que seguramente había trabajo extra que debía hacerse a toda prisa, y que la estaban reteniendo hasta tarde, y me hubiera ido a la cama. Pero Mary tiene tan mala suerte con todo lo que le pasa, y sus propias palabras melancólicas sobre sí misma resuenan de tal forma en mi cabeza, que me asolan miedos por ella que no me asolarían por nadie más. Parece una tontería imperdonable pensar tal cosa y mucho más escribirla; pero siento un inexplicable temor de que un accidente ha podido...

¿Qué son esos golpes en la puerta de la calle? ¿Y esas voces y pasos fuertes ahí fuera? Algún huésped que ha perdido la llave supongo, y sin embargo, mi corazón... ¡Qué cobarde me siento de repente!

Más golpes y voces más fuertes. Debo correr a la puerta y ver qué ocurre. ¡Oh, Mary, Mary! Espero que no vuelvas a asustarme, aunque siento que así es.

8 de marzo—.

9 de marzo—.

10 de marzo—.

11 de marzo—. ¡Oh Dios mío! Todas las dificultades que he tenido en mi vida no son nada comparadas con la dificultad en que me encuentro ahora. Durante tres días no he podido escribir ni una línea en este diario, que desde niña escribo con tanta regularidad. Durante tres días no he pensado ni una sola vez en Robert, yo, que pienso en él continuamente en otros momentos.

¡Mi pobre, querida, desgraciada Mary! Lo peor que temía por ti aquella noche

cuando estaba sola y en vela está muy por debajo de la horrible calamidad que aconteció realmente. ¿Cómo escribir sobre ello con los ojos llenos de lágrimas y la mano temblorosa? Ni siquiera sé por qué estoy sentada ahora en mi mesa, a no ser que sea el hábito lo que me mantiene aferrada a mi vieja tarea cotidiana, a pesar de la pena y el miedo que parecen incapacitarme completamente para llevarla a cabo.

La gente de la casa estaba dormida y perezosa aquella terrible noche, y yo fui la primera en abrir la puerta. Nunca jamás podré describir por escrito, o incluso decir en simples palabras, aunque es mucho más fácil, lo que sentí cuando vi cómo entraban dos policías que llevaban entre los dos lo que parecía ser una chica muerta, ¡y esa chica era Mary! La agarré y di un grito que debió de alertar a toda la casa, ya que multitud de personas asustadas bajaron desde el piso de arriba en camisón. Me rodeaba una horrible confusión y estruendo de voces, pero no oí ni vi nada hasta que no logré llevarla a mi habitación y la tumbé sobre mi cama. Me incliné ansiosamente para besarla y vi una horrible marca de un golpe en la sien izquierda, y sentí al mismo tiempo la débil agitación de su respiración en mi mejilla. El descubrimiento de que no estaba muerta pareció devolverme el juicio. Le dije a uno de los policías dónde se podía encontrar al médico más cercano, me senté junto a la cama mientras él estaba fuera, y refresqué su pobre frente con agua. No abrió los ojos, ni se movió, ni habló; pero respiraba y eso era suficiente para mí, porque era suficiente para vivir.

El policía que estaba en la habitación era un hombre grande, pomposo, de voz grave, que sentía un horrible y desconsiderado placer al oírse hablar ante una reunión de personas asustadas y silenciosas. Nos relató cómo la había encontrado como si estuviese contando una historia en una taberna, y empezó con estas palabras: «No creo que la muchacha estuviese borracha».

¡Borracha! ¡Mi Mary, que ha bebido menos alcohol en su vida que una dama de alta cuna, borracha! Podía haber golpeado a ese hombre por haber pronunciado esa palabra mientras ella, mi pobre ángel sufriente, estaba tendida ante él tan blanca, inmóvil, y desamparada. En su lugar, le miré con odio, pero era demasiado estúpido para entenderlo y continuó monótonamente diciendo las mismas palabras una y otra vez. Y sin embargo, la historia de cómo la encontraron era, como todas las historias tristes de la vida real que he escuchado contar, muy, muy corta. Simplemente la habían visto tendida en la cuneta a unas calles de distancia y la habían llevado a la comisaría. Allí la habían registrado y habían encontrado en su bolsillo una de mis tarjetas, que entregaba a las damas que me prometían un empleo, y así la habían traído hasta nuestra casa. Esto era todo lo que el hombre tenía que decir en realidad. No había nadie cerca de ella cuando la encontraron y no había prueba alguna de que el golpe en su sien se lo hubiese infligido alguien.

¡Qué momentos hasta que llegó el doctor, y qué terrible oírle decir, después de

haberla examinado, que temía que ni todos los médicos del mundo podrían ser de utilidad en su caso! No consiguió que tragase nada, y cuanto más intentaba que volviese en sí, menos posibilidades parecía tener de lograrlo. Observó el golpe en su sien, y dijo que pensaba que debía haberse desmayado a causa de un ataque de algún tipo, y que se habría golpeado la cabeza con el suelo, provocando en su cerebro lo que lamentablemente parecía ser una sacudida mortal. Le pregunté qué debíamos hacer si daba síntomas de recuperar el sentido durante la noche. Dijo: «Mándenme llamar al instante»; y se detuvo durante un rato después de hablar, acariciándole la cabeza suavemente con la mano y susurrando para sí: «¡Pobre muchacha, tan joven y tan guapa!». Hacía sólo unos minutos que había sentido ganas de abofetear al policía y ahora tenía ganas de rodear al médico con mis brazos y besarle. Lo que hice fue tenderle la mano cuando cogió su sombrero, y me la sostuvo de la forma más amable. «No tenga esperanza, querida», dijo, y salió.

El resto de los huéspedes le siguieron, silenciosos e impresionados, excepto ese despojo inhumano que es el dueño de la casa y que vive ociosamente gracias a los altos alquileres que le arranca a la gente pobre como nosotros.

—Me debe tres semanas —dijo, mientras fruncía el ceño y blasfemaba—. ¿De dónde demonios va a salir mi dinero ahora?

¡Bestia, bestia!

Lloré durante largo rato sola junto a ella, y eso pareció calmar un poco mi corazón. No vi en ella ni la más mínima mejoría cuando me sequé las lágrimas y pude mirarla de nuevo con claridad. Cogí su mano derecha, que estaba más cerca. Estaba firmemente cerrada. Intenté separar los dedos y lo conseguí después de un rato. Algo oscuro cayó de la palma de su mano cuando la abrió.

Lo recogí, lo alisé y vi que era la punta de una corbata de hombre.

Era un trozo muy viejo, carcomido, oscuro de seda negra con finas líneas color violeta borrosas y difuminadas por la suciedad, que recorrían la tela haciendo una especie de dibujo de ajedrez. La punta más pequeña de la corbata tenía el dobladillo habitual, pero la otra punta estaba mellada, como si el trozo que tenía en la mano hubiese sido arrancado con fuerza del resto del tejido. Me recorrió un escalofrío cuando lo miré, ya que esa pobre, manchada y arrugada punta de corbata parecía decirme como si pudiese hablar, estas sencillas palabras: «Si se muere, la muerte la habrá alcanzado vilmente, y yo soy testigo de ello».

Antes estaba muy asustada de que muriese repentinamente y en silencio sin que me diese cuenta mientras estábamos solas; pero en ese momento sentí auténtica agonía del miedo de que esta última desgracia me cogiese por sorpresa. Creo que no pasaron ni cinco minutos seguidos en esa lamentable noche sin que me levantase a poner mi mejilla junto a su boca para sentir la débil respiración que aún salía de allí y que iba y venía del mismo modo que cuando la trajeron, aunque el miedo que me

atenazaba me hacía creer a menudo que se había detenido para siempre.

Justo cuando el reloj de la iglesia dio las cuatro, me sorprendió ver cómo se abría la puerta. No era más que Sal la Polvorienta (como la llaman en la casa), la doncella para todo. Estaba envuelta en la sábana de su cama, el pelo enmarañado caía sobre su rostro, y tenía ojos de sueño. Se acercó junto a la cama, donde yo estaba sentada.

—Quedan dos horas prácticamente antes de que empieces a trabajar —dijo, con su voz soñolienta y ronca—, y he venido para velarla y hacer mi turno de vigilancia. Tú tumbate y duerme un poco sobre la alfombra. Aquí tienes mi sábana. No te preocupes por el frío, me mantendrá despierta.

—Eres muy amable, muy, muy amable y considerada, Sally —dije yo—, pero mi cabeza está en tal estado de zozobra que no podría dormir o descansar o hacer cualquier cosa que no fuese esperar donde estoy y sufrir y rezar por una mejoría.

—Entonces esperaré yo también —dijo Sally—. Tengo que hacer algo, si lo único que se puede hacer es esperar, esperaré.

Y se sentó frente a mí a los pies de la cama, y se rodeó con la sábana con un escalofrío.

—Después de trabajar tanto como trabajas, estoy segura de que necesitas todos los minutos de descanso que puedas conseguir —dije.

—Excepto tú —dijo Sally, mientras colocaba su brazo alrededor de los pies de Mary con mucha torpeza, pero también con mucha ternura, y miraba fijamente su rostro pálido e inmóvil sobre la almohada—. Excepto tú, ella es la única persona de esta casa que jamás me ha dirigido una blasfemia o una palabra desagradable, que pueda recordar. Cuando haces pudines los domingos, y le das la mitad, ella siempre me da un trozo. Todos los demás me llaman Sally la Polvorienta. Además de ti, también, ella siempre me llamaba Sally, como si me conociese como amiga. No sirvo para nada aquí, pero tampoco hago daño a nadie; y quiero hacer mi turno de vigilancia, ¡eso es lo que quiero hacer!

Se hizo un ovillo junto a los pies de Mary mientras hablaba y no dijo nada más. Una o dos veces pensé que se había quedado dormida, pero siempre que la miraba veía sus ojos soñolientos abiertos de par en par. No se movió ni una pulgada hasta que el reloj de la iglesia dio las seis; después apretó ligeramente los pies de Mary con el brazo y se fue de la habitación arrastrando sus pasos sin decir una palabra. Un minuto o dos más tarde la oí en el piso de abajo, encendiendo el fuego como siempre.

Un poco después, el médico pasó por allí antes del desayuno para ver si había habido algún cambio durante la noche. Se limitó a mover la cabeza cuando la miró, como si no hubiera esperanza. Como no había nadie más a quien consultar en quien tuviera confianza, le enseñé la punta de la corbata y le conté la terrible sospecha que había invadido mi mente cuando la encontré en su mano.

—Debe usted guardarlo cuidadosamente y enseñárselo a la policía —dijo—.

Aunque no sé si podrá llevarles a alguna conclusión. Ése trozo de tela podría haber estado en la acera junto a ella y su mano podría haberse aferrado a él inconscientemente cuando cayó. ¿Era propensa al desmayo?

—No más, señor, que cualquier otra muchacha nerviosa que trabaje duramente y que esté debilitada por una vida en la pobreza —respondí.

—No podría decir que no se hizo el golpe a causa de la caída —continuó el médico, mirando de nuevo su sien—. No podría decir que presenta un aspecto evidente de que ha sido infligido por otra persona. Sería importante no obstante determinar en qué estado de salud se encontraba anoche. ¿Tiene alguna idea de dónde estaba ayer por la tarde?

Le dije donde trabajaba y que imaginaba que la habrían retenido allí más tiempo del habitual.

—Pasaré por allí esta misma mañana —dijo el médico—, mientras hago mi ronda de visitas a pacientes, y simplemente entraré y haré algunas averiguaciones.

Le di las gracias y nos despedimos. Justo cuando cerraba la puerta volvió a mirar hacia dentro.

—¿Era su hermana? —preguntó.

—No, señor, sólo mi íntima amiga.

No dijo nada más, pero le oí suspirar mientras entornaba la puerta suavemente. Quizás él tuvo una vez una hermana y la perdió. Quizás el rostro de Mary le recordaba al suyo.

Habían pasado horas desde que se fue el médico. Me empecé a sentir indescriptiblemente abandonada y desamparada, tanto que incluso deseé egoístamente que Robert realmente hubiera zarpado de América, y que llegase a Londres a tiempo para ayudarme y consolarme.

Ningún otro ser humano aparte de Sally vino a la habitación. La primera vez me trajo un poco de té; la segunda y la tercera vez sólo se asomó para ver si había habido algún cambio y le echó un vistazo a la cama. Nunca antes la había visto tan silenciosa; parecía realmente como si el terrible accidente la hubiese dejado sin habla. Quizás debería haber hablado con ella, pero algo en su rostro me intimidaba; además, el ataque de ansiedad que sufría había empezado a secar mis labios, y parecía que nunca podrían pronunciar una palabra más. Seguía atormentada por el horrible temor de la noche pasada de que muriese sin que yo me diese cuenta, de que muriese sin decir una palabra que aclarase el terrible misterio de ese golpe y que acabase para siempre con las sospechas que aún sentía cada vez que mis ojos se posaban sobre la punta de la vieja corbata.

Por fin regresó el médico.

—Creo que podrá usted aclarar sin asomo de duda cualquier sospecha que ese trozo de tela pueda haberle provocado —dijo—. Como usted supuso, sus jefes la

retuvieron hasta tarde y se desmayó en la sala de trabajo. En un gesto imprudente y desconsiderado, dejaron que se fuera a casa sola, sin darle ningún estimulante, en cuanto volvió en sí. Bajo estas circunstancias, nada más probable que se desmayase una segunda vez de camino hacia aquí. Una caída al suelo, sin ningún brazo amigo que la amortiguase, podría haber producido incluso un daño mayor que el que vemos ante nosotros. Creo que el único maltrato que sufrió la pobre muchacha fue la negligencia con la que se encontró en la sala de trabajo.

—Habla usted de forma muy razonable, lo reconozco señor —dije, no del todo convencida—. Pero, quizás ella...

—Mi pobre niña, ya le he dicho que no albergue esperanzas —dijo el médico, interrumpiéndome. Fue junto a Mary y abrió sus párpados y la miró a los ojos mientras hablaba; después añadió—: si sigue usted teniendo dudas del origen de ese golpe, no alimente la idea de que una palabra suya se lo aclare algún día. No volverá a hablar nunca.

—¡No está muerta! ¡Oh, señor, no me diga que está muerta!

—Está muerta para el sufrimiento y el dolor; muerta para el habla y el conocimiento. Hay más agitación en la vida del insecto volador más débil que en la vida que queda dentro de ella. Cuando la mire a partir de ahora, trate de imaginar que está en el cielo. Ése es el mayor alivio que puedo proporcionarle después de contarle la amarga verdad.

No le creí. No le podía creer. Mientras ella siguiera respirando, yo estaba resuelta a mantener la esperanza. Poco después de que se fuese el médico, Sally entró de nuevo y me encontró escuchando (si puede decirse así) junto a los labios de Mary. Fue hasta donde tengo colgado mi vasito de noche en la pared, lo cogió y me lo dio.

—Comprueba si la respiración deja una marca —dijo.

Sí; su respiración dejó una marca, pero muy débil. Sally limpió el vaso con el delantal y me lo devolvió. Al hacerlo, casi tendió la mano hacia el rostro de Mary, pero la retiró inmediatamente, como si tuviese miedo de manchar la delicada piel de Mary con sus dedos duros y callosos. Cuando se iba, se detuvo a los pies de la cama y arrancó un pequeño pedazo de barro que estaba en uno de los zapatos de Mary.

—Siempre se los limpiaba —dijo Sally—, para que sus manos no se quedasen negras. ¿Puedo quitárselos ahora y limpiarlos otra vez?

Asentí con la cabeza ya que mi corazón estaba demasiado afligido para poder hablar. Sally le quitó los zapatos con una lenta y torpe ternura, y se fue.

Debió de pasar una hora o más cuando, tras poner el vaso junto a sus labios de nuevo, no vi ninguna marca en él. Lo sostuve más y más cerca. Lo manché accidentalmente con mi propia respiración, y lo limpié. Lo sostuve junto a su boca de nuevo. ¡Oh, Mary, Mary, el médico tenía razón! ¡Tenía que haber pensado simplemente que estabas en el cielo!

¡Muerta, sin una palabra, sin un gesto, sin ni siquiera una mirada que contara la historia verdadera del golpe que la mató! No pude llamar a nadie, no pude gritar. Lo único que pude hacer fue dejar el vaso y darle un beso por última vez. No sé cuánto tiempo llevaba sentada allí, con los ojos ardientes y las manos gélidas, cuando Sally entró con los zapatos limpios; los traía cuidadosamente envueltos en su delantal por miedo a que se mancharan. Al verla...

No puedo escribir nada más. Mis lágrimas se derraman tan rápidamente sobre el papel que no consigo ver nada.

12 de marzo—. Murió la tarde del día ocho. En la mañana del día nueve, escribí, como era mi deber, a su madrastra en Hammersmith. No hubo respuesta. Volví a escribir; esta mañana me han devuelto la carta sin abrir. Por lo que respecta a esa mujer, Mary puede ser enterrada con un funeral de indigente; pero no será así, aunque tenga que empeñar todo lo que me rodea, hasta la camisa que llevo puesta. La simple idea de que Mary sea enterrada junto al asilo me hizo recobrar el ánimo para secarme las lágrimas y visitar al director de la funeraria para contarle mi situación. Le dije que si me daba un presupuesto de todo lo que habría que pagar, desde el principio hasta el final, por el funeral decente más barato que pudieran ofrecer, yo me comprometía a conseguir el dinero. Me dio el presupuesto escrito de este modo, como si fuese cualquier otra factura:

Funeral a pie completo	Libras	1	13	8
Vestuario		0	4	4
Párroco		0	4	4
Ayudante		0	1	0
Sepulturero		0	1	0
Sacristán		0	1	0
Campana		0	1	0
Seis pies de Tierra		0	2	0
TOTAL		2	8	4

Si tuviera ánimo para pensar en ello, me sentiría inclinada a desear que la Iglesia pudiera permitirse prescindir de esta cantidad tan escasa que cuestan los entierros de los pobres, cuando para los amigos de éstos cada penique es importante. Pero es inútil quejarse; debo conseguir el dinero al instante. El caritativo doctor, un hombre pobre también ya que si no, no viviría en el vecindario, ha contribuido con diez peniques para los gastos; y el juez, cuando firmó el acta de defunción, añadió cinco más.

Quizás otros puedan ayudarme. Si no es así, afortunadamente tengo ropa y muebles propios que puedo empeñar. Y debo comenzar a separarme de ellos ya que el funeral será mañana, el día trece.

El funeral, ¡el funeral de Mary! Es mejor que las dificultades y los apuros en los que me encuentro mantengan mi mente ocupada. Si tuviese tiempo para llorar, ¿dónde encontraría el valor para enfrentarme al día de mañana?

Gracias a Dios que no me necesitaron en la investigación post-mortem. La sentencia, con el médico, el policía y dos personas del lugar en el que trabajaba como testigos, fue muerte accidental. Se presentó como prueba el borde de la corbata, y el juez dijo que era desde luego suficiente para levantar sospechas; pero el jurado, a falta de pruebas definitivas, se ciñó a la versión del médico de que se había desmayado y caído al suelo, y así se había dado el golpe en la sien. Reprendieron a las personas con las que trabajaba Mary por dejar que se fuera sola a casa sin ni siquiera un trago de brandy que le diera fuerzas, después de haberse desmayado exhausta ante sus ojos. El juez añadió, por su parte, que en su opinión la amonestación era completamente merecida. Después, la policía declaró que no podían llevar a cabo ningún tipo de investigación con una pista tan pequeña como la punta de la corbata como guía, y me la devolvieron por expresa petición mía. Pueden pensar lo que quieran, como el juez y el médico y el jurado; pero, a pesar de todo lo que ha pasado, ahora estoy más segura que nunca de que hay un terrible misterio relacionado con el golpe de la sien de la pobre y desaparecida Mary que aún está por revelar y que puede llegar a descubrirse gracias precisamente a este fragmento de corbata que encontré en su mano. No puedo dar ninguna razón para este convencimiento, pero sé que si yo hubiera sido uno de los jurados de la investigación, nada me habría persuadido para consentir un veredicto de muerte accidental.

Tras haber empeñado mis cosas, y haber rogado un pequeño adelanto del salario en el lugar donde trabajo para terminar de reunir lo que aún faltaba por pagar del funeral de Mary, pensé que podría tener unos momentos de tranquilidad para prepararme lo mejor posible para el día siguiente. Pero no sería el caso. Cuando llegué a casa, el casero me esperaba en la galería. Había bebido y su manera de mirar y hablar era más brutal y despiadada de lo que nunca había visto antes.

—Así que vas a ser tan tonta de pagar su funeral, ¿verdad? —fueron sus primeras palabras.

Estaba demasiado cansada y afligida para poder responder; lo único que intenté fue pasar de largo y llegar a mi puerta.

—Si puedes pagar para enterrarla —continuó, mientras se colocaba frente a mí—, puedes pagar sus deudas legítimas. Me debe un alquiler de tres semanas. ¿Qué tal si ahora consigues el dinero para eso y me lo das? No bromeo, te lo prometo. Pienso cobrar mi alquiler, y si no me lo paga alguien, ¡desenterraré su cuerpo y lo mandaré al

asilo!

Por un momento, entre aterrorizada y asqueada, pensé que me iba a desmayar a sus pies. Pero decidí no dejarle ver de qué modo me había horrorizado, si es que podía controlarme. Así, reuní el valor necesario para responder que no creía que la ley le diese tal malvada autoridad sobre los muertos.

—¡Yo te enseñaré lo que es la ley! —me interrumpió—; reúnes el dinero para enterrarla como una dama cuando se ha muerto endeudada conmigo, ¿no es así? Y crees que voy a dejar que se pisoteen mis derechos de esa forma ¿verdad? ¡Ya lo veremos! Te doy hasta la noche para pensártelo. Si no tengo las tres semanas que me debe antes de mañana, viva o muerta, ¡irá al asilo!

En esta ocasión conseguí empujarle a un lado y llegar a mi habitación, y cerré la puerta en su cara. En cuanto me quedé sola, tuve un ataque de llanto desconsolado y asfixiante que parecía poder romperme en pedazos. Pero las lágrimas no sirven para nada; hice todo lo posible por calmarme después de un rato, e intenté pensar a quién podía recurrir en busca de ayuda y protección.

El médico fue el primer amigo que se me ocurrió; pero sabía que siempre estaba fuera por las tardes visitando pacientes. El sacristán fue la siguiente persona que me vino a la mente. Parecía ser un hombre digno e inaccesible cuando vino para la investigación post-mortem; pero intercambié unas palabras conmigo entonces y dijo que yo era una buena chica y realmente pensé que parecía que se compadecía de mí. Así, decidí acudir a él en esos momentos de gran peligro y aflicción.

Afortunadamente estaba en casa. Cuando le conté las infames amenazas del casero y el sufrimiento que padecía como consecuencia, se levantó dando una patada en el suelo y mandó traer el sombrero de tres picos de encaje dorado que lleva los domingos y su bastón largo con el puño de marfil.

—Le voy a enseñar lo que es bueno —dijo—. Venga conmigo, querida. Creo que le dije que era usted una buena chica durante la investigación, si no lo hice entonces, se lo digo ahora. ¡Le voy a enseñar lo que es bueno! Venga conmigo.

Y salió dando grandes zancadas con su sombrero de tres picos y su enorme bastón, y yo le seguí.

—¡Casero! —gritó, en cuanto entró en la galería dando un golpe con el bastón en el suelo—. ¡Posadero! —exclamó, mientras miraba a su alrededor como si fuese el Rey de Inglaterra llamando a un animal, ¡salga fuera!

En cuanto salió el posadero y vio quién era, con los ojos fijos en el sombrero de tres picos se puso blanco como el papel.

—¿Cómo se atreve a asustar a esa pobre chica? —dijo el sacristán—. ¿Cómo se atreve a intimidarla en este momento de dolor con amenazas de hacer algo que sabe que no puede hacer? ¿Cómo se atreve a ser un fanfarrón, cobarde y avasallador, casero gallina? No me hable; no le escucharé. Me lo llevaré, señor, si vuelve a decirle

otra palabra a la muchacha, me lo llevaré ante las autoridades de esta parroquia londinense. He estado observándole, y las autoridades han estado observándole, y el párroco ha estado observándole. No nos gusta el aspecto de esa tiendecita suya de la esquina; no nos gusta el aspecto de algunos de los clientes que acuden allí; no nos gustan las personas desordenadas, y no nos gusta, en absoluto, usted. Váyase. Deje a la muchacha tranquila. Cierre la boca o le detendré. Si vuelve a decirle algo querida, o la vuelve a molestar, venga y cuéntemelo; y tan seguro como que es un avasallador, gallina fanfarrón de posadero, le detendré.

Tras estas palabras el sacristán aclaró su garganta con un fuerte carraspeo, volvió a golpear el suelo con su bastón, y después salió dando grandes zancadas de nuevo antes de que pudiera abrir la boca para agradecersele. El casero se escabulló a su habitación sin decir una palabra. Yo me he quedado sola y tranquila por fin para poder recuperarme para la dura prueba del funeral de mi pobre y querida amiga mañana.

13 de marzo—. Todo ha terminado. Hace una semana su cabeza descansaba sobre mi regazo. Ahora descansa en un cementerio y la tierra húmeda cubre pesadamente su tumba. Mi querida amiga, mi hermana del alma, y yo nos hemos separado en este mundo para siempre.

Seguí su funeral sola a través de las calles crueles y bulliciosas. Pensé que quizás Sally se ofrecería a ir conmigo, pero ni siquiera vino a mi habitación. No quería pensar mal de ella por este motivo, y me alegra haberme reprimido porque cuando llegamos al cementerio, entre las dos o tres personas que estaban sentadas junto a la tumba abierta, vi a Sally, con su raído chal gris y su gorro negro remendado. No pareció verme hasta que el párroco leyó las últimas palabras del servicio y se fue; después se acercó y me habló.

—No pude seguirla contigo —dijo, mirando su raído chal—, porque no tengo la ropa adecuada para el cortejo. Ojalá pudiera desahogarme llorando como tú, pero no puedo; hace tiempo que se me agotaron las lágrimas de tanto trabajar y tanto pasar hambre. No hará falta que enciendas la chimenea cuando llegues a casa, ya lo haré yo, y te prepararé una taza de té para consolarte.

Parecía estar a punto de decirme una o dos palabras amables más cuando al ver cómo se acercaba el sacristán, dio un paso hacia atrás, como si le tuviera miedo, y salió del cementerio.

—Aquí tiene mi participación para el funeral —dijo el sacristán, y me entregó su cuota de chelines—. No diga nada sobre el tema, ya que puede que desde el punto de vista de los negocios no esté bien visto, si alguien se enterara. ¿Le ha dicho algo más

el casero? No, eso pensaba. Es demasiado educado para ponerme en el apuro de tener que detenerle. No se quede aquí parada llorando, querida. Acepte el consejo de un hombre acostumbrado a los funerales, y váyase a casa.

Intenté seguir su consejo pero me parecía estar dejando a Mary si me iba cuando todos los demás la abandonaban.

Esperé en los alrededores hasta que el hombre echó la tierra sobre el ataúd y se fue, entonces volví junto a la tumba. ¡Oh, qué simple y cruel era, con poco más que un trozo de césped verde para alegrarla! ¡Oh, cuán más difícil parecía vivir que morir, cuando estaba ahí sola, de pie, mirando los trozos de barro amontonados y pensando en lo que estaba escondido debajo de ellos!

Mis propios pensamientos desesperados me llevaron a casa. La visión de Sally, encendiendo el fuego de mi habitación me tranquilizó un poco. Cuando se hubo ido, cogí de nuevo la carta de Robert para concentrarme en el único tema del mundo que tiene ahora mismo interés para mí.

La nueva lectura aumentó las dudas que ya sentía relativas a su estancia en América después de haberme escrito. Mi dolor y mi soledad habían alterado de forma extraña mis anteriores sentimientos con respecto a su regreso. Parece que he perdido toda mi prudencia y abnegación, y me importa poquísimamente su pobreza, y en cambio él me importa tanto, que la perspectiva de su regreso es realmente el único pensamiento tranquilizador que tengo ahora para consolarme. Sé que estoy siendo débil y que su regreso no puede traer nada bueno para ninguno de los dos; pero es la única persona que me queda para amar; y, no puedo explicarlo, pero lo que más quiero es rodearle con mis brazos y contarle todo sobre Mary.

14 de marzo—. He guardado con llave la punta de la corbata en mi escritorio. No hay ningún cambio en las lúgubres sospechas que su simple visión levanta en mí. Sólo con tocarla, me echo a temblar.

15, 16, 17 de marzo—. Trabajo, trabajo y más trabajo. Si no pierdo el sentido, conseguiré devolver el dinero prestado en otra semana; y después, arañando un poco mis gastos diarios, puede que logre ahorrar uno o dos chelines para poder comprar un poco de césped que colocaré sobre la tumba de Mary, y quizás incluso también unas pocas flores para que crezcan a su alrededor.

18 de marzo—. He pensado en Robert durante todo el día. ¿Significa eso que realmente va a volver? Si es así, teniendo en cuenta la distancia a la que está de Nueva York y el tiempo que tardan los barcos en llegar a Inglaterra, podré verle a finales de abril o principios de mayo.

19 de marzo—. No recuerdo haber pensado ni una vez en la punta de la corbata ayer, y estoy segura de que no la miré en ningún momento; y sin embargo esta noche he tenido un sueño muy extraño sobre ella. Soñé que se alargaba hasta formar un largo indicio, como el hilo de seda que llevaba al laberinto de Rosamund. Soñé que lo agarraba y lo seguía durante un trecho, y que después me asustaba e intentaba regresar, pero descubría que, aunque no quería, me veía obligada a continuar. Me llevaba a través de un lugar parecido al Valle de Sombra de Muerte, tal y como aparecía en una vieja imagen que recuerdo en el ejemplar de *El Progreso del Peregrino* de mi madre. Me pareció que lo seguía durante meses y meses, sin un respiro, hasta que finalmente llegaba de repente ante un ángel cuyos ojos eran como los de Mary. Me dijo: «Sigue caminando; la verdad está al final, esperando que la encuentres». Me eché a llorar porque el ángel tenía la voz de Mary además de los ojos de Mary, y me desperté con palpitaciones y las mejillas mojadas. ¿Qué significa todo esto? ¿Es supersticioso pensar siempre que los sueños pueden hacerse realidad?

30 de abril—. ¡Lo he encontrado! Dios sabe qué resultados traerá, pero es tan cierto como que estoy sentada aquí ante mi diario que he encontrado la corbata cuya punta arrancada estaba en la mano de Mary. La descubrí ayer por la noche; pero la agitación que me dominaba y los nervios y la incertidumbre que sentía, me impidieron anotar este acontecimiento extraordinario e inesperado en el momento en que ocurrió. Voy a intentar, si puedo, conservar el recuerdo de lo ocurrido escribiéndolo ahora.

Ya era tarde cuando regresaba a casa desde el lugar donde trabajo cuando de repente recordé que me había olvidado de comprar velas la tarde anterior, y que me quedaría a oscuras si no conseguía rectificar ese error de alguna forma. La tienda que está más cerca, en la que compro habitualmente, estaría cerrada; lo sabía antes de llegar allí; así que decidí entrar en el primer lugar por el que pasé en el que se

vendían velas. Éste resultó ser una tienda pequeña con dos mostradores que por un lado hacía negocios de ultramarinos en general, y por otro comerciaba con trapos, botellas y chatarra.

Había varios clientes en el lado de los ultramarinos cuando entré, así que esperé en el lado vacío de los trapos hasta que me pudieran atender. Al mirar a mi alrededor las cosas de poca valía que me rodeaban, un montón de trapos que estaban sobre el mostrador como si alguien acabara de dejarlos allí, captaron mi atención. Llevada por la simple curiosidad ociosa, miré los trapos desde más cerca, y vi, entre ellos, algo parecido a una vieja corbata. La cogí inmediatamente y la coloqué bajo una lámpara de gas. El dibujo estaba formado por líneas borrosas color lila que recorrían la superficie negra con forma de ajedrez. Miré las puntas: una de ellas estaba arrancada.

No sé cómo conseguí disimular la sorpresa que provocó ese descubrimiento y que me dejó sin aliento, pero me las ingenié realmente para mantener mi voz firme de algún modo y pedir mis velas con calma cuando el hombre y la mujer que trabajaban en la tienda, tras atender a otros clientes, me preguntaron qué deseaba. Mientras el hombre bajaba las velas del estante, mi mente daba vueltas intentado pensar cómo podría llegar a poseer la vieja corbata sin levantar sospechas. La suerte que se me presentó, y un poco de rapidez por mi parte para aprovecharme de ella, pusieron el objeto a mi alcance en un momento. El hombre, que había contado las velas, le pidió a la mujer un poco de papel para envolverlas. Ella le dio un papel demasiado pequeño y delgado para ese fin, y cuando él le pidió un envoltorio mejor, confesó que el suministro de papel grueso para el día se había agotado. Él se encolerizó con ella por organizarse tan mal. Justo cuando empezaban a pelearse violentamente, yo di unos pasos hacia el mostrador de los trapos, cogí la vieja corbata rápidamente del montón, y dije en un tono tan indiferente como pude:

—Venga, venga, no dejen que mis velas sean motivo de insultos entre ustedes. Atenlas con este trapo viejo y un poco de cuerda y podré llevármelas a casa con bastante comodidad.

El hombre parecía dispuesto a insistir sobre la utilización de un papel más gordo; pero la mujer, feliz ante la oportunidad de poder humillarle, cogió las velas bruscamente y las envolvió en un momento en la vieja corbata rota. Tuve miedo de que él la golpeará delante de mis narices, parecía estar tan enfurecido; pero, afortunadamente entró otro cliente y le obligó a emplear su manos en un fin más adecuado y pacífico.

—¡Qué montón de cosas raras tienen en el mostrador éste! —le dije a la mujer cuando le pagué las velas.

—Sí, y todas acumuladas por una pobre criatura con un marido vago y bruto que deja que su mujer haga todo el trabajo mientras él se gasta todo el dinero —respondió la mujer, con una mirada maliciosa al hombre que tenía al lado.

—No puede tener mucho dinero que gastar si su mujer no tiene mejor trabajo que recoger trapos —dije.

—No es su culpa si no tiene nada mejor —dijo la mujer, bastante enfadada—. Está dispuesta a echar una mano en lo que sea. Limpiar, lavar, arreglar el jardín, vigilar casas vacías, nada le parece mal. Es mi media hermana, así que sé bien lo que digo.

—¿Dice que limpia? —pregunté, dando a entender que conocía a alguien que quizás la contrataría.

—Sí, claro que sí —respondió la mujer—; y si puede poner un trabajo entre sus manos, le estará haciendo un favor a una pobre y trabajadora criatura que lo necesita. Vive en las Caballerizas, aquí a la derecha, el nombre es Horlick y una mujer tan honesta jamás existió sobre la tierra. Sí, señora, ¿qué desea?

Otro cliente entró justo en ese momento y captó su atención. Yo dejé la tienda, tomé la curva que llevaba a las Caballerizas, miré el nombre de la calle para saber cómo volverla a encontrar, y después corrí a casa lo más rápido que pude. Quizás fue el recuerdo de mi extraño sueño que me sobrevino de repente, o quizás la impresión del descubrimiento que acababa de hacer, pero empecé a tener miedo sin saber por qué y a desear con ansiedad estar resguardada en mi propia habitación.

¡Si volviera Robert! ¡Oh, qué alivio y qué ayuda sería ahora que volviera Robert!

1 de mayo—. Al llegar a casa ayer por la noche, lo primero que hice, después de encender una luz, fue separar la corbata raída de las velas y alisarla encima de la mesa. Después cogí de mi escritorio la punta que había estado en la pobre mano de Mary, y la alisé también. Coincidió exactamente con la parte arrancada de la corbata. Las coloqué juntas, y comprobé que no había ninguna duda.

Ni una sola vez pude cerrar los ojos aquella noche. Una especie de fiebre me poseyó, un anhelo vehemente de continuar a partir de este primer descubrimiento y averiguar más cosas, sin importarme el riesgo que podría implicar. La corbata se había convertido realmente, a mis ojos, en el indicio que creí ver en mi sueño, el indicio que estaba dispuesta a seguir. Decidí ir a visitar a la señora Horlick esa tarde cuando volviera del trabajo.

Encontré las Caballerizas fácilmente. Un hombre enano con la espalda encorvada ganduleaba en una esquina fumando en pipa. Como no me gustó su aspecto, no le pregunté a él donde vivía la señora Horlick, sino que bajé a las Caballerizas hasta que me crucé con una mujer que me indicó el número correcto. Llamé a la puerta, y la misma señora Horlick, una mujer enjuta con mal carácter y aspecto lamentable, me respondió. Le dije rápidamente que venía para saber cuáles eran sus condiciones para

trabajar en la limpieza. Me miró fijamente durante un instante y después respondió a mi pregunta con educación.

—Parece usted sorprendida de que una extraña como yo la haya encontrado —dije—. Supe de usted por primera vez ayer por la noche, por un familiar suyo, de una forma bastante curiosa.

Y le conté todo lo que había ocurrido en la tienda del velero, y siempre que pude saqué el tema del montón de trapos, y la anécdota de que llevase las velas hasta casa envueltas en la vieja corbata rasgada.

—Es la primera vez que oigo que algo que le perteneciese haya resultado ser útil para alguien —dijo la señora Horlick amargamente.

—¡Qué dice! ¿Ése viejo pañuelo de cuello estropeado pertenecía a su marido? —me aventuré a decir.

—Sí; eché ese pañuelo asqueroso y raído al montón, con el resto, y ojalá hubiera podido echarle a él también detrás —dijo la señora Horlick—. Le vendería barato en cualquier tienda de trapos. Ahí está, fumando su pipa al final de las Caballerizas, sin trabajo desde hace semanas, ¡el cerdo cheposo más gandul de todo Londres!

Señaló al hombre con el que me había cruzado al entrar en las Caballerizas. Mis mejillas enrojecieron y mis rodillas empezaron a temblar, ya que sabía que al hallar al dueño de la corbata había dado un paso más hacia un nuevo descubrimiento. Le deseé buenas tardes a la señora Horlick y le dije que le escribiría para indicarle el día en que la necesitaba.

Lo que acababa de saber hizo surgir una idea en mi cabeza que temía llevar a cabo. He oído a personas narrar estados de delirio, y sentí lo que describen cuando desandaba mis pasos en las Caballerizas. Mi cabeza daba vueltas y mis ojos parecían no poder ver otra cosa más que la silueta del hombrecillo chepudo, que aún fumaba su pipa en el mismo sitio. No veía otra cosa; no podía pensar en nada más que en la marca del golpe en la sien de mi pobre y perdida Mary. Sé que estaba delirando porque cuando llegué junto al hombre chepudo me detuve sin querer. El minuto anterior no tenía ni la más mínima intención de hablarle. No sabía cómo hacerlo ni cuál sería la mejor forma de empezar, y sin embargo en el momento en que me encontré cara a cara con él, algo superior a mí pareció detenerme y me hizo dirigirme a él sin reflexionar de antemano, sin pensar en las consecuencias, sin saber, debo casi decirlo, qué palabras iba a pronunciar hasta el instante en que salieron de mis labios.

—¿Recuerda su corbata rasgada?, ¿sabe usted que una parte fue a parar a la tienda de trapos y otra a mis manos?

Le dije estas palabras atrevidas súbitamente y, según parecía, sin que mi propia conciencia tomase parte en mis actos.

Se levantó de un salto, me miró fijamente y cambió de color. Estaba demasiado atónito ante mis repentinas preguntas para poder encontrar una respuesta. Cuando

finalmente abrió la boca, fue para decir algo más bien dirigido a él mismo en vez de a mí:

—Tú no eres la chica.

—No —dije, con un extraño estremecimiento en el corazón—, soy su amiga.

A esas alturas se había recuperado de la sorpresa y parecía ser consciente de que había dicho más de lo que debía.

—Puedes ser la amiga de quien te apetezca —dijo con brutalidad—, siempre que no vengas aquí a farfullar tonterías. No te conozco y no entiendo tus bromas.

Apartó su rostro de mí rápidamente cuando dijo estas últimas palabras. No me había mirado a los ojos ni una vez desde que me había dirigido a él.

¿Fue su mano la que asestó el golpe? Sólo tenía seis peniques en el bolsillo, pero saqué la moneda y le seguí. En el estado en el que estaba entonces, si hubiese sido un billete de cinco libras habría hecho lo mismo.

—¿Le ayudaría una jarra de cerveza a que nos entendiéramos mejor? —dije, y le ofrecí los seis peniques.

—Una jarra no es gran cosa —respondió, mientras cogía los seis peniques sin mucho convencimiento.

—Puede que nos lleve a algo mejor —dije. Sus ojos empezaron a brillar Y se acercó a mí. ¡Oh, cómo me temblaban las piernas, cómo me daba vueltas la cabeza!

—Se trata de algo amistoso, ¿no es cierto? —preguntó en un suspiro.

Asentí con la cabeza. En ese momento no habría podido hablar por nada del mundo.

—Amistoso, por supuesto —continuó diciendo para sí— o habría algún policía por aquí. Ella te diría, supongo, que yo no era el hombre...

Asentí de nuevo. Era todo lo que podía hacer para mantenerme de pie derecha.

—Supongo que es una cuestión de amenazarle con delatarle y prometerle silencio a cambio de una o dos libras. ¿Cuánto me llevaré yo si le atrapa?

—La mitad.

Empecé a tener miedo de que sospechase algo si seguía callada. Los ojos del rufián volvieron a brillar y se acercó aún más.

—Le llevé al Red Lion, en la esquina de la calle Dodd y la calle Rudgely. La casa estaba cerrada y entró por la puerta de servicio, como si fuese amigo del dueño. Eso es todo lo que puedo decirte, y ten por seguro que es cierto. Fue la última carrera que hice aquella noche. A la mañana siguiente, mi jefe me echó con cajas destempladas. Dijo que le había robado el pan y el sueldo. Ojalá lo hubiera hecho.

Deduje de esta parrafada que el hombre chepudo había sido taxista.

—¿Por qué no hablas? —preguntó sospechoso—. ¿Es que ella te ha contado un montón de mentiras sobre mí? ¿Qué dijo cuando volvió a casa?

—¿Qué tendría que haber dicho?

—Tenía que haber dicho que mi cliente estaba borracho y que ella se cruzó en su camino cuando él iba a entrar en el taxi. Eso es lo que te tenía que haber contado para empezar.

—¿Y después?

—Bien, después, mi cliente, a modo de broma, saca la pierna para hacerle la zancadilla y ella se tropieza y se agarra a mí para salvarse, y me arranca la punta flácida de mi raída corbata. «¿Qué se supone que haces, bruto?», dice, mientras se da la vuelta hacia mi cliente en cuanto logra mantener de nuevo el equilibrio. «Lo que hago es enseñarte a ser educada», le dice mi cliente y levanta el puño y... ¿qué te pasa ahora?, ¿por qué me miras así? ¿Cómo crees que un hombre de mi tamaño podía enfrentarse a un hombre tan grande que me podía haber comido de un bocado? Mírame todo lo que quieras, pero en mi lugar habrías hecho lo mismo que yo, apartarte cuando él te hubiera amenazado con el puño y hubiera jurado que si no azuzabas al caballo al instante sería tu muerte.

Me di cuenta de que estaba al borde de un ataque de cólera; pero no podía, aunque mi vida hubiera dependido de ello, quedarme cerca de él o mirarle durante más tiempo. Conseguí solamente tartamudear que llevaba mucho tiempo caminando y que como no estaba acostumbrada a tanto ejercicio, me sentía débil y mareada de fatiga. Sólo cambió de encolerizado a malhumorado cuando puse esa excusa. Me alejé un poco de él y después añadí que estaría en la entrada de las Caballerizas al día siguiente, y que tendría algo más que decirle y algo más que darle. Como respuesta, gruñó unas pocas palabras sospechosas sobre sus dudas de que realmente yo volviera. Afortunadamente, en ese momento un policía pasaba por el lado opuesto de la calle. Se escabulló hacia dentro de las Caballerizas inmediatamente, y yo quedé libre para poder escaparme.

No sé exactamente cómo llegué a casa, excepto que creo que corrí durante casi todo el camino. Sally abrió la puerta y me preguntó si me pasaba algo en cuanto me vio. Respondí:

—Nada, nada. —Me detuvo cuando me dirigía hacia mi cuarto y dijo:

—Arréglate un poco el pelo, y colócate el cuello. Hay un caballero ahí dentro esperándote.

Mi corazón dio un brinco: supe quién era al instante, y corrí a la habitación como una loca.

—¡Oh, Robert, Robert!

Con esas dos palabras le entregaba todo mi corazón.

—Dios Santo, Anne, ¿ha pasado algo? ¿Estás enferma?

—¡Mary!, ¡mi pobre, desaparecida, asesinada, querida, querida Mary!

Eso fue todo lo que pude decir antes de caer en sus brazos.

2 de mayo—. Las desgracias y las decepciones le han entristecido un poco, pero conmigo no ha cambiado. Es tan bueno, tan amable y tan dulce y sinceramente cariñoso como siempre. Creo que ningún otro hombre del mundo habría escuchado la historia de la muerte de Mary con tanta ternura y compasión como él. En vez de interrumpirme en cualquier momento, insistió para que le contara más de lo que pretendía; y sus primeras palabras generosas cuando terminé fueron para asegurarme que visitaría el césped y las flores plantados en la tumba de Mary. Me hubiera puesto a sus pies para adorarlo cuando me hizo esa promesa.

No puede ser que el mejor, el más amable y noble de los hombres, sea siempre tan desafortunado. Mis mejillas arden cuando pienso que ha regresado con sólo unas libras en el bolsillo, después de su dura y honesta lucha para triunfar en América. Deben de ser malas personas cuando un hombre como Robert no puede hacerse un hueco entre ellos. Ahora habla tranquilamente y con resignación de intentar cualquiera de los empleos más miserables con los que un hombre puede ganarse el pan honestamente en esta enorme ciudad, él ¡qué sabe francés y escribe tan bien! Ay, si las personas que tienen empleos libres conocieran a Robert tan bien como yo, ¡qué salario tendría, que cargo le darían!

Escribo estas líneas sola mientras él se ha ido a las Caballerizas a tratar con el miserable cobarde y sin corazón con el que hablé ayer. Robert dice que tenemos que seguir la corriente y mantener en la ignorancia a la criatura —no le llamaré hombre— sobre el lamentable fin de la pobre Mary, ya que así podremos descubrir y llevar ante la justicia al monstruo cuyo golpe en plena borrachera le dio la muerte. No conoceré la paz de espíritu hasta que su asesino esté en la cárcel, hasta que no esté segura de que pagará por su crimen. Quería ir con Robert a las Caballerizas, pero me dijo que era mejor que llevase a cabo el resto de la investigación él solo, porque mi fuerza y mi resolución ya habían sufrido demasiado. Me dedicó más palabras de alabanza por lo que había sido capaz de hacer hasta ese momento, palabras que casi me avergüenza escribir con mi propia pluma. Además, no hay necesidad: las alabanzas de sus labios son unas de las cosas que sé que mi memoria conservará hasta el último día de mi vida.

3 de mayo—. Robert tardó mucho en volver ayer por la noche para decirme lo que había hecho. Reconoció fácilmente al chepudo de la esquina de las Caballerizas gracias a mi descripción; pero le resultó muy difícil, incluso con ayuda de dinero,

superar la cobarde desconfianza hacia él del miserable, por ser extraño y por ser hombre. No obstante, cuando lo consiguió, la dificultad principal había sido superada. El jorobado, ansioso por la promesa de más dinero, fue al instante al Red Lion a preguntar sobre la persona que había llevado allí en su taxi. Robert le siguió y esperó en la esquina de la calle. Las noticias que trajo el taxista eran totalmente inesperadas. El asesino —no puedo llamarle de ningún otro modo— había caído enfermo la misma noche en que le llevaron al Red Lion, se había metido en la cama que tenía allí y desde entonces estaba confinado en ella. Su enfermedad era de las que vienen por beber en exceso, y afecta a la cabeza además de al cuerpo. La gente de la taberna la llama el Horror.

Tras oír esta información, Robert decidió comprobar si podía averiguar algo más por sí mismo, y entró en la taberna para investigar haciéndose pasar por uno de los amigos del hombre enfermo del piso de arriba. Hizo dos descubrimientos importantes. Primero, se enteró del nombre y la dirección del médico que le atendía. Segundo, embaucó al camarero y logró que mencionara el nombre del miserable asesino. Éste último descubrimiento añade un interés indescriptiblemente horrendo a la terrible desventura de la muerte de Mary. Noah Truscott, como me dijo ella misma en nuestra última conversación, era el nombre del hombre cuyas costumbres de borracho fueron la ruina de su padre, y Noah Truscott es también el nombre del hombre cuya ira de borracho la mató. Hay algo que me hace estremecer, algo sobrenatural en este hecho horrible. Robert coincide conmigo en que la mano de la Providencia debió guiar mis pasos hasta esa tienda en la que comenzó la cadena de todos los descubrimientos que después haríamos. Dice que cree que somos los instrumentos para llevar a cabo una justa compensación, y que aunque tenga que gastarse hasta el último penique, llevará la investigación hasta su pleno final en los tribunales.

4 de mayo—. Robert ha ido hoy a consultar a un abogado que conoció hace tiempo. El abogado estaba muy interesado, aunque no tan gravemente impresionado como debiera, por la historia de la muerte de Mary y los acontecimientos que se produjeron después. Le dio a Robert una carta confidencial para que se la llevara al médico encargado del terrible villano del Red Lion. Robert dejó la carta y volvió a entrar, y a ver al doctor, que dijo que su paciente estaba mejorando y que lo más probable era que se pudiera levantar otra vez en diez días o en dos semanas. Robert le comunicó esta declaración al abogado, y el abogado ha prometido vigilar adecuadamente la taberna, y controlar de cerca al jorobado (el testigo más importante) durante las próximas dos semanas, o más si es necesario. Aquí entonces,

se detiene durante un tiempo el progreso de este triste asunto.

5 de mayo—. Robert ha conseguido un modesto empleo temporal como secretario con su amigo el abogado. Yo trabajo más que nunca con la aguja para compensar todo el tiempo perdido últimamente.

6 de mayo—. Hoy era domingo y Robert propuso que fuésemos a visitar la tumba de Mary. Él, que nunca se olvida de aquello que necesita su ayuda, ha encontrado el tiempo para cumplir la palabra que me dio la primera noche en que nos volvimos a encontrar. La tumba, gracias a sus órdenes, ya está cubierta de césped y rodeada de arbustos. Debemos añadir unas pocas flores y una lápida baja para que el lugar sea un poco más merecedor de mi pobre perdida niña que allí se encuentra. ¡Oh, espero vivir durante muchos años después de haberme casado con Robert! ¡Necesito tanto tiempo para demostrarle toda mi gratitud!

20 de mayo—. Una dura prueba para mi ánimo en el día de hoy. He prestado declaración en la comisaría y he visto al monstruo que la asesinó.

Sólo pude mirarle una vez. No pude ver más que era de tamaño enorme, y que mantenía su rostro brutal, torpe y amenazador girado hacia la tribuna de los testigos, y sus ojos vacíos e inyectados en sangre fijos en mí. Durante un instante intenté enfrentarme a esa mirada; durante un instante concentré toda mi atención en él, en su rostro enrojecido, en su pelo corto y canoso por encima, en su mano derecha nudosa y asesina, que caía inerte sobre la barra frente a él, como la pata de una fiera salvaje asoma por el borde de su guarida. Entonces, el horror que me producía, el doble horror de enfrentarme a él en primer lugar, y después de comprobar que era un hombre viejo, me abrumó, y me di la vuelta, mareada, enferma y temblorosa. No volví a mirarle a la cara, y al final de mi declaración, Robert, consideradamente, me sacó de allí.

Cuando volvimos a vernos al final del interrogatorio, Robert me dijo que el prisionero no había hablado ni cambiado de posición. Quizás su cruel comportamiento de salvaje le reforzaba o tal vez no había recuperado completamente sus facultades tras la enfermedad que había sufrido hacía poco. El juez parecía dudar de que estuviese en sus cabales, pero la declaración del médico eliminó está

posibilidad, y el prisionero pasó a disposición judicial acusado de homicidio sin premeditación.

¿Por qué no acusarlo de asesinato? Robert me explicó la ley cuando le hice esa pregunta. Acepté la explicación, pero no me convenció. Mary Mallinson murió por un golpe de la mano de Noah Truscott. Eso es asesinato a los ojos de Dios. ¿Por qué no también a los ojos de la ley?

18 de junio—. Mañana es el día fijado para el juicio en el Old Bailey.

Ésta tarde, antes del anochecer, fui a visitar a tumba de Mary. El césped está mucho más verde desde la última vez que lo vi, y las flores brotan, preciosas. Un pájaro se arreglaba las plumas posado sobre la modesta lápida blanca que lleva la inscripción de su nombre y edad. No me acerqué para no molestar a la pequeña criatura. Parecía inocente y hermosa sobre la tumba, como lo fue Mary durante su vida. Cuando se fue volando, me senté durante un rato junto a la lápida y leí las palabras melancólicas allí escritas. ¡Oh, amor mío, amor mío! ¿Qué daño o qué mal hiciste en este mundo para tener que morir a los dieciocho años por un golpe de un borracho?

19 de junio—. El juicio. Mi experiencia de lo ocurrido está limitada, como mi experiencia del interrogatorio en la comisaría, al tiempo que empleé en prestar declaración. Me hicieron decir mucho más de lo que dije ante el juez. Pregunta tras pregunta, tuve que dar todos los detalles que he escrito en este diario sobre mi pobre Mary y su funeral; el jurado escuchó cada palabra que pronuncié con una atención extrema. Al final, el juez me dijo unas palabras aprobando mi conducta y la gente presente en el tribunal me aplaudió. Estaba tan agitada y tan nerviosa que temblaba de la cabeza a los pies cuando me dejaron salir a la calle de nuevo.

Miré al prisionero tanto cuando subí a la tribuna de los testigos como cuando bajé. La amenazadora brutalidad de su rostro no había cambiado, pero sus facultades parecían más despiertas y perspicaces que en la comisaría. Cuando mencioné a Mary por su nombre y describí la marca del golpe sobre su sien, una sombra aterradora recorrió su rostro y respiró con tal fuerza que cada boqueada se podía escuchar claramente. Cuando me preguntaron si sabía algo del prisionero, y respondí que lo único que sabía era lo que la propia Mary me había contado sobre que fue la ruina de su padre, emitió una especie de gruñido, y golpeó ambas manos con fuerza sobre el banquillo. Y cuando pasé por su lado de camino a la salida del tribunal, de repente se

inclinó hacia mí, no sé si para hablarme o para golpearme porque inmediatamente los carceleros que le flanqueaban le obligaron a enderezarse. Durante el transcurso del proceso (como me describió Robert) los indicios de que sufría un terror supersticioso se hicieron más y más evidentes, hasta que finalmente, justo cuando el abogado encargado de su defensa se levantaba para hablar, repentinamente exclamó, con una voz que dejó atónitos a todos los presentes, incluido el juez en su mesa: «¡Paren!».

Hubo una pausa y todas las miradas se clavaron en él. El sudor le cubría el rostro como si fuese agua, y le hacía señales extrañas y groseras al juez que estaba frente a él. «¡Paren todo esto!», exclamó de nuevo. «He sido la ruina del padre y le he causado la muerte a la hija. ¡Cuélguenme antes de que siga haciendo daño! ¡Cuélguenme por Dios, apártenme de su camino!». En cuanto el impacto producido por esta extraordinaria interrupción remitió, le sacaron de la sala y se produjo una larga discusión sobre si estaba o no cuerdo. Se decidió que el jurado con su veredicto resolvería ese asunto. Le declararon culpable de homicidio sin premeditación sin atenuante por locura. Le volvieron a traer a la sala y fue condenado a la deportación de por vida. Todo lo que hizo tras escuchar la terrible sentencia fue reiterar sus palabras desesperadas: «¡Cuélguenme antes de que siga hacienda daño! ¡Cuélguenme por Dios, apártenme de su camino!».

20 de junio—. Ayer escribí con el corazón lleno de tristeza, y no me encuentro mejor de ánimo hoy. Ya es algo haber conseguido el castigo merecido para el asesino, sin embargo, el hecho de que este justo acto de compensación se haya llevado a cabo no me aporta ningún consuelo. La ley castiga en efecto a Noah Truscott por su crimen, ¿pero puede acaso hacer salir a Mary Mallinson de su último lugar de descanso en el cementerio?

Ya que escribo sobre la ley, debo dejar constancia de que el miserable sin corazón que permitió que Mary fuese golpeada en su presencia sin hacer ningún intento de defenderla no va a escapar con total impunidad. El policía que le vigiló para garantizar su presencia en el juicio descubrió que había cometido delitos en el pasado de los que debía responder ante la ley. Se le entregó una citación y le llevaron ante el juez justo después de haber declarado en el tribunal.

Acababa de escribir estas pocas líneas y estaba cerrando el diario cuando alguien llamó a mi puerta. Abrí pensando que sería Robert que pasaba de camino a casa para desearme las buenas noches, y me encontré cara a cara con un extraño caballero que inmediatamente preguntó por Anne Rodway. Tras descubrir que yo era la persona que estaba buscando, me pidió cinco minutos para conversar. Le hice pasar a la pequeña habitación vacía del fondo de la casa, y esperé, sorprendida y nerviosa, a escuchar lo

que tenía que decirme.

Era un hombre oscuro de modales serios y una forma de hablar brusca y grave. Estaba segura de que no le conocía, y sin embargo algo en su rostro me resultaba familiar. Empezó por sacar un periódico de su bolsillo y preguntarme si era la persona que había declarado en el juicio de Noah Truscott por una acusación de homicidio involuntario. Respondí inmediatamente que sí.

—Llevo casi dos años en Londres buscando a Mary Mallinson, y mi búsqueda ha sido siempre inútil —dijo—. Las primeras y únicas noticias que he tenido de ella las encontré ayer en el reportaje del periódico sobre el juicio.

Aún hablaba con calma, pero algo en su mirada me hacía pensar que su corazón sufría. Un repentino nerviosismo me invadió, y tuve que sentarme.

—¿Conoció usted a Mary Mallinson, señor? —pregunté, tan dulcemente como pude.

—Soy su hermano.

Junté las manos y escondí el rostro con desesperación. ¡Oh, la amargura que anegó mi corazón al escucharle decir esas simples palabras!

—Fue usted muy amable con ella —dijo el hombre con calma y sin una lágrima—. En su nombre y por amor a ella, le doy las gracias.

—Oh señor —dije—, ¿por qué no le escribió usted nunca cuando estaba en el extranjero?

—Le escribí a menudo —respondió—; pero cada una de mis cartas contenía una remesa de dinero. ¿Le contó Mary que tenía una madrastra? Si lo hizo, podrá adivinar por qué ninguna de mis cartas llegaban a sus manos. Ahora sé que esa mujer robaba a mi hermana. ¿Mintió cuando me dijo que nunca supo el lugar de residencia de Mary?

Recordé que Mary no se había comunicado nunca con su madrastra después de su separación, y por lo tanto pude asegurarle que la mujer había dicho la verdad.

Se calló durante un instante tras oír mis palabras, y suspiró. Después sacó una cartera y dijo:

—Ya he dispuesto para el pago de cualquier gasto legal que pueda haberse producido durante el juicio, pero aún tengo que reembolsarle los gastos del funeral que tan generosamente sufragó usted. Perdóneme por hablar tan bruscamente de este tema, pero estoy acostumbrado a considerar todos los aspectos relativos al dinero como simples asuntos de negocios.

Vi cómo sacaba varios billetes de su cartera y le detuve.

—Recibiría con agradecimiento la insignificante suma que pagué realmente, señor, porque no tengo mucho dinero y sería un acto de orgullo descortés rechazarlo —dije—; pero le veo manejar billetes que son todos ellos muy superiores al importe que me tiene que devolver. Le ruego que los guarde, señor. Lo que hice por su pobre hermana perdida fue fruto del amor y el cariño que sentía por ella. Usted ya me ha

agradecido eso, y su agradecimiento es todo lo que quiero recibir.

Hasta entonces había ocultado sus sentimientos, pero en ese momento observé cómo empezaban a vencerle. Su mirada se suavizó, cogió mi mano y la apretó con fuerza.

—Le pido perdón —dijo—; le pido perdón de todo corazón.

Hubo un silencio entre nosotros porque yo estaba llorando y creo, en el fondo, que él también lloraba. Finalmente soltó mi mano y pareció volver, con un esfuerzo, a su calma anterior.

—¿Hay alguien relacionado con usted a quien pueda prestar ayuda? —preguntó—. Veo entre los testigos del juicio el nombre de un joven caballero que parece que le ayudó en la investigación que llevó a la condena del prisionero, ¿es un familiar?

—No señor, al menos todavía no, pero espero...

—¿Qué?

—Espero que un día sea el familiar más cercano y querido que una mujer puede tener. —Dije esas palabras con atrevimiento porque temía que si no, llegase a la conclusión equivocada sobre Robert y yo.

—¿Un día? —repitió—. Un día puede estar aún muy lejos.

—Ninguno de los dos tenemos mucho dinero, señor —dije—. Un día es el día en que seamos un poco más ricos de lo que somos ahora.

—¿Es un joven culto? ¿Puede presentar recomendaciones de su reputación? Le agradecería que escribiera su nombre y dirección en la parte de atrás de esta tarjeta.

Cuando lo hube hecho, con una letra que me temo que no me hacía justicia, cogió otra tarjeta y me la dio.

—Dejaré Inglaterra mañana —dijo—. Ahora ya no hay nada que me retenga en mi propio país. Si alguna vez se encuentra en dificultades o en peligro (ruego a Dios que nunca sea así) acuda a mi agente de Londres cuya dirección aparece aquí.

Se detuvo y me miró con atención; después cogió mi mano de nuevo.

—¿Dónde está enterrada? —dijo, repentinamente, con un rápido susurro y mirando hacia otro lado.

Se lo dije y añadí que habíamos hecho todo lo posible para que tuviese una tumba bonita con césped y flores. Vi cómo sus labios temblaban y palidecían.

—¡Dios la bendiga y la recompense! —dijo, y me acercó a él rápidamente y besó mi frente. Yo estaba muy abrumada, me dejé caer en la silla y escondí el rostro sobre la mesa. Cuando volví a mirar hacia arriba, él ya se había ido.

25 de junio de 1841—. Escribo estas líneas la mañana de mi boda, cuando ha pasado poco más de un año desde que Robert regresó a Inglaterra.

Ayer le subieron el sueldo a ciento cincuenta libras al año. Si supiera dónde está el señor Mallinson, le escribiría para contarle nuestra actual felicidad. Si no fuese por el puesto que amablemente buscó para Robert, aún estaríamos esperando en vano el día que llega ahora.

Trabajaré en casa de ahora en adelante, y Sally nos ayudará en nuestra nueva morada. ¡Si Mary hubiera vivido para ver este día! No quiero ser desagradecida por mis bendiciones, pero, ay, ¡cómo echo de menos su dulce rostro hoy más que nunca!

Ésta mañana me levanté lo suficientemente temprano para ir sola a la tumba y reunir un ramillete con las flores que crecen a su alrededor que ahora tengo ante mí. Lo colocaré junto a mi pecho cuando Robert venga a recogerme para ir a la iglesia. Mary habría sido mi dama de honor si hubiera vivido; y no puedo olvidar a Mary, ni siquiera el día de mi boda...

La noche

Las últimas palabras de la última historia salieron temblorosas y en voz baja de los labios de Owen. Esperó durante un momento mientras Jessie se secaba las lágrimas que el sencillo diario de Anne Rodway había hecho surgir de su joven y cálido corazón, después cerró el manuscrito, tomó su mano y la acarició de forma dulce y paternal.

—Le gustará oír, querida mía —dijo—, que puedo hablar desde mi propia experiencia de la felicidad de Anne Rodway. Vino a vivir a mi parroquia poco después del juicio del que fue la principal testigo, y yo fui el párroco que la casó. Meses antes conocí su historia y leí esos fragmentos de diario que acaba de oír usted. Cuando le di el pequeño regalo de boda que tenía para ella, y me rogó agradecida que le dijese qué podía hacer ella por mí, le pedí una copia de su diario para guardar entre mis papeles más preciados. «Su lectura cada cierto tiempo», dije, «avivará mi fe en la mejor parte de la naturaleza humana, la más luminosa, que espero, con la ayuda de Dios, se mantenga pura hasta el día de mi muerte». Fue así como llegó a mis manos el manuscrito: fue el marido de Anne quien me hizo una copia. Se habrá dado cuenta de que hay unos cuantos pétalos marchitos y dispersos aquí y allí entre las páginas. La propia novia los puso allí hace años, son todo lo que queda de las flores que Anne Rodway recogió la mañana de su boda de la tumba de Mary Mallinson.

Jessie intentó responder, pero le fallaban las palabras. Entre el efecto de la historia y la anticipación de la partida ahora tan cerca, nuestra hermosa, impulsiva y afectuosa criatura estaba totalmente abrumada. Apoyó su cabeza en el hombro de Owen, agarró su mano con fuerza, y dejó que su corazón hablase sencillamente por sí mismo, sin intentar que las palabras le ayudasen en este cometido.

El reloj de la torre interrumpió bruscamente el silencio que había seguido a la historia. El pesado martillo dio lentamente diez golpes a través de la lúgubre noche y la tormenta agonizante.

Esperé hasta que se diluyó el canturreo del último eco del reloj en la mortal quietud. Escuché de nuevo atentamente, y de nuevo fue en vano. Entonces me levanté y propuse a mis hermanos que debíamos dejar que nuestra invitada se preparase para la noche.

Cuando Owen y Morgan ya estaban listos para dejar la habitación, la cogí de la mano y la llevé a un lado.

—Nos deja pronto, querida —dije—; pero antes de que se vaya mañana por la mañana...

Me detuve a escuchar por última vez, antes de pronunciar las palabras que me embarcaban en el intento desesperado de defender la causa de George en contra de su propia voluntad. Ni un sonido llegó a mis oídos más que el lamento del viento

debilitado y la melancolía que emitían los árboles agitados.

—Pero antes de que se vaya mañana por la mañana —continué—, quiero hablarle en privado. Tomaremos el desayuno a las 8 en punto. ¿Sería pedir mucho rogarle que viniera a verme a solas en mi estudio a las siete y media?

Justo cuando sus labios se abrían para responder, vi cómo una alteración recorría su rostro. Había retenido su mano entre las mías mientras hablaba, y debía haberla apretado inconscientemente con tal fuerza que casi le hice daño. Puede que incluso llegase a pronunciar unas palabras de protesta, pero no llegaron hasta mí: mi sentido del oído al completo estaba tomado, absorbido, petrificado. Justo en el instante en que dejé de hablar, yo, y sólo yo, escuché un sonido débil, un sonido que nunca había oído antes y que las alas del viento traían hasta The Glen Tower.

—Abrid la ventana, ¡por Dios santo! —exclamé.

Mi mano agarró la suya mecánicamente con más y más fuerza. Jessie luchaba por liberarse y me miraba fijamente con las mejillas pálidas y los ojos aterrorizados. Owen se apresuró a soltarla y me rodeó con sus brazos.

—¡Griffith, Griffith! —susurró—. Contrólate, por el bien de George.

Morgan corrió a la ventana y la abrió de par en par.

El viento y la lluvia se abrieron paso con fiereza. ¡Bienvenido, viento, bienvenido! Todos lo oían ahora. ¡Oh Padre que estás en los cielos, tan misericordioso con los padres que están en la tierra, mi hijo, mi hijo!

Cada ráfaga de viento lo traía más y más alto: el alegre y rápido traqueteo de las ruedas. Mis ojos se clavaron en ella como si pudiesen llegar a ver su corazón, mientras estaba ahí, de pie, con su dulce rostro girado hacia mí cubierto por la palidez y la sorpresa. Intenté hablar con ella; intenté zafarme de los brazos de Owen para rodearla yo a ella con los míos, para acercarla a mi pecho hasta que él llegara y se la llevase. Pero toda mi fuerza había desaparecido con la larga espera y el largo suspense. Mi cabeza se hundió en el pecho de Owen, aunque seguía oyendo las ruedas. Morgan me aflojó la corbata y refrescó mi rostro con agua; seguía oyendo las ruedas. La pobre y aterrorizada muchacha corrió a su habitación y regresó con las sales perfumadas; oí cómo el carruaje se paraba delante de la casa. La habitación daba vueltas a mi alrededor; pero oí pasos impacientes y presurosos en el vestíbulo, y la puerta que se abría. Un instante después la voz de mi hijo subió clara y alegre desde el piso de abajo, saludando a los criados, que le adoraban. Su tono, querido y familiar, se derramó en mi oído, y después, en el momento en que lo ocupó todo, impuso silencio y descansé.

Cuando volví en mí, mis ojos se abrieron a George. Yo estaba tendido en el sofá, aún en la misma habitación; las velas con las que habíamos leído durante la noche ardían sobre la mesa; mi hijo se arrodillaba junto a mi almohada y estábamos los dos solos.

La mañana

El viento es más débil, pero todavía no hay calma. La lluvia amaina, pero todavía no brilla el sol. La vista de mi habitación me muestra una espesa neblina que cubre la tierra y un velo triste y gris que recorre oscuramente el cielo. Hace menos de doce horas, una perspectiva así me habría entristecido durante el resto del día. Pero esta mañana, observo el panorama a través del alegre filtro de mi propia felicidad, y ni una sombra de oscuridad enturbia el sol que brilla sin cesar en mi corazón.

La pluma permanece fervorosamente entre mis dedos y sin embargo me queda poco, muy poco por decir. El Tomo Púrpura está abierto a mi lado, con sus historias colocadas en el orden en que se leyeron. Mi hijo ya ha aprendido a valorarlas como los amigos fieles que le ayudaron en su misión más importante. Sólo me queda devanar el pequeño hilo narrativo que las une a todas ellas antes de cerrar el volumen y de dar con justicia por finalizado nuestro ansioso experimento literario.

Mi hijo y yo pasamos una tranquila hora juntos aquella feliz noche antes de que nos retiráramos a descansar. La pequeña trama amorosa inventada por los intereses de George requería ahora de un último estoque diplomático para alcanzar su fin y que todos pudiésemos retirar nuestras máscaras y asumir nuestros verdaderos papeles para el futuro. Cuando mi hijo y yo nos despedimos para ir a dormir, ya habíamos planeado la estratagema necesaria para coger a nuestra encantadora invitada por sorpresa en cuanto saliera de la cama a la mañana siguiente.

Poco después de las siete en punto le envié un mensaje a Jessie con su doncella informándola de que una buena noche de descanso había hecho maravillas con mi salud y que esperaba verla en mi estudio a las siete y media como habíamos acordado la noche anterior. En cuanto recibí su respuesta, en la que prometía ser puntual a la cita, llevé a George a mi estudio, le dejé en mi lugar para que defendiera su causa, y salí sigilosamente de allí cinco minutos antes de la hora para reunirme con mis hermanos en el comedor.

Aunque la sensación de mi propia felicidad me predisponía a considerar con el mayor optimismo las posibilidades de mi hijo, debo reconocer no obstante que cierta preocupación nerviosa agitaba aún mi corazón mientras los lentos minutos de tensión transcurrían en la sala del desayuno. Podría prestar tan poca atención a los calmados pronósticos de éxito de Owen como a los sarcásticos lamentos de Morgan sobre el amor, el cortejo y el matrimonio. Pasó un cuarto de hora, después veinte minutos. La manecilla avanzaba y el reloj señalaba las ocho menos cinco justo antes de oír cómo se abría la puerta del estudio y de que el sonido de pasos que se acercaban rápidamente me advirtiera de que George iba a entrar en la habitación.

Su rostro radiante nos comunicó las buenas noticias antes de que ninguno pronunciara una palabra. El exceso de felicidad le privó verdadera y literalmente del

habla. Se quedó de pie y nos miró a los tres con impaciencia, con las manos tendidas hacia nosotros y los ojos brillantes.

—¿Debo guardar mi sobrepelliz en el armario para siempre o me la pondré una vez más, George, en honor a ti? —preguntó Owen.

—Responde primero a esta pregunta —interrumpió Morgan, con una mirada ceñuda de preocupación—. ¿Vas a apartar a la muchacha de nuestro lado o no?

No hubo una respuesta directa a ninguna de las preguntas. Los sentimientos de George habían sufrido una conmoción tan profunda que no podía devolver broma por broma en esos momentos.

—¡Oh padre, como puedo agradeceréte! —dijo—. ¡Y a ti, y a ti! —añadió, mirando a Owen y Morgan con gratitud.

—Debes agradeceréte a la Fortuna además de a nosotros, —respondí, con el tono más ligero que mi corazón me permitió, para alentarle—. Contábamos con una ventaja numérica en nuestra pequeña trama amorosa. Recuerda George que éramos tres contra uno.

Mientras hablaba, la puerta del comedor se abrió silenciosamente y nos mostró a Jessie de pie en el umbral, sin saber si unirse a nosotros o regresar corriendo a su habitación. Su luminoso rostro estaba ahora realzado por un brillo profundo; las lágrimas llenaban sus ojos, aunque aún no se habían derramado; sus labios delicados temblaban ligeramente como si todavía fueran tímidamente conscientes de otros labios que hacía sólo unos minutos los habían rozado; su actitud involuntariamente elegante; su pelo, alborotado únicamente un poco sobre su frente y sus mejillas, resaltando su encanto; allí estaba de pie frente a nosotros, la más maravillosa imagen de la juventud, la ternura y el amor virginal que jamás se hubiese visto. George y yo avanzamos juntos para reunirnos con ella en la puerta. Pero la joven agradecida y bondadosa, que había sabido por mi hijo la historia verdadera de todo lo que había hecho, sufrido y esperado durante los últimos diez días, me demostró con gracia cómo se sentía dirigiéndose al instante a mí.

—¿Puedo quedarme en The Glen Tower un poco más? —preguntó con sencillez.

—Si cree usted querida que podrá soportar nuestras noches —respondí—. ¿Porque no se habrá olvidado de que el Tomo Púrpura está cerrado y que todas las historias han llegado a su fin?

Rodeó mi cuello con sus brazos y apretó su mejilla con cariño contra la mía.

—¡Cómo tuvo que sufrir usted ayer! —susurró, suavemente.

—¡Y cuán feliz soy hoy!

Sus ojos se llenaron de lágrimas que se derramaron por sus mejillas cuando alzó su rostro para mirarme afectuosamente al decir esas palabras. Suavemente deshizo su abrazo y se la entregué a George.

—Así que realmente le quería usted después de todo —susurré—, pero fue lo

suficientemente astuta para no dejarme averiguarlo...

Una sonrisa estalló entre sus lágrimas y sus ojos se alejaron de los míos para lanzar una mirada furtiva a mi hijo. El reloj dio la hora y la criada entró con el desayuno. Una pequeña interrupción doméstica de este tipo era todo lo que necesitábamos para ponernos cómodos. Nos colocamos alrededor de la mesa, y la Reina de Corazones ocupó la cabecera, ya en su papel de señora de la casa.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armada* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Will* (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo

Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.